Imperio de Realeza



Su EMPERATRIZ

Emilia Rossi



EMILIA ROSSI

© Derechos Reservados, 2026 por Emilia Rossi
Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks LLC

Diseño de Portada: Emilia Rossi
Edición versión inglés: Rachel May, Golden May Editing

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Queda prohibido el uso o reproducción total o parcial de este libro con fines de entrenamiento de sistemas de inteligencia artificial.

ÍNDICE

Nota de la Autora

Sienna

1. Sienna
2. Sienna
3. Dimitri
4. Sienna
5. Dimitri
6. Dimitri
7. Sienna
8. Sienna
9. Dimitri
10. Sienna
11. Dimitri
12. Sienna
13. Sienna
14. Sienna
15. Sienna
16. Dimitri
17. Sienna
18. Dimitri
19. Sienna
20. Dimitri
21. Sienna
22. Dimitri
23. Dimitri
24. Sienna
25. Dimitri
26. Sienna
27. Dimitri
28. Sienna
29. Sienna

30. Dimitri
31. Sienna
32. Dimitri
33. Dimitri
34. Dimitri
35. Sienna
36. Dimitri
37. Sienna
38. Dimitri
39. Sienna
40. Dimitri
41. Dimitri
42. Sienna
43. Sienna
44. Dimitri
45. Sienna
46. Sienna
47. Dimitri
48. Dimitri
49. Sienna
50. Dimitri
51. Dimitri
52. Sienna
53. Sienna
54. Sienna
55. Sienna
56. Sienna
57. Sienna
58. Dimitri
59. Sienna
60. Dimitri
61. Sienna
62. Dimitri
63. Dimitri
64. Sienna

65. Dimitri
66. Dimitri
67. Sienna
68. Dimitri
69. Sienna
70. Dimitri
71. Sienna
72. Dimitri
73. Sienna
74. Dimitri
75. Sienna

Epílogo
Epílogo

Agradecimientos
Otras Obras de Emilia Rossi
Sobre la Autora

Para todos los neurodivergentes diagnosticados tardíamente:
Su caos nunca los hizo menos.

NOTA DE LA AUTORA

SOBRE EL CONTENIDO

Este libro contiene temas para adultos, incluyendo escenas sexuales explícitas. Toda intimidad física entre la pareja principal es completamente consensuada. Otros temas sensibles incluyen representaciones de violencia, sangre, daño a una mascota (breve, lo prometo), junto con descripciones de torturas pasadas, abuso infantil, violencia doméstica, trata sexual y padres asesinados.

Este libro incluye un embarazo, debates sobre opciones reproductivas, incluido el aborto, y descripciones detalladas de citas médicas, trabajo de parto y nacimiento. Si tienen alguna preocupación sobre este contenido, pueden visitar la página emiliaemerson.com/content-warnings para obtener información más detallada, pero recuerden que este es un libro de romance con un final feliz garantizado.

RECAPITULACIÓN SOBRE LA SERIE IMPERIO DE REALEZA

Este es el tercer libro de la serie Imperio de Realeza y puede leerse de forma independiente. Sin embargo, puede que haya algunas cosas útiles que saber antes de empezar (y un breve repaso para quienes hayan leído *Su Tesoro* y/o *Su Julieta*). Estos son pequeños *spoilers* de los dos libros anteriores, pero no impiden disfrutarlos si deciden leerlos más adelante.

En *Su Tesoro*, Sofiya Ivanova es hija de Rustik Ivanov, el *Pakhan* de la *Bratva* rusa en *Chicago*, y de Alena Ivanova, una mujer ucraniana. Sus hermanos son Mila (hermana menor) y Dimitri (medio hermano mayor). Sofiya se ve obligada a un matrimonio arreglado con Matteo Rossi, el *Don* de la Mafia Italiana en *New York*. Sofiya se muda con Matteo y se hace amiga de Sienna Rossi, la hermana pequeña de Matteo, Romeo De Luca, la mano derecha de Matteo, Angelo, su guardaespaldas, y Noodle, su perro de servicio. Sofiya también es presentada a Leona Byrne, una asesina de la Mafia Irlandesa, y a Ronan Finnegan, el jefe de la Mafia Irlandesa en *Boston*. Al final de *Su Tesoro*, el hermano de Sofiya, Dimitri, se convierte en el nuevo *Pakhan* en *Chicago*, y Sofiya tiene una hija llamada Clementine.

En *Su Julieta*, Julieta Smith trabaja en una pequeña librería de *New York*. Una noche, un hombre misterioso, Romeo De Luca, irrumpe y la toma como rehén. No se preocupen, es un romance de Mafia, así que es adorable. Finalmente, Romeo y Julieta terminan juntos y ella se hace amiga de Sofiya y Sienna. Matteo forma una alianza con la *Bratva* rusa de Dimitri y la Mafia Irlandesa de Ronan. Al final del libro, Sienna, que es *hacker*, forma una conexión con una talentosa *hacker* de la Mafia Albanesa y le pide ser su aprendiz.

UNA NOTA SOBRE LAS LENGUAS ESLAVAS

A las lenguas eslavas como el ucraniano y el ruso les encantan los apodos. El nombre legal de una persona suele usarse en situaciones formales, mientras que los apodos o diminutivos se emplean para señalar familiaridad, picardía e intimidad. En tanto que algunos diminutivos son más intuitivos para los angloparlantes (Svetlana se convierte en Sveta), hay otros que pueden no ser tan claros (como cuando Aleksei se convierte en Lyosha). Intente representar estos idiomas con precisión manteniendo la claridad para los lectores en inglés.

SU EMPERATRIZ

IMPERIO DE REALEZA

EMILIA ROSSI

SIENNA

16 AÑOS ATRÁS

Estábamos viendo mi película favorita cuando sonó el primer disparo.

Mi hermano se levantó de un salto, sus ojos muy abiertos igualando los míos. El reloj en la pared marcaba los segundos como una especie de cuenta regresiva enfermiza.

Uno.

Dos.

Tres.

Un grito rasgó el aire, el sonido más horrible de lo que mi mente de once años jamás imaginó posible.

Mamma. Papà.

Matteo se lanzó, con el cuerpo listo para correr hacia el peligro, pero yo entré en pánico y agarré su mano, sujetándolo con fuerza.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

No fue hasta años después cuando me di cuenta de la decisión que mi hermano había tomado en ese momento. Si yo no hubiera estado allí, quizás habría tenido tiempo de salvar al menos a uno de ellos. Pero yo le agarré la mano, suplicándole en silencio con mi toque que no me dejara sola. Y no lo hizo.

Siete.

Ocho.

Nueve.

Cada segundo pasaba, increíblemente rápido e increíblemente lento a la vez.

Diez.

Once.

Doce.

Me jaló hacia la puerta oculta en la parte trasera de la casa. Los túneles por los que *Papà* me había hecho correr sola durante horas, aunque le tenía miedo a la oscuridad, hasta que supe cómo salir sola.

Trece.

Catorce.

Quince.

El sonido del segundo disparo resonó en mis oídos mucho después de que escapamos a la oscuridad.

APENAS SALIMOS CON VIDA. El traidor de mi tío, el responsable de las balas que me robaron a mis padres, tomó el imperio de mi padre mientras Matteo y yo descendíamos a dos años de infierno. Había perdido a *Mamma*, a *Papà*, nuestro hogar… Y a mi hermano. Porque, aunque Matteo estaba vivo, nunca volvió a ser el mismo. La ternura y la actitud juguetona que había traído a mi vida fueron apagadas por esas balas. A su paso quedó Matteo Rossi, *Don* de la Mafia Italiana, jefe de las Cinco *Familias* en *New York*. Y pese a que cargaba con la aguda culpa de no haber sospechado nada cuando nuestro tío vino esa noche, yo sabía la verdad: fue culpa mía que mataran a nuestros padres. Los segundos entre esos dos disparos me perseguían. Si no hubiera detenido a Matteo, ¿podría haberlos salvado?

Los años que siguieron fueron fríos y solitarios mientras Matteo luchaba por recuperar su imperio de manos de nuestro tío. Aprendí a ser autosuficiente. A nunca ser una carga.

Estaba decidida a no volver a ser el eslabón débil nunca más.

1

SIENNA

Los hombres ricos realmente tenían las vidas más aburridas. Llevaba dos semanas siguiendo a Claude Dupont y estaba bastante segura de que su falta de inteligencia me estaba haciendo perder puntos de coeficiente intelectual.

—Oh sí, *menos mal que* volviste al club. El día no estaría completo sin beber de día en una habitación llena de humo con hombres vestidos con traje. —Puse los ojos en blanco.

Claude le Boring, como empecé a llamarlo, tenía unos cuarenta años, pero parecía más cerca de sesenta. Había heredado una fortuna de su padre y pasaba los días disfrazado de empresario exitoso en los exclusivos clubes de París y gastando cantidades extravagantes de dinero en cosas al azar, muchas de ellas raras y robadas. Una de sus últimas compras había sido una antigua estatua japonesa de bronce del mercado negro, tan pesada que había agrietado la loseta del pasillo.

Me recliné en mi silla frente a la computadora con un gemido, fijando la mirada en los tejados parisinos. Era un día gris y lluvioso, pero aun así deseaba estar ahí afuera. Claude no merecía París. Si tuviera siquiera un solo día de libertad en esta ciudad, lo haría mágico. Tacones resonando en el asfalto, falda girando alrededor de mis piernas. Observando a la gente en un café, con *espresso* y

pastelillos en la pequeña mesa circular frente a mí. Jugando con los barcos en miniatura en el Jardín de Luxemburgo antes de ver *Water Lilies* de Monet en el *Musée de l'Orangerie*. Comer una comida deliciosa a la luz de las velas antes de pasear junto al Sena para ver brillar la Torre Eiffel por la noche.

En cambio, estaba en un pequeño apartamento del sexto piso, viendo cómo Claude salía del club. Seguí su camino a casa a través de las cámaras de seguridad de la ciudad, cambiando a las grabaciones de vigilancia de su edificio en cuanto entró en el garaje subterráneo. Ahora tenía una vista perfecta de Claude mientras intentaba estacionar su coche. Por mucho que lo intentara, acababa sobre las líneas entre estacionamientos. Estaba furioso con la persona misteriosa que seguía denunciando que invadía dos lugares. Sonreí mientras llenaba el formulario de la empresa del garaje por decimosexta vez, garantizándole a Claude otra multa costosa.

Aunque estaba volviéndome algo loca, realmente no tenía motivos para quejarme de mi situación actual. Como *hacker*, me gustaba resolver problemas complicados y hacerlo en una ciudad nueva presentaba un reto emocionante. Acceder al sistema de CCTV de París había sido pan comido, mas el verdadero reto de este trabajo era averiguar cómo construir una herramienta que pudiera forzar la caja fuerte electrónica de alta gama de Claude. Es por lo que Arta me había traído a París.

—Oh, mira, está pidiendo más muebles feos para su fea casa —murmuré mientras la pantalla mostraba en tiempo real la computadora de Claude navegando. Fruncí la nariz al ver el sofá blanco peludo que estaba añadiendo al carrito por el bajo precio de ocho mil euros.

El resoplido de Arta llegó a través de mi auricular *Bluetooth*.

—*Es mejor que cuando ve porno.*

—No me lo recuerdes —gemí. Estoy bastante segura de que mis ojos quedaron marcados permanentemente solo por su historial de búsquedas—. Al menos pronto terminaré con él. ¿Está todo listo para esta noche?

—*Sí, de nuestro lado.*

Llevaba trabajando con Arta los últimos tres meses, desde que supe que era la *hacker* albanesa que había burlado el sistema de seguridad de mi hermano. Yo era una de las mejores *hackers* del mundo, pero ella era mejor; superar a la Mafia Italiana por sí sola fue una hazaña impresionante. Había aceptado ser mi mentora como parte de nuestra alianza ítalo-albanesa. Empezamos cazando traficantes sexuales en *New York*. Una de mis principales habilidades era encontrar gente, y con la mentoría de Arta, habíamos facilitado el rescate de casi cien chicas que habían sido secuestradas y torturadas, muchas de ellas albanesas, serbias y ucranianas.

Arta no daba elogios fácilmente, pero tras unos meses trabajando juntas, dijo que estaba lista para mi "examen final" en París.

Convencer a mi hermano para que me dejara salir de *New York* fue una pesadilla. Probablemente era la única chica en el mundo que tenía acceso a dinero prácticamente ilimitado y a un *jet* privado y nunca había salido de su estado natal. Matteo había sacrificado tanto para mantenerme a salvo, pero yo tenía veintisiete años y no podía seguir viviendo bajo su control. Por suerte, Sofiya, su esposa y mi amiga, lo convenció para que me dejara ir.

—Todo listo de mi lado también —notifiqué—. Tengo control total sobre su sistema de alarma, y el decodificador está listo. —Eso esperaba. Demonios, esta era la parte que más me ponía nerviosa porque si no funcionaba, todo sería mi culpa.

Me llevó dos semanas averiguar cómo programar un decodificador que usara análisis de energía para forzar una de las cajas fuertes más avanzadas del mundo. La caja fuerte que actualmente albergaba un collar de diamantes robado.

Elira, la nueva líder del Sindicato Albanés, compuesto solo por mujeres, pasó años rastreando este collar en particular, que le habían robado a su madre. Más allá de su valor monetario y sentimental, el collar era un símbolo del poder de las mujeres albanesas. Arta se había unido a los esfuerzos de Elira para buscar el collar, y su dedicación había dado frutos porque finalmente había reaparecido. Hacía unas semanas, Arta se enteró por canales clandestinos de que un vendedor del mercado negro venía a París

para venderle el collar a Claude Dupont. Ella puso todo en marcha, reunió a nuestro equipo y, dos noches atrás, Claude completó la compra.

Esperaba que hubiera disfrutado el tiempo que tuvo con el collar, porque cuarenta y ocho horas era todo lo que iba a tener.

Los nervios recorrían mi cuerpo, pero solo me hacían sentir más viva.

El resto de la tarde transcurrió rápido mientras repasaba cada paso de nuestro atraco y mantenía un ojo atento sobre el señor *le Boring*. No pasó mucho tiempo antes de que Arta y la joven a la que estaba entrenando como *hacker*, Zara, se unieran a mí en nuestra estrecha sede de apartamentos. La mayor parte de la sala estaba ocupada por mi enorme escritorio y tres grandes monitores. El primero mostraba las imágenes en directo de las cámaras de seguridad de Claude entrando en un restaurante, con el pecho hinchado en su traje negro. Asentí a Zara para que pasara a las cámaras del restaurante, y todos observamos cómo se sentaba con Artemis, una inversora inmobiliaria de alto nivel que estaba considerando a Claude para un contrato multimillonario.

O, al menos, eso era lo que Claude creía.

En realidad, Artemis era una mujer del Sindicato Albanés con pasión por la actuación. Su papel esa noche era mantener a Claude en el restaurante mientras el equipo de Elira irrumpía en su apartamento.

—Ahora estoy cambiando las grabaciones de seguridad —informé. Conseguir el control total del sistema de seguridad de Claude había sido tan fácil que casi resultaba decepcionante. Supervisé las imágenes falsas para asegurarme de que todo fuera perfecto. Cualquiera que observara vería a una pareja feliz con los brazos cruzados pasando por la entrada de su apartamento, deteniéndose solo para un breve beso antes de continuar. Mi corazón dolía de anhelo y tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco. Tenía tanta hambre de romance que sentí celos de una pareja que había generado por computadora.

Patético.

Mi tercer monitor contenía las imágenes reales de vigilancia del edificio de Claude. Mi corazón se aceleró mientras Elira y su mano derecha, Kaltrina, entraban en escena. Escanearon la tarjeta de acceso que Arta había programado y entraron en el vestíbulo.

Un saludo al portero.

Entrar en el ascensor.

Limpiar los botones para eliminar huellas sueltas.

Caminando por el pasillo y luego, la puerta de Claude.

Zara confirmó que su sistema de alarma estaba desactivado, y Elira y Kaltrina abrieron la puerta. Claude debería aprender a no fiarse del personal del guardarropa de su club elegante y lleno de humo, especialmente cuando siempre era grosero y nunca dejaba propina. Había sido ridículamente fácil para Elira sacar la llave del bolsillo de su abrigo, hacer una copia y devolverla sin que él se diera cuenta. Después, se quejó de que los hombres ricos y estúpidos nunca le ponían un reto.

Cualquiera que mirara las cámaras dentro del apartamento de Claude vería mis imágenes en repetición de sus habitaciones vacías, salvo en su despacho, que no tenía cámara. O mejor dicho, no había cámara antes de que Zara entrara a la fuerza a principios de esta semana e instalara una con una vista perfecta de la caja fuerte.

Como abrir la caja fuerte suponía un gran reto, originalmente habíamos considerado interceptar la venta real, pero a quien fuera que Claude le había comprado el collar era un fantasma. Habíamos decidido que sería más fácil robarle a Claude que arriesgarnos a la ira del vendedor misterioso. Gracias a nuestra nueva cámara, lo vi tirar el collar en la caja fuerte dos días atrás con una sonrisa arrogante.

Ahora era el momento. Elira y Kaltrina entraron al apartamento.

—*¿Todas las habitaciones despejadas?* —preguntó Elira.

—Afirmativo —respondí.

Me limpié las manos sudorosas en mis *jeans*. ¿Y si el decodificador no funcionaba? Mi especialidad era cazar personas, secretos y dinero. El decodificador estaba fuera de mi zona de confort, lo cual era a la vez emocionante y aterrador. Me había vuelto conformista en los últimos años, aceptando trabajos que

podía hacer hasta dormida. Trabajar con Arta fue el empujón que necesitaba para llevar mis habilidades al siguiente nivel.

Zara me dio un pequeño codazo.

—Funcionará.

Le lancé una sonrisa tensa y volví a mirar la pantalla, conteniendo la respiración mientras Elira colocaba el decodificador en la caja fuerte. La luz parpadeó en verde y luego en amarillo, indicando que había iniciado el proceso de decodificación. Si todo salía según lo planeado, tardaría diecisiete minutos en abrir la caja fuerte.

Normalmente me gustaba quedarme tras bastidores. Poder trabajar desde mi sofá, rodeada de cojines, mantas y mis *snacks* favoritos, era una gran ventaja de mi trabajo. Sin embargo, pasar tiempo con las rudas mujeres albanesas me hizo desear estar en la acción. Quería ser yo quien forzara la cerradura del archivero de Claude y revisar su computadora. Aún más atractivo, quería rescatar a chicas traficadas y matar a los hombres que las dañaban. Había visto a muchos hombres morir por grabaciones borrosas del equipo albanés infiltrándose en sus casas y almacenes, y eso despertó una sed de sangre que no sabía que tenía. Había empezado a tomarme más en serio mis clases de tiro con Sofiya y me había vuelto bastante buena. Nada comparada con ella, claro, pero yo había vencido a algunos hombres de mi hermano en un tiroteo.

Podrían haber sido soldados recién ingresados que apenas habían cumplido veinte años, pero, aun así, los había aplastado.

No es que importara. Matteo nunca me dejaría salir al campo. Era por mi seguridad, al igual que todas las mujeres de la mafia, automáticamente sería un objetivo de secuestro, pero no podía quitarme de encima la sensación de que era porque no confiaba en mí. No me creía capaz.

—Sienna. —Zara señaló la pantalla, y yo maldije.

El decodificador parpadeó en rojo. Aunque mi cuerpo se tensó por la adrenalina, mi mente se agudizó mientras escaneaba el resultado para identificar el error.

—Mierda. La caja fuerte no tiene la configuración estándar —expliqué. Zara hizo una pregunta, pero apenas la escuché. Mi

cerebro pasaba por cada posible solución hasta encontrar una que tuviera sentido. La emoción que recorría mi cuerpo era familiar, reflejaba lo que había sentido en los *hackathones* en los que solía participar. Aunque hoy la apuesta era mucho mayor, esto era la vida real, no una competencia, no pude evitar que mis labios se curvaran en una sonrisa ante la emoción que aceleraba mi corazón, especialmente cuando el decodificador parpadeó en amarillo de nuevo, retomando su trabajo.

Solté un profundo suspiro y me recosté en la silla.

Los ojos de Zara estaban muy abiertos.

—Eso fue impresionante.

Miré a Arta y ella inclinó la cabeza justo cuando la caja fuerte se abrió con un clic.

Mi pecho se calentó de orgullo. Lo habíamos conseguido.

2

SIENNA

Me sentí ligeramente mareada mientras pasaba mi dedo por el gran colgante de diamante del collar. Era una de las piezas más extraordinarias que había visto en mi vida, y ahora estaba de nuevo donde pertenecía. Se lo entregué a Elira, la mujer que había luchado y sacrificado durante años para recuperar su imperio de los hombres corruptos, y ella lo guardó en la pequeña bolsa de tela que llevaba en la cintura.

—Por Arta y Sienna por hacer esto posible —manifestó, levantando su *champagne*.

El suave tintinear de los cristales llenó el aire y mis mejillas se sonrojaron. No estaba acostumbrada a recibir reconocimiento por mi hackeo, y me hacía sentir que podía flotar en el aire húmedo de la noche parisina.

Elira, Kaltrina, Arta, Zara, Artemis y yo celebrábamos nuestra victoria en el jardín privado de la azotea de nuestro apartamento. Sonreí y di otro sorbo a la bebida que Arta había preparado. Sus labios se curvaron en una casi sonrisa cuando me la entregó, lo que me hizo sentir como si hubiera ganado la lotería. Conseguir su aprobación, hacer una *diferencia real*, significaba todo, especialmente después de la mala reacción de Matteo cuando descubrió que quería ser *hacker* para la *Familia.*

—Tienes que enseñarme cómo descubriste ese parche —dijo Zara —. Apenas había identificado el problema cuando lo arreglaste.

—Por supuesto. —Me senté más erguida, enorgulleciéndome por su admiración. No era una persona modesta ni humilde, probablemente resultado de haber crecido en una familia tan poderosa, pero la admiración que solía recibir se centraba en mi aspecto, y era difícil saber si los cumplidos eran genuinos o si se daban por el deseo de acercarse al poder.

—¿Cómo aprendiste todo esto? —preguntó Artemis. Nos entretuvo contando una narración de su cena con Claude hasta que todas lloramos de tanto reír.

—En realidad todo empezó con el juego *CozyScape* —repliqué.

Arta resopló en su vaso. Ella ya había oído esa historia, pero eso no me impediría contarla de nuevo.

—¿Qué? ¿En el que construyes un pueblo? —preguntó Zara.

Sonreí.

—Sí. Estaba en la universidad y no estaba segura de qué quería estudiar, pero me encantaba ese juego. Había un foro *online* donde los jugadores mostraban los objetos secretos que habían desbloqueado para sus pueblos porque sabían lo básico de programación, así que me apunté a una clase de introducción a las ciencias de la computación de inmediato.

—Tienes que estar bromeando —se burló Zara.

Me encogí de hombros.

—¿Qué puedo decir? Realmente quería ese *pack* de expansión. Al final del semestre, mi familia virtual tenía muebles personalizados, su granja había sido mejorada para cultivar tomates tradicionales y me matriculé en tres clases más.

La programación simplemente *funcionó* con mi cerebro. Había suficiente resolución de problemas para mantenerme interesada y a la vez lo bastante fácil para evitar frustrarme. En mi segundo año, me apunté a "Introducción al *Hacking* Ético" porque el nombre sonaba bien y me enganché de inmediato. Hice todos los cursos disponibles sobre *hacking* y ciberseguridad, aguanté las muchas bromas de mi amiga Leona sobre las *pruebas de penetración* y, en el último año, gané uno de los *hackathons* más competitivos del

mundo. Me inscribí anónimamente bajo el nombre de *Hedgehog*, que Leona y yo habíamos inventado como broma una noche bajo los efectos de las gomitas del dispensario local, pero una vez que gané, el nombre se me quedó.

Mientras toda la comunidad *hacker* intentaba averiguar la identidad de *Hedgehog*, Sienna Rossi se graduó discretamente de la NYU con un título en administración y empresas y un expediente académico que no incluía ninguna clase de informática ni de ciberseguridad. Hackear el sistema de registros de la universidad para borrar el historial de mis cursos había sido como mi propio examen final personal. Aprobé con excelencia, si me lo permito decir.

—De verdad que no puedo creer que te hayas convertido en una de las mejores *hackers* del mundo gracias a *CozyScape* —opinó Zara mientras bebía—. ¿Sigues jugando?

—Por supuesto. Soy una de las mejores jugadoras del mundo. —La número dos, para ser exactos. La misión de mi vida era derrotar al jugador número uno, *C0zyBrODeezNuts*. Era mi némesis, y estaba decidida a aplastarlo, aunque fuera lo último que hiciera.

—¿La mayor parte del trabajo que haces es para tu *Familia*? —indagó Elira.

Miré hacia lo lejos, donde la Torre Eiffel acababa de empezar a brillar. Lo había visto incontables veces en los últimos días, pero nunca me cansaba de hacerlo.

—No. Me he enfocado en mi carrera como *freelancer.* —Me terminé el resto de la copa, el alcohol calentando mi estómago.

Había mantenido mis estudios reales ocultos de Matteo. Después de graduarme, le conté todo, lo que realmente había estudiado, el *hackathon*, todo, y le dije que quería ser *hacker* para la *Familia.* Pensé que estaría orgulloso de mí y emocionado por lo útil que podría ser, pero se volvió loco. Me gritó por primera vez esa noche, con los ojos desorbitados de rabia. *¿Por qué carajos he hecho todo esto, reclamado esta ciudad, si no puedo protegerte de ella?*

Se disculpó unos días después, pero se mantuvo firme en que nunca trabajaría para la *Familia.*

Estaba bien. *Bien*.

Seguí aprendiendo, aceptando trabajos en la *dark web* por dinero y haciendo misiones secundarias sin paga cada vez que necesitaba un extra de dopamina. Todo el mundo en la comunidad de *hackers* conocía mi reputación, pero aún me dolía que nadie en mi vida supiera todo lo que había logrado. Estar rodeada de estas mujeres tan rudas, que, al menos por el bien de esta misión, me veían como una de las suyas, era más reconfortante de lo que jamás había imaginado.

Arta emitió un ruido en la garganta. Ella había dejado claro muchas veces cómo se sentía respecto a los esfuerzos de Matteo por protegerme.

—¿Volverás a casa mañana?

Suspiré.

—Supongo que tengo que hacerlo. —Qué desperdicio venir hasta París y ver solo el interior de un apartamento, no obstante, la misión estaba completada y las demás mujeres volaban de vuelta a Albania mañana.

Elira se recostó en su silla, con los codos apoyados en el reposabrazos.

—Podrías quedarte.

Mis ojos se clavaron en los suyos. Matteo solo aceptó dejarme venir porque Elira prometió que estaría bajo su protección todo el tiempo.

Se encogió de hombros, con una sonrisa irónica en los labios.

—Eres una mujer adulta, Sienna.

Alcé una ceja.

—No te importa un carajo hacer enojar a mi hermano, ¿verdad?

Era extraño recordar que no todo el mundo se sometía a la autoridad de mi hermano. Siempre había estado rodeada de hombres de la mafia. Algunos de ellos, como Romeo, incluso los consideraba amigos, pero nunca pude escapar de la realidad de que eran leales a mi hermano ante todo. Incluso Leona, mi mejor amiga de la universidad, tuvo que pedirle permiso a Matteo para entrar a *New York* por su posición en la Mafia Irlandesa.

Elira resopló.

—Lo que hagas con tu vida es tu elección. Además, no hemos visto ninguna señal de problemas en la ciudad en todo el tiempo que llevamos aquí.

Quizás era el alcohol, la noche tranquila o estar rodeada de mujeres que habían ganado su propia libertad tras años de conspiración cuidadosa, pero el mundo parecía lleno de posibilidades.

Para cuando nos despedimos y nos separamos, yo ya había reservado una habitación de hotel hasta el final del fin de semana y le envié un mensaje a Sofiya para avisarle que mi vuelo de regreso era el lunes.

Sonreí mientras apagaba la pequeña lámpara de la mesita de noche y me metía en la cama. Había soñado con tener un solo día para explorar París, y ahora me había comprado tres días sin guardaespaldas ni vigilancia. Tres días en los que podría simplemente ser Sienna, comprando y comiendo por la ciudad.

3

DIMITRI

Este hombre tenía que ser la persona más aburrida que jamás haya pisado la Tierra. Solo con mirar su estúpida cara me hacía bostezar.

Me giré hacia Maxim.

—¿Sigue hablando?

Resopló.

—Sí, creo que sí.

La cara de Claude Dupont se sonrojó ante la interrupción.

—N-no lo estás tomando en serio —balbuceó—. ¿Cómo sé que *tú* no robaste el collar? ¡Podrías haberlo entregado, tomado tu dinero y luego robado para venderlo de nuevo!

Los ojos del hombre brillaron y su pecho se hinchó, como si estuviera complacido con su propia brillantez.

Maxim se estiró en su silla.

—¿Deberíamos simplemente matarlo?

Claude retrocedió tambaleándose.

—¿Es una broma? ¡Podría denunciarte a la policía!

La risa baja de Sergey retumbó detrás de mí. No necesitaba un guardaespaldas que me defendiera de Claude ni de nadie, pero Sergey era enorme y las cicatrices en su cara lo hacían un cabrón intimidante.

Jugar con Claude, ver su miedo mal disimulado, me llenó de un placer perverso. Había llamado esta mañana, completamente en pánico porque le habían robado el collar de diamantes que le vendimos a principios de esta semana. Me reí cuando Maxim me lo dijo porque, joder, era justo lo que Claude se merecía. Había insistido en reunirse conmigo esta mañana, algo de lo que probablemente se arrepentía en este momento. Estábamos en la sala de mi *suite* en *La Couronne Noire*, el hotel donde siempre me alojaba cuando estaba en París. Había venido a la ciudad por primera vez hace una década y había regresado casi cada año para el comercio de gemas y la compra y venta de joyas en el mercado negro. Había viajado por todo el mundo, pero París siempre se había sentido como si me perteneciera. Me sentía a gusto en esta ciudad de una manera que rara vez experimentaba, y Claude Dupont estaba perturbando mi paz.

—Llama a la policía —declaré, ofreciéndole el teléfono—. Espero con ansias escucharte explicar tu compra en el mercado negro.

Gotas de sudor le resbalaban por la sien. Me levanté y di un paso hacia él. Se hizo para atrás.

—Tómate un minuto para pensar en esto, Declan. Conozco gente. Podría arruinar tu reputación —amenazó sin mucho entusiasmo, secándose el sudor con el dorso de la mano.

Una risa fría escapó de mis labios. Este hombre no era lo suficientemente importante como para saber mi verdadero nombre o identidad. Era insignificante, apenas un punto en mi radar.

—Parece que eres tú quien ha olvidado *mi* reputación. No soy uno de tus aduladores sin agallas, desesperados por una migaja de tu dinero. Toda tu fortuna son apenas unas monedas para mí.

Di otro paso adelante. Su espalda chocó con la pared y dejó escapar un quejido patético mientras sus ojos se movían de un lado a otro. Pero no había escapatoria.

—Si no quieres perder algo valioso, tienes que protegerlo mejor. —Le di una palmada en el hombro—. Incluyendo tu vida. —Se estremeció y mis labios se curvaron de asco—. Huye, niñito.

Un sonido ininteligible salió de su garganta mientras pasaba junto a mí. Tropezó y casi se cae al llegar a la puerta, aunque se

agarró de la manija y huyó sin mirar más.

—Bueno, eso fue algo entretenido —agregó Maxim—. Casi estoy tentado de entrar a su casa y robarle todas sus cosas. Supuestamente, tiene un sistema de seguridad de última generación y una nueva caja fuerte lujosa. Quien robó el collar era bueno.

—Y claramente sabía que la venta iba a suceder. —No creía en las coincidencias. ¿Cómo lo había sabido el ladrón? El escenario más probable era que a Claude se le escapara algo y que el collar fuera robado por alguien cercano a él. Pero aun así había una preocupación incómoda en el fondo de mi mente de que el ladrón interceptó nuestros mensajes encriptados para descubrir los detalles de la venta. La idea me ponía nervioso.

—Quiero que vigilen a Claude, incluyendo su actividad en línea. —En realidad no podía causarme problemas, pero no había nada que odiara más que, *que* me sorprendieran.

—Le diré a Aleksei. —Sergey sacó su teléfono para enviarle un mensaje a nuestro *hacker*.

Los ventanales de suelo a techo daban a la ciudad. El sol estaba en el horizonte, haciendo que la ciudad prácticamente brillara. El verano en París era pegajoso y sofocante, pero disfrutaba el calor.

—Maldición, necesito café. —Me pasé la mano por el cabello, todavía no me acostumbraba al largo—. Tenemos tiempo antes de nuestra próxima reunión.

Me quité la chaqueta cuando llegamos a mi café favorito, colgándola en el respaldo de la silla. Maxim se quejó de sentarse afuera con el calor, pero yo ansiaba respirar el aire, el bullicio de la gente, la *vitalidad* de todo después de pasar demasiados años con las paredes cerrándose a mi alrededor.

Las pesadillas habían llegado con toda su fuerza anoche, perturbadoras y retorcidas mientras me perseguían durante el sueño hasta que finalmente me rendí y me levanté de la cama. Me tomé el

espresso de un trago y le hice un gesto al camarero para que me trajera otro.

Cuando llegó el segundo, saboreé el sabor amargo, esperando que me ayudara a mantenerme alerta. En control.

Maxim estaba explicando estrategias para nuestras próximas reuniones con varios comerciantes de joyas raras cuando un destello blanco llamó mi atención. Al otro lado de la calle, sentada frente a otro café, había una mujer hermosa. El viento jugaba con su cabello oscuro y su falda blanca ondeaba a su alrededor, la abertura revelando una larga pierna bronceada. Estaba tecleando algo en su teléfono, pero se detuvo cuando el camarero se acercó para dejarle un café y un postre. Una extraña sensación se apoderó de mi pecho cuando ella le sonrió.

Aparté la mirada, volviendo a enfocarme en Maxim, y alejé a la mujer de mi mente.

Solo me quedaban unos días más en París antes de tener que volver a mi ciudad y a la vida que aún no me parecía mía.

4

SIENNA

EL CALOR ME CALENTÓ LAS MEJILLAS MIENTRAS SORBÍA MI *CAPUCCINO* Y esperaba la respuesta de Leona a mi mensaje.

SIENNA

Pensando en perder mi virginidad esta noche. ¿Qué opinas?

La nuca me hormigueaba mientras miraba a mi alrededor de forma furtiva para asegurarme de que nadie podía ver la pantalla de mi teléfono. Era una mujer adulta y podía tomar mis propias decisiones sobre el sexo, pero aún sentía que iba a meterme en problemas. La virginidad seguía siendo muy valorada en la Mafia, y por mucho que me dijera que era una estructura patriarcal, era difícil deshacer toda una vida de programación. Las cosas habían cambiado para mejor en las últimas generaciones. Mi *papà* había puesto fin a la tradición de exhibir las sábanas de la cama de una pareja a la mañana siguiente de la boda, y Matteo había prohibido el castigo o el matrimonio forzado de las hijas que se descubrieran que habían tenido relaciones sexuales, pero esperar hasta el matrimonio seguía siendo la expectativa para todas las mujeres de la *Familia.*

Esa fue mi excusa para no haber vivido nada más allá de unas cuantas sesiones apresuradas de besos en fiestas universitarias,

pero las verdaderas razones eran que los chicos universitarios nunca me interesaron y me negaba a estar con un mafioso.

Lo que, por desgracia, eliminó todas las opciones en mis círculos sociales.

Los mafiosos siempre estarían en deuda con la *Familia*, con sus prioridades divididas entre su lealtad a su *Don* y a sus esposas. No quería esperar sola en casa, preguntándome si mi marido volvería sano y salvo. Y desde luego no toleraría que saliera y se acostara con otras en cuanto un anillo me atrapara en nuestro matrimonio.

Quizás era una perspectiva egoísta e infantil sobre el romance, sin embargo, yo quería ser el centro de la vida de alguien. Quería ser la prioridad, la persona más importante para ellos.

LEONA

¡Dios mío, el día por el que he estado rezando!

SIENNA

¿Desde cuándo rezas?

LEONA

Tiempos desesperados y todo eso.

Mi respuesta, por supuesto, es: HAZLO, DUH

Y oh, Dios mío, deberías ir a este club a buscar a alguien. Es mi favorito y solo dejan entrar a hombres atractivos. Contactaré al portero para que te incluya en la lista

Leona dejó un pin en el mensaje. El club no estaba en el mapa, pero ella me había arrastrado a clubes secretos de *New York*, así que estaba acostumbrada a entrar a edificios y sótanos corrientes. A lo que no estaba acostumbrada era a ir sola.

SIENNA

Pero ¿qué hago? Solo llego, busco a alguien y digo “hola, ¿te interesa mi virginidad?”

LEONA

Seamos sinceras, eso funcionaría. Pero no. Cómprate un conjunto ardiente que resalte tus tetas, tómate una copa, encuentra a tu objetivo y hazle ojitos.

SIENNA

¿Hacerle ojitos? ¿Como simplemente mirarlos y parpadear mucho? ¿Ese es tu gran consejo?

LEONA

Bueno, siempre tienes tu idea como plan de respaldo

SIENNA

Muy graciosa

LEONA

¡Lleva condones!

Se me encendieron las mejillas, arruinando por completo la reputación de chica relajada que había cultivado con tanto cuidado durante años. Sacudí los hombros y sorbí mi *capuccino*. En casa, normalmente empezaba el día con una bebida energética, pero estaba bastante segura de que eso se castigaba con la pena de muerte en París, así que había hecho una concesión añadiendo mucho azúcar a mi café.

Era un día caluroso y soleado y estaba sentada afuera de un café precioso cerca del hotel que ofrecía oportunidades ilimitadas para observar a la gente. En la mesa de al lado, una niña pequeña coloreaba en un cuaderno mientras su madre leía un libro, levantando la vista de vez en cuando para elogiar el trabajo de su hija. La dulzura de todo eso provocaba que me doliera el corazón. Un pequeño ladrido llamó mi atención hacia un perro blanco y esponjoso que usaba un gran moño rosa. El cachorro pasó pavoneándose, recogiendo un trozo de *croissant* caído de la acera mientras su dueño, un hombre hablando por teléfono con un francés bullicioso, seguía sin darse cuenta.

Sonreí y eché un vistazo al café al otro lado de la calle. Era más pequeño que el mío, con aproximadamente la mitad de las mesas al frente, pero el hermoso toldo color crema estaba cubierto de flores

rosas. Me recordó a las rosas que Julieta, Sofiya y yo plantamos en nuestro jardín de flores en la azotea hace unos meses. Sofiya me enviaba fotos diarias de Clementine y Noodle regando nuestras primeras flores y eso me revolvió el corazón. No estaba lista para regresar a la jaula que era mi vida, pero echaba mucho de menos a mi sobrina, a mi sobrino perruno y a mis amigas.

Tal vez debería desayunar mañana por la mañana en el café con las flores. Si viviera en París, pasaría cada mañana en un café nuevo, probando todos los postres y cafés de la ciudad hasta encontrar el mejor.

Un destello de movimiento llamó mi atención cuando el camarero de enfrente le sirvió un *espresso* a un hombre rubio sentado en una pequeña mesa redonda. Su chaqueta colgaba del respaldo de la silla, y él estaba sentado relajado con su tobillo apoyado en la rodilla, como si fuera el dueño del lugar. Se dobló las mangas de la camisa, dejando al descubierto unos antebrazos gruesos. Su mandíbula era fuerte y afilada, su expresión seria mientras su pulgar recorría su labio inferior.

Me quedé tan hipnotizada por él que reaccioné demasiado despacio cuando sus ojos se posaron en mí. Una electricidad me atravesó. Se me cortó la respiración y el estómago se me contrajo. Aparté la mirada, con mi corazón latiendo con fuerza. No entendí mi reacción tan intensa. Solo era un hombre. Un desconocido. Pero había algo en él…

Picoteé mi panecillo hasta sentirme lo suficientemente valiente como para volver a mirar hacia arriba. Estaba profundamente inmerso en una conversación con el hombre frente a él. El segundo hombre era deslumbrante, con cabello oscuro, barba incipiente en la mandíbula y pómulos marcados que lo hacían parecer casi bonito. Pero no pude evitar que mi mirada volviera al primer hombre, con mis ojos atraídos por la forma en que su cabello rubio caía sobre su frente, la flexión de su mandíbula, cómo su taza de *espresso* parecía diminuta en sus enormes manos. Mi lengua pasó por mis labios.

Si todos los hombres parisinos fueran así, definitivamente necesitaría esos condones.

5

DIMITRI

EL ESTRUENDO DE LA MÚSICA DEL CLUB Y LAS LUCES INTERMITENTES ME estaban dando un puto dolor de cabeza. Justo cuando daba otro sorbo a mi *vodka*, se me erizaron los vellos del brazo. Sin girar la cabeza, supe que sus ojos estaban puestos en mí de nuevo.

Mi estómago se revolvió con inquietud.

—Max.

Hablé lo suficientemente alto para que él me escuchara por encima del ruido, asegurándome de hablar con acento irlandés por si alguien estaba escuchando. Estaba mirando a un grupo de mujeres al otro lado de la habitación, pero apartó la mirada y arqueó una ceja mientras se inclinaba hacia mí.

—La mujer en el bar —pronuncié las palabras entre dientes. El club estaba lleno, incluso para ser viernes, lleno de socialités adineradas y empresarios que se rodeaban como si fuera un ritual de apareamiento arcaico. No quería estar aquí. Maxim me había chantajeado, prometiendo que se encargaría de la reunión del lunes con nuestro proveedor europeo de gemas raras si venía con él al club. Cuando le pregunté por qué le importaba, ya que inevitablemente me abandonaría por un enjambre de mujeres minutos después de entrar, me dijo que tener sexo era la única forma de relajarme un poco.

No estaba seguro de por qué no lo había matado todavía.

—¿La belleza *sexy* de cabello castaño? —preguntó.

La rabia se encendió en mi pecho al ver el interés en sus ojos.

—La vi esta mañana en el café de enfrente. Me estaba observando, y ahora está aquí. —Mi firme creencia de que no había coincidencias me mantuvo con vida muchas veces—. Podría estar con los Morozov —continué, en voz baja, nombrando a un grupo de contrabandistas rusos de joyas que intentaban robarnos a nuestros clientes—. O algo más oscuro. ¿Una espía? ¿Asesina? —No me faltaban enemigos en todo el mundo por la década que pasé como ejecutor de mi padre.

Maxim resopló.

—¿Una asesina? Estoy bastante seguro de que quiere quedarse contigo a solas, pero no matarte.

Apreté la mandíbula. Maxim estaba acostumbrado a que las mujeres le coquetearan constantemente, con su sonrisa encantadora y palabras halagadoras, pero ellas sabían instintivamente que debían evitarme. Incluso mientras estaba aquí, vestido con un traje negro sencillo como todos los demás hombres, las mujeres percibían el peligro que irradiaba y se mantenían alejadas.

No. Algo pasaba con esta mujer.

—Bueno, no tendrás que esperar mucho para descubrir sus motivos.

Seguí la mirada de Maxim para ver a la mujer que se dirigía hacia mí. Su vestido rojo escotado le llegaba por encima de las rodillas, vibrante sobre su tez color oliva. Las cabezas se giraban para mirarla, tenía curvas exuberantes, caderas balanceándose y el cabello largo y oscuro rozando sus pechos, pero toda su atención estaba en mí.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y mis dedos se cerraron alrededor del frío metal de la pistola en mi cintura. Este club era popular entre miembros de varios sindicatos del crimen organizado, vendedores del mercado negro y los ultrarricos que ansiaban emoción en sus vidas aburridas, pero dentro de los muros había una estricta política de no violencia. Una regla que no dudaría en romper si esta mujer era una amenaza.

Se deslizó en la silla frente a mí. De cerca, era aún más impresionante. Su flequillo enmarcaba unos ojos color marrón oscuro, que parecían brillar en la habitación tenuemente iluminada. Probablemente una espía. Su belleza era como un faro brillante, suplicando a todos que prestaran atención. Los asesinos necesitaban pasar desapercibidos, pero cualquier hombre estaría desesperado por revelar sus secretos más oscuros a esta sirena.

Se inclinó sobre la mesa y sus pechos se tensaron contra su escote bajo.

—Hola.

—Hola, guapa —halagó Maxim, con su exagerado acento irlandés —. ¿Qué hemos hecho para merecer una compañía tan hermosa?

Su sonrisa era cautivadora.

—Debe ser lo bonito que te ves ahí sentado.

Un gruñido retumbó bajo en mi garganta.

—¿Qué quieres?

Cuando volvió a mirarme a mí, mis hombros se relajaron.

—Una copa y un baile, en ese orden. —Sostuvo mi mirada con una confianza firme y algo extraño se estremeció en mi pecho. ¿Cuándo fue la última vez que alguien aparte de Maxim me miró así?

Mi polla se estremeció.

—Me destroza que lo elijas a él antes que a mí. —Maxim frunció el ceño y cruzó los brazos, pero todo era pura apariencia. Una diversión de alegría prácticamente irradiaba del bastardo.

La boca de la mujer se curvó en otra sonrisa peligrosa.

—Creo que te recuperarás. —Se volteó hacia mí—. Entonces, ¿me vas a conseguir algo de beber? ¿O tendré que conseguirlo yo misma? —Su labio inferior se alzó en un puchero exagerado. Me daban ganas de poner los ojos en blanco, darle nalgadas y darle todo lo que quisiera de golpe.

Le hice una señal al camarero levantando el dedo.

—Un *vodka* para mí y lo que quiera la señorita.

Sus ojos brillaron con diversión.

—Un *Negroni*, por favor.

El camarero se fue y el silencio se extendió entre nosotros. Jugueteaba con las puntas de su cabello, el movimiento delataba su

ansiedad. Quizá no era tan ingenua como pensaba. Aunque seguía aquí, jugando conmigo cuando debería estar huyendo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Gruñí, y eso solo amplió su sonrisa.

—Este es Declan —introdujo Maxim.

Entrecerré los ojos, pero no se arrepintió.

Ella ladeó la cabeza.

—Un irlandés. ¿Qué haces en París?

—Viaje de negocios.

El camarero nos dejó las bebidas, y mientras la mujer estaba distraída, Maxim me dio un codazo fuerte en el costado.

—Si así es como coqueteas, no es de extrañar que no hayas tenido sexo en décadas.

—Vete a la mierda.

Se rio y extendió su mano hacia la mujer.

—Suerte con este, *Madam.* —Le besó el dorso de la mano antes de alejarse con paso tranquilo.

Dio un sorbo a su bebida, sacando la lengua para atrapar una gota de alcohol que se le escapó del borde. Me moví en la silla, los pantalones me apretaban insoportablemente.

—¿Cómo te llamas? —Mantuve un tono aburrido, con expresión neutra y desinteresada, pero aun así ella se iluminó ante mi pregunta.

—Soy Emma.

Sonaba como una estadounidense. Definitivamente no de aquí.

—¿Qué haces en París?

—Solo de vacaciones. Buscando una aventura.

Dio otro sorbo, manteniendo la mirada fija en mi rostro mientras lo hacía. La intensidad de todo eso despertó algo dentro de mí que había estado dormido durante mucho tiempo. Intereses. *Deseo*.

Mi mente repasó diferentes escenarios. Los luchadores más letales del mundo no eran rivales para mí, y no estaba tan guiado por mi polla como para revelarle mis secretos… Y, aunque desde luego no habían pasado *décadas* desde la última vez que follé, sí había pasado mucho tiempo.

Me tomé mi *vodka* de un trago. Sus ojos se detuvieron en mis labios.

—¿Y qué tipo de aventura quieres?

—De las que empiezan con un baile. —Emma extendió su mano.

Pasé por la vida con el menor contacto humano posible. El contacto físico era peligroso. Una vez que mi *mama* murió, no quedó nadie que me ofreciera ternura. Cuando era más joven y aún creía en el futuro, había tenido algunas novias. No obstante, con los años y la intensificación de mi tortura, ya no pude tolerar que alguien me tocara. De vez en cuando follaba mujeres, asegurándome de que nuestros cuerpos se tocaran lo menos posible. ¿Pero esto? ¿Tomar la mano que me ofrecía para pisar la pista de baile llena? Era una pesadilla, una que podría exponer mi debilidad.

Sin embargo, su sonrisa provocadora y su ceja levantada eran un verdadero desafío. No podía echarme para atrás y, por alguna razón desconocida, no quería hacerlo.

Me armé de valor antes de tomar su mano, pero la sensación de su piel suave contra mi palma no me provocó escalofríos de asco. Cuando nos pusimos de pie, me di cuenta de lo mucho más alto que era que ella. Apenas me llegaba al hombro y su mano era diminuta en la mía.

La multitud se abrió como el mar mientras nos dirigíamos a la pista de baile. Mis músculos estaban tensos, mi rostro impasible, mientras esperaba el momento en que mi cuerpo rechazara su toque, mas nunca llegó.

Emma me sonrió por encima del hombro y me jaló hacia el centro de la pista. El ritmo de la música vibraba por todo mi cuerpo, siguiendo el ritmo de mi corazón acelerado.

Nos pusimos frente a frente. Mis dedos se flexionaron. ¿Cómo sería *tocarla de verdad*?

Me rodeó el cuello con los brazos y tragué saliva. Instintivamente, mis manos fueron a su cintura. Una energía palpitante crecía dentro de mí, algo que se sentía como *hambre*. Mis yemas de los dedos se clavaron en las suaves curvas de sus caderas mientras acercaba su cuerpo al mío. No había espacio entre nosotros, solo el calor mezclado de nuestros cuerpos. La música

hacía que no pudiéramos hablar, pero yo estaba más allá de las palabras, completamente fascinado por ella.

Quizás Emma realmente era una sirena, pero mientras las luces intermitentes del club proyectaban un halo alrededor de su cabello, atrapando hilos dorados antes ocultos, no podía encontrar fuerzas para preocuparme por ser arrastrado a su prisión acuática en el océano.

Echó la cabeza hacia atrás, los dientes clavándose en sus labios rojos y carnosos. Me acerqué más, con mi nariz rozando el costado de su cara. Su suave gemido me iluminó por dentro, y apreté más mi abrazo. Nuestros labios flotaron cerca, casi rozándose mientras compartíamos respiraciones. Todos a nuestro alrededor se desvanecieron.

La música pulsante que había sido irritante minutos antes se transformó en algo profundo y sensual. Nuestras caderas se movían juntas, y mi polla dura se frotaba contra su coño pequeño y caliente. Sus labios se entreabrieron con un jadeo.

No pude aguantar más. Enredé mis dedos en su cabello y jalé, sujetándola donde quería mientras chocaba mis labios con los suyos. Era suave, casi tímida al principio, pero pronto se volvió más atrevida, la mano acariciando mi nuca, mordisqueando mi labio inferior. Su lengua recorría sensualmente la mía. Era embriagador.

Rompí nuestro beso con una maldición, respirando con dificultad al darme cuenta de que, aunque solo fuera por unos momentos, había bajado la guardia en una habitación llena de serpientes poco fiables. Apreté más la cintura de Emma mientras escaneaba la habitación en busca de señales de peligro, pero mis alarmas internas eran silenciosas.

Debería irme y volver al hotel y ahogarme en suficiente *vodka* para dormirme. Pero me sorprendió descubrir que no era lo que quería.

No sabía que aún era capaz de *querer*.

Los ojos de Emma estaban muy abiertos cuando tomé su mano entre las mías, la saqué de la pista de baile y me dirigí por el pasillo trasero.

—¿A dónde vamos? —preguntó, sin aliento.

Introduje el código para abrir la puerta que daba a la zona VIP privada, sin parar hasta llegar a nuestro destino: un baño privado. Abrí la puerta y encendí la luz. Un resplandor suave iluminaba las paredes azul oscuro y el azulejo de mármol. Emma se giró de golpe, asimilándolo todo, pero yo mantuve mi mirada fija en ella.

Intentando entenderla.

Entender por qué su tacto solo me hacía querer más.

Me acerqué a ella. Dio un pequeño paso hacia atrás automáticamente. Di otro paso adelante, pero esta vez, se mantuvo firme. Sentí un escalofrío ante esta pequeña muestra de desafío. Acaricié su cara, pasando mi pulgar por su mejilla rosada.

—Si fuera lista, no te habría seguido hasta aquí. —Sus palabras eran un susurro contra mi piel.

—¿Tienes miedo? —Me incliné lo suficiente para frotar mi mejilla contra la suya. Para lamer una línea por su cuello.

—No —susurró—. Tal vez debería tenerlo.

Una risa baja retumbó en mi pecho. Y entonces mis manos estaban en su cintura, levantándola sobre la encimera del baño y colocándome entre sus piernas. Estaba completamente abierta para mí, sus pechos tensándose contra su vestido con cada respiración agitada.

—*Definitivamente* deberías tenerlo, cariño.

Sus ojos se encendieron con deseo y sus piernas se tensaron, atrayéndome a su cuerpo y sellando su destino.

Le agarré la nuca y la besé, con fuerza. El gemido que escapó de sus labios me impulsó, aumentando mi excitación. Me dolía la polla mientras introducía la lengua en el calor húmedo de su boca, robándole la dulzura hasta marearme.

Éramos un torbellino de calor y sensación. Sus dedos se retorcieron en mi chaqueta mientras susurraba *Declan*, y un profundo deseo creció en mí por escuchar mi verdadero nombre en sus labios.

Mis manos presionaron bajo su falda, amasando sus suaves muslos y subiendo poco a poco cada vez más. Jadeó cuando agarré su coño, su aliento agudo rozando mi piel y aumentando mi sentido

de urgencia. Presioné el talón de mi mano con más fuerza contra sus bragas empapadas.

—Oh, eso se siente… —Sus palabras se interrumpieron con un grito que atravesó mi cuerpo como un rayo.

Le chupé un trozo de piel desnuda del hombro, se me hacía agua la boca por saborearla completamente.

—Mírate. Tan necesitada.

A pesar de todas mis burlas, *yo* era el desesperado.

Metí mi pulgar bajo la tela de encaje y gruñí por su calor húmedo. Quería arrodillarme y saborearla, arrancar los gritos de sus bonitos labios mientras la follaba con la lengua hasta que llorara contra el espejo. Nunca me había sentido tan codicioso por una mujer, pero quería poseer a Emma, consumirla, *saborearla*.

Le di besos y mordiscos intensos en la piel suave de su cuello y a lo largo de la clavícula. Olía tan bien, joder, a vainilla y sal de mar. Le lamí una línea entre los senos, pero no fue suficiente. Se me pusieron blancos los nudillos de lo fuerte que agarré la encimera. Finalmente cedí, sucumbiendo al impulso de bajarme al suelo.

Nunca había estado de rodillas ante nadie… al menos no porque yo lo quisiera. La vulnerabilidad de ello era peligrosa, pero cuando sus dedos pasaron por mi cabello, me estremecí de placer.

Debería haberle dicho que parara, que mantuviera las manos en la encimera o, mejor aún, usar mi cinturón para atárselas a la espalda. Mi delgado lazo de control estaba a punto de romperse, pero al presionar mi cara contra su ropa interior y respirar profundamente, no podía encontrar fuerzas para que me importara.

Se tensó con un chillido, sus manos volando a sus mejillas sonrojadas. Gruñí y agarré su muñeca, guiándola de vuelta a mi cabello.

—No tienes nada de qué avergonzarte —aseguré, con voz grave —. Déjate llevar. Esta noche yo soy dueño de tu cuerpo. No tienes que tomar ninguna decisión. Solo haz lo que te digo.

Entreabrió los labios y tardó un momento en responder.

—¿Eso es todo? ¿Solo hacer lo que dices?

—Sí.

Su pecho tembló con una risa silenciosa y sus piernas se relajaron, abriéndose más para mí.

—Bien, Declan. Haz lo que quieras conmigo.

Sonreí, con una expresión desconocida en mi rostro.

—Qué buenos modales. Tan jodidamente educada cuando estoy a punto de comerte el coño.

Se sonrojó, pero mantuvo sus dedos en mi cabello, pasándolos suavemente por mi cuero cabelludo. Me apoyé en su caricia, respirando su aroma mientras volvía a rozar mi nariz sobre sus bragas. Estaba goteando, su humedad se filtraba y le pintaba el interior de los muslos. Lamí la excitación de su piel, pero no fue suficiente. Necesitaba ahogarme en ella.

Justo cuando aparté su ropa interior, haciéndome agua la boca, un gruñido extraño llenó la habitación. Alcé la vista y la vi mordiéndose el labio.

—Perdona, ignóralo.

El sonido regresó y me di cuenta de que era su estómago.

Resoplé.

—¿Tienes hambre?

Ella se quejó y se cubrió la cara con las manos.

—Fui a cenar a un restaurante súper elegante y fue horrible. Las raciones eran diminutas y la comida tan asquerosa.

Me puse de pie, con el extraño impulso de reír atrapado en mi pecho mientras ella me miraba entre sus dedos.

—Tu estómago acaba de interrumpir mi mejor trabajo.

Se quitó las manos de la cara, fueron a mis brazos y me apretó con fuerza. Eran tan pequeñas que apenas podía agarrar mis bíceps. Flexioné y sus labios se curvaron, como si supiera exactamente lo que hacía.

—No te vayas —pidió—. Por favor.

Enredé mi mano en su cabello y jalé, obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

—Escucha cómo suplicas. —Le chupé un trozo de piel del cuello y sus piernas me rodearon de nuevo, jalándome hacia sus caderas y subiendo aún más su falda por sus muslos—. Te dolerá la garganta para el final de la noche de tanto gritar desesperadamente.

Se quejó cuando agarré el borde de sus bragas y se las bajé por las piernas. Cambió el peso sobre la encimera para ayudarme a bajar el trozo de tela húmeda hasta sus tobillos. Liberé su tanga y la presioné contra mi cara, respirando profundamente.

—Qué jodidamente dulce —gruñí.

Se retorció con mi elogio, y yo ladeé la cabeza. En el club, había sido valiente y segura de sí misma. Ahora, sus mejillas sonrojadas y sus ojos muy abiertos la hacían parecer casi tímida.

La observé atentamente mientras le sujetaba el trasero, presionando firmemente su coño desnudo contra mi entrepierna. Su inhalación aguda era pura excitación, disipando cualquier rastro de nerviosismo en su rostro. Frotó sus caderas contra mí mientras intentaba conseguir fricción.

—Apuesto a que podrías correrte así, frotando ese coño tan dulce contra mis pantalones en el baño.

Chocó sus labios con los míos.

—Más —soltó con dureza, enredando sus dedos en mi cabello.

—Así. Sirena codiciosa —murmuré entre besos. Sujeté sus pechos hinchados, apretando y amasando con una mano, con la otra fija en su cadera mientras ella se arqueaba hacia mí. Mi polla estaba como hierro, goteando líquido preseminal y esforzándose por estar dentro de ella, pero eso significaría crear distancia entre nosotros. Verla desmoronarse solo por restregarse contra mí era ahora lo más importante en mi mundo.

Sus pequeños sonidos me indicaban que se estaba acercando.

—Así. Joder, tan receptiva.

Dejó escapar un sonido frustrado en el fondo de su garganta.

—Necesito…

Le mordisqueé la oreja.

—¿Qué necesitas?

—Más. Tócame. *Por favor*.

La próxima vez que se corriera, haría que se esforzara más, pero estaba demasiado obsesionado con ella para hacerla esperar. Mi pulgar presionó con fuerza su clítoris. Maldije lo resbaladiza y cálida que estaba.

—Eso es. Déjame ver cómo te desmoronas.

Sus yemas de los dedos se clavaron en mis brazos y sus ojos se cerraron, pero le agarré la mandíbula con fuerza, obligándola a mirarme mientras su orgasmo la invadía. Sus labios deliciosos se abrieron con un grito agudo, y robé ese sonido con un beso fundido. Sus gritos solo me pertenecían a mí.

Trabajé su clítoris, alargando su placer hasta que la tensión se desvaneció y se desplomó contra mi pecho.

Mi polla seguía dolorosamente dura, pero por alguna razón no tenía prisa por follarla. Nunca antes había querido saborear a una mujer, pero había algo diferente en Emma. Quería recolectar todos sus gritos, tenerla desesperada y aferrada a mí así durante horas.

—Vaya, eso fue… —Su cara seguía enterrada en mi pecho, y mi boca se curvó en la comisura.

—Espero que tengas más resistencia que esto —bromeé, enredando mis dedos en su cabello y tirando de su cabeza hacia atrás—. Porque todavía no he terminado contigo.

Sonrió y estaba a punto de hablar cuando el fuerte rugido de su estómago nos interrumpió de nuevo.

Sacudí mi cabeza lentamente y di un paso hacia atrás. Su barbilla se hundió.

—Lo siento, no puedo evitarlo —se disculpó, frunciendo la nariz.

Sonreí con suficiencia y enganché mi dedo bajo su barbilla, levantándole la cabeza.

—Vamos. —No le di oportunidad de discutir antes de levantarla del mostrador, apretarle el culo con fuerza y empujarla hacia la puerta.

—¿Qué estás…?

La música alta ahogó sus palabras mientras volvíamos a entrar a la sala principal del club. La atraje a mi lado para protegerla de miradas y manos errantes. El extraño impulso de encerrarla en una jaula me atrapó. Algo en Emma llamaba a lo más profundo de mí.

El aire húmedo de la noche nos envolvió al salir a la calle. Las luces proyectaban un resplandor cálido sobre todo, incluyendo a la mujer cautivadora que tenía frente a mí. Su piel era como el oro, brillando en la luz tenue.

—¿Qué estamos haciendo? —Sus labios rozaron mi garganta.

Miré sus zapatos, negros con un tacón alto y afilado. Nuestro destino no estaba lejos andando, pero la idea de que se hiciera daño con las calles empedradas era inaceptable. Podría ordenarle a Sergey que trajera el coche, pero eso abriría demasiadas oportunidades para preguntas, tanto de Emma como de mis hombres.

El anonimato era fundamental.

Decidido, la cargué en mis brazos. Ella me rodeó el cuello con un brazo, jadeando, mientras con el otro sujetaba su falda.

—No llevo ropa interior —siseó.

Me reí, pero me aseguré de que su vestido la cubriera mientras la cargaba al estilo novia por la calle.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Si voy a hacer mi mejor trabajo, no voy a dejar que te distraigas —comenté.

—¿Y me tienes que cargar para eso?

—Zapatos ridículos de mierda —murmuré.

Me dio un golpecito en el pecho con el dedo.

—Estos son Louboutins.

No me digné a responderle.

Resopló, pero no pudo ocultar cómo se suavizó en mi abrazo, acurrucándose contra mi pecho, labios rozando la piel desnuda de mi cuello. Gruñí. Esta pequeña sirena estaba hecha para mí.

La parte de mi cabeza que no pensaba con mi polla sonó como una alarma estridente sobre lo fácil que me estaba dejando atraer y lo poco que me importaba.

—¿Debería preocuparme que me estén secuestrando?

—Por suerte, tu secuestrador está más preocupado por alimentarte.

—*Mmm*, ¿qué piensas darme de comer?

Sus palabras rezumaban insinuaciones y resoplé mientras mi mano apretaba su culo.

—Qué descarada. —La bajé suavemente en la acera, pero la mantuve pegada a mi cuerpo—. Ya llegamos.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro cuando vio nuestro destino: una pequeña *pizzería* que descubrí hacía una década, cuando llegué

por primera vez a París. En aquel entonces, no tenía dinero. Había volado por todo el mundo en un avión privado, usado trajes y relojes de lujo, entreteniendo a clientes en hoteles de lujo y salas de negocios, mas todo era una máscara que ocultaba la verdad: que vivía como una puta rata en la alcantarilla. Una noche me topé con Bella Vita, con el estómago consumido por el hambre. Tenía suficiente dinero para un pedazo. Me dieron una *pizza* entera y habíamos hablado hasta bien entrada la noche. Volvía cada vez que estaba en la ciudad.

—Esto se ve increíble. —Emma sonrió radiante y la opresión en mi pecho, la ansiedad de que viera este lugar como inferior a ella, desapareció.

Abrí la puerta y ella tomó mi mano antes de entrar. Mis dedos se flexionaron alrededor de los suyos mientras la seguía adentro. El aroma a *mozzarella* y tomate flotaba en el aire. Cabinas desgastadas con asientos de plástico rojo y mesas de madera rayada cubrían las paredes. Un par de mujeres de cabello canoso ocupaban una, una *pizza* y una botella de vino entre ellas, pero por lo demás estaba vacío.

Emma me devolvió la mirada por encima del hombro con una sonrisa.

—Esto es justo lo que necesito después de que me sirvieron una comida de dieciséis tiempos, cada uno consistía en una cucharada de una extraña sustancia gelatinosa.

Los ricos comían las cosas más raras.

—¡Declan! —Martina salió de la puerta vaivén de la cocina. Su cabello, ahora completamente canoso, estaba recogido en un moño. Se secó las manos en su delantal rojo cereza antes de abrazarme. Me obligué a relajarme con su caricia, y ella mantuvo el abrazo breve para mi bien.

—¿Quién es esta belleza que trajiste contigo?

Demonios. Iba a convertir esto en todo un lío, y también…

—¡Tony! *Vieni qui*! Declan trajo a una chica para conocernos.

Por el amor de…

Emma se rio, y el sonido hizo algo extraño en mi pecho. Me froté el esternón.

Tony salió de la cocina.

—¿Eh? ¿Por qué tanto alboroto? —Vio a Emma y su ceño fruncido se transformó en una sonrisa encantadora—. ¿Quién es esta hermosa *signorina*? —Le puso las manos en los brazos y le besó las mejillas—. Soy Antonio Bianchi. Bienvenida a nuestro restaurante, donde solo comen las damas más bonitas de París.

—*Oh* —dijo Emma, frunciendo el ceño—. Entonces, ¿debería irme?

Hubo un momento de silencio antes de que ella se riera, y Martina y Tony empezaron a reír.

—No, no. Eres la más hermosa de toda la ciudad —elogió Tony—. Ahora este… —Me hizo un gesto despectivo con la mano y *bah*.

—*Aww,* qué pena, Declan. Supongo que te alcanzaré más tarde, cuando termine mi *pizza* —bromeó Emma, haciéndome ojitos.

Fruncí el ceño, pero no había maldad detrás de eso mientras la atraía hacia mi costado.

—Me agrada —comentó Martina—. Soy Tina Bianchi.

—Encantada de conocerlos a los dos. Soy Emma Sinclair y si su comida es la mitad de buena de lo que huele, sé que me espera una de las mejores comidas de mi vida.

Tony infló el pecho y extendió su brazo para escoltarla hasta lo que él mismo anunció como "su mejor reservado". En vez de darnos menús, se pusieron junto a nuestra mesa, discutiendo en italiano sobre qué debían prepararnos. Emma parecía encantada, manejando el caos con calma. Cuando Martina y Tony volvieron a la cocina para seguir discutiendo sobre qué platillos llevarnos, ladeé la cabeza.

—Hablas italiano.

—¿*Hmm*? —preguntó mientras se movía en su asiento.

Había aprendido bastante italiano a lo largo de los años, pero en cuanto supe que mi hermana se había casado con el *Don* italiano en *New York*, me comprometí a ser fluido.

Tony dejó dos copas de vino y una cesta de pan, pero mi mirada aguda no se apartó de su rostro. No me gustaba el vino, pero di un sorbo para tranquilizarla.

—Entendiste lo que decían.

Sonrió radiante.

—Eres observador. Mi abuela era de Italia. Tomé clases en el colegio para poder comunicarme mejor con ella. —Después de beber, continuó—: Ya falleció y apenas practico, así que no me pidas que diga nada, pero puedo entender parte de lo que dicen.

Su explicación era perfectamente lógica. Normal. ¿Entonces por qué sus palabras sabían a mentiras en mi boca?

Tony empezó a gritar algo en la cocina, y Emma negó con la cabeza, con una cálida sonrisa aún en sus labios.

—¿Siempre son así?

—Suelen ser peor. Se han portado lo mejor posible por ti. —Le empujé el pan y ella tomó uno.

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo aquí? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Diez años, creo. Cada vez que vengo a París.

—Me encanta eso. ¿Así aprendiste italiano? ¿Hablas algún otro idioma?

La sospecha me pinchaba por dentro. ¿Por qué hacía tantas preguntas?

—Me defiendo bien en francés. Vengo bastante a menudo a reuniones de negocios. —En realidad, tenía un don especial para los idiomas y los acentos. Hablaba ocho idiomas con fluidez y podía mantener conversaciones básicas en otros cuatro idiomas.

—Espero tener la oportunidad de volver aquí —dijo Emma, con sus ojos brillando—. Es mi primera vez visitando París y hasta ahora ha sido bastante mágico.

Me incliné sobre la mesa y ella imitó mis movimientos.

—¿Dónde está tu hogar?

Pasó la yema de su dedo por el dorso de mi mano.

—Toronto. ¿Has estado en Canadá?

Negué con la cabeza.

—Principalmente viajo entre Dublín y París.

—Siempre he querido ir a Irlanda. Se ve precioso.

Tony y Martina vinieron con dos bandejas llenas de platos y ambos nos recargamos en nuestros asientos para hacer lugar en la mesa.

—*Signora*, es un honor ofrecerle la mejor comida italiana de su vida. Empezando con *bruschetta* con tomates frescos del mercado y melón envuelto en prosciutto, seguido del *cacio e pepe de Tina* y mi famosa *Pizza Margherita*.

—¿Oh, así que el tuyo es famoso y el mío solo *cacio e pepe*? —Martina frunció los labios mientras miraba a su esposo.

—No, no, *amore*. Tu pasta ya es tan famosa que no necesita presentación.

Tina resopló, restando importancia a las palabras de su marido, pero era evidente que estaba satisfecha.

—Todo se ve increíble —pronunció Emma, con los ojos muy abiertos mientras contemplaba toda la comida.

—*Mangia!* ¡Disfruten! —Tony me puso la mano en el hombro antes de que la excéntrica pareja se dirigiera a la cocina.

—Ups, necesitamos cubiertos. Voy por algunos. —Se levantó y cruzó la habitación hasta una mesita auxiliar. Mis ojos seguían fijos en su trasero. Quería llevarla de vuelta a mi *penthouse*, desnudarla y clavar mis dientes en sus nalgas, pero tenía que ser inteligente con esto. Saqué mi teléfono y le mandé un mensaje rápido a Aleksei, diciéndole que investigara sobre Emma Sinclair de Toronto.

Sería fácil verificar su historia.

Cuando volvió, dejó los cubiertos y las servilletas sobre la mesa, mirándome con una sonrisa mientras se servía en su plato.

—Esto se ve increíble. —Comió sin dudar, emitiendo pequeños sonidos de tarareo cuando daba un bocado a algo que le gustaba especialmente.

La observaba, hipnotizado. Quizás era una asesina. ¿De qué otra forma iba a estar sola en una ciudad extraña, sentada con un hombre que no conocía, perfectamente a gusto mientras cenaba tarde? Era completamente despreocupada de una forma que solo había visto en algunos de los asesinos más peligrosos del mundo.

Se movió en su asiento mientras comía un gran bocado de prosciutto y melón.

—*Questo è delizioso!* —gritó al otro lado del restaurante, haciendo un gesto de aprobación con el pulgar a Martina y Tony.

Volteó hacia mí y frunció el ceño.

—¿Por qué no comes?

Negué con la cabeza y llené mi plato, comiendo con la metódica de quien ha pasado hambre demasiadas noches.

Tres parejas mayores entraron al restaurante, gritando saludos y exigiendo que pusieran la música. Tony gritó en italiano rápido antes de encender la antigua radio en la esquina. Una canción fuerte con un matiz estático resonó por los altavoces, y los nuevos comensales aplaudieron.

—Ya veo por qué sigues volviendo aquí —expresó Emma mientras se recostaba con un gemido, las manos en su estómago. Miró alrededor de la habitación, con los ojos brillantes—. Tony tenía razón. Esta ha sido, por mucho, la mejor comida que he probado en París.

—¿Puedo sugerirte Italia como próximo destino? —opiné con sequedad.

Se tocó el labio pensativa y luego me guiñó un ojo.

—*Hmm*, puede que tengas razón.

Reconocí la siguiente canción que sonó como *Bella Ciao*. Emma claramente la conocía también porque empezó a cantar con ella. Más gente se aglomeró en el restaurante, animando cuando Tony y Tina empezaron a bailar.

Emma me agarró la mano.

—Baila conmigo.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez. ¿A menos que tengas mucho sueño? He escuchado que te cansas más fácilmente con la edad.

Oh, esta mocosa. Con treinta y cinco años, no estaba precisamente buscando residencias para ancianos.

Me levanté y la levanté de la mesa. Tropezó contra mi pecho, riendo.

Mi mano rozó su trasero.

—Pagarás por eso más tarde.

Parecía completamente despreocupada mientras me arrastraba hacia el círculo de clientes bulliciosos del restaurante. Rápidamente nos empujaron hacia el centro y aplaudieron con fuerza cuando Emma me giró en círculo. Bailaba a mi alrededor, su cabello volando

con cada vuelta, las mejillas sonrojadas. Finalmente, otra pareja se colocó en el centro y nosotros nos pusimos al borde del círculo. Emma me dio un codazo y me dijo *gracias* con los labios. Irradiaba felicidad mientras aplaudía y cantaba.

Mi teléfono vibró y lo saqué rápidamente del bolsillo.

ALEKSEI

El escaneo preliminar no reveló nada sospechoso salvo un montón de multas de estacionamiento

No recomendaría dejar que estacione tu coche

Infancia tradicional de clase media en Toronto

Hija única. El padre es un gestor de fondos de inversión, su madre murió de cáncer hace 6 años

Notas decentes en el colegio. No asistió a la universidad, tomó algunas clases de italiano en línea.

Volo a París hace una semana. No tiene trabajo. Vive de un fideicomiso.

La tensión en mi pecho se alivió mientras leía la avalancha de mensajes, cada uno prueba de que Emma no mentía. ¿Era posible que su confianza simplemente viniera de vivir una vida fácil y protegida?

Cuando terminó la canción, el pequeño grupo vitoreó y empezó a gritar sus órdenes para Tony. Martina abrazó a Emma, guiñándome un ojo por encima del hombro antes de que ambas mujeres se separaran.

—¿Todo bien? —preguntó Emma cuando volvió corriendo a mi lado.

Gruñí.

—Sí. Solo algunas actualizaciones de trabajo.

Frunció la nariz.

—¿Trabajo tan tarde? *Eww.*

Negué con la cabeza, pero al guardar mi teléfono en el bolsillo, mis ansiedades disminuyeron. Seguiría manteniéndola a distancia,

teniendo cuidado de no dejar escapar nada, pero esto era solo una noche. Iba a asegurarme de que fuera memorable, maldición.



6

DIMITRI

Le di el nombre del hotel de Emma al taxista. El mío era más seguro, pero ir al suyo significaba que podía marcharme fácilmente después de que terminara nuestra noche.

Se acurrucó en mi costado, apoyando la cabeza en mi hombro.

—La ciudad es tan bonita por la noche. —Las luces que pasaban se reflejaban en sus ojos oscuros. Acaricié la línea de su mandíbula, cerré la distancia entre nosotros y la besé. Nunca había hecho eso, besar a alguien solo porque quería, pero Emma me hizo *querer*—. Mira. —Me dio un codazo y vi por la ventana. La Torre Eiffel estaba iluminada y resplandeciente.

La primera vez que vine a París, había estado vagando por las calles tarde por la noche tras cerrar mi primer trato. Estaba débil de alivio, cansado hasta los huesos y congelándome en una noche de enero. Me encontré caminando sin rumbo junto al Sena cuando la Torre Eiffel empezó a brillar a lo lejos. Me detuvo en seco, dejándome sin aliento al darme cuenta de que aún había algo hermoso en el mundo, aunque no fuera para mí. Vivía envuelto en oscuridad, destinado a ser para siempre un extraño a las cosas buenas de la vida, pero esas luces centelleantes me habían dado esperanza de que todo lo que hacía no era en vano. Estaba creando

un mundo más seguro para las pocas personas que quedaban y que quería.

Cuando llegamos frente a su hotel, Emma metió la mano en su pequeño bolso como si fuera a sacar su cartera. Me burlé, tapé su mano con la mía y le di al chofer un fajo de billetes. Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa mientras le tomaba la mano y la guie fuera del taxi.

El vestíbulo fue un borrón mientras la metía en el ascensor. La tensión crepitaba en el aire entre nosotros, y luché contra el impulso de empujarla contra la pared y tomarla allí mismo.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella tropezó al salir. Murmuró algo entre dientes y se quitó los zapatos.

Mis ojos se fijaron en su trasero mientras se agachaba para agarrarlos.

—Malditos zapatos —me burlé antes de cargarla. Esta vez, su cuerpo estaba pegado a mi pecho, sus brazos y piernas envueltos alrededor de mí. La levanté y jadeó mientras su coño rozaba mi polla dura.

—Creo que solo te gusta una excusa para cargarme. —Sus labios subieron por mi cuello, por mi mandíbula. Gruñí cuando me mordió el lóbulo.

—Maldición. ¿Cuál es tu habitación?

Señaló hacia el final del pasillo y se rio cuando empecé a correr. Se movió en mis brazos cuando llegamos a su puerta. La dejé en el suelo, pero me negué a darle un centímetro de espacio, apretándola mientras usaba la tarjeta de su habitación y empujaba la puerta.

Encendió el interruptor de la luz.

Cerré la puerta con llave detrás de nosotros.

La sala de la lujosa *suite* del hotel estaba decorada con una televisión, sofás opulentos y un sillón reclinable. Al otro lado de la sala, enormes ventanales cubrían una gran pared con una puerta que daba a un balcón. A la izquierda había una pequeña cocina, a la derecha, una puerta al dormitorio. Y a unos metros delante de mí estaba Emma.

Avancé hasta que nuestros pechos se rozaron.

—Date la vuelta.

Vaciló, mordiéndose el labio. ¿Estaba teniendo dudas? Pero entonces se giró y se apartó el cabello hacia adelante para que pudiera acceder a su cremallera. Enganché mi dedo en la espalda de su vestido y la atraje hacia mí, sonriendo con arrogancia ante su pequeño jadeo.

Bajé la cremallera con cuidado, dejando al descubierto una superficie lisa de piel. Mi polla estaba como acero, y me costó mucho esfuerzo no arrancarle el vestido. Lo pasé suavemente por la curva de sus caderas hasta que se acumuló en el suelo, dejándola completamente desnuda. Me hizo caer de rodillas por segunda vez esta noche a la par que recorría su espalda con un beso. Se me hizo agua la boca mientras me inclinaba hacia adelante y mordía la curva de su nalga. Gritó y se giró de golpe para mirarme, con los labios entreabiertos por el asombro.

—¿Qué estás…?

Sus palabras se apagaron cuando se dio cuenta de que estaba a centímetros de su coño. Ya había memorizado su sabor y tacto, pero ahora tenía una vista clara y podía mirar hasta saciarme. Apoyé mi rostro en su hendidura e inhalé profundamente.

—¿Decías?

Un ruido ahogado en su garganta fue su única respuesta.

Arrastré mis manos por sus curvas a la par que yo me levantaba. Echó su cabeza hacia atrás, completamente desnuda mientras yo estaba completamente vestido.

—Mierda, eres preciosa. —Mi verga dura palpitaba, sin embargo, lo único que podía hacer era mirar sus curvas suaves, el tono oliva dorado de su piel, los rizos gruesos y oscuros que cubrían su coño.

Se retorció bajo mi mirada, con las mejillas sonrojadas, pero me negué a que me apresurara. Había pasado toda una vida renunciando a mi humanidad para poder convertirme en quien *ellos* necesitaban que fuera. Ya había tenido sexo antes, pero esos recuerdos estaban envueltos en una densa niebla. Ninguno de esos momentos había parecido real. *Yo no* me había sentido real.

Mis dedos recorrieron su piel, y contuve la respiración, esperando que desapareciera en cualquier momento. Pero aquí estaba, cálida y sólida.

Y yo también.

Aquí.

Vivo.

Pronto tendría que endurecer mi alma y volver a mi ciudad, mas no dejaría que la realidad nos invadiera en esta habitación.

Todavía no.

Mis manos recorrieron sus caderas mientras la empujaba hacia el dormitorio. Las luces de la ciudad se colaban por las ventanas, rompiendo la oscuridad lo suficiente para que pudiera ver el contorno de sus curvas.

—En la cama. —La guie hacia abajo para que quedara boca arriba, extendida delante de mí.

Jaló mi camisa.

—Quiero verte.

Le mordí el labio inferior. Tenía que hacer esta siguiente parte con cuidado, quitarme la ropa sin que ella viera la pistola que tenía atada en la parte baja de la espalda.

—Entonces sé una buena chica y mírame.

Me puse de pie, manteniendo la mirada en ella a la par que me quitaba la chaqueta. La poca luz disimulaba mis movimientos mientras rápidamente metía mi pistola en el bolsillo interior de mi chaqueta, la envolvía en un bulto y la dejé en la silla a un lado de la habitación. Emma se incorporó cuando yo me desabrochaba la camisa. Su mirada ardiente recorría mi cuerpo, haciéndome sentir como si yo fuera el que estaba desnudo ante ella y no al revés.

Me acerqué a las sombras mientras me quitaba la camisa, la dejé sobre la cómoda y esperaba que la oscuridad disimulara las cicatrices que cubrían mi pecho y espalda.

Cuando solo quedaba mi bóxer, volví a la cama y le agarré la mandíbula con fuerza.

—Quítamelos.

Su suave inhalación al ponerse de rodillas, la forma en que sus pezones se tensaron cuando los pequeños dedos agarraban la pretina, hacían que el líquido preseminal goteara sobre mi piel. Dudando un poco, los bajó y mi polla saltó a unos centímetros de

sus labios. Me miró como si me estuviera pidiendo… ¿Permiso? ¿Indicaciones?

Presioné mi pulgar contra sus labios y los entreabrió, permitiéndome empujar dentro de su boca caliente y húmeda.

—¿Vas a chuparme la polla como una buena chica?

Su lengua recorrió mi pulgar y asintió.

—Entonces abre más.

La imagen de ella arrodillada ante mí, tan cerca que podía sentir sus exhalaciones en la maldita punta y la forma en que me miraba con ojos enormes y confiados, casi me hizo correrme. Seguí sujetando su mandíbula, no obstante, fijé la mirada en el techo e intenté pensar en otra cosa. La suave lamida de su lengua contra mi cabeza arrancó un gemido sorprendido de mi boca y una embestida involuntaria de mis caderas.

Su expresión era de puro orgullo arrogante y un gruñido retumbó en mi pecho.

—Chica traviesa —solté con dureza mientras le presionaba la punta en su boca. Mi intención era que fuera un castigo, pero en el momento en que cerró los labios y me la chupó, me perdí. Eché la cabeza hacia atrás ante su calor húmedo. Nada se había sentido así antes.

Enrosqué mis dedos en su cabello, lo suficientemente sueltos para que pudiera controlar el tempo, pero con firmeza para que no pudiera escapar. No es que lo intentara. Me agarró de las caderas para mantener el equilibrio y me metió más profundo. Gemí mientras el placer recorría mi columna vertebral y me recorría las bolas. No importaba que sus movimientos fueran un poco torpes y sin experiencia, salvo que no estaba seguro de cómo conciliar a la sirena segura que se me acercó en el club con esta mujer más tímida.

Saqué mi longitud de su boca, pero mantuve el agarre firme en su mandíbula.

—¿Estás bien, cariño?

Ella soltó un profundo suspiro y se apoyó en mi caricia.

—Sí.

Fruncí el ceño cuando volvió a morderse el labio. Lo solté de sus dientes, pasando el pulgar por la mancha roja mientras la esperaba. La paciencia no era mi fuerte, pero el silencio provocaba confesiones.

—¿Quieres…? —Empezó. Respiró profundamente antes de sostener mi mirada con determinación renovada—. ¿Me dirás qué hacer?

Maldije ante su inocente pregunta y volví a mirar al techo para no correrme.

—Sí, sí, puedo hacerlo. —Mi voz tensa la hizo reír, y sacudí la cabeza—. Malcriada.

Ella lamió una línea larga por mi polla.

—Quizá tengas que mirarme para darme instrucciones.

Suspiré y usé mi agarre en su cabello para forzar su cabeza hacia atrás.

—Abre la boca y tómame.

Sonrió e hizo lo que le ordené, con una expresión mucho más relajada a la par que me chupaba. Mantuve ambas manos sobre ella, enredadas en su cabello, acariciándole la mandíbula, y le di cada vez más mi verga. Su boca se estiró a mi alrededor, sus ojos se llenaron de lágrimas mientras me metía más profundo, pero no se quejó ni se apartó.

—Respira por la nariz. Puedes con más. Relaja la garganta. —Sus manos agarraron mi trasero y me jalo hacia adelante. Empujé más profundo con un gemido, solo aflojando cuando ella se atragantó—. Lo estás haciendo muy bien. Carajo, tu boquita caliente se siente tan bien a mi alrededor. Apuesto a que tu coño es aún mejor.

Gimió, y la vibración fue directo a mis testículos. Apreté la mandíbula, intentando mantener mi último atisbo de control, sin embargo, mis movimientos se volvieron más erráticos hasta que apenas pude emitir una advertencia.

—Me voy a correr. Trágatelo. Cada maldita gota.

Se retorció y chupó con más fuerza, y yo me corrí con un rugido unos segundos después. El placer fue casi cegador mientras me derramaba en su boca y ella me chupaba, dejándome como un desastre tembloroso y jadeante.

Volví en mí con un gruñido y la empujé hacia abajo boca arriba, sujetándole la garganta con la mano.

—*Joder*. Lo hiciste muy bien.

—¿Sí?

Una risa retumbó en mi pecho.

—Sí, nena.

Capturé sus labios con los míos, sumergiendo mi lengua profundamente en su boca. Sus dedos se clavaron en mi espalda mientras su coño resbaladizo rozaba mi polla. Mi sabor en sus labios, el calor de ella contra mí y el mordisco de sus dientes en mis labios hicieron que mi longitud agotada se estremeciera y empezara a endurecerse de nuevo. ¿Quién iba a pensar que mi polla se recuperaría tan rápido? Porque yo desde luego que no, demonios.

Rompí nuestro beso con un jadeo.

—Ahora me toca a mí.

Le sujeté el pecho con una mano y con la otra empujé su pierna hacia el pecho, abriéndola. Una inhalación aguda, un rubor que se intensificó, y luego su pezón sonrosado quedó entre mis labios. Arqueó el pecho mientras yo chupaba antes de cambiar a su otro pezón. La lista de cosas que quería hacerle ya era abrumadora, y entonces su mano volvió a posarse en mi cabello. Pasó sus dedos por los mechones que ya eran más largos desde que mi padre me obligó a raparme la cabeza desde los diez años. Dijo que era para protegerme en una pelea, para evitar que un oponente usara mi propio cuerpo contra mí, pero una noche, cuando estaba borracho, admitió la verdadera razón: no soportaba ver el cabello rubio de su esposa en sus hijos. El contacto era extraño con su suavidad y rompió algo dentro de mí.

Mantuvo la mano allí, sujetándome a la par que yo besaba su cuerpo. Su coño brillaba de humedad, haciéndome agua la boca. Respiré hondo, su aroma intenso tenía líquido preseminal perlándose en la punta de mi polla mientras prácticamente me suplicaba que la penetrara. Ella era cada sueño hecho realidad para mí.

Di un beso en la parte superior de su monte y ella se tensó. Su agarre en mi cabello cambió mientras intentaba apartarme. Un gruñido de advertencia retumbó en mi pecho.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos.

—No tienes que… ya sabes.

Fruncí el ceño mientras intentaba descifrar sus palabras.

—Quiero decir, ya lo hiciste antes en el baño, y no me afeité ni nada, así que si no…

Tomé su barbilla, sujetándola tan firmemente que no podía apartar la mirada. Sus mejillas se sonrojaron de calor mientras pasaba mis dedos por su hendidura empapada y los llevaba a mi boca. Absorbí su dulzura.

—Yo mando esta noche. Así que, si quiero pasar horas comiéndote el coño, eso es lo que voy a hacer. ¿Entendido?

Sus ojos se encendieron y sus mejillas se sonrojaron, pero lentamente levantó la barbilla en señal de aprobación.

—Bien.

Mi cabeza se apoyó entre sus piernas. Estaba aún más mojada que antes, y sonreí con suficiencia. A Emma le gustaba que le dijeran qué hacer.

Planté mis manos firmes en sus muslos carnosos, los abrí y me lancé al paraíso. Gruñí mientras le daba una larga lamida, saboreándola. Su pequeño jadeo me animó, y luego sus manos volvieron a estar en mi cabello, esta vez atrayéndome más cerca.

Sí, carajo.

Metí mi lengua en su coño apretado. Su grito de sorpresa me hizo ir más allá. Necesitaba más, necesitaba *todo* de ella.

Mis manos agarraron sus nalgas mientras la abría aún más. Mi lengua rodeó su clítoris a la par que sus suaves quejidos y gemidos me guiaban cada vez más cerca de su clímax.

—Oh, Dios mío. Creo que voy a…

Me aparté. Dejó escapar un suave grito y se apoyó en los codos.

—¿Por qué paraste?

La expresión de traición en su expresión me dibujó una sonrisa.

—¿Pensabas que ibas a correrte tan fácilmente? —Negué lentamente con la cabeza, alargando este momento—. Acabamos de empezar y, si quieres correrte, tendrás que suplicarme.

Apretó la mandíbula y frunció el ceño, aunque no cedí mientras arrastraba lentamente los dedos arriba y abajo por su muslo interior.

Arriba y abajo.

Trazos suaves, apenas perceptibles. Casi, pero nunca llegaba a tocarle el coño.

—Bien —replicó con brusquedad—. Por favor.

Mis labios se movieron ligeramente. Mantuve el ritmo constante, un toque ligero como una pluma en la curva de su cadera.

Gimió y abrió aún más las piernas. Ahora me tocaba apretar la mandíbula porque era pura tentación y excitación contagiosa.

—Por favor, Declan. —Su voz ahora era más suave—. Por favor, haz que me corra.

Mi resistencia se rompió y enterré la lengua en su canal apretado con un gruñido. Sus caderas se arquearon en un grito. Absorbí su dulzura como un hombre hambriento, presionando un dedo dentro de ella y luego dos. Su placer volvió a crecer rápidamente y no pasó mucho tiempo antes de que se sintiera necesitada y suplicara, a segundos de correrse. Estuve tentado de retirarme, de volver a ponerla al límite, pero necesitaba verla desmoronarse tanto como ella.

—¡Córrete para mí! —ordené. Se aferró a mi cabello, usando su agarre como apoyo mientras se frotaba contra mi cara. Su coño apretó mis dedos, contrayéndose alrededor de mí hasta que llegó su orgasmo. Ella gritó, pero no dejé de rodear su clítoris con mi lengua, ayudándola a resistir las intensas oleadas de placer hasta que se desplomó contra el colchón.

Besé su cuerpo relajado, con una sonrisa satisfecha en mis labios porque *lo había hecho*. Yo era la razón por la que tenía los ojos cerrados, sus extremidades pesadas y el cabello esparcido por la almohada. Le di besos torpes en la mejilla hasta que se rio y me apartó. Me puso una mueca de gatito tan adorable que no pude evitar besar sus labios carnosos.

—Tan hermosa. —Mi voz era baja y ronca, como si hubiera sido yo quien gritaba, no ella. Verla desmoronarse me había destrozado.

—Me has matado con orgasmos —se quejó.

Tarareé, mis labios recorriendo su clavícula.

—¿Quieres presentar una queja a la gerencia?

Soltó una risa entre dientes.

—Ahora te creerás la gran cosa, ¿verdad?

Mi única respuesta fue levantar su pierna hasta quedar completamente abierta para mí, su pequeña y caliente vagina empapando mi piel.

—No, pero tú la sentirás.

Se rio, pero pronto se convirtió en un gemido mientras mis caderas se movían hacia adelante, apoyándose en su entrada. Me quedé paralizado.

—Mierda. No tengo condón.

—Oh. Yo sí. —Sus mejillas ardían mientras giraba la cabeza hacia un lado. Ella señaló su bolso que estaba en el suelo, y yo me aparté a regañadientes y tomé un paquete. La caja estaba sin abrir, pero un destello de rabia posesiva me atravesó al pensar que ella trajera a alguien más del club para follar.

«No es tuya. Esto es solo una noche».

Aparté ese pensamiento de mi cabeza y me puse el preservativo lentamente. Se humedeció los labios, con los ojos muy abiertos. Su inocencia era tan excitante, joder.

Mi cuerpo vibraba de necesidad mientras me subía de nuevo encima de ella, arrastrando mi piel áspera y marcada por cicatrices por sus curvas lisas y perfectas. Pasó sus manos por mi pecho y me estremecí. Era suave, cálida y perfecta. Mi polla rozó su coño resbaladizo y empujé los primeros centímetros dentro de ella. Me apretó tan fuerte que tuve que apretar los dientes para no correrme de inmediato.

Se arqueó y se movió debajo de mí, y sus uñas se clavaron en mi piel mientras se aferraba a mis brazos. Salí y volví a mover las caderas hacia adelante, pero esta vez, el cuerpo de Emma, que hacía unos momentos estaba suave y lánguido, estaba tenso debajo de mí. Frunció el ceño y apretó la mandíbula.

Me quedé paralizado, la sospecha empezando a apoderarse poco a poco.

—¿Emma?

—¿Hmm?

—Abre los ojos.

7

SIENNA

Mantuve los ojos cerrados.

Hasta ese momento, esta noche había sido perfecta.

Me había sentido abrumada en el club hasta que lo vi. No tenía sentido, el ceño fruncido y la mirada dura del hombre rubio y taciturno lo hacían todo menos accesible. Y, sin embargo, cada vez que miraba desde mi asiento en el bar, el estómago me revoloteaba. El resto de las personas en el club se habían mantenido al margen, pero yo había crecido rodeada de mafiosos y no iba a dejarme intimidar por un hombre de negocios. Un empresario irlandés con ojos penetrantes y un acento ardiente que había bailado conmigo, casi me folló en el baño, me dio de comer *pizza* y pasta, y me dio el mejor orgasmo de mi vida.

Y que estaba a punto de descubrir que era virgen.

Pensaba que todo el tiempo que pasaba con mi vibrador ayudaría a la *situación* allí abajo, pero Declan era mucho más grande que mi vibrador y estaba con los nervios de punta. Apenas estaba dentro de mí y yo me apretaba sobre él con una fuerza increíble, aunque *quería esto.* Mi orgasmo solo me hizo desear más, y necesitaba sentirlo completamente dentro de mí como necesitaba el aire.

—Emma.

Su voz era sorprendentemente tierna. Solo desearía que dijera mi nombre real.

—Abre los ojos.

Pasó su pulgar por mi mandíbula, animándome suavemente a obedecer. Con un suspiro lento, abrí los párpados a la fuerza. Frunció el ceño de inmediato ante las lágrimas que me corrían por las mejillas. Maldijo y se retiró, pero antes de que pudiera apartarse del todo, cerré mis piernas alrededor de sus caderas.

—No te vayas. —Mi voz sonaba triste y patética.

Sus ojos se suavizaron. Se relajó sobre mí, dándome parte de su peso mientras cubría mi cuerpo.

—No me iré.

Su aliento soplaba contra mi cuello mientras su mejilla rozaba la mía, con un leve rasgo de barba nocturna áspera contra mi piel. La rigidez se desvaneció de mi cuerpo.

—Nunca has hecho esto antes. —No era una pregunta, pero asentí igualmente.

Me apartó el cabello de la cara. Declan no era muy expresivo, pero la forma suave en que me tocaba decía más que sus palabras.

—¿Estás segura de que quieres esto?

—Sí.

Arqueó una ceja ante mi susurro ronco. Carraspeé.

—Quiero esto.

Me observó con atención.

—Quiero darte lo que quieres, pero no si te duele.

Mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Nunca habría pensado que un encuentro casual pudiera ser tan suave… O mostrar este tipo de preocupación.

Su nariz rozó la mía, una petición suave para que continuara. Después de que asentí, me metió dos dedos dentro y mantuvo su mirada fija en mi rostro. Moví las caderas, intentando volver a esa sensación ardiente y necesitada que había tenido antes.

Cuando su pulgar presionó contra mi clítoris, pequeñas chispas recorrieron mi centro. Cerré los ojos lentamente.

—Eso. Relájate con la sensación. Te tengo.

Un fuerte pellizco en mi pezón provocó que un grito saliera de mi pecho.

—Eso es. —Metió un tercer dedo y arqueé la espalda—. Toda relajada y empapada para mí. —Sus labios rozaron la curva de mi oreja—. La dosis perfecta de dolor. —Me pellizcó el pezón opuesto y yo gimoteé.

El placer creció mientras sus dedos se enroscaban dentro de mí y los movía dentro y fuera. Esa *necesidad* volvió, intensa y exigente.

Y entonces sus dedos desaparecieron, y yo estaba dolorosamente vacía.

Exclamé en protesta y él me dio un fuerte pellizco en cada pezón, acompañado de una mirada de advertencia. El significado era claro: él estaba al mando.

—Por favor —susurré—. Por favor, te necesito.

La cabeza de su polla presionó contra mi entrada. Jadeaba, con mi corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo. Con una lentitud tortuosa, me penetró. Seguía siendo un estiramiento, pero solté un suspiro lento por la nariz para mantener mi cuerpo relajado.

—Así. ¿Puedes tomar más de mí?

—Sí. —Jadeé. La sensación, la intensidad, rozaba el dolor, pero mezclado con la agudeza estaba el placer, especialmente cuando su pulgar volvió a mi clítoris con una presión palpitante.

—¿Estás completamente dentro? —Jadeé.

—Todavía no. Tu coño apretado se está esforzando mucho para aguantar mi polla gruesa, ¿verdad? Eres tan buena chica para mí.

Movía sus caderas dentro y fuera, sus movimientos lentos y medidos. Quería verlo desatado y desmoronándose igual que él me hizo romperme, pero la forma cuidadosa en que me tocaba, comprobando constantemente que estaba bien, hacía que mi pecho se apretara.

Su mano áspera bajó por mi muslo en una caricia lenta, posándose detrás de mi rodilla y presionando hacia arriba. Gemidos embriagadores escapaban de mis labios mientras él me abría de par en par, mis caderas se inclinaban hacia arriba y le permitían ir más profundo. Electricidad que recorrió mi cuerpo.

—Carajo —gruñó Declan—. *Carajo.* —Su mejilla estaba pegada a la mía, sus respiraciones pesadas deslizándose por mi piel. Era lo más cerca que había estado de otro ser humano, y la intensidad de todo eso era abrumadora—. ¿Estás bien? ¿Duele? —La tensión marcaba sus palabras, y mis labios se curvaron al darme cuenta de que apenas podía controlarse.

Cuanto más se movía, más se adaptaba mi cuerpo a su sensación.

—Estoy bien. —Meneaba mis caderas para ver cómo se sentía. Cada movimiento me enviaba más chispas y debió sentirse bien para él también, porque soltó una maldición baja y empezó a moverse conmigo.

—Te sientes como terciopelo, carajo —gruñó.

«Mi vagina recibió una estrella dorada. ¡Yay!» El placer que sentí al pensar eso fue tan absurdo que tuve que contenerme para no estallar en carcajadas. Se movió, se colocó de rodillas y me dio una palmada en el trasero mientras me embestía. El ángulo golpeó un nuevo punto que me hizo encoger los dedos de los pies y casi me desmayo por la intensidad. Yo estaba *justo ahí*. Solo necesitaba un poco más…

Los labios de Declan se entreabrieron en éxtasis al correrse. Estaba hecho un desastre, ojos vidriosos, labios entreabiertos, pecho agitado por respiraciones rápidas. Se desplomó sobre mí, con su polla aún dentro. La presión y su piel desnuda solo aumentaron mi excitación. Me encantaba verlo destrozado por mi culpa, pero eso no borraba la creciente indignación que sentía por dentro.

Pasó sus dedos por mi cabello, intentando besarme, pero yo aparté mi cara. Frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—No me corrí. —No quería que sonara como una acusación, pero el mal humor empapaba mi tono.

Su confusión se convirtió en un resoplido. Rápidamente enterró su cara en el hueco de mi cuello, pero no pudo ocultar cómo su pecho temblaba de risa.

Intenté apartarlo y solté un gemido frustrado cuando no se movió.

—¿De qué estás hecho? ¿Mercurio?

—¿Qué? —preguntó, sonriendo.

—Es una sustancia extremadamente densa. Como tú.

Se apoyó en sus codos y su sonrisa me dejó sin aliento.

—Lo bastante denso como para hacerte venir dos veces.

Fruncí el ceño.

—Sí, pero luego me excitaste y me dejaste con las ganas.

Compuso su expresión seria, pero la risa bailaba en sus ojos color azul hielo.

—Mis disculpas. Arreglaré mi grave error. —Me dio un beso rápido en los labios antes de sacar lentamente su polla de mi coño, dejando tras de sí un ardor bajo. No sabía qué revelaba sobre mí el hecho de que me gustara.

Me estiré en la cama mientras él iba al baño. El grifo corrió brevemente y luego volvió, caminando hacia mí con un aire arrogante. Su polla ya estaba medio dura otra vez. ¿Era demasiado pronto para volver a hacerlo? ¿Estaba demasiado adolorida? Su sonrisa me dijo que sabía exactamente lo que estaba pensando.

Aparté la mirada de su longitud, con mis mejillas calentándose porque, al parecer, todavía era capaz de sentirme tímida después de todo lo que habíamos hecho. Se inclinó sobre el borde de la cama y agarró mi mandíbula. Las luces de la ciudad afuera rebotaban en su pecho, resaltando sus músculos definidos, y me quedé paralizada.

—¿Son cicatrices? —Mis dedos se deslizaron sobre las marcas plateadas en su piel. Algunas estaban planas, pero otras estaban elevadas, dándole a su piel una textura que apenas noté cuando estaba encima de mí, pero que estaba demasiado distraída para observar bien.

Apretó la mandíbula y levantó la barbilla de golpe.

—Un accidente de moto hace varios años.

Me estremecí. No podía imaginar el dolor de sufrir una raspadura en la carretera así.

—Lo siento. Eso debió de ser horrible. ¿Sigues andando en motocicleta?

Sus ojos adquirieron una mirada lejana, como si viejos recuerdos no deseados lo visitaran.

—No.

Pasé mi pulgar por una cicatriz en su pectoral; mi corazón retorciéndose por lo rígido que se ponía. Jalé sus bíceps, invitándolo a acercarse. Dudó, pero luego se dejó caer sobre el colchón.

Me subí encima de él, decidida a besar todas sus cicatrices. Cerró los ojos con un escalofrío. No entendía la intensidad de las emociones en mi pecho, la urgencia que sentía por calmar a este hombre. El ambiente entre nosotros cambió, la intimidad silenciosa era demasiado para un encuentro casual entre desconocidos. Y aun así no quería parar. Sus manos eran suaves, apartando mi cabello de mi cara, bajando por mis brazos y espalda mientras yo besaba cada una de sus cicatrices.

Su polla erecta se tensaba contra mí mientras besaba la cicatriz de su cadera. No pude resistirme a darle un beso rápido en la punta. Un gruñido retumbó en él y me jaló de nuevo hacia arriba, rodeándome con los brazos. Su agarre era tan fuerte que me cortaba la respiración, pero no me importaba. Quería desaparecer dentro de él.

No tenía idea de cuánto tiempo estuvimos tumbados allí, nuestras respiraciones lentas eran el único sonido. Enredada con Declan, me sentía completamente presente en el momento.

—Entonces, ¿ya me perdonaste? —Su voz era áspera y baja.

El ardor punzante en mi centro había disminuido un poco, pero aun así me habían robado ese orgasmo. Le mordí el cuello.

—No. Solo he declarado una tregua temporal.

Sus manos recorrían un camino constante arriba y abajo por mi espalda.

—Parece que todavía tengo que ganarme el perdón.

Me apoyé en su pecho.

—Parece que sí.

Su sonrisa lo hacía parecer un lobo mientras me giraba de espaldas y empezaba a hacer penitencia.

8

SIENNA

Mi horario de sueño aún no estaba completamente ajustado al horario parisino, lo que significaba que me despertaba antes de lo que lo haría normalmente en casa. Me quedé lo más quieta posible para no despertar a Declan. Estaba envuelto a mi alrededor como un pulpo, sus brazos me sujetaban contra su pecho y nuestras piernas estaban entrelazadas. Su respiración era tan metódica y constante como el propio hombre.

Declan no había tenido la intención de quedarse dormido en mi cama. Cada vez que *terminábamos*, decía que tenía que irse.

Le decía que estaba bien.

Y luego se quedó.

Se había quedado dormido antes que yo. Lo miré mucho más tiempo del adecuado, memorizando la curva de su nariz y sus labios ligeramente entreabiertos. Todas sus líneas duras se suavizaron durante el sueño, y eso lo hizo aún más hermoso.

Probablemente saldría corriendo de aquí en cuanto despertara. Me mordí el labio, preguntándome si habría alguna forma de convencerlo para que se quedara. Era codiciosa por más de él. Más tiempo. Más orgasmos. Más aventuras nocturnas.

«Ya no soy virgen».

Presioné mi sonrisa contra su piel.

Por alguna razón, pensé que me sentiría como una persona totalmente diferente después de tener sexo. En realidad, solo era una versión un poco adolorida de mí misma… que ahora era completamente adicta a cómo Declan me hacía sentir. ¿Cómo se suponía que iba a volver a mi vibrador ahora que sabía lo bueno que podía ser el sexo? Quizá necesitaba encontrar a otro hombre con quien tener un romance en casa, aunque dudaba que muchos hombres pudieran hacerme sentir como anoche.

Los brazos de Declan se tensaron, dándome medio segundo de aviso antes de que sus ojos se abrieran de golpe. Me apartó bruscamente de su pecho y solté un grito sorprendido. Caí boca arriba, rebotando ligeramente sobre el colchón. Me miró fijamente, con ojos desorbitados y las fosas nasales dilatadas. Además de subir rápidamente la sábana para cubrir mis pechos desnudos, me quedé quieta, con el cuerpo tenso. La claridad se dibujó en su rostro en el momento en que se dio cuenta de quién era.

—Mierda. —Sus hombros se hundieron y se pasó las manos por el cabello. Se levantaba en mechones caóticos y desordenados, como si se rebelara contra su control apretado.

—*Umm*, buenos días —saludé con cuidado—. ¿No estás acostumbrado a despertarte al lado de alguien?

Miró fijamente al frente.

—No.

—Claro.

La expresión vacía de Declan hacía que las pocas sonrisas que vi anoche parecieran un recuerdo lejano. Algo punzante se retorció en mi pecho. No me hacía ninguna ilusión que esto fuera otra cosa más que una aventura. Una *aventurilla,* más exactamente. Pero odiaba la idea de que se arrepintiera de nuestra noche juntos. Desde luego, yo nunca me arrepentiría. La noche pasada me sentí más libre que en toda mi vida, corriendo por París con un hombre muy ardiente que me miraba con deseo y me hacía sentir poderosa.

Solté un suspiro lento y me incorporé a una posición sentada.

Declan seguía sin mirarme.

La devastadora sensación familiar de rechazo se coló por mis venas. Parte de mí esperaba que murmurara algo sobre tener que ir

a una reunión antes de salir corriendo de la habitación, como había hecho mi hermano tantas veces… Excepto que no se movía.

¿Qué se suponía que debías decirle a tu aventura de una noche? ¿Debería preguntarle si quiere café? ¿Desayuno? ¿Una máquina del tiempo? Intenté recordar cómo se desarrollaba esto en series de televisión y películas. Por alguna razón, la única imagen que me venía a la mente era la de un hombre con el torso desnudo luchando por ponerse los calcetines sin perder el equilibrio. ¿Por qué los hombres no podían ponerse los calcetines sin casi caerse? ¿No era esa una habilidad que los niños pequeños tenían que aprender? ¿Era eso cierto en la vida real o solo algo que pasaba en las películas?

Bajé las piernas de la cama y me puse de pie, arrugando la nariz ante el suelo frío. Me apresuré a mi enorme desastre de maleta, de repente cohibida por mi desnudez. Después de ponerme el primer par de pantalones deportivos que encontré y un *bralette* verde olivo, encontré dos calcetines y me los puse a la perfección. No combinaban, pero eso era irrelevante.

—Voy a preparar café. ¿Quieres un poco? —pregunté.

Los ojos de Declan se deslizaron hacia mi cara.

—Claro.

Si bien abrí la boca para decir *algo*, no había nada que decir.

La cocina de la *suite* del hotel tenía una máquina de *espresso* absurdamente elegante. Por suerte, era similar a la que tenía en casa cuando pasé por mi breve pero intensa fijación de ser una barista de *espresso*. Hice un *shot* de *espresso* antes de agarrar la leche de la nevera diminuta y tamborilear los dedos contra la encimera.

—Declan, ¿cómo tomas tu *espresso*? —vociferé.

—Negro.

Grité y me giré porque él estaba *justo detrás de mí*.

—Tienes que trabajar en tu percepción del entorno. —Pasó junto a mí y tomó el menú del servicio a la habitación.

Mi corazón latía con fuerza y mi mano presionaba contra mi pecho.

—Tienes que usar una campana. Al final tuvimos que ponerle una al gato de mi amiga porque no paraba de andar a hurtadillas,

haciendo travesuras.

—No todos los días me comparan con un gato.

Fruncí los labios para ocultar mi sonrisa.

—Toma. —Le ofrecí una pequeña taza de *espresso.*

Cerró la distancia entre nosotros, sus dedos arrastrándose lentamente contra los míos a la par que la tomaba. Su rostro permanecía impasible, pero sus ojos seguían fijos en mí mientras daba un sorbo. Su intensidad hizo que el calor recorriera desde mi cabeza hasta mis pies. Su pecho estaba desnudo y mis ojos bajaron al enorme bulto en su ropa interior. Aparté la mirada para que no pudiera leer mi evidente atracción en mi rostro. No era justo que él fuera tan bueno ocultando lo que pasaba en su cabeza en tanto yo era un libro abierto.

Hice otro *shot* de *espresso* y lo vertí en una taza grande. Añadí leche vaporizada, aprovechando mi *hobby* abandonado mientras creaba un precioso *blob* de *latte art*. Y derramando la mitad de la leche fuera de la taza en el proceso. Hmm. Un buen uso quizás haya sido una exageración. Había una razón por la cual abandoné ese pasatiempo con rapidez y volví a mi bebida energética matutina.

Declan arqueó una ceja, bebiendo su *espresso* mientras yo limpiaba lo que derramé. Entrecerré los ojos, lanzando dagas imaginarias, desafiándolo a decir algo. Se quedó en silencio, pero la comisura de sus labios se movió ligeramente.

—¿Qué quieres para desayunar? —Me ofreció el menú.

Parpadeé mirándolo. ¿Se quedaría a desayunar?

—Un *croissant* de chocolate, por favor.

Se acercó al teléfono, hablando francés en voz baja mientras hacía el pedido del desayuno. Me estaba dando la espalda y mi mirada se detuvo en su trasero tan delicioso, deleitándome con su perfección… Sacudí un poquito la cabeza y llevé lo que quedaba de mi *latte* al balcón.

El aire húmedo del verano me envolvió. ¿Cómo sería despertarse así cada mañana? ¿Un hombre en mi cama, completamente satisfecha por la noche anterior, pero aún queriendo más, y bebiendo mi café mientras contemplo una vista perfecta de la Torre Eiffel?

Miré por encima de mi hombro cuando la puerta del balcón rechinó. Declan movía la puerta de un lado a otro para que hiciera ruido.

—Es lo mejor que puedo hacer sin una campana.

Solté una risa sorprendida.

—Oh, eres un bromista.

Sonrió con arrogancia y se puso detrás de mí, el calor de su cuerpo besando mi piel. Me recosté con cautela para apoyarme en su pecho. Sus brazos me rodearon la cintura de inmediato y su barbilla subió a la parte superior de mi cabeza.

—Es el Día de la Bastilla —dije.

Gruñó.

—Debería tener una vista muy buena del espectáculo de fuegos artificiales desde aquí.

Se me erizó la piel del brazo mientras él acariciaba mi piel.

Mariposas revoloteaban en mi estómago.

—Si no tienes nada más que hacer hoy, siempre puedes quedarte hasta el espectáculo. O podrías volver esta noche. Ya sabes, si quieres verlo.

El tiempo se distorsionó mientras el silencio se extendía entre nosotros. ¿Habían pasado horas? ¿O solo segundos? Me preparé para su respuesta, ya mentalmente asumiendo su rechazo.

—Está bien.

Me giré de golpe, sorprendida, tirando la mitad de lo que quedaba de mi *latte* en el balcón. Declan negó con la cabeza, me quitó la taza de las manos y dijo:

—Necesitas una taza con tapa. —Luego volvió a entrar con *mi* café.

Lo seguí por la puerta del balcón.

—*Umm*, disculpa. Robar mi cafeína hará que te revoque la invitación a ver los fuegos artificiales. —Intenté agarrar mi taza, pero él hábilmente la mantuvo fuera de mi alcance y puso a andar la máquina de *espresso*. ¿Iba a hacerme otro?

Crucé los brazos y apoyé mi cadera en la encimera. Algo naranja llamó mi atención. Mi botella de Adderall. Necesitaba tomar mi…

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

La botella tenía mi nombre real. Me lancé por ella, esperando que Declan no hubiera visto la etiqueta. Odiaba mentirle, pero Elira insistió en que usara una identidad falsa para mantenerme a salvo. Por suerte, tenía varias identidades preparadas, todas con documentos de identificación falsificados con maestría y registros en línea que corroboraban mi historia por si alguien investigaba sobre mí.

Las pastillas tintinearon mientras me servía una en la mano y la tomaba.

—¿Qué es eso? —preguntó con brusquedad.

—Solo mis medicamentos para el TDAH —solté de repente.

Carajo. No fue mi intención decir eso. Rara vez le contaba a la gente sobre mi TDAH. No necesitaba sus comentarios sarcásticos y críticos ni sus sugerencias ridículas para una cura, pero estaba demasiado nerviosa para pensar en el nombre de literalmente cualquier otro medicamento. Estudié su rostro buscando una reacción, sin embargo, él simplemente asintió y volvió a preparar el reemplazo de mi bebida.

Un golpe llamó mi atención hacia la puerta, pero Declan me bloqueó el paso. Me entregó mi nueva bebida, en secreto me sentí encantada de que su *latte art* fuera tan horrible como el mío, y pasó rozándome para abrir la puerta. Revisó la mirilla antes de abrir la puerta lo suficiente para meter un carrito dentro de la *suite.*

Salte sobre las puntas de mis pies ante las bandejas de comida plateadas cubiertas.

—Cuidado —replicó Declan con brusquedad—. Trabajé duro en esa bebida.

Dejé mis manos quietas y bebí toda la espuma de la parte superior, la mejor parte, para que fuera menos probable que se derramara.

—Hiciste un buen trabajo con esto —dije mientras cruzaba la habitación hacia el carrito de comida—. Tal vez si tu carrera actual no funciona, podrías ser barista.

Sus ojos brillaban con diversión.

—Me alegra saberlo. ¿Dónde quieres comer?

—¿Qué tal en el balcón?

—Tú primero.

Abrí la puerta y Declan sacó nuestros platos afuera. Me acomodó una silla y me estremecí al sentir el roce de nuestros cuerpos al sentarme.

Se sentó a mi lado, su enorme cuerpo saliendo de la pequeña silla exterior. Se reclinó, con las piernas abiertas como si fuera dueño de la ciudad. Por primera vez en mi vida, sentarme junto a un hombre que ocupa demasiado espacio no me llenó de furia porque significaba que su muslo estaba firmemente pegado al mío. Esas mariposas en mi estómago volvieron a revolotear.

Me dio un ligero codazo en el brazo.

—Come.

Miré hacia abajo y me quedé boquiabierta porque en mi plato había *dos croissants* de chocolate junto con un enorme tazón de fruta, un elegante recipiente de cristal con *yogurt* y un pequeño plato de granola.

—¿Me dieron tu desayuno? —El plato de Declan rebosaba de huevos, pan tostado, papas asadas y tocino.

—No, eso es tuyo.

Esperé a que ofreciera una explicación. Su expresión inescrutable no cambió, pero soltó un suspiro de resignación al darse cuenta de que no estaba comiendo.

—Un *croissant* de chocolate no es desayuno.

Sonreí y le di un codazo en el brazo.

—Me conmueve que te preocupes tanto por mi salud.

—Es completamente egoísta. Necesito que tengas energía de sobra para lo que planeo hacerte hoy.

Dio un gran bocado a su comida, su mandíbula firme masticando sin parar mientras yo lo miraba. Dios. No sabía que el desayuno podía ser parte del juego previo, pero mi centro se tensó y mi cuerpo se sonrojó al dar un bocado del pan hojaldrado y chocolatoso.

Planeaba quedarse todo el día.

Por suerte, la brisa me refrescó las mejillas. Debajo de nosotros, la gente deambulaba por las calles y me preguntaba cómo serían sus

vidas. ¿Estaba esa elegante mujer con el vestido de rayas blancas y negras apresurándose a una reunión importante? Quizás el hombre que sostenía una *baguette* envuelta en papel y una canasta de *picnic* se dirigía a casa para sorprender a su pareja con un desayuno.

—Come —ordenó Declan, con voz baja.

Sonreí y comí otro bocado.

9

DIMITRI

En el momento en que Emma dejó nuestros platos vacíos en el carrito de servicio a la habitación, yo estaba sobre ella, acorralándola contra la pared.

—Vaya. Tan ansioso —bromeó.

—Como si tú no lo estuvieras. —Enrollé su cabello alrededor de mi mano y jalé. Frotó su coño contra mi erección tratando de liberarse. Una risa baja retumbó en mi pecho mientras la sujetaba a la pared con mis caderas. Nuestros pechos se rozaban con cada inhalación. Esta mañana estuve tentado a ponerme mi camisa para ocultar la masa de cicatrices que cubrían mi torso, pero por alguna razón, no me sentía cohibido con Emma. La forma en que sus senos se desbordaban de su pequeña blusa de encaje y se presionaban contra mi pecho confirmaba que había tomado la decisión correcta.

Acerqué mi cara a la suya.

—Te gusta saber que te tengo a mi merced, ¿verdad, cariño?

Negó con la cabeza. Sus mejillas eran del tono rosado perfecto.

—*Mmm*, puede que te arrepientas de decir eso.

La giré de golpe para que mirara hacia la pared y le sujeté ambas muñecas por encima de la cabeza. Su jadeo lanzó escalofríos por mi espalda.

Apreté los dientes, desesperado por penetrarla ya, y le mordisqueé la oreja.

—Veamos si decías la verdad.

Le bajé los pantalones y gruñí al encontrarla desnuda debajo. Introduje dos dedos en ella, con cuidado por si estaba adolorida, pero su coño estaba suave y resbaladizo, prácticamente dándome la bienvenida dentro de ella.

—¡Oh!, no te gusta que yo tenga el control, ¿eh? —Curvé los dedos y ella soltó un grito mientras se mecía en mi mano. Joder, era perfecta—. Es una pena que las mentirosas no tengan derecho a correrse.

—No es justo —protestó.

—Tu coño apretado ya se está aferrando a mí. Va a ser una tarde larga para ti sin liberación. —*Chasqueé* la lengua con arrepentimiento fingido, saqué mis dedos y le di unas palmaditas en el monte.

—De acuerdo, está bien. Me gusta que tengas el control —soltó con brusquedad—. Ahora haz que me corra.

Mi mano cayó sobre su trasero, el sonido resonando en la habitación. Me miró con furia por encima de su hombro. Solo años ocultando mis emociones me impidieron soltar una risa genuina por lo adorablemente enfadada que estaba. Mantuve la mirada fija mientras le daba otra nalgada en su otra nalga. Sus labios se entreabrieron y se arqueó hacia atrás hasta que mi erección quedó entre su trasero. Todavía no estaba lo suficientemente cerca. Rápidamente me bajé el bóxer y estaba a punto de embestir dentro de ella cuando paré.

—Carajo. Condón.

Su frente golpeó la pared y soltó un gemido frustrado.

—Quédate justo aquí si te quieres correr. —Ya iba a medio camino al dormitorio cuando ella contestó. Cuando volví segundos después, la encontré exactamente donde la había dejado—. Buena chica, joder.

Aproveché para desnudarla. Su largo y oscuro cabello caía por la suave extensión de su espalda, y no pude evitar besarle la columna. La idea de separar sus nalgas y enterrar mi cara entre ellas me hacía

salivar, pero mi polla se tensaba con la necesidad de estar dentro de ella.

Arrastré lentamente mi cuerpo contra el suyo mientras me ponía de pie.

—Date la vuelta. Quiero ver tu cara cuando te desmorones.

Su suave sonrisa al girarse me hizo quedarme sin aliento.

—Eres demasiado hermosa. —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas, mas me era imposible arrepentirme cuando sus dedos recorrieron un costado de mi cara. Cerré los ojos y me apoyé en su caricia antes de que pudiera detenerme.

—Tú lo eres —murmuró—. Hermoso y peligroso a la vez.

Tragué saliva con dificultad, desgarrado por lo claramente que me veía.

Le agarré los muslos y la levanté en mis brazos. Sus brazos y piernas me rodearon, sus pechos suaves apoyándose en mi pecho. Sus uñas se clavaron en mi espalda mientras me metía en su apretada y mojada vagina con un gemido de alivio. Solo habían pasado unas horas desde la última vez que estuve dentro de ella, mas era demasiado tiempo. Quería vivir dentro de ella, rodeado de su calor.

Se quejó y se retorcía en mis brazos. Ralenticé mis embestidas y le besé la mejilla.

—Sé que estás sensible y probablemente adolorida —pronuncié, mientras ella gemía cuando rozaba su mejilla contra la mía—. Pero puedes soportarlo por mí, ¿no?

Apoyó su cara en mi cuello.

—Sí. Puedo.

—Esa es mi buena chica.

Moví mis caderas y sus labios se entreabrieron con un grito silencioso.

—Nunca me ocultes tus sonidos —gruñí, enganchando su barbilla entre mi pulgar y mi índice—. Quiero escuchar cada gemido y suspiro. Quiero oírte gritar mientras mi enorme polla parte tu coño.

La penetré con fuerza, asegurándome de dar en ese punto que la hacía perder la cabeza. Esta vez, no contuvo sus gritos. Sus uñas me arañaban la espalda y me encantó el escozor, maldición. Mi cuerpo

estaba lleno de cicatrices que nunca había elegido, mas llevaría sus marcas con orgullo. Su coño se apretó sobre mi longitud y gritó al correrse. El calor me punzaba la piel mientras intentaba contener las oleadas de placer que se acumulaban en la base de mi columna. Quería alargar este momento, deleitarme en él por la eternidad, pero no pasó mucho tiempo antes de que perdiera el control. Mordí su hombro, mi visión se oscureció por la intensidad de mi orgasmo.

Me pasó los dedos por el cabello. Casi involuntariamente, mis labios encontraron los suyos. Cuando por fin nos separamos, ambos respirando con dificultad, su cabello era un desastre, pegado a su piel húmeda de sudor. Yo estaba igual de destrozado.

La llevé en brazos hasta el sofá y me senté con ella en mi regazo. Se dejó caer contra mi pecho y me besó el pectoral, atrayéndome más bajo su hechizo. No tenía idea de por qué seguía aquí. No debería haberme quedado la primera noche, y definitivamente no debería quedarme una segunda. Pero aquí estaba, atraído por Emma como un imán, deseándola como si necesitara aire.

10

SIENNA

—No tengo energías para moverme, y todo es culpa tuya. —Me desplomé de nuevo en la cama. Declan me hizo correrme con sus dedos en la ducha, convirtiendo oficialmente mis extremidades en gelatina. Volver a ponerme mi pantalón deportivo y el *bralette* me había quitado toda la energía que me quedaba.

Declan se apoyó en el marco de la puerta del baño, con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo.

—¿Mi culpa?

—Sí. Tu castigo es que ahora tienes que cargarme a todas partes. —Estiré mis brazos hacia él, moviendo mis dedos. Su expresión permaneció igual mientras se acercaba a mí, con los ojos entrecerrados, aun así, me tomó en brazos y me llevó a la sala.

Me recostó en el sofá antes de sentarse.

Lo más lejos posible de mí.

Abrió sus piernas y apoyó los brazos en el respaldo del sofá, pero por mucho que intentara proyectar una imagen de relajación controlada, no había forma de no notar la rigidez de su cuerpo y la tensión de su mandíbula.

Me senté, estirando las piernas sobre los cojines del sofá hacia él. Por mucho que deseara que fueran lo suficientemente largas para llegar a Declan, mis pies con calcetines simplemente chocaron con el

aire. ¿Cómo había sido reemplazado el hombre que me folló contra la pared hace unos minutos por esta versión fría y tensa?

Repase mis opciones:

1. Sentarnos en un silencio incómodo.

2. Preguntarle qué le pasa.

3. Asumir que está siendo un hombre tonto y cerrar la distancia entre nosotros.

Como no podía estar en silencio mucho tiempo y dudaba que ninguno de los dos estuviera de humor para una charla sincera, no tuve otra opción que arrastrarme más cerca y acurrucar mi cabeza en su regazo.

—Esta serie con la que estoy obsesionada sacó un episodio nuevo anoche. —Encendí la televisión y fui a la aplicación de *streaming*—. Cuando terminemos de verlo, probablemente me habré recuperado de los orgasmos y podamos decidir cómo queremos pasar la tarde.

Declan no dijo nada, pero a medida que pasaban los minutos, sus piernas iban perdiendo tensión. Diez minutos después de empezar la serie, apoyó su mano en mi cabello. Catorce minutos después, empezó a jugar con él, acariciando mis mechones ligeramente húmedos mientras me quedaba dormida. Cuando desperté, su mano se había movido para masajearme el cuello.

—Te quedaste dormida durante la mayor parte de tu serie.

Tarareé mientras me movía en su regazo para poder mirarlo. Un músculo se dejó ver en su mandíbula y dejó escapar un gruñido bajo, probablemente porque mi boca estaba a centímetros del bulto a punto de romper su ropa. Sonreí con arrogancia.

—¿Vas a actuar las escenas que me perdí?

Frunció el ceño y murmuró algo por lo bajo, aunque los suaves círculos que su pulgar dibujó a lo largo de mi mandíbula me indicaron que su irritación era solo para aparentar. Me apoyé en su toque, sintiéndome como un gatito tumbado en un rayo de sol.

—Pronto vendrá un repartidor con ropa —dijo.

—¿Vas a hacer un desfile de modas para mí?

Apretó más mi mandíbula.

—Sigue respondiendo con descaro y buscaré otra cosa que hacer para esa boquita insolente.

Sonreí y besé su verga a través de la tela. Sus ojos se encendieron, pero un golpe en la puerta me hizo rodar para apartarme de él. Mi risa siguió a un Declan frustrado y maldiciendo mientras iba a abrir.

Después de vestirnos, Declan me tomó la mano y me dirigió fuera del hotel donde esperaba un Bugatti.

Su entrega de ropa consistía en pantalones negros y una camisa de botones blanca. Lo habría molestado por vestirse como un empresario estirado en fin de semana, pero cuando salió del dormitorio con los primeros botones de la camisa desabrochados y las mangas dobladas, estaba demasiado ocupada babeando como para burlarme de él. Pasé mi mano por su trasero mientras me abría la puerta del coche, ganándome una sonrisa ardiente antes de cerrarla.

—¿En qué tipo de negocio trabajas? —pregunté mientras se alejaba de la acera y se adentraba en el caos que era el tráfico de París. Pensaba que *Manhattan* era malo, pero los conductores parisinos funcionaban con puras vibras.

Las grandes manos de Declan se flexionaban en el volante, zigzagueando sin esfuerzo entre carriles que parecían más sugerencias que líneas a seguir.

—Finanzas corporativas. Mi empresa trabaja principalmente en fusiones e inversiones para grandes empresas tecnológicas y farmacéuticas. Tenemos oficinas en Dublín y aquí.

Bostecé exageradamente.

—Vaya, eso fue más aburrido de lo que pensaba.

—¿Y tú a qué te dedicas?

Me encogí de hombros.

—Básicamente, a sentarme y verme bonita.

—Aún no te he visto quedarte quieta. —Su mano agarró mi rodilla, deteniendo su rebote inconsciente y agresivo.

—¿Pero la parte de verme bonita?

—Esa es acertada.

Las siguientes horas pasaron rápidamente mientras Declan me mostraba sus lugares favoritos en París. Esperaba tiendas de lujo, exposiciones en museos y restaurantes exclusivos, no obstante, me sorprendió con pequeñas tiendas fuera de lo común. Había comprado toda una colección de minipinturas hechas por un anciano con las manos deformes que pintaba escenas íntimas de su comunidad de inmigrantes iraníes en París. Pasamos una hora sentados en su polvoriento estudio en el desván, bebiendo té y escuchando historias de su hogar. Comí las mejores tartas de fruta y *éclairs* de mi vida en una pequeña panadería al final de una calle lateral estrecha. La joven propietaria saludó a Declan por su nombre y se negó a dejarlo pagar. Nuestra última parada fue un pequeño café junto al agua para tomar *apéritifs*. Declan ordenó para ambos: una selección de quesos, pan, aceitunas, además de un Negroni para mí. Una calidez se extendió por mi pecho a la facilidad con que recordaba mi orden de bebida.

Cuando volvimos al hotel, estaba completamente fascinada por este hombre cerrado y estoico con el trabajo más aburrido del mundo que, de alguna manera, contenía una profundidad infinita. Las sorpresas continuaron cuando abrí la puerta del balcón y vi el espacio transformado. La mesa y las sillas en las que nos habíamos sentado para desayunar habían desaparecido, y en su lugar había un cojín acolchado para exteriores que parecía más un colchón. Había alfombras debajo y una cubeta con *champagne* esperaba junto al barandal del balcón.

Declan me miraba desde en medio de la sala.

—¿Las hadas del Día de la Bastilla nos visitaron mientras no estábamos? —Acorté la distancia entre nosotros y lentamente pasé mis manos por su pecho.

—Esas sillas eran jodidamente incómodas.

—Como tú digas. —Agarré sus hombros y salté, rodeando su cintura con mis piernas. Me atrapó sin esfuerzo, sus dedos

clavándose en mis muslos desnudos bajo mi falda corta.

Dos horas, varios orgasmos y una ducha después, el espectáculo de fuegos artificiales estaba a punto de empezar. Salí al balcón donde Declan ya estaba tumbado en el cojín. Le dio palmaditas al espacio entre sus piernas, y mariposas de emoción llenaron mi estómago. No sabía si pensaba quedarse a dormir otra vez, y no tuve el valor de preguntar.

Me dejé caer en el cojín. Sus brazos me rodearon inmediatamente, sujetándome la espalda contra su pecho. Su cuerpo envolvió el mío, y me sentí segura y protegida del mundo exterior.

—Gracias por hacer esto. —Me giré para besarlo.

Me acarició la mejilla.

—¿Quieres algo de beber?

—Sí, por favor.

Se inclinó para agarrar el *champagne*. Intenté apartarme de su regazo para que pudiera alcanzarla más fácilmente, pero él solo apretó más su agarre en mi cintura. Sonreí mientras me servía una copa y me la entregaba.

Me retorcí feliz y él suspiró, deteniendo mi mano para que no se derramara el líquido.

—Vaya, tenerte cerca es muy útil —declaré.

Me pellizcó el trasero y mi chillido se convirtió en risitas.

—También hay pan, queso y postre —agregó.

—Podría vivir de pan y queso —dije—. Y chocolate. Y fruta… y *cacio e pepe* y *pizza Margherita* y bebidas energéticas.

Sacudió su cabeza con un resoplido divertido.

—Solo una vida sencilla para ti.

Sonreí y me acurruqué de nuevo contra su pecho, bebiendo mi *champagne* y comiendo trozo tras trozo del queso, pan y fruta que me había dado.

La Torre Eiffel se iluminó con los colores de la bandera francesa mientras sonaba el himno nacional.

—Oohh, ya está empezando. —Miré de reojo a Declan, incapaz de contener mi emoción eufórica. Su mirada recorrió mi rostro con tal intensidad que se me sonrojaron las mejillas.

El himno terminó y todo quedó oscuro. Las notas de una canción *pop* sobre París llenaron el aire antes de que una serie de fuegos artificiales brillantes iluminaran el cielo aterciopelado.

Los muchos espectáculos de fuegos artificiales que había visto en *New York* en Año Nuevo y el 4 de Julio eran posiblemente más extravagantes que este, pero mientras estaba sentada en el balcón, con los firmes brazos de Declan rodeándome, la música y los destellos llenando el aire, me sentí tranquila de una manera que no conocía. Mi mente, que había sido ruidosa toda mi vida, estaba en calma. Pronto volvería a ser mi yo habitual, dispersa y caótica, pero en este momento, me empapé de la sensación de estar perfecta y absolutamente contenta.

11

DIMITRI

Abracé a Emma contra mi pecho mientras la llevaba cargada a la cama. Nos quedamos en el balcón horas después de que terminara el espectáculo de fuegos artificiales. Jugué con su cabello a la par que hablaba de todo y de nada, pero al final sus palabras se fueron volviendo más bajas y lentas hasta que se quedó dormida. Lo último que quería era apartarla de mi regazo.

Había algo precioso en ella que despertaba mis instintos protectores. Algo que me hizo querer ser… gentil. Las únicas personas por las que me sentía así eran mis hermanas, sin embargo, mis sentimientos hacia Emma estaban lejos de ser fraternales. ¿Por qué carajos me estaba afectando tanto? Nunca había estado tan relajado con nadie fuera de mi pequeño círculo íntimo, mas ella me hizo bajar la guardia.

Se sentía como el paraíso.

Lo odiaba con todas mis fuerzas, maldición.

Necesitaba alejarla para escapar de este enredo de emociones que se acumulaban en mi pecho, pero mi cuerpo solo se acercaba más. Incluso soltarla para acostarla en la cama se sentía mal. Apagué la lámpara de la mesita y revisé rápidamente mi teléfono. Mis labios se fruncieron en una mueca al ver que varios mensajes de Maxim habían llegado hace unos minutos.

Se me heló la sangre al leerlos.

Ahí estaba. Se me acabó el tiempo. El reloj marcó las doce.

Durante unos días de dicha, me había engañado pensando que podría escapar de las sombras de mi pasado, no obstante, parecía que estaba destinado a quedar relegado a la oscuridad.

Respondí a los mensajes y recogí mis cosas. Por primera vez en mi vida, deseé ser más como Emma, con mis cosas esparcidas por toda la *suite* del hotel en montones desordenados. Así tendría una excusa para quedarme. Pero las pocas cosas que tenía aquí estaban apiladas y dobladas con precisión militar en la mesita de al lado.

Me quedé junto a la cama, con la mirada fija en la bella durmiente bajo las sábanas. Su cabello castaño oscuro se extendía sobre la almohada, y sus labios carnosos y rosados estaban ligeramente entreabiertos.

Despierta.

Despierta y pídeme que me quede.

Emitió un sonido suave y se giró hacia el otro lado, bajando la sábana lo suficiente para revelar la curva de sus pechos perfectos, mas no despertó.

Era mejor así. Este fin de semana había sido una probadita de magia que nunca estuvo destinada a ser mía.

Salí sigilosamente de la habitación del hotel, con pasos pesados mientras dejaba atrás a mi sirena encantadora.

12

SIENNA

5 SEMANAS DESPUÉS

Me levanté a rastras de la cama. Por mucho que haya dormido últimamente, nunca era suficiente. Me puse una sudadera extragrande y caminé hacia la cocina con los ojos hinchados y cansados.

Habían pasado cinco semanas desde que me desperté sola en mi habitación de hotel en París, adolorida por el sexo y acostada en sábanas que olían a *él*. Pensé que estaba en la cocina preparando café o sentado en el balcón, pero se había ido. Todo rastro de él había sido eliminado del lugar. Sin nota, sin número de teléfono. Me había permitido dejarme consumir por la tristeza solo por la mañana antes de obligarme a salir y disfrutar de mi último día de libertad en París.

Me *irritaba* muchísimo seguir pensando en él semanas después. Incluso mi subconsciente me traicionaba, llenando mis sueños con Declan que hacía que me despertara excitada y necesitada.

Que se fuera a la mierda.

Mi estómago se retorció por un hambre urgente que rápidamente se convirtió en náuseas. Tuve arcadas en el fregadero de la cocina antes de vomitar bilis.

El agua apenas ayudó a enjuagar el sabor de mi boca.

Apoyé mi mejilla en la fría encimera de piedra de jabón.

—Esto es un puto cliché —murmuré a la habitación vacía.

La primera vez que vomité por la mañana, lo achaqué a que no dormía bien.

¿La segunda vez? A una intoxicación por algo que comí.

Pero era la tercera mañana seguida, y cada vez me costaba más encontrar excusas. Siempre podría alargar un poco más la fase de negación. Probablemente el día de mañana me despertaría y me sentiría de nuevo como antes.

«Wow, era buena. Casi me lo creí».

Con un suspiro, me alejé de la encimera y agarré un paquete nuevo de galletas saladas, metiéndome dos en la boca mientras volvía a mi habitación. Quería acurrucarme en la cama y ahogarme en la desesperación, mas no tenía esa opción. Necesitaba hacer un plan. Tratar esto con cuidado. Porque si tenía razón, todo iba a descontrolarse.

Matteo iba a perder la cabeza.

Me quité mi pijama cómoda y me puse una falda corta color oliva, una blusa de seda a juego y botas de piel, deseando ser de esas personas que normalmente salían de casa con ropa deportiva. La ropa y el maquillaje siempre habían sido mi armadura, y si quería evitar levantar sospechas, necesitaba verme presentable.

Después de terminar de maquillarme, teniendo especial cuidado de ocultar las ojeras bajo mis ojos, me recogí el cabello en un moño desordenado, tomé mi bolso y abrí la puerta.

Dante, mi guardaespaldas, arqueó una ceja desde su puesto en el pasillo.

—¿Iremos de compras?

—Necesito echarles un vistazo a las nuevas colecciones de ropa de otoño. —Le di una leve sonrisa ensayada.

Apenas se contuvo de poner los ojos en blanco y usó su dedo para llamar al ascensor.

Normalmente disfrutaba exagerar mi imagen pública, la imagen de la chica rica materialista despreocupada que era un poco despistada. Pero mientras Dante y yo bajábamos al garaje del sótano, el peso de fingir pesaba sobre mis hombros. La última vez que realmente sentí que podía liberarme de todo fue en París con las

mujeres albanesas… y Declan. Mis ojos ardían con lágrimas de rabia contenidas mientras jalaba el dobladillo de mi blusa. ¿Cómo se atrevió a hacer que me enamorara de él cuando claramente no significué nada para él?

—¿A dónde?

Me sobresalté al oír la voz de Dante. De alguna manera, ya me había subido al coche y abrochado el cinturón. Enzo asintió desde su lugar en el asiento del conductor.

—*Fifth and Quartz.*

Nos abrimos paso entre el tráfico de *Manhattan*. Miré por la ventana mientras conducíamos por *Central Park*. Dos mujeres con carriolas se reían en tanto entraban al parque. Un grupo de estudiantes pasaba corriendo, con sus mochilas golpeándolos a la par que se movían entre grupos de turistas. Me dolía el corazón de anhelo por estar ahí afuera, pero un cristal antibalas me separaba de ellos.

Mi mente sabía que había una diferencia entre mantenerme a salvo y estar atrapada, mas ya no estaba segura de que mi corazón pudiera distinguirla. La libertad fugaz que encontré en París colgaba tentadoramente fuera de mi alcance.

Una libertad que quizá pagaría el resto de mi vida.

Llegamos a *Fifth and Quartz*, mi tienda de ropa favorita. Esperé a que Dante abriera mi puerta y entramos juntos.

Me recibió un torbellino de actividad.

Sandra, la encargada de la tienda, me vio enseguida. Tenía puesto un traje sastre color ciruela que le quedaba bastante impresionante.

—Señorita Rossi, qué sorpresa tan maravillosa.

Mi sonrisa se sentía forzada.

—¿June trabaja hoy?

—Sí. La llamaré.

—Quiero que me ayude a elegir algunas piezas de transición para el otoño.

—Por supuesto, señorita Rossi.

June había sido mi estilista personal durante un par de años. Era joven, divertida, sabía lo que me gustaba casi mejor que yo misma

y, lo más importante para hoy, era de fiar.

Dante y yo subimos en el ascensor antiguo hasta el piso privado. Después de comprobar que estaba despejado, me dirigí a los vestidores, sacando una galleta salada de mi bolso mientras avanzaba.

June ya me estaba esperando. Tenía las mejillas sonrojadas y estaba sin aliento, como si hubiera estado corriendo.

—¡Sienna! Esta es una sorpresa tan agradable. —Me abrazó y yo le devolví el apretón un poco más fuerte de lo habitual—. ¿Queremos adelantarnos a las colecciones de otoño? —preguntó cuando nos separamos.

—Sí. O al menos piezas de transición, si es demasiado pronto para las de otoño. —A mediados de agosto en la ciudad hacía calor y humedad, pero si June pensó que mi repentino impulso de ponerme un suéter era raro, no lo dejó ver.

—Estoy segura de que podemos encontrar algo fabuloso. ¿Quieres venir a ver o que escoja prendas para ti?

—Confío en ti —respondí con ligereza.

—Maravilloso. Hay mimosas en el vestidor y aperitivos, pero por supuesto avísame si te gustaría algo en específico. —Le hizo la misma oferta a Dante antes de salir corriendo a buscar conjuntos que yo desde luego no necesitaba.

Le hice un pequeño gesto con la mano a Dante antes de dirigirme al enorme probador privado y cerrar la puerta. Me desplomé en el sofá de terciopelo verde acolchonado y solté un suspiro tembloroso. Este era el único lugar al que se me ocurría ir donde tenía privacidad lejos de miradas indiscretas. Dante intentaba mucho pasar desapercibido, a diferencia de la larga lista de guardaespaldas dominantes que despedí durante mis años universitarios, pero su presencia seguía dándome claustrofobia. Había sido aún peor desde que regresé de París. Unos pocos días secretos de libertad me habían mostrado de frente lo que desesperadamente deseaba y que nunca podría tener. Había pasado casi todas mis horas encerrada en mi habitación, aceptando trabajos de hackeo en el mercado negro nada satisfactorios y construyendo

mi extravagante aldea en *CozyScape*. Mi vida *online* era el único lugar donde me sentía verdaderamente libre.

Si bien miré la bandeja de mimosas, solo comí un poco más de galletas saladas en su lugar.

June regresó con un montón de atuendos.

—No sabía si queríamos algo más informal o elegante, así que busqué varias opciones y podemos partir desde ahí.

Era el momento.

Me uní a ella en el perchero y puse mi dedo frente a mis labios, indicándole que guardara silencio. Frunció el ceño mientras le enseñaba mi teléfono y le mostraba el mensaje que había escrito en la aplicación de notas. Se le cayó la mandíbula al leerlo.

—No creo que el corte de este vestido sea el adecuado —dije, amplificando un poco la voz por si Dante nos escuchaba—. ¿Tienes algo que esté más ajustado debajo del busto?

June parpadeó.

—Sí, tengo justo lo que necesitas. Déjame ir a buscarlo y volveré enseguida.

Luché por mantener una expresión seria ante su respuesta demasiado ruidosa y robótica. La actuación no era su vocación.

Apreté su mano y articulé un *gracias*.

En cuanto salió del probador, me dejé caer de nuevo en el sofá. Antes de darme cuenta, estaba acurrucada contra el reposabrazos. Después de toda una vida de insomnio, quedarme dormida en un abrir y cerrar de ojos era una experiencia extraña, pero mis párpados pesaban muchísimo y era incapaz de mantenerlos abiertos.

Una mano suave me sacudió el hombro y desperté con el rostro ansioso de June flotando delante de mí. Me incorporé con un gruñido y me froté la cara con la mano.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Solo cansada.

Me frotó el hombro antes de desabrochar la bolsa de ropa que tenía en la mano. Vi un precioso vestido de noche color borgoña con un corpiño brillante, pero mi atención cambió rápidamente cuando June sacó una prueba de embarazo del fondo del bolso.

Mi corazón latía de forma errática contra mis costillas mientras envolvía los dedos alrededor de la caja delgada. June debió de notar que no estaba en condiciones de tomar decisiones porque me llevó de manera gentil al baño privado.

Me quedé mirando la puerta. ¿Estaba preparada para descubrirlo?

—*Um*, ¿quieres que entre contigo?

Su pregunta me sacó de mi ensimismamiento, y sonreí.

—¿Quieres verme hacer pipí?

Frunció los labios y me dio un empujoncito hacia el baño, poniendo los ojos en blanco de forma dramática.

—Te estaré esperando. Aquí afuera —siseó, cerrando la puerta.

Apoyé la espalda contra la pared para no derrumbarme al suelo. Nada de esto parecía real. En las semanas desde París, casi me convencí de que mi fin de semana con Declan había sido un invento extraño de mi imaginación.

Abrí la caja sobre la encimera de mármol y leí las instrucciones.

—Esperemos que mi puntería sea buena —murmuré mientras me sentaba en el sanitario, maniobraba torpemente mi mano entre mis piernas y esperaba. Después de lo que pareció una eternidad, me relajé lo suficiente como para orinar.

Me limpié y puse la prueba sobre la encimera según las instrucciones. Un reloj de arena destelló en la pequeña pantalla.

Los segundos pasaban.

Mi estómago se me revolvía; mis axilas goteaban por el sudor.

Quizá funcionaría más rápido si no me le quedaba mirando.

Observé la pared.

Tras diez segundos, volví a mirar fijamente la pequeña pantalla de la prueba, la que determinaría mi futuro.

Había estado tan comprometida con negarlo que en ningún momento pensé en lo que realmente quería que fuera el resultado. La respuesta debería ser obvia. No quería estar embarazada. *No podía* estar embarazada. En mi mundo, una mujer embarazada soltera era una vergüenza, y era aún peor porque yo era la hermana del *Don*. Había una facción de capos conservadores que no tenían suficiente apoyo para causarle problemas a Matteo. ¿Y si este era el

punto de unión que habían estado esperando? Pero mientras mi mente repetía *«no embarazada, no embarazada, no embarazada»,* me dolía el corazón.

Los *«qué pasaría si»,* flotaban en mi mente, no deseados solo por lo mucho que quería que fueran reales. Imágenes de mecer a un recién nacido a medianoche, el brillante horizonte de *New York* haciéndonos compañía. Un bebé regordete riendo mientras gateaba tras Clementine. Un pequeñito tambaleándose, corriendo por el jardín de la azotea, metiendo sus manos en la tierra junto a Julieta y Noodle.

El reloj de arena dejó de parpadear, reemplazado por una sola palabra.

Embarazada.

El mareo me invadió. Mi estómago se revolvía de náuseas que en este instante podía llamar bien como náuseas matutinas. Apoyé mis manos en la encimera fría y me obligué a respirar despacio y profundamente. Las lágrimas salpicaron el mármol como pequeñas gotas de lluvia.

Vi mi reflejo en el espejo dorado del baño y una sonrisa triste se dibujó en mis labios.

13

SIENNA

El hielo en mi vaso tintineó mientras daba otro sorbo, recostada en el sofá de la azotea. El sol se había puesto una hora atrás, pero el aire veraniego de *New York* seguía pegajoso. Desde que Sofiya se mudó al edificio, el montaje de la azotea se había vuelto cada vez más elaborado. Además de la zona de estar con sofás, lucecitas y una fogata, ahora teníamos macetas elevadas con flores y verduras y una pequeña área de juegos para Clem.

Se escuchaba música suave desde el altavoz *Bluetooth*. Mi mano descansaba sobre mi vientre y miraba las estrellas. Habían pasado cuatro días desde que envolví mi prueba de embarazo en un rollo completo de papel higiénico antes de tirarlo en el bote de basura del baño de *Fifth and Quartz*. Dante y Enzo me llevaron a casa y cargaron todas las bolsas de ropa llenas de lo que June había elegido para mí. Estaban apiladas en la silla de la esquina de mi habitación. No tenía ni la energía ni las ganas de mirar lo que había elegido. Todo en lo que podía pensar era en la pequeña vida que crecía dentro de mí. Al parecer, el bebé tenía el tamaño de una lenteja. Era increíble que algo tan pequeño pudiera tener el poder de poner mi vida de cabeza.

El crujido del metal me hizo suspirar. Me había estado escondiendo de todos, pero al parecer mi tiempo había terminado.

Sofiya y Julieta se acercaron a mí con expresiones decididas. Julieta levantó una botella de vino y un gran recipiente *Tupperware* a manera de saludo.

Sofiya colocó su silla de ruedas junto al sofá y se dejó caer a mi lado.

—Por favor, ponte cómoda —dije con sequedad.

Julieta se metió y se sentó a mi otro lado.

—Oh, ¿así que no quieres galletas?

Mi estómago rugió y Julieta sonrió con satisfacción. *Pequeña Lenteja traidora.*

Agarré un montón de galletas, pero cuando Julieta me ofreció una copa de vino, levanté mi limonada espumosa en señal de negación.

Sofiya se inclinó sobre mí para tomar el vino en su lugar.

—Bien, suéltalo.

—Soltar ¿qué?

Mis dos amigas me lanzaron miradas para nada intimidantes.

—¿Por qué nos has estado evitando? —La suave pregunta de Julieta hizo una pequeña grieta en mi ya adolorido corazón. Apoyé mi cabeza en su hombro. En cuanto se los contara, todo esto se volvería real. Quería pasar unos días a solas con mi Lenteja antes de tener que despedirme.

Sofiya apretó mi mano.

—Puedes contarnos cualquier cosa.

—¿No se lo contarán a los chicos? —pregunté.

—Claro que no, maldición —resopló Julieta.

Miré a Sofiya. Era su acuerdo lo que realmente necesitaba porque Matteo no podía enterarse.

—Por supuesto que no —aseguró mi cuñada—. Las amigas son lo primero, o como se diga.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Ahh, sí, el dicho clásico. —Respiré profundamente y me bebí el resto de mi limonada antes de dejar mi vaso sobre la mesa frente a mí—. Estoy embarazada.

Sofiya literalmente escupió y Julieta se echó hacia atrás con un chillido distorsionado.

—O esto es una situación de Inmaculada Concepción o hay mucho que no nos has contado —me acusó Sofiya mientras limpiaba el vino que había escupido por todas partes.

—Puede que haya omitido algunos detalles de mi viaje a París.

—*¿Puede?* —Julieta resopló—. ¿Tienes un novio parisino y no nos contaste?

Jale algunos hilos del cojín del sofá.

—No tengo un novio parisino.

Julieta inhaló bruscamente, frunciendo el ceño con preocupación.

—¿Alguien te hizo daño?

—Nada de eso —repliqué rápidamente—. Todo fue consensuado. Solo fue una aventura de una noche. O de dos noches. —Me encogí de hombros como si no hubiera derramado lágrimas de verdad por Declan, el fantasma.

—¿Cómo se conocieron? —inquirió Sofiya.

—Después de terminar el trabajo de hackeo, *puede* que me hubiera quedado en París un par de días más. Sola. Luego *quizás* fui a un club que Leona me recomendó donde vi a un apuesto desconocido con acento irlandés y pasé los siguientes dos días con él.

—*Wow* —susurró Julieta—. Yo… *Wow*.

—Y para que quede claro, usamos preservativos *cada* vez.

—¿Y cuántas veces fue eso? —Julieta movió sus cejas. Le di un empujoncito, mas no pude ocultar mi sonrisa.

—¿Cómo te has sentido? —indagó Sofiya.

—Muy cansada, demonios, con algo de náuseas matutinas, pero nada grave todavía.

—¿Pero él fue bueno contigo? —agregó, cubriendo mi mano con la suya.

—Sí. De verdad que lo fue. —Un nudo se me quedó atascado en la garganta y las lágrimas me pincharon las esquinas de mis ojos. Me metí una galleta en la boca. Mis amigas se acurrucaron a mi lado, pacientes, mientras esperaba a que la oleada de emociones se calmara—. Se fue la segunda noche mientras yo dormía.

—Idiota —murmuró Julieta.

—Lo mataremos —añadió Sofiya.

Miré al cielo nocturno. Las luces de la ciudad dificultaban ver las estrellas, pero algunas estaban allí, salpicando el cielo nocturno.

—Al menos tengo a las mejores hermanas del mundo.

—Estamos aquí para ti, pase lo que pase. —Julieta me puso otra galleta en las manos—. Así que… ¿has hablado con él desde París?

Me froté el pecho distraídamente.

—No intercambiamos números de teléfono.

Sofiya me lanzó una mirada que decía claramente *como si eso alguna vez te detuviera.*

—De acuerdo, sí, intenté localizarlo, pero no encuentro rastros de él.

—¿*Tú* no puedes encontrarlo? ¿Sienna, la *hacker* de élite que *puede encontrar a quien sea en el mundo*, no puedes localizarlo?

Me mordí el labio.

—Debe haberme dado un nombre falso. Probé todas las cosas de siempre, pero es como un fantasma. —Me había estado volviendo loca. Nunca había fracasado en encontrar a alguien antes. No es que importara. No es que fuera a contactarlo, aunque lo encontrara. Es solo que… Era un cabo suelto. Un rompecabezas que quería resolver.

—¿Cuándo piensas contárselo a Matteo? —preguntó Sofiya.

—No lo haré. —Ella arqueó una ceja y yo continué—: Voy a hacer una cita mañana para deshacerme de… —Me quedé en silencio. Cerré los ojos con fuerza, ocultándome del mundo. Ojalá pudiera quedarme para siempre en esta oscuridad aterciopelada, donde nadie ni nada pudiera hacerme daño.

—*Oh.* —Sofiya exhaló suavemente y me frotó el brazo con delicadeza—. ¿Eso es lo que quieres?

Su pregunta quedó suspendida en el aire. ¿Cómo se suponía que debía responder?

Julieta envolvió sus manos en mi brazo y se acurrucó en mi hombro.

—Si lo es, te apoyaremos al cien por ciento. Solo dilo.

Tenía la garganta demasiado cerrada para hablar, pero no me presionaron. Los sonidos de la ciudad danzaban a nuestro alrededor, vibrantes y vivos a lo lejos.

—¿Cuál es la alternativa?

Mis amigas me apretaron más fuerte, y Julieta consiguió echar una manta sobre las tres con su mano libre.

—¿Quieres ser mamá? —La pregunta de Julieta provocó una oleada de anhelo tan intensa que me dejó sin aliento. Una lágrima se me escapó por la mejilla. Por mucho que quisiera negarlo, no podía.

—No sé si importa lo que yo quiera.

—Por supuesto que sí —reviró Sofiya con fiereza.

Estaba segura de que quería que eso fuera verdad, pero creció en un mundo similar al mío, uno donde la virginidad de una mujer definía su mundo. Los italianos incluso podrían haberse opuesto más firmemente a las madres solteras que la *Bratva*. Los mafiosos podían dejar un mar de bastardos a su paso y eso solo reforzaría su reputación, pero era la sentencia de muerte para las mujeres. ¿Y si los capos usaran mi error como excusa para cuestionar la autoridad de mi hermano como *Don*? Apenas ayer, escuché al guardaespaldas de Sofiya, Angelo, decirle a Dante que Umberto Lagana, mi capo menos favorito de todos, había hablado en contra de Matteo en una reunión reciente. Desaprobaba nuestras nuevas alianzas con los irlandeses y la *Bratva* y había gritado sobre la supremacía italiana. Umberto me despreciaba casi tanto como yo a él, y sin duda usaría mi embarazo para avivar la discordia. Yo no sería responsable de una batalla dentro de la *Familia,* y menos aún una que pudiera poner en riesgo a las personas que más amaba.

Sofiya frunció el ceño todo el tiempo que le expliqué a Julieta las complejidades de la política de la mafia, pero no discutió conmigo. Sabía que tenía razón, por mucho que lo odiáramos. En cambio, Julieta se indignaba más con cada minuto que pasaba.

—¡Al diablo con eso! —gruñó—. Lo siento, pero si así funciona este mundo, es una estupidez. Eres un ser humano, Sienna. Nadie puede decirte qué hacer con tu cuerpo ni castigarte por tus decisiones. Y mucho menos un grupo de hombres estirados. Si entregas o no un aviso de desalojo depende completamente de ti.

La comisura de mis labios se levantó.

—¿Un desalojo?

Se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras. Es tu elección.

—Tal vez. —Solté un profundo suspiro y apoyé mi cabeza en su hombro—. Tal vez.

14

SIENNA

Mis aldeanos de *CozyScape* no cooperaban. Intentaba construir un imperio de helados, pero seguían saliendo a mitad de turno para meterse en el océano. No estaba segura de si intentaban surfear o ahogarse, pero, en cualquier caso, era totalmente molesto.

—¿Cómo van a mejorar las máquinas de helados si no maximizan sus ganancias? —murmuré.

Un golpe en la puerta me hizo quejarme de frustración. No tenía ganas de hablar con nadie que no fuera creación mía. Yo era el dios del universo *CozyScape*, y mis secuaces tenían que obedecerme.

Tras el segundo golpe, cambié la pantalla a la cámara de vigilancia del pasillo. *Huh*. Esperaba a Sofiya y Julieta, pero junto a un Dante realmente molesto estaba Leona.

—Si no abres esta puerta en los próximos treinta segundos, le ataré explosivos. —La voz aguda y metálica de Leona sonó por los altavoces de mi *laptop*.

—¿Pero qué carajos? No puedes decir esas tonterías. Soy su guardaespaldas —replicó Dante.

El labio de Leona se torció.

—Vaya. Estoy temblando. Qué amenaza.

Instruí a mis aldeanos para que tuvieran tiempo de ocio, con mis ojos entrecerrados en señal de advertencia.

—No se acostumbren a esto. Mañana todos volverán a trabajar.

Seguía frunciendo el ceño cuando abrí de golpe la puerta de mi apartamento.

—Ya era hora. —Leona me empujó y entró dando pisotones.

Fulminé a Dante con la mirada.

—Dije que no quería visitas.

Levantó las manos.

—Tú intenta detenerla.

—Vaya guardia que eres. —Le cerré la puerta en la cara. Tras una respiración lenta, la abrí—. Perdóname por ser grosera. Pero me debes una. —Le hice un gesto severo con un dedo, y tuvo la osadía de sonreír mientras sacaba una pequeña caja del bolsillo. La abrió y reveló uno de los *cupcakes* de fresa de Sofiya. Le arrebaté la caja de las manos y le di una enorme mordida.

—Esto es un buen comienzo.

Cerré la puerta de nuevo y me enfrenté a mi intrusa. La asesina estaba tumbada en mi sofá con un vestido negro casi imperceptible y unos tacones altos impresionantes.

—¿Quién me delató? —Mis palabras se ahogaron por el *cupcake*, aunque eso no me impidió dar otro bocado. Estaba increíblemente bueno. Relleno de fresas frescas con glaseado de mascarpone. Sofiya era un genio.

—Sofiya me llamó.

Y una maldita traidora.

Quité los pies de Leona de mi sofá y me senté a su lado.

—Por cierto, todo esto es culpa tuya. Tú fuiste quien me dijo que tuviera sexo en París y me enviaste a ese club.

—Lo sé, y me he estado sintiendo inmensamente culpable por ello.

Puse los ojos en blanco y Leona estalló en carcajadas.

—Bien, de acuerdo. No me siento culpable en absoluto. Sin embargo, estoy aquí para salvar el día, empezando por sacarte.

Miré fijamente mi atuendo… *shorts* de pijama cubiertos de ilustraciones de conos de helado combinados con una sudadera amplia de la NYU.

—Si tan solo tuvieras un armario lleno de ropa —lamentó Leona —. Oh, espera. —Se levantó del sofá y se fue a mi habitación, con su vestido apenas cubriéndole el trasero.

Miré con anhelo mi *laptop* antes de levantarme a regañadientes para seguirla. Ya estaba dejando las opciones de vestidos en mi cama sin tender. Me echó un vistazo perspicaz antes de levantarme la sudadera.

—¿Qué estás…?

—Solo quería ver si se te nota. Ponte este.

Era un pequeño vestido plateado cubierto de filas de cuentas brillantes y piedras preciosas. La falda era tan corta como la que llevaba Leona y, si mal no recordaba, de cuando me la probé hacía unos meses, el busto me subía los pechos, dándome un escote bastante excepcional.

Recuerdo probármelo en *Fifth and Quartz* antes de ir a París y sentirme tan *sexy* en el probador. En este momento, solo me sentía como un desastre cansado y desaliñado.

—De verdad que no tengo ganas de salir.

—Pues qué pena. Estás embarazada, no muerta. —Leona colocó el vestido en mis manos y me empujó hacia el baño. Solo fue el destello de dolor en su rostro, que intentó ocultar, lo que me hizo seguir sus órdenes.

Leona estaba apoyada en la pared cuando salí del baño. Lancé mi pijama en dirección a la cesta de la ropa y me apoyé en la pared a su lado, rozando nuestros hombros.

—Siento no habértelo contado.

Sus labios se torcieron, pero miró fijamente al frente.

—¿Por qué no lo hiciste?

Apoyé mi cabeza en la pared y cerré los ojos.

—Principalmente porque he estado escondiéndome de… No lo sé. El mundo, supongo. Quería decírtelo, mas eso significaría enfrentarlo.

Ella tomó mi mano y la apretó con fuerza.

—Sé que no siempre soy buena con los sentimientos y esas cosas, no obstante, siempre estoy de tu lado.

Asentí.

—Lo sé. Tengo mucha suerte de tenerte.

Me apartó de la pared.

—Sí, así es. Ahora voy a arreglarte el cabello y el maquillaje. Te ves fatal. —Mientras me arrastraba de vuelta al baño, añadió—: Además, te dije que compraras condones.

—Lo juro por Dios —murmuré— ¡Sí lo hice, maldición! Los usamos cada vez.

Me miró a los ojos en el espejo con su sonrisa característica.

—¿Dónde estamos? —pregunté, con voz baja mientras seguía a Leona por un pasillo oscuro y tenebroso.

Dante murmuró algo entre dientes, con su cuerpo muy tenso. Él protestó porque íbamos a salir, pero era casi imposible ganar una discusión contra Leona, así que aquí estábamos.

La instigadora en cuestión miró por encima de su hombro, guiñando un ojo mientras abría una pesada puerta metálica, revelando…

—Pero ¿qué…?

Parpadeé al contemplar el bar melancólico que parecía más una antigua biblioteca gótica. Estanterías de madera oscura con viejos tomos encuadernados en cuero cubrían las paredes, notas de cedro y cítricos colgaban en el aire, y los clientes descansaban en los asientos de cuero y terciopelo acolchonados o estaban junto al bar de aspecto antiguo.

Leona nos guio por el lugar, deteniéndose en una mesa apartada con un pequeño letrero de reservado.

—¿Esto es un bar clandestino? —pregunté.

—Sí, es el bar más nuevo y exclusivo de *Manhattan*. —Leona se sentó con gracia en una silla de terciopelo rojo sangre que combinaba con su cabello cayendo de su coleta alta. Le dio palmaditas al asiento a su lado y yo me senté.

Dante escaneó el lugar antes de volver a mirarme.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias.

Le lanzó una mirada desagradable a Leona antes de volver a las sombras, donde podía observarme mientras me daba al menos un poco de privacidad.

—Creo que le estoy agradando más —señaló Leona.

Negué con la cabeza sonriendo. Ahora que teníamos una alianza oficial con Ronan y la Mafia Irlandesa, le comenté a Dante que todos debían dejar de ser tan antagónicos con Leona. Él balbuceó y dijo que ella era la antagonista y que el hecho de que nuestros soldados no quisieran estar cerca de ella no tenía nada que ver con su lealtad irlandesa y todo que ver con lo intimidante que era. Bueno, no dijo *intimidante*, pero básicamente eso es lo que quiso decir.

—No estoy segura de que traerme a algún bar secreto en una zona de mierda de la ciudad sea la mejor forma de ganártelo.

Leona pasó su dedo por su gargantilla de diamantes.

—Los hombres se sienten perdidos si no tienen algo de qué quejarse.

Resoplé.

—¿Así que les estás ayudando?

Sonrió y me ofreció el menú de bebidas. Fruncí los labios y miré mi estómago con intención. Poniendo los ojos en blanco, tocó las bebidas al final del menú.

—Tienen cócteles sin alcohol.

Después de ordenar, me recliné en mi silla, a punto de cerrar los ojos para echarme una siesta.

—Me sorprende que me hayas traído aquí. Esperaba algo… No sé, más *ruidoso.* —En nuestros días de universidad, habíamos sido clientes regulares en los clubes de baile más populares de la ciudad. Éramos salvajes y valientes, flanqueadas por guardaespaldas, aunque Leona fácilmente podía cuidar de ambas. Esas noches eran calurosas, sudorosas, borrosas, empapadas en alcohol, y sabía que siempre serían algunos de los momentos más destacados de mis veintes.

—Pensé en ser indulgente contigo en tu estado delicado.

Le saqué la lengua y me guiñó un ojo.

—Además, necesitaba explorar este lugar. Tengo la sensación de que me servirá en el futuro.

Tarareé. Leona era la mano derecha de Ronan Finnegan, su asesina principal y espía. Era perfectamente capaz de cuidarse sola, pero yo seguía preocupándome por ella.

Le di las gracias a la camarera cuando nos dejó las bebidas. La mía era una mezcla de maracuyá con una sombrillita brillante.

—Así que… —Leona dio un largo sorbo a su cóctel, dándome unos segundos extra—. ¿Vamos a hablar de ello?

Me encogí de hombros.

—No hay mucho que decir. Fui a ver a Aria hace dos días. Me hizo una ecografía. —Le dije a Dante que necesitaba ver a nuestro médico de cabecera para algo que ayudara con cólicos menstruales. No me hizo más preguntas.

—¿Sí?

Miré a mi alrededor antes de sacar mi teléfono y mostrar las fotos de la ecografía.

Leona miró fijamente la pantalla, una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—Mira esa manchita rara.

Había memorizado cada línea blanca y negra de mi manchita.

—Tengo ocho semanas. El bebé es del tamaño de una frambuesa.

Me devolvió mi teléfono y lo guardé en mi bolso.

—¿Qué dijo Aria?

—Revisamos mis opciones. Dijo que, si decido tenerlo, tengo que dejar las bebidas energéticas y reducir mucho mi consumo de cafeína. Y debería considerar dejar el Adderall, al menos durante las primeras semanas.

Leona arqueó una ceja.

—¿No bebidas energéticas ni Adderall? Tu peor pesadilla.

—Sí, lo ha sido.

Eso fue suficiente para que ambas cejas se le alzaran.

—¿Dejaste de tomar ambos? ¿No más bebidas energéticas? —Se me sonrojaron las mejillas y miré la sombrilla rosa y amarilla de la

bebida—. *Wow*. Quiero decir… Eso parece que ya lo decidiste —agregó con suavidad.

—No necesariamente —murmuré.

—Sienna, Aria te ha estado suplicando que dejes las bebidas energéticas desde que te conozco.

Me recosté en la silla.

—Tal vez era el momento adecuado.

Leona me rodeó los hombros con su brazo.

—¿Quieres tener este bebé?

—Es una idea estúpida. —Hice girar la sombrilla festiva, creando un pequeño remolino en mi bebida—. Podría amenazar la autoridad de Matteo como *Don*. ¿Y qué sé yo de ser madre?

—Tienes un gran ejemplo a seguir.

Tragué el nudo en mi garganta y asentí. Eso era cierto. Mi *mamma* había sido la mejor.

—Y no es como si fueras a estar sola. Tu bebé tendrá a la mejor madrina del mundo. —Se echó la coleta por encima del hombro—. Le enseñaré a destruir a todos sus enemigos, que es básicamente lo más importante que necesita saber.

Resoplé.

—No sabes si es una niña.

—Estoy manifestando. Hay suficientes niños en el mundo.

No me presionó cuando me quedé en silencio, dejándome sentarme con los pensamientos acelerados que pasaban por mi mente demasiado rápido para comprenderlos.

La bebida era insípida mientras me la bebía de un trago. No me di cuenta de que estaba haciendo vibrar el hielo en mi vaso hasta que Leona puso su mano sobre la mía.

—¿Estoy siendo una idiota con esto? —Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me oyera antes de continuar—: No tengo problemas con el aborto, pero…

—¿Pero?

Apreté los labios.

—Pero me siento extrañamente apegada a la pequeña Frambuesa.

—Gracias a Dios tienes meses para encontrar un nombre mejor.

Le hice una seña obscena con el dedo, aunque una calidez me llenó el cuerpo ante la aceptación fácil de Leona. ¿De verdad podría hacer esto? ¿Elegir lo que quería en vez de lo mejor para la *Familia*?

La Mafia me había dado tanto, mas tenía un precio. Perdí a mis padres. Mi relación con mi hermano cambió para siempre. No podía moverme libremente por el mundo, al menos sin guardaespaldas o una preocupación constante por mi seguridad. Aparte de mi breve rebelión en París y mis hackeos secretos, había obedecido y seguido las reglas. Me quedaba en mi apartamento. No causaba problemas.

Después de todos estos años, por fin había encontrado un sacrificio que no estaba dispuesta a hacer.

Quería a este bebé.

La opresión en mi pecho que había sido mi compañera constante desde aquel día en el baño del probador se disipó cuando finalmente tomé mi decisión.

—¿Haremos esto? —preguntó Leona.

Mis mejillas se abrieron en mi primera sonrisa real en semanas.

—Sí. Lo haremos.

15

SIENNA

Me miré en el espejo, picoteando mi barriga. Porque ahora sí había un bulto real. Mi *minicactus* había salido aparentemente de la noche a la mañana. Ver cómo mi cuerpo cambiaba era lo mejor y lo peor. Lo mejor porque me hacía sentir aún más conectada con *Cactus*, la criatura viva que crecía dentro de mí. Lo peor era que significaba que se me acababa el tiempo para contárselo a mi hermano. Si fuera invierno, podría ocultar los cambios en mi cuerpo con suéteres gruesos, pero estábamos en medio de una insoportable ola de calor de octubre, y la idea de añadir capas me daba ganas de arrancarme la piel.

—No se nota tanto —aseguró Julieta. Estaba tumbada en mi cama con un *crop top* y *shorts*, su largo cabello color pastel cayendo a su alrededor como un cuadro renacentista.

Ladeé la cabeza.

—¿Qué probabilidades hay de que pueda pasar todo mi embarazo sin que Matteo se dé cuenta?

—Normalmente diría que tienes buenas probabilidades porque es hombre, pero también es molestamente observador. El otro día, cuando estaba en su apartamento porque Romeo había salido, Matteo no paraba de traerme agua y *snacks* porque decía que estaba pálida y que probablemente me estaba enfermando.

—¿Y te estabas enfermando?

Gruñó.

—No, tenía mi periodo. Al final tuve que decírselo porque quería llamar a la doctora. Deberías haber visto su cara, no tenía precio. No obstante, luego hizo que me trajeran toda una caja de cuidado menstrual.

Sonreí.

—Ser padre ha sacado un lado completamente nuevo de él. —Abandoné mi lugar frente al espejo y me tumbé junto a Julieta—. Antes no era tan… paternal.

Julieta se acomodó para tumbarse de lado y me miró.

—¿Eso es difícil para ti?

—¿Qué quieres decir?

—Verlo ser tan atento con los demás ahora.

Había tenido mi primer periodo una semana después de que murieron mis padres. *Mamma* ya me había contado sobre eso, así que sabía lo que estaba pasando, pero tener que navegarlo sin ella fue una agonía.

Fijé mi mirada en el ventilador de techo. Giraba a toda velocidad, moviendo aire caliente y húmedo por la habitación. ¿Por qué todos los ventiladores de techo eran tan feos? Quizá podría diseñar uno bonito. Revolucionar toda la industria.

—Es muy agradable ver el cambio en él —respondí finalmente—. Clementine y Sofiya se lo merecen, y eso ha hecho más feliz a Matteo también.

—Por supuesto que te alegras por ellos. Pero está bien estar triste por la versión más joven de ti también, que quería ese tipo de cuidados.

Sus palabras me cortaron de golpe. No hacía mucho que nos conocíamos, pero ella veía a mi verdadero yo de una manera que la mayoría de la gente no veía.

—¿Aprendiste esa frase en terapia?

Julieta se rio.

—Me atrapaste. He estado aprendiendo mucho sobre la importancia de llorar la pérdida de tu infancia. Porque, aunque

nuestras vidas sean buenas ahora, eso no borra el dolor de cuando no lo eran.

Mi infancia fue prácticamente como vivir en un mundo de unicornios y arcoíris comparada con lo que Julieta vivió, pero sus palabras significaron mucho.

—¿Así que lo que quieres decir es que debería seguir ocultándole mi embarazo a mi hermano y aparecer un día diciendo que encontré a un bebé cualquiera y que me lo quedaré?

Julieta me dio un golpecito en el brazo.

—*Nop.* Aceptaste decírselo esta noche.

Solté un grito ahogado y golpeé el colchón con mis brazos y piernas en una rabieta épica. Al final, me cansé y dejé de hacerlo.

—¿Te sientes mejor? —La cara de Julieta apareció en mi campo de visión. Sin esperar mi respuesta, me arrastró hasta sentarme—. Bien. Vamos.

Sofiya y Julieta hacían todo lo posible por mantener la conversación en la cena familiar, no obstante, las miradas constantes que me lanzaban no eran para nada sutiles.

Angelo se dio cuenta de que algo pasaba casi enseguida y siguió mirándome con los ojos entrecerrados. En cambio, Romeo no se daba cuenta mientras nos explicaba a todos con detalle cómo había hecho su último proyecto de tejido, un Noodle de peluche, y la reacción de Queenie ante él.

—¡Ella simplemente se lanzó sobre él! ¡Le arrancó la oreja como si nada! —Sonrió radiante, aparentemente encantado de tener una gata algo asesina.

Me incliné para susurrarle al oído a Sofiya.

—Pásame a la bebé.

Matteo estaba limpiando a Clementine tras su comida de puré de camote, pollo deshebrado y ziti. Cuando terminó, Sofiya se inclinó y tomó a su hija de su silla alta, entregándomela con una sonrisa que decía que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Abracé a Clem contra mi pecho, adorando su peso blandito incluso mientras me agarraba el cabello y lo jalaba. Soltó un chillido feliz cuando le besé las mejillas. No podía creer que la pequeña manchita dentro de mí se convertiría en una persona real y viva.

Matteo me miraba con su ceño fruncido característico y oculté mi sonrisa arrogante detrás de Clem. Él quería ser quien la cargara siempre, pero yo la necesitaba en este momento. Para darme valor y… de acuerdo, sí, la estaba usando como *mi adorable bebé escudo*. Demándenme.

Apoyé mi mejilla en la parte superior de su cabeza, sus pequeños mechones rubios suaves y cosquillosos contra mi piel mientras intentaba reunir mi valor.

La conversación se calmó. Cuando el silencio se alargó demasiado para ser natural, me obligué a mirar alrededor de la mesa.

Sofiya y Julieta me miraron fijamente, lo que hizo que todos los hombres nos vieran a las tres con expresiones desconcertadas.

—¿Alguien me va a decir qué está pasando? —preguntó Matteo. Su mano se posó en la nuca de Sofiya como si estuviera listo para sacarla del peligro en cualquier momento.

Clementine soltó un pequeño chillido triste, su labio inferior temblando como si pudiera sentir la tensión en la habitación.

—Estás bien, mi dulce niña —murmuré, meciéndola suavemente en mis brazos.

—¡Dámela! —bramó Matteo.

Me levanté, pero en vez de caminar hacia mi hermano, di un paso hacia atrás. Los gritos de Clementine se hicieron más fuertes.

—Deja de jugar, Sienna. Tráela aquí —siseó.

Romeo se estiró en su silla, la imagen de la tranquilidad.

—¿Sienna está secuestrando a Clem?

—No —dijo Julieta—. Ella solo está…

—Estoy embarazada.

Mi confesión abrupta quedó parcialmente ahogada por el lamento enfadado de Clementine, así que tardaron un par de segundos en procesarla. Y luego estalló el caos.

Angelo acababa de beber un gran trago de agua y la escupió en una reacción digna de una película. El chorro de agua salió disparado sobre la mesa directamente en la cara de Romeo. Él empujó su silla hacia atrás de la mesa con un grito, tirando al suelo la bandeja de ziti asado con el codo. Noodle se lanzó hacia él con un ladrido feliz, su cola moviéndose de emoción ante su recién descubierta recompensa. Sofiya le gritó que lo dejara, lo cual hizo como el buen chico que era, pero no sin antes lanzar a todos en la mesa la mirada más triste del mundo. Desgraciadamente, Queenie no sentía tal obligación de seguir órdenes, así que saltó sobre Noodle y enterró la cara en ziti asado. En medio del caos, Clem olvidó que se suponía que debía estar molesta. Chilló de alegría, agitando sus puños regordetes y riéndose de Queenie, que se alejó de la mesa con un enorme trozo de ziti apretado entre su mandíbula.

Todo el tiempo, Matteo permaneció completamente inmóvil, con una expresión vacía y los ojos fijos en mi rostro.

Mantuve mi barbilla en alto y mi expresión igual de impasible. No me acobardaría, no me avergonzaría, mas no podía evitar el nudo en mi estómago y el latido acelerado de mi corazón. Por mucho que me frustrara, Matteo era la única constante en mi vida. Me sostuvo de bebé, me tomó de la mano mientras me llevaba lejos de la casa de nuestros padres, con los disparos resonando en el aire detrás de nosotros. Estar en este momento frente a él, completamente vulnerable y expuesta, mi secreto colgando entre nosotros, me hizo darme cuenta de que quería complacerlo desesperadamente.

Lo mucho que quería que estuviera orgulloso de mí.

Se levantó lentamente de la mesa, haciendo que la habitación quedara en silencio.

—¿Quién? —Su voz era oscura y baja; su cuerpo marcado por la violencia.

—¿Qué?

—Quién. Es. El. Padre.

Me mordí el labio.

—No lo sé.

—¡Carajo!, ¡no me provoques, Sienna!

Clementine se sobresaltó al escuchar la voz elevada de su padre, su labio inferior temblando de nuevo. La devastación en el rostro de Matteo era evidente, y habló palabras bajas y tranquilizantes en italiano a su hija.

El plan del bebé escudo fue un éxito.

Se pasó la mano por el cabello y miró hacia abajo a Sofiya.

—¿Lo sabías?

Ella asintió.

Apretó la mandíbula, volviéndose hacia mí.

—¿Quién es el padre? —preguntó de nuevo, con voz controlada pero no menos intensa.

Sujeté a Clem más alto en mi cadera.

—No lo sé. Lo conocí en París. Fue solo una… aventura casual. —Me ardieron las mejillas. Admitirle a mi hermano que había tenido sexo era el equivalente a una tortura real.

—París —pronunció la palabra como una maldición.

—Fue después del trabajo. Las albanesas se fueron, y yo solo quería un fin de semana para mí. Para ser normal. —Para mi total vergüenza, mi voz se quebró.

Sofiya agarró la mano de Matteo, apretándola para llamar su atención. Él volvió a sentarse en su silla, y ella se inclinó para susurrarle algo al oído. Soltó un suspiro forzado antes de asentir.

—Bien —pronunció ella—. Todos nos iremos, y ustedes dos van a hablar. Con calma.

Angelo se levantó de su asiento de inmediato, claramente deseando escapar. Romeo jaló a Julieta para que se levantara de su asiento, y ella me lanzó una mirada preocupada mientras él la medio arrastraba fuera del apartamento.

Traidores, todos ellos.

Sofiya rodó su silla y extendió sus manos hacia su hija. Negué con la cabeza y abracé a Clementine con más fuerza.

Frunció los labios, pero capté la sonrisa que intentó ocultar.

—Estarás bien sin tu bebé de apoyo emocional.

Resoplé antes de entregarle a Clementine. Se relajó inmediatamente en los brazos de su mamá y eso me provocó una

sensación detrás de mi caja torácica. ¿Mi bebé se sentiría tan seguro conmigo?

—Sé gentil. —La severa advertencia de Sofiya a Matteo resonó en el aire incluso después de que ella desapareciera por el pasillo.

Me senté lentamente en una silla, la más alejada de mi hermano.

—¿Estás…? —Matteo carraspeó—. ¿Estás bien?

Su pregunta me desarmó y mis ojos se llenaron de lágrimas. Estaba preparada para que me gritara decepcionado de mí. Su preocupación era mucho peor.

—Estoy bien.

—¿Ya fuiste al médico?

—Sí. Aria me hizo una ecografía. Todo parecía bien.

—Así que tienes… ¿doce semanas?

—Trece.

Se giró para mirar por la ventana. Ojalá pudiera abrirle el cerebro para saber qué estaba pensando.

Cuando no pude soportar la tensión ni un momento más, rompí el silencio.

—Lo siento.

Sus ojos volvieron a mí, su ceño fruncido.

—¿Por qué?

Rápidamente me pasé un dedo por las mejillas antes de entrelazar las manos y mirarlas.

—No fue mi intención que esto pasara. No quiero que te cause problemas.

Matteo rodeó la mesa y se sentó en la silla a mi lado.

—Sienna. —Su voz era devastadoramente suave. No levanté la vista.

Su mano cubrió la mía. Fue la cantidad mínima de contacto físico y aun así me rompió por completo. Mis hombros temblaron con un sollozo silencioso, y él suspiró.

—No me estás causando problemas.

—Pero los capos se enfadarán. ¿Y si te desafían?

Su bufido fue tan arrogante que me tomé un descanso del llanto para poner los ojos en blanco.

—Deja que lo intenten.

Esta reacción era preferible a su enfado, pero no le creía del todo. Intentó con todas sus fuerzas protegerme de los conflictos de la *Familia,* y sabía que eso continuaría, pese a que yo fuera la fuente de ese conflicto. Aunque yo fuera la carga.

Me sequé los ojos con una servilleta.

—¿Estás enfadado conmigo?

Se le tensó la mandíbula.

—Aceptaste ciertas reglas para París. Te pusiste en peligro. ¿Cómo se supone que voy a confiar en ti si haces este tipo de tonterías?

Su tono severo me sacó de mi tristeza y mi pecho se hinchó de la indignación y rabia. Bien. Eso estaba mucho mejor.

—Tengo veintisiete años, Matteo. A veces debo tener una vida.

—Bueno, podemos ver qué gran juicio has ejercido —replicó con brusquedad.

Aparté mi mano de la suya, mis ojos prácticamente disparando fuego.

—No creo que, de entre todos, tú quieras comparar errores de juicio.

Se le dilataron las fosas nasales, aunque no discutió. ¿Cómo podría hacerlo cuando había confiado en un traidor antes que en su propia esposa? Sabía que el error lo perseguiría para siempre y fui una imbécil por echárselo en cara, pero estaba demasiado alterada para que me importara.

—¿De verdad no sabes quién es el padre?

—De verdad no lo sé. Se suponía que solo iba a ser algo anónimo de fin de semana. Nosotros, *um*, usamos protección. —La expresión adolorida de Matteo reflejaba la mía. No me importaría caer en el centro de la Tierra y relajarme allí un rato para evitar tener que hablar de sexo con mi hermano—. Pero, *um*, supongo que eso no funcionó. He intentado localizarlo, pero no lo encuentro.

—Haré que Franco lo investigue.

Franco era el *hacker* de la *Familia*. Él era bueno, pero no tanto como yo. Me tragué la frustración por lo poco que mi hermano confiaba en mis habilidades.

—Dudo que encuentre algo, aun así, está bien.

Queenie salió de la cocina, lamiéndose los labios. Debía haberse terminado por fin su botín de ziti. Se acercó al sartén, pero la agarré antes de que pudiera comer más.

—Se la llevaré de vuelta a Romeo y Julieta.

Nos pusimos de pie.

—Sienna…

Esperé, pero Matteo pareció quedarse sin palabras.

—Avísame si necesitas algo —comentó finalmente.

—Lo haré.

Se movió y, por un segundo, pareció que iba a abrazarme. En cambio, se conformó con una torpe palmadita en mi hombro. Algunas cosas nunca cambiaban.

16

DIMITRI

—Mila, tenemos que subirnos al puto avión.

La mirada que me lanzó podría congelar el desierto.

—Es *tu* avión. Estoy bastante segura de que no despegarán sin ti.

Me froté la cara con la mano. Ya estaba muy irritado porque tenía que ir a *New York* para reunirme con Rossi y Finnegan para *consolidar nuestra alianza,* y ahora Mila insistía en que paráramos en una tienda de camino al aeropuerto. Ni siquiera se suponía que vendría, era un viaje de negocios y era más seguro que se quedara en *Chicago*, pero finalmente cedí después de que me amenazara con sofocarme con una almohada si me negaba a dejarla venir. No es que me preocupara que me matara, yo tenía el sueño ligero, sin embargo, no quería lidiar con una Mila triste con el ceño fruncido durante meses.

Y quizá tenía ese deseo inquietante de asegurarme de que estuviera feliz y también a salvo.

—Lo habría hecho antes, pero Sofiya *acaba* de decirme que Sienna está embarazada. ¿Cómo se vería si llego con las manos vacías?

—Sí, estoy seguro de que su hijo no nacido se ofenderá profundamente —refunfuñé. Entonces me di cuenta de lo que dijo—.

Espera, ¿hablas de Sienna Rossi? ¿Está embarazada?

—Al parecer.

—¿Cuándo se casó? ¿Y con quién se casó?

Sabía poco de la hermana pequeña de Rossi aparte de lo que me contó Sofiya, pero los matrimonios en familias como las nuestras casi siempre estaban diseñados estratégicamente para consolidar poder y alianzas. La boda de la princesa de la Mafia Italiana debería haber sacudido al mundo del crimen organizado. ¿Cómo se me pasó esto?

—*Um*, no lo hizo.

Alcé una ceja y Mila me lanzó una mirada fulminante.

—Estamos en el siglo XXI. No hace falta estar casada para tener un hijo.

Levanté las manos.

—No dije nada. —Por dentro, mi mente daba vueltas. Esto era un desarrollo interesante. No podía imaginar que el *Don* lo estuviera tomando tan bien. ¿Una princesa de la mafia embarazada y soltera? Los capos debían de estar pasándolo en grande, carajo. Quizás había una forma de usar esto para ganar ventaja sobre Rossi.

Mila le indicó a Nikolai que entrara en el estacionamiento de *Blueberry Hill Baby Boutique,* y solté un suspiro exasperado.

—Ni siquiera conoces a Sienna. Estoy seguro de que no espera un regalo.

—Solo quiero agradarles. —Sus palabras suaves me cortaron hasta lo más profundo, y vi la expresión afilada de Nikolai en el retrovisor. Mila había recibido muy poco en la vida creciendo en la fría casa de nuestro padre. Se merecía algo mejor. Sin duda se merecía un hermano mejor que yo.

—Bien. Pero hazlo rápido.

Treinta minutos después, prácticamente estaba empujando a Mila fuera de la tienda. Nuestro vuelo era en siete minutos.

—Espera, tal vez debería haber comprado también ese otro peluche.

—Sigue caminando —solté con brusquedad.

Mila gimió, pero finalmente se subió al coche y nos pusimos en marcha, con las otras dos SUV con mis hombres incorporándose a la

autopista tras nosotros.

Era hora de acabar con esto.

17

SIENNA

—Muy bien, tenemos nuestra bandeja de charcutería con los aperitivos. —Coloqué la bandeja de madera sobre la mesa de centro y Sofiya estalló en carcajadas.

—¿Queso, galletitas saladas y Oreos?

Fruncí la nariz hacia ella.

—No todos podemos ser chefs elegantes.

—Creo que es perfecto —halagó Mila. La hermana de Sofiya estaba sentada a su lado en el sofá, sosteniendo a Clementine, dando saltitos. Ambas estaban adorables con lazos de cabello rosa a juego—. *Dimi* no come comida chatarra, así que ha sido difícil vivir con él.

—Al menos alguien aprecia mi paladar refinado. —Sonreí y me dejé caer en el otro sofá junto a Julieta—. También hay vino y limonada espumosa.

Julieta agarró una Oreo.

—Gracias por recibirnos.

—Por supuesto. —Me hundí más en los cojines—. ¿Qué tal tu primer vuelo, Mila?

Sonrió.

—Me encantó. Ya estoy tramando formas para que *Dimi* me deje viajar más. Me da mucha envidia que hayas podido ir a París.

—Estamos malditas con hermanos sobreprotectores —suspiré—. Pero París fue increíble. Te recomiendo mucho ir.

Pasé mi mano por la pequeña curva de mi vientre. Unos días atrás me hicieron otra ecografía para revisar al bebé, ahora que estaba más avanzada, y fue una de esas en 3D. Puse un juego de fotos en la nevera y el otro en mi mesita de noche. De repente tenía mucho sentido por qué Matteo había comprado una máquina de ecografía para su apartamento cuando Sofiya estaba embarazada. Era adictivo.

—¿Tu hermano tiene algún problema con que viajes? —preguntó Julieta, frunciendo el ceño.

Mila suspiró.

—Sí. Ha sido aún peor en los últimos meses. Ya casi no me deja salir de casa.

—¿Hay algo en específico en *Chicago* que le preocupe? —Puede que no tuviera ni de lejos la libertad que anhelaba, pero Matteo se había relajado desde que derrotamos al Carnicero y a su sindicato albanés corrupto.

—No es como si *Dimi* me contara algo —respondió Mila encogiéndose de hombros—. Pero sé que le preocupa la violencia y las luchas internas de la *Bratva* en *Chicago*. Ha estado amenazando con enviarme a una casa de seguridad. —La firmeza de su mandíbula me hizo sonreír. Obviamente, a Dimitri le costaba lidiar con ella. Como debía ser. Era el trabajo de una hermana aterrorizar a su hermano.

Había estado tan agotada los últimos dos meses que no había prestado atención a mis foros usuales de la *dark web*. Si algo estaba pasando en el territorio de Dimitri, quizás era hora de que volviera a recopilar los susurros secretos del bajo mundo.

—Quiere protegerte —expresó Sofiya—. Además, no habría pensado que tendrías problema en que te enviaran a una casa segura con *Kolya*. —Su sonrisa arrogante y las mejillas encendidas de Mila hicieron que Julieta se inclinara hacia adelante con un chillido.

—*¡Ooohh!* ¿Por qué es esa mirada? —preguntó alegremente.

—Nada. —Mila fulminó con la mirada a su hermana.

—¡Cuéntanos el chisme! *Por favoooor* —suplicó Julieta.

Resoplé.

—Romeo te está contagiando su forma de ser. Todos los mafiosos son muy chismosos.

—Es muy cierto. Cada noche, cuando cenamos, le cuento todos los chismes de la librería y él me cuenta todo el drama de la Mafia —explicó Julieta, luciendo tan enamorada que casi resultaba repugnante—. Oh, Dios mío, espera. ¿Escuchaste lo de Enzo? Es uno de nuestros guardaespaldas —le explicó rápidamente a Mila—. Por lo visto, los chicos sospechan que está saliendo con alguien.

—Oh, sí. El otro día… —Empecé, pero Julieta agitó sus manos en el aire, interrumpiéndome.

—No, no, no podemos desviarnos —señaló—. Necesitamos saber sobre la trágica vida amorosa de Mila.

Clementine se rio y aplaudió. Julieta hizo un gesto con la mano como diciendo *ven, ella lo entiende*.

—¿Por qué los hombres de la *Bratva* no hablan de chismes? —preguntó Mila con un puchero—. Son todos malditamente serios. —Hizo movimientos robóticos con los brazos y adoptó un marcado acento ruso—. No debo mostrar que soy capaz de sonreír. Los enemigos pensarán que soy blando.

Clem volvió a reírse y esta vez todas nos unimos.

Mila apretó a su sobrina y soltó un largo suspiro.

—Estamos hablando de *Kolya*, mi guardaespaldas.

—Nikolai —añadió Sofiya—. Probablemente ya lo he mencionado antes. Él fue mi guardaespaldas y el de Mila durante los últimos años.

—Sí, y después de todo lo de *un mafioso albanés te obligará a casarte con él* —dijo Mila—. *Kolya* me sacó de *Chicago*. Pensé que quizás por fin quería que estuviéramos juntos, pero solo me estaba manteniendo fuera de la ciudad mientras *Dimi* establecía su autoridad como *Pakhan.*

—Si tuviera un centavo por cada vez que una mujer en esta habitación se ha visto obligada a casarse con un hombre de la Mafia Albanesa, tendría dos. Que no es mucho, pero es raro que haya pasado dos veces —bromeó Julieta.

Todas la miramos, completamente desconcertadas.

—¿De verdad no entienden la referencia? —Cuando no respondimos, murmuró algo sobre que éramos "incultas" antes de continuar—: ¿Le has dicho cómo te sientes?

Mila asintió, con aspecto miserable.

—Esa es la parte más embarazosa. Unos meses después de que empezara a vigilarnos, me robé un poco de vino y me puse algo alegre. Le confesé mi enorme enamoramiento e intenté besarlo. —Se tapó la cara con un quejido—. A mi cerebro le encanta reproducirme la escena en los momentos perfectos, como cuando intento dormirme. Me apartó y me dijo que no intentara algo así otra vez.

—Tenías diecisiete años —destacó Sofiya con suavidad.

—Sí. Ahora entiendo por qué me apartó, pero ¿cuál es su excusa ahora? Estoy a punto de cumplir veinte y él sigue diciendo que es demasiado viejo para mí.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

De pronto, Mila estaba muy interesada en ajustar los volantes del pantalón rosa de Clementine.

—¡No, tienes que decírnoslo! —Julieta brincaba de emoción.

—Chica, tienes que salir más —pronuncié, riéndome cuando me hizo una seña obscena con el dedo.

—No es que Sofiya y yo estemos con hombres de nuestra edad —añadió—. No te juzgaremos.

—Pero nuestros hombres no tienen el doble de nuestra edad —declaró Sofiya con el tipo de descaro que solo una hermana podría soltar.

—Matteo no está muy lejos de estarlo —replicó Mila—. *Kolya* y yo cumplimos años el mismo día. Yo cumpliré veinte y él cuarenta.

—Ooohh, a Mila le gustan los hombres mayores —bromeé. Su rubor cada vez más profundo me hizo chillar—. ¡Oh, Dios mío, sí que te gustan! Me encanta.

—Sí, bueno, no va a pasar, así que no importa.

Sofiya apretó la mano de su hermana.

—Acabará entrando en razón.

—O quizás yo simplemente siga adelante. A ver qué opina de eso. —Su expresión se volvió afligida—. Probablemente no le importará en absoluto.

—Por supuesto que sí —insistió Sofiya—. Sabes lo enfadado que se ponía cuando te escapabas de casa para encontrarte con chicos.

—Eso es solo porque le estaba haciendo el trabajo más difícil. —Sofiya resopló, pero antes de que pudiera responder, Mila la interrumpió—: Cambiemos de tema. En realidad, tengo algo para ti, Sienna. —Sacó una bolsa de regalo de su bolso, poniéndose casi tímida cuando me la entregó.

—¿Un regalo? No es mi cumpleaños.

—Oh, es solo algo pequeño.

Saqué el papel de regalo y encontré un adorable unicornio de peluche, tres mamelucos con pequeños diseños de arcoíris y un chupón con un unicornio.

—Mila, todo esto es precioso. Gracias. —Di la vuelta alrededor de la mesa de centro y me incliné para abrazarla, aplastando suavemente a Clem entre nosotras.

—De hecho, *Dimi* eligió el chupón.

—*Aww,* ¿fue de compras contigo? —pregunté.

—Puede que lo haya forzado. —La sonrisa de Mila titubeó—. Espera, ¿está bien que le haya dicho que estás embarazada?

—*Oh*. —Ladeé la cabeza—. Supongo que está bien. Lo hemos estado manteniendo en privado, sobre todo para tener tiempo de decidir qué decirles a los capos. —Me mordí el labio—. Me preocupa que le causen problemas a Matteo.

—Me aseguraré de que sepa que no debe decir nada. Pero *Dimi* es todo lo contrario a un hablador, así que no me imagino que haya problemas.

Clementine empezó a protestar, con su labio inferior en un puchero y temblando en un espectáculo tan lamentable que entendí por qué Matteo se volvía loco si algo la molestaba. Sofiya le dijo algo en ruso mientras Mila la hacía rebotar en su regazo, pero Clem no cedía. Sus gritos se hicieron más fuertes mientras agitaba sus puños regordetes en el aire.

Sofiya extendió los brazos.

—¿Mi niña tiene hambre? Ven aquí.

Mila se la entregó a Sofiya, que se subió el *top* para darle pecho. Clementine dejó de llorar al instante y su pequeña mano agarró con fuerza la camisa de su madre.

Me acurruqué en el sofá, apoyando mi cabeza en una almohada.

—¿Cómo es? —pregunté suavemente.

Sofiya me miró.

—¿Amamantar? A veces puede ser difícil y estoy extrayendo demasiada leche. Pero me encanta lo unidas que nos hace.

—Deberíamos hacer una lista de nombres para bebés —sugirió Julieta—. Romeo ya comenzó a tejer una manta para el pequeño Limón.

—¿Limón? —Mila ladeó la cabeza.

—Así de grande está el bebé esta semana —expliqué.

—Qué tierno. Limón no es un mal nombre.

Sofiya resopló, pero Mila la ignoró.

—¿Ya sabes qué será? —preguntó.

—Espero que sea un bebé humano, no un limón. Pero lo amaré de cualquier forma —dije. Mis párpados se estaban volviendo pesados.

—Yo me enteré del sexo en cuanto pude con ese análisis de sangre —agregó Sofiya—. No sé cómo lo haces.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Me gusta la idea de que sea una sorpresa.

Julieta me pasó los dedos por el cabello.

—A mí también. Vamos a buscar nombres de niño y niña.

—Suena bien.

No paraba de acariciarme el cabello.

—Pareces a punto de quedarte dormida.

Gruñí.

—No puedo esperar a que esa energía mágica del segundo trimestre haga efecto. Estoy sufriendo sin mi Adderall y bebidas energéticas. De verdad he estado descuidando seriamente mi aldea de *CozyScape*. La heladería probablemente ya se habrá ido a la mierda.

—Estoy segura de que podrías saltarte la cena si no te apetece. —La frente de Sofiya estaba fruncida por la preocupación.

Me levanté del sofá con un quejido y me eché hacia atrás estirándome.

—¿Y perderme cualquiera que sea el drama que los mafiosos vayan a traer a la mesa? Nunca. Además, no puedo perderme el encuentro con el misterioso Dimitri. Solo necesito cambiarme porque esto… —Señalé mi camiseta extragrande y mis pantalones deportivos color rosa fucsia—. No es precisamente la primera impresión que quiero dar.

18

DIMITRI

La luz del techo rebotaba en las minúsculas facetas de las gemas. Una línea de zafiros arcoíris. Esmeraldas grandes. Diamantes impecables.

—Estos fueron extraídos y exportados en sitios mineros propiedad de la *Bratva* en Rusia —explicó Maxim, pasando la mano por la tela negra—. También conseguimos selecciones exclusivas de joyería rara para vender en el mercado negro.

Contuve las ganas de poner los ojos en blanco. La *adquisición* puede sonar mejor que el robo, pero todo se reducía a lo mismo. Cómo Maxim mantenía una expresión seria mientras soltaba esas tonterías era un misterio para mí, pero siempre había sido un vendedor hábil.

—¿Así que necesitas acceso al puerto para importar? —inquirió Rossi.

Mi gesto permaneció inexpresivo incluso cuando me irrité ante la sugerencia de que lo *necesitaba* para algo. No necesitaba a nadie fuera de mi círculo íntimo, carajo. Con ellos, le robé el imperio a mi padre justo frente a sus narices. Pero Sofiya estaba casada con Rossi, así que necesitaba portarme bien.

Levanté la barbilla.

—No hemos tenido problemas con nuestras rutas comerciales canadienses y podríamos seguir importando desde el norte. —Maxim

me lanzó una mirada exasperada—. Sin embargo —continué, alargando la palabra—, el acceso a los puertos marítimos de *Boston* y *New York* nos permitiría ampliar la distribución.

Rossi observó detenidamente las joyas y se lanzó a hacer preguntas técnicas sobre el proceso de minería y exportación, a las que Maxim respondió, no porque no supiera las respuestas, sino porque nunca más quería hablar de esta mierda. La información me la habían inculcado a golpes durante horas cuando era niño. Cada respuesta incorrecta me había costado un golpe en la mano. Apreté los puños, las cicatrices blancas brillando a la luz. Todavía podía sentir el escozor. Todavía escuchaba su voz cruel.

«¿No hay nada entre tus malditos oídos estúpidos, Dimitri? ¿Qué he hecho yo para que me maldijeran con un hijo tan idiota?»

Muerto. Estaba muerto. Había fantaseado con apretar el gatillo tantas veces, pero al final, Sofiya fue quien lo mató. Había hecho todo lo posible por protegerla del sufrimiento, y aunque la protegí de lo peor de la atención de nuestro padre, no fue suficiente para salvarla del todo. Se había ganado el honor de acabar con él. Pero en raras noches, un sueño se colaba entre mis pesadillas. Uno en el que mataba al hijo de puta. Había visto la luz abandonar sus ojos tantas veces en este mundo de los sueños que casi hacía que soportar mis pesadillas valiera la pena.

Maxim y Rossi negociaron cuál sería la tajada para los italianos por el uso de su puerto. Miré a Finnegan, que permanecía extrañamente callado. No sabía mucho sobre el líder irlandés. Se mantenía al margen, contento de gobernar *Boston* sin hambre de más. Algo inusual en nuestra profesión.

Cuando me atrapó estudiándolo, su sonrisa fue más amplia y relajada que cualquier expresión que yo hubiera hecho antes. Se inclinó y habló en voz baja, como si conociéramos el mismo secreto.

—Cuando estos dos dejen de discutir y por fin lleguen a un acuerdo, simplemente accederé a los términos que hayan acordado. Pero no dejes que lo sepan. —Guiñó un ojo. *Guiñó un ojo*, carajo.

Rossi puso los ojos en blanco ante el susurro perfectamente audible de Finnegan.

El sol se hundía más en el cielo mientras las negociaciones se prolongaban.

Matteo quería acceso a nuestro fabricante de armas, y Ronan necesitaba ayuda para montar centros de lavado de dinero en su nueva línea de dispensarios médicos. Esto llevó a una larga discusión sobre contabilidad, que me hacía querer golpear la pared con la cabeza.

Para cuando cerramos los términos acordados, el sol flotaba en el horizonte y yo había llegado a mi límite para socializar. Por desgracia, aún tenía que soportar toda una cena.

Maxim sonrió con picardía al entrar en el apartamento de Rossi. El bastardo sabía cuánto odiaba esto. Solo me quedaba para poder ver cómo estaba Sofiya. Dijo que era feliz estando casada con Rossi, pero yo necesitaba verlo con mis propios ojos. Por eso estaba viendo al *Don* darle de cenar a un perro que llevaba un ridículo chaleco blanco y un corbatín negro. A Sofiya le encantaba vestir a su perro de servicio, Noodle, y a menudo enviaba fotos absurdas de sus nuevos conjuntos en el *chat* de grupo de los hermanos Ivanov. No sabía por qué Rossi lo toleraba.

Finnegan me dio un codazo en el hombro.

—¿Crees que envenenó la comida o así es como siempre se ve tu cara?

Le lancé una mirada de desaprobación y se rio.

—*Ahh*, es solo tu cara. Bien. He oído que Sofiya es una repostera increíble. Odiaría morir antes del postre.

De repente, Noodle corrió hacia la puerta principal, sacudiendo todo el cuerpo. Se abrió unos segundos después, revelando a Sofiya y su guardaespaldas, Angelo. Mi hermana soltó un chillido de alegría y se giró hacia mí en su silla de ruedas. Mis largas zancadas cerraron la distancia entre nosotros y me incliné para aceptar su abrazo.

—Qué alegría verte. —Me sonrió radiante, luciendo más feliz que nunca. La tensión en mi pecho se alivió. No del todo, dudaba que eso fuera posible, pero verla feliz y segura hacía que mis sacrificios valieran la pena.

Mila saltó con Clementine en brazos.

—*Mira,* Dochenka*, este es tu tío Dimi. ¿Puedes saludarlo con la mano?* —Sofiya arrulló en ruso.

Mi sobrina y yo nos observamos. Me miró con sus grandes ojos azules.

Le hice un gesto con la cabeza.

—Encantado de conocerte, *Zayka.*

Mila resopló.

—Que ridículo eres. —Nos abrazó a Sofiya y a mí, y Clementine se rio mientras la apretujaban entre nosotros.

—Estoy tan contenta de que estemos todos juntos —agregó Mila cuando nos separamos. Su expresión se volvió astuta al mirarme—. Esto es agradable, ¿verdad? Tanto que quizá podríamos… ¿quedarnos más tiempo?

Apreté la mandíbula y ella empezó a quejarse, claramente leyendo la negación en mi rostro.

—*Dimi*, *por favor*. Podríamos simplemente…

—No, Mila.

Se estremeció ante mi tono severo y aparté la mirada. Una mujer con curvas, de cabello castaño oscuro y pecas, entró dando brinquitos y Romeo rápidamente la acercó a sus brazos. Debía de ser Julieta.

—*Dimi*… —Empezó Sofiya, pero negué con la cabeza.

No les había contado nada sobre la amenaza inminente, el enemigo burlándose de mí desde las sombras. Quería protegerlas de ello. Mila me reprochaba por la protección adicional, pero ¿qué más podía hacer?

Sofiya arqueó una ceja.

—Hablaremos de esto más tarde.

Mis labios se curvaron de diversión al pensar que podría ganar una discusión conmigo, y de orgullo por lo fuerte que se había vuelto.

—¿Tienes hambre? Creo que ya estamos todos aquí… —Sofiya miró por encima del hombro cuando la última persona entró al apartamento y cerró la puerta tras de sí.

Se me paró el corazón, maldición.

—Perdón, solo estaba hablando con… —Me vio y se quedó paralizada.

Nuestras miradas se cruzaron y una neblina roja cubrió mi visión.

Era *ella*. Emma. La mujer de París que había consumido mis pensamientos durante semanas.

—Tú —gruñí. Me giré de golpe para mirar a Rossi—. ¿Qué carajos significa esto? —Mi mano fue hacia mi espalda, donde normalmente descansaba mi pistola contra mi piel. ¿Era por esto que Rossi había insistido en que no trajéramos armas al apartamento? ¿Porque me estaba metiendo en una puta *trampa*?

—Yo… ¿Qué? —Los ojos de Emma estaban abiertos de par en par por el *shock*. Parecía convincente, pero ella lo había sido todo el tiempo en París.

—¿*Dimi*? —La voz de Sofiya era suave y titubeante—. ¿Qué está pasando? ¿Conoces a Sienna?

No Emma. *Sienna Rossi, joder.*

Me puse delante de mis hermanas y me giré hacia Rossi, con los ojos encendidos.

—¿Así tratas a la *Familia*? —reviré—. Nuestra alianza no fue suficiente, ¿así que enviaste a tu hermana a seducirme?

La expresión del *Don* se oscureció.

—¿De qué estás hablando?

Sienna maldijo y presionó su mano contra su estómago y el pequeño bulto que había allí.

Se me apretó el pecho al ver que las piezas del rompecabezas encajaban.

Sienna debió de ver la realización en mi cara, porque bajó la mano rápidamente.

—Tenemos que hablar. —Sus ojos se posaron en su hermano, luego volvieron a los míos—. A solas.

19

SIENNA

Había entrado en una realidad alterna. Esa era la única explicación de cómo Declan estaba en medio de la sala de mi hermano, con una expresión de que quería matarme.

No Declan. *¿Dimitri?*

—Nadie irá a ningún lado hasta que alguien me diga qué carajos está pasando —siseó Matteo, con la voz peligrosamente baja.

Oh, Dios mío. No podía hacer esto delante de todo el mundo. Le lancé a Sofiya una mirada desesperada, articulando con los labios un *por favor*. Sus ojos muy abiertos me decían que estaba tan perdida como los demás, pero era la mejor hermana del mundo porque simplemente me hizo un rápido asentimiento y le dijo algo a su hermano en ruso. Su mandíbula se tensó, pero lentamente soltó su hombro para que pudiera acercarse a Matteo.

—Ustedes dos pueden hablar en la biblioteca.

—¡No, nadie irá a ningún lado! —rugió Matteo.

Clementine soltó un pequeño llanto devastador ante la voz elevada de su padre. Mila le frotó la espalda, pero el labio inferior de Clem no dejó de temblar. Matteo maldijo y se acercó a ellas, levantando a su hija en brazos. Ella se calmó al instante mientras él le murmuraba en italiano.

Sofiya movió su mano frenéticamente para llamar mi atención. *Vete, vete, vete,* dijo con los labios, señalando hacia la biblioteca. No perdí tiempo y me deslicé por el pasillo. Unos pasos silenciosos confirmaron que Dimitri me seguía.

Cerré la puerta de la biblioteca tras nosotros, pero no fui capaz de enfrentarme a lo que fuera que fuera esto, así que me tomé mi tiempo para encender todas las lámparas de la habitación.

¿Por qué no había más lámparas en esta habitación? Vi unas muy bonitas en una tienda de antigüedades el otro día…

Dimitri carraspeó.

Claro.

Me preparé y me di la vuelta para mirarlo. Cruzó los brazos sobre la gran extensión de su pecho y su fría mirada recorría lentamente mi cuerpo, haciéndome sentir desnuda y expuesta.

—Tengo que decir que estoy impresionado —dijo entre dientes. La rabia latía a su alrededor como algo tangible, y sentí que estaba diez pasos detrás. ¿Por qué estaba tan enfadado?

Tragué saliva con fuerza.

—¿Impresionado? —Odiaba lo débil que sonaba mi voz, lo lenta que funcionaba mi mente. Me quedaba atascada en detalles sin importancia, la forma en que la luz de la lámpara proyectaba su sombra alta en la pared, la sensación de hormigueo y picazón, que invadía mi cuerpo, el cuadro torcido detrás de su cabeza.

—Se supone que nadie debía saber que estaba en París —explicó con tono arrastrado—. ¿Cómo me encontró tu hermano, o siquiera lo sabes? Probablemente solo te dijo a dónde ir y qué hacer. —Su expresión, la postura de su cuerpo, su *tono,* rezumaban desprecio. Era tan extraño oírlo hablar sin acento irlandés.

Tardé un minuto en entender lo que decía.

—Yo… No estaba en París por ti. Estaba allí de vacaciones.

La mandíbula de Dimitri se tensó.

—¿De verdad esperas que me crea eso? ¿Que *casualmente* desayunamos en cafés uno frente al otro? ¿Y luego *casualmente* viniste al club donde yo estaba? Tengo que reconocértelo, eres una buena actriz, demonios.

Se burló y el sonido fue tan jodidamente molesto que me enfadó mucho.

—¿Qué? ¿De verdad crees que te estaba acosando? ¡No sabía quién eras! Tenías un nombre y acento falsos, ¿cómo carajos iba a saberlo? —Ahora gritaba, con los puños apretados temblando de rabia—. Solo he visto exactamente una foto tuya y de Sofiya, y era muy vieja y estabas *calvo*. Tal vez eras *tú* quien me seguía *a mí* para atrapar a la hermana del *Don*.

—¿Y por qué demonios iba a quererte? —Su voz era como hielo, fría y peligrosa. Automáticamente di un pequeño paso hacia atrás y enseguida me odié por ello. Se me congelaron las rodillas. No me acobardaría, y menos aún ante un mentiroso—. Ya tengo la alianza que necesito con el *Don* —continuó—. ¿Por qué querría que me ataran a una princesa mimada de la mafia?

Sus palabras cayeron como golpes, y luché por mantener mi rostro impasible. Mi mente confundida no tenía respuesta, pero no le daría la satisfacción de saber que me había hecho daño.

—Me abordaste en ese club —replicó con enojo—. Y usamos los preservativos que *tú* me diste*,* que *tú* podrías haber manipulado. Así que perdóname si no puedo creer que todo esto sea una puta casualidad.

Me quedé boquiabierta.

—Tú eres quien se puso los condones. ¿Cómo sé que no te los quitaste?

El aire estaba cargado de ira mientras nos enfrentábamos. Mi mano volvió a la curva de mi vientre como si pudiera proteger a mi bebé de la tensión que asfixiaba la habitación. Él siguió mis movimientos.

De repente, toda la energía se me drenó del cuerpo. El peso de toda mi vida se me estaba desplomando. Me senté en el sofá, sin importarme si me hacía parecer débil, y miré por la ventana. El otoño en *New York* significaba noches más hermosas, y hoy no era diferente. El cielo era rojo y rosa como un caramelo; el sol brillante bajó en el horizonte. ¿Cómo se había descontrolado tanto mi vida?

Dimitri se sentó frente a mí, pero las líneas de su cuerpo estaban lejos de estar relajadas.

—¿Qué tiempo tienes? ¿Tres meses? —Al menos ya no gritaba.

—Catorce semanas. Cuentan las semanas de embarazo de forma diferente.

—¿Cómo sé siquiera que es mío?

Me encogí de hombros, aún mirando por la ventana.

—Supongo que no puedes saberlo.

—Podrías haber follado a otra persona en tus *vacaciones*.

—Podría haberlo hecho. Pero no lo hice. —Respiré profundamente, soltando el aire lentamente antes de volver a mirar al hombre frente a mí—. No importa, de todas formas. No necesito nada de ti. No te estoy pidiendo nada. Sea cual sea la trampa que crees que te estaba tendiendo, no existe. Puedes seguir adelante con tu vida.

Se le tensó la mandíbula.

—Estás esperando a mi heredero. Así que sí, sí que importa, carajo. Mi heredero no puede ser un bastardo.

—Esta criatura no es tu heredero. —Me hirvió la sangre—. Es un bebé.

Agitó la mano como si apartara mis palabras.

—Es una distinción sin diferencia.

Mis pulmones se contrajeron como si hubiera saltado a un lago helado. Me costaba respirar. Mis dedos se cerraron más fuerte alrededor de mi vientre.

Unas cuantas semanas preciosas. Eso era todo lo que había conseguido con mi bebé antes de que se convirtiera en un peón en los juegos de hombres. Quería que mi hijo creciera sabiendo que siempre fue amado, que siempre era prioridad y libre para vivir la vida que quisiera. En cambio, ya estaba enredado en una telaraña de hombres sedientos de poder.

Tal vez debería haber mentido, decirle que el bebé no era suyo. Me dolía el corazón ante la idea de que mi bebé creciera sin padre, pero el abandono era preferible a ser tratado como un activo para usar o intercambiar.

—No voy a dejar que ni tú ni la *Bratva* le roben la infancia a mi bebé —solté con brusquedad. Me ardían los ojos, pero me negué a dejar que me viera llorar. Necesitaba ser fuerte por el bebé. Se

merecía el mundo, todo lo mejor que yo había tenido y mucho más —. Nadie necesita enterarse de que es tuyo —dije con una calma que no sentía—. Puedes encontrar a una mujer que realmente te guste para que produzca a tu heredero y olvidar que esto pasó.

—Así no es como funciona y lo sabes. La sangre lo es todo en nuestro mundo.

—¿Qué estás diciendo? Crees que soy una perra manipuladora intentando atraparte y ahora dices… ¿Qué? ¿Que quieres casarte conmigo?

La mirada fulminante que me lanzó fue respuesta suficiente.

—No, Sienna, no quiero casarme contigo, pero tómate un minuto para usar tu maldito cerebro —siseó—. ¿Crees que tu hermano me dejará salir de aquí sin hacerme responsable de ti y de *eso*? —Señaló a mi estómago—. ¿De verdad crees que no se correrá la voz? Las redes de susurros del bajo mundo viven para cosas como esta. Soy el *Pakhan.* No puedo permitir que esta debilidad pese sobre mí, y que mis enemigos la utilicen. Y tú estás en la misma situación. ¿Cómo van a reaccionar los capos cuando descubran tu secreto? ¿Estás tan segura de que la autoridad de tu hermano no enfrenta amenazas?

La habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor y me obligué a respirar profundamente. Tenía razón y lo odiaba. No importaba lo cuidadosa que fuera. La gente se enteraría de que estaba embarazada y siempre especularía sobre quién era el padre. Así como Dimitri no podía permitirse ninguna debilidad para que sus enemigos la explotaran, Matteo tampoco. Por fin había recuperado la ciudad del Carnicero y su red de trata sexual, pero siempre surgían nuevos enemigos en este mundo. La paz y la seguridad sostenidas solo eran posibles si la *Familia* presentaba un frente sólido e intachable.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —Mi voz era tan fría y llena de odio tanto como me fue posible.

Llevaba semanas agonizando por esto, pero Dimitri había detectado el problema en un segundo. Así funcionaba su mente: consumida por intrigas, manipulación y hambre de poder. Un hombre de la *Bratva* de pies a cabeza.

Se pasó la mano por la mandíbula.

—Solo hay una opción. Nos casamos.

El hombre que había sido mi amante, el padre de mi bebé, habló con el mismo tono que esperarías en una reunión de negocios. Práctico. Lógico.

Abrí la boca para protestar, pero me silenció levantando un dedo.

—Te mudarás a *Chicago* conmigo. Cuando nazca el bebé, nos separaremos en silencio. Así tendré un heredero legítimo y ambas familias estarán protegidas de rumores y escrutinio.

—¿Y qué se supone que debo hacer cuando estemos separados? ¿Estar sola por el resto de mi vida? No podemos divorciarnos. Tú puedes tener tantas amantes como quieras, pero yo seré vista como un producto dañado.

Se reclinó en su asiento y cruzó los brazos, la arrogancia recorriendo su cuerpo.

—¿Más dañado que si tienes a un bastardo? La elección es fácil, ¿quieres que te vean como una puta o sentirte un poco sola?

Me levanté de un salto, con los ojos encendidos. Su comentario condescendiente me hirió por completo. Enfrentarse a décadas de soledad era aterrador.

Toda mi vida adulta había estado segura de una cosa: nunca me casaría con un mafioso. Soñaba con encontrar un esposo con un trabajo de oficina aburrido que me pusiera a mí primero.

Por primera vez en mi vida, quería ser la prioridad.

—El bastardo aquí eres tú —lancé, con un tono helado.

—Nunca dije que no lo fuera. —Se quedó sentado y estuve tentada a darle un rodillazo en las bolas.

—¿Qué pasa después de separarnos? No voy a dejar a mi bebé contigo.

Dimitri se encogió de hombros.

—Compartiremos la custodia. Podemos aclarar los detalles más adelante. Por supuesto, cubriré los gastos y me aseguraré de que tengas una remuneración mensual tras la separación.

Como si necesitara su dinero. Como si lo necesitara a *él*.

Respiraciones ahogadas retumbaban en mis pulmones, y caminé hasta la ventana que daba a la escalera de incendios y la empujé

para abrirla. Necesitaba aire… Necesitaba una nueva vida.

—¿Qué carajos estás haciendo? —preguntó Dimitri mientras yo sacaba la pierna por la ventana y subía a la escalera de incendios.

Empezaba a hacer frío, pero apenas lo sentía mientras me sentaba en el rellano metálico y miraba la ciudad donde había pasado toda mi vida. A pesar de todos mis sueños de viajar por el mundo, nunca pensé vivir en otro sitio que no fuera *New York.*

—¿Piensas saltar? —preguntó Dimitri con sequedad mientras se apoyaba en el marco de la ventana.

Hmm. No quería saltar, pero quizás si convencía a Dimitri para que saliera aquí… El clima era tan impredecible. Una ráfaga de viento podría acercarse y empujarlo. *Oh*, qué trágico accidente sería ese… Eso solucionaba convenientemente todos mis problemas. Matteo les diría a los capos que yo era una viuda en duelo que había perdido a su marido en un devastador accidente de escalera de incendios. Qué pena las cosas horribles que pueden pasar cuando la gente pierde el equilibrio…

—¿Por qué carajos sonríes?

La voz elevada de Dimitri me sacó de mi ensoñación.

—*¿Hmm?* No estoy sonriendo.

Claro que sí lo estaba haciendo, sin embargo, no era culpa mía que mi cerebro estuviera reproduciendo una imagen de un Dimitri chillando, cayendo hacia la acera en repetición.

Murmuró algo bajo en ruso. Había aprendido algunas frases porque Sofiya intentaba hablar solo ruso y ucraniano con Clementine durante el día, pero dudaba que Dimitri hubiera dicho: Más comida, por favor.

—Sienna, concéntrate. —Chasqueó los dedos cerca de mi cara y yo me eché hacia atrás de golpe con el ceño fruncido.

—Me gustabas más con el acento irlandés —me quejé.

Más murmullos en ruso.

—Métete adentro, joder.

Puse los ojos en blanco y me tomé mi dulce tiempo para volver por la ventana.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó—. Podemos casarnos aquí en el Ayuntamiento y entonces te mudarás conmigo.

Dormiremos en habitaciones separadas. Puedes seguir haciendo… lo que sea que hagas. Nuestras vidas no se cruzarán.

Quería decirle *que no*. Gritar, chillar y sacudir mi puño al mundo por tener un sentido del humor tan cruel. Lo único que siempre había querido era que alguien me quisiera como mi *papà* amaba a *Mamma*, ¿y *esto* era lo que obtenía?

De pequeña, *Papà* no estaba la mayoría de las noches cuando yo me iba a la cama. En las raras ocasiones en que estaba en casa, me arropaba y yo le suplicaba que me contara mi historia favorita: cómo él y *Mamma* se conocieron. Una sonrisa lenta se extendía por su rostro mientras fingía meditar mi petición.

—Hmm… No lo sé. ¿No has oído suficiente la historia, *Cuore*?

—No, *Papà*. Cuéntamela otra vez, por favor.

—Bien, Bien. Lo haré por mi niña.

Se aseguraba de que estuviera cómoda bajo las sábanas antes de estirarse a mi lado y contarme todo sobre la impresionante mujer que vio al otro lado de la pista de baile en una boda. Una mujer con precioso cabello castaño oscuro y una risa que llenaba la habitación.

—Supe que era mía al instante, mi alma gemela. Así que me acerqué a ella con paso seguro… —esto iba acompañado de una recreación dramática de dichos pasos— y le dije que era la mujer más hermosa que había visto y que me moriría si no bailaba conmigo.

—Y ella ¿qué dijo? —preguntaba mientras brincaba en la cama emocionada.

Sus ojos brillaban mientras cruzaba los brazos, levantaba la nariz y decía imitando horriblemente a *Mamma*.

—Pues será mejor que empieces a cavar tu tumba.

En ese momento, me dejaba caer en el colchón con una risa tan fuerte que *Mamma* aparecía en el marco de la puerta con una expresión severa.

—Esto no me suena a la hora de dormir.

Los dos la convencíamos para que se uniera a nosotros en la cama, y mis padres se turnaban para contarme la historia mientras yo estaba entre ellos. Me dolía el corazón al pensar que mi bebé nunca tendría eso.

—Sienna —ladró Dimitri.

Exhalé lentamente.

—¿Y no me vas a quitar al bebé?

Su expresión se suavizó un poco.

—No tengo ningún interés en mantenerte alejada del niño.

Tenía mucho más poder sobre mí como *Pakhan*, mas no estaba indefensa. Tenía dinero, habilidades y gente poderosa de mi lado. Me labraría una vida para mi bebé y para mí, aunque no fuera lo que había imaginado.

—Si acepto tu plan, ¿qué les decimos? —Levanté la barbilla en dirección a la sala—. ¿Les decimos que el matrimonio no es real?

Dimitri tardó en responder.

—Cuantos menos lo sepan, mejor.

Le di vueltas a su respuesta en mi mente. No me gustaba ocultar algo así a mi familia, pero contarles todo significaba revelar la humillante realidad de que no solo me había embarazado de una aventura anónima de una noche, sino que el padre de mi hijo me odiaba y me veía como una incubadora para su heredero.

Encontré su mirada severa, intentando entender qué pasaba por su cabeza. Dimitri claramente amaba a sus hermanas y, aunque ahora me odiaba, hubo momentos de increíble ternura entre nosotros en París. Quizás encontraría en su corazón la capacidad de preocuparse por nuestro hijo, y quizá eso valdría la pena el dolor que me causaría este arreglo.

—Les diremos que vamos a intentar con el matrimonio por el bien del bebé —propuse, hablando con un nudo en la garganta—. Así no tendremos que fingir estar enamorados y no será una sorpresa cuando nos separemos.

—Por mí está bien. —Sacó su teléfono—. Conseguiré una cita en el Ayuntamiento. Será más seguro para ti que entres a *Chicago* si ya estamos casados.

—Bien.

La puerta cerrada seguía separándonos de esta nueva realidad. Mierda. ¿Cómo se suponía que iba a salir ahí afuera y enfrentarme a todos? ¿Y si simplemente bajara por la escalera de incendios y les enviara una postal desde *Chicago* actualizándolos sobre mi vida?

Excepto que… mi estómago estaba a punto de comerse del hambre que tenía y Sofiya había hecho *tiramisu.*

Enfrentándome a todos, sería.

20

DIMITRI

TAL VEZ DEBERÍA HABER PASADO JUNTO A SIENNA POR LA ESCALERA DE incendios y saltar a mi muerte. Habría sido preferible a enfrentarme a este desastre, pero igual, la seguí de vuelta por el pasillo.

Durante semanas, Emma me había perseguido. Sus caricias, su olor, la sensación de su piel contra la mía. La forma en que besó mis cicatrices. Los suaves ruidos que hacía cuando la llevaba al orgasmo una y otra vez. Cómo había calmado mis demonios inquietos.

Cada vez que tomaba mi polla en mi mano, repasando cómo ella se mecía encima de mí, tomando su placer, me acercaba a romperme. No habría aguantado mucho más antes de pedirle a Aleksei que la encontrara.

Ahora, había sido encontrada.

Y era una princesa de la mafia manipuladora y mimada que estaba embarazada de mi bebé.

Nunca había pensado mucho en hijos. Mi padre me había nombrado su ejecutor en Rusia y Europa cuando tenía veintidós años. Los ejecutores de la *Bratva* solían quedarse solteros y sin hijos, sin apegos, sin nadie que los distrajera, sin riesgo de que priorizaran a una mujer o a un niño sobre la *Bratva*. Cuando me convertí en *Pakhan*, las expectativas para mi vida cambiaron. En este momento, necesitaba un heredero para asegurar el legado Ivanov.

Rechiné los dientes. Solo otra cosa fuera de mi control.

El murmullo y el sonido de los cubiertos cesaron en cuanto entramos al comedor. Todos estaban sentados alrededor de la mesa, que estaba cargada de comida.

Rossi se levantó de golpe de la silla y habló con Sienna en un italiano rápido:

—*¿Qué pasa?* —preguntó—. *Pídemelo y lo mataré.*

Mantuve mi expresión neutra, pero Rossi podía irse al carajo por pensar que podría matarme.

Sienna frunció los labios.

—*No será necesario* —respondió en un italiano perfecto. Eso me transportó de vuelta a bailar con ella en medio del restaurante de Martina y Tony.

—*¿Es realmente el padre?* —preguntó.

Observaba a Sienna con la respiración contenida. Murmuró un suave:

—*Sì.*

La voz de su hermano se hizo más fuerte mientras empezaba a lanzar amenazas sobre arrancarme las entrañas y dárselas a los cerdos.

La tensa ira de Rossi y la confirmación renuente de Sienna parecían ser reales. ¿Podría ser esto una coincidencia, como dijo, y no una elaborada artimaña para atraparme?

—Por cierto, él habla italiano —indicó Sienna en inglés antes de sentarse en uno de los dos asientos vacíos.

Maxim me miró a los ojos y le negué levemente con la cabeza. No era momento de pelear… todavía.

—Perdón por eso, a todos —pronunció Sienna con una sonrisa radiante. La tensión que había marcado su cuerpo segundos antes había desaparecido—. No hay nada como emociones inesperadas antes de la cena.

—Sí, voy a necesitar algo más que eso —soltó Romeo, reclinándose en su silla.

Julieta le dio un golpecito en el hombro.

—No crees líos. —Miró a Sienna—. Pero quiero decir, sí, vamos a necesitar los detalles de lo que sea que haya sido *eso*.

—¿Vas a sentarte, *Dimochka*?

Me dio un vuelco en el pecho al oír a Sofiya usar ese dulce apodo. Eso desencadenó una avalancha de recuerdos de una niña pequeña y regordeta corriendo por el jardín, llamándome *Dimi* en vez del más ruso *Dima* hasta que se quedó. Había estado demasiado ausente la mayor parte de su vida… excepto en esos primeros años.

Nuestro padre no acompañó a la madre de Sofiya, Alena, al hospital cuando estuvo en labor de parto. Cuando ella volvió a casa, él se negó a cargar al bebé porque era una niña. Años soportando los abusos de Rustik convirtieron a Alena en una mujer odiosa que me despreciaba y era cruel con sus hijas, pero ese día se sentó en el sofá y me dejó cargar a mi nueva hermana.

La pequeña Sofiya estaba tan tranquila y silenciosa en mis brazos, mirándome con sus grandes y curiosos ojos. Decidí en ese mismo momento que era mía para protegerla. Yo sentí lo mismo cuando Alena trajo a Mila a casa un par de años después, pero para entonces, la oscuridad ya había dominado por completo mi mundo. Mi padre estaba completamente comprometido con mi entrenamiento en la *Bratva,* y cuanto más revelaba cuánto me importaban mis hermanas, más peligro corrían. Había perfeccionado mi indiferencia vacía, mantenía mi distancia incluso cuando sabía que sufrían en esa maldita casa porque sabía lo mucho peor que podía ser para ellas si yo intervenía.

Carraspeé y me senté en la última silla libre. No era casualidad que fuera la que estaba más alejada de Sienna.

Rossi se sentó frente a mí, fulminándome con la mirada. Sostuve su mirada. *Igualmente, cabrón.*

—Tenemos noticias —dijo Sienna.

Intenté encontrar algún rastro de la mujer enfadada e indignada con la que había hablado momentos antes, mas no había ninguno. Había sido tan *convincente* que casi creí que todo esto era una casualidad jodida. No obstante, verla cambiar de forma así, transformarse en una persona nueva delante de sus amigas, me mostró exactamente de lo que era capaz.

—Como saben, cuando estuve en París conocí a alguien y nosotros… —Se le sonrojaron las mejillas y evitó deliberadamente

mirar en dirección a su hermano—. Bueno, *ya saben*. Y quedé embarazada.

—¿Estás embarazada? —Finnegan gritó con la boca llena de spaghetti. Gesticuló de forma frenética entre Sofiya y Sienna—. Maldita sea, ¿primero ella y luego tú?

—Sí, estoy segura de que esto es muy estresante para ti —expresó Sofiya con sequedad.

Finnegan frunció el ceño y continuó comiendo.

—En fin… —Sienna continuó—. No sabía quién era ese hombre, ¡pero sorpresa! Es Dimitri. Casualmente estábamos en París al mismo tiempo. Él tampoco sabía quién era yo, así que esa fue la confusión cuando nos vimos por primera vez. —Si bien su sonrisa no se desvaneció, su mano tembló mientras agarraba su vaso de agua para dar un sorbo—. Pero todo está bien ahora, y hemos decidido casarnos por el bien del bebé y ver si podemos hacer funcionar esto.

El silencio llenó la habitación. Incluso Clementine dejó de golpear su sillita con el puño.

—*Wow*. No me esperaba eso —expuso Finnegan. Todos voltearon a mirarlo. Levantó las manos—. Bien, perdón. Supongo que esto es una noticia totalmente normal que todos vamos a tomar de una manera relajada.

—Espera, ¿dijiste que se van a casar? —Mila medio gritó—. ¿Cuándo?

—Sí —confirmé—. Conseguimos la licencia de matrimonio y tenemos una cita en el Ayuntamiento… —Miré mi teléfono y vi que Aleksei había respondido por mensaje—. Mañana.

Y justo así, la tensión en la habitación se rompió. Rossi se levantó y volvió a gritar en italiano. Habló demasiado rápido para que lo captara todo, pero capté partes como *sí lo mataré, carajo*, *le arrancaré* algo *del cuerpo* y *se lo compensaré a Sofiya*.

Maxim y yo nos pusimos de pie, con los cuerpos tensos. Él estaba más cerca de Rossi que yo y estaba listo para acabar con él si era necesario, pero antes de que alguien pudiera hacer alguna movida, Clementine empezó a llorar. La bebé había estado ocupada alimentando al perro con bocados de su cena desde su silla alta, pero ahora su cara se estaba poniendo roja.

—Sofiya, tómala y vete. Sienna y Julieta también. —El tono de Rossi era severo, y esperaba que mi hermana se sobresaltara, mas no se movió.

—No, tú cárgala, *Miliy* —protestó.

—*Toma a la bebé y sal de la habitación* —ordené en ruso—. *Tú y Mila*.

—No —objetó ella—. No voy a dejar que se comporten como idiotas por esto.

—Tú no *me dejas* hacer nada —gruñí antes de poder calmarme. Mi rabia se volvió interna por mi pérdida de control momentánea.

Clementine soltó un chillido fuerte y Noodle empezó a ladrar.

Rossi maldijo y tomó a la bebé, mirándome con furia mientras la mecía sobre su pecho. Nunca había visto a un hombre interesarse activamente por su hijo. No podía entender a este padre abnegado con todo lo que había oído sobre el *Don*, que se había ganado el apodo del *Ángel de la Muerte*.

—Dame una buena razón para no matarte por esto. —El tono de Rossi era calmado mientras le daba una palmadita en la espalda a su hija.

Alcé una ceja con desdén.

—¿Se supone que eso debe asustarme?

Los guardias, Romeo y Angelo, se tensaron al ponerse en pie. La mano de Maxim se movió hacia el bolsillo oculto de su chaqueta, donde guardaba una navaja.

Tenía dos navajas escondidas en las suelas de mis zapatos, pero no las necesitaría. Podría destruir a Rossi con mis manos y lo disfrutaría muchísimo, carajo. Muy pocas personas en el mundo tenían alguna oportunidad contra mí, y hoy en día, Rossi pasaba más tiempo con su esposa e hija que entrenando.

—Aunque fueras capaz de matarme, te importa demasiado tu familia como para hacerlo. —Años de entrenamiento brutal de mi padre aseguraron que mi rostro estuviera inexpresivo, mi tono relajado, incluso cuando mis músculos ardían por pelear.

—¿Eso es una maldita amenaza?

—No, es un hecho. ¿Matarías al *Pakhan*? ¿El hermano de tu esposa y el prometido de tu hermana? ¿El padre de su hijo?

Rossi dio un paso adelante, con una rabia helada en sus ojos. Habría sido más intimidante si no estuviera rebotando un bebé sobre su pecho.

—Mila, ¿me pasas el parmesano?

Todas las personas alrededor de la mesa se giraron para mirar a Sienna. El ceño fruncido de Mila me indicó que estaba preocupada por la cordura de su futura cuñada.

—*Um*, ¿claro?

Sienna agarró el tazón que le pasó y vertió una cantidad desproporcionada de parmesano sobre su pasta y albóndigas antes de empezar a comer.

—Esto está buenísimo, Sofiya. ¿Tú lo preparaste? —preguntó.

Los labios de Sofiya se movieron ligeramente.

—No. Gianna lo preparó. Es la encargada de nuestra casa —le explicó a Mila—. Estuvo aquí esta mañana.

—Pues, está muy bueno. —Sienna dio otro gran bocado, con las mejillas hinchadas como las de una ardilla—. Ustedes pueden seguir haciendo lo que sea que sea esto… —Nos señaló con el tenedor—. Pero se les va a enfriar la comida.

—De verdad que se la están perdiendo —confirmó Finnegan mientras se servía otra porción de pasta en el plato.

Sofiya cruzó la mirada con su guardaespaldas, Angelo. Dudó antes de sentarse en su silla.

—Sería una pena desperdiciar una buena pasta —murmuró él.

Julieta se lanzó a una discusión detallada comparando los méritos de la *pizza* estilo *Deep-dish* de *Chicago* y la *pizza* estilo neoyorquina, y todas las chicas se unieron. Me moví, sintiéndome un poco ridículo por seguir de pie cuando todos los demás nos ignoraban.

—Por el amor de Dios, siéntense —soltó finalmente Sofiya, mirando entre su marido y yo.

—*¿Cómo quieres hacer esto?* —murmuró Maxim en ruso bajo—. *¿Nos sentamos, peleamos o nos vamos?*

Estudié con rabia a Rossi. Quería sentir el crujir de su nariz bajo mi puño, pero si no podía hacer eso, al menos podía disfrutar de la satisfacción de que Rossi no podía impedir este matrimonio. Tanto la *Bratva* como la ley de la mafia establecían que un hombre tenía

ciertos derechos sobre una mujer si ella estaba embarazada de su hijo. Eso me daba control, sobre esta situación y sobre su hermana. Gané un heredero y a su hermana. Mantener a Sienna conmigo en *Chicago* me daba ventaja sobre Rossi, quien no se atrevería a poner en peligro nuestra alianza ahora. Igualó la balanza. Sofiya estaba en casa de Rossi, así que su hermana viviría en la mía. Y cuando el niño fuera lo suficientemente mayor, empezaría a entrenarlo para que tomara mi lugar.

Sí, esto estaba bien. Podría trabajar con esto.

—Nos vamos. —Me giré hacia Sienna—. Nuestra cita es mañana a las once.

Ella asintió.

—Nos vemos allí. —¿Fui yo el único que notó el filo frío en su voz?

—Dijiste que podía quedarme aquí esta noche —soltó Mila.

Carajo. Si Mila se quedaba, Rossi tendría a mis dos hermanas y a mi prometida bajo su control.

—*Yo la cuidaré* —declaró Sofiya en ruso—. Nos vemos mañana en el Ayuntamiento.

Le guardaba resentimiento a Rossi por tener alguna influencia sobre Sofiya, pero al menos su matrimonio significaba que yo tenía un aliado en su casa.

—Prepárate para marcharnos después de la ceremonia —le dije a Mila. Antes de que pudiera discutir, giré mi cabeza hacia la puerta y Maxim y yo nos fuimos.

21

SIENNA

COMÍ OTRO BOCADO ENORME DE *TIRAMISU* MIENTRAS MIRABA EL CONTENIDO completo de mi armario tirado en el suelo.

Anoche, después de que Dimitri me *abandonó* a mi suerte, escapé a mi apartamento con el recipiente completo de *tiramisu* bajo el brazo. Ignoré los golpes frenéticos en la puerta y las interminables llamadas y mensajes perdidos porque no podía manejarlo, demonios.

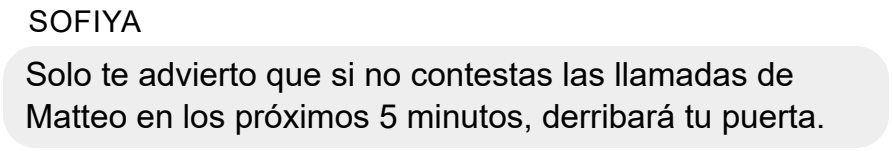
En las últimas semanas, había empezado a emocionarme con mi futuro como madre soltera con mi dulce y pequeño Limón. Había empezado a construir una guardería en *CozyScape* para probar diferentes opciones de diseño para cuando diseñara la original y había añadido mi nombre a las mismas listas privadas de preescolares Montessori en las que estaba Clementine. Todo eso ya no existía. Tenía que dejar mi hogar para estar bajo el control del maldito *Pakhan*.

El temor pesaba en mi estómago mientras me dejaba caer en la cama. No había dormido en toda la noche. En cambio, deambulé por mi apartamento, sacando todo de mi armario, los tocadores del baño y la despensa mientras me comía el *tiramisu*. La zona de desastre del baño y la habitación al menos tenía sentido porque necesitaba empacar, incluso había sacado las dos maletas que había llevado a

París y en cuanto tuviera energía, sin duda las abriría, pero no conseguía encontrar una razón convincente para organizar la despensa, excepto que parecía una tarea esencial a las cuatro de la madrugada.

Clavé mis palmas en mis ojos. Estaba enredada por dentro, atrapada en una tormenta de frustración y vergüenza. ¿Cómo era posible que me sintiera tan competente hackeando, pero como un completo fracaso en todas las demás áreas de mi vida?

El cielo se tornó rosa afuera de la ventana mientras el sol se asomaba por el horizonte. Un fenómeno que hice todo lo posible por no ver. Gruñí mientras buscaba mi teléfono para mirar la hora. Cuando lo liberé del abrazo de mi edredón acolchonado, apareció en la pantalla el último mensaje de Sofiya.



Mierda. Había enviado el mensaje hacía cuatro minutos.

Una parte de mí estuvo tentada a esperar a ver qué pasaba, pero mi hermano no era de los que hacían amenazas triviales, y derrumbar la puerta probablemente sería muy ruidoso, y yo no quería lidiar con eso.

Le llevó apenas medio *ring* contestar.

—Ya era hora, carajo. Sienna, ¿qué demonios está pasando?

—Buenos días.

—¿Buenos días? ¿Qué quieres decir con buenos días? Anoche saliste corriendo de aquí gritando "nos vemos en la ceremonia" ¿Y lo único que tienes que decir es buenos días?

Escuché una voz suave de fondo y apostaría un millón de dólares a que era Sofiya regañando a Matteo por cómo me hablaba.

—Siento haber salido corriendo anoche —pronuncié—. Estaba abrumada y necesitaba espacio. —Un rayo de sol acariciaba el horizonte de *New York*—. Pero sinceramente, no hay mucho más que decir. No sabía quién era él en París y creo que él tampoco sabía quién era yo. Y, sin embargo, aquí estamos.

—*Él es… es peligroso, Sienna.* —Sonaba agotado. ¿Había estado despierto toda la noche también?

—Es tu cuñado, tienen una alianza política y yo estoy embarazada de su hijo. No estoy segura de que le convenga hacerme daño.

Me preparé para que Matteo empezara a gritar de nuevo, pero su voz era baja. Rota.

—*No puedo protegerte si estás con él.*

Me mordí el puño para no romper en llanto. Nunca había sido de las que lloran, y, sin embargo, aquí estaba, transformada en una idiota llorona y todo era culpa del pequeño bebé limón.

Respiraciones lentas. Inhala por la boca, exhala por la nariz.

—Estaré bien. Es solo que… Sé que estropeé todo esto. Pero no es culpa de mi bebé. Se merece un padre. —Se me quebró la voz y Matteo maldijo.

—*Voy a bajar.*

—No. —Si veía a mi hermano en este momento, no habría manera de controlar mis emociones—. Tengo que alistarme. Para la ceremonia… y para mudarme. —El nudo en mi garganta ahogó mis palabras al darme cuenta de que iba a dejar a Matteo. Los dos habíamos sido nuestra propia familia durante tanto tiempo, los hermanos Rossi contra el mundo, pero ahora él tenía una nueva familia. Una a la que amaba más que a nada. Estaría bien.

Matteo soltó un bufido frustrado, y pude escuchar el suave golpe de sus pies contra el suelo de madera mientras paseaba. Los años de distancia, de nuestra lucha por hablar y conectar, se extendieron entre nosotros en el silencio.

—Siento haberte causado más problemas —dije finalmente.

—*No has causado problemas. Es… sabes que te quiero, ¿verdad? Necesito que estés bien. A salvo y feliz.*

—Lo sé. —Apreté la mandíbula mientras respiraba a través de la ola de emoción—. De verdad creo que esto será lo mejor para mí y para el bebé.

—*Arrasaré con* Chicago *si hace algo que te lastime. Recuerda mis palabras, Sienna. Lo haré, carajo*.

Me incorporé, observando el cielo cambiante, sintiendo cómo mi vida cambiaba con él.

—Sé que lo harás. Yo también te quiero.

Momentos después de colgar, mi teléfono me avisó que alguien estaba en mi puerta. Cambié a la aplicación de vigilancia y exhalé al ver a Sofiya, Noodle y Angelo junto a Dante.

Me quejé. No había escapatoria de esto.

Cuando abrí la puerta, Noodle parecía encantado de verme; Sofiya fruncía el ceño por la preocupación y Angelo tenía una mirada de enfado.

—Buenos días —saludé secamente, apartándome para que Sofiya y Noodle pudieran entrar—. ¿Te quedarás en el pasillo?

Angelo levantó la barbilla y me observó en silencio mientras cerraba la puerta.

—Está enojado porque te robaste el *tiramisu* —dijo Sofiya. Le quitó el arnés a Noodle y los dos se acurrucaron juntos en el sofá.

—Ahh, sí. —El *tiramisu* era el favorito de Angelo, pero él no tenía que casarse con un hombre cuyo nombre real conocía desde hacía doce horas, así que no me sentí culpable.

También me preguntaba si le pasaba algo más. Había parecido raro durante meses.

Me senté junto a Sofiya, acurrucándome alrededor de mis rodillas como si pudiera protegerme del inevitable corazón roto de hoy.

—¿Dormiste algo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Matteo tampoco. Clementine, por supuesto, durmió toda la noche. —Frunció los labios. Una cosa que había aprendido en los meses desde que nació Clem era que los bebés tenían una habilidad asombrosa para elegir las peores noches para dormir sin despertarse… y las peores para despertarse un millón de veces—. Gem vino hace rato, así que eso es bueno.

Gem era la niñera de Clementine, y yo había planeado preguntarle si quería ser también la niñera de mi bebé. La dura realidad de que tendría que criar a mi hijo lejos de todo el apoyo que esperaba tener me dio un puñetazo en el pecho. Quizás había alguna mentira que Dimitri y yo podíamos contar para explicar por

qué tenía que pasar largos periodos de tiempo en *New York* con mi hijo.

Sofiya me agarró la mano y la apretó. Noodle, sin querer quedarse fuera, puso su pata sobre nuestras manos unidas.

Le acaricié sus suaves pies tipo Grinch.

—Gracias, Noodle.

—No puedo creer que no lo haya reconocido en París —expresé —. Me siento tan avergonzada. —Si lo hubiera reconocido, ¿habría mantenido mi distancia? ¿Habría pasado esos últimos días en París sola? No estaría en este lío, pero la idea de borrar esos días, borrar a mi bebé de la existencia, me provocaba un nudo en el pecho.

—No hay nada de qué avergonzarse. Se ve tan diferente. Apenas lo reconozco ahora. —Sacó su teléfono—. En realidad, encontré algunas fotos de nuestra infancia. No hay muchas. —Sus labios se torcieron, y pensé en los montones de álbumes de fotos del *penthouse*, que mostraban cientos de fotos de los primeros nueve meses de vida de Clem. Había tenido álbumes como esos míos de bebé, con textos escritos en la buena caligrafía manuscrita de mamá. La mayoría habían sido destruidos por mi tío y sus hombres traidores, y me hacía preguntarme cuánto de la crianza de los hijos consistía en intentar desesperadamente redimir el dolor de nuestra infancia dándoles a nuestros hijos todo lo que habíamos apreciado cuando éramos jóvenes.

Sofiya me entregó su teléfono y mi corazón se aceleró. Un niño pequeño con la cabeza rapada estaba sentado en una silla de madera del comedor, con un bebé en brazos. Miró directamente a la cámara con sus brillantes ojos azules y una mueca de ceño feroz, como si desafiara al espectador a intentar meterse con su hermana. La bebé estaba envuelta en una manta rosa y las manos de Dimitri, mucho más pequeñas que las que me sujetaron en París, acunaban a Sofiya de forma protectora.

Estudié sus rasgos, intentando encontrar a mi futuro esposo en su joven rostro. Su expresión severa me resultaba familiar, pero había una redondez juvenil en sus mejillas que no había en el hombre que conocía.

Pasé a la siguiente foto y sonreí al ver a Dimitri sosteniendo a una bebé mayor, que era el vivo retrato de Clementine.

—*Wow*, los genes de Matteo apenas lo intentaron.

Sofiya sonrió.

—Creo que probablemente les ordenó que se apartaran para que nuestra niña se pareciera a mí.

—¿Esto es en tu casa? —Dimitri y la pequeña Sofiya estaban afuera, en un jardín soleado. Dimitri volvió a mirar a la cámara con expresión seria, pero esta vez Sofiya miraba a su hermano, con la cabeza echada hacia atrás riendo.

La tercera foto mostraba a una Sofiya pequeña sentada en el regazo de Dimitri. Ella sonreía radiante mientras sus brazos regordetes rodeaban a una recién nacida de cabello oscuro, mientras el chico parecía tan endurecido como siempre.

Noodle me dio un golpecito en la mano para animarme a seguir acariciándolo, y yo distraídamente acaricié sus suaves orejas.

—Lo obligaron a ir a Rusia aproximadamente un año después de que se tomara esta foto —dijo Sofiya en voz baja—. Casi nunca regresaba a casa después de eso, pero las pocas veces que vino a visitarnos, parecía Navidad. Todo lo que quería era a mi hermano. —Apartó la mirada, secándose rápidamente las lágrimas—. Sin embargo, cada vez que regresaba, era como si más partes de él se hubieran desgarrado. No me di cuenta de lo horrible que era su vida en Rusia hasta años después. Intentó ocultárnoslo a Mila y a mí, pero nuestro padre era tan cruel y las cosas que le hicieron pasar en su entrenamiento… —Su dedo atrapó una lágrima que resbaló por su mejilla—. Todo este dolor, por él, por mí, por Mila y ahora por ti, solo para que fuera un buen ejecutor para el *Pakhan*. Es todo un desperdicio.

La rodeé con el brazo.

—Lo es. Qué desperdicio tan inútil.

—Me hubiera gustado poder hablar y escribirle desde que se convirtió en *Pakhan*, pero él es… —Sus labios se torcieron mientras se quedaba en silencio—. Es más distante de lo que pensaba, eso es todo.

Repasé sus palabras en mi mente, sintiendo su familiaridad. El hombre con el que pasé aquellos días en París seguía siendo severo, controlado y confuso, pero también juguetón, amable y atento. No sabía cómo encajar esa versión de Declan con la forma en que Dimitri me había hablado, con el desprecio claro en sus ojos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Sofiya suavemente—. Porque si no lo estás, puedo hablar con *Dimi*. Nadie debería ser presionada para casarse.

Inhalé una respiración larga y lenta.

—Ha sido un buen hermano para ti, ¿verdad?

Ella apretó mi mano con fuerza.

—Sí. Hizo todo lo que pudo por Mila y por mí. Hará todo lo posible para proteger a los suyos, y sé que hará lo mismo por ti y el bebé.

—Entonces sí, estoy segura —afirmé con un asentimiento tenso —. Quiero darnos la oportunidad de ser una familia.

Soltó un suspiro tembloroso.

—Solo quiero que seas feliz. *Dimi* también. Ambos se merecen el mundo.

—Quiero que mi bebé tenga el mundo. —Tenía la garganta apretada y mi pulgar recorría mi pequeña barriga—. Mis padres eran tan felices juntos, y eso hacía que nuestro hogar fuera feliz. Es lo que quiero. Lo que le estás dando a Clementine.

Sofiya parpadeó rápidamente.

—Me vas a hacer llorar.

La abracé con fuerza para que no viera cómo la lágrima se deslizaba entre mis párpados apretados. Respiré a través del dolor agudo en mi pecho y reprimí las palabras que no podía decir, que ya sabía que mi matrimonio no iba a ser feliz.

Ambas soltamos risas entre lágrimas cuando por fin nos separamos.

—De acuerdo —dijo, dándome una palmadita en la mano—. Tenemos que recomponernos. ¿Sabes qué te vas a poner?

—Ni idea.

—Me preocuparía, pero estoy bastante segura de que tu armario contiene todo el tercer piso del departamento de mujeres de *Fifth*

and Quartz.

—No seas tan dramática. Es solo como la mitad del tercer piso.

Ayudé a Sofiya a sentarse en su silla de ruedas.

—Pidamos el desayuno y me enseñas opciones de atuendos —propuso.

La seguí a ella y a Noodle hasta mi habitación, estremeciéndome al recordar el estado absolutamente desastroso en que había dejado la casa.

—Claro —expresó Sofiya cuando el mar de ropa amontonada en el suelo dificultó que su silla de ruedas pudiera avanzar—. No te estreses. Haré que Gianna venga y empacaremos todo esto y te lo mandaremos, ¿bien? Solo tienes que preocuparte por encontrar el vestido de novia adecuado.

Mi lista de preocupaciones podría llenar cuadernos interminables, pero respiré profundamente para animarme y me adentré más en el desastre.

NECESITAMOS cinco coches para llevarnos a todos al Ayuntamiento en la zona baja de *Manhattan*. Formamos un séquito algo ridículo, pero mientras nos abríamos paso entre el tráfico matutino, agradecí contar con tanto apoyo. Estaba entre Julieta y Sofiya en la parte trasera, la falda de mi vestido rosa pálido y brillante rozando mis piernas. No era un vestido de novia tradicional y desde luego nada parecido a lo que pensaba que usaría si alguna vez me casaba, pero la falda, que me llegaba justo por encima de las rodillas, se sentía más adecuada para una boda de día, mientras que las lentejuelas cosidas a mano lo hacían sentir especial.

Demasiado pronto, llegamos frente al Ayuntamiento. Salimos de los autos, todos menos Clementine, que se había quedado en casa bajo la protección de Gem y media docena de guardias. Despedirme de ella había sido lo peor. ¿Y si se olvidaba de mí? ¿Me permitirían siquiera visitar *New York*?

Mi pánico crecía con cada paso que daba al subir las escaleras hasta la entrada. Reprimí mis emociones, encerrándolas en una pequeña caja fuerte metálica mientras seguía a Matteo hacia un vestíbulo más pequeño. Cuando me tocó el hombro, di un salto y me lanzó una expresión preocupada. Necesitaba recomponerme. Me había dicho aproximadamente veinte veces esta mañana que no tenía que seguir adelante con esto, y que cualquier duda mía empeoraría una situación ya tensa.

—Llegamos temprano. Voy a revisar en qué capilla vas a estar —indicó.

—Gracias.

Había otras parejas en la sala de espera celebrando emocionadas por casi estar casadas, mientras yo sentía que me llevaban a mi ejecución.

Julieta me rodeó con los brazos.

—¿Estás bien?

«No, estoy a punto de perder la cabeza, gracias por preguntar».

—Sí, estoy bien. En realidad, necesito encontrar el baño.

—Oh, acabo de ir —avisó—. Hay uno privado justo a la vuelta.

Asentí.

—Vuelvo enseguida.

—Iré contigo. —Dante puso su mano en mi espalda y me llevó por el pasillo.

En cuanto cerré la puerta del baño con llave, agarré el lavabo para no desplomarme. Tenía el pecho apretado y el estómago se me revolvía de náuseas por las que no podía culpar al pequeño Limón.

«¿Cómo demonios se suponía que iba a superar esto?» Giré alrededor del pequeño y sucio espacio como si fuera a materializarse una caja de Valium. O Xanax. No era exigente.

Mierda. Probablemente el Xanax no era bueno para el bebé. Bien, otra cosa… Esperen, Julieta me dijo que su terapeuta le dijo que metiera su cara bajo agua helada cuando estuviera entrando en pánico. Abrí el grifo, pero era demasiado vanidosa para despeinarme el cabello y arruinar mi maquillaje. ¿Funcionaba si metía las manos? Valía la pena intentarlo. Me estremecí al meter las manos bajo el agua helada y empecé a contar. Cuando llegué a los setenta y dos,

saqué las manos. *Huh*. Ahora tenía las manos heladas además de *no poder respirar por estar a punto de vomitar*.

La habitación giró y me desplomé contra la pared para mantenerme en pie. La sucia y asquerosa pared del baño público del Ayuntamiento de *Manhattan*. Me quejé y agarré unas toallas de papel para secarme las axilas. *«Contrólate. Si alguien te ve entrar en pánico así, perderán la cabeza y detendrán la boda y entonces habrá un tiroteo y vendrá la policía y tendremos que escapar por la ventana…»*

Huh, eso era parecido a lo que pasó en la boda de dos de mis personajes de *CozyScape*. Bueno, no la parte de las armas y la violencia. *CozyScape* era demasiado acogedor para eso. Pero hubo mucho lanzamiento de pastel de bodas cuando el ex de Ivy irrumpió en la ceremonia para intentar recuperarla.

Quizás esa era la clave. ¿Y si fingiera que lo de hoy era solo un paquete de expansión para mi juego? Si nada de esto era real, no había motivo para entrar en pánico. Hoy no era Sienna. Yo era Mary Margaret, a punto de caminar hacia el altar hacia Eric, su alma gemela.

Me miré en el espejo sucio del baño del Ayuntamiento. Muy bien, Mary Margaret. Vamos a casarnos con tu novio del colegio y cumplir tu sueño de abrir una heladería, y ni siquiera nos preocuparemos por el hecho de que en unos meses dejarás a Eric por el hombre mucho más atractivo que conociste por internet. Una cosa a la vez.

Me esponjé el cabello, me enderecé y abrí la puerta del baño de golpe solo para encontrarme con los rostros preocupados de todos los que más amaba en el mundo.

Julieta le extendió la mano a su marido.

—Maldita sea —murmuró Romeo. Sacó un montón de billetes de su cartera y se los entregó.

Ladeé la cabeza y ella me devolvió la mirada con una sonrisa pícara.

—¿Qué? Sabía que no ibas a salir por la ventana. Sobre todo porque hace un rato entré a orinar ahí y sabía que no había ventana.

A Romeo se le cayó la mandíbula. Entonces una sonrisa lenta se dibujó en su rostro.

—Eso fue muy astuto de tu parte, *Stellina*.

—Bien, ignóralos —comentó Sofiya, empujando a un lado a Romeo. Me agarró las manos y me jaló hacia abajo para que estuviéramos a la misma altura.

—¿Aún haremos esto?

Le apreté las manos.

—Sí. Aún lo haré.

—Bien. Vamos a casarte.



22

DIMITRI

Entré al Ayuntamiento, flanqueado por Maxim y Sergey. Faltaban dos minutos para las once. Todo esto no debería durar más de diez minutos, y entonces nos iríamos. Mi avión estaba listo para llevarme de vuelta a mi ciudad, con mi esposa embarazada a cuestas. Les había ordenado a Polina y *Sveta* que prepararan una habitación para ella; había informado a mis hombres y hecho planes para Mila. Planes que estaba seguro de que la enfadarían mucho, pero no se podía evitar.

—Todo despejado, *Pakhan* —informó Aleksei a través del pequeño Bluetooth en mi oído. El *hacker* tenía ojos en cada rincón de este edificio y de las calles circundantes. Puede que tuviéramos una alianza con los italianos, mas nunca confiaría en quienes estaban fuera de mi círculo íntimo.

Caminé por el pasillo hasta la sala de espera de la ceremonia, pasando junto a todas las parejas que esperaban con ilusión casarse, hasta llegar a mi futura esposa. Su familia y amigos formaron un semicírculo protector a su alrededor mientras nos acercábamos. Su vestido rosa era ceñido y brillante, mostrando las curvas de sus pechos y muslos exuberantes. Apreté los dientes contra la creciente tensión en mi entrepierna mientras los recuerdos de París inundaban mi mente. La forma en que esos muslos se

habían apretado alrededor de mi cabeza mientras le comía el coño. Sus pezones rosados y duros rozando mi pecho mientras se desplomaba encima de mí después de correrse.

Parecía perfectamente arreglada, con una sonrisa bonita en el rostro y los hombros relajados. ¿De verdad estaba tan tranquila respecto a nuestro inminente matrimonio, o era otro de sus actos? Rossi estaba a su lado, y me irrité ante la dura mirada del *Don*. Aleksei estaba verificando los rincones oscuros de internet en busca de cualquier susurro de evidencia de que Rossi hubiera orquestado esto. Tenía una mente astuta y una reputación despiadada que me decía que podría ser capaz de hacerlo. Incluso en este momento, mientras su mandíbula se tensaba y sus manos se cerraban en puños, no estaba convencido de que no fuera todo parte de un elaborado acto para despistarme. Hacerme creer que estaba en contra de este matrimonio, mientras su hermana se infiltraba en mi casa por órdenes suyas.

Me detuve frente a Sienna justo cuando nos llamaron.

—¿Estás lista?

Ella asintió y entramos a la capilla. Nos permitieron cuatro invitados, así que Sofiya, Noodle, Rossi, Mila y Maxim nos siguieron.

La oficiante se presentó. Nos colocamos uno frente a otro. La ceremonia duró dos minutos, tiempo suficiente para decir *sí, acepto*, intercambiar un beso superficial y firmar el acta. Sofiya firmó como testigo y eso fue todo.

Sienna se apartó de mí y fue a los brazos de mis hermanas. Mila y Sofiya le dieron abrazos fuertes y murmuraron palabras demasiado bajas para que yo las escuchara. Se me apretó el pecho. Me di media vuelta y conduje a todos de vuelta al pasillo.

Sienna estaba ocupada abrazando a todos: Julieta, Romeo, los guardaespaldas. Se presentó a Sergey y Maxim.

—El avión nos está esperando —solté con brusquedad. No hacía falta que nos quedáramos más tiempo aquí.

Algo parecido al dolor cruzó el rostro de Sienna, pero fue rápidamente reemplazado por su sonrisa.

—Bien. Supongo que todos podemos salir y despedirnos allí.

La mitad usó las escaleras y la otra mitad esperó el ascensor. Cuando salimos, hice un gesto para que Mila se acercara a mi lado.

—No volverás a *Chicago* conmigo.

—Espera, ¿qué? —Miró por encima de su hombro hacia donde las otras mujeres estaban juntas en la acera. Sus ojos brillaban cuando volvió a mirarme—. ¿Puedo quedarme aquí?

—No. No es seguro que vuelvas a la casa, pero tampoco es seguro para ti aquí.

Frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—Cuando se sepa que traje a la princesa de la Mafia Italiana al territorio de la *Bratva*, nos convertiremos en un objetivo aún más grande para quienes se oponen a nuestra alianza. —Nada de lo que decía era mentira, simplemente podía ser que no fuera toda la verdad. Si la información que habíamos recibido era correcta, cualquiera cercano a mí estaba en peligro—. Hasta que pueda estar seguro de que mi nueva esposa no va a poner en peligro tu seguridad, te quedarás en una casa de seguridad con Nikolai. Te irás de aquí. Tiene un coche listo con provisiones y tu maleta.

—¿Es una broma? De verdad estás bromeando. ¿Primero, me obligas a volver a vivir en esa casa porque no estaría segura en mi propia casa, y ahora me mandas lejos con alguna excusa tonta sobre el aumento del peligro? ¿Crees que soy tan tonta como para creerme eso?

Mantuve el rostro inexpresivo, aunque la frustración me quemaba por dentro. Si alguna vez hubiera discutido así con el *Pakhan*, me hubiera *burlado* de sus órdenes, me habrían dado una paliza hasta perder el conocimiento. Quería protegerla del dolor, pero la necesidad de control ardía dentro de mí.

Crucé mi mirada con Nikolai y le di un gesto con la cabeza. Se acercó a nosotros, con una expresión firme ante la mirada fulminante de Mila.

—No puedo creer que estés haciendo esto, maldición —siseó.

—Esto no es un debate, Mila. Despídete y ve con Nikolai. —Me giré hacia el guardia—. Si le pasa algo, ya sabes lo que sucederá.

Se llevó una mano al pecho, sobre su corazón.

—La protegeré con mi vida, *Pakhan*.

Mila soltó un chillido indignado y corrió hacia donde estaban las otras mujeres.

—Bueno, se lo tomó tan bien como esperaba —opinó Maxim, deslizándose a mi lado como un personaje de dibujos animados—. ¿Qué probabilidades hay de que ella misma suba al coche? Apuesto a que *Kolya* tendrá que meterla adentro.

No me digné a responder.

Las mujeres estaban acurrucadas como si estuvieran en un equipo de fútbol. Sienna lanzó una mirada furtiva en mi dirección, apartando la vista rápidamente cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Bueno, eso no es *para nada* sospechoso —murmuró Maxim—. ¿Crees que están tramando nuestras muertes?

Todas las mujeres asentían a Mila, que estaba *sonriendo*, carajo.

Sienna y Mila se despidieron de todos. Mi nueva esposa dejó a su hermano para el final. Tras un breve abrazo, se dio la vuelta, limpiándose rápidamente los ojos con los dedos. Entrelazó su brazo con el de Mila y las dos se acercaron.

Sienna me miró con una expresión firme.

—Estoy lista.

—Vámonos.

23

DIMITRI

Maxim se tumbó en la cama en la habitación trasera del avión. Le lancé una mirada fulminante y él levantó las manos al aire.

—Tu andar de un lado a otro me está cansando.

Maldiciones murmuradas se escaparon de mis labios mientras recorría la habitación de nuevo.

—Necesitamos un plan. Tengo una esposa.

Maxim se incorporó, incapaz de ocultar su sonrisa burlona.

—¿Está pasando algo que no planeaste cuidadosamente? Esto debe de estar matándote, joder.

No tenía respuesta que ofrecer, así que le hice una seña obscena.

—Lo hecho, hecho está.

—Claro. Así que… ¿Cuál es el plan?

—Sienna y yo hemos llegado a un… acuerdo. —Empecé. Aún no le había contado lo de nuestra conversación en la biblioteca, pero necesitaba saberlo—. Cuando nazca el bebé, nos separaremos en privado y compartiremos la custodia.

Las cejas de Maxim se alzaron.

—¿Separados?

—No legalmente, obviamente. Pero esto no es una relación real, y ninguno de nosotros puede confiar en ella. El personal de la casa y nuestros soldados deben estar alerta.

«Oh, ¿como estuviste en París?» Nunca había bajado la guardia como lo hice con ella, y eso la volvía peligrosa.

—Los hombres tendrán que respetarla como tu esposa —comentó Maxim, con un tono duro. Era especialmente protector con las mujeres de la *Bratva* tras ver a su madre soportar décadas de abusos que finalmente acabaron con su vida.

—La respetarán —solté con brusquedad—. Pero también mantendrán su distancia, por eso quiero que seas su guardaespaldas.

Maxim gimió y se tapó la cara con el brazo.

—No, no puedes hacerme esto. Moriré de aburrimiento.

Ignoré su queja con un gesto.

—No saldrá mucho de casa, así que no tendrás que vigilarla a menudo. Aleksei está haciendo una comprobación completa de antecedentes, esta vez usando el *nombre correcto*, y monitoreando la actividad de su teléfono y computadora. Le pediré a Polina que organice la atención médica que necesite para el bebé.

—Así que soy su guardaespaldas. Polina se encargará de su atención médica… ¿Cuál es tu papel en todo esto?

—Mi papel es ser el *Pakhan.*

Exhaló lentamente. Cuando se levantó de la cama y puso sus manos en mis hombros, me costó todo mi control no apartarlo con un empujón.

—Algún día, tendrás que dejar entrar a la gente. —Me apretó los hombros y salió de la habitación, dejándome solo con una mueca en la cara y el corazón latiéndome con fuerza.

Sofiya me dijo algo parecido cuando nos despedimos afuera del Ayuntamiento. No entendían que mi prioridad principal era proteger a los más cercanos a mí, y a veces la seguridad requería mantenerlos alejados.

Me quedé en el dormitorio, aprovechando el tiempo para discutir las instrucciones de los soldados con Sergey. Nos conocíamos desde hacía años y él había sido la elección obvia a la hora de decidir quién sería mi ejecutor. Confiaba en él con mi vida, pero también sabía la debilidad que tenía por las mujeres. Tenía la boca apretada cuando le dije que todos nuestros soldados apostados dentro y alrededor de

la casa debían mantener su distancia de Sienna, incluso fingiendo que ninguno hablaba inglés.

Una vez que Sergey regresó a la cabina principal, le envié un mensaje a Polina con mis órdenes para el personal doméstico, saliendo solo de la habitación trasera cuando estábamos descendiendo hacia *Chicago.*

Me senté en el asiento frente a Sienna.

—Cuando lleguemos a la casa, te presentaré a mi personal. No debes salir de casa sin mi permiso. Si yo no estoy para pedírmelo, le preguntarás a Maxim. Será tu guardia cada vez que salgas de casa. ¿Entendido?

—¿Qué se supone que debo hacer con mi tiempo?

Con su familia ausente, su máscara había caído. Su expresión era dura, reservada y ya no tenía una sonrisa radiante. Debió de cambiarse en el baño en algún momento. En lugar de su vestido de novia brillante, llevaba unos *jeans* ajustados y un suéter color crema que ocultaba su pequeña barriga.

—Puedes hacer lo que quieras siempre que te quedes en mi propiedad, sigas las reglas y no te metas en ningún asunto de la *Bratva.*

Suspiró.

—No tengo ningún interés en entrometerme en los asuntos de la *Bratva.*

Levanté la barbilla.

—Bien. —O estaba en una misión para infiltrarse entre nosotros e informarle a Rossi, o no. De cualquier forma, era mejor que actuara como si le creyera. Adormecerla con una falsa sensación de seguridad hacía más probable que cometiera un error.

Ella volvió a mirar hacia la ventana y yo hice lo mismo, observando cómo se acercaba la pista. Me puse de pie en cuanto aterrizamos.

Llamé la atención de Maxim y Sergey.

—*Primero iremos a la casa para dejarla* —declaré en ruso—. *Recuerden, solo ustedes dos y Aleksei le hablarán en inglés. Nadie más. Y dile a los capitanes que nos esperen en el club. Tendrán que ser informados.*

La *Bratva* no era tan jerárquica como los italianos, pero seguía siendo inusual que el *Pakhan* se casara sin la aprobación de los capitanes. Apreté los dientes al darme cuenta de que tendría que decirles que Sienna estaba embarazada. Tener una esposa e hijo me hacía vulnerable. Mis enemigos intentarían usarlos en mi contra, y si no los protegía, parecería débil.

Miré a la mujer en cuestión. Estaba al otro lado del pasillo, mirando fijamente al frente. La azafata abrió la puerta del avión, y la luz naranja del atardecer se filtró y rebotó en el cabello oscuro de Sienna. Algo en la iluminación me recordó a nuestro segundo día en París, cuando comimos *éclairs* en la pequeña panadería de Eloise.

En otro mundo, en otra vida, quizá podríamos volver a ser Declan y Emma.

Negando con la cabeza, me dirigí a la puerta.

Sergey se estacionó enfrente de mi casa y Maxim bajó para abrirle la puerta a Sienna. Él había conversado algo con ella durante todo el trayecto de vuelta al aeropuerto mientras yo mantenía la mirada fija en mi teléfono, intentando y fallando en ignorarlos. Aparentemente, jugaban al mismo juego absurdo de computadora. Sienna se inclinó hacia adelante mientras hablaba con Maxim desde el asiento trasero. No tenía ni puta idea de qué era el juego, pero era imposible ignorar cómo se iluminaban los ojos de Sienna durante la conversación. Se animaba cada vez más, con palabras rápidas saliendo de ella mientras describía el último paquete de expansión.

—Gracias. —Salió de la SUV blindada y le dedicó a Maxim una sonrisa, que él le devolvió, carajo. Esto era exactamente lo que temía: que mis hombres y el personal sucumbieran a la personalidad magnética de Sienna y bajaran la guardia con ella. Fruncí el ceño hacia Maxim, pero su sonrisa no mostró arrepentimiento.

—Deberíamos… —Las palabras de Sienna se interrumpieron cuando por fin se fijó en la casa, que estaba cubierta de lonas y andamios—. Mierda. Supongo por tu expresión calmada que esto…

—Hizo un gesto con la mano hacia la casa—. Es intencionado y no porque un equipo de demolición haya sido enviado accidentalmente aquí mientras estabas fuera.

—Está en renovación. Vamos. Tengo una reunión a la que asistir, pero te presentaré al personal antes de irme. —Subí hasta la puerta principal, donde dos de mis hombres esperaban.

—Esta es mi esposa, Sienna Ivanova —pronuncié en ruso—. *No le hablarán ni dejarán que sepa que entienden inglés. Informen de cualquier actividad sospechosa directamente a Sergey o Maxim.*

—Sí, Pakhan —respondieron.

Sienna saludó a los guardias antes de unirse a mí en la entrada. Me sentí satisfecho cuando se quedaron en silencio.

Pasamos por el vestíbulo hacia el espacio principal de la vivienda. Odiaba esta casa. Malditos recuerdos goteaban de las paredes… muros que habían sido testigos de mi abuso, que se habían roto bajo mis furiosos puños cuando no podía dirigir mi ira hacia quienes la merecían. Cuando me convertí en *Pakhan*, me planteé seriamente quemarla hasta los cimientos. La idea de ver cómo la estructura se incineraba era tentadora, pero tras hablar con un arquitecto, descubrí que llevaría demasiado tiempo reconstruirla desde cero. Sugirieron desmontar todo hasta los montantes de madera y empezar desde ahí, que fue lo que hicimos. Mi oficina, dormitorio, cocina y un número selecto de baños fueron las únicas habitaciones que estaban terminadas.

—¡Oh no, el equipo de demolición también te robó todos los muebles! —exclamó Sienna con el mismo descaro que había mostrado en París.

Puse los ojos en blanco.

—Vamos.

Más allá de la sala vacía estaba la cocina, donde Polina y *Sveta* estaban sentadas en una pequeña mesa a un lado. Se levantaron de inmediato cuando entramos, mirando a Sienna con curiosidad.

Conocí a Polina hacía casi una década, cuando ambos vivíamos en el infierno que era el complejo. Yo acababa de ser ascendido a ejecutor, y ella era mi recompensa: una huérfana apenas mayor de edad que llegó golpeada y aterrorizada. Dejé en claro que nunca la

maltrataría ni dormiría con ella, y le dije que podía irse si quería. Pero ella pidió quedarse, mi apartamento era más seguro que la alternativa. Acepté con la promesa de que algún día la sacaría. Me llevó ocho años, pero había cumplido mi palabra.

Encontré a *Sveta* el año pasado en una de nuestras redadas en las casas albanesas restantes de trata sexual después de convertirme en *Pakhan.* Tenía diecinueve años, la misma edad que tenía Polina cuando la conocí, y la habían traído con engaños desde Ucrania con la promesa de un buen trabajo en Estados Unidos. Las dos se unieron enseguida y *Sveta* pidió quedarse en mi casa como asistente de Polina.

—Dima*, ¿qué está pasando?* —preguntó Polina en ruso—. *¿Esta es tu esposa? ¿Por qué te casaste? ¿Estaba planeado? ¿Y por qué no podemos hablar con ella?*

—Qué buena pregunta, carajo —murmuró Maxim mientras rodeaba la enorme isla, corto una gran porción de *sharlotka* y le pego una mordida—. *¿*Sveta*, tú lo hiciste?* —Ella se sonrojó y le dio un leve asentimiento de cabeza—. *Perfección absoluta* —dijo guiñando un ojo.

—Espera, ¿eso es pastel? —preguntó Sienna, llevando su mano a la ligera curva de su vientre.

Maxim sonrió y respondió en inglés.

—Sí, carajo. Pastel de manzana. ¿Quieres un poco?

Rodeó rápidamente la isla.

—Sí, por favor. El bebé se está muriendo de hambre.

Polina se quedó boquiabierta y los ojos de *Sveta* se abrieron de par en par. Por suerte, Sienna estaba demasiado absorta con el pastel para notar que reaccionaban a palabras que se suponía que no entendían.

Me froté la cara con la mano.

—Si esto es un ejemplo de sus habilidades actorales, estamos jodidos.

—¿Dijo bebé? —soltó Polina, ignorándome por completo.

El cansancio me pesaba, pero no era solo la falta de sueño, era todo. Toda mi vida descontrolándose mientras intentaba recuperar el control.

Me preparé para lo peor.

—*Sienna es la hermana del* Don*. El niño es mío. Por favor, asegúrate de que tenga todo lo que necesita para un embarazo saludable*.

—*¿Cómo se supone que voy a hacer eso si no se me permite hablar con ella?* —Polina cruzó los brazos.

—*No hace falta que hables con ella. Cualquier cosa que necesites que ella sepa, díselo a Maxim y él se lo transmitirá.* —Dudé un momento antes de añadir—. *Es una invitada aquí, pero no se puede confiar en ella.* —Ignoré la mirada fulminante de Maxim—. *¿Estamos de acuerdo?*

Sveta asintió de inmediato, pero Polina vaciló. Habíamos pasado años como compañeros de apartamento y amigos, como iguales en el complejo. No importaba que ahora yo fuera *Pakhan*; no estaba acostumbrada a que yo le diera órdenes.

—*Espero que sepas lo que haces* —murmuró.

—*¿Puedo contar con tu compromiso?*

Frunció los labios pero alzó la barbilla en señal de aprobación.

—Sienna —llamé, cambiando al inglés—. Estas son Polina y Svetlana. Manejan la casa, incluyendo la cocina, la limpieza y el control del resto del personal. Les mostrarás el respeto que merecen.

Frunció el ceño.

—Por supuesto que sí. —Volteó hacia las mujeres—. Es un placer conocerlas.

No respondieron.

—No hablan inglés —informé. Podían estar tan disgustadas por eso como quisieran. La gente dejaba escapar muchas cosas cuando pensaba que quienes los rodeaban no podían entender lo que decían.

—Oh, lo siento. *Umm*, entonces supongo que debería decir *privet.* —Alcé una ceja. Su acento ruso era bueno. Sienna me miró —. Aprendí algunas palabras conviviendo con Sofiya y Clementine, pero supongo que necesito practicar si voy a vivir aquí.

—No hay razón para que hables con el personal —corté, con una irritación que no entendía que me arañaba por dentro—. Tengo

trabajo que hacer. *Sveta* te acompañará a tu habitación.

—Idealmente una con paredes —murmuró Sienna.

Maxim soltó una risa entre dientes, ganándose una mirada fulminante de mi parte.

Si me importara un poco hacerla sentir tranquila, este sería el momento en que diría algo alentador, como *siéntete como en tu casa*. Pero eso era justo lo contrario de lo que quería, así que no dije nada.

Sus labios se torcieron, pero antes de que pudiera decir algo más, me di media vuelta y me dirigí hacia la puerta.

—¿Voy contigo o me quedo a proteger a la prisionera? —preguntó Maxim, siguiéndome.

—No es una prisionera. Simplemente no tiene permiso para irse. Así que sí, vienes conmigo, joder.

Salí de la casa sin mirar atrás.

24

SIENNA

Mi habitación tenía paredes, pero apenas. Paneles de yeso cubrían los montantes, pero aún no se habían sellado. Un colchón sencillo de tamaño *Queen* estaba justo sobre el subsuelo de madera contrachapada.

Ayer estaba tan cansada que, después de que *Sveta* me trajera a mi habitación, me cambié y me puse la pijama que había metido en mi pequeña maleta, la que tiene una ilustración de Queenie persiguiendo un ovillo de lana, me comí dos pedazos más de pastel de manzana y me dormí. Pero a la luz de la mañana, estaba claro que esta habitación no iba a ser suficiente para mí. Al menos este desastre de casa me dio algo para ocupar mi tiempo. Me encantaba un proyecto.

La casa había estado vacía esta mañana. Como… Totalmente vacía. Cuando me vestí, bajé a la cocina y me preparé una taza de café y la última porción de pastel de manzana. Después de husmear por la planta baja y no encontrar nada interesante aparte de materiales de construcción, salí al patio trasero. Era un día precioso, soleado y sorprendentemente cálido para finales de octubre. Después de pasar toda mi vida en la ciudad, salir por la puerta a unos terrenos amplios era un poco desconcertante… y emocionante.

La mansión de Dimitri estaba pegada a un bosque, y yo me deslicé por los jardines hacia la línea de árboles. El césped se sentía elástico bajo mis pies, pero pronto pasó de la hierba a los caminos de tierra que serpenteaban entre el bosque. La constante actividad de la ciudad y el caos que conllevaba vivir en nuestro edificio de apartamentos aseguraban que nunca tuviera que estar sola con mis pensamientos en casa. Aquí no había ese alivio, especialmente sin mi medicina para el TDAH y una rígida dieta de cafeína.

Doce onzas de café.

Doce miserables onzas.

Según mi ginecóloga, ese era el límite seguro durante el embarazo. Cuando le pregunté en broma cuál era el límite de las bebidas energéticas, no se rio.

Público difícil.

¿Cómo funcionaba antes de medicarme? Resoplé. Oh sí, había pasado por la vida como un tornado caótico. Bueno, al menos ahora podía usar el embarazo como excusa para ser un desastre.

Pensé que esta mañana tendría noticias de Dimitri, una nota, un mensaje de texto o el propio hombre sentado en el comedor, pero mi nuevo esposo no estaba por ninguna parte. No es que me importara. Teníamos tiempo de sobra antes de que llegara el bebé para pensar en nuestro plan a futuro. Estaba bien. Tal vez podría aprovechar este tiempo para adoptar una actitud *zen*. Entrar a la maternidad como un ser iluminado. Suponía que eso significaba que tenía que dejar de quejarme por pequeños inconvenientes. *Hmm.* Podía ser que eso fuera un reto, pero haría mi mejor esfuerzo.

Cosas por las que definitivamente no montaría una rabieta:

1. Mi estado perpetuo de privación de cafeína.

2. Estar separada de mi equipo de *gaming* con solo una *laptop* para usar.

3. Mi extrema excitación que un vibrador no parecía poder satisfacer.

Bien, quizá ese último merecía una rabieta. En serio, ¿qué injusto era que supiera exactamente lo que Dimitri podía hacer con mi cuerpo y no lo hiciera porque me odiaba? De todas formas, no es que quisiera tener sexo con él otra vez, porque también lo odiaba.

«Mentirosa».

«Shhh, vagina. Cállate».

Seguro que había una habitación a medio terminar que podría reclamar como mi oficina. Sofiya estaba asegurando que todas mis cosas fueran empacadas y enviadas, ya que mis esfuerzos habían sido poco fructíferos. La parte de mí que aún se aferraba a la pequeña esperanza de poder volver a vivir en mi departamento algún día quería decirle que no empacara ni una sola cosa. Pero tenía que enfrentarme a la realidad. Dimitri no permitiría que su heredero viviera en *New York*, y yo no me separaría de mi hijo.

Respiré temblorosamente. *«Ya es suficiente autocompasión por hoy».*

Ir de compras me haría sentir mejor, especialmente si tenía acceso a la tarjeta de crédito de Dimitri. Pagar cosas con el dinero de otros siempre era más divertido.

Los pájaros cantaban en el dosel de arriba, y levanté la cara hacia el sol. Nunca había entendido el atractivo de observar aves, pero tal vez ahora que prácticamente vivía en la naturaleza, debería dedicarme a ello. Eso parecía un *hobby* de adultos, ¿no? Arrugué la nariz.

—¿Qué tal si simplemente te enseño a ser *hacker*?

Mi pequeña Manzana no respondió, pero mi mente imaginó a un niño pequeño regordete sentado en mi regazo, usando mis enormes auriculares rosas y golpeando el teclado. Mi corazón se hinchó y recuperé el impulso en mis pasos mientras me adentraba en el bosque.

Una luz moteada se deslizaba entre los árboles, bailando sobre mi piel mientras imaginaba que era un explorador trazando un nuevo rumbo por tierras desconocidas… aunque me quedé estrictamente en el camino para no perderme. El sonido del agua me arrastró más adentro del bosque hasta que me encontré junto a un pequeño arroyo.

Además de estar demasiado silencioso, era agradable aquí. La próxima vez, traería mis audífonos, una manta y alguna botana.

Mi estómago rugió.

Muchas botanas. Bebé Manzana las exigía.

Seguí la orilla del río hasta que mis párpados se me hicieron pesados de agotamiento. Me senté a la sombra de un árbol grande, apoyando la espalda contra el tronco con los brazos alrededor de mi pequeño bultito.

—No me arrepiento, ¿sabes? —El bosque pareció quedar en silencio ante mis suaves palabras, como si todos los árboles me escucharan—. De esas noches en París, quedar embarazada. Nunca quise a un mafioso, pero eso no significa que no te quiera a ti. Es muy importante para mí que lo sepas. —Cerré los ojos y apoyé mi cabeza contra el tronco del árbol—. Y prometo llevarte a observar aves si quieres. Siempre serás lo primero para mí, ¿de acuerdo?

Mis dedos frotaron mi pecho, como si pudiera masajear la opresión allí. Eso era todo lo que siempre había querido: ser la prioridad de alguien. No había tenido eso desde que me quitaron a *Mamma*, pero podía dárselo a mi bebé.

Un susurro de hojas y el chasquido de ramitas me hicieron sobresaltarme. Me froté los ojos, dándome cuenta de que me había quedado dormida. Me estiré con un quejido, mis músculos crujiendo mientras intentaba reunir fuerzas para levantarme, antes de quedarme paralizada.

Frente a mí, a pocos metros, había un lobo.

Como, UN LOBO DE VERDAD.

Unos ojos amarillos me miraban fijamente. Su pelaje era una mezcla de marrón claro y negro, con pelaje blanco en el pecho y la cara. Sus orejas puntiagudas se movieron hacia adelante.

Dio un paso hacia mí, sus enormes patas posándose silenciosamente en el suelo.

Mi corazón latía con fuerza y protegí mi vientre con las manos. *¿¿¿Qué hacía???*

—Hola —susurré—. Por favor, no me comas.

Su cola empezó a moverse. ¿Eso era una buena señal?

—¿Solo estás siendo amigable? Yo también tendría curiosidad si viera a alguien nuevo en mi bosque.

Solté un chillido cuando dio otro paso adelante. Mi cuerpo se tensó y luché contra el impulso de cerrar los ojos.

Y entonces…

El roce de una nariz fría contra mi mano, un quejido agudo, y de repente, tenía un lobo en mi regazo.

Mis manos fueron a la parte superior de su cabeza, listas para apartarlo, pero siguió empujando felizmente mi estómago. No pasó mucho tiempo antes de que mis dedos se enterraran en su espeso pelaje. El lobo se dio la vuelta, enseñándome su barriga. Porque sí, definitivamente era un niño. Le di un masaje tímido en el estómago. Dejó escapar lo que solo podía imaginar que era un gruñido de satisfacción, y yo me reí.

—Oh, tienes ganas de mimos.

Su cola se movía más y empujaba mi barriga.

—¿Sabes que tengo un bebé ahí dentro? ¿Por eso eres tan dulce? —*«O quizá solo me estás atrayendo con una falsa sensación de seguridad antes de comerme».*

Justo entonces, mi estómago rugió. Mi lobo se detuvo, mirando mi estómago con una expresión desconcertada. Le rasqué las orejas.

—Bebé Manzana está demandando comida, así que probablemente debería volver.

Gruñó mientras lo apartaba suavemente de mi regazo y me levantaba poco a poco. Di unos pasos tímidos hacia la casa y él se quedó donde estaba.

—Me encantó conocerte. Quizás nos volvamos a ver.

Al menos, eso esperaba. Estaría bien tener al menos a una persona, o mejor dicho, *lobo*, aquí a quien de verdad le cayera bien.

Le hice un pequeño gesto de despedida a mi nuevo amigo y me di la vuelta, sintiéndome como una princesa hada del bosque mientras seguía por el camino por donde había venido. Realmente vivíamos en la naturaleza. ¿Era normal que hubiera lobos salvajes en *Chicago*? Claramente necesitaba investigar eso.

Estaba pensando en lo que quería almorzar cuando una bocanada de aire en mi mano me hizo gritar. Salté en el aire, con la mano en el pecho mientras cruzaba la mirada con el lobo.

Me miró como diciendo: "¿Por qué gritas?"

—Madre mía, me asustaste. —Me dio un golpecito en la mano con la cabeza, y automáticamente le rasqué las orejas mientras mi ritmo cardíaco volvía a la normalidad—. Ojalá pudiera moverme tan

silenciosamente como tú. ¿Quieres caminar conmigo? Es muy caballeroso querer escoltarme a casa.

Tener compañía, alguien que realmente quisiera estar conmigo, calmaba mi soledad. *Wolfy* trotó delante de mí, moviendo la cola mientras revisaba todo, antes de volver a mirar cómo estaba. Mantuvo el ritmo constante, aprovechando cada oportunidad para darle un pequeño empujón a mi estómago hasta que llegamos al final del camino.

Cuando la casa apareció a la vista, reduje el paso. Una revelación enfermiza me sacudió. No los había visto, pero sabía que había guardias patrullando los alrededores de la casa. ¿Y si alguien veía a *Wolfy* y le disparaba?

—Tienes que volver a casa ahora. No quiero que te lastimen —hablé con firmeza y extendí ambas manos—. No avances más.

Wolfy se sentó, con la lengua de fuera, y yo retrocedí lentamente. Se quedó quieto. Solté un suspiro de alivio y me giré hacia la casa, zigzagueando entre los jardines hasta que apareció el patio trasero.

Un sonido bajo de jadeo me hizo quedarme paralizada. Miré hacia abajo.

Wolfy estaba a mi lado.

Otra vez.

—Bueno, adiós a ese plan.

La puerta trasera se abrió de golpe y Dimitri se acercó a mí con paso firme.

—*Ay*, mierda. Quédate detrás de mí. —Me puse delante del lobo, poniendo mi cuerpo entre él y mi esposo furioso.

25

DIMITRI

Me había despertado temprano esta mañana tras una noche de sueño inquieto.

Después de pasar cinco minutos paseando frente a la puerta del dormitorio de Sienna, intentando decidir si debía tocar, salí de casa enfadado para inspeccionar la seguridad de uno de mis almacenes. Una vez que empezáramos a recibir envíos por *Boston* y *New York*, necesitaríamos un almacén de distribución más grande. Ya estaba de vuelta en casa y no podía posponer esta conversación, pero Sienna no estaba por ningún lado. Los guardias dijeron que se había dirigido al bosque hacía una hora.

El puto *bosque*.

Sola.

La mandíbula magullada de Leonid debería recordarle que no debía dejar que mi esposa se fuera sin protección.

Salí furioso por la puerta trasera, decidido a encontrar a mi esposa, solo para toparme con ella caminando hacia mí por el camino del jardín. La tensión en mi pecho no se alivió, porque a su lado estaba mi maldito lobo.

Se me erizó el cabello en la nuca y apreté la mandíbula al acercarme, reprimiendo las ganas de gritar. No podía arriesgarme a

asustar a Vovk, que estaba *dándole empujoncitos en el estómago con la nariz*. El pánico me atravesó, agudo y desconocido.

—*Vovk, pridi* —dije con firmeza pero con calma.

Vovk giró la cabeza perezosamente para mirarme. Aguardé, esperando que trotara a mi lado, pero se quedó donde estaba, instando a Sienna a seguir acariciándole las orejas.

—Espera, ¿ustedes dos se conocen? —preguntó.

Me dolía la mandíbula.

—Sí —respondí entre dientes—. *Vovk, pridi*.

—*Ooohh.* Bueno, esto es vergonzoso. Cuando lo vi en el bosque, pensé que era un lobo, pero tiene mucho más sentido que sea tu perro. ¿Ese es su nombre? ¿Vovk?

Mi mandíbula se apretó tanto que tendría suerte si me quedara algún molar después de esta interacción.

—Sí. Significa *lobo* en ucraniano, porque eso es lo que es. Es peligroso.

Los dedos de Sienna se congelaron, suspendidos sobre la oreja de Vovk. Él dejó escapar otro pequeño gruñido y le dio un golpecito con la cabeza en su vientre.

Mi mano se movió hacia la pistola que llevaba en la funda a mi lado, mi corazón latiendo con fuerza.

Entonces ella se rio.

—Hoy necesitas toda la atención, ¿verdad? Lo entiendo. —Redobló sus esfuerzos, rascándole las orejas. Él movió la cola. *Movió la maldita cola*. Lo había rescatado, lo había devuelto del borde de la muerte, lo había mantenido conmigo todos estos años y *nunca* había visto que moviera su cola.

—¿Pero en realidad es un lobo? Es increíble. —Sienna echó la cabeza hacia atrás, sus profundos ojos marrones mirándome.

Gruñí.

—Se suponía que iba a ser usado en un programa de cría de perros lobo, pero resultó herido de cachorro y lo abandonaron.

—¿Lo rescataste?

Miré la lengua colgante de Vovk mientras se pavoneaba bajo las caricias de Sienna.

—Pensé que podría serme útil.

Frunció los labios como si supiera que todo lo que decía eran puras mentiras.

—Bueno, estoy segura de que lo ha sido. ¿Dónde duerme?

—Vive afuera. No le gustan las personas.

Vovk eligió ese momento para lamer la mano de Sienna. ¿Pero qué *demonios*?

—Tenemos que hablar. —Hice un gesto con la cabeza hacia la casa.

La sonrisa desapareció de sus labios y me dio un pequeño asentimiento.

Me di la vuelta y volví a entrar con paso firme. Esta casa ya parecía asfixiante, pero en este instante se sentía aún más claustrofóbica, y todo era por *su* culpa. Llevaba menos de veinticuatro horas aquí y había señales de ella por toda la casa. Una taza de café abandonada sobre la mesa del comedor. Un solo calcetín en medio del pasillo. El aroma de su champú de vainilla flotaba en el aire. Era demasiado.

Sienna me siguió adentro, con Vovk a cuestas.

Solté una maldición.

—No. Vive afuera. Es un animal salvaje con un comportamiento impredecible.

Ella no ganaría esta vez. Vovk había pasado los últimos tres años en el complejo ruso conmigo, pero nunca había mostrado el menor interés en entrar. Deambulaba por los terrenos helados cubiertos de escarcha, regresando cada tantos días. Había pensado en dejarlo allí, pero no sabía qué podrían hacerle en el complejo sin que yo estuviera allí, así que me lo traje conmigo a *Chicago*. Estaba demasiado acostumbrado a la gente y a la comida suplementaria que le daba, para vivir en la naturaleza, pero este comportamiento era totalmente inesperado. Se comportaba como una mascota doméstica.

Abrí la puerta del patio y le ordené a Vovk que se fuera. Me miró con sus ojos amarillos y ladeó la cabeza como si nunca hubiera escuchado ruso.

—Los lobos no son buenos compañeros ni perros guardianes —continué—. Son nerviosos y solo se preocupan por sí mismos. —No

es que tuviera que *justificarme* en mi propia casa.

—No necesito que me protejas —dijo Sienna, con fuego brillando en sus ojos con la expresión imperiosa de quien ha crecido consiguiendo todo lo que deseaba. Contuve un gruñido. Mila solía tener la misma expresión últimamente—. Si no quieres que esté en la casa, tendrás que hacer que se vaya.

Tomé una larga bocanada de aire. Cuanto más tiempo permanecía en su presencia, más erosionaba mi control esta diminuta mujer frente a mí. Chasqueé los dedos a Vovk, que resopló antes de salir despacio, *muy despacio*. Cerré la puerta detrás de él y me giré hacia mi esposa, con los brazos cruzados al igual que ella.

—Necesito asegurarme de que entiendes las reglas aquí. Se monitorearán todos tus movimientos, incluyendo el uso de dispositivos electrónicos. Si haces algo que ponga en peligro mis operaciones, lo que incluye comunicar cualquier información de la *Bratva* a tu hermano, te arrepentirás.

—Dios, qué paranoico eres —refunfuñó, con la barbilla en alto—. ¿Qué operaciones pondría en peligro?

La rabia estalló en mí, ardiente y consumidora. Cerré la distancia entre nosotros.

—Lo que tú llamas paranoia, yo lo llamo supervivencia. No todos hemos tenido vidas mimadas y protegidas. Puede que estés acostumbrada a conseguir lo que quieras, pero en esta casa, mando yo. Y si haces algo que me lastime a mí, a mi personal, a mi familia o a las operaciones de la *Bratva*, no importará que estés esperando a mi hijo, carajo. ¿He sido claro?

Tragó saliva con dificultad, con sus ojos abiertos de par en par con un destello de miedo. Pero entonces su labio se torció con asco y me empujó el pecho.

—Puede que estés acostumbrado a darles órdenes a todos, pero no estoy en esta casa como tu prisionera o esclava. Soy tu esposa, lo que me convierte en reina, y seré tratada como corresponde.

Algo en la firmeza de su mandíbula y su tono altivo hizo que el *deseo* ardiera por todo mi cuerpo. Apreté mis puños para evitar doblarla sobre la encimera de la cocina y follarla hasta que gritara de

placer. Aunque quizás eso la haría más dócil. Se había vuelto más suave y dulce en París después de cada vez que follábamos.

—En la *Bratva*, la lealtad se gana.

Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

—Entonces será mejor que te la ganes.

La maldita mocosa. Gruñí mientras daba un paso adelante. Mi mano fue a su mandíbula, sujetándola con fuerza.

—Esto no es un juego.

No apartó su mirada mientras deslizaba sus dedos por mi antebrazo, su toque enviando chispas eléctricas por cada una de mis extremidades. Cuando llegó a mi mano, levantó mi pulgar de su mejilla y lo metió en su boca, chupando con fuerza.

Mi polla se tensaba contra mi pantalón y mi mente se nublaba de excitación. Enredé mis dedos en su cabello y presioné mi pulgar más profundamente en su boca caliente.

—¿Me has echado de menos, *Malyshka*? ¿Te has quedado en la cama por la noche, empapada y necesitada de mis caricias?

El mismo calor que sentí se reflejaba en su rostro. Ella chupó más fuerte.

Un sonido en la puerta principal me devolvió a la realidad. Aparté mis manos de ella y di un paso atrás, respirando con dificultad.

—Recuerda lo que te dije. No doy segundas oportunidades.

26

SIENNA

Sonreí mientras un Dimitri muy alterado huía de la cocina. Eso fue divertido.

Sienna: 1

Dimitri: 0

Un golpe en las puertas francesas llamó mi atención y vi la cara de Vovk pegada al cristal. Solté una risita antes de salir de nuevo y sentarme en el patio.

No era tan estúpida como para no entender que había riesgo con los animales salvajes, pero parecía que Vovk había estado con Dimitri desde que nació, y su comportamiento no había sido ni remotamente agresivo.

Vovk se tumbó a mi lado con la cabeza en mi regazo. Mis dedos le acariciaban las orejas, disfrutando de la sensación de su pelaje esponjoso.

—No te pongas demasiado cómodo. Tengo que pensar qué comeré pronto.

Me molestó que Dimitri llamara mi forma de vivir como protegida y mimada cuando no sabía nada de mí ni de lo que había pasado, pero había algo de verdad en ello. No estaba acostumbrada a ocuparme de las cosas diarias, como alimentarme sola. Mi cocina siempre estaba llena de comidas de Gianna, y cuando Sofiya y

Julieta se convirtieron en mis vecinas, se aseguraron de que comiera en un horario razonable. Me resultaba demasiado fácil dejarme arrastrar por el trabajo, las horas pasaban volando sin que me diera cuenta. Bebé Manzana me recordaba bien que comiera regularmente, pero aun así me resultaba más difícil de lo que debería.

Me pasé la mano por la cara. Debería aprovechar este tiempo para practicar todo el *proceso de construir una rutina*. Los bebés necesitaban rutinas.

Saqué el teléfono y abrí el *chat* grupal Chicas Mafiosas, necesitando una distracción antes de ponerme muy nerviosa por el futuro.

SIENNA

¿Dónde pides los suéteres de Noodle?

SOFIYA

… ¿Por qué?

¿Dimi tiene un perro?

Sofiya envió un enlace y me encontré en la *web* de *The City Dog Boutique*, aparentemente la mejor de *Manhattan* en ropa de perro de alta costura.

Era exagerado.

Y asombroso.

Le mostré el teléfono a Vovk.

—Tenemos que encontrar una cinta métrica para conseguir la talla correcta, pero ¿qué opinas de esto?

Inspeccionó la chaqueta roja para lluvia en la pantalla.

—También hay una azul. —Se animó cuando pasé a la siguiente pantalla, mostrando una chaqueta azul con pequeñas nubes y arcoíris—. *Aww*, qué buen chico. Azul será.

Había tres artículos en mi carrito antes de darme cuenta de que mis mensajes sin leer se acumulaban.

MILA

Umm, no puedes estar hablando de conseguir ropa para el lobo literalmente???

SOFIYA

¿Qué?

JULIETA

Sienna, ¿te hiciste amiga de un lobo?

MILA

El “perro” de Dimi, Vovk, es literalmente un LOBO que rescató en Ucrania

Me tomé una *selfie* de Vovk y de mí.

SIENNA

¿No es lindo? Es un gran fan de Bebé Manzana.

Volví a la *web* y rápidamente me distraje de nuevo con todas las opciones de conjuntos. Definitivamente necesitaba algunos suéteres para el invierno. Pronto haría frío.

—Oh, no. Se me olvidó pedirle a Dimitri su tarjeta de crédito. —Aparté suavemente la cabeza de Vovk de mi regazo. Me lanzó una mirada enfadada—. No me juzgues. Tiene que aprender que no consigue una esposa y un heredero gratis.

No me importaba cuánto dinero tuviera a mi disposición. Era cuestión de principios.

En cuanto abrí la puerta del patio, Vovk se deslizó a mi lado hacia la cocina. Me reí, viendo cómo su nariz se movía mientras olfateaba el suelo. *Vive afuera,* cómo no.

Mi teléfono vibró de nuevo en mi mano, un zumbido tras otro. Me estremecí al ver el nombre de Leona.

LEONA

¡ZORRA! ¿TE CASASTE CON DIMITRI IVANOV? Y TUVE QUE ENTERARME POR RONAN?????

¿CÓMO PUDISTE HACERME ESTO?

SABES CUÁNTO ODIO CUANDO ÉL SABE COSAS ANTES QUE YO

Una risa ahogada escapó de mi garganta mientras cerraba la puerta detrás de mí, pero antes de que pudiera responderle, alguien soltó un grito. Corrí hacia la cocina y encontré a Vovk a unos metros de Svetlana, que había saltado sobre la encimera, y a Polina, que estaba en la esquina junto a la mesa, con el cuerpo tenso y los ojos apretados.

—Vovk, ven aquí —llamé. No estaba segura de si me haría caso, pero para mi alivio, su cola se movía mientras trotaba hacia mí—. Buen chico. Sé que solo estabas saludando, pero te ves grande y aterrador, así que tienes que ser muy delicado.

Polina y Svetlana me miraban, con la boca abierta.

—Lo siento. No sabía que estaban aquí. Conocí a Vovk en el bosque y hoy decidió quedarse a mi lado. Yyyyy no entienden nada de lo que digo. Bien, probemos esto.

Abrí una aplicación de traducción en mi teléfono y la configuré para inglés a ruso.

—Siento que Vovk las haya asustado, pero es bueno. —Subí el volumen al máximo para que pudieran oír la voz robótica que escupía la traducción.

Svetlana asintió y bajó lentamente del mostrador. Parecía tan joven con su cabello castaño claro trenzado en dos y un toque de pecas en las mejillas y la nariz. Ella y Polina iban vestidas con ropa negra sencilla. Polina parecía más cercana a mi edad. Su cabello liso y oscuro enmarcaba unos llamativos ojos azules. Se me encogió el corazón. Si pudiera aprender ruso, quizá podría hacerme su amiga.

—Lo siento otra vez. Nos iremos. —La traducción sonó y Polina negó con la cabeza, el ceño fruncido por la frustración. Señaló mi teléfono y cerré la distancia entre nosotras, contenta de ver que Vovk seguía en su sitio, y se lo extendí. Sonrió y lo tomó, diciendo algo en la aplicación. Sonreí al reconocer la palabra para *comer*.

—Te prepararemos la comida. —Leyó la voz robótica en inglés.

—*Spasibo* —dije. «Gracias».

Polina dijo algo más y esperé a que la aplicación lo tradujera.

—Hice una cita para el bebé. Es un buen médico.

Mi sonrisa se volvió un poco forzada, pero repetí las gracias. Agradecí su ayuda, pero eso no hizo nada más fácil. Mi futuro aquí sería solitario y abrumador. No quería pensar en ir sola a las ecografías… ni en dar a luz sola. Carraspeé y aparté la mirada.

«Deja de ser débil. No eres impotente».

Ya pensaría en algo. Dimitri no era Dios, por mucho que quisiera serlo.

Un empujón en la parte trasera de mi muslo hizo que bajara mi atención. Sonreí a Vovk. ¿Sabía que estaba ansiosa? ¿O también buscaba comida?

Me subí a un banco de la encimera y observé a las mujeres preparar la comida. ¿Siempre me sentiría como una extraña en esta casa?

—Mmm, ¿huelo *pelmeni*? —La voz retumbante de Maxim lo precedió. Entró en la cocina con un hombre al que aún no conocía siguiéndolo de cerca.

—Buenas tardes, damas. Sienna, creo que no has conocido a…

Un gruñido bajo a mis pies hizo que ambos hombres se quedaran paralizados.

—Vovk —regañé—. Nada de gruñidos.

Maxim dio un paso adelante, pero el gruñido de Vovk se intensificó.

—¿Qué hace aquí adentro? Odia a los hombres.

No pude evitar esbozar una enorme sonrisa.

—Entonces tiene buen ojo para las personas.

Maxim puso los ojos en blanco.

—Si me muerde, yo le devolveré la mordida.

Svetlana dijo algo en ruso que hizo que las mejillas de Maxim se sonrojaran. Miré entre ellos, deseando desesperadamente saber lo que había dicho. Descargaría un programa para aprender idiomas en cuanto terminara la comida. Odiaba quedarme sin saber el chisme.

El hombre que había entrado detrás de Maxim era alto y delgado, con mejillas angulosas y cabello castaño oscuro lo suficientemente largo como para que los rizos le enmarcaran las sienes.

—Este es Aleksei Sokolov, nuestro genio informático *hacker* —avisó Maxim.

Así que este era el *hacker* de Dimitri. Su nombre no me sonaba, pero si estaba en el Foro, usaría un nombre en clave. La parte traviesa y entrometida de mí, que había estado algo inactiva mientras crecía mi pequeña Manzana, se animó. La parte competitiva de mí quería saber si era bueno.

Me saludó con la mano desde el otro lado de la cocina, ya que Vovk aparentemente no estaba de humor para dejarlo acercarse a mí. Rocé mis pies con calcetines contra su pelaje. Ridículo y sobreprotector *Wolfy*, y lo amaba por ello.

—Encantada de conocerte —dije.

—Encantado de conocerte. Y, por favor, llámame *Lyosha*.

—Ah, claro. —Ahora recordé que Sofiya había mencionado que en el ruso y el ucraniano usaban todo tipo de apodos, especialmente en situaciones más amistosas o informales—. Ojalá mi nombre tuviera una versión tan adorable como esa.

Aleksei se apoyó en la encimera.

—*Hmm*. ¿Quizá algo como *Sienochka*?

El apodo me sonaba torpe, pero me gustó.

—Incluso Vovk tiene un apodo —continuó—. *Vovchyk* es el diminutivo ucraniano. Hay cuentos infantiles sobre *Vovchyk Bratyk,* o Hermano Lobito. No es que crea que Dimitri se inspirara en eso.

—Estoy bastante seguro de que piensa que la vida sería más fácil si todos fueran nombrados por lo que son —agregó Maxim con sequedad—. Ten cuidado o tu bebé acabará con el nombre de Bebé.

Sonreí.

—Buena idea que yo escoja el nombre, entonces. ¿Todos en la casa hablan ucraniano?

Sofiya había crecido hablando ucraniano con su madre y su abuela, por eso también le había estado enseñando a Clementine. La idea de intentar dominar dos nuevos idiomas solo para comunicarme con el resto del personal y los guardias de la casa parecía desesperanzadora.

Maxim negó con la cabeza.

—*Nah*. *Sveta* es de Ucrania, así que obviamente ella sí, y Dimitri también. Pero como todos hablamos ruso, ese es el idioma principal que usamos en la casa.

Phew. Bien. Podría manejar eso.

—¿Cómo te estás adaptando? —preguntó *Lyosha*.

Señalé la zona de obra en construcción de un pasillo a mi derecha.

—Me encanta el diseño rústico y desnudo que tienen.

Los labios de Maxim se curvaron en una sonrisa burlona.

—Increíblemente, está mejor que antes.

—¿Todos viven aquí? ¿O en la propiedad? —pregunté.

Robó un *dumpling* ruso, esquivando un manotazo de Polina en su mano, y se lo metió en la boca.

—Si rodeas el jardín, hay una casa más pequeña para los guardias. Polina, *Sveta* y algunos de los otros empleados viven en este lado de la residencia. —Señaló hacia un tramo de escaleras que debía llevar al lado opuesto del lugar desde mi habitación. Me costaba asimilar lo enorme que era esta casa.

—Oh, quería preguntar, ¿Dimitri tiene una tarjeta de crédito para que la use? Tengo cosas que comprar hasta que lleguen el resto de mis pertenencias. —Arrugué la nariz—. Y tuve esta loca idea de que deberíamos poner unos muebles en la sala. Es lo que está de moda en estos días.

Maxim se rio y sacó la cartera.

—En realidad, sí. Aleksei pidió una tarjeta de crédito para ti. —Me entregó una tarjeta de crédito negra y dorada que decía SIENNA IVANOVA. No me había dado cuenta hasta ese momento de que Sofiya y yo básicamente habíamos intercambiado apellidos.

—¿Hay algún límite de gasto que deba saber? —pregunté con ligereza.

—Tendrás que preguntarle al jefe sobre eso.

No, gracias. Si a Dimitri le molestaba cuánto gastaba, podía decírmelo él mismo.

Volví a abrir la *boutique* de perros e hice un pedido con mi nueva tarjeta.

Las mujeres colocaron una bandeja grande con lo que parecían *dumplings* en el centro de la isla de la cocina, junto con tazones para sopa y una ensalada. La comida estaba buena, caliente y reconfortante, y disfruté escuchándolas charlar con Maxim y *Lyosha*. No estaba segura de cómo sería la energía en la casa de Dimitri, ya que él era tan intenso… Bueno, mejor dicho: la descripción correcta era *imbécil*. Pero su personal y guardias parecían felices y relajados.

Cuando terminamos de comer, todos se dispersaron para volver al trabajo. Me quedé sola en la cocina, acariciando a Vovk e intentando averiguar qué debía hacer con mi tiempo.

Mi primer trimestre me había dejado tan cansada que no había aceptado ningún trabajo de hackeo. Aunque mi energía estaba regresando, dudaba en volver a los foros del mercado negro. Lo que hacía no era peligroso… siempre y cuando no me atraparan. Estar embarazada de la pequeña Manzana me hizo mucho más consciente de los riesgos que antes. Aunque, claro, si no encontraba un proyecto en el cual obsesionarme pronto, perdería la cabeza. Quizá mis personajes de *CozyScape* necesitaban tener franquicias de su heladería.

Salté de mi asiento y deambulé por la casa, mi nuevo amigo lobo siguiéndome como una sombra, hasta que me encontré en el umbral de una habitación que me dejó sin aliento. No era especialmente grande, del tamaño de un dormitorio normal, pero el techo era abovedado y toda la pared trasera estaba hecha de ventanas.

Entré y mi sensación de claustrofobia se disipó. Este lado de la casa tenía paredes y suelos terminados, pero no mucho más. Nada que indicara para qué se suponía que servía esta habitación.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Qué opinas, *Vovchyk*? ¿Debería convertir esto en mi oficina?

Trotó hacia las ventanas y miró afuera, con la nariz torciéndose como si intentara oler el aire otoñal. Grandes árboles bordeaban el jardín, sus hojas restantes eran una variedad de naranja oscuro, rojo y marrón. Pronto, toda la vista quedaría cubierta por una manta de nieve. Para cuando mi bebé llegara, sería una explosión de verde primaveral.

Por primera vez desde que todo se sumió en el caos, tuve una visión de mi futuro, uno en el que mi bebé y yo jugábamos sobre una alfombra acolchonada que cubría el suelo de madera, con la luz del sol entrando por las ventanas. Me aferré a la imagen, dejando que creara una tierna esperanza en mi interior. No podía controlar el futuro, pero podía conseguir el mobiliario perfecto para este espacio, así que eso es lo que haría.

27

DIMITRI

—*Segodnya solnechno.* —«Hoy está soleado».

—*Me nravitsya kogda svetit sonce* —«Me gusta cuando está soleado».

La voz de Sienna resonaba por la casa mientras practicaba ruso, dejando un tornado a su paso. Una vez que estaba en su habitación por la noche, yo recorría la casa e inspeccionaba las cosas que había tirado por ahí. Hasta el momento, había recogido cajas de cartón vacías, unos audífonos, Post-its color neón, un suéter y tres pares de calcetines.

El caos la seguía. Junto con ese puto lobo. Vovk nunca había mostrado ni un ápice de afecto hacia nadie, sin embargo, en este instante estaba sentado en el jardín con una chaqueta impermeable azul y rosa mientras Sienna le hacía cariñitos y le sacaba fotos.

—*Zavtra budet dozhd*. —«Mañana lloverá».

Volví a caer en la silla de cuero negro de mi oficina en *downtown*, con la mandíbula apretada mientras la observaba a través de las cámaras de seguridad. Hoy se cumplía una semana desde que nos casamos, y desde entonces había pasado menos de treinta minutos acumulados con mi esposa. Salía temprano de casa y volvía tarde, salvo las noches que me quedé en *downtown*.

Separarme físicamente de ella era fácil, pero el control que tenía sobre mi mente solo creció hasta que consumió todos mis pensamientos mientras estaba despierto.

Lo odiaba con todas mis fuerzas.

Ahora cuando estaba en reuniones de trabajo, me preguntaba qué estaría haciendo. Cuando estaba solo en mi apartamento, ella era a quien veía a través de las cámaras de mi computadora. El personal y los guardias sabían que debían mantenerse alejados de ella, pero solo había pasado una semana y hasta ellos estaban cediendo. *Sveta* y Polina quedaron especialmente encantadas por la determinación de Sienna de comunicarse con ellas en ruso.

La puerta de mi oficina se abrió y Maxim entró. Se dejó caer en el asiento frente a mí, con la mandíbula apretada y los hombros tensos.

Alcé una ceja.

—Si tienes algo que decir, escúpelo.

Cruzó los brazos.

—No lo entiendo. No podías dejar de pensar en la chica de París. Ahora está a unos metros, pidiendo alfombras para tu casa, y tú la evitas.

—Porque no es la chica de París. Me mintió.

—¿Y fuiste honesto con ella, *Declan*?

Lo ignoré, mis ojos volviendo al monitor. Al parecer, la sesión de fotos del lobo había terminado porque Sienna estaba agarrando una galleta con chispas de chocolate de la cocina. Ayer, Sienna estuvo horas en una videollamada con Sofiya mientras mi hermana le daba clases de ruso y le enseñaba a hacer galletas con chispas de chocolate. En algún momento, Sienna había perdido una barra de mantequilla completa. Cuando no la encontró, se encogió de hombros y agarró una nueva de la nevera. Yo moví la barra perdida de su inexplicable lugar en el alféizar de la ventana de vuelta a donde pertenecía cuando volví tarde a casa esa noche.

Ahora caminaba de vuelta al cuarto de sol, que había reclamado como suyo. La primera vez que la vi allí dentro a través de las cámaras, me invadió una furia y casi me subo al coche para decirle que saliera de allí de una puta vez. Lo único que me detuvo fue

darme cuenta de que decírselo revelaría una de mis pocas debilidades.

En los días siguientes, mi enfado se había desvanecido. Ahora, esperaba cada día para ver qué añadía a la habitación.

Aparté la vista de la pantalla.

—¿Lo conseguiste?

Maxim suspiró y sacó dos pequeñas cajas de su bolsillo antes de entregármelas. Abrí una para revisar el anillo que había adentro. Había elegido el diamante de mi colección, un poco más de cuatro quilates, con color y claridad perfectos, y nuestro joyero lo había puesto en un engaste de oro rodeado de diamantes más pequeños y había creado una argolla de oro a juego.

La segunda caja contenía mi anillo. Una banda de titanio negro con una línea de oro atravesándola.

Guardé ambas cajas en el bolsillo de mi chaqueta.

—Asegúrate de que no mueva nada pesado. —Dos días atrás, llegué a casa y la encontré arrastrando una alfombra enorme por el vestíbulo. Después de moverla a la sala, le dije que no lo volviera a hacer, pero Sienna tenía la costumbre de hacer lo que quería.

—Oh, ¿entonces ahora podemos interactuar con ella? —preguntó Maxim.

Cuando me convertí en *Pakhan,* le dije a Maxim que no necesitaba que mi segundo al mando fuera un hombre que dijera sí a todo. Necesitaba que dijera lo que pensaba y no tuviera miedo de desafiarme. Sin eso, no era mejor que el liderazgo corrupto que habíamos depuesto.

Ahora me arrepentía de esa decisión.

—Nada de inglés, y recuérdales a los hombres que no se queden cerca, carajo.

Nadie podía quedarse mucho tiempo en su órbita y resistir sus encantos.

Más tarde ese día, mientras Sienna cenaba, me escabullí dentro de su dormitorio. No tenía cámaras instaladas en esa habitación, así que era la primera vez que la veía desde que ella se mudó.

Olía a ella. Como vainilla con un toque dulce y floral. También era un puto desastre. Montones de ropa y cajas cubrían las paredes…

Las paredes que aún no estaban terminadas. Sentimientos desconocidos de culpa se me clavaron en el pecho. Había puesto a la madre de mi hijo en un dormitorio sin terminar con piso de triplay.

Le envié un mensaje a Polina para que se coordinara con el contratista y arreglara esto.

Mi mano recorrió las sábanas y mantas enredadas de la cama destendida. Esas noches en París fueron las primeras en las que compartí la cama con alguien.

Saqué la caja del anillo de mi bolsillo y la dejé encima de su almohada.

28

SIENNA

Caminé sigilosamente por el pasillo, el insomnio me pesaba. Estaba acostumbrada a tomar gomitas de marihuana para dormir, pero el pequeño *Éclair* lo hacía imposible, así que me quedé atrapada vagando por los pasillos como un fantasma. ¿No era esa la trama de *Jane Eyre*? ¿Una esposa fantasmal atrapada en el ático, atormentando a un hombre taciturno llamado Heathcliff o algo así? Tendría que preguntarle a Julieta.

Me sentía como un fantasma en esta casa: triste, sola y fácilmente olvidada. Estaba demasiado silencioso, joder. Estaba acostumbrada a vivir en un edificio de apartamentos que siempre era un bullicio de actividad, desde Clementine riendo mientras gateaba por el pasillo, Queenie gobernando a Noodle con su cetro de hierro, y pisos enteros dedicados a instalaciones de entrenamiento y campos de tiro que siempre estaban llenos de soldados de la Mafia a los que podía molestar.

Hmm. Quizá por eso me sentía tan perdida estos días. Estaba pasando por una abstinencia de bromas. A lo largo de los años, había desarrollado estrategias precisas para provocar a los mafiosos gruñones. Quizá era hora de poner a prueba mis habilidades con mi esposo.

Esposo.

Esposo-esposo-esposo.

Por más que lo dijera, no podía entenderlo. Especialmente porque nunca lo veía. El diamante en mi dedo captó la luz, y apreté la mano en un puño. El anillo era perfecto. De alguna manera, era exactamente lo que yo habría elegido para mí, y eso me irritaba muchísimo. Dejar la caja del anillo sobre mi almohada fue la definición de un movimiento indiferente y de poco esfuerzo. Debería odiar el anillo tanto como odiaba al hombre que me lo dio, pero ese diamante absurdamente perfecto hacía que mi corazón latiera cada vez que lo veía.

Vaya imbécil.

Tal vez yo misma debería leer *Jane Eyre*. Algo para ocupar mi tiempo. Resoplé, el suave sonido rompiendo el pesado silencio de la casa. Había sobrevivido a la escuela, mucho más interesada en hacer amigos que en prestar atención a las clases. Los comentarios sarcásticos de los profesores de mi pequeño colegio privado habían minado aún más cualquier deseo que tuviera de esforzarme, así que al final dejé de intentarlo. Había escondido la mayoría de mis boletas de calificaciones a Matteo. En las raras ocasiones en que encontraba una, suspiraba profundamente y me decía que era demasiado lista para estar a punto de reprobar.

Cuando finalmente me diagnosticaron TDAH casi terminando la preparatoria, todas las piezas del rompecabezas encajaron. No era floja ni estúpida ni ninguna de las millones de cosas horribles que había creído sobre mí misma. Me dolió saber lo mucho más fácil que podría haber sido la escuela si hubiera tenido el apoyo adecuado, pero al menos conseguí los arreglos a tiempo para la universidad. No había planeado ir, pero Leona me había reclamado hasta que cedí. *¿Qué, vas a ser la esposa de un mafioso que se queda en casa? Vive un poco, Sienna.*

Nos matriculamos en NYU y fue la primera vez que probé la libertad. De repente, tenía una *vida*, lugares a los que ir, gente con la que hablar y un carrito de comida estilo halal donde me convertí en cliente regular. Esos fueron los años antes de que los albaneses causaran estragos en la ciudad y amenazaran mi vida. Las cosas estaban más tranquilas que desde que mi *papà* fue *Don*. Mis

guardaespaldas seguían allí, pero me seguían manteniendo su distancia.

NYU también fue la primera vez que experimenté ser buena en algo. La programación, y más tarde el hackeo, me resultó fácil y finalmente empecé a creer las palabras de mi hermano de que no era estúpida.

Las dos últimas semanas desde que me casé con Dimitri, me había enfocado en aprender ruso y en hacer renovaciones en casa. La contratista principal, que, para mi gran sorpresa, era una *mujer*, había venido la semana pasada para hablar sobre los próximos pasos del enorme proyecto. Los hombres de Dimitri habían sacado todas mis cosas de mi habitación mientras el equipo de construcción instalaba los pisos y, a petición mía, un papel tapiz oscuro con estampados florales.

Quizás debería aceptar otro trabajo de hackeo. Podría elegir uno que fuera especialmente de bajo riesgo. Quizás incluso aceptaría algo de trabajo *pro bono* para ocupar mi tiempo. Me gustaba pensar en mí misma como una *hacker* con ética… no es que siguiera los principios que había aprendido en mis clases. Tenía mi propio código ético. Nunca lo había escrito, pero quizá debería… Podría hacer que quedara bonito y oficial y enmarcarlo junto a mi computadora.

Sí, me gustaba esa idea. Solo necesitaba papel. Papel *elegante*. Y una de esas plumas fuentes que se ven geniales. O un pincel de caligrafía. Me di media vuelta y me dirigí por el pasillo hacia la oficina de Dimitri. No esperaba que tuviera material para manualidades, pero al menos podría robar papel y bolígrafos para empezar. ¿Cuál debería ser mi código ético? Hmmm…

Regla 1: Los hombres son lo peor. Complícales la vida.
Regla 2: Róbale a los ricos porque es divertido.
Regla 3: …

Tal vez debería escribir las reglas con bolígrafos de gel. Espera, quizá tenga algunos en mi maleta o en el bolso.

¿Tenía bolígrafos de gel?

Me di la vuelta de nuevo, volviendo a mi habitación e intentando visualizar la ubicación de los bolígrafos de gel que quizás existían o no.

Lo que realmente necesitaba era cartulina para escribir. El papel normal para imprimir no serviría para un documento oficial como este.

Regla 3: Utiliza siempre el papel de grosor adecuado para que coincida con tu herramienta de escritura.

Un grito fuerte rompió el silencio y salté en el aire con un chillido agudo. Apoyé la espalda contra la pared y me rodeé la cintura con los brazos. Por supuesto, esta fue la única noche que Vovk se quedó afuera. Polina me había contado a través de la aplicación de traducción que pasaba algunos días cazando para complementar la carne que le daban.

Mi corazón latía con fuerza y trabajé por calmar mi respiración.

—¿Estás bien, pequeño *Éclair*? —murmuré—. Tú también lo escuchaste, ¿verdad? Quizá no soy la única fantasma en esta casa.

Silencio otra vez.

Y entonces…

Un grito, aún más fuerte esta vez, que venía del fondo del pasillo.

Salí disparada hacia allá porque… bueno, claramente no tenía instintos de autopreservación, pero también porque parecía que estaban atacando a Dimitri y sería muy inconveniente que muriera antes de que pudiera jugarle una broma. Probablemente simplemente me ignoraría en forma de fantasma, lo cual sería *aburridísimo.*

Me detuve en seco frente a su habitación y, antes de dejar que el molesto hecho de no tener un arma (ni sentido común) me detuviera, abrí la puerta de golpe. Golpeó la pared en un crujido que sacudió la tierra. Solté un grito de guerra mientras mi pantufla se arqueaba en el aire, cayendo sobre la figura sombría que se cernía sobre mi esposo con un suave *golpecito*.

Un grito, un montón de maldiciones, y luego se encendió la lámpara de la mesita.

—¿Pero qué carajos, Sienna? —rugió Dimitri. Su cabello rubio estaba despeinado de una forma adorablemente revuelta, pero sus ojos estaban llenos de rabia.

Parpadeé mientras miraba alrededor de la habitación y encontré… a nadie.

—Huh. —Mis ojos volvieron ~~al pecho desnudo de Dimitri~~ la cama donde una pila de almohadas esponjosas llamó mi atención—. Así que puede que haya malinterpretado las cosas y que el atacante fuera en realidad una almohada, pero deberías sentirte honrado de que estuviera dispuesta a arriesgar mi vida y mi pantufla favorita por ti. —Tamborileaba mis dedos contra mi brazo—. Aunque ahora que veo que estás a salvo, querré recuperarla. Es de edición limitada.

Dimitri recogió la pantufla como si fuera una bomba.

—Es medianoche y decidiste venir aquí y atacarme con un… ¿Qué carajos es esto?

Me la lanzó, con una expresión llena de asco, y yo jadeé.

—Vas a herir los sentimientos de Sven. —Besé mi pantufla de perro salchicha dentro de un *hot dog* en la frente antes de volver a ponerlo en mi pie, donde debía estar.

Aparentemente a Dimitri le habían robado el habla, algo común cuando la gente contemplaba el majestuoso rostro de Sven, pero eso me dio la oportunidad de observarlo. Mi entrada dramática claramente lo había despertado, pero cuanto más lo observaba, más segura estaba de que los gritos que había oído eran de él. Sus ojos estaban salvajes y enrojecidos, tenía una capa de sudor en el pecho y las sábanas estaban enredadas a su alrededor.

Algo en mi pecho se apretó.

Aparté la puerta de la pared, ignorando deliberadamente la abolladura que el picaporte había dejado en ella al abrirla, y la cerré con un clic cuidadoso.

—¿Qué estás…?

Crucé su habitación hasta lo que esperaba que fuera la puerta del baño. *Ajá, sí. Aquí vamos.*

Encendí la luz, entrecerrando los ojos ante la bombilla horriblemente brillante.

—Tienes que instalar un regulador aquí. ¿Y qué demonios son estas bombillas? Probablemente alguna bobería de iluminación diurna de unos cinco mil kelvin. No te preocupes, ya pedí bombillas blancas y cálidas para toda la casa.

Volví al dormitorio, tomé la lámpara de la mesita y la llevé al baño mientras Dimitri me miraba boquiabierto. Fruncí los labios, buscando el mejor sitio para ponerla que estuviera al alcance del enchufe. Se equilibraba perfectamente sobre el asiento cerrado del inodoro. Increíble. Hora de preparar un baño.

La bañera era grande e independiente, aunque el diseño general de la habitación no era nada inspirador. Suelo de mármol blanco, paredes blancas, bañera blanca moderna. *Bostezo*. Mi baño en casa era todo de azulejos rosa, inodoro rosa y accesorios dorados, decorado con velas y arte en marcos dorados, además de los esenciales del baño como un calentador de toallas. Se me erizó el brazo por el frío. Sí, definitivamente necesitaba un calentador de toallas y pisos con calefacción.

—¿Qué estás haciendo?

La voz empapada de sueño de Dimitri, me sacó de mi tarea de buscar en el gabinete y levanté la vista. El hombre estaba en el umbral con pantalones deportivos negros que le colgaban bajo en sus caderas. Sus brazos gruesos estaban cruzados sobre su pecho desnudo, y las luces del techo, excesivamente brillantes, rebotaban en las líneas blancas de sus cicatrices.

Las que había trazado con la yema de mis dedos y que había besado suavemente en París.

Un destello de realización me golpeó como si me lanzaran en agua helada. *Me las hice en un accidente de moto*. Declan podía haberse destrozado la piel en un accidente en la carretera, pero sospechaba que Dimitri había conseguido esas marcas de otra manera.

Me obligué a apartar la mirada y quité una pila de toallas, dejando escapar un sonido triunfante mientras mis dedos

encontraban un pequeño recipiente de sales de Epsom. Me levanté del suelo y los esparcí en la bañera.

Dimitri murmuró algo entre dientes y se apretó el puente de la nariz.

—¿Hay alguna razón por la que decidiste colarte en mi habitación a mitad de la noche para darte un baño?

Sonreí y crucé el espacio entre nosotros, aprovechando para presionar el interruptor. Las luces del techo se apagaron y nos quedamos bajo el cálido resplandor de la lámpara.

—Así está mejor.

Tomé su mano entre las mías. Estaba helada. Apreté más fuerte.

En el poco tiempo que conocía a Dimitri, me había roto el corazón varias veces. Marcharse sin decir nada en París, su crueldad hacia mí en *New York*, abandonarme aquí en su casa. No había razón para que mi corazón sangrara por él ahora, mas lo hacía, por el dolor que cargaba, por lo que fuera que había pasado en la vida para construir su dura fachada.

—El baño es para ti —hablé en voz baja, pero él se sobresaltó. Lo jalé suavemente hacia la bañera.

Mis dedos fueron a la pretina de su pantalón y él arqueó una ceja. Un alivio me inundó el pecho al ver la señal de vida tras sus ojos.

Guiñé un ojo mientras le bajaba los pantalones deportivos.

—Solo quería asegurarme de que tenías ropa interior puesta. Te dejaré elegir si te quedas con eso puesto o no. —Asentí hacia su bóxer negro.

Escaneó la sala, desconcertado.

—¿Estoy soñando?

Me burlé.

—Bueno, eso es un poco insultante, porque estoy bastante segura de que tu sueño no era sobre una sirena misteriosa pero hermosa que te atraía a las profundidades porque por solo un vistazo de ella vale la pena morir, siempre que sea lo último que veas.

Aprovechando su estado completamente desconcertado, le di un empujoncito hacia la bañera. Su bóxer ondeaba bajo el agua

mientras bajaba. Mantuve una sonrisa burlona en mi rostro, aunque el corazón me dolía. Dimitri era fuerte y seguro de sí mismo, una fortaleza inamovible, pero en este momento sentía que estaba con Declan, presenciando su punto débil, la vulnerabilidad interior que mantenía encerrada filtrándose por las grietas.

No me engañé pensando que algo cambiaría entre nosotros después de esta noche, y aún estaba preparada para que arremetiera contra mí cuando saliera completamente de las oscuras garras de su pesadilla. No obstante, sabía muy bien lo que era pasar por pesadillas solo. Quizá realmente estaba preparando este baño para mi versión infantil que se despertaba sola con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Agarré un pequeño montón de toallas de debajo del lavamanos y las puse junto a la bañera para hacerme un pequeño cojín donde sentarme. Me envolví con otra toalla. Era lo bastante grande como para funcionar como una manta, protegiéndome del frío que emanaba del suelo.

—¿De verdad vas a quedarte ahí sentada? ¿Y qué? ¿Observarme?

No me tomé como algo personal el tono cortante en su voz.

—¿Te sientes solo ahí adentro sin mí? —Mi barbilla descansaba en el borde de la bañera.

Resopló con un *no* molesto, pero la tensión en sus hombros se relajó.

—Me metería contigo, pero me preocupa que hierva al pequeño *Éclair.*

—¿Hierves *éclairs*?

—No, eso sería malo.

Se frotó la cara con la mano, y tuve piedad de él.

—El bebé tiene el tamaño de un *éclair* esta semana. —Miré hacia abajo, donde acariciaba distraídamente mi pequeña barriga de embarazada.

Algo en los ojos de Dimitri se encendió.

—Un *éclair* —repitió.

¿Estaba pensando en los que probamos en esa panadería parisina? No podía pensarlo demasiado, o estallaría en llanto por un hombre que ni siquiera había existido. No importaba cómo terminara

nuestro tiempo juntos, no quería dejar atrás los días que habíamos compartido. Quizás estaría lista para hacerlo eventualmente, cuando el dolor de aferrarme fuera demasiado. Pero, por otro lado, no importaba cómo fueran las cosas entre nosotros, ese fin de semana había creado nuestro pequeño *Éclair,* lo que significaba que había habido algo de magia real allí.

—Sí. ¿Quieres saber qué ha estado haciendo nuestro *Éclair* esta semana?

Tragó saliva con dificultad y asintió.

Intenté recordar todo lo que había leído en la aplicación.

—Sus huesos y músculos se están fortaleciendo más, sus ojos empiezan a moverse bajo los párpados y sus orejas se están moviendo a su lugar.

—¿Moviéndose de dónde?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. *Éclair* es como una criatura alienígena en este momento. Aunque una masa muy adorable.

—Puedes sentir… *um*, ¿movimiento?

—Es un poco pronto. —Sofiya me contó que las primeras veces que sintió que Clementine se movía, pensó que le rugía el estómago porque tenía hambre. Había estado prestando mucha atención a cualquier sensación extraña, hambre, gases, pero nada. Mi aplicación decía que probablemente tardarían unas semanas más.

—Supongo que los *éclairs* no son muy móviles.

Sonreí, pero mis ojos ardían con lágrimas contenidas. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba eso, escuchar a Dimitri hablar de nuestro bebé. Lo hacía sentir real. Como si no estuviera sola en esto.

—Todavía no —suspiré.

—¿Y no sabes el sexo?

Negué con la cabeza.

—Hay un análisis de sangre que podría hacer que lo compruebe, pero no sé si creo que sería más divertido que sea sorpresa. Pero si quieres saber…

Apartó la mirada y mi corazón dio un vuelco triste en mi pecho.

—Lo que quieras está bien —dijo.

Desearía que tuviera una opinión.

Desearía que quisiera a *Éclair*. Que me quisiera *a mí*.

¿Cómo iba a funcionar todo? ¿Estaríamos el bebé y yo en un ala de la casa, viviendo nuestras propias vidas hasta que Dimitri se dignara a visitarnos?

Respiré profundamente. Una cosa a la vez.

—¿Qué pasa con los baños? —preguntó.

—Oh, claro. Bueno, no puedes tomar unos súpercalientes cuando estás embarazada, pero esos son los únicos que me gustan.

—¿Por eso siento que estoy sentado en lava?

Resoplé.

—¿Lava?

—Estoy bastante seguro de que intentas hervirme vivo.

En un solo movimiento elegante, se puso de pie. La luz tenue se reflejaba en las gotas relucientes que danzaban sobre las crestas musculosas de su pecho. Desde mi lugar en el suelo, tenía la vista perfecta de cómo su ropa interior empapada se pegaba a su piel, resaltando un contorno grueso…

Sacó la pierna de la bañera antes de quitarse el bóxer. Cayó al suelo con un chasquido, dejándome con una vista lateral sin restricciones de su polla y su nalga firme.

Suspiré. Eran tan buenos como los recordaba. Pensé, esperé, que mi cerebro virginal había quedado tan abrumado por el primer hombre con el que estuve que había exagerado su atractivo sexual.

Lamentablemente, no.

Se envolvió una toalla alrededor de las caderas y me extendió la mano. La tomé, dejando que me levantara suavemente del suelo. Incluso parada, tenía que echar la cabeza hacia atrás para encontrarme con su mirada.

—No estoy seguro de si debería darte las gracias por intentar hervirme vivo.

—Cobarde —bromeé.

La sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios antes de desaparecer, sustituida por su habitual inexpresividad inescrutable.

—Es tarde. —Su tono fue brusco.

Mis pasos eran pesados mientras lo seguía fuera del baño.

Quería meterme en su cama. Envolver mis brazos y piernas alrededor de él. Hundirme en su pecho y sentir sus brazos abrazándome.

Sin embargo, me había pasado de la raya.

—Dulces sueños —murmuré. Y luego, como no podía terminar la interacción con una nota tan vergonzosamente sincera, añadí—: Mantente alerta a las pantuflas voladoras.

Al cerrar la puerta suavemente tras de mí, el suave "Buenas noches, Sienna" de Dimitri resonó a través de la superficie de madera.

29

SIENNA

LEONA

Iré a Chicago

Me quedé boquiabierta cuando vi el mensaje de Leona.

SIENNA

Espera, ¿qué? ¿Por qué?

LEONA

Necesito joyas nuevas

SIENNA

Oh sí, definitivamente imprescindible para alguien que tiene un armario lleno de joyas

LEONA

¿Quieres que vaya o no?

SIENNA

Lo que quise decir fue

¡Oh, Dios mío, sí! ¡Necesitas más joyas!

LEONA

Así está mejor.

Ronan necesita a alguien que finalice las rutas comerciales de Boston y yo tengo que comprobar cómo está mi mejor amiga.

Habían requerido varios días y múltiples sobornos para conseguir que Leona me perdonara por no contarle inmediatamente sobre mi matrimonio sorpresa, pero una entrega de *cannoli* finalmente la convenció. Probablemente tendría que comprarle más regalos cuando se diera cuenta de que le había mentido sobre cómo iban las cosas con Dimitri. Le había dicho, les había dicho a todos, que las cosas iban bien. Incluso les dije que me había invitado a una cita, como una maldita idiota.

Me quejé mientras me dejaba caer en el sofá que había pedido para el cuarto de sol. Me dije a mí misma que estaba bien mentir porque simplemente no quería que nadie se preocupara por mí. Era más difícil admitir que la verdadera razón tenía mucho más que ver con mi orgullo, no quería que supieran que mi nuevo marido no podía soportar estar conmigo más de treinta segundos.

Leona descubriría el verdadero estado de mi matrimonio en dos segundos, pero yo me sentía demasiado sola para decirle que se mantuviera alejada.

SIENNA

Solo una advertencia: mi hobby favorito últimamente es quedarme dormida de repente.

LEONA

Suena genial para mis planes de salir de fiesta.

SIENNA

jaja, diviértete sin mí

—No puedo creer que me estés obligando a salir de fiesta. ¿No podemos simplemente ver una película aquí? Nada de mi ropa me queda bien —me quejé.

Leona me lanzó su clásica mirada de desaprobación.

—Deja de quejarte, pequeña mentirosa, y mete tu trasero en un atuendo provocativo.

Solté un chillido frustrado y volví furiosa al armario. Esta semana que pasó, el equipo de construcción equipó el vestidor con un sistema de estantes sofisticado que quedó genial. Quizás incluso colgaría mi ropa algún día. Empujé el montón de prendas en el suelo, considerando mis opciones. Mi minifalda negra con lentejuelas era de tiro alto, así que había muchas posibilidades de que pudiera quedarme sobre mi barriga en crecimiento.

Me puse la falda, sumiendo la panza para pasarla por encima de mi pequeño Nabo. Estaba ajustada y parecía que tenía una barriga enorme por haber comido demasiado, pero ¿a quién intentaba impresionar? Ahora, necesitaba un *top.* Miré un par de opciones, pero seguía volviendo al *crop top* negro a juego con lentejuelas. Me lo puse y resoplé al ver lo apretado que quedaba con mis pechos en crecimiento.

—Bien, sé honesta. ¿Parece que me estoy esforzando demasiado? —Salí del armario y di una pequeña vuelta.

Leona estaba acostada en mi cama, rascándole las orejas a Vovk. Parecía absolutamente enamorado de nuestra nueva invitada.

—Diablos, *mama*, estás *sexy.* No cambies nada.

—Como si alguien siquiera me notara cuando estoy a tu lado. —Jalé mi *top*. No estaba acostumbrada a sentirme incómoda en mi propio cuerpo, pero ya era bastante difícil sentirme glamurosa junto a Leona en un buen día.

Estudié mi rostro en el espejo. Aparte de parecer un poco más cansada, el embarazo aún no había cambiado mucho mi aspecto. Jugué con un rizo de mi cabello, intentando que se acomodara. Me estaba dejando crecer el flequillo y estaba atrapado en esa etapa de longitud un poco incómoda, aunque las hormonas del embarazo definitivamente aceleraban el proceso de crecimiento.

Leona puso los ojos en blanco.

—Ya para. *Todos* te mirarán. —Apartó suavemente a Vovk y se puso de pie, su minifalda verde haciendo que sus piernas parecieran

aún más largas de lo habitual. Se acercó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros, dándome un apretón—. Como debe ser.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios. Alistarnos juntas así me recordó a nuestros días en la universidad.

—Me alegro de que estés aquí.

—Bien. Quizá puedas convencer a tu marido de que me regale una joya como símbolo de nuestra amistad.

Resoplé.

—Veré qué puedo hacer. Vamos.

Vovk lideró el camino escaleras abajo. Fruncí el ceño al ver a Maxim y Aleksei enfrascados en una acalorada conversación en el vestíbulo. El rostro de Aleksei se torció de frustración mientras agarraba la camisa de Maxim. El clic de mis tacones en las escaleras les avisó que ya no estaban solos. Aleksei soltó abruptamente a Maxim y se apartó de él.

Maxim maldijo cuando me vio.

—¿Estás tratando de hacer que me maten con ese atuendo?

Miré hacia abajo.

—No te preocupes, desactivé los explosivos de la falda, así que creo que sobrevivirás la noche.

Su ceño fruncido me hizo sonreír.

—No me preocupan los explosivos, a menos que, claro, sea tu esposo lanzándomelos por dejarte salir de casa con eso.

Me crucé de brazos.

—Me han asegurado que no soy una prisionera aquí. Además, ya aceptaste dejarme salir.

Tal vez aceptó solo después de que Leona amenazara con sacarme de casa a escondidas si se negaba, pero incluso así. Dimitri estaba en una reunión gubernamental de alto nivel, así que no estaba disponible para vetar nuestros planes. No era que tuviera ganas de escuchar a un hombre decirme a dónde podía y a dónde *no* podía ir. Especialmente uno que seguía ignorándome después de nuestra conversación en el baño a mitad de la noche.

Que se joda. Y que me jodan por ser la tonta de corazón blando que había pegado el oído a la puerta de su habitación las últimas tres noches para asegurarse de que no tenía más pesadillas.

—¿Cómo estás, *Lyosha*? ¿Vienes con nosotros? —pregunté. El *hacker* casi nunca salía de su guarida, algo que podía apreciar. Estuve tentada a buscarlo para hablar de trabajo, pero no quería revelar hasta qué punto sabía hackear. A Dimitri claramente no le interesaba conocerme, así que decidí guardar mis cartas en secreto.

—No, no vendrá —dijo Maxim, con la mandíbula apretada.

Aleksei me dio un asentimiento rígido antes de darse la vuelta y alejarse enfadado. Leona alzó una ceja delicada.

—¿Está todo bien…? —Empecé antes de que Maxim me interrumpiera.

—Deberíamos irnos ya. Sergey vendrá con nosotros como segundo guardia, pero necesito tu promesa de que, si te digo que tenemos que irnos, lo harás sin discutir.

Maxim solía ser tan relajado que esta versión seria y severa resultaba desconcertante. Salió disparado hacia el garaje antes de detenerse en seco.

—Si te pido que te cambies, ¿lo harías?

Resoplé, y él soltó un suspiro derrotado.

—Sí, eso pensé.

El club latía con energía, la música tan alta que hacía vibrar mis costillas. El estallido de vistas, olores y la intensidad eléctrica del aire que nos rodeaba transformaron rápidamente mi aceptación a regañadientes en un entusiasmo real. Leona y yo nos abrimos paso entre la multitud con los brazos entrelazados, recibiendo muchas miradas hambrientas. La mayoría eran para Leona, la pelirroja despampanante era imposible de ignorar, aunque también recibí bastantes miradas de admiración. Era vanidoso, pero me iluminé con la atención. No quería a ninguno de esos hombres, pero era agradable sentirme deseada, aunque solo fuera por unas horas. Añadí un contoneo extra en mis caderas mientras nos apretábamos en los huecos vacíos del enorme bar.

Leona le hizo una señal a la *bartender*, que se acercó con una sonrisa traviesa, irradiando un aire de sexo y confianza.

—¿Qué les doy? —preguntó.

Leona se inclinó sobre la barra, con una expresión de absoluta seducción.

—Tu nombre, para empezar.

No mucha gente podría no dejarse intimidar por Leona, pero pensé que esta mujer, con su cabello impresionante, mitad blanco y mitad negro azabache, y su arnés de cuero podría tener alguna oportunidad. Sus ojos se detuvieron en cómo los pechos de Leona se desbordaban sobre su *top.*

—Me llamo Mae.

—Encantada de conocerte. —Leona extendió un dedo y lo subió lentamente por la garganta de Mae antes de inclinarse hacia adelante y decirle algo al oído.

La *bartender* se apartó, con los labios curvados en una sonrisa.

Leona volteó hacia mí.

—¿Qué quieres?

—¿Además de más de este espectáculo? —Señalé entre las mujeres—. Quiero un Shirley Temple con cerezas extra, por favor.

Mae le lanzó otra mirada ardiente a Leona antes de ir a preparar nuestras bebidas.

Negué con la cabeza, apoyando un codo en la barra.

—Coqueta.

Leona se echó el cabello por encima del hombro y se sentó en un taburete.

—Deberías probarlo alguna vez.

Me subí al asiento junto a ella, pero tuve que volver a bajarme rápidamente. Mi falda era demasiado ajustada para sentarme y respirar al mismo tiempo.

—¿Mujeres o coqueteo?

—Ambas cosas, obviamente.

Leona y yo tuvimos unas cuantas sesiones borrachas de besos durante la universidad y, aunque fue divertido, para mí nunca había sido más que eso. Nadie me había hecho sentir como Dimitri lo hacía.

—Así que… —Leona se sobresaltó.

Arqueé una ceja.

—¿Y bien?

—Puede que no pueda emborracharte, pero más te vale que el montón de azúcar en tu bebida te afloje la lengua porque no vas a pasar esta noche sin contarme todo sobre el misterioso *Pakhan.*

Mae volvió con mi bebida, salvándome de responder. Puso tres vasos de *shots* delante de Leona junto con trozos de lima y un pequeño recipiente con sal. Llenó los vasos con tequila.

Las dos mujeres se miraron a los ojos mientras Leona lamía una línea a lo largo del dorso de su mano, la espolvoreó con sal y tomó una rodaja de lima. Torció su dedo y Mae se inclinó hacia adelante, tomando la rodaja de lima entre sus labios. Leona no perdió tiempo en lamer la sal de su mano y beber el primer *shot* antes de inclinarse y chupar la lima de la boca de la *bartender.*

Parpadeé y di un largo sorbo a mi *Shirley Temple* porque, diablos, eso fue ardiente.

Con un guiño, Mae giró sobre sus talones para atender a los que esperaban, y Leona regresó su atención hacia mí.

—¿Bailamos? —pregunté.

Sonrió con arrogancia.

—Puedes bailar después de que me cuentes el chisme.

Resoplé y me concentré en usar mi popote para sacar una cereza *maraschino*.

—No hay nada que contar. Es un matrimonio de la Mafia. No es precisamente romántico.

Leona puso los ojos en blanco.

—La mayoría de los matrimonios de la Mafia no empiezan con la pareja pasando un fin de semana ardiente juntos en París. ¿Qué tal el sexo ahora que están casados?

Mis labios se torcieron, y mi popote persiguió otra cereza por el fondo de mi vaso.

La mano de Leona apretó mi brazo mientras se acercaba.

—¿No estás teniendo sexo?

La forma horrorizada en que lo dijo me sacó una sonrisa renuente, no obstante, la realidad de la situación hizo que me

pusiera seria rápidamente.

—Él me odia.

Leona estaba lo bastante cerca para captar mis palabras antes de que la música fuerte ahogara mi confesión. Jugaba con mi cabello, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Él piensa que quedé embarazada a propósito para atraparlo en este matrimonio.

—¿Atraparlo en un matrimonio que fue idea suya? ¿Que tú no querías?

Me encogí de hombros.

—Nunca dije que fuera inteligente.

—Bueno, eso no hace falta decirlo.

Solté una risa y me bebí el resto de la bebida, deseando que fuera alcohol para poder al menos adormecer momentáneamente el dolor en mi pecho. No había visto a Dimitri en los tres días desde su pesadilla. Había salido temprano de la casa a la mañana siguiente y no había regresado.

Me odiaba por echarlo de menos.

Lo odiaba por aparecer en mis vívidos sueños sexuales que me dejaban frustrada y necesitada.

—Si es demasiado estúpido para ver lo *sexy* que eres, alguien más lo hará.

—*Umm…* —Moví mi mano izquierda frente a su cara, la luz rebotando en las facetas de mi anillo de compromiso.

Leona no se dejó intimidar.

—Si quiere ser tu esposo, tiene que aprender a prestarte la atención adecuada. —La forma en que dijo *"adecuada"* rezumaba insinuación.

—No voy a ligar con un tipo cualquiera en un club. Eso fue algo que me metió en este lío para empezar. Por recomendación *tuya*.

Inclinó la cabeza y sus ojos brillaron.

—Estoy bastante segura de que esta vez no tienes que preocuparte por un embarazo sorpresa. Además, las mujeres embarazadas también tienen necesidades.

—Dímelo a mí, demonios —murmuré.

—¿Qué significa eso? —Jadeó— ¡Oh, Dios mío! Estás cachonda. Ves, soy un genio.

Se me calentaron las mejillas y me entretuve reajustando mis pechos en la blusa brillante.

Se rio.

—Tus mejillas son del color de un nabo. Tú y el bebé hacen juego.

—Estás pensando en un rábano.

—¿Qué?

—Los nabos son morados. Los rábanos son rojos. Así que, a menos que mi maquillaje haga algo que no pueda ver…

Leona puso los ojos en blanco.

—Muy bien, señorita Agricultora de Verduras.

Saqué la última cereza del fondo de mi bebida.

—Bien, el subidón de azúcar está a punto de llegar. Es hora de ir a la pista de baile.

Leona se bebió su último *shot* de tequila y me agarró la mano.

—Vamos a hacerlo, joder.

30

DIMITRI

El frío viento de *Chicago* golpeaba mis mejillas. Me abroché la chaqueta, con un suspiro de alivio de que la reunión hubiera terminado. Los gobernadores, senadores y jefes de policía con los que acababa de cenar le habrían hecho competencia a Claude Dupont por los hombres más aburridos del mundo. Mantenerlos contentos y en mi bolsillo valía la pena aguantar alguna cena ocasional.

Probablemente.

Todos esos cabrones comentaron sobre mi anillo de bodas e insistieron en que llevara a mi esposa a nuestra próxima cena. *Blyat*. Al final de una sola comida, Sienna los tendría a todos comiendo de la palma de su mano. El pensamiento me llenó de una furia aguda que no entendía.

MAXIM

Leona Byrne está aquí. ¿Sabías que es amiga de Sienna?

Tenía una reunión programada con la asesina irlandesa mañana para finalizar las rutas de envío a *Boston*. ¿Qué carajos hacía en mi casa con mi esposa?

Veinte minutos después, envió otro mensaje.

MAXIM

Quieren salir. Intenté decirles que no, pero no funcionó

Dime que no están fuera de casa en este momento…

MAXIM

Voy a llevar a Sergey para que me ayude a proteger a Sienna. No enloquezcas cuando veas este mensaje.

Ese barco ya había zarpado, joder. Se me pusieron blancos los nudillos de tanto apretar el teléfono. Crucé trotando a través del estacionamiento hasta mi auto y llamé a Maxim en cuanto entré. Música alta y con estática sonaba por mis altavoces cuando contestó.

—*Todo está bien* —notificó, aunque apenas podía distinguir sus palabras confusas por el ruido estruendoso de fondo.

—¿Dónde carajos estás? —exigí.

—*Onyx.*

—*¡Blyat!* —maldije, golpeando el volante con los puños en tanto una neblina roja cubría mi visión. Onyx era un club nocturno. Mi *mujer* estaba en un puto club nocturno. Colgué el teléfono. Mis neumáticos rechinaron al salir disparado del estacionamiento. Al menos me beneficiaría de mi tediosa reunión enseguida, porque mantener a la policía de *Chicago* bajo mi control significaba que miraban hacia otro lado mientras yo conducía por *downtown* a toda velocidad.

Cuando por fin giré por la calle hacia el club, una larga fila rodeaba la calle. Me estacioné en un sitio ilegal cerca de la entrada y me dirigí directamente a la puerta. Onyx pertenecía a Julian Petrovic, un serbio. No formaba parte de la *Bratva*, pero nunca había participado en el comercio sexual traído por los albaneses, así que permití que el negocio se quedara después de que yo tomara el control. Puede que no fuera el dueño de este lugar, pero el portero sabía que no debía intentar mantenerme fuera. Se apartó sin revisar si traía armas. Menos mal. Me facilitaría matar a Maxim, junto con cualquier cabrón de este club que hubiera tocado, o incluso *visto,* a mi esposa.

Mi mandíbula temblaba al entrar en la pesadilla sensorial: música dolorosamente alta que me ponía los nervios de punta, el olor a cerveza y licor flotando en el aire, y luces moradas brillantes que hacían que todos parecieran bailar en un movimiento entrecortado. Alguien me empujó en el hombro y me giré de golpe, con los músculos listos para eliminar a la amenaza. Era un hombre de mediana edad, con la cara roja, con ojos vidriosos. No valía la pena mi esfuerzo.

Moví mis hombros mientras rodeaba el enorme bar en el centro de la sala. Los asientos estaban completamente llenos, con aún más gente hombro con hombro gritando sus órdenes. Sienna no estaba por ninguna parte.

DIMITRI

¿Dónde carajos está?

Le mandé el mensaje a Maxim, pero no me quedé esperando su respuesta. Un guardia asintió al pasar junto a él, subiendo las escaleras hacia la zona VIP.

Mi rostro permaneció inexpresivo mientras escaneaba la zona VIP, aunque por dentro era un manojo de nervios y rabia. Repasé mi lista de blancos para calmarme. Los primeros serían Maxim y Leona por traer a mi esposa aquí. Luego, todos los hombres del club. Ronan me declararía la guerra por matar a su asesina, así que tendría que acabar con él también. Y sus guardias.

Eso debería mantenerme ocupado un tiempo.

Mirando por el borde del balcón, escaneé la pista de baile. El destello de cabello rojo de Leona llamó mi atención primero, y luego la encontré a *ella*. Sienna estaba en medio de la pista. La luz brillaba sobre su piel mientras se movía al ritmo de la música, su cuerpo era pura tentación con su atuendo.

Ese. Jodido. Atuendo.

Sus pechos se hinchaban contra la parte superior y la falda apenas le cubría el trasero. Me sentí con ganas de atraerla sobre mi regazo y enrojecerle las nalgas hasta que suplicara piedad y prometiera que nunca más dejaría que nadie la viera así.

Leona llevaba un vestido igual de revelador, pero ella me importaba un carajo. La asesina podía hacer lo que quisiera, a menos que arrastrara *a mi mujer* a la acción.

Los hombres rodeaban a las dos mujeres como tiburones. El recuerdo de cómo se sentía su cuerpo contra el mío en París rozó mi piel, y gruñí. Nadie más sentiría eso jamás, maldición. Mi sangre latía mientras bajaba corriendo las escaleras. Me detuve en seco y cambié de dirección al ver a mi segundo al mando medio oculto tras una columna.

Maxim me vio un instante antes de que mi puño chocara contra su cara. Se frotó la mandíbula y sonrió.

—¿Te sientes mejor ahora?

—¿Cómo pudiste permitir esto? —rugí.

Su rostro se volvió serio.

—Tú fuiste quien dijo que no era una prisionera y que podía salir siempre que tuviera guardaespaldas.

Me quemaba el deseo de golpearlo otra vez porque tenía razón. Lo había dicho, pero no pensé que se sentiría así.

—¡Estamos casados, joder! —bramé—. Tiene que aprender a comportarse como la esposa del *Pakhan*. No puedo permitir que me avergüence.

Maxim emitió un sonido indiferente.

—¿Y eso es lo único que te molesta de esto?

Le di la espalda sin responder y me metí entre la multitud sudorosa. Yo era más alto y ancho que casi todos, así que la multitud se apartó rápidamente, dejándome un camino recto hacia mi esposa.

Leona me vio primero, pero en vez de mostrar miedo o temor por ser descubierta, me lanzó un beso. Sienna miró por encima de su hombro y sus ojos se abrieron de par en par al verme acercarme a ella. De cerca, su atuendo era aún más… *mierda*. Una franja dorada de piel separaba su *top* de la falda, que se estiraba ajustada sobre el bulto de su vientre. A las diecisiete semanas, todavía no era muy notorio, pero esa pequeña curva fue suficiente para volverme salvaje.

La aplasté contra mi pecho. El constante latido de agonía dentro de mí se calmó.

Sus brazos se enredaron alrededor de mi cuello y me jaló hacia abajo hasta que nuestras mejillas se juntaron. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

—¿Viniste a bailar conmigo?

Por un momento, estuve tentado a decir que sí. El roce de su piel suave contra la barba de varios días que recubría mi mandíbula, los susurros de vainilla que respiraba desde su cabello, la forma en que encajaba perfectamente contra mi cuerpo, todo era tan cautivador que me atraía bajo su hechizo de sirena. Pero entonces volví al infierno de nuestra ubicación: los ruidos fuertes que me ponían los nervios de punta, los hombres mirando el culo de mi esposa, lo expuestos que estábamos a los enemigos aquí.

Entrelacé mis dedos en su cabello, jalando con fuerza suficiente para arrancarle un jadeo.

—No. Vine para llevarte a casa.

Su labio inferior sobresalió e intentó negar con la cabeza, sin embargo, no pudo porque la apretaba con fuerza. No le di oportunidad de pelear conmigo antes de que mi brazo estuviera bajo su trasero mientras la cargaba en mis brazos. Sienna luchó, intentando escapar, pero apenas percibía el movimiento.

—¡No estoy lista para irme! —Su tono soberbio hizo que la sangre se me fuera bajo el cinturón.

Sergey esperó junto a Maxim, y ambos nos siguieron mientras yo entraba por una puerta *solo para personal* y bajaba por un largo pasillo hacia la oficina de Petrovic. El agotamiento y el aburrimiento que me habían aplastado tras mi reunión desaparecieron en presencia de Sienna. La dejé en el suelo y la acorralé contra la pared. Sin apartar mi mirada de ella, saqué mis llaves del bolsillo y se las lancé a Sergey para que pudiera traer mi coche a la salida trasera mientras yo me encargaba de mi esposa.

Maxim abrió rápidamente la cerradura de la oficina. No perdí tiempo en llevar a mi mujer adentro y cerrar la puerta detrás de nosotros.

—¿Qué hacemos aquí? Pensé que me ibas a llevar de vuelta a la prisión.

Le agarré la barbilla, sujetándola fuerte para que no se moviera. Sus ojos brillaron con fuego.

—No eres mi prisionera, pero espero que sepas comportarte en vez de salir a presumir tu cuerpo para llamar la atención.

Entrecerró los ojos e intentó apartarme, pero le agarré la muñeca y la sujeté contra la pared.

—Jódete. No estoy presumiendo mi cuerpo para llamar la atención —siseó—. Y, aunque así fuera, no sería asunto tuyo.

—Tú eres asunto mío, maldición —gruñí—. Eres *mi* esposa.

Puso los ojos en blanco.

—En papel.

Una rabia ardiente recorrió mi cuerpo.

—Sí, en papel. Legalmente estás casada conmigo y te comportarás como la esposa del *Pakhan,* carajo.

—No me interesa mucho comportarme por ti. —Intentó escapar de mi agarre otra vez, pero lo único que consiguió fue frotar su pequeño y caliente coño contra mi polla. Un rubor subió a sus mejillas y sus ojos se abrieron al notar lo duro que estaba—. Pero tal vez te guste eso.

Mi piel se ponía caliente y fría mientras intentaba recuperar el control, mas esto era lo que ella me provocaba, nublaba mi mente con su magia de sirena, haciendo que solo pudiera pensar en ella.

Metí la mano bajo su falda diminuta, la que quemaría cuando llegáramos a casa, y apreté su nalga desnuda. Si bien apretó la mandíbula, no pudo contener del todo un gemido. Sonreí con satisfacción. El odio latía entre nosotros, pero había algo más también. Tensión, deseo, *necesidad*.

—¿Sabes lo que pienso?

No respondió, aunque no importó.

Me incliné, pegando mi frente a la suya. Podía sentir la pequeña curva de su vientre creciendo, la hinchazón de sus pechos, ahora más grandes que la última vez que los lamí, chupé y mordí.

—Creo que viniste aquí esta noche porque te gusta provocarme. —Mis labios rozaron su oreja, y su aliento tembloroso resbaló por mi

piel—. Anhelas mi atención. —Le chupé el cuello, saboreando su suave gemido—. Estás desesperada por mis caricias.

Negó con la cabeza, sin embargo, se arqueó contra mí, frotando su cuerpo con el mío. Ella sentía la atracción magnética entre nosotros tan fuerte como yo.

Recorrí su nalga con mi mano hasta que mis dedos rozaron su coño. Estaba empapada y contuve un gruñido.

—¿Te sientes con ganas? ¿Necesitas que alivie esa necesidad… Emma?

Se le cortó la respiración al darse cuenta del juego que le estaba ofreciendo. Arqueó las caderas hacia mi tacto, acelerando la respiración mientras le acariciaba el coño, saboreando la forma en que cerraba los ojos y apoyaba la cabeza contra la pared. Presioné mi pulgar contra su clítoris y ella gimió. Mierda, estaba tan excitada que podía apostar a que podría hacerla correrse en segundos.

Mis labios mordisquearon la piel suave de su garganta.

—No puedo ayudarte si no sé lo que necesitas. —Mantuve un tono uniforme, pero me encantaba esto, carajo. Antagonizándola. Provocándola. Se sentía como regresar a la vida.

—Necesito… —se quejó cuando aumenté la presión de mi pulgar sobre su clítoris.

Arqueé una ceja.

—¿Sí?

Abrió los ojos de golpe y dejó escapar un pequeño gruñido de gatito.

—Fóllame, Declan.

Mi pecho retumbó con satisfacción.

—*Tsk*. Qué lenguaje tan sucio. —Presioné el talón de mi palma contra ella, y su jadeo entrecortado hizo que mi verga se tensara aún más contra la cremallera—. Las chicas malas tienen que ganarse su placer. Date la vuelta. Manos en la pared y muéstrame el culo.

—Jódete. —Me empujó el pecho, pero le agarré las muñecas, recogiéndolas con una mano.

—No hasta que aceptes tu castigo. —Me incliné, rozando apenas mis labios con los suyos—. Vamos, nena. Te daré todo lo que necesitas si obedeces. —Ya podría estar hasta el fondo en ella en

este momento, no obstante, la bestia dentro de mí estaba luchando por el control. Necesitaba su sumisión.

Metí dos dedos en su interior, gruñendo por lo cálida que estaba, y ella gritó mientras intentaba conseguir la fricción que tanto necesitaba. No se la di. Mantuve mis dedos quietos, resistiendo todos mis instintos de hacer que se desmoronara. Lenta e insoportablemente, saqué los dedos por completo y me los llevé a la boca, chupándolos hasta dejarlos limpios. Ella observaba cada movimiento, con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas.

Me aparté.

—Como quieras.

Mi mano estaba en la perilla de la puerta cuando rompió el silencio.

—Espera.

Gracias a Dios, demonios. Un segundo más y me habría roto.

Gire lentamente para mirarla.

—¿Sí?

—Bien. Aceptaré el castigo. —Sus palabras goteaban ácido.

Cerré la puerta con llave y crucé los brazos.

—Sabes lo que tienes que hacer.

Sus mejillas estaban rojas como un tomate. ¿Era por vergüenza? ¿Enojo? No importaba. Lo único que importaba era que estaba empapada de excitación, la humillación la excitaba, aunque lo odiara.

Poco a poco, como si supiera que cada segundo era una tortura para mí, se giró hacia la pared y apoyó las palmas de las manos contra ella.

—Súbete la falda por encima del culo.

Mantuve la voz firme, apretando mi polla para no correrme en los pantalones. Este era el puto momento más candente de mi vida.

Murmuró por lo bajo y estaba seguro de que se negaría, pero debía de estar aún más excitada de lo que pensaba porque lo hizo, arrastró el dobladillo de su falda ajustada sobre sus nalgas doradas.

Tenía puesta una tanga, el pequeño trozo de tela no la ocultaba de mí. Agarré la cintura de sus bragas y jalé con fuerza, saboreando su chillido mientras se ponía de puntitas para escapar de la presión

apretada de la tela escasa que partía los labios de su coño y sus nalgas.

Jadeó, sus dedos arañando la pared para agarrarse.

—Chica sucia. —Tarareé—. Te gusta esa presión contra tu ano. Me pregunto qué tan duro te correrías si te cogiera por ahí. —Moví la otra mano para poder presionar mi pulgar contra su entrada trasera. Gimió, pero se quedó donde estaba.

—Imagina mi polla gruesa presionando ese agujero tan apretado. Te apretarías a mi alrededor con fuerza mientras te estiro, abriéndome camino dentro mientras luchas por tomarme. Pero no pedirías que me detuviera porque quieres complacerme. Ser una buena chica. ¿No es así?

—¡Por favor! —Soltó un sollozo—. Por favor, por favor.

Mantuve los dedos firmemente enroscados alrededor de la cintura de sus bragas mientras con la otra mano apretaba con fuerza su nalga. Gritó, con los puños apretados contra la pared, pero luego arqueó la espalda y me ofreció su trasero.

Volví a golpear la nalga opuesta con la mano y me quedé paralizado, con mi corazón latiendo con fuerza.

—Espera. ¿Está bien hacerlo? ¿Contigo estando embarazada?

Me miró por encima del hombro, con sus ojos suaves.

—*Um*, sí. Mientras solo me pegues en el trasero.

Sentí la garganta extrañamente cerrada por la ternura en su expresión y por las cosas que me hacía sentir.

—¿Segura?

Sus mejillas se sonrojaron aún más.

—Pregunté sobre eso.

Carajo, mi polla se puso tan dura con su confesión que estuve a punto de correrme en los pantalones otra vez. Pero esto era sobre castigo. Sobre afirmar mi autoridad y excitarnos mutuamente. Eso era todo.

Le di un tirón firme a sus bragas antes de reanudar sus nalgadas. Las mantuve ligeras, sintiéndome protector de una forma extraña. Sus nalgas se sonrojaron y sus jadeos se convirtieron en gemidos.

Solté su ropa interior y presioné mi cuerpo pegado a su espalda. Se removió por la presión contra su piel roja y sonreí, sintiendo

cómo la inquietud constante dentro de mí finalmente se calmaba.

—¿Has aprendido tu lección, cariño?

El término afectuoso salió de mi boca antes de que pudiera evitarlo.

—Sí —replicó.

Mis manos recorrieron su torso hasta llegar a sus pechos por detrás y apreté. Demonios, se sentían tan bien. Necesitaba verlos. La giré y jalé el pequeño *top* para mostrar sus tetas cubiertas por un sostén negro de encaje.

—¿Volverás a ponerte algo así donde otros hombres puedan verte?

La rebeldía bailaba en sus ojos. Se encogió de hombros.

Se encogió de hombros, joder*.*

Deslizó su mano por mi pecho.

—Depende de qué humor esté.

Mis dientes chasquearon y agarré su mandíbula, rozando mis labios contra los suyos.

—Mi castigo no debió de dejar una impresión lo suficientemente fuerte.

Ella tarareó y su mano siguió bajando por mi cuerpo hasta que agarró mi polla. Empujé contra su mano sin querer.

—Sirena —murmuré. Apretó más su agarre sobre mi longitud—. ¿Está palpitando con necesidad ese coño bonito? ¿Hace falta que se estire alrededor de mi polla gruesa?

—Sí.

—Así es. Tan desesperada por ser follada. Voy a llenarte de mi semen hasta que gotee por tus piernas, para que cuando salgas de este club, todo el mundo sepa a quién le perteneces. —No le di oportunidad de responder antes de estampar mis labios contra los suyos. Sabía tan jodidamente dulce—. Sácamela —gruñí, empujando mi erección deseosa contra ella—. Ahora.

Ella forcejeó un poco con mi cremallera, sus movimientos se hicieron aún más difíciles por mi negativa a crear distancia entre nosotros. Finalmente, su suave mano rodeó mi polla y la sacó. Gruñí de lo bien que se sentía, pero cuando ella apretó, perdí todo el control.

Mi mano sujetó ambas muñecas a la pared sobre su cabeza. Estaba estirada e indefensa, con los ojos abiertos y los labios carnosos entreabiertos. Le agarré la parte trasera de la rodilla con la otra mano, empujándola y abriéndola y torciendo las bragas para tener espacio suficiente para penetrarla.

Un calor apretado me rodeaba, tan bueno y abrumador que me dejaba sin aliento. Cerró los ojos con fuerza por el estiramiento, y la besé hasta que se suavizó a mi alrededor.

—Eso es. Déjame entrar en ti.

Me salí casi completamente y volví a embestir dentro de ella, esta vez sin parar hasta que estaba metido hasta las bolas, inmovilizándola contra la pared con mis caderas y mi polla.

—Declan —susurró.

Mi ritmo titubeó al escuchar mi nombre falso en sus labios. Era apropiado, porque así era todo esto, falso. Usar los cuerpos del otro solo para sentir algo.

Solté sus muñecas y le pellizqué el pezón a través del sostén de encaje, tragándome su gemido con mis labios. Sus caderas se movían con las mías en un ritmo perfecto.

—Estoy cerca. —Jadeó. Sus uñas se clavaron en mi espalda y gruñí. Quería sus marcas en mí, superpuestas sobre las cicatrices que solo contenían dolor.

—Lo sé, nena. Tu coño está ordeñando mi polla, carajo. —Mi pulgar flotaba sobre su clítoris y ella se arqueó hacia adelante, intentando captar mi contacto. Mas no se lo di.

—¡Por favor! —suplicó, con frustración en su voz.

Me retiré casi del todo y volví a embestir, llenándola por completo. Gritó por la intensidad, moviendo sus caderas y apretando, aunque no estaba seguro de si intentaba introducirme más profundo o aliviar la presión. De cualquier forma, no me movía.

—Ahora tienes una elección.

Rápidas bocanadas de aire me cosquilleaban el cuello.

—Primera opción, sé una buena chica para mí y promete no volver a ponerte algo así a menos que sea solo para mis ojos, y dejaré que te corras. Si te niegas a someterte, te llenaré de mi semen y te dejaré con las ganas.

—¡Jódete! —escupió.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Espero que esa rebeldía valga la pena cuando estás desesperada y vacía. Y si piensas que puedes llegar al orgasmo tú sola para quitarte la necesidad, piénsalo de nuevo. Te ataré las manos hasta que lleguemos a casa y luego te ataré a la cama, así que por mucho que lo intentes, no podrás tocarte.

—No lo harías —se burló con ira e incredulidad, arqueando la nariz, pero una chispa de duda brilló en sus ojos.

—Oh, pero claro que lo haría. Te mantendría allí hasta que consiga un cinturón de castidad para ponerte. —Le acaricié la mejilla con el pulgar y aparté un rizo de su cabello detrás de la oreja—. Así, controlaría completamente tu placer y si alguna vez quisieras correrte de nuevo, tendrías que suplicarlo de rodillas.

Joder. La parte razonable de mí sabía que no tenía derecho a decir esto, ni a tomar el control de su placer. Pero en este instante que esa idea estaba en mi cabeza, no podía quitármela de encima. Quería hacerlo, que Sienna… *Emma* estuviera a mis pies, suplicándome que la dejara correrse con lágrimas necesitadas en los ojos. Quería que dependiera de mí para todo.

Negó con la cabeza.

—Por favor, deja que me corra.

Recogí su falda con la mano de donde estaba arrugada alrededor de su cintura.

—Sabes lo que tienes que hacer.

Cerró los ojos, frunciendo el ceño, y respiró hondo antes de abrirlos de nuevo.

—Prometo no volver a ponerme este atuendo en público.

Era adorable cómo pensaba que podía engañarme.

—No solo este atuendo. —Apreté más sus muñecas, jalándolas por la pared hasta que quedó de puntitas—. Pero lo sabes, ¿verdad?

Resopló.

—Bien. No volveré a ponerme nada tan revelador de nuevo.

—No te creo —murmuré, con mi cara pegada a su cabello mientras respiraba su aroma—. Pero está bien. Si rompes tu promesa, sabes qué castigo se avecina, ¿verdad?

Frunció el ceño.

—Ahora, agradéceme que me haya tomado el tiempo de corregirte. —Me estaba pasando de la raya, mas me daba igual.

—Gracias —soltó con brusquedad.

Le pellizqué fuerte la nalga. Ella gritó, y aproveché para salir antes de volver a embestir. Esta vez, no paré. Seguí follándola, llenándola con mi polla gruesa hasta que los dos estábamos a punto de correrno.

—Eso es, cariño. —Mi pulgar presionó su clítoris, dándole por fin la presión que necesitaba. Se rompió con un grito. Solté sus muñecas y tomé sus caderas, manteniéndola firme mientras la follaba. Me rodeó el cuello con los brazos a la par que cabalgaba las olas de su orgasmo interminable. Su coño se apretó a mi alrededor hasta que ya no pude aguantar más. Me corrí más fuerte que en toda mi vida, disparando mi semen profundamente dentro de ella. Era la primera vez que follaba sin condón, y ya estaba adicto. Necesitaba su suavidad, su calor, sin barreras entre nosotros.

No sabía cuánto tiempo estuvimos allí, abrazados, respirando entrecortadamente. Se desplomó contra mí, su cuerpo cayendo por el cansancio, y supe que nuestro tiempo se había acabado. Me retiré suavemente. Mi pecho rugió de satisfacción al ver mi polla cubierta de su crema.

Mis manos se enredaron en su falda, sosteniéndola mientras me agachaba. Estaba a la altura de su coño. Estaba roja, hinchada y absolutamente goteando. Nuestros fluidos mezclados ya se estaban filtrando por su muslo interno.

—Necesito limpiarme —dijo, rompiendo el silencio.

Sonreí y le arranqué las bragas maltratadas antes de bajarle la falda y darle unas palmaditas en el trasero.

—Estás bien así.

Sus ojos se clavaban en mí como dagas.

—De ninguna maldita manera.

Mi agarre era de hierro mientras la apretaba fuerte a mi lado y le besaba la mejilla. Ignorando sus protestas, abrí la puerta de la oficina. Maxim estaba de espaldas a nosotros, vigilando el pasillo.

—Sergey trajo el coche —informó sin darse la vuelta, obviamente sabiendo que no quería que nadie viera a Sienna así, sin importar lo que le había dicho a ella.

—No podemos dejar a Leona —indicó.

La miré incrédulo.

—Creo que estará bien.

—Bueno, sí, claro, pero sigue siendo de mala educación —refunfuñó.

Una risa retumbó en mi pecho mientras guiaba a Sienna por el pasillo hasta la salida trasera.

—Me han llamado cosas peores que maleducado. Creo que sobreviviré a esto.

La ayudé a subir al vehículo, sentándome con ella en la parte de atrás mientras Sergey y Maxim se sentaban adelante. Se quedó dormida en cuestión de minutos. Debería haber estado agradecido, nos evitó tener que hablar de lo que habíamos hecho o sentarnos en un silencio incómodo y prolongado durante el camino de regreso. Pero en la quietud del asiento trasero, su cuerpo cálido y suave apoyado contra el mío, no pude evitar abrazarla.

Las farolas iluminaban el interior del coche mientras conducíamos por la ciudad, dándome destellos fugaces del rostro de Sienna. Su maquillaje estaba embarrado y su cabello hecho un desastre. Era tan hermosa. Un dolor agudo me atravesaba el pecho.

Estar con ella me hacía sentir que tenía el control y que estaba en caída libre al mismo tiempo.

No podíamos tener una relación, no confiaba en ella, y había visto suficientes matrimonios de la *Bratva* como para saber que solo terminaban en tragedia. Pero si nuestras vidas iban a verse obligadas a entrelazarse de igual manera por el bebé, no había razón para privarnos. Mientras tuviéramos reglas. Una estructura para asegurarnos de que no se cruzaran las líneas.

Sienna seguía dormida cuando llegamos a casa, así que la cargué adentro. Dudé en lo alto de las escaleras. Apenas había dormido las últimas tres noches sin ella, y quería…

Mi aliento salió como una ráfaga por la nariz. No importaba lo que yo quisiera.

Cuando llegué a su habitación, me abrí paso entre los montones de ropa, libros, cajas y otras cosas al azar para poder dejarla en su nueva cama. Con cuidado, le quité los zapatos. ¿Se suponía que debía desnudarla? No sabía cómo ser cariñoso, pero sí sabía que cuanto más tiempo me quedara aquí, más probable era que me tumbara a su lado en sus sábanas con aroma a vainilla y me quedara dormido.

Le tapé el cuerpo con una manta y me fui.

31

SIENNA

Un lobo estaba sentado fuera de mi dormitorio cuando abrí la puerta.

—Buenos días, *Vovchyk.*

Suspiró profundamente y me dio un empujoncito en el estómago, lo que me sacó una sonrisa.

—¿Estás estresado porque aún no he desayunado? Lo siento. Estoy un poco lenta esta mañana. —Le rasqué un poco las orejas, pero no quiso aceptarlo. Continuó con los suspiros pesados mientras me guiaba hacia las escaleras.

Al menos alguien en esta casa se preocupaba por mi bienestar.

Inhalé profundamente y solté la respiración despacio. Ya era suficiente autocompasión. Me desperté un poco adolorida y triste. Parte de mí pensaba que Dimitri podría haber dormido en mi cama anoche… o que podría haberme despertado en la suya. Sin embargo, cuando me desperté a las dos de la mañana, necesitando orinar desesperadamente, estaba sola. La noche anterior había sido solo sobre follar, solo que ambos obtuviéramos placer. No estaba tan engañada como para pensar que alguna vez tendría una relación real con mi esposo, mas quizá podríamos tener algo como Emma y Declan. Aunque no podía ignorar del todo el dolor agudo en mi corazón de que la ternura que habíamos tenido entre nosotros en París solo existiría en mi memoria.

Al menos la noche anterior demostró que no había exagerado lo bueno que éramos juntos, la forma en que nuestros cuerpos encajaban perfectamente, la sensación de que él se movía dentro de mí, el dominio que tenía sobre mi placer. Si fuera inteligente con esto, podría aprovecharlo a mi favor. El embarazo me estaba poniendo muy cachonda, ¿y si una aventura casual con mi esposo me daba la liberación que necesitaba sin emociones complicadas? A mí me parecía bien.

Tal vez si me lo repitiera lo suficiente, me lo creería.

Estaba casi en la cocina cuando un grito fuerte y un estruendo me hicieron quedarme paralizada. Vovk se puso delante de mí inmediatamente y clavé mis dedos en su pelaje, con mi corazón latiendo con fuerza.

«¿Qué hago? ¿Lucho o huyo?»

Miré a mi alrededor como si fuera a aparecer un letrero que me indicara cuál era mi siguiente paso. Antes de que pudiera hacer algo, las palabras gritadas desde la cocina penetraron poco a poco mi neblina de pánico.

—Te lo juro por Dios, Leona. ¡Dame una puta razón para no matarte ahora mismo! —El grito de Maxim estaba cargado de una rabia que nunca antes había escuchado en él.

—*Oohh* —dije, soltando un suspiro de alivio y dándole una palmadita en la cabeza a Vovk—. Solo es Leona. Tiende a tener ese efecto en los hombres.

Rodeé hasta la entrada lateral de la cocina y vi a Leona sentada en la encimera, tomando café sin preocuparse por nada. Su brillante cabello rojo estaba recogido en una coleta lisa y vestía ropa táctica negra que ceñía sus curvas. Frente a ella estaban Maxim, Sergey y Konstantin, otro guardia que había conocido brevemente, con sus armas desenfundadas.

—Buenos días —saludé con alegría. Abrí la puerta del patio para Vovk, pasaba la mayor parte de sus días afuera, antes de dirigirme directamente a la máquina de *espresso*—. ¿No creen que sea un poco temprano para un tiroteo?

Los hombres se giraron de golpe para mirarme, y Maxim maldijo y bajó su arma, aunque el cañón seguía apuntando en dirección a

Leona.

—Vete de aquí, Sienna —ordenó Maxim entre dientes—. No es seguro.

Pesé los granos de café y los puse en la cesta del filtro, presionándolos antes de empezar el proceso de preparación.

Apoyé mi cadera en la encimera.

—Nadie estará a salvo si no me tomo mi café de la mañana. —Leona resopló, y yo entrecerré los ojos—. ¿Tu reunión es aquí?

Hasta el momento, Dimitri había realizado sus reuniones de negocios fuera de la casa, pero supuse que era principalmente para alejarse de mí.

—No. Nos reuniremos en una oficina en *downtown*, pero sabía que tendrías un buen *espresso.*

—Sí, estoy segura de que no hay ningún café en el *downtown* de *Chicago* con buen *espresso* —refunfuñé con sequedad—. Supongo que no tocaste la puerta antes de entrar.

Su taza de café apenas ocultaba su sonrisa.

—¿Dónde está la diversión en eso?

Maxim soltó una impresionante cantidad de maldiciones en ruso e inglés.

Tomé la leche de la nevera para hacer mi *latte.*

—Bien, ya lo captamos. Leona, fuiste una chica muy mala. No vuelvas a entrar a la fuerza. Maxim, claramente hay algunas debilidades en la seguridad aquí, así que probablemente deberías agradecerle a Leona por señalarlas para poder arreglarlas. Ahora, ¿Polina preparó el desayuno? Porque si no como algo en los próximos diez segundos, probablemente vomitaré.

Sergey guardó su arma con un gruñido y abrió la puerta de la despensa de servicio. Salió unos segundos después con una bandeja de roles de canela.

Chillé de emoción y salté hacia él.

—Oficialmente eres mi favorito.

Maxim murmuró algo por lo bajo y se marchó enfadado. Sergey y Konstantin se miraron como si no supieran qué hacer.

—¿Estás bien? —me preguntó Sergey.

Clavé un tenedor en el rol de canela más cercano.

—Estoy de maravilla.

Lentamente, él y Konstantin salieron de la cocina.

—*Wow*, eso fue incluso más divertido de lo que pensé —pronunció Leona—. Tráelos para acá. Tengo hambre.

—No hay roles de canela para asesinas que hacen enloquecer a los hombres de la *Bratva.*

—¿Y qué tal para una asesina que fue completamente abandonada por su amiga en el club anoche?

—*Ah,* claro. —Puse los roles en la isla de la cocina entre nosotras y le pasé un tenedor—. ¿Estamos a mano?

—Solo si te fuiste porque te estaban dando duro.

—A una mujer nunca la follan contra la pared en una oficina vacía de un club y lo cuenta.

—Eso es, chica.

Di un sorbo a mi *latte*, ya triste porque mi taza pronto estaría vacía. Al menos había muchos roles de canela. Todavía estaban calientes. Debería comprarles collares de diamantes a Polina y *Sveta*… O yates o algo así para dar las gracias y convencerlas de que nunca me dejen.

—¿Qué tan mala es la seguridad? —inquirí—. ¿Tengo que intervenir?

—Oh no, el sistema de seguridad está realmente bien hecho. Estoy segura de que podría traspasarlo con tiempo y esfuerzo, pero solamente me robé la llave de la casa del bolsillo de Maxim anoche.

Me quedé boquiabierta.

—¿Hablas en serio?

—No te preocupes, la volví a poner en su lugar. —Bebió el último sorbo de su *latte*—. Después de que hice una copia para mí, claro. —Su atención volvió hacia su reloj y frunció el ceño mientras revisaba lo que supuse que eran mensajes de texto.

—¿Todo bien?

—Sí. Es solo tu marido amenazando con matarme, pero también hay un mensaje de Ronan diciendo que me necesita de vuelta en *Boston* esta noche.

Mis labios se curvaron en una sonrisa triste que igualaba la de mi amiga. Sabía que no podía quedarse para siempre, pero no quería

volver a estar sola en un hogar donde casi nadie hablaba inglés y el único que realmente quería pasar tiempo conmigo era un lobo que en ese momento corría por el jardín persiguiendo una mariposa.

—Volverás a visitarme, ¿verdad? —No pude ocultar la vulnerabilidad en mi pregunta.

—Solo intenta deshacerte de mí. —Ella extendió su mano por la isla y agarró la mía, dándole un apretón fuerte—. Eres tan fuerte, Sienna. No te das suficiente crédito por ello, pero lo eres.

—Espero ser lo bastante fuerte para esto.

—No tengo ninguna duda.

—Gracias.

—¿Quieres prepararme un *latte* para el camino?

Fruncí el ceño al recordar que podía tomar todo el café que quisiera. *«Más te vale que aprecies mi sufrimiento, pequeño Nabo».*

—Por cierto, ¿has estado en el Foro últimamente? —indagó.

Miré por encima del hombro mientras encendía la máquina de *espresso*.

—Oh, no. No lo he hecho. —*Umm.* Era extraño que algo que antes consumía mi vida diaria apenas se me hubiera pasado por la cabeza últimamente.

El Foro era donde la gente publicaba trabajos de hackeo y rastreo. Los trabajos solían ser de alto riesgo, así que no había aceptado muchos a lo largo de los años, pero de vez en cuando llegaba alguna petición que era irresistible. El año pasado, acepté un trabajo para cazar a un miembro de bajo rango de la Mafia Irlandesa en Dublín llamado Liam O'Connor, que había secuestrado a la hija de un empresario de alto perfil la mañana de su boda. El hombre con el que se suponía que debía casarse, un destacado traficante de drogas en Dublín llamado Owen Doyle, había publicado el trabajo y ofrecido una gran recompensa para que la regresaran a salvo.

Mi conexión con Leona hizo que fuera casi demasiado fácil encontrar a Liam y a su novia secuestrada escondidos en una cabaña en la costa occidental de Irlanda. Había contratado a su equipo de asesinas para vigilar a la pareja y planear la extracción de la mujer, pero pronto quedó claro que ella quería estar con Liam y que Doyle era el verdadero villano. Les había creado identidades

falsas y había organizado el viaje fuera de la isla mientras el equipo de Leona hacía su trabajo. Al final de la semana, la pareja estaba oculta y bien resguardada en Grecia, Doyle había muerto y todo el dinero que había ganado estaba en mi cuenta bancaria.

No había aceptado ningún trabajo desde París, principalmente porque estaba tan cansada en mi primer trimestre y porque me sentía más reacia a arriesgarme cuando Nabo contaba conmigo… Pero quizás aceptar un trabajo ayudaría con el aburrimiento abrumador.

—¿Has oído hablar de *Souleater*?

Fruncí el ceño. El nombre me resultaba familiar, pero no era uno que hubiera escuchado en años.

—¿Era de la *Bratva*?

—No oficialmente. Nació en Siberia y circulaban rumores de que tenía vínculos con la *Bratva*. De cualquier manera, era un hombre frío y cruel.

—Murió hace unos años, ¿verdad?

—Bueno, esa es la cuestión. Quizá no. Alguien que cree que sigue vivo publicó una oferta de trabajo en el Foro de forma anónima. Ofrecen cien millones de dólares por su ubicación.

Se me alzaron las cejas.

—Mierda. ¿Solo por su ubicación? Eso tiene que ser algo personal.

Ese tipo de pago no era raro en nuestro trabajo, aunque nunca había visto una recompensa tan alta solo por una ubicación. Ese tipo de dinero normalmente se reservaba para trabajos de asesinato con muertes confirmadas.

—Eso es lo que estaba pensando —replicó Leona—. Y si es así, podrían tener pruebas de que *Souleater* está vivo.

Terminé de vaporizar la leche para su *latte* y me di cuenta de que no tenía vasos para llevar. *Eh*, el armario estaba lleno de una cantidad interminable de tazas blancas idénticas y aburridas. Podía llevarse una con ella.

—También he visto muchos murmullos, la gente se pregunta dónde ha estado el misterioso *Hedgehog* últimamente —continuó.

—Seguro que sí.

Leona tarareó, y entrecerré los ojos.

—¿Quieres que acepte el trabajo?

Se encogió de hombros.

—Solo pensé que sonaba como un rompecabezas interesante. Y que si completabas el trabajo, podrías usar parte de tus ganancias para comprarme un avión.

—Usas el avión de Ronan todo el tiempo —señalé con sequedad.

—Pero quiero uno propio —objetó con un puchero—. Podríamos compartirlo. Incluso te dejaría pintarlo todo de rosa.

Puse los ojos en blanco y le entregué el *latte* listo con su adorable arte.

—Veré qué puedo hacer.

32

DIMITRI

Me desperté jadeando, arrastrando aire hacia mis pulmones hambrientos de oxígeno. Esperé a que aparecieran las típicas náuseas y mareos, pero mi corazón acelerado se fue calmando. Tardé unos momentos en sentirlo, la caricia de los dedos contra mi mano. Suave. Relajante. Todo lo que mi vida no era.

Mantuve los ojos cerrados, sin querer dejar pasar ese momento. El dulce aroma a vainilla de Sienna giraba a mi alrededor y mi cuerpo se hundió en el colchón, saboreando la paz que no me pertenecía. Debió de saber que estaba despierto, pero no se apartó, no habló. El mundo se redujo a la sensación de sus dedos contra mi piel, mi ancla en la tormenta.

La necesidad de mirarla creció hasta que la intensidad me obligó a abrir los ojos. Estaba sentada a mi lado, su *laptop* proyectando un resplandor azul en su rostro. Usaba el *trackpad* con una mano mientras la otra subía y bajaba por mi brazo. Entrecerré los ojos, intentando entender las manchas de colores en la pantalla.

—¿Qué estás haciendo?

Sienna no se sobresaltó con mi voz áspera.

—Estoy intentando darle la vuelta a esta heladería. Las ventas han bajado, así que estoy programando una promoción para conseguir más clientes.

—¿Qué?

Una sonrisa se dibujó en sus labios al encontrarse con mi mirada.

—Voy a tener un desafío de venta de una semana contra mi némesis y tengo que ganar.

—¿Némesis?

Asintió.

—*C0zyBrODeezNuts* es el jugador de *CozyScape* número uno en el mundo y debo destruirlo.

Una risa sorprendida se me escapó por la garganta.

—¿Qué carajos?

—¿Qué parte de eso fue confusa? *C0zyBrODeezNuts* va a caer.

Sorprendentemente, eso no aclaró nada.

Mis ojos finalmente se adaptaron y la pantalla se enfocó. Una mujer caricaturizada de cabello castaño estaba poniéndole *frosting* a una línea de *cupcakes*. Sienna presionaba furiosamente, pero el glaseado seguía saliendo ladeado.

—Pensé que añadir otro producto especial nos daría ventaja —explicó—. Pero Mary Margaret aparentemente no tiene las habilidades motoras delicadas necesarias para decorar con manga pastelera.

Gruñí, pero pronto me sumergí en el mundo virtual de Sienna y cuando *C0zyBrODeezNuts* se adelantó en su desafío, mi competitividad salió a la superficie hasta que estaba sugiriendo estrategias que Sienna podría usar para atraer a más gente a su heladería.

Durante todo ese tiempo, no hablamos de mi pesadilla ni del hecho de que ella estaba en mi cama ni que habíamos follado dos noches atrás. Cuando desperté a la mañana siguiente con una cama vacía, algo se removió dentro de mí. Un anhelo de tenerla en mis brazos, sus suaves curvas fundiéndose con mi cuerpo.

Un anhelo por algo que nunca podría tener.

33

DIMITRI

Había estado irritado toda la mañana por dos razones:

1. No tuve una pesadilla anoche. Lo que significaba que no me desperté con Sienna jugando con mi cabello y explicándome su ridículo juego de la heladería. Había progresado bien durante las pocas noches que jugamos juntos, en un momento dado, se quedó a cinco puntos de *C0zyBrODeezNuts* en la clasificación. ¿Había jugado anoche sin mí? Levantarme de mi cama fría, rodeado de sábanas que no olían a ella, me había dejado desequilibrado. Y eso era inaceptable.

2. Salí temprano de casa para reunirme con un nuevo proveedor de explosivos. Hacer explotar cosas debería haber sido un buen comienzo para mi día, salvo que lo único en lo que podía pensar era en la cita médica de Sienna. La que ni siquiera sabía que tenía esta mañana hasta que Polina me llamó a mitad de las pruebas de los explosivos para regañarme por no acompañar a mi esposa a su cita.

Para cuando ella llamó, ya era demasiado tarde para que yo pudiera llegar a la cita. En cuanto terminaron las pruebas, me excusé y volví a casa, dejando a Sergey para negociar los precios con el proveedor.

Cuando llegué a la entrada, estaba vibrando con… algo. ¿Enojo? ¿Irritación? Pero estaba seguro de una cosa: estaba harto de que

todos en mi casa supieran más sobre mi esposa que yo.

Abroché mi chaqueta y ajusté las mangas mientras entraba. Mi primera parada fue la cocina, donde *Sveta* estaba cubriendo con glaseado los *cupcakes* más grandes que había visto en mi vida. Solo otro cambio que Sienna había traído a la casa: la presencia constante de pan horneado.

—¿Son para Sienna?

Sveta dio un salto y el glaseado se esparció por toda la encimera. Miró el desastre, con tensión en sus hombros.

—Lo siento, *Pakhan*. No lo escuché.

Mi expresión se suavizó.

—No hay nada de qué disculparte, *Svetochka*. Siento haberte asustado. —*Sveta* estaba tan bien últimamente que era fácil olvidar la mirada atormentada que sus ojos habían tenido los primeros meses después de ser rescatada. Se había hecho fuerte y, aunque ayudarla nunca me limpiaría las manos después de las cosas horribles que había hecho en mi vida, cuidarla era un intento de equilibrar la balanza.

Me enviaron a Rusia para entrenarme y convertirme en un verdadero soldado de la *Bratva.* Esos años en el complejo fueron largos y oscuros, pero por mucho que intentaron romperme, nunca lograron que lastimara a inocentes. Las cicatrices en mi espalda fueron el precio que pagué por mi resistencia. Tras años de tortura, mi padre se vio obligado a ceder. Me nombró su ejecutor y me dio otros trabajos: forjar nuestros lazos con comerciantes de joyas por toda Europa, cobrar impuestos a quienes estaban bajo protección de la *Bratva,* acabar con enemigos y traidores. Los millones de dólares que había ganado se canalizaron directamente al bolsillo del *Pakhan,* financiando su imperio cruel. Puede que me negara a lastimar a mujeres, niños y animales, pero mis manos seguían tan manchadas de sangre que nunca volverían a estar limpias. Goteaba de mis dedos en mis pesadillas, formando ríos color escarlata que brotaban de mi piel como las almas de todos los que alguna vez había dañado.

Sveta me dedicó una pequeña sonrisa.

—Sí, son para Sienna. Parecía… —Se mordió el labio y mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Parecía qué?

—Parecía un poco estresada esta mañana antes de su cita. Mencionó que el bebé es del tamaño de un *cupcake* gigante esta semana, así que pensé en hacerle uno.

Miré por la ventana de la cocina, tragando saliva por el nudo en mi garganta. Aprendí desde pequeño a reprimir mis emociones, y me volví tan bueno en ello que creí que ya no era capaz de sentir. No obstante, durante este último año, las mujeres en mi vida no paraban de romperme por dentro. Mis hermanas, mi personal… Mi esposa.

Sveta limpió el glaseado derramado y añadió algunos toques finales al *cupcake*.

—Debería llevárselo. —Deslizó el plato y dos tenedores hacia mí.

Fruncí el ceño.

—No, tú lo hiciste. Tú deberías.

—¿Por favor? Hoy estoy muy ocupada.

Mis labios se movieron ligeramente. No era una mentirosa hábil, pero no pude protestar demasiado, me estaba dando la excusa perfecta para acercarme a Sienna.

—Gracias.

Tomé el plato y los tenedores y me dirigí a la parte de la casa que me esforzaba por evitar. Me detuve al llegar al cuarto de sol, asomando la cabeza por la puerta abierta. Sienna y Vovk estaban sentados en el nuevo asiento de la ventana que había hecho la contratista. Su mano estaba enredada en el espeso pelaje de Vovk y se apoyó en su costado mientras ambos miraban el jardín. Había pasado horas viéndola en esta habitación con las cámaras de la casa, pero en persona era diferente. Me quedé en silencio mientras observaba los detalles: la enorme alfombra con estampados rojos en el suelo, el papel tapiz verde oscuro y dorado, un sofá que parecía tan suave y lujoso como los nuevos en la sala, y una mesa en la esquina que tenía un equipo de computación muy sofisticado. Fruncí el ceño. ¿Para qué necesitaba varios monitores?

Vovk miró por encima del hombro y le dio un narizazo a Sienna. Ella volteó, sus labios se entreabrieron al verme.

—Hola. —Su voz era suave… Casi insegura.

«¿Pasó algo malo en la cita?»

Respiré hondo y me obligué a cruzar el umbral por primera vez en años. Le ofrecí el plato.

—*Sveta* te hizo esto.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Eso es un *cupcake* gigante?

Miré hacia abajo a la monstruosidad cubierta de chispas.

—Al parecer.

Se levantó de un salto y cruzó el espacio entre nosotros.

—Qué dulce. —Sus ojos se posaron en los dos tenedores que tenía en la mano y sus labios se curvaron en una lenta sonrisa—. *Oh*, ya veo. Tú me lo estás entregando porque quieres robarme un poco de mi postre.

Fruncí el ceño.

—No, eso no es…

—Es una jugada astuta, pero lo respeto. —Se acercó al sofá y se dejó caer, dando palmaditas en el cojín a su lado—. Supongo que puedo darte un par de bocados, si me lo pides amablemente.

Me senté a su lado en el sofá como un puto cachorro. Vovk estaba a su otro lado, con la cabeza apoyada en su regazo.

—No creo que puedas comerlo, *Vovchyk*. Los *cupcakes* no son para lobitos.

Alcé una ceja.

—¿Dónde aprendiste ese apodo?

—Maxim me lo dijo. Todos merecen un apodo adorable.

La vi llenar su tenedor con un bocado enorme de pastel. Su expresión se transformó en puro placer mientras masticaba.

—¿Qué tal tu cita? —pregunté. Su lengua salió para atrapar un poco de glaseado en el borde de su labio, y mis ojos se fijaron en el movimiento.

—*Oh* —dijo, con los ojos muy abiertos mientras parpadeaba hacia mí—. Estuvo bien.

—Y el… ¿bebé *Cupcake* está sano?

En ese instante, su rostro se iluminó con una sonrisa auténtica que me dejó sin aliento.

—El bebé *Cupcake* está muy bien. *Um,* hoy no me habían programado una ecografía, pero estaba ansiosa y al final me la hicieron. Tengo las fotos. ¿Quieres verlas?

Clavó los dientes en su labio. Mis dedos se movieron con la necesidad de sacarlo y frotar el pulgar sobre la marca.

—Sí. Quiero verlas.

Su sonrisa estaba de vuelta. Me entregó el *cupcake*, hizo un gesto *de "te estoy viendo"* y saltó para agarrar algo de su escritorio. Cuando volvió, se sentó a mi lado y se acercó hasta que nuestras piernas se juntaron.

Me ofreció las fotos pequeñas. Puse el *cupcake* sobre la mesa de centro y las tomé con manos temblorosas. No sabía qué esperar, pero se me oprimió el pecho al ver lo que claramente era un bebé. Estaba acurrucado con las manos junto a su cara.

—Es genial, ¿verdad? El bebé se está chupando el dedo. ¿Puedes creer que pueden hacer eso siendo tan pequeñitos?

Miré entre el *cupcake* sobre la mesa y las fotos, intentando asimilar lo pequeño que era.

—Y luego estas fotos son de mi primera ecografía. —Ella me mostró su teléfono y mi mirada saltó entre la pequeña mancha gris en la pantalla y el bebé en las impresiones.

—Ha crecido mucho.

Sienna no se burló de mi comentario forzado.

—Increíble, ¿verdad? Aquí, el bebé era del tamaño de una lenteja.

No podía dejar de mirar al bebé *Cupcake.*

—¿Hay alguna forma de que pueda tener una copia de esto?

Su mano agarró mi antebrazo.

—¿De verdad quieres una?

Asentí.

Sus ojos brillaron y mi corazón se me subió a la garganta, pero ella solo soltó un pequeño suspiro y se apoyó en mí. Contuve la respiración, aterrorizado de que se alejara. Cuando me quedé quieto, se relajó aún más, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Nosotros hicimos eso —susurró.

La tensión en mi cuerpo se fue desvaneciendo poco a poco y con cautela la rodeé con mi brazo, entrelazando nuestros cuerpos con delicadeza. Nos quedamos sentados sin hablar, con la mirada fija en las fotos de la ecografía. Era silencioso. Tranquilo. Y totalmente peligroso. Porque rompía todas las reglas no escritas que había establecido para ayudarme a mantener mi distancia. Nuestras reuniones a medianoche no parecían reales, pero ahora estábamos a plena luz del día y me había quedado sin excusas.

Al cabo de unos minutos, me picoteó un costado y señaló al *cupcake*. La comisura de mis labios se curvó en una sonrisa mientras me inclinaba hacia adelante y lo agarraba. Se quedó pegada a mí en tanto devoraba el pastel. Aún quedaba bastante cuando dejó su tenedor.

—¿Llena? —pregunté.

—Por ahora. Seguro que pronto tendré hambre de nuevo.

Consideré comer un bocado, pero quería que tuviera todo lo que quisiera.

Mi corazón se apretó dolorosamente cuando ella se sentó, apoyándose en los cojines en lugar de en mí.

—¿Te gusta la habitación? —preguntó.

Lo curioso era que sí. Ni siquiera me molestó que ella misma se hubiera apoderado de las habitaciones que quisiera y hubiera pedido decenas de miles de dólares en mierda para la casa con mi tarjeta de crédito.

—Ahora hay más lugares para sentarse.

Me empujó el brazo.

—Un gran elogio —refunfuñó con sequedad—. No te preocupes, no les diré a todos los hombres intimidantes de la *Bratva* que a su *Pakhan* le gusta el papel tapiz floral. —Frunció el ceño—. ¿Cómo diría eso? *Pakhan lyubit tsvetochnyye steny*.

Me reí de su frase algo absurda, "al *Pakhan* le gustan las paredes de flores", pero el progreso que había hecho en solo unas semanas era asombroso y su acento era impresionante.

—Has aprendido mucho.

—*Sveta*, Polina y Aleksei me han estado ayudando a practicar, aunque parece lento. Pero estoy decidida a aprender, para poder hablar con todos.

Una sensación que rara vez experimentaba creció en mi pecho. No estaba seguro de qué era… y casi se sentía como culpa.

—Esta es la casa en la que creciste, ¿verdad? —inquirió.

Levanté la barbilla.

—Hasta que cumplí dieciséis.

—¿Fue entonces cuando te mudaste a Rusia?

Se me tensó la mandíbula.

—Sí.

—Debe de ser extraño estar de vuelta aquí. Sé que no era un lugar muy feliz, al menos, no lo fue para Sofiya y Mila.

Se me revolvió el estómago de lo fácil que me leía. Me hacía sentir expuesto, despellejado y tentado a salir corriendo de la habitación como un cobarde. Pero entonces tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Matteo y yo nunca volvimos a la casa donde crecimos, ni siquiera después de que derrotara a nuestro tío. Renovar los departamentos de nuestro nuevo edificio me dio algo en qué enfocarme e hizo que se sintiera más como un hogar. Espero que renovar este lugar te haya hecho sentir como si fuera algo nuevo.

Quería atraerla a mi regazo. Presionar mi cara contra su cabello.

—Esta habitación pertenecía a mi *mama*. Era su lugar favorito de toda la casa. —Me paralicé ante la confesión que salió de mis labios sin mi permiso.

Inhaló entrecortadamente.

—¿Está bien que esté aquí? Debí haber preguntado antes de hacer algo en la habitación.

«Verte aquí es la mejor parte de mi día».

«A mi mama le habrían encantado todos los cambios que hiciste».

«Ella te habría amado».

Se me erizó la piel. *Blyat.* No podía olvidar lo peligrosa que era, lo fácil que podía destrozarme.

Me levanté de golpe.

—Está bien. Nadie estaba usando la habitación.

—Gracias por traer el *cupcake*. —La dulce voz de Sienna me siguió mientras caminaba hacia la puerta. No me detuve, no volteé. No podía bajar la guardia. Había demasiado en juego para mí como para perder la concentración. Para cuando conducía hacia mi oficina en *downtown*, ya tenía el control de nuevo, aunque el perfume de Sienna permanecía en mi chaqueta.

34

DIMITRI

¿Cómo había podido pasar años sin sexo, pero solo habían hecho falta seis días evitando a mi esposa para hacerme perder el control?

Paseaba por la pequeña habitación del sótano. No había planeado venir esta noche, pero no tenía opciones. Era pelear o follar, y la única mujer con la que quería follar estaba prohibida. Cada vez que estaba cerca, cortaba más de mis defensas con su belleza y encanto. Si me quedaba demasiado tiempo cerca de ella, me arrastraría hacia las profundidades acuáticas, y yo le daría las gracias, carajo.

Me desnudé hasta quedarme en *shorts*, zapatos y guantes. Un escalofrío me recorrió cuando el aire frío del conducto de ventilación golpeó mi pecho desnudo. Esta parte nunca era fácil. No la pelea, eso era más fácil que respirar, sino estar expuesto.

Me giré para mirar mi espalda a través del espejo sucio de la pared. Las feas cicatrices eran blancas y arrugadas, cada una un recordatorio de la tortura que había soportado. Sacudí mi cuerpo, aflojando los brazos y el cuello. Me negué a permitir que alguien viera las grietas en mi fachada, la vulnerabilidad contenida en cada horrible cortada. Recordatorios de que era mortal y podía sangrar.

El toque fantasma de los labios de Sienna rozó mi piel.

Aquellos días en París se sintieron como mi salvación, un pedazo del paraíso que no merecía y que nunca volvería a tener. Ahora era una tentación constante y enloquecedora que me había echado de mi casa. Me había alojado en un hotel en el centro las últimas cinco noches por su culpa. Estaba furioso, funcionando con unas pocas horas de sueño y la echaba de menos como un puto idiota.

Abrí la puerta de golpe con un gruñido y me encontré inmediatamente con la expresión de desaprobación de Maxim. Me hizo hervir la sangre. Maxim era la persona más cercana que tenía a un amigo, un hermano. El bastardo de su padre lo había enviado al complejo un año después de que yo llegara para entrenar. Habíamos sobrevivido juntos a los crueles años en Rusia y trabajado juntos para recuperar *Chicago* de mi padre, pero estar aquí, bajo el peso de su juicio, me hacía sentir como el niño patético y débil que solía ser.

Le pasé de largo, bajando por el pasillo subterráneo y subí una estrecha escalera, emergiendo en un mundo diferente.

Una de las primeras cosas que hice como *Pakhan* fue transformar un antiguo almacén de la *Bratva* en un exclusivo *ring* de peleas clandestinas donde los más ricos de la ciudad pudieran saciar su sed de sangre a la par que el alcohol y el dinero bajaban sus inhibiciones y les soltaban la lengua. Un bar largo y dorado alineaba la pared trasera y las camareras en *topless* ofrecían bebidas y bailes privados. El peso de la anticipación flotaba en el aire mientras políticos adinerados, celebridades y CEOs celebraban su buena fortuna al recibir una codiciada invitación a *Mayhem*.

Pocas personas entendían que el verdadero poder no dependía de quién era el más violento; mantener el control sobre una ciudad dependía de *recopilar secretos*. El chantaje y la manipulación podían derrocar un régimen más rápido que cualquier arma, así que construí mi propio lugar para recolectar munición y lo llené con gente que solo me era leal a mí. Todas las mujeres que trabajaban aquí eran las que yo había ayudado a rescatar de la trata. Incluso cuando se les dio la oportunidad de dejar la ciudad y empezar una nueva vida, muchas decidieron quedarse. Sus cuerpos, antes la fuente de su sufrimiento, eran ahora la clave de su poder mientras les sacaban confesiones en voz baja a los clientes. La mayoría no

entendería su decisión de trabajar aquí, pero yo sí. Me habían obligado a pelear de niño, y ahora era lo único que me mantenía con los pies en la tierra.

Mayhem no era solo para atraer a los ricos de la ciudad; era esencial para mi cordura. La única forma de derrotar a mis demonios. Para recuperar el control sobre las pesadillas.

Al menos, había sido la única manera.

Salí de las sombras entre vítores estruendosos. Maxim creó espacio a mi alrededor mientras yo me abría paso entre la multitud hasta el *ring* y me levantaba. Mi oponente ya estaba en él, poniendo al público en un frenesí. Pronto estaría usando mi cuerpo de la única forma útil que podía: para dar dolor y muerte.

La noticia de que pelearía esta noche se había extendido como la pólvora, y la sala estaba aún más llena de gente deseosa de ver a Dimitri Ivanov, el infame peleador clandestino, destruir a su oponente.

Maxim terminó de vendarme las manos y me agarró de los hombros.

—¿Estás seguro de que puedes hacer esto?

Mi mirada furiosa se dirigió hacia la suya, pero no se echó para atrás. Me solté de su agarre.

—Ten cuidado. Parece que me estás cuestionando.

Un crujido del micrófono cortó el aire cuando el presentador dio un paso adelante. Maxim salió del *ring*, con la mandíbula apretada.

—¡Damas y caballeros, bienvenidos a *Mayhem*! —Gritos y aplausos recibieron el saludo vociferado del presentador—. Son de los pocos privilegiados que han visto un enfrentamiento así. ¿Están listos para presenciar la historia esta noche? Solo quedan tres minutos para hacer sus apuestas. ¿Saldrá victorioso Dimitri Ivanov, el Lobo de Invierno, o Yuri Volodin, el Martillo de Hierro?

La habitación estaba empapada de dinero, alcohol y sed de sangre. Mi oponente, un bruto enorme de Moscú, se dirigió hacia la multitud y bramaba, con los tendones de su cuello rojos y sobresaliendo mientras provocaba a todos. Lo ignoré con una mirada fugaz. Nunca le daba la espalda a una amenaza, pero el instinto me decía que este hombre no era un peligro para mí. Los espectadores

levantaron las manos para hacer sus apuestas, un total que fácilmente se dispararía hasta los siete dígitos al final de la noche.

Esta sala estaba llena de la peor calaña. Rustik se burlaba de mi costumbre de pelear en *rings* clandestinos. Creía que la autoridad de un *Pakhan* se subvertía cuando se ensuciaba las manos.

Los años me habían enseñado lo contrario.

Un *Pakhan* que se negara a ensuciarse las manos no sería *Pakhan* por mucho tiempo. Los verdaderos líderes eran los primeros en lanzarse a la pelea, emergiendo con los nudillos ensangrentados y heridas goteando.

Salté sobre las puntas de los pies, manteniéndome caliente y ágil mientras el presentador gritaba al micrófono. La multitud bramó y mi oponente rugió. Lo ignoré todo. Un ruido blanco llenó mis oídos, y una manta de calma tranquilizó mi lucha interna.

Sonó la campana y di un paso adelante.

35

SIENNA

La cabeza de *Vovchyk* se balanceaba de un lado a otro, siguiendo mis movimientos mientras paseaba por la habitación.

—Juro que no suelo ser así —le dije—. Todo es culpa de la pequeña Granada. —Señalé mi estómago y luego me sentí mal al instante. Mi mano sostuvo mi barriga—. Lo siento. No lo dije en serio. Es solo que… ¡Necesito…! —grité y me lancé a la cama.

Estas hormonas del embarazo iban a acabar conmigo. Nunca había estado tan cachonda en toda mi vida y mi estúpido esposo, *que me había hecho esto,* no estaba por ninguna parte. Compartimos un momento en el cuarto de sol, mirando juntos la ecografía, y fue perfecto. Al menos hasta que huyó de mí y se quedó lejos seis. Jodidos. Días.

Algo me pinchó en la costilla. Gruñí mientras movía un vibrador de debajo de mí. Un vibrador muerto e inútil. Lo lancé sobre el colchón para que se uniera a mi tumba de juguetes sexuales.

¿Qué se suponía que debía hacer? Necesitaba un consejo, pero no había nadie con quien pudiera hablar. Estaba bastante segura de que pedirle consejos a Sofiya para seducir a su hermano haría que ambas quisiéramos morir, así que ella estaba descartada. Leona probablemente me diría que amarrara a Dimitri a la cama y no lo

soltara hasta que estuviera completamente satisfecha. Y, aunque la idea tenía mérito, no sabía nada sobre hacer nudos buenos.

Abrí un mensaje de texto a Julieta.

SIENNA

¿Se puede morir de excitación?

JULIETA

Sí. Sí que puedes.

SIENNA

Estas no son buenas noticias

JULIETA

Umm, ¿dónde está tu esposo?

Mierda. Seguía fingiendo que mi matrimonio iba genial.

SIENNA

Ha estado ocupado con el trabajo

JULIETA

Qué bastardo. ¿No sabe que cuidarte es el trabajo más importante?

SIENNA

¡Eso es lo que digo! ¿Alguna sugerencia? ¿Cómo seduces a Romeo?

JULIETA

Umm, no sé… si solo pienso en sexo, tiende a materializarse frente a mí

SIENNA

Zorra

JULIETA

¡Ahh, perdón! Bien, déjame pensar. A veces los mafiosos están completamente absortos en su trabajo. Así que deberías presentarte donde él esté y verte ardiente

SIENNA

¿Eso no me hace parecer desesperada?

Julieta

¡No! Porque todo lo que haces es aparecer y entonces él es el que pierde la cabeza y se quiebra

Me mordí el labio. ¿Y si no se quebraba? ¿Y si acababa más humillada y *aún* cachonda? *Ugh*, estaba demasiado desesperada para ser orgullosa en este momento. Entré furiosa a mi armario, pasando mi mano por los vestidos que *Sveta* me había ayudado a colgar. Me detuve cuando mi mano rozó un vestido dorado. Era uno de los vestidos que June había elegido para mí el día que me hice la prueba de embarazo. Era bastante exagerado, todo dorado brillante, con un escote bajo forrado de plumas y una abertura tan alta que limitaría mis opciones de ropa interior. ¿Todavía me quedaría? Me quité la ropa rápido y me lo puse. Mis pechos estaban peligrosamente arriba y me quedaba ajustado en la cintura, pero había suficiente elasticidad en el material para que la cremallera cerrara. Me di la vuelta para ver mi trasero en el espejo. Diablos, me veía bastante bien. Tomé una foto y se la envié a Julieta.

SIENNA

Deséame suerte

JULIETA

Maldita sea, mama. No hace falta suerte cuando te ves así

Me quedé al fondo del club con Konstantin y Sergey, disfrutando de la energía eléctrica. El club ofrecía una mezcla interesante de crudeza, con su *ring* de combate elevado en el centro de la sala, un lujo extravagante, con su bar dorado y reluciente y licor de primera. Mujeres hermosas, sin camiseta, con *shorts* de encaje, minifaldas y tacones, servían bebidas y aceptaban apuestas. Invitados vestidos

con diseños de alta costura, orgullosos de haber conspirado y sobornado para conseguir entradas para la última pelea del infame Lobo de Invierno. Prácticamente vibraban de emoción ante la oportunidad de añadir un poco de peligro a sus vidas aburridas. Claude *le Boring* probablemente se sentiría como en casa.

Mientras los hombres babeaban por las camareras, no hicieron más que mirar. El espacio estaba lleno de porteros listos para intervenir. Aumentó mi respeto por Dimitri. Puede que fuera un pésimo esposo, pero al menos era un buen jefe.

La ausencia de Dimitri me había dejado con demasiado tiempo libre. Le hice una broma a Sergey cambiando todas sus cuchillas por unas de plástico. Había sido divertido, pero echaba de menos tener a Dimitri cerca para molestarlo.

O quizá, simplemente extrañaba a mi esposo.

Nunca se me dio bien estar sola.

Cuando los guardias se negaron a decirme dónde estaba Dimitri esa noche, fui con Polina. Usó su aplicación de traducción para darme su ubicación, y luego obligó a Sergey y Konstantin a traerme. Gracias a Dios por ella. Claramente no querían decir que sí, pero Polina gobernaba la casa con mano dura.

El presentador animó al público e hizo una última llamada para las apuestas. Le di un codazo a Sergey y suspiró antes de detener a una camarera. Se acercó a nosotros con paso tranquilo, caderas curvilíneas y las puntas de sus pechos adornadas con joyería, balanceándose con cada paso.

Ella arqueó una ceja al encontrarse con mi mirada.

—¿Vas a apostar, guapa?

—Claro que sí. —Llené mi tarjeta de apuestas y se la devolví, aprovechando para deslizar un billete de cien dólares en la cintura de su falda con un guiño. Sergey gruñó mientras la mujer me lanzó un beso antes de darse la vuelta.

—¿Estás celoso? —pregunté.

Me miró con desaprobación.

—Solo intento averiguar cómo voy a salir vivo de esto.

Resoplé.

—Los hombres de la *Bratva* son tan dramáticos.

Sergey murmuró algo por lo bajo, y Konstantin soltó una carcajada. Me giré hacia el guardia y entrecerré los ojos. ¿Había entendido lo que le había dicho? Porque se suponía que no sabía inglés. Cada vez sospechaba más que algunas personas en la casa podían entender más de lo que aparentaban. Todo empezó cuando estaba comiéndome mi segundo *cupcake* gigante. No pensé nada del regalo de *Sveta* cuando Dimitri me lo trajo por primera vez, pero luego me di cuenta, ¿cómo había sabido *Sveta* el tamaño del bebé cuando la única persona a la que se lo conté fue Maxim?

No haría nada respecto a mis sospechas… todavía. A veces valía la pena mirar y esperar.

La música cambió, las luces se atenuaron y un hombre gigantesco emergió de una puerta al lado derecho de la habitación. Se golpeó el pecho desnudo con un rugido que hizo estallar en vítores al público. La luz rebotó en dos dientes de oro en su fea sonrisa al entrar en el *ring.* Sentía que era tres veces más ancho que Dimitri.

Miré a Sergey y Konstantin.

—¿Ese es contra quien va a pelear?

Sergey sonrió con suficiencia.

—No te preocupes. El *Pakhan* ganará.

Mi corazón latía con fuerza mientras escaneaba la multitud buscando a mi esposo. Una gran ovación recorrió la multitud, y allí estaba. Dimitri apareció por el lado izquierdo del salón y mi pecho se estremeció. ¿Se había puesto más *sexy* en los últimos seis días? O quizá era el pecho desnudo y los *shorts* negros ajustados lo que realmente me estaba provocando algo. Esperaba que esta pelea terminara rápido porque estaba lista para treparlo como un árbol.

Sonó la campana. Tan rápido como un rayo, Dimitri se lanzó hacia adelante y golpeó los riñones de su oponente. El Martillo de Hierro retrocedió tambaleándose y Dimitri se agachó para barrer sus piernas. El gigante de alguna manera se mantuvo en pie y torpemente lanzó su cuerpo contra Dimitri, logrando darle un golpe en el hombro. Inhalé bruscamente, pero mi esposo ya estaba parado otra vez, sin ningún cambio en su expresión vacía.

Mi única exposición a las peleas fue ver a los hombres de mi hermano practicar, pero eso no me había preparado para esto. Era visceral y salvaje, una danza creada para la destrucción. Me sobresalté cuando el Martillo de Hierro le lanzó un puñetazo fuerte que estaba segura de que golpearía la mandíbula de Dimitri, pero él lo esquivó y devolvió el golpe con una patada a las costillas de su oponente. La multitud se volvió frenética a medida que la pelea aceleraba hasta convertirse en un torbellino de extremidades, acertando y esquivando golpes duros.

Nunca me había considerado aprensiva, pero mis manos se cerraron en puños y mis hombros se tensaron mientras la sangre goteaba por la mejilla de mi marido.

Dimitri peleaba como si no tuviera nada que perder, y yo lo odiaba.

Su espalda se flexionó mientras esquivaba otro golpe. Había trazado sus cicatrices con la lengua, sentí sus músculos contraerse bajo mis dedos a la par que embestía dentro de mí, sin embargo, la ternura que me mostró no se encontraba en sus movimientos brutales.

Si bien mi plan era quedarme en las sombras, mi autocontrol se rompió cuando el puño del Martillo rozó su muslo. Sergey dijo que estos combates terminaban con una derrota o un *knock-out*, pero nadie se rendía jamás. Necesitaba acercarme, asegurarme de que estaba bien.

Me moví hacia adelante, para disgusto de mis guardaespaldas, que gruñían a cualquiera que siquiera me mirara. Me moví lentamente entre la multitud hasta llegar al borde del *ring*. Desde esta posición, las gotas de sudor que goteaban del pecho de mi esposo eran evidentes.

Dimitri conectó un fuerte golpe en la cabeza del Martillo de Hierro. El gigante logró mantenerse en pie, pero Dimitri no le dio oportunidad de recuperar el equilibrio. Avanzó, asestando una serie de golpes duros en sus costillas. Por primera vez, la expresión vacía de Dimitri se rompió. Una sonrisa se dibujó en sus mejillas, aunque no había nada amistoso en ella. Era fría y feroz, enviando un escalofrío por mi espalda. La multitud ovacionaba con una creciente

sed de sangre y yo me uní, con mi pecho rugiendo con una mezcla de emoción y miedo.

Dimitri estaba a punto de rematar a su oponente cuando se quedó paralizado. Poco a poco, se giró como si algo primitivo en su interior pudiera percibir exactamente dónde estaba.

Sus ojos ardientes se posaron en mí y algo cruel se retorció en su expresión. ¿Quería pelear conmigo… O follarme?

36

DIMITRI

El Martillo de Hierro se agarraba el costado, sus fosas nasales ensanchándose con cada respiración dificultosa. Una sonrisa enferma se dibujó en mi rostro. Definitivamente le había roto algunas costillas. Mi satisfacción se desvaneció rápidamente al darme cuenta de que esta pelea había terminado y que la inquietud dentro de mí ni siquiera se había calmado.

—Dame una buena pelea, maldito miserable —siseé.

Gruñó y lanzó un golpe torpe. Lo esquivé fácilmente mientras él sudaba como un cerdo atrapado.

Algo oscuro y furioso arañaba mi pecho, como si quisiera destruirme por dentro. Di un paso hacia mi oponente para asestar el golpe final cuando el aire cambió. Se me erizó la piel y cada célula de mi cuerpo se puso tensa instantáneamente antes de que supiera por qué.

Giré despacio, como si una fuerza magnética me arrastrara hacia su órbita. Mis ojos se posaron en ella. Mi esposa.

Mi. Jodida. Esposa.

Su largo cabello caía en rizos sueltos, desbordándose sobre su escote bajo. Sus pechos estaban levantados, llenos, redondos y deliciosos, y su mano descansaba sobre el pequeño bulto de su

vientre. Una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios mientras me observaba con su mirada seductora.

Mi piel se sonrojó y una serie de maldiciones se me escapó entre dientes apretados. ¿Cómo llego hasta aquí? Sergey y Konstantin la flanqueaban a ambos lados. Mi rabia crecía, alimentándose de la bestia enfadada que llevaba dentro.

Y entonces Sienna me lanzó un beso y yo exploté.

Agarré un lado del *ring* y salté fuera. La multitud gritó, el Martillo rugió, la voz del presentador sonó por los altavoces, pero nada de eso importaba. Solo ella.

La multitud se apartó de mí con los ojos muy abiertos y gritos ansiosos, pero Sienna se mantuvo erguida y segura, sin inmutarse cuando le agarré la barbilla.

Se me dilataron las fosas nasales.

—¿Qué carajos haces aquí?

—Escuché que había una pelea que no podía perderme.

La pequeña curva de sus labios hizo que mi corazón se acelerara. Me acerqué.

—Eres tan malcriada, joder.

Ella ladeó la cabeza.

—Parece que tu oponente está listo para volver a pelear.

Eché un vistazo rápido por encima de mi hombro. El Martillo seguía en pie. La sangre brotaba de su nariz y su pecho se agitaba mientras luchaba por respirar profundamente, pero no importaba. Había dejado el *ring.* Perdido, por primera vez en mi vida.

Esperé a que la vergüenza de mi padre me invadiera, aunque nunca llegó. En cambio, cada latido de mi corazón era un recordatorio de que yo estaba aquí, vivo, y él no.

Volteé hacia Sienna.

—De ninguna puta manera te dejaré aquí viéndote así.

Se balanceó hacia adelante hasta que sus pechos y la curva de su vientre se presionaron contra mí.

—Viéndome ¿cómo?

Mi pecho retumbó con algo parecido a un gruñido mientras clavaba mis dedos en sus caderas.

—Como un maldito sueño húmedo.

—¡Damas y caballeros! ¡Tenemos a nuestro ganador, el Martillo de Hierro!

La multitud estalló en un caos confuso, pero Sienna no les prestó atención.

—Parece que perdiste.

Puse los ojos en blanco.

—Me pregunto por qué, ¡maldición!

Deslizó sus dedos por mi pecho desnudo.

—Todos los que apostaron por ti estarán furiosos. Menos mal que aposté bastante al Martillo de Hierro. Me iré con cien mil. No está mal.

Tardé un instante en asimilar sus palabras.

—Tú *¿qué?* —La bestia desgarradora dentro de mí echó la cabeza hacia atrás y se rio. Mi pequeña y astuta esposa.

Antes de que pudiera decir algo más, la subí en mis brazos y la llevé hasta la salida. Maxim, Sergey y Konstantin nos rodearon, evitando que la multitud atónita se acercara demasiado.

El aire frío de la noche me golpeó la piel húmeda al salir del club, pero seguía ardiendo por dentro. En lugar del conocido hervor de rabia, un latido constante de emoción y expectación me llenó. Maxim abrió la puerta del coche y yo senté a Sienna en el asiento trasero antes de subir. La puerta se cerró y la pantalla de privacidad subió, separándonos del resto del mundo.

—Espero que tu pequeño juego haya valido la pena, *Malyshka.* —Enmarqué su cuerpo, su cercanía alimentando a la bestia que llevaba dentro.

Me pasó los dedos por el cabello, tirando de mí hacia abajo hasta que nuestros labios quedaron casi tocándose.

—Eso depende de lo que pase después.

Maldecí y froté mi mejilla contra la suya, saboreando su suavidad.

—Estás suplicando por un castigo, ¿verdad? —Mi mano subió por su muslo, forzando sus piernas a separarse hasta que acaricié su coño ardiente.

No respondió, pero la forma en que se arqueó contra mi mano lo decía todo. Estaba necesitada y *goteando*.

—Demonios, tan desesperada por mí, *Emma.*

Sus ojos se encendieron y nos hundimos en nuestros *alter ego*… al refugio de nuestro juego y la distancia que mantenía entre nosotros.

Con un gruñido, me acerqué al suelo del coche. Dejó escapar un suave llanto cuando le apoyé las rodillas en el asiento, dejándola completamente expuesta para mí. Olía tan bien, dulce y madura, como un durazno. Quería que sus jugos cayeran por mi barbilla.

Rompí el encaje escaso de sus bragas y me lancé a su coño, lamiendo y chupando como si mi vida dependiera de ello. La bestia dentro de mí se calmó por primera vez en días. Este era el alivio que buscaba en el *ring,* pero que en este momento solo podía obtenerlo de su coño.

Cada gemido que le arrancaba me golpeaba el pecho como un rayo de electricidad.

—¡Por favor! —suplicó—. Estoy tan cerca.

Le di un último mordisco a su clítoris y me aparté, sentándome sobre mis talones y relamiendo mis labios. Sus suaves gemidos casi me hicieron ceder, pero me obligué a mantenerme fuerte. Tenía que aprender que podía jugar a todos los juegos que quisiera conmigo, pero yo siempre saldría ganando.

Le agarré el cuello.

—¿Quieres correrte, cariño?

Ella asintió, con los ojos vidriosos de placer.

Mis dedos acariciaban perezosamente su coño, creando pequeños sonidos húmedos con cada movimiento.

—Estás muy cerca, ¿verdad? Tan lista para desmoronarte por mí.

Se retorcía, sus caderas empujando, intentando empujar mis dedos más profundamente.

Los alejé por completo.

—¿Recuerdas lo que te dije la última vez que saliste vestida como una zorra?

—No soy una zorra —siseó, con sus ojos encendidos.

—*Mmm*, ahí es donde te equivocas. —Me acerqué hasta que su rostro era todo lo que podía ver—. Eres mi pequeña zorra, y tu cuerpo es solo para mis ojos.

El coche se detuvo y no perdí tiempo en abrir la puerta. Sienna parpadeó, con una expresión adorablemente confundida al darse cuenta de que estábamos de vuelta en la casa. La saqué del coche y la llevé adentro, encantado de cómo se acurrucaba contra mi pecho y lamía la sal de mi garganta. Me encantaba lo obediente que se volvía cuando estaba desesperada por venirse.

Entré directamente a mi habitación, ignorando la voz en el fondo de mi mente que me decía que era una idea horrible. Que necesitaba mantener mi distancia. Que solo deberíamos follar fuera de casa para mantener ordenado este juego entre nosotros.

Esa voz podía irse a la mierda porque mi polla era un bulto enorme y tenso en mis *shorts.* Si no me enterraba dentro de ella en los próximos minutos, perdería la cabeza.

La llevé al baño y la dejé en el suelo para poder encender la ducha y quitarme la ropa. Sus ojos hambrientos me observaron mientras se recostaba contra el tocador, su mirada recorriendo mi cuerpo sin vergüenza.

El aire entre nosotros arrojaba chispas de tensión. Avancé hasta casi tocarnos, mi polla erecta presionando contra mi vientre, desesperada por penetrar su pequeña y ajustada vagina. Mi mano recorrió las curvas de su cuerpo hasta llegar a su garganta. La agarré con facilidad, apretando cada lado lo justo para llamar su atención. Para hacerle sentir lo profundamente que estaba bajo mi control.

—Si alguna vez dejas que alguien más te vea así otra vez, no te gustarán las consecuencias.

Frunció el ceño en una mueca adorable.

—No puedes controlar lo que me pongo.

Apreté más su cuello. Sus ojos se encendieron con excitación y el más mínimo destello de miedo.

—Ya hemos pasado por esto. Ese anillo en tu dedo dice que eres mía. —Me incliné y mordí la parte superior de su pecho. Su gemido fue directo a mi polla. Una profunda satisfacción, como nada que hubiera sentido en años, me invadió al ver mi marca en ella. No pude resistirme a añadir un mordisco igual al otro lado—. Y si quieres correrte esta noche, te lo ganarás de rodillas.

—Jódete —soltó, pero había un tono entrecortado en su voz.

Sonreí.

—Todavía no.

La agarré por las caderas y la giré para tener acceso a su cremallera. Apoyó sus manos en la encimera, arqueando su trasero mientras yo le daba mordiscos por la columna con cada centímetro de piel expuesta hasta quedar desnuda ante mí.

Mis manos exploraron su cuerpo, apretando sus caderas y acariciando la curva de su vientre. Nuestras miradas se cruzaron en el espejo. La intensidad del momento me abrumó y aparté la mirada.

Mantuve mi agarre en su cadera mientras la guiaba hacia la ducha. Echó la cabeza hacia atrás, gotas de agua resbalando por su piel y oscureciendo su cabello. Le acaricié la mandíbula.

—Abre esos bonitos labios para mí. —Mi nariz se deslizó de su mandíbula a su oreja antes de clavar mis dientes en su lóbulo—. Arrepiéntete. Muéstrame lo mucho que sientes haberte comportado como una mocosa malcriada.

Su mandíbula se tensó y su nariz se frunció ligeramente mientras lidiaba con su rebeldía. ¿Me había pasado de la raya? Soltó un bufido irritado antes de arrodillarse lentamente. Mantuve mis manos sobre ella, asegurándome de que no se resbalara mientras luchaba por no esbozar una sonrisa satisfecha.

El chorro del agua golpeaba mi espalda, protegiéndola, mientras su mirada se cruzaba con la mía y entreabría sus labios. Inhalé bruscamente y metí mi pulgar en su boquita caliente.



37

SIENNA

La mirada de Dimitri me mantenía en trance. ¿O era Declan? Los límites entre nosotros se distorsionaron, difuminando las líneas sobre dónde estábamos, pero no sobre lo que yo quería. Apreté mis muslos para aliviar el dolor del orgasmo que se me negó mientras lo esperaba de rodillas, con los labios entreabiertos para tomar su polla. Estaba tensa contra su estómago, gruesa, colorada y goteando líquido preseminal.

Debería haber protestado por su trato degradante, la forma en que reclamaba ser dueño de mi cuerpo y de mi placer. Pero por mucho que me quejara, la verdad era que me encantaba.

Y él lo sabía.

Por fin podía dejarme llevar, calmar el caos constante en mi mente y simplemente *sentir*.

Me agarró la mandíbula, entrelazó sus dedos en mi cabello húmedo y embistió en mi boca. El *shock* me hizo tener arcadas. Murmuró palabras bajas y salió casi del todo, dándome un momento para recuperar el aliento. Volvió a embestir, esta vez con más suavidad, para que pudiera adaptarme a su tamaño. Lo chupé, obligándome a relajar mi garganta mientras él se metía más profundo. Dimitri soltó un montón de ruso que no entendí, mas

saboreé la desesperación en su voz, el abandono con el que movía las caderas y guiaba mi mandíbula exactamente donde quería.

No pasó mucho tiempo antes de que se corriera con un gemido, las yemas de sus dedos clavándose en mi piel, las cuerdas de su garganta tensándose. Tragué con rapidez, desesperada por tenerlo todo, por ser su buena chica otra vez.

—Carajo, nena. —Me ayudó a ponerme de pie con gentileza. Me desplomé contra su pecho y sus brazos me rodearon en un abrazo fuerte. No hubo palabras entre nosotros, solo caricias tiernas, miradas y palabras no dichas mientras nos limpiábamos mutuamente. Mi mano enjabonada recorría su polla. Sus dedos se clavaron en mi cuero cabelludo a la par que masajeaba mi cabello con champú.

Me quemaba por dentro, desesperada por correrme, pero demasiado relajada para quejarme mientras él me sacaba de la ducha. Me colocó como una muñeca, moviendo mis extremidades donde él quería hasta que mi piel y mi cabello estaban secos. Se secó con la misma toalla y la dejó caer al suelo antes de llevarme a la cama. La cama en la que había estado varias veces durante esas inquietantes horas de la madrugada, cuando nada parecía real. En este momento, no había vuelta atrás en lo que estaba pasando, que estábamos eligiendo estar aquí, juntos.

Se estiró a mi lado, sin dejar espacio entre nosotros en tanto sus manos ásperas sujetaban mis pechos. Se me erizó la piel mientras deslizaba sus dedos por mi cuerpo.

Cerré los ojos. Yo era pura sensación, rodeada de su calor y del aroma a tormenta de su gel de ducha corporal. Dos dedos gruesos me penetraron, seguidos de un tercero. Gimoteé ante el estiramiento que cruzaba la frontera entre el placer y el dolor.

—Tu dulce coño está tan necesitado, apretándose a mi alrededor.

Movía los dedos perezosamente dentro y fuera, cada movimiento aumentando mi placer, pero manteniéndolo *justo* fuera de alcance. Movía la cabeza de un lado a otro y agarré su muñeca, intentando conseguir más. Su sonrisa era tan ardiente que me daba ganas de darle un puñetazo en la cara.

—¿Crees que has hecho lo suficiente para ganarte esto? —preguntó.

—Sí, *por favor*. He sido muy buena.

Su risa se deslizó por mi mejilla.

—Mi pequeña mentirosa. —Retiró su toque, dejando mi cuerpo frío—. Date la vuelta.

Arqueó una ceja desafiante hasta que cedí y me giré con un resoplido. Me dio una nalgada, haciéndome chillar por el escozor sorpresa.

—Muy descarado para alguien que acaba de prometer ser una buena chica.

Me subió las caderas y deslizó una almohada debajo de mí para apoyarme. Me derretí en el colchón mientras él se movía entre mis piernas, forzándolas a separarse alrededor de su cuerpo ancho hasta quedar completamente expuesta a él. Él me acarició y yo me froté contra su mano, cada movimiento provocando una nueva descarga de placer.

—Por favor. Por favor, deja que me corra. —Se me sonrojaron las mejillas por la humillación de suplicarle, pero estaba tan alterada que pensé que podría morir si no me corría en los próximos minutos. Mi coño estaba tan necesitado, mi pulso latía con fuerza en la piel hinchada.

Presionó la yema de un dedo empapado contra mi ano. Me estremecí, no obstante, su firme agarre me mantuvo quieta.

—*Shhh.* Voy a jugar con este culo porque yo controlo tu cuerpo, tu placer, y esto es lo que quiero. —Frotó más de mi humedad contra el agujero hasta que la punta de un dedo se deslizó dentro. Nunca me había tocado allí, y no estaba segura de qué pensar, pero no pasó mucho tiempo antes de que me arqueara ante su toque, pidiendo más.

Besó una línea por mi columna.

—Mi pequeña zorra. —Su dedo se deslizó en el segundo nudillo —. Desesperada. —Sus dientes se clavaron en mi hombro—. A punto de correrse por el sexo anal.

Mis manos apretaron el edredón, sus palabras me empujaron más cerca del límite, pero no del todo más allá de él. El sudor me

picaba la frente y respiraba entrecortadamente. Incluso el aire fresco contra mi piel húmeda era suficiente para sobrecargar mis sentidos. Se suponía que debía tomar más, pero entonces su boca estaba en mi coño. Un grito se formó en mi pecho mientras me devoraba como un hombre hambriento, su dedo penetrando suavemente en mi ano todo el tiempo. Me corrí con un grito gutural, desplomándome completamente en la cama a la par que mi cuerpo se estremecía de placer. El cuerpo de Dimitri se movió sobre el mío, dándome la presión suave que necesitaba para sobrevivir a las últimas oleadas de mi orgasmo.

Los siguientes momentos pasaron como un sueño. Estaba en ese espacio suave y flotante, mitad aquí y mitad en otro lugar, oscuro, hermoso y perfecto.

La almohada se deslizó de debajo de mis caderas y una toallita cálida me limpió entre mis piernas. Unos brazos fuertes me giraron de lado, rodeándome con su calor mientras me mantenía pegada a su pecho. Todavía no había pasado una noche entera en su cama. Las alarmas de advertencia sonaron, diciéndome que me levantara. Retirarme a mi habitación. Desenredarme de este hombre que me hacía sentir demasiado.

Sin embargo, mis párpados se volvieron pesados por el sueño que normalmente luchaba por obtener, y no tuve fuerzas para apartarme.

38

DIMITRI

Un golpe bajo en la puerta me sacó del sueño. La habitación estaba oscura, la respiración suave de Sienna era el único sonido mientras se acurrucaba a mi lado. Su piel desnuda presionada contra la mía, suave, cálida y perfecta. Quería quitar la sábana y descubrir su cuerpo. Besar cada centímetro de su piel. Penetrarla como si volviera a casa.

El anhelo dentro de mí era casi abrumador. Quería quedármela.

Entrecerré los ojos mirando el reloj y vi que solo eran las seis de la mañana. No prometía ser un buen comienzo del día.

Me deslicé lentamente fuera de la cama, teniendo cuidado de no despertar a mi esposa. Emitió un pequeño sonido suave en la garganta y se dio la vuelta, abrazando una almohada.

Cuando abrí la puerta un poco, encontré a Maxim luciendo muy tenso, carajo.

—*Sveta* recibió un mensaje —informó.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Local?

Él levantó la barbilla en señal de asentimiento. Mierda.

El año pasado, rescatamos a un pequeño grupo de mujeres víctimas de trata, incluyendo a *Sveta*, de una mansión en las afueras de *Chicago*. Ninguna de ellas dijo una palabra esos primeros días.

Nunca olvidaría sus rostros inexpresivos, ojos atormentados y mejillas hundidas. Pero tampoco podía olvidar cómo poco a poco volvían a la vida a medida que Polina ganaba su confianza.

Sveta fue la primera en confiar en ella, contándole que la mitad de las mujeres con las que había estado encarcelada habían sido trasladadas a otro lugar apenas días antes de nuestra redada. Aleksei buscó en registros dispersos, correos electrónicos y datos de torres de telefonía móvil y finalmente confirmó que las mujeres desaparecidas habían sido separadas y vendidas a compradores distintos. La noticia fue devastadora para todos nosotros, pero especialmente para *Sveta*, que cargaba con el peso de la culpa de sobreviviente.

Habíamos pasado meses buscándolas, sin escatimar recursos, pero *Sveta* fue quien marcó la verdadera diferencia al formar una red de información confidencial. Se había convertido en leyenda entre las víctimas de tráfico sexual. Daban su nombre y pasaban su número. Hasta ahora, habíamos rescatado a cuatro de las mujeres desaparecidas.

¿Quizás alguna de las sobrevivientes había conseguido hacerle llegar un mensaje a *Sveta*?

Miré hacia atrás a la masa sin forma bajo mi colcha, luchando contra el impulso de volver a meterme bajo las sábanas y ahogar el mundo con Sienna.

Mis dedos se aferraron al marco de la puerta mientras suspiraba.

—Te veo abajo en cinco minutos.

CUANDO VOLVÍ A CASA HORAS DESPUÉS, la piel se me erizaba con el incómodo deseo de tener a mi esposa en mis brazos. Después de dos décadas apenas tolerando el contacto físico, no entendía por qué no podía sacudirme ese deseo desconocido que burbujeaba dentro de mí. Tal vez era todo el tiempo que había pasado últimamente en el cuarto de sol lo que causó esa extraña aflicción. Era la única habitación de esta casa donde siempre me había sentido

seguro, donde siempre me había sentido amado. O quizá fue ver a la chica que rescatamos tan rota y frágil. Extracciones como esta me obligaban a enfrentarme a mi propia impotencia. Eran recordatorios de las vidas que no pude salvar. El dolor que había sufrido en *sus* manos durante años, sin forma de detenerlo.

Hasta que lo hice.

Rescatar a Zorya fue una gota en el océano de mi redención, valió la pena porque ella merecía una vida segura y pacífica. Una gota porque nada de lo que hacía podría limpiar mis manos completamente.

La casa estaba en silencio cuando pasé por la sala. La luz de la primera hora de la tarde se filtraba por las ventanas en un marcado contraste con la oscuridad del mundo exterior. Mi estómago rugía de hambre, pero mis necesidades venían después de las de Sienna.

Solté un bufido exasperado al entrar a la cocina y ver a Vovk sentado tranquilamente a los pies de Polina mientras ella le daba trozos de filete del tamaño de un bocado.

—Vago —gruñí—. No deberías darle de comer. Él puede cazar.

Polina me ignoró, haciéndole cariñitos a Vovk mientras le daba el resto del filete.

—Hoy se ha portado muy bien, así que se merece un pequeño bocadillo.

Se giró hacia el fregadero, pero no antes de que yo vislumbrara su rostro. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Empezó a lavar los platos en silencio, con los hombros tensos y sus movimientos torpes.

Mi aliento salió de mi nariz y mi palma presionó contra el punzante dolor en mi pecho. Polina era una de las personas más fuertes que conocía. Sobrevivimos juntos al complejo, salimos juntos. Y, aun así, después de una década conociéndonos, viviendo en el mismo apartamento de mierda, podía contar con una mano las veces que la vi llorar. Sus raras lágrimas siempre venían como respuesta al sufrimiento ajeno. Como yo, parecía incapaz de derramar lágrimas por ella misma.

—No tienes que hacer eso, ¿sabes? Puedo contratar personal adicional para que no tengas que limpiar. —Era una oferta que le

había hecho incontables veces, pero ella siempre respondía con: *No me importa lavar los platos*.

Tamborileé los dedos contra la encimera.

—*Sveta*, Maxim y Konstantin están llevando a la chica a una casa de seguridad.

Polina asintió. Probablemente *Sveta* ya le había enviado todos los mensajes con las actualizaciones. La chica, Zorya, no era una de las mujeres desaparecidas que buscábamos, sino que había sido traficada bajo el pretexto de promesas similares que atrajeron a *Sveta*, de buenos trabajos y altos salarios en EE.UU., solo para ser vendida a un político de alto rango de *Chicago.* Zorya había quedado atrapada en su casa, sola y maltratada en un país que no era el suyo. Una criada de la casa le había contado sobre una mujer que había salido de allí y ahora ayudaba a otras víctimas a escapar. Le había ayudado a Zorya, y su regalo de despedida había sido un teléfono celular. Zorya marcó el número que se había repetido miles de veces hasta que quedó grabado en su mente.

El rescate de Zorya fue la victoria de *Sveta*, y no podría estar más orgulloso. Mientras mis manos goteaban sangre cada noche en mis sueños, las de ella estaban intactas. La culpa de sobreviviente que cargaba no le pertenecía, y esperaba que el rescate de hoy la ayudara a liberarla.

—¿Sienna almorzó? —pregunté, porque las cosas que desearía poder decirle a Polina, garantías de que estaba a salvo, de que haría todo lo posible para rescatar a más mujeres y niñas, se me quedaron atascadas en la garganta.

Polina negó con la cabeza.

—Está absorta en su videojuego. Estaba a punto de prepararle un plato. —Terminó de lavar los platos y se secó las manos—. *Supongo* que puedo prepararte uno a ti también.

—Eres muy amable.

Yo sequé los platos mientras ella emplataba filetes, patatas y ensalada.

—Tómate el resto del día libre —sugerí cuando tomé los platos que me ofrecía. Me preparé para que discutiera, pero me sorprendió

con un breve asentimiento. Vovk la siguió fuera de la cocina, y sentí una extraña gratitud hacia el lobo por hacerle compañía.

Giré por el pasillo contrario hacia el cuarto de sol, deteniéndome en seco en el umbral y frunciendo el ceño mientras intentaba averiguar qué hacía mi esposa. Sienna estaba tumbada en el sofá en una posición que parecía igual de absurda e incómoda. Tenía las piernas colgadas sobre los cojines del respaldo, sus pies marcando un ritmo desconocido en el aire, y la cabeza colgaba parcialmente del sofá mientras hacía algo en su teléfono. Sienna siempre estaba en movimiento. La única vez que veía su cuerpo completamente quieto era después de follarla hasta dejarla completamente agotada.

Solo se dio cuenta de que estaba allí cuando dejé los platos sobre la mesa de centro frente a ella.

—*Oh*, hola —saludó—. ¿Qué haces?

—¿Qué estoy haciendo *yo*? ¿Qué carajos haces *tú*? ¿Cómo es que esa posición es siquiera cómoda?

Sacó la lengua y volvió a su teléfono. Una extraña emoción surgió en mí, y sospeché que podrían ser celos. Quería su atención.

Me senté a su lado.

—Todavía estoy lidiando con dramas de la heladería —replicó—. Ha sido un desastre desde que Mary Margaret se escapó con Elio, pero estoy decidida a que funcione.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, puse sus piernas en mi regazo. La opresión en mi pecho se aflojó y pude volver a respirar.

Tras unos minutos, dejó el teléfono y sonrió.

—Bien, los aldeanos ya están bajo control. —Miró los platos—. ¿Qué me trajiste?

—Filete, patatas y verduras. Necesitas comida de verdad. No puedes existir solo de pan, queso y chocolate.

Frunció los labios.

—Estoy bastante segura de que sí puedo.

Le agarré la mano y la senté. Mis dedos agarraron su mandíbula y me incliné para que nuestras narices se rozaran.

Recorrió mi mejilla con caricias suaves.

—No te has rasurado.

—No tuve tiempo. —Algo me pinchó en el pecho y añadí—: Esta mañana tuve una reunión de último momento.

No estaba acostumbrado a dar explicaciones, sin embargo, no me gustaba la idea de que ella despertara sola, sin saber adónde había ido. Mi confesión valió la pena cuando la línea entre sus cejas se suavizó y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Toma. —Le pasé el plato.

Cruzo las piernas debajo de ella antes de tomarlo. Mi mano se retorció mientras luchaba contra el impulso de arrastrarla a mi regazo. No podía saber cuánto la deseaba, cuánto me distraía cuando estaba despierto. No era seguro.

En vez de eso, agarré mi comida y empecé a comer.

—¿Qué te parece el sofá? —preguntó unos minutos después.

Gruñí. Había visto a los repartidores montar el sofá a través de las cámaras de la casa. Habían mirado demasiado a mi mujer, lo que me hizo odiar el sofá por principio. Aunque se sintiera como sentarse en una nube.

—Voy a pedir unos sillones para que haya más asientos —continuó.

—¿Más asientos para quién? —murmuré.

—Para quien pueda visitarnos —dijo con picardía.

Entrecerré los ojos.

—¿Y quiénes podrían ser estos visitantes?

—¿Sabías que faltan como cuatro semanas para Navidad? —Su voz era sospechosamente despreocupada—. Es una época tan divertida del año, ¿y qué mejor manera de pasarla que en familia?

La miré en silencio, esperando a que continuara.

Soltó un bufido y se pasó la mano por el cabello.

—Sofiya y yo estábamos hablando, y me ofrecí a ser anfitriones para Navidad. Y antes de que digas algo gruñón, es un buen plan. El apartamento de *New York* es un poco pequeño para que quepa todo el mundo, mientras que aquí tenemos un montón de espacio.

—¿Un montón?

—Sí. Un montón. Y si mi cronología se cumple, para entonces las habitaciones de huéspedes tendrán pisos *y* puertas.

Comí otro bocado, masticando con calma.

Sienna me dio un codazo en el brazo.

—¿Qué opinas? ¿Una Navidad de la *Bratva* en familia?

¿Acoger a una familia de una mafia rival en mi casa? Debería decir que no. Mantenerme firme. Excepto que… Eso la alteraría mucho. Pero yo no tenía que ser el malo aquí, no había ninguna puta manera de que Rossi trajera a su familia a *Chicago*. Una alianza política era una cosa, pero ¿pasar las fiestas juntos? Eso era un ejercicio extremo de confianza—. Sí, está bien. Sofiya sabe que siempre es bienvenida aquí.

Sienna soltó un chillido. Agarró su teléfono y escribió un mensaje rápidamente. Sus ojos brillaban cuando lo dejó a un lado.

—Excelente. Le dije que especialmente no podías esperar a ver a Matteo.

Puse los ojos en blanco, pero ahora me tocaba a mí darle un codazo en el brazo.

—Come —demandé, había dado solo unos bocados a la comida, pero su plato seguía demasiado lleno.

Soltó un suspiro de resignación.

—Pero el bebé Granada quiere un rol de canela.

Le levanté la barbilla, aunque dudé antes de hablar. Al carajo. Anoche la follé en mi cama, me desperté con su cuerpo desnudo pegado al mío. De todas formas íbamos a medio camino del infierno, así que era mejor lanzarnos con todo.

—Las buenas chicas comen lo que les dicen. —Le pasé la nariz por la mejilla, captando notas de vainilla en su cabello—. Si te comes tu almuerzo, yo te como el coño de postre.

Sus pupilas se dilataron y se acercó hasta que nuestros labios se tocaron en un beso apenas perceptible.

—¿Y si no lo hago?

—Me meterás en tu boca y me chuparás hasta que me haya corrido suficientes veces para llenar tu estómago.

Ella me esbozó una sonrisa antes de comer un bocado de filete. Cuando sonreí con satisfacción, me dio un codazo.

—Deja de presumir y come. —Di otro bocado—. Solo asegúrate de dejar espacio para el postre —añadió.

Carajo.

39

SIENNA

Mis talones golpeaban las puertas del armario mientras me sentaba en la encimera de la cocina en la oscuridad. Después de terminar de comer y de comerme *a mí*, Dimitri se fue.

Tenía que ir a su oficina en *downtown* para reuniones importantes de negocios de la *Bratva* sobre diamantes o armas o… bueno, en realidad no tenía idea de qué. Mi cerebro dejó de funcionar después de correrme tres veces.

De hecho, parecía arrepentido de tener que irse, que era lo único que calmaba mis agudos sentimientos de abandono.

El sol se había puesto hacía mucho, así que volví a deambular por la casa como una esposa fantasma victoriana. Estaba extrañamente silencioso, Polina, *Sveta*, Maxim y Sergey no estaban por ninguna parte. Incluso *Vovchyk* había estado desaparecido toda la tarde.

Estaba comiendo helado de masa de galleta con chispas de chocolate directamente del cartón cuando Maxim entró a la cocina vestido solo con unos *shorts* deportivos.

—Regresaste —dije.

Gritó y se giró para mirarme.

—*Blyat!* Sienna. ¿Qué carajos haces sentada en la oscuridad?

Me encogí de hombros.

—Solo practicando mi estética fantasmal.

Refunfuñó algo entre dientes mientras encendía la luz. Entrecerré los ojos ante el repentino resplandor y observé el… aspecto *desaliñado* de Maxim. Su cabello estaba levantado en la parte de atrás, las mejillas sonrojadas y un bulto muy grande se tensaba contra sus *shorts*. Parpadeé, ligeramente preocupada por la integridad estructural de la tela. Y si su erección simplemente, *¡pum!* ¿Perforaba un agujero a través de ella?

—*Maksik*, ¿por qué estas tarda…?

Aleksei se detuvo bruscamente en el umbral de la cocina, con sus ojos muy abiertos saltando entre mí y Maxim… perdón, *Maksik*. También estaba sin camiseta, con pantalones deportivos negros que colgaban bajo en sus caderas.

Arqueé una ceja.

—¿Entrenamiento nocturno?

Maxim gruñó mientras llenaba una botella de agua de la nevera.

—Sergey, *Sveta* y yo regresamos. Dimitri sigue en la oficina.

Pinché el bloque de helado con la cuchara y dejé el cartón sobre la encimera.

—Y supongo que si te pregunto qué está haciendo, ¿me darás una respuesta vaga y poco útil?

Maxim me miró con una mueca de disgusto.

—¿*Lyosha*? ¿Quieres compartir en qué andan los enormes y aterradores hombres de la *Bratva*?

—No intentes adularlo —replicó Maxim.

Sonreí y salté del mostrador.

—Bueno, voy a canalizar mi yo fantasmal mientras deambulo por los pasillos oscuros, y ustedes pueden regresar a hacer… lo que sea que estuvieran haciendo. —Contuve mi risa hasta que salí de la cocina. Necesitaba escribirle a Mila para ver si sabía algo sobre Maxim y Aleksei porque había más que *tensión* entre ellos dos.

¿Qué más podría distraerme del aburrimiento y la soledad? Me dirigí hacia el cuarto de sol. Quizá debería entrar al Foro y aceptar un trabajo solo para añadir algo de estimulación y emoción a mi vida. O quizá podría trabajar en el diseño de otra habitación. Le había escrito a Sofiya hoy para avisarle que Dimitri había aceptado

ser el anfitrión de Navidad. Ahora que había conseguido que su hermano se sumara (aunque no con entusiasmo), era su trabajo conseguir que mi hermano se uniera. Buena suerte. Matteo era una de las personas más tercas que conocía, aunque Dimitri definitivamente podía darle guerra. La buena noticia era que podía ser más terca que todos ellos.

Solo quedaban unas semanas para preparar la casa para que todos pudieran visitarnos. Las habitaciones de huéspedes avanzaban bien, y había una gran habitación en el sótano que sería perfecta para un cine. Siendo realistas, probablemente no podría tenerlo listo a tiempo para Navidad, pero al menos podría tomar algunas medidas de la habitación para poder pedir asientos de cine a la medida. Me dirigí en esa dirección, agradecida de que mis pantuflas de perro salchicha *Hot Dog* me mantuvieran los pies calientes. No pasé mucho tiempo aquí abajo. Había un gimnasio grande (no, gracias), un almacén y varias habitaciones grandes y vacías… una de las cuales aparentemente estaba ocupada.

El sonido de la música y las voces resonaba por el pasillo. La puerta estaba entreabierta, así que miré adentro. Un grupo del personal de la casa, entre ellos Polina, *Sveta*, los jardineros, varios de los de limpieza y un par de personas que aún no conocía, estaban reunidos alrededor de una mesa. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al darme cuenta de que estaban jugando a las cartas. Empujé la puerta y me escabullí dentro. La charla se apagó al instante y todos en la mesa voltearon a mirarme.

Mierda. ¿No querían que estuviera aquí? Todavía estaba intentando encontrar mi lugar en la casa. Como esposa del *Pakhan*, ¿era como su jefa? Excepto que no realmente. El matrimonio era solo de nombre y no tenía deseos de mandarle a nadie.

—*Oh,* hola. Perdón, ¿estoy interrumpiendo? Iba a medir la habitación de al lado para convertirla en un cine cuando escuché… —Yyyy nadie en esta mesa hablaba inglés. Probablemente. Todavía tenía mis sospechas sobre *Sveta*, pero quizá Maxim le había contado lo del pequeño *Cupcake*. Bien, segundo intento. Saqué mi mejor ruso, aprendido de horas de cintas de idiomas.

—*Hola. Están jugando. Jugar gusta.*

Me miraban con cara de confusión y cejas levantadas…

—*Umm*, claro. Todavía no sé vocabulario de juegos de cartas. Es solo que… —*Hmm*… quizá podría actuar mi mensaje—. Yo, Sienna… —Me señalé exageradamente a mí misma—. Quiero mirar… —Usé dos dedos para señalarme los ojos—. A ustedes… —Señalé la mesa —. Jugar a las cartas. —Levanté un juego de cartas imaginarias en mis manos.

El jardinero, Vasya, se tapó la boca para contener la risa. De hecho, todos en la mesa parecían luchar por contener sus sonrisas.

—Supongo que actuar no está en mi futuro —murmuré.

Polina me hizo un gesto para que me acercara y dio unas palmaditas en la silla vacía a su lado. No sabía dónde había estado todo el día, pero parecía que podría haber estado llorando. *Sveta* también. Me acerqué y tomé asiento, apretando el hombro de Polina. Quizá le preguntaría más tarde si todo estaba bien, mas entendía perfectamente no querer hablar de sentimientos.

Reanudaron su juego, al principio en voz baja, pero pronto volvieron a su charla animada. Captaba alguna que otra palabra en ruso de vez en cuando, pero todo era demasiado rápido para que realmente lo entendiera. Sofiya había elogiado el progreso que estaba haciendo al aprender el idioma la última vez que hablamos por teléfono, aunque ojalá pudiera aprender más rápido. No poder comunicarme con las personas que literalmente vivían en mi casa se estaba volviendo insoportable. Y solitario. Por ahora, me conformaría con estar cerca de la amistad y las risas del personal de la casa y usarlas como motivación para seguir trabajando en ello.

Enseguida me di cuenta de que estaban jugando al póker. Sofiya me convenció de unirme a la partida semanal de póker de los soldados de la Mafia. Ninguno de nosotros podía enfrentarse a Sofiya, pero yo había mejorado mucho. En las raras ocasiones en que no pudo asistir, yo gané, lo que llevó a los soldados a murmurar que su juego estaba siendo infiltrado por mujeres.

Polina ganó la partida, y cuando Vasya empezó a repartir de nuevo, me uní.

Mantuve mi rostro impasible mientras miraba mi mano poco impresionante. Un hilo de picardía surgió dentro de mí al decidir

poner a prueba mi teoría.

—Saben, puede que tenga la ventaja porque ninguno de ustedes me entiende —dije—. Podría decir: tengo una escalera real, y ninguno de ustedes lo entendería.

Estuve atenta a las reacciones de todos, mas no conseguí mucho. *Hmm.* Tal vez me equivoqué.

El juego comenzó. Eché mis fichas. Subí la apuesta. Igualé. Si esto fuera un juego en casa, me habría rendido. Pero cuantos más empleados abandonaban, más sospechosa me volvía. La última persona contra la que me enfrenté fue *Sveta*. Encontré su mirada, firme.

—¿Qué será? ¿Perder ahora o perder después?

Sus labios se torcieron y se rindió.

No revelé mis cartas. Nadie necesitaba saber que mi escalera real era, de hecho, imaginaria.

Vasya repartió las cartas otra vez. Esta vez, al mirar mis cartas, me mordí el labio para no sonreír. Una vez más, tenía una mano terrible, pero no importaba.

—*Wow*, estoy teniendo suerte con las mejores cartas. Es casi injusto jugar con una mano tan buena. ¿Pero qué puedo decir? Me gusta más ganar que lo que es justo.

Mi ojo se contrajo cuando los labios de Polina se curvaron hacia arriba, y mi sospecha solo creció cuando todos en la mesa se retiraron muy rápido, dejándome ganar de nuevo con un solo as. Era hora de rematar. Esta vez, cuando Vasya repartió las cartas, negué con la cabeza.

—No quiero tentar a la suerte.

No es que pudiera entenderme, a menos que pudiera. Lo sabría pronto.

Cuando todos tenían sus cartas, me levanté y tomé una limonada de la nevera. Lentamente, di la vuelta alrededor de la mesa mientras comenzaba el juego, esperando el momento adecuado. Había identificado a Matvey, el nieto de diecinueve años de Vasya, como el eslabón más débil. Mi momento llegó en forma de un duelo decisivo con los tres jugadores finales, incluyendo a Matvey. Perfección.

Me recosté en mi silla y me incliné hacia Polina.

—Me pregunto quién ganará. —Mi voz era un susurro escénico exagerado—. Creo que será Yulia, ya que tiene una escalera de color. Pero dependerá de cómo use Katerina su *Full.*

Matvey emitió un sonido indignado, boquiabierto.

—¡Eso no es justo! ¡Es hacer trampa! —gritó en un inglés perfecto.

—¡Ajá! —Me puse de pie de un brinco—. ¡Lo sabía! —Todos en la mesa se estremecieron, y sus expresiones llenas de culpa lo decían todo. Lentamente miré a *Sveta* y Polina, las dos mujeres a las que más me había acercado, incluso con nuestra barrera del idioma. *Sveta* miró la mesa y Polina se mordió el labio.

Mi emoción momentánea se transformó rápidamente en una tristeza desgarradora.

—¿Todos aquí hablan inglés?

Polina carraspeó.

—Sí. Quería hablar contigo, pero… —Se interrumpió y miró sus manos apretadas. Comprendí de golpe, uno frío y duro. Pensé que quizá algunos del personal habrían aprendido algunas frases en inglés aquí y allá, pero Polina ni siquiera tenía acento.

—Les dijeron que fingieran que no entendían inglés. —No tuve que preguntar quién les había ordenado mentir. Lo devastador fue que entendí el razonamiento de Dimitri. Una completa desconocida de una mafia rival se había mudado a su casa. Había aprovechado mi incapacidad para hablar ruso para tener ventaja. Si fuera una espía, no podría espiar al personal, pero ellos podrían informar si dijera algo sospechoso en inglés.

Fue inteligente.

—Claro. Bueno, siento haber interrumpido su juego. —Mi voz salió vergonzosamente aguda. Me ardían las mejillas y me sudaba la espalda. Necesitaba salir de aquí—. Que pasen una buena noche.

Polina intentó detenerme y Matvey dijo algo, pero mis oídos se llenaron de ruido blanco mientras salía corriendo. Respiraba con dificultad a la par que subía las escaleras trotando. Las paredes se cerraban. Necesitaba salir. Atravesé la puerta del patio y empecé a correr. Las filas y setos de vegetación en el jardín me envolvían como una manta, protegiéndome de la oscuridad. Me detuve en

seco, con las pantuflas empapadas por la hierba húmeda, el pecho agitado y la piel ardiéndome por el frío.

Me obligué a respirar despacio y de forma uniforme hasta que el pánico aflojó su agarre sobre mí. Mis músculos débiles cedieron y me dejé caer al suelo, abrazándome las piernas y enterrando mi cara en los brazos. Las lágrimas corrían por mi rostro mientras cabalgaba la tormenta de emociones que me invadían el pecho.

La soledad había sido mi enemiga durante años, y mi nuevo esposo se había asegurado de que estuviera sola en mi nueva casa. Como solía estar cuando crecía. Estaba sola en mi apartamento mientras Matteo hacía su trabajo importante de la mafia. Mirando puertas cerradas a habitaciones en las que no era bienvenida. Siendo subestimada constantemente. Aislada. Haciéndome sentir pequeña e inútil con el pretexto de ser protegida.

Me concentré en mi respiración.

Dentro. Afuera.

Se me aflojó el pecho.

Dentro. Afuera.

Ya no era una niña. No estaba indefensa. Solo estaba… avergonzada.

Mi ataque de pánico soltó su control sobre mí y me estremecí. Era principios de diciembre en *Chicago* y lo único que llevaba puesto era un suéter ligero. ¿Y si me hubiera resbalado y caído en la oscuridad? Me sujeté la barriga con ambas manos.

—Lo siento, pequeña Granada. Eso fue imprudente.

—¿Sienna? —La voz de Maxim flotó en el viento.

Me castañetearon los dientes mientras me levantaba del suelo y volvía a la casa. Gritos y pasos retumbaban por el jardín, y entonces Maxim estaba frente a mí, respirando con dificultad. Al menos llevaba ropa puesta.

—Sienna, carajo. ¿Estás herida?

—No, solo estúpida.

Maldijo y se quitó la sudadera, poniéndomela por encima de la cabeza antes de que pudiera protestar.

—Vamos a calentarte.

Su brazo firme contra mi espalda me impulsó hacia adelante, y no pasó mucho tiempo antes de que volviéramos a la cocina con Polina y *Sveta*.

—Lo siento, Sienna —dijo *Sveta*, con cara de estar a punto de llorar. No podía mirarme a los ojos, sino que se enfocaba en algo que estaba revolviendo en la estufa.

—Tienes todo el derecho a estar enfadada —agregó Polina.

—Sí, demonios, sí que lo tienes —murmuró Maxim mientras me guiaba hasta un banco de la encimera—. Todos le dijimos que era un plan horrible.

Se me torcieron los labios.

—Me siento estúpida por no haberme dado cuenta antes. Todos debieron reírse mucho de mí.

—No —argumentó Polina. Rodeó la isla y me abrazó, dándome un fuerte apretón—. *Nunca*. Has trabajado muy duro aprendiendo ruso y manteniéndote tan positiva intentando hablar con nosotros. Has hecho que todos en esta casa te admiren aún más.

Sveta dejó una taza de chocolate caliente frente a mí, moviéndose con cautela como si pensara que estaba en problemas.

—Ven aquí. —Le extendí el brazo y ella se desplomó contra mi costado. La apreté fuerte—. Esto no es culpa tuya. —Le froté la espalda. Sonreí para que supiera que no estaba molesta—. No hiciste nada malo. Aunque tú eres la razón por la que yo sospechaba.

—¿Cómo? —preguntó.

—Le conté a Maxim que el bebé era del tamaño de un *cupcake* gigante, y tú me horneaste *cupcakes*.

Se le sonrojaron las mejillas.

—*Oh*, Dios mío. Ni siquiera lo había pensado.

Maxim arqueó las cejas.

—Carajo. Qué buena observación. —Se sirvió una taza de chocolate caliente de la estufa—. No te conozco desde hace mucho, Sienna, pero sé que tienes una mente astuta. Dimitri merece una venganza, ¿no crees?

Una sonrisa lenta se dibujó en mi rostro.

—Soy buena vengándome.

Polina resopló.

—Sergey sigue hablando de la broma del cuchillo.

Bebí mi chocolate caliente mientras una ligera y eufórica sensación me invadía. Dimitri y yo necesitábamos tener una conversación seria sobre nuestra relación, sin embargo, eso no significaba que no pudiera hacer una pequeña broma de venganza primero.

En los últimos días, empecé a tener esperanza en nuestra relación, y no solo a nivel físico. Tener sexo con mi esposo me trajo de vuelta los sentimientos que tuve en París. La intimidad de todo eso me hizo sentir más cerca de él emocionalmente. Cada vez que comprobaba que estaba bien, las veces que priorizaba solo mi placer sin obtener nada él, la forma tierna en que me limpiaba después y me abrazaba… Se sentía real, como si significara algo para ambos.

¿Acaso seguía pensando que yo lo había engañado para casarnos? ¿Quedar embarazada a propósito? ¿Que estaba aquí para espiarlo? Él tenía que confiar en mí si esto iba a funcionar, y yo tenía que confiar en él.

Solté un profundo suspiro.

—Tienes razón. Voy a idear la mejor broma de venganza de todos los tiempos.

Maxim se frotó las manos como un científico malvado.

—Excelente. Avísanos si necesitas ayuda.

—Definitivamente la necesitaré. En realidad… ¿Puedes decirles a todos que sigan fingiendo que no hablan inglés? Quizá podamos aprovecharlo a nuestro favor.

Polina se rio y Sveta esbozó una sonrisa con duda.

Sonreí.

—Esto va a ser muy divertido.

40

DIMITRI

Me temblaban las manos mientras agarraba mi taza para darle un sorbo a mi café, solo para darme cuenta de que estaba vacía. *Blyat*. Apenas estaba funcionando, pero no podía parar, no podía descansar hasta que entendiera esto.

Después de rescatar a Zorya, volví a la oficina para descubrir la identidad del hombre que la había traficado. Había algo en su descripción de los hechos que revivía viejos recuerdos que hacía tiempo que intentaba olvidar. Probablemente era paranoia… pero no podía quitármelo de la cabeza.

Aleksei tocó el marco de la puerta y le hice señas para que entrara. Sus ojos estaban sombreados por el cansancio, pero había algo más en la postura de sus hombros cuando se sentó frente a mí. Tensión y… miedo.

Un profundo *conocimiento* intuitivo surgió en mí: lo que Aleksei estaba a punto de decirme lo cambiaría todo.

—Encontré un correo enviado al *comprador* de Zorya. —Escupió la palabra—. Acabo de terminar de descifrarlo. Se envió desde una VPN rusa y el correo menciona a *Dusheguby*.

Mi corazón dio un vuelco. Se detuvo.

Los rumores sobre su resurrección comenzaron este verano cuando yo estaba en París, arrastrándome desde la habitación de

hotel de Emma y persiguiendo mis pasos desde entonces. Pero cuando pasaron meses en silencio, casi me convencí de que los rumores eran erróneos.

—¿Cómo es posible? —continuó Aleksei—. ¿Alguien más podría estar usando su nombre?

Negué lentamente con la cabeza. Nadie se atrevería a robar el nombre del monstruo. Estaba más seguro de lo que había estado en mucho tiempo, había vuelto de entre los muertos y venía por mí. Todos los que dependían de mí para protección estaban en peligro.

No me detendría, no descansaría, hasta que el monstruo de mis pesadillas estuviera enterrado de nuevo.

Las horas pasaron en un borrón y, de repente, el sol volvió a salir. Los últimos días los habían consumido reuniones y llamadas, y tenía más preparadas esta tarde. Estaba pidiendo todos los favores que había acumulado desde que me convertí en soldado en el ejército de mi padre, los aliados que había hecho, el chantaje que había acumulado. Lo estaba usando todo. Si se avecinaba una pelea, me negaba a que me agarraran desprevenido.

Días y noches como estas eran normales para mí. Caer en ese enfoque obsesivo donde el resto del mundo se desvanecía era tan natural como respirar. Y, sin embargo… esta vez no funcionaba. Mi mente no paraba de volver a mi esposa. ¿Ya había desayunado? ¿Era feliz? ¿Estaba a salvo? ¿Cómo estaba el bebé? Verla a través de las cámaras de la casa no era suficiente. Tenía que sentir su cuerpo contra el mío, la suave presión de sus pechos y la curva de su vientre. Su barriga parecía haber crecido el doble de su tamaño en los últimos días. Mi corazón se aceleraba cada vez que la veía.

Todavía era demasiado temprano para que ella estuviera despierta. ¿Por qué no puse cámaras en su habitación para al menos verla dormir?

Después de beberme el resto de mi café, arreglé una reunión con Haruto Ito, jefe de la *Yakuza*.

Vi por las cámaras mientras Polina y *Sveta* preparaban el desayuno. Yulia apareció para hacerle una pregunta a Polina. Vasya y Matvey se tomaron su café de la mañana.

Maxim envió un mensaje para confirmar que había conseguido una reservación para nuestra reunión de esta noche con los serbios.

La puerta del dormitorio de Sienna se abrió y ella salió con un pijama de seda rosa. Vovk la siguió en un atuendo a juego. Era ridículo. Absurdo. Y muy adorable, carajo. Las mejillas de Sienna estaban rosadas, su cabello estaba despeinado, y había esa pequeña e irritada arruga entre las cejas que solía tener por la mañana, la protesta silenciosa de su cuerpo por tener que despertarse.

Antes de poder decidir conscientemente qué hacer, ya estaba en el ascensor, dirigiéndome al estacionamiento. Quince minutos después, me estacioné en el camino circular frente a la casa.

—Dima. —Polina ladeó la cabeza cuando entré en la cocina. Tenía la lista de compras de los víveres para la casa frente a ella, y sabía que estaba enumerando todos los antojos de Sienna. *Sveta* cortaba fruta, Vasya bebía su segundo *espresso* de la mañana en un rincón, y la mujer que consumía todos mis pensamientos giraba en su silla, con una sonrisa radiante en sus labios.

Crucé el espacio entre nosotros y la abracé, sin importarme que tuviéramos público. Estaba cansado de mantener mi distancia.

—Hola. —Me abrazó fuerte—. Maxim dijo que estarías fuera todo el día.

—Necesitaba pasar por algo de mi oficina aquí en la casa. —*Mentira*—. No puedo quedarme mucho.

Sus dedos se clavaron en mi cuello, aflojando los nudos dolorosos y prácticamente haciéndome ronronear de placer.

—Pareces cansado —murmuró.

«No puedo dormir sin ti. Eres la única que puede calmar las pesadillas».

—¿Qué pasa? —añadió—. Hay muchos más guardias por aquí.

Sus cálidos ojos marrones se encontraron con los míos, y mi pecho se apretó. Me destrozaba no poder decirle que todo estaba bien. Que estaba a salvo. Siempre la mantendría a salvo.

Le aparté un rizo de cabello detrás de la oreja.

—Hemos recibido noticias de una posible amenaza y la estamos investigando. Necesito que te quedes en casa hasta que lo resolvamos.

Los labios de Sienna se curvaron hacia abajo. Era como Mila, a ambas les molestaban las limitaciones y odiaban estar encerradas. Al menos Nikolai era quien tenía que lidiar con Mila en este momento. Él se reportaba regularmente, diciendo poco más que confirmar que la casa de seguridad seguía segura y que Mila aún no la había quemado en su rabia por haber sido enviada lejos.

—¿Y qué pasa con mi próxima cita médica?

Después de su última cita, sincronicé nuestros calendarios para que no me agarraran desprevenido de nuevo.

—Me aseguraré de que puedas llegar a ella.

Sus dedos jugaban con el cuello de mi chaqueta.

—En realidad, me preguntaba si querrías venir conmigo. Harán una ecografía para que puedas ver a la pequeña Granada por ti mismo.

Se me apretó la garganta.

—Sí, iré contigo. —*Haría cualquier cosa por ti.*

Su sonrisa hizo que algo revoloteara en mi pecho. Silencié las alarmas estridentes en el fondo de mi mente que decían que ya estaba demasiado involucrado. No quería poner distancia entre nosotros… y yo había llegado a confiar en ella.

Apretó sus piernas alrededor de mí, acercándome más.

—¿Volverás esta noche?

Mi pecho se estremeció, y me costó todo mi esfuerzo no doblarla sobre el mostrador y tomarla justo aquí.

—Lo intentaré, *Malyshka*.

Se mordió el labio carnoso, con un aspecto absolutamente tentador.

—Espero que sí, porque pedí algo.

Mi polla se movió y me acerqué hasta que nuestros labios casi se rozaban.

—¿Qué?

—Un par de *plugs* anales de entrenamiento. No me di cuenta de cuánto me gustaría el sexo anal hasta el otro día, así que pensé que

podríamos probar más.

Me quedé paralizado, con el corazón latiéndome con fuerza, no solo porque estaba enviando toda mi sangre hacia abajo a mi polla endurecida, sino porque mi esposa había hablado lo suficientemente fuerte como para que *todos en la cocina lo oyeran.* Mi mano cubrió su boca y un gruñido se formó en mi pecho al escuchar las risas contenidas de Polina, *Sveta* y Vasya detrás de la espalda de Sienna.

—*¡Salgan!* —demandé en ruso. No podían ocultar la sonrisa mientras se alejaban, pero yo no me estaba riendo. Volví a ver a mi esposa—. No puedes decir esa mierda delante de la gente.

Me mordió la palma y le descubrí la boca.

—¿Por qué? No entienden lo que digo. Pensé que era un poco… —Se le sonrojaron las mejillas mientras apartaba la mirada—. No sé, un *poco excitante* decir cosas así delante de la gente cuando sé que no pueden entender.

Blyaaaat. No podría explicar mi reacción a menos que confesara que el personal hablaba inglés. Mi culpa por la mentira creció.

Carraspeé.

—Aun así. Pueden entender ciertas palabras, y no quiero compartirte con nadie. —Recorrí su cuerpo con mis manos, trazando sus curvas, acariciando sus pechos, pellizcándole los pezones. Dejó escapar un gemido bajo.

Necesitaba irme. Tenía llamadas y reuniones programadas esta tarde para consolidar alianzas por si se avecinaba una pelea… pero también necesitaba encargarme de ella.

Sienna soltó un suspiro sorprendido cuando la tomé en mis brazos. Sus brazos se enroscaron alrededor de mi cuello y sus piernas se engancharon detrás de mi espalda.

—¿A dónde vamos?

—Depende. ¿Dónde están las cosas que pediste?

El roce de sus labios en el costado de mi garganta me recorrió la nuca.

—Tu mesita de noche.

«Es tu mesita porque es tu habitación. Nuestra».

La llevé escaleras arriba y hasta nuestro dormitorio con una concentración absoluta. Después de sentarla en la cama, abrí la

mesita y encontré un mar de *plugs* y dilatadores de colores del arcoíris. Una carcajada inesperada estalló de mi pecho. ¿Cuándo fue la última vez que me reí? Pensé que había olvidado cómo hacerlo.

—Si tan solo tuviéramos más opciones —dije con sequedad.

Sacó la lengua.

—Oh, eso fue travieso. Deberías saber que no debes burlarte de tu *Pakhan.*

Su labio inferior se levantó en un puchero.

—Pero es tan divertido.

Otra risa se me escapó del pecho.

—Mientras estés dispuesta a pagar el precio de tu comportamiento. Manos y rodillas, nena. Solo tengo unos minutos antes de tener que volver a la oficina.

Resopló, con la mandíbula apretada, y prácticamente podía oír su lucha interna mientras el deseo de someterse luchaba con su lado malcriado. Sonreí con suficiencia cuando se movió lentamente a su posición. Entonces hoy iba a ser mi chica buena.

No perdí tiempo y le bajé sus pantalones deportivos, encontrándola completamente desnuda debajo. Le acaricié las nalgas con un gruñido y apreté. Quería hundir mi polla dentro de ella, jugar con su bonito y pequeño coño hasta que estuviera tan agotada de los orgasmos que apenas pudiera moverse. Mi reloj vibró, devolviéndome a la realidad. Supe sin mirar la pantalla que Maxim me estaba diciendo que mi tiempo se había agotado.

A la mierda. Podía esperar.

Había comprado una variedad de opciones de *plugs* anales. El pequeño *plug* rosa la estiraría un poco, aproximadamente el equivalente a dos de mis dedos, pero no debería ser demasiado intenso para su primera vez. Una joya roja en forma de corazón estaba en el extremo del *plug* para mantenerlo en su sitio.

Por suerte, el cajón también contenía lubricante, así que abrí el envase y lo vertí sobre el *plug*. Lubriqué mis dedos y presioné uno dentro de ella, estirándola suavemente. Aunque este pequeño *plug* no debería causar problemas, no iba a dejar nada al azar.

Dejó escapar suaves gemidos mientras yo movía el dedo dentro y fuera, asegurándome de que estuviera suave, relajada y lista para el

plug.

—Escúchate, suplicando por más. —Saqué mi dedo, añadí más lubricante y volví a presionar, esta vez con un segundo dedo. Su pecho cayó sobre la cama y arqueó la espalda, presentándome el culo como la buena chica que era. Un gruñido se me quedó atascado en la garganta cuando su nueva posición me permitió ver su coño reluciente. Quizá tenía tiempo simplemente para…

Mi reloj vibró de nuevo.

Blyat. Necesitaba mantenerme enfocado.

Jugué con su culo unos minutos más, embistiendo y curvando los dedos hasta que ella sollozaba y suplicaba correrse. Cuando los retiré, ella soltó un quejido de protesta y se movió como si fuera a darse la vuelta.

Mi mano presionó su espalda para mantenerla inmovilizada contra la cama.

—Mantente en posición. Aceptarás lo que decida darte.

Lubriqué el *plug* y presioné la punta contra su pequeño agujero apretado, provocándola mientras variaba la presión. Su trasero se impulsó, intentando y fallando en meter el *plug* dentro de ella. Mi mano bajó a su nalga y ella soltó un grito agudo. Sonreí mientras trazaba la huella roja que mi mano dejó en su piel dorada.

—Mira lo desesperada que está la zorrita de mi esposa por ser llenada. —Me incliné sobre su cuerpo y apoyé mi pecho en su espalda—. Suplica por mí. Suplícame que estire tu bonito culito.

Gimió y negó con la cabeza. Le di una nalgada en su otra nalga.

—Sigue haciendo berrinches, nena. La primera huella de mano que dejé ya empieza a desvanecerse, pero si sigues provocándome, me aseguraré de dejar una marca que dure días.

Soltó un grito ahogado.

—Necesito correrme.

—Entonces suplica por este *plug.* Cuanto más esperes, peor será para ti. Por cada minuto que me hagas esperar, subiré una talla. Si acumulas suficientes castigos, te tocará mi polla. ¿Cómo se verá este culo, estirándose alrededor de mi polla gruesa? —Mis labios recorrieron la concha de su oreja—. ¿Te imaginas lo apretado que

sería? Puede que tenga que atarte a la cama y usarte como mi juguete sexual durante horas.

Por supuesto que no lo haría. Nunca haría nada para lastimarla, pero a juzgar por sus gemidos, le encantaba imaginarlo. El interior de sus muslos estaba manchado de excitación resbaladiza mientras la punta de mi polla goteaba líquido preseminal.

—Última oportunidad, *Malyshka*. Suplica por ello.

—¡Por favor! —gritó—. Por favor, necesito el *plug*.

Tarareé mientras presionaba mi pulgar contra su ano.

—¿Y a quién pertenece esto?

—A ti.

—Buena chica.

Esta vez, no paré cuando presioné la punta del *plug* contra su pequeño agujero estrecho, empujando los primeros centímetros dentro de ella. Cuando encontré resistencia, le froté la nalga y murmuré palabras tranquilizadoras hasta que se relajó lo suficiente como para que entrara del todo. La joya en forma de corazón reposaba preciosa entre sus nalgas. Era lo más excitante que había visto en mi vida. Mi visión se volvió borrosa y me moví como un hombre poseído, bajándome la cremallera con un pesado gemido. Saqué mi polla y la embestí en mi mano, durando solo unos segundos antes de correrme por todas sus nalgas.

—¡Joder! —Mi respiración era entrecortada mientras le daba besos calientes por la espalda—. Tan perfecta. —Le subí los pantalones deportivos y froté la tela contra su culo cubierto de semen.

—No —gimió, incorporándose de rodillas y mirando por encima de su hombro. Estaba listo para que protestara por el *plug* o por cómo la marqué con mi semen, pero debería haberlo sabido mejor.

—Necesito correrme. —Sus pupilas estaban dilatadas y sus ojos vidriosos por las lágrimas.

Mi reloj no paraba de vibrar ahora. Había empujado esto hasta donde pude.

Me incliné hacia adelante y presioné un beso suave en los labios de Sienna, apartándome cuando intentó profundizarlo.

—Sé que quieres correrte —dije, sabiendo que mi tono amable y comprensivo solo la enfadaría más—. Pero mi chica ha sido muy descarada y necesita aprender a comportarse. Si te portas bien toda la tarde, haré que te corras tantas veces como quieras esta noche.

Cruzó los brazos con un adorable puchero.

—No quiero esperar. Y tú obsesión por cubrirme con tu semen debería ser estudiada.

—Nunca había sentido ese impulso antes de ti. —Capturé sus labios en un último beso apasionado—. Mantén el *plug* puesto durante una hora. —Le mordí el labio inferior—. Y no te limpies hasta entonces.

Mientras bajaba corriendo hacia un Maxim exasperado, esperé a que el arrepentimiento se asentara, el pánico de estar demasiado cerca, mas nunca llegó. En cambio, mientras volvíamos a *downtown*, una sensación de que estaba bien se instaló en mi alma. Ya no quería mantener alejada a Sienna. Follar ocasionalmente no era suficiente. La anhelaba por completo, necesitaba poseer su alma y ya no podía fingir lo contrario.

41

DIMITRI

El alcohol fluía en la cena, aflojando la lengua de los serbios, Vlad y Dragan, dos idiotas que intentaban dejar huella en las ventas de arte en el mercado negro. Su sindicato era pequeño y carecía de los soldados altamente entrenados que necesitaríamos en combate, pero su red de información y lista de clientes podían ser útiles en nuestros esfuerzos por localizar al enemigo.

Al menos, eso me decía a mí mismo para no dispararles a los dos mientras pedían otra ronda de *shots* para la mesa. Cada minuto que pasaba aquí era tiempo que podía pasar con mi esposa.

Fingí beber mi *shot* de vodka, tirándolo en la planta a mi lado. Vlad y Dragan estaban demasiado borrachos para darse cuenta.

Dejé el vaso sobre la mesa.

—¿Tenemos un acuerdo?

—S-sí, *Pakhan* —balbuceó Dragan—. Es un honor trabajar con usted.

Manchas oscuras de sudor manchaban su traje gris. Contuve mi mirada de desdén mientras estrechaba sus manos. Habían accedido a darnos acceso sin restricciones a su lista de clientes si les permitíamos organizar una subasta de arte en *Mayhem*.

—Bien. —Le hice una señal a nuestra camarera, una mujer rubia con un vestido rojo ajustado y tacones, que había estado recibiendo

miradas ardientes toda la noche de casi todos los hombres de aquí excepto de mí. Solo había una mujer que alguna vez captó mi interés—. Caballeros, debo marcharme, pero pueden seguir comiendo y bebiendo. Va por mi cuenta.

Sus ojos se iluminaron como niños en una tienda de dulces. Joder, esto era demasiado fácil. En los meses siguientes, Aleksei se aseguraría de que tuviéramos el control total sobre su operación.

Cuando la camarera regresó, sus dedos temblaban y sus palabras salían entrecortadas.

—Señor Ivanov, señor, su tarjeta de crédito… —Miró a su alrededor antes de inclinarse más, con el rostro pálido—. Fue rechazada.

Algo frío y helado me agarró el pecho.

Vlad miró al otro lado de la mesa.

—¿Hay algún problema?

—Para nada. —Tomé mi tarjeta y le di una segunda. Levanté la cabeza hacia Maxim—. Síguela —dije en ruso.

Me recliné en la silla, la imagen de la tranquilidad mientras mi mente corría. No había motivo para que me rechazaran la tarjeta.

Maxim volvió unos minutos después.

—Solucionado. —La tensión alrededor de sus ojos me decía que había mucho más detrás de la historia.

Sergey y Maxim me flanquearon cuando dejamos a los serbios en el restaurante. Konstantin había traído el coche. Nadie habló hasta que nos subimos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—La segunda tarjeta también fue rechazada —notificó Maxim—. Yo pagué con la mía.

Una rabia como lava fundida recorrió mis venas. ¿Era esta *su* forma de burlarse de mí? ¿Recordándome que no tenía el control?

—Dile a Aleksei que nos vea en la oficina ahora —demandé entre dientes—. Y avisa a los guardias de la casa para que estén en alerta máxima.

Sergey giró a la derecha en vez de a la izquierda que nos llevaría a la casa. Resistí la tentación de abrir mis cuentas bancarias en el teléfono. Tenía que esperar hasta estar en un servidor seguro.

Aleksei ya estaba preparándose en la oficina cuando entramos bruscamente.

—Estoy revisando tus cuentas ahora —avisó.

Apoyé las manos en la mesa mientras mis cuentas se cargaban en la pantalla.

—Todas tus tarjetas de crédito han sido congeladas, por eso las rechazaron en el restaurante —comentó Aleksei, frunciendo el ceño —. No entiendo por qué, ya que ninguna tiene cargos fraudulentos que pudieran haber hecho que el banco las congelara. —Pausó el desplazamiento e hizo clic en otra cuenta—. Esta tarjeta de crédito sigue activa, la que le diste a Sienna. Hoy tiene más de cien mil dólares en cargos nuevos.

El fuerte latido de mi corazón resonaba en mis oídos mientras hojeaba sus compras. Estaban repartidas en dos mueblerías, una tienda de ropa, una tienda para bebés y un lugar llamado *Windy City Neon.*

—Me alegro de que alguien haya disfrutado de las compras hoy —murmuré.

—Descongelar las tarjetas de crédito es una solución sencilla, pero no lo recomendaría hasta que entendamos cómo consiguió acceso esta persona. Mientras tanto, crearé una cuenta nueva con tarjetas nuevas. Lo más preocupante son tus cuentas bancarias. —Aleksei cambió a una nueva pantalla.

Escaneé los totales.

—Esas parecen correctas.

—Lo son. Es la cantidad exacta de dinero que había en estas cuentas esta mañana. Pero si investigamos más a fondo, podemos ver que esta tarde todo tu dinero fue sacado de estas cuentas antes de ser devuelto una hora después.

La furia crecía en mi pecho, pegajosa y oscura.

—¿Cómo pasó esto? Se suponía que mis cuentas eran impenetrables.

Aleksei no me miró a los ojos.

—Lo eran. Lo *son*. No lo entiendo. Para que alguien hackeé tus cuentas, o es uno de los mejores *hackers* del mundo o tiene acceso interno.

—¿Pero por qué iban a sacar el dinero solo para devolverlo? —indagó Sergey.

—¡Mierda! —soltó Aleksei—. Hay una nota adjunta a cada transferencia que dice *cortesía de Mary Margaret*.

¿Pero qué carajos? Eso no sonaba a algo que *él* diría, pero ¿quién más haría algo así? Aunque… El nombre sí me sonaba conocido.

—¡Madre santa! —solté con dureza—. Mary Margaret es el nombre del personaje de Sienna en ese puto juego que juega. —Mi mente giraba mientras intentaba entender qué estaba pasando.

—¿Eso significa que Sienna tuvo algo que ver con esto? —El tono de Aleksei estaba empapado de incredulidad.

Maxim se frotó la nuca.

—*Uhh,* no sé si esto está relacionado, pero anoche Sienna se enteró de que el personal hablaba inglés.

Me giré de golpe para mirar a mi segundo al mando.

—¿Qué?

—Se unió a la partida de póker del personal. Yo no estaba allí, pero al parecer ella los engañó para que revelaran que todos hablan inglés. Se alteró cuando se dio cuenta de que tú debiste ordenarles que lo hicieran, y *puede* que yo le haya sugerido que jugara una broma para vengarse.

La furia que me quemaba se volvió helada y ácida.

—¿Le dijiste que se vengara de tu *Pakhan*?

—Pensé que haría alguna tontería, como cuando le hizo una broma a Sergey con los cuchillos de plástico o cuando cambió todos mis zapatos por pantuflas. Probablemente me equivoque y esto no tiene nada que ver con eso.

No existían las coincidencias.

—¿Se enteró de esto anoche?

Maxim levantó la barbilla.

Claro. Así que hoy temprano en la cocina, sabía que Polina, *Sveta* y Vasya entenderían lo que decía. Si me quedara algo de sentido del humor, podría haberme parecido gracioso. ¿Pero era ese el alcance de su broma? ¿O se vengó más contratando a alguien para hackear mis cuentas bancarias?

—No hay pruebas de que tuviera algo que ver con los problemas del banco —expresó Sergey.

—Excepto que su tarjeta de crédito es la única que no estaba congelada —indicó Aleksei—. Y la referencia del personaje del juego.

—Pudo haber contratado a alguien para hacerlo —señalé. Si ella lo había hecho, iba más allá de una broma, era traición contra el *Pakhan*. ¿Contratar a alguien para que pase por varios niveles de seguridad solo para fastidiarme? Ahora una persona desconocida tenía acceso a mis cuentas, dejándome vulnerable. Dejando a *toda la Bratva* vulnerable.

—Haz una revisión completa de nuestro sistema de seguridad y de la codificación en línea. ¡Quien sea que haya contratado para hacer esto podría volver a acceder en cualquier momento! —bramé.

Aleksei se frotó la cara con la mano.

—Esto no tiene sentido. Hay muy pocos *hackers* en el mundo que intentarían algo así, y mucho menos que lo lograrían. ¿Cómo les pagó ella?

—Están esos cargos en su tarjeta de crédito —comentó Sergey.

—Sí, pero solo cien mil, y era sobre todo ropa y cosas para la casa. Aunque les diera los cien mil completos, ningún *hacker* tan hábil siquiera consideraría aceptar un trabajo por tan poco dinero —rebatió Aleksei.

—Así que ella no lo hizo —agregó Maxim.

—O podría estar pagándoles de otra manera —replicó Sergey.

Me levanté del asiento, con mi mano alrededor de su cuello antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Estás llamando puta a mi esposa? —Mi voz era fría y el miedo brillaba en sus ojos.

—No, *Pakhan*. Nunca.

—Entonces, ¿qué estabas sugiriendo?

Tragó saliva con fuerza.

—Que podría estar pagándole a alguien con información.

Solté mi agarre y di un paso atrás. Mi estómago se revolvía por las náuseas. ¿Estaba pasándole información a su hermano? ¿O a otra persona?

—Has estado vigilando su actividad en internet y su teléfono, ¿verdad? —le pregunté a Aleksei.

Él asintió.

—Sí, *Pakhan*. Pero no encuentro mensajes sospechosos ni actividad en internet. Ella básicamente juega a ese juego *CozyScape*. Seguiré buscando.

—Dime qué encuentras. Me voy a casa. —Podríamos teorizar toda la noche, pero la única persona que podía confirmar lo que pasó era mi esposa.

El coche estaba en silencio durante el trayecto de vuelta, y llegamos a la casa oscura poco después de la medianoche. Una mano se posó en mi hombro y mi cuerpo se tensó buscando una pelea.

—Sé que esto parece malo —dijo Maxim—, pero no sabemos si ella tuvo algo que ver. No has dormido en cuarenta y ocho horas. No hagas nada drástico.

Me aparté de su contacto y entré enfadado. Con cada paso que daba, reconstruía los muros alrededor de mi corazón y mi mente. Después de años reforzando las capas de protección, mi sirena las había derribado en solo unas semanas.

Esto era la llamada de atención que necesitaba.

Mis músculos estaban tan tensos que estaban a punto de romperse y un dolor agudo irradiaba desde mi mandíbula apretada. Primero fui a mi dormitorio por si ella me esperaba allí, pero en realidad lo que encontré fue más extraño de lo que podría haber imaginado. Un enorme letrero de neón estaba colocado sobre mi cama, emitiendo una luz tan brillante que tuve que entrecerrar los ojos en la oscuridad.

Complejo de pene pequeño.

Eso es lo que decía, *complejo de pene pequeño,* con una flecha curvada apuntando hacia la cama.

Mi visión era una neblina roja mientras avanzaba por el pasillo y abría de golpe la puerta de la habitación de Sienna. Soltó un chillido y saltó de la cama, almohada en mano, lista para defenderse de un ataque.

—*Oh*, Dios mío. —Se desplomó de nuevo sobre el colchón. Sus pechos se elevaban en su camisón azul de encaje que llevaba puesto. Rozó la parte superior de sus muslos, dejando sus piernas desnudas—. Dame una advertencia la próxima vez para que no me des un infarto.

Cerré la puerta detrás de mí y crucé los brazos, observándola fijamente con una mirada vacía.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y se acomodó en su montón de almohadas y mantas.

—¿Qué tal tu noche?

—¿A quién contrataste? —Mis palabras se sentían como fragmentos de cristal en mi garganta.

La sonrisa de Sienna se ensanchó.

—¿*Hmm*? ¿*Oh*, por el letrero de neón? —Parpadeó—. Increíble, ¿verdad? Lo compré en una pequeña tienda local. El cargo por entrega exprés fue alto, pero fue increíble trabajar con ellos.

La ira estalló y perdí todo control.

—No. ¡¿A quién contrataste para hackear mis cuentas?! —grité. En el fondo de mi mente, registré la expresión sorprendida de Sienna mientras agarraba con fuerza su manta, pero ya no podía tratar sus emociones con delicadeza. Su presencia me había adormecido en una falsa sensación de seguridad, una fantasía en la que realmente podríamos estar juntos.

Eso ya había terminado.

Levantó las manos con cuidado frente a ella.

—Mira, me enfadé porque le dijiste al personal que no me hablara en inglés, así que pensé que lo de la tarjeta de crédito sería una broma graciosa, pero yo…

—¿Es *gracioso* contratar a alguien para hackear mis cuentas bancarias? ¿Para amenazar la seguridad de toda la *Bratva* y hacerme quedar como un tonto? Tienes un sentido del humor retorcido.

Un destello de ira en los ojos.

—No puse en peligro tu seguridad. Si tú…

Corté el aire con la mano y ella se echó hacia atrás. La rabia se colaba en cada célula de mi cuerpo.

—Has pasado toda tu vida rodeada de aduladores jadeantes que te tratan como a una princesa cuando tú solo eres una niña rica mimada que desperdicia sus días jugando a un videojuego estúpido para escapar de su vida patética donde nadie la quiere cerca.

Se puso pálida. Necesitaba parar, alejarme, pero los recuerdos de la infancia me inundaron como alquitrán corrosivo. *«Todos los que conoces te traicionarán. La única persona en la que puedes confiar eres tú mismo. El amor es debilidad».*

—Vas por ahí actuando como un puto rayo de sol cuando la verdad es que a todos a tu alrededor les pagan para ser amables contigo. Nunca había conocido a una chica tan mimada, despistada e ingenua.

—Bueno, entonces tienes suerte de que no debas tenerme mucho más tiempo cerca. —Sus ojos brillaron de rabia.

Lo único que hizo fue avivar mis llamas.

—Tengo suerte. En cuanto este bebé salga de ti, te trasladarán a una nueva residencia. —Entreabrió los labios, pero antes de que pudiera soltar cualquier cosa que tenía en la punta de la lengua, continué—: Tu comportamiento en estos próximos meses determinará lo que ocurra después. Si vuelves a pasarte de la raya, mi heredero vendrá a casa conmigo mientras tú sales del hospital con los brazos vacíos.

Inhaló bruscamente, con sus manos sosteniendo su vientre.

—No puedes hacer eso. —Tenía la mandíbula apretada, pero la voz le temblaba.

Me incliné sobre la cama, una mano apoyada en el colchón y la otra agarrándole la mandíbula.

—Puedo hacer cualquier cosa. Yo soy el *Pakhan.* —Mi voz era áspera y baja, como veneno susurrado—. Este es mi territorio. Todo aquí me pertenece, incluyendo tu puto útero. ¿Lo entiendes?

En vez de responder con una réplica airada, el labio de Sienna tembló. La lucha la abandonó, dejando solo mis horribles palabras flotando en el aire entre nosotros.

—Lo entiendo. —Apartó la mirada—. No causaré más problemas, lo prometo. Solo por favor, no… No me quites a mi bebé.

El corazón se me apretó tanto en el pecho que tuve que contenerme para no frotarme el esternón. Las palabras de Maxim volvieron flotando mientras las náuseas me revolvían el estómago. Estaba demasiado agotado para pensar con claridad. Nunca la separaría de su hijo, pero era mejor que ella creyera que lo haría. Así podía mantenerla controlada.

—Bien. —La solté y di un paso atrás—. ¿Tu hermano tuvo algo que ver con esto?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No. Para nada.

—Porque si lo hizo, si te ayudó a hackear mis cuentas, esta alianza se acabó.

—No lo hizo. Lo prometo.

Necesitaba quedarme, obligarla a darme los detalles de a quién había contratado y cómo habían entrado en nuestras cuentas, pero mis piernas ya me estaban sacando de su habitación, por el pasillo y hasta el baño.

Me caí de rodillas y vomité el contenido de mi estómago en el sanitario. No sé cuánto tiempo estuve allí, pero cuando finalmente me levanté, me encontré con mi reflejo.

Un hombre atormentado me devolvía la mirada, su piel pálida contrastando con las sombras oscuras bajo sus ojos inyectados en sangre.

Ojos que se parecían a los de mi padre.

42

SIENNA

Me senté en el borde de la cama, con la mirada desenfocada fija en una hendidura en la pared. Las doce alarmas que había puesto en mi teléfono seguían sonando de forma intermitente, animándome a ponerme en marcha.

«Solo levántate. Lo haces desde que eras una bebé».

Mi *mamma* siempre presumía de lo temprano que me levantaba.

—¡Solo tenía ocho meses! ¡Y podía caminar a los nueve meses! ¿Has oído hablar de algo así? Mi *piccolina* tenía lugares a los que ir y nada podía detenerla.

Una lágrima cayó por mi mejilla. Luego otra, hasta que mi pecho se agitaba con sollozos silenciosos y rotos. Había vivido más años sin mi *mamma* que con ella, pero el embarazo había agudizado el dolor de mi pérdida hasta convertirlo en una punta de cuchillo. Quería que fuera ella quien respondiera a mis preguntas y me ayudara a elegir cosas para la habitación del bebé. Le encantaba el diseño de interiores. Estaba acostumbrada a llegar a casa del colegio y encontrarla pintando, o poniendo papel tapiz o moviendo muebles, todo mientras estaba vestida de alta costura. Mi *papà* sacudía la cabeza cuando veía su ropa de diseñador manchada de pintura, pero nunca se quejaba ni le decía que parara. Incluso con las largas horas

que él trabajaba, de alguna manera siempre encontraba tiempo para nosotros.

Mis intereses siempre habían cambiado rápidamente de una hiperfijación a otra, y *Mamma* siempre estaba dispuesta a rediseñar mi habitación. Cuando me enamoré del patinaje sobre hielo, pintó un enorme mural de la pista de hielo navideña del *Rockefeller Center* en mi pared e instaló una pista de hielo en nuestro jardín. Cuando eso terminó y me convencí de que mi destino era ser astronauta, pintó a mano el cielo nocturno en mi techo, con pintura que brilla en la oscuridad. Nunca me regañó por cambiar de opinión ni me hizo sentir culpable por mi colección de *hobbies* abandonados. Mis nuevos intereses simplemente despertaban su entusiasmo. Estábamos a mitad de renovar mi habitación para que pareciera la oficina de una diseñadora de modas cuando murió.

Todavía podía sentir la mano de Matteo en la mía mientras me apartaba de los disparos hacia el túnel secreto bajo nuestra casa. Cuando eligió rescatarme a mí en vez de salvar a nuestros padres.

En los años siguientes, su objetivo fue sobrevivir y recuperar *New York* de nuestro tío. Incluso con once años, entendía que luchaba para que yo estuviera a salvo. Fue por mí, por nosotros, por la *Familia*. Pero la parte triste y egoísta de mí estaba destrozada porque no había nadie que me ayudara a decorar mi habitación en la pequeña casa de seguridad donde nos habíamos alojado.

Los primeros meses, no hice mucho más que quedarme en la cama mirando las paredes desnudas. Una vez que Matteo pudo llevar a Gianna, nuestra ama de llaves, a la casa de seguridad, las cosas mejoraron. Me obligó a levantarme de la cama y me organizó clases particulares para que pudiera seguir estudiando, pero seguía sintiéndome muerta por dentro. Un día, entré a mi habitación y encontré un edredón morado sobre el colchón. Ese destello de color me había hecho caer de rodillas. Gianna me encontró llorando en el piso. Me había abrazado durante horas, sin decirme ni una sola vez que dejara de llorar ni que me calmara. Ese día fue un punto de inflexión, la primera vez que volví al mundo de los vivos tras perder a mis padres.

La culpa me invadió por no haber avanzado más en la habitación del pequeño Mango. Había empezado a imaginarme diseñándola con Dimitri. Tenía diferentes ideas del diseño maquetadas en *CozyScape* y pensaba enseñárselas antes de que todo pasara.

Antes de ser una maldita idiota, y él también.

Había pasado los últimos cuatro días intentando averiguar en qué estaba pensando, pero no era la primera vez en mi vida que no sabía cómo explicar mi comportamiento. ¿Por qué pensé que se reiría después de que le robara todo su dinero? Lo había devuelto todo, pero aun así. Había imaginado revelarle que yo había sido quien había manipulado sus cuentas, y se sorprendería de la increíble *hacker* que era. "¡He escuchado hablar de ti! ¡Se supone que eres la mejor *hacker* del mundo!" Y luego me daría orgasmos interminables para recompensar mi genialidad.

Quizá tenía razón y yo solo era una chica mimada, despistada e ingenua. Pero estaba segura de una cosa: *nunca* me separaría de mi hijo.

No le había dicho nada a Sofiya. No quería crear una brecha entre ella y su hermano… Al menos no hasta que fuera la única opción disponible para mí. Mis amigas eran poderosas y pelearían para que mi bebé y yo estuviéramos juntos, pero el *Pakhan* también era poderoso.

Me acaricié el estómago con ambas manos.

—No dejaré que suceda. Lamento que lo que hice haya causado este problema, pero seré mejor. Y te diseñaré la mejor habitación de la historia, y nunca te haré sentir mal si cambias de opinión.

Me sequé las lágrimas con la punta de mi manta y solté un suspiro tembloroso. Había aprendido a estar sola todos estos años, y ya estaba acostumbrada, pero nada me había preparado para la soledad de un esposo que me odiaba y amenazaba con quitarme a mi hijo. ¿Sería tan cruel con nuestro bebé?

—Lo siento —susurré, pasando mis pulgares por mi barriga—. *Mamma* lo siente mucho. —Absorbería todo su odio si eso significaba que mi bebé creciera sintiéndose amado.

Una extraña sensación de aleteo se extendió en la parte baja de mi estómago, dejándome sin aliento.

—¿Eres tú? —Le di un toquecito a mi pequeño Mango y sentí otro espasmo extraño. Más lágrimas resbalaron por mis mejillas. Había dolor ahí, por no tener a nadie con quien compartir este momento, pero también felicidad. Mi *mamma* me había dado más magia en once años que la mayoría de la gente en toda una vida, y yo haría lo mismo por mi bebé.

———

La cocina quedó en silencio cuando entré. Había pasado mi cara bajo agua helada e intentado cubrir mis ojos rojos e hinchados con maquillaje, pero claramente mis esfuerzos no habían sido suficientes.

Polina, *Sveta*, Maxim y Aleksei me miraban desde sus lugares alrededor de la isla de la cocina. Yo los había estado evitando, incapaz de enfrentar la lástima y el juicio que sabía que vería en sus ojos. ¿Sabían todos en la casa lo que Dimitri me había dicho? ¿También me despreciaban?

—Buenos días —saludé—. Necesito que me lleven a una cita.

—¿Qué cita? —preguntó Maxim.

—Una cita con el médico. —Al ver el destello de pánico en sus ojos, añadí rápidamente—: solo una revisión normal.

Sus hombros se relajaron y levantó la barbilla.

—Sergey y yo te llevaremos.

Polina saltó de su asiento y me rodeó con los brazos. Quería derretirme en su abrazo, pero mantuve mi cuerpo rígido. Era la única forma de evitar romper en llanto.

Se apartó, con el rostro marcado por la tristeza.

—Ven, siéntate y come algo.

La dejé jalarme para sentarme. Por mucho que me sintiera desesperada o por mucho que se me revolviera el estómago, mi bebé necesitaba que siguiera adelante.

Sveta me trajo un *parfait* de *yogurt* y un *croissant* de chocolate.

—Hoy es la ecografía morfológica, ¿verdad? —preguntó suavemente. La amabilidad de ella y de Polina fue demasiado para

que mi tierno corazón la soportara.

Asentí mientras metía la cuchara dentro y fuera del *yogurt* sin mucha intención de comerlo. Había leído demasiadas publicaciones en internet sobre ecografía morfológica, y solo me habían puesto más ansiosa. Anoche me quedé atascada navegando, leyendo lo que parecían cientos de publicaciones de gente recibiendo malas noticias. Ahora me perseguían, y sentía ganas de encogerme, derretirme en un charco y desaparecer.

No había hecho arreglos para que nadie más viniera conmigo porque pensaba que Dimitri estaría allí, tomando mi mano. Ahora me daba demasiada vergüenza pedírselo a alguien, ya que sería una prueba concreta de que mi esposo no quería saber nada de mí ni del bebé. Yo era la única culpable de creer que alguien querría quedarse conmigo a largo plazo.

«Bien, eso es demasiada autocompasión. Contrólate».

Respiré profundamente y me comí un par de bocados de *yogurt* antes de ponerme de pie.

—Estoy lista.

NADIA, la técnica de ultrasonido, tenía el cabello rizado amontonado sobre la cabeza y una liga de seda amarilla brillante. *«Nota para mí misma: usar más ligas en el cabello».*

Esta era una habitación diferente a la que había estado en mi última cita. Paredes *beige* y sin ventanas. Un lavabo pequeño. Gabinete. Y un gran cuadro de tres nutrias, asomando la cabeza fuera del agua y mirándome fijamente con los ojos muy abiertos.

Eso era… moderadamente inquietante. Y adorable. ¿Podría adoptar una familia de nutrias?

—¿Lista para empezar?

Asentí. Cuando Nadia fue por mí al vestíbulo, preguntó si alguien vendría aquí conmigo. Rápidamente disimuló su destello de lástima cuando le dije que *no*.

—La ecografía morfológica de hoy probablemente será la más profunda que tengas durante el embarazo. Voy a revisar a tu bebé de pies a cabeza. Puede tardar hasta una hora, dependiendo de cuánto coopere el bebé, y siempre me gusta advertirles a las mamás que existe la posibilidad de que hoy no consigamos todo lo que necesitamos si el bebé no está en la posición adecuada. No es común, pero solo quiero mencionarlo como una posibilidad. Si necesitas tomarte un descanso o cambiar de posición en cualquier momento hoy, solo dímelo.

—Bien —dije en voz baja, jugueteando con la servilleta de papel que llevaba metida en la parte superior de mis *leggings*.

Me echó gel tibio en la barriga.

—Podrás seguirlo en la pantalla de la TV. La mayoría de los padres encuentran que es una exploración muy divertida porque su bebé hoy parecerá menos una masa y más un bebé de verdad.

Respiré profundamente, aflojando mis hombros y mandíbula tensos. No dejaría que la ausencia de Dimitri me arruinara esto.

Nadia movió la sonda a mi barriga, y el sonido estático y pulsante de la máquina de ultrasonidos se intensificó. La pantalla de la tv se llenó de manchas en blanco y negro.

Nadia presionó su teclado, dibujando líneas y medidas mientras ajustaba la sonda.

—Esa es la cabeza del bebé. —Señaló, dedicándome una sonrisa —. Mira esa nariz y esos pequeños labios.

Se me apretaba la garganta al mirar el perfil de mi bebé. ¿Eso se parecía a mi nariz?

Los labios del bebé se entreabrieron y Nadia sonrió.

—Está bostezando. ¿No es adorable?

La humedad se me acumulaba en la esquina de los ojos.

—¿Eso fue un bostezo?

—Desde luego que sí. Y además de ser ridículamente adorable, en realidad es una gran señal de un desarrollo cerebral saludable.

Por mucho que hubiera hablado con Mango, no fue hasta este momento cuando golpeó: había un pequeño bebé vivo dentro de mí. Mi cuerpo había creado a esa pequeña criatura bostezando. Mi

corazón se hinchó y miré la pantalla, apenas parpadeando. No quería perderme ni un segundo.

Nadia movió la sonda, bajando por el cuerpo de Mango. Pude ver sus dedos y brazos agitándose y escuchar su corazón. Quería grabar ese sonido y escucharlo cada noche durante horas.

—¿Ya sabes el sexo?

Me sobresalté un poco ante la pregunta de Nadia. Estaba tan concentrada en la pantalla que casi se me olvidó que estaba allí.

—Oh, *um*, no, no lo sé.

—Bien. Bueno, voy a revisar las piernas del bebé para poder medir el fémur. Dependiendo de la posición, puede que veas algo. Así que si no quieres saberlo, deberías apartar la mirada de la pantalla ahora.

Mi corazón latía con fuerza.

—Pensé que quería que fuera una sorpresa, pero ahora ya no estoy tan segura.

Su sonrisa era cálida mientras movía la sonda alrededor de mi vientre.

—No hay una forma correcta o incorrecta de hacerlo. Si no te enteras hoy y cambias de opinión, siempre puedes llamar a la oficina.

Que fuera una sorpresa había sonado divertido cuando estaba apretujada entre Sofiya y Julieta en el sofá, riéndome de nombres de bebés, pero mi corazón se sentía demasiado frágil ahora para sorpresas. Solo éramos Mango y yo contra el mundo, y quería saber todo lo posible sobre el bebé.

—Quiero saberlo —solté.

—¿Sí? ¿Estás segura?

De repente, la necesidad de saber era tan urgente que vibraba bajo mi piel.

—Sí, por favor.

Sonrió y volvió a mover la sonda.

—Bien, estos son los pies y las piernas del bebé. —Un borrón blanco y negro en la pantalla se enfocó—. Justo ahí… —rodeó la zona con el dedo—, está la zona entre las piernas.

—No sé qué estoy viendo —admití.

Sonrió.

—Lo sé. Es difícil de ver. Pero el bebé está en la posición perfecta para nosotras. Vas a tener una niña.

Una niña.

Mi Mango era una niña.

Mi hija.

Las lágrimas corrían por mi rostro y mi vientre se movía salvajemente mientras ahogaba un sollozo.

Las cejas de Nadia se fruncieron mientras me entregaba una caja de pañuelos.

—¿Estás bien?

Me sequé la cara.

—Sí. Perdona. No esperaba tener una reacción tan fuerte.

Se sentó en la silla junto a la cama y me dio unas palmaditas en la mano mientras yo controlaba mis lágrimas. Agradecía su consuelo, pero deseaba que fuera la mano de otra persona la que estuviera sujetando.

Sollocé.

—Bien, ya se acabó el drama.

—Esas hormonas del embarazo pueden ser salvajes —dijo, excusando amablemente mi pánico. Ni siquiera estaba segura de por qué había tenido una reacción tan fuerte—. Pasa todo el tiempo.

Después de recostarme de nuevo, Nadia continuó con el escaneo. Tenía los ojos pegados a la gran pantalla, pero mi mente iba en mil direcciones.

¿Se esperaba demasiado el rosa para la habitación del bebé? Quizás un malva más rico para las paredes combinado con madera natural. O podría ir totalmente maximalista con el color, un tema de arcoíris sería divertidísimo. Necesitaba estantes para hacer su propia pequeña biblioteca. *Mamma* me leía todas las noches, y *Papà* se unía siempre que llegaba a tiempo. Quería hacer lo mismo por mi pequeña.

Julieta y Sofiya estarían tan emocionadas al saber que íbamos a añadir otra chica al grupo, y Polina y *Sveta* estarían encantadas pero no sorprendidas. Habían estado convencidas todo este tiempo de que iba a tener una niña por lo mucho que a *Vovchyk* le gustaba

empujar mi barriga frente a lo mucho que detestaba a los hombres. Los soldados de la *Bratva* habían aprendido a mantener un perímetro amplio siempre que él estaba cerca.

Agarré otro puñado de pañuelos y me limpié los ojos. Las marcas negras de mi máscara de pestañas cubrían el material delgado. Probablemente ya era hora de invertir en una a prueba de agua. ¿Cómo se llamaba la marca que le encantaba a Leona? Hablando de la asesina, estaría encantada de que tuviera una niña, aunque sin duda intentaría reclutarla para su ejército. Ya la había atrapado enseñándole a Clem a sujetar un cuchillo. Al menos había sido uno de plástico, pero a Matteo no le hizo ninguna gracia, especialmente porque cuando le quitó el cuchillo a su hija, ella empezó a llorar. La había cargado, meciéndola y murmurando palabras dulces mientras fulminaba con la mirada a Leona. Clementine lo tenía envuelto entre sus pequeños dedos.

Nunca me imaginé a Matteo con un hijo, pero era el típico padre de una niña. Incluso con un pequeño equipo de niñeras y enfermeras nocturnas, mi hermano insistía en ser él quien la cuidara siempre que estaba en casa. Cuando Sofiya le habló del desafío de cien alimentos, donde alimentas a tu bebé con cien alimentos antes de que cumpla un año, lo abordó con la misma intensidad con la que planearía una emboscada enemiga. Llevaba una lista en su teléfono con todos los alimentos que Clem había probado, además de sus reacciones.

Camotes: 9/10. Se los comió todos.
Brócoli: 1/10. La hizo llorar. Nunca más se los daremos de comer.

¿Querría Dimitri estar tan involucrado en la vida de su hija?

Mierda. *Mierda*.

Mi ritmo cardíaco latía en mis oídos mientras la realidad me golpeaba, dura y fría. ¿Cómo reaccionaría Dimitri a la noticia de que íbamos a tener una niña? Todo nuestro matrimonio se basaba en que yo llevaba a su heredero, pero ¿vería él a una hija como heredera?

En nuestro mundo, las chicas eran peones en los juegos de hombres corruptos que no nos veían completamente como humanas o valiosas fuera de lo que podíamos darles. Nos cambiaban por alianzas y nos secuestraban para tener ventaja. Esa no era la vida que quería para mi hija. Debería ser libre para jugar, soñar en grande y moverse por el mundo con seguridad. Quería que lo tuviera todo, pero ¿y si Dimitri no lo veía así? ¿Y si él le reprochaba su género, como tantos hombres de la Mafia y la *Bratva*?

—Muy bien, hemos terminado. —Nadia me pasó una toalla para limpiarme el gel de la barriga—. La doctora vendrá pronto para revisar todo contigo. ¿Necesitas algo mientras tanto?

—No, gracias. —Mis palabras salieron con voz ronca y grave.

Sonrió antes de salir de la habitación.

Me senté despacio y sorbí mi agua. Mi estómago rugió. La falta de desayuno me estaba afectando en este momento, y visiones de una hamburguesa con queso, papas fritas y una malteada bailaban en mi mente. Esperaba que Maxim no tuviera prisa por volver. Estaba bastante segura de que era ilegal no parar por un premio postcita médica.

Mi palma rodeó mi barriga.

—Ahora sí que puedo empezar a pensar en nombres. Apuesto a que tus tías tendrán muchas ideas.

Me senté de lado en la mesa, con los pies balanceándose debajo de mí. Mis talones golpeando el armazón metálico.

Tum tum pum.

Los minutos pasaban.

Tum tum pum.

La doctora no llegaba aún.

Tum tum pum.

No podía soportar estar sola con mis pensamientos tanto tiempo. Las paredes empezaron a cerrarse.

Finalmente, la puerta se abrió y detuve mis piernas.

—Hola, Sienna. ¿Cómo estás hoy? —La doctora Bell dejó su tableta en la mesita y se acercó a la máquina de ultrasonidos.

«Muy desesperada. Preocupada porque le arrebaten el futuro entero a mi hija incluso antes de que nazca. Desesperada por una

malteada de cookies and cream*».*

—Bien.

—Me alegra oírlo. Nadia me dijo que descubriste el sexo. Felicidades por tu niña.

Le regalé una sonrisa con los ojos llorosos.

—Gracias.

Me hizo sus preguntas habituales sobre mis síntomas antes de indicarme que me recostara. Más gel en mi estómago. Los sonidos de silbidos llenaron la habitación.

No fue hasta que el silencio se alargó varios minutos que empecé a preocuparme. El ceño de la doctora Bell estaba fruncido mientras ladeaba la cabeza, presionando la sonda con más fuerza sobre mi estómago.

—¿Pasa algo? —Finalmente pregunté.

Relajó la cara y me miró.

—Nada de qué preocuparse todavía.

Todavía.

«Todavía, todavía, todavía».

—Quería echarle un segundo vistazo al corazón de la bebé porque Nadia no pudo captar una imagen tan clara como nos gustaría.

Se me apretó el pecho.

—Es muy común —me tranquilizó—. El corazón de la bebé solamente tiene el tamaño de una uña en este momento, así que puede ser difícil obtener una imagen clara, especialmente si se siente inquieta y se mueve como hoy.

—¿Cree que le pasa algo a su corazón? —Mi voz se quebró con mi pregunta aguda.

Dejó la sonda y se sentó en el taburete con ruedas.

—Creo que la probabilidad de que haya algo malo es pequeña, pero quiero asegurarme de que tengamos una imagen clara para estar absolutamente seguras. Voy a referirte a un especialista en medicina materno-fetal para que haga un ecocardiograma fetal. —Me entregó servilletas y me limpié la barriga de nuevo, con movimientos rígidos.

—¿Cómo hacen el ecocardiograma fetal?

—Es un tipo de ultrasonido, así que no es nada invasivo.

—¿Qué crees que pasa?

—No digo que haya algo malo —explicó, con palabras suaves y lentas—. Según la imagen de hoy, existe una ligera posibilidad de que la bebé tenga lo que se llama un Defecto del Tabique Ventricular, o TEV, que es un pequeño agujero en el corazón.

La habitación giró ligeramente a mi alrededor mientras yo inhalaba rápidamente. Mis manos se cerraron en puños. Necesitaba calmarme. Entrar en pánico no era bueno para mi Mango.

—¿Es algo que yo hice? —solté de golpe. ¿Por qué mi cuerpo no había conseguido hacer bien su corazón?

La doctora Bell me miró con la misma expresión que uno le hace a una bomba al borde de la detonación. Ella tomó mi mano con suavidad.

—No has hecho nada malo, Sienna. Nada en absoluto. Aunque sea un TEV, muchos acaban cerrándose solos y no requieren ningún tratamiento. Solo estamos siendo muy precavidos al referirte, ¿de acuerdo?

Asentí, porque ¿qué más se suponía que podía hacer? ¿Exigirle que vuelva a encender la máquina y que diga: *¿No te preocupes, su corazón parece perfecto?*

—Bien —pronuncié. Mi piel se sentía caliente y luego fría. Necesitaba salir de aquí.

—Recibirás una llamada de medicina fetal en uno o dos días para agendar tu cita. Por favor, llámame si necesitas algo mientras tanto.

Me bajé de la cama.

—No condujiste aquí, ¿verdad? —preguntó con cautela.

Negué con la cabeza. Maxim estaba afuera de la puerta y Sergey hacía guardia en el vestíbulo.

—Sé que no ayuda decirte que no te preocupes, así que solo diré que lo tomes con calma los próximos días. Sé amable contigo misma, descansa y trata de no buscar demasiado en Google.

Mi sonrisa estaba forzada, sus palabras apenas penetraban en mi mente girando.

Salió de la habitación.

Me vestí.

Mis dedos se cerraron alrededor de mi teléfono y pensé en llamar a Sofiya. No quería estar sola, y sabía que insistiría en volar para estar conmigo. Pero si la llamaba, tendría que decirlo en voz alta: *Puede que haya algo malo con el corazón de mi bebé.*

Guardé el teléfono en mi bolsa.

Maxim estaba de pie en el pasillo cuando salí de la habitación.

Frunció el ceño en cuanto me vio, su cuerpo en alerta máxima.

—¿Todo bien?

Me metí en las reservas más profundas de mi alma y me puse la máscara que había usado durante tanto tiempo.

—*Síp*. Todo bien. Solo estoy cansada.

No parecía convencido y seguía lanzándome vistazos preocupados mientras me guiaba fuera del consultorio. Desde luego, no calmó sus sospechas cuando rechacé su oferta de pedir una hamburguesa con queso en el autoservicio, pero estaba al borde de un colapso y necesitaba llegar a casa lo antes posible. No paraba de intercambiar miradas con Sergey e intentaba captar mi mirada en el retrovisor, pero yo apoyé la mejilla en la ventana y cerré los ojos.

Vovchyk salió corriendo al coche para recibirme, apoyando su nariz en mi barriga en cuanto se abrió la puerta. Pasé mis dedos por su espeso pelaje. Me ardían los ojos.

Murmuré algo sobre tomar una siesta y entré sin mirar atrás. Me ardían las piernas mientras subía las escaleras. Toda mi fuerza se había agotado en mi cuerpo, y solo la presencia constante de Vovk a mi espalda me mantenía en pie hasta que llegamos a mi habitación.

Cerré la puerta detrás de mí, y fue en ese silencio privado cuando me desplomé en el suelo sollozando. *Vovchyk* gimió y presionó su cuerpo contra el mío. Le rodeé el cuello con los brazos, empapándome de su presencia constante y llorando en su pelaje.

—Vas a tener una hermana —solté un murmullo entrecortado—. Una pequeñita. Serás el mejor hermano mayor de todos. Solo necesito que esté bien. Daré cualquier cosa para que esté bien.

Una ola de impotencia más intensa que cualquier cosa que hubiera sentido desde que era una niña me golpeó, dura y opresiva. Tenía más dinero del que sabía qué hacer con él, y conexiones con

algunas de las personas más poderosas del mundo, pero nada de eso importaba.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero finalmente conseguí arrastrarme hasta la cama y acurrucarme bajo las sábanas. Vovk yacía a mis pies, con la mirada fija en la puerta, vigilando mientras me quedaba dormida.

43

SIENNA

Copos de nieve danzaban en el aire, cayendo sobre mi cabello, mi nariz y la manta envuelta firmemente alrededor de mis hombros. *Vovchyk* me dio un golpecito en el estómago y gimió. Se había mantenido a mi lado desde que llegué a casa ayer. ¿Fue porque sabía que yo estaba angustiada o porque intuyó que algo andaba mal con la bebé? El viento helado me picaba los ojos vacíos y hacía que me dolieran mis dedos congelados. Mi barriga había crecido oficialmente demasiado para poder subirme la cremallera de los pantalones, e incluso mi chaqueta de invierno fue un poco difícil de cerrar. Necesitaba comprar ropa nueva, pero eso requería energía. Esfuerzo. Motivación.

Ninguna de las cuales tenía en este momento.

Vovchyk se puso de pie, de repente en alerta. El pelaje de su espalda se erizó y un gruñido bajo retumbó en su pecho. Envolví mis dedos en su pelaje, con mi corazón latiendo con fuerza. No pasó mucho tiempo antes de que escuchara el crujido de botas en la nieve.

—¡Oye, soy yo! —La voz de Aleksei llegó hasta mí en el viento—. Por favor, dile a Vovk que no me ataque.

Apreté más mi agarre en mi lobo.

—Ya lo escuchaste. No ataques a nuestro amigo, aunque sea un niño.

Un nudo se me subió rápidamente a la garganta. ¿Aleksei seguía siendo mi amigo? ¿Alguien en la casa lo era? Polina y *Sveta* habían sido amables conmigo antes de mi cita, pero desde entonces me había estado escondiendo de todos. Me había colado a la cocina pasada la medianoche para agarrar comida, y esta mañana salí por la puerta lateral para dar un paseo. Hubo una explosión en el número de guardias en el terreno, pero me ignoraron mientras me dirigía al bosque.

Los pasos de Aleksei se hicieron más fuertes en la nieve densa y compacta. Saludó con la mano mientras se acercaba. Iba vestido completamente de negro excepto su sombrero, que era de un azul pálido que combinaba con sus ojos.

—Hola —dije con voz seca.

Se detuvo a unos tres metros adelante.

—¿Vovk me va a comer si me siento a tu lado?

—*Nah*. Estarás bien.

Aleksei dio unos pasos adelante, y el gruñido de Vovk se intensificó.

—¿Estás segura de eso? —preguntó.

—Ya desayunó, así que lo máximo que haría sería darte un pequeño mordisco.

Aleksei emitió un sonido ahogado.

—No estoy seguro de querer que me mordisqueen tampoco.

Le di unas palmaditas al sitio a mi lado.

—Vamos. Te protegeré del lobo enorme y aterrador.

Se quejó, pero se sentó. Vovk se quedó a mi otro lado, fulminando con la mirada a nuestro visitante.

Los sonidos del bosque nos rodeaban: el crujido de las ramas por el hielo y la nieve, unos cuantos pájaros cantores bailando en el aire, el goteo del agua del arroyo que no se había congelado. Me recosté contra un tronco de árbol, el mismo lugar donde conocí a Vovk por primera vez, y cerré los ojos mientras esperaba a que Aleksei hablara.

Soltó un largo suspiro.

—Necesito saber a quién contrataste para hackear las cuentas de Dimitri y para qué los contrataste exactamente.

Me mordí el labio y jugueteé con el borde de la manta.

—¿Todo el mundo me odia ahora?

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso?

Me encogí de hombros.

—Dimitri me odia.

—No creo que él te odie. Pero es muy protector con las personas que dependen de él para su seguridad. Si me das la información del *hacker*, puedo asegurarme de que nuestros sistemas estén seguros. No pasa nada.

Sus palabras no dichas quedaron suspendidas en el aire, *pero si te niegas a hablar…*

—¿Qué le harás a la persona que contraté?

—Supongo que depende de quiénes sean. Suponiendo que sea un profesional, lo desacreditaré en las comunidades de *hackers* en línea. Haré de sus vidas un infierno. —Dudó antes de continuar—. Pero lo que les pase no es culpa tuya. Cualquier *hacker* debería saber que no debe aceptar un trabajo así.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios porque tenía razón. Debería haberlo sabido. Sin embargo, mezclado con mi vergüenza, había un hilo de diversión en que pensara que podría arruinar tan fácilmente la vida de este *hacker*.

—¿Conoces a *Hedgehog*?

Aleksei se quedó quieto.

—¿*Hedgehog*? ¿O sea, uno de los mejores *hackers* del mundo?

Asentí.

—Sienna, no lo hiciste. —Se pasó la mano por los rizos rubios con movimientos frenéticos y apresurados—. Joder, esto es mucho peor de lo que pensé. *Hedgehog* es peligroso. Las cosas que ha hecho… ¿Y tú lo contrataste? Lo siento, pero no podré protegerte de las consecuencias de esto.

Ladeé la cabeza.

—¿Qué consecuencias? ¿Me meterán en un calabozo?

Se puso de pie, su cuerpo rígido por la agitación.

—No lo sé. *Carajo*. Tengo que decírselo al *Pakhan*. La ciberseguridad de toda la *Bratva* está comprometida. —Caminaba de un lado a otro, demasiado consumido por su estrés para notar cómo Vovk gruñía cada vez que se acercaba—. El año pasado, *Hedgehog* destruyó a uno de los líderes de la Mafia Irlandesa en Dublín. Le quitó a su prometida, su dinero y luego su vida. —Su tono era frenético pero llevaba un matiz de respeto… Incluso *admiración*.

Escondí mi sonrisa tras la palma de mi mano. Escucharlo hablar de *Hedgehog* como si fuera una criatura mítica fue bastante agradable.

Se detuvo de golpe.

—*Blyat.* ¿Y si *Hedgehog* está trabajando con…?

Fruncí el ceño.

—¿Con quién?

—Olvídalo. Tienes que entrar conmigo. Ahora.

Me recosté contra el tronco del árbol.

—Siéntate, Aleksei.

—¡No puedo sentarme! Sienna, lo que has hecho…

Mis ojos se cruzaron con los suyos.

—Siéntate y escúchame, demonios, o te juro por Dios que te disparo.

Se detuvo en seco.

—¿Con qué pistola? —Miró mi manta con sospecha, como si fuera a sacar una granada.

Me quedé sentada, jugando tranquilamente con el pelaje de *Vovchyk*. Me estaba dando hambre y se me antojaba una *pizza*. Julieta me había regañado por no probar aún la *pizza* estilo *deep dish* de *Chicago*. Quizás esta noche era la noche.

Con un bufido irritado, Aleksei se sentó, su cuerpo tenso mientras mantenía varios metros de distancia entre nosotros.

«Aquí vamos. Como arrancar un curita».

—Yo soy *Hedgehog.* —Las palabras danzaban en el aire hasta que el viento se las llevó. Palabras que apenas había pronunciado en voz alta en los últimos siete años. Se sentía liberador, casi estimulante.

—¿Qué?

Me giré para mirar a Aleksei, que tenía la mandíbula boquiabierta.

—Soy *Hedgehog.* No contraté a nadie para meterse con las cuentas de Dimitri. —Se me torció el labio ante la idea de que alguna vez tuviera que hacer algo así—. Lo hice yo misma porque estaba enojada con él. Tal vez no lo pensé bien, pero también se negó a dejarme explicarle, así que… —Me encogí de hombros.

Esperé a que Aleksei dijera algo, pero se quedó en silencio con una expresión vacía, algo aturdida. Fruncí la nariz. ¿Era tan difícil creer que podía ser una *hacker* ruda? Qué grosero.

—Ahora, aunque no hay un mundo en el que puedas hacer la vida de *Hedgehog* un infierno o desacreditarlo, yo podría hacerte eso fácilmente. —Entrecerré los ojos—. En segundos, podría saber más de ti de lo que tú mismo sabes. Todo lo que posees podría ser mío con un chasquido de mis dedos. Si dijera una sola palabra contra ti en el Foro, nunca volverías a trabajar.

La sangre se le fue de la cara. ¿Iba a desmayarse? No me gustaba la idea de arrastrar su cuerpo por el bosque, así que saqué un paquete de *snacks* de fruta del bolsillo y se lo lancé. Aprendí a llevar siempre *snacks* conmigo después de venir aquí por primera vez.

—Cómete esos. Subirá tu azúcar.

Balbuceó.

—¿Por qué no puedes simplemente decírselo a Dimitri? Carajo, si trabajaras para la *Bratva*, seríamos imparables.

Mi corazón dolía con esa sensación de dolor familiar de no ser vista y ser alejada por los hombres poderosos que me rodeaban.

—No quiso escucharme cuando tuvo la oportunidad. No voy a rogarle que me escuche.

Aleksei se quejó y apoyó la cabeza en sus manos.

—Te expliqué cómo crear contraseñas fuertes cuando te mudaste.

Resoplé.

—Sí. Eso fue bastante gracioso.

Levantó la cabeza.

—Espera, he estado vigilando todos tus dispositivos y no he visto ninguna actividad sospechosa. Lo único que haces es jugar a ese juego de *CozyScape*.

—A veces me pregunto cómo es que los hombres sobreviven día a día —reflexioné.

—¿Qué?

Sonreí.

—No te preocupes. El rastreador que instalaste en todos mis dispositivos es una auténtica mierda. Lo desactivé en segundos.

—¿Has estado fingiendo tu actividad en internet? ¿Es por eso que parece que nunca le mandas mensajes a nadie? He estado estresado pensando que no tenías amigos.

—¿Qué clase de *hacker* sería si no tuviera mensajes codificados? Además, realmente juego a *CozyScape* y compro muebles. Solo que también hago otras cosas.

Se le abrió la boca y ladeé la cabeza, esperando su actitud defensiva e indignación por haber podido vencerlo. La última competencia de *hacking* en la que participé, y gané, *por supuesto*, terminó con el perdedor que quedó en segundo lugar intentando desacreditarme en el Foro. Curiosamente, toda su vida se vino abajo después de eso… Es curioso cómo ocurría eso.

—¿Podrías enseñarme?

Mis ojos se clavaron en los de Aleksei.

—¿Qué?

Se sonrojó.

—Llevo como cinco años siguiendo el trabajo de *Hedgehog*. Sería un honor aprender de ti si alguna vez lo consideras. Aunque sean solo unas horas de tu tiempo.

—¿Quieres que… te enseñe?

Sus ojos estaban muy abiertos y tan jodidamente sinceros.

Se me apretó el pecho.

—Sí, *Lyosha*. Si convences a Dimitri de que todo está bien y que te encargaste del molesto *hacker*, te enseñaré.

Su amplia sonrisa era tan encantadora que transformaba su rostro; ya apuesto a algo impresionante. Sus rizos rubios, sus ojos

azules brillantes y sus mejillas sonrojadas por el frío lo hacían parecer un modelo de ropa de invierno. Extendió su mano.

—Vamos. Te vas a congelar.

Su intento caballeroso de ayudarme a levantarme fue frustrado por Vovk, que lo apartó. *Lyosha* cayó al suelo y Vovk colocó suavemente su cabeza bajo mi mano.

—*Aw.* ¿Quieres ser el único caballero que me ayude a levantarme? —Usé su cuerpo sólido para mantener el equilibrio mientras me ponía de pie.

Un *Lyosha* con el ceño fruncido se levantó y se sacudió la nieve del trasero. *Vovchyk* movía la cola, saltando a mi lado mientras volvíamos a casa. De repente, me di cuenta de que durante unos momentos había olvidado mi ansiedad por el corazón de mi pequeño Mango. Eso fue algo bueno. La ansiedad no era buena para la bebé. Pero mi pecho se retorcía de culpa de cualquier forma, como si mi preocupación constante pudiera mantenerla a salvo.

44

DIMITRI

Sienna estaba en medio de una de las habitaciones de huéspedes, mirando fijamente la pared sin expresión. Llevaba así varios minutos, simplemente… paralizada.

Tenía los ojos tan secos que me dolía parpadear, el corazón me latía con fuerza por la enorme cantidad de cafeína que había consumido, y el teléfono vibraba de una forma molesta al alertarme de otra llamada perdida, pero aun así no podía apartarme del monitor de la computadora. Había comprado un segundo monitor solo para poder mantener corriendo las grabaciones de las cámaras de la casa mientras trabajaba. Necesitaba vigilarla más de cerca, para asegurarme de que no volviera a poner en peligro nuestra seguridad.

Tenía que mantener a todos a salvo. Mantener el control. Protección.

Al menos, esa era mi excusa. En el fondo, ya no podía ignorar que la extrañaba.

Habían pasado seis días desde que la confronté, y no había vuelto a poner un pie en la casa desde entonces. Era demasiado peligrosa, demasiado adictiva para estar cerca de ella… Me hacía desear cosas imposibles. Nunca debí bajar la guardia y ahora lo estaba pagando.

Si tan solo todos los demás pudieran estar en la misma sintonía.

Aleksei me aseguró que todas las cuentas estaban seguras y que el *hacker* ya no sería un problema. Se había asegurado de enfatizar, con un tono gélido y cargado de prejuicio, que Sienna nunca había sido una amenaza para nosotros.

Mi padre nunca habría tolerado semejante falta de respeto por parte de sus hombres. Permanecí en silencio mientras Aleksei se daba la vuelta y salía de mi oficina.

«Eres un chico débil y patético. No puedo creer que me haya tocado un hijo como tú».

El personal ignoró mi orden de mantener su distancia con mi esposa, pero no tuve el valor de decirle a *Sveta* que dejara de pedirle a Sienna que viera una película con ella o a Vasya que dejara de invitarla a su invernadero. De todos modos, no importaba, ya que Sienna había rechazado sus ofertas. Había pasado los últimos días vagando sin rumbo por habitaciones y, aparentemente, olvidando por qué estaba allí.

La puerta de mi oficina se abrió y Maxim entró sin tocar. Fruncí el ceño, pero mantuve mi mirada en la pantalla, negándome a dejar que me distrajera.

Se sentó frente a mí. Los minutos pasaban, la tensión se extendía en el aire entre nosotros como una goma elástica a punto de romperse.

Fui el primero en romper.

—Si tienes algo que decir, suéltalo.

Se encogió de hombros.

—¿Para qué molestarme en decir algo si de todas formas no quieres escuchar?

Rechiné los dientes mientras la aguda y dolorosa culpa que llevaba conmigo los últimos seis días asomaba su cruel cabeza. ¿Por qué ya no podía reprimirlo? Estaba desgarrado. Expuesto y fuera de control por culpa de ella.

—¿Así es como le hablas a tu *Pakhan*?

Maxim se recostó en su silla, la imagen de la tranquilidad con sus hombros relajados y expresión neutral. Pero nos conocíamos desde

hacía dos décadas. Juntos, habíamos sobrevivido a la tortura. Recuperamos mi imperio.

—¿Estoy hablando con el *Pakhan*? ¿O con mi hermano?

El impulso de reprenderlo por su familiaridad natural me subió por la garganta como ácido, mas lo tragué. Tenía todo el derecho a llamarme hermano porque eso éramos, no de sangre, sino en todos los sentidos que importaban.

Entrelacé mis manos. Sus ojos bajaron para observar mis nudillos con costras y moretones, evidencia de mis peleas nocturnas en *Mayhem*. Era la única forma de aferrarme a lo último que me quedaba de cordura.

—¿Te has unido al resto del personal en su odio hacia mí?

Se le tensó la mandíbula.

—Ninguno de nosotros te odia, Dimitri. ¿Por qué íbamos a hacerlo, cuando tienes suficiente odio a ti mismo para durarte mil vidas?

Algo punzante se retorció en mi pecho.

—Estoy ocupado, Maxim. ¿Qué quieres?

—Algo le pasa a Sienna. Casi no ha hablado con nadie desde su cita con la doctora. Polina y *Sveta* están preocupadas.

Por lo que parecía, no eran los únicos preocupados por mi esposa.

No era ningún misterio por qué Sienna estaba alterada. Había estado tentado muchas veces en los últimos días de ir a verla, arrodillarme y pedirle perdón. No obstante, la parte fría y calculadora de mí, la parte que me había mantenido con vida todos estos años, se negó. Disculparme sería perder la ventaja que tenía sobre ella. Sin eso, no podría mantenerla controlada. No podía mantener a todos a salvo.

Maxim se levantó de su asiento, con el rostro cargado de decepción ante mi silencio.

—Intenta no matarte en *Mayhem* esta noche.

Y entonces volví a quedarme solo.

Volví al video justo a tiempo para ver a Vovk entrar en la habitación de huéspedes. Golpeó su mano con su hocico,

devolviéndola a la realidad. Se agachó y rodeó su cuello con sus brazos. Cerré la señal de vigilancia cuando empezó a llorar.

45

SIENNA

—¿Qué escondes? ¿Qué está pasando?

Fruncí el ceño a Maxim por encima de mi portapapeles. Estaba llenando los formularios para mi cita materno-fetal. Al menos, *lo intentaba*, pero no paraba con sus preguntas.

—Te dije que esta es una cita de rutina. Me estás estresando —solté con brusquedad.

Maxim murmuró algo entre dientes y cruzó los brazos como un niño malcriado. Enseguida sospechó cuando le dije que tenía cita con el médico. Quería saber por qué íbamos a otro consultorio y no me creyó cuando le dije que esta era una prueba normal que todas hacían cuando estaban embarazadas. Para empezar, no era la mejor mintiendo, pero era aún más difícil sonar convincente cuando estaba a punto de vomitar o desmayarme por la ansiedad.

La doctora me había agendado rápido. Mi ecografía morfológica fue exactamente hace una semana, pero cada día se sentía como una agonía. Apenas había dormido. Polina poniendo comida en mi mano, era la única razón por la que comía regularmente. Todos en la casa estaban tensos y mi esposo estaba completamente desaparecido. Sea cual fuera esta amenaza de la *Bratva*, estaba poniendo a todos nerviosos. Cuatro hombres nos acompañaron a esta cita. Sergey, Aleksei y Konstantin estaban apostados dentro y

alrededor del edificio de la clínica mientras Maxim se mantenía a mi lado.

SOFIYA

Terminé de tejer el suéter de Navidad de Dimi. ¿Quieren ver?

JULIETA

Es espectacular

MILA

¡Oh, Dios mío, sí, estoy tan emocionada de ver a todos los chicos con sus suéteres!

Cerré rápidamente el *chat* grupal y guardé mi teléfono en mi bolsa. Estuve a punto de contarles lo del ultrasonido tantas veces, pero simplemente no podía articular las palabras. Especialmente cuando todas estaban tan emocionadas de que pasáramos la Navidad juntas en *Chicago*. Dimitri finalmente les había dado permiso a Mila y Nikolai para volver a la casa por Navidad siempre que aceptaran ir a una nueva de seguridad después.

Mi habitual entusiasmo navideño no estaba por ninguna parte. Había estado intentando preparar las habitaciones de huéspedes, pero la nube oscura sobre mi cabeza me impedía tomar decisiones o mantener un hilo de pensamiento. Lo único que me daba algo de felicidad últimamente era sentir a mi pequeño *Camote* moverse cada vez más cada día… y el hecho de que el letrero de neón seguía en la pared del dormitorio de Dimitri. Debería haberlo quitado. Sería lo más inteligente si intentara apaciguarlo. Pero… No pude arrepentirme de esa parte de la broma. Era gracioso y se lo merecía.

La enfermera me llamó y me levanté despacio de la silla. Dios, era como si tuviera un millón de años de edad. Maxim caminó hacia el fondo conmigo en silencio. Revisó el consultorio antes de tomar su posición afuera de la puerta.

La enfermera se presentó y tomó mis signos vitales. Respondí a sus preguntas, asentí cuando era necesario, pero sentí como si alguien más hubiera tomado el control de mi cuerpo mientras yo me acurrucaba en un rincón oscuro de mi mente y gritaba.

Parpadeé y la especialista en ecocardiografía estaba en la habitación. Me recosté sobre la mesa. Me puso el gel en la piel.

—Esta exploración del corazón de tu bebé suele durar entre cuarenta y cinco y noventa minutos. Puede que haya ocasiones en las que te pida que ajustes tu posición para ver mejor a tu bebé. Avísame si necesitas un descanso en algún momento.

El sonido de silbido llenó la habitación. Una enorme pantalla de televisión en la pared opuesta mostraba la imagen, pero mis ojos seguían fijos en el techo.

Había ciento veintiún azulejos completos y tres azulejos a la mitad. Siete de ellos tenían manchas marrones de agua. Un móvil con mariposas colgaba del techo. Había cincuenta y siete mariposas azules y veintiún rosas. A mi derecha, una enorme foto enmarcada de tres nutrias miraba fijamente mi vientre. Fruncí el ceño. ¿Qué pasaba con las fotos de nutrias? Esto parecía formar parte de la misma serie que la de mi ginecóloga. ¿A las nutrias les encantaban los bebés? ¿Los ultrasonidos? ¿Mirar vaginas?

Aunque eran muy adorables.

—Muy bien, hemos terminado. —La especialista sonrió mientras me entregaba un montón de toallas de papel. ¿Sonreía porque eran buenas noticias? ¿O era una sonrisa de consuelo?

—La doctora revisará el ultrasonido y luego vendrá a hablar contigo. ¿Necesitas algo? El baño está justo al otro lado del pasillo.

Negué con la cabeza.

—Bien. La doctora Larsson no debería tardar mucho.

Vi de reojo la espalda de Maxim cuando ella salió de la habitación.

Las losetas del suelo eran más pequeñas que las del techo. Había setenta y siete completas, ocho parciales y dos puntos donde el patrón estaba mal alineado.

Pasaron los minutos.

El manguito para tomar la presión colgaba de la pared. Enrollé el largo tubo alrededor de mis dedos. Enrollando y desenrollando.

Me puse el manguito y lo bombeé. Solté el aire, mirando el pequeño indicador aunque no tenía idea de lo que buscaba.

Inflar el manguito.

Liberar el aire.

Pequeño indicador girando.

Mis pies colgando sobre la mesa.

Tum, pum.

Tum, pum, pum, pum.

A mitad de ponerme unos guantes de látex, tocaron la puerta. Me quedé paralizada. La doctora, una mujer rubia con gafas de colores arcoíris, entró.

—Hola, señora Ivanova. Encantada de conocerla. Soy la doctora Larsson. —Ella extendió la mano y estaba a punto de estrecharla antes de darme cuenta de que seguía con el guante azul puesto. Frunció el ceño, pero a su favor, simplemente sonrió y se sentó en el banco con ruedas—. Tuve la oportunidad de revisar el ultrasonido de la doctora Bell así como el ecocardiograma de hoy. Me alegra informarle que el corazón de su niña parece totalmente sano.

Manchas oscuras nadaban en mi visión. La habitación giró. La voz de la doctora se distorsionó. Reconocí vagamente sus manos sobre mí, empujando mi cabeza entre mis rodillas y frotando mi espalda.

—*Shhh*, está bien. Respire hondo por mí. Así. Respiraciones lentas y calmadas.

El zumbido en mis oídos se calmó y sus palabras se hicieron inteligibles.

—Ahí vamos. Su color está volviendo. Voy a pedirle que se recueste.

Me guio de vuelta hasta que volví a mirar el techo de loseta. Presionaron un vaso de papel con agua fría en mi mano y levanté la cabeza para dar unos sorbos.

—Bueno, la buena noticia es que me mantuve tranquila —dije finalmente.

La doctora Larsson me dio una palmada en la mano.

—Siento que tuviera tanta ansiedad por venir hoy. Sé que puede dar miedo.

—¿Pero la bebé está bien? —Tenía la garganta seca, la voz ronca.

—Sí, todo parece perfecto.

Cerré los ojos mientras sus palabras calaban poco a poco.

—¿Su corazón realmente está bien?

—Sí. La forma en que su bebé estaba posicionada durante el ultrasonido hacía parecer que podría haber un espacio en la pared que divide las cámaras del corazón, pero todo se ve exactamente como debería estar en el eco.

Me incorporé lentamente hasta sentarme, demasiado aliviada para sentirme avergonzada por mi ataque en el que casi me desmayo.

—Eso es bueno. Muy bueno. —Las lágrimas caían por mis mejillas y me las sequé con la manga de mi camisa. La doctora Larsson me entregó la caja de pañuelos.

—Como no necesita un cardiólogo, puede continuar con sus citas prenatales habituales con la doctora Bell.

Esa fue la mejor noticia que había escuchado en mucho tiempo.

Salté de la camilla y le regalé una sonrisa con lágrimas en los ojos. Ella me devolvió la sonrisa con diversión antes de mirar fijamente mis manos.

—Oh, claro. —Me quité el guante y lo tiré en el cesto de basura, y luego la seguí fuera de la habitación hasta donde Maxim me esperaba.

—Voy a ir corriendo al baño —murmuré antes de que pudiera empezar a hacer sus preguntas.

En cuanto la puerta del baño se cerró tras mí, mis manos empezaron a temblar. Un gemido bajo escapó de mi garganta mientras sacaba mi teléfono y llamaba a Sofiya.

—¡Hola! Justo estaba pensando en ti. Estoy haciendo roles de canela y desearía que estuvieras aquí.

Abrí la boca, pero solo salió un sollozo.

—¿Sienna? ¿Qué pasa? —Su voz era tensa y urgente.

Intenté formar palabras, pero no salió ninguna.

—¿Estás a salvo? ¿Te están atacando?

Qué vida tan ridícula llevábamos, cuando esa era una pregunta razonable.

—Estoy bien —atiné a decir con dificultad.

—Bien, querida. Solo dímelo cuando estés lista.

No sé cuánto tiempo tardaron mis lágrimas en parar, pero Sofiya estuvo ahí todo el tiempo. No me presionó, solo mantuvo una serie de palabras tranquilizantes. Me aferré a ellas, sujetándome con fuerza al salvavidas que ofrecía.

—Perdón —sollocé—. No pensé que empezaría a llorar así.

—*No te disculpes. ¿Qué está pasando?*

—Todo está bien. Acabo de terminar una cita con la doctora. —Mi labio inferior empezó a temblar otra vez y lo chupé entre mis dientes —. En mi ecografía morfológica la semana pasada, pensaron que habían visto un problema en el corazón de la bebé. Pero está bien. —Otro sollozo sacudió mi pecho, y agarré un enorme fajo de papel higiénico para secarme las lágrimas y sonarme la nariz.

Sofiya jadeó.

—*¿El corazón de la bebé? ¿Espera, ella? ¿Vas a tener una niña?* —Ella soltó un chillido agudo y fue tan inesperado que solté una risa sorprendida—. *Claro, no es el momento. ¿El corazón de la pequeñita está bien?*

—Sí. —Solté un suspiro tembloroso—. Me refirieron a medicina materno-fetal para un ecocardiograma del corazón de la bebé, y la doctora dijo que todo parecía perfecto.

—*Oh, Sienna. Me alegro mucho. Esta semana debió de ser horrible para ti*.

Asentí, aunque ella no podía verme. El eufemismo del siglo.

—Siento no habértelo contado —solté con voz entrecortada—. No quería que fuera real.

—*Ojalá me lo hubieras dicho para poder apoyarte esta semana. Estoy aquí hablando de suéteres feos y recetas de macarrones con queso para Navidad cuando tú estás pasando por algo horrible.*

—Los suéteres sirvieron de buena distracción.

—*Casi termino el de Dimitri y creo que puede ser mi diseño más espectacular hasta ahora, así que puedes esperar eso con ganas.*

Me dolía el pecho y casi le confesé todo, pero no pude hacerlo. Esta era la primera Navidad de Sofiya con sus dos hermanos desde que era una niña pequeña. Me negaba a arruinarle eso.

—*¿Puedo hacer algo para apoyarte ahora?* —continuó—. *¿Tienes más citas antes de Navidad?*

—No. Nada hasta el año nuevo. —Saqué mi estuche de maquillaje de la bolsa, agradecida de haberlo traído. Mi nueva máscara de pestañas a prueba de agua realmente aguantó bien. Me impresionó—. Y ahora siento que puedo entrar al espíritu navideño.

*—Solo queda una semana para verte. ¿Segura de que no necesitas nada? ¿*Dimi *está siendo un buen apoyo? Siempre es tan firme en una crisis.*

—Yo también estoy deseando verte, y estoy segura. Conseguir este resultado es el mejor regalo de Navidad que podía haber esperado. —Un fuerte golpe en la puerta del baño me sobresaltó—. Diablos. Lo siento, tengo que irme antes de que Maxim derribe la puerta del baño.

—Bien, pero tienes que contarme si hay alguna novedad sobre la bebé. Quiero saber cómo estás a diario.

—Lo prometo.

—¡Y tenemos que hablar de nombres de bebés! ¡Vas a tener una niña! Gracias a Dios que el ritual de manifestación de Leona funcionó. Ya preparé una lista de ideas para nombres de niñas.

Una sonrisa se dibujó en mis labios por primera vez en una semana.

—No puedo esperar a escuchar tus ideas. *Oh*, pero espera. Dimitri no sabe que es una niña. Dejaré que sea una sorpresa para él. —Eso ni siquiera contaba como mentira.

—Mis labios están sellados. Te quiero muchísimo.

—Te quiero.

Revisé mi maquillaje por última vez antes de salir del baño para encontrar a Maxim con cara de enojo.

Me agarró suavemente los brazos y se agachó para que nuestros ojos quedaran a la misma altura.

—Tienes que contarme qué está pasando ahora mismo, carajo.

Mi corazón se hinchó porque le importaba y le preocupaba, y no pude evitar abrazarlo.

—Todo está genial. Estoy bien, el bebé está bien, y necesito un *pretzel* con canela y azúcar.

Los ojos de Maxim se suavizaron.

—Me diste un susto tremendo, *Sienochka*. —Estudió mi rostro—. ¿Eres sincera conmigo?

—Sí. Lo prometo.

—Bien. Entonces, vamos por ese *pretzel.*

—Yo no me apunté para esto —murmuró Maxim.

—*Oh*, vamos. Entra al espíritu navideño.

Flotaba en una nube mientras Maxim y *Lyosha* me seguían por la librería. El subidón de azúcar por el *pretzel* me hizo sonreír mientras elegía un juego de cuadernos para Julieta y se los entregaba a *Lyosha* para que los cargara.

—Tenemos que volver a la casa. Estamos demasiado expuestos aquí —murmuró Maxim.

Le di unas palmaditas en el pecho.

—Solo quiero comprar unos libros de cartón para Clementine, y luego estaré lista para irme.

Podría hacer todas estas compras en línea, pero llevaba tanto tiempo metida en esa casa que no iba a apresurarme a volver, especialmente porque nadie me decía cuál era la enorme y peligrosa amenaza.

Volteé a ver a *Lyosha,* con algo de malicia burbujeando dentro de mí.

—¿*Tú* tienes a alguien especial a quien comprarle algo?

Sus ojos se abrieron como los de un ciervo atrapado frente a las luces de un vehículo antes de fijarse en Maxim por un brevísimo instante. Negó con la cabeza con un gruñido, pero no pudo ocultar el enrojecimiento que se extendía por sus mejillas mientras la mandíbula de Maxim se apretaba tanto que pensé que se le iba a romper un diente. Apreté los labios para ocultar mi sonrisa y caminé dando brinquitos hacia la sección infantil. No los presionaría para que admitieran sus sentimientos. *Todavía*.

Cuando nos dirigimos a la caja, tenía los brazos llenos de una enorme pila de libros para Clem… y un par que había escogido para

empezar la biblioteca de mi pequeñita.

46

SIENNA

Saltaba por la casa terminando los preparativos navideños, o habría estado saltando si mi barriga no hubiera decidido que esta era la semana para explotar y alterar por completo mi centro de gravedad. Un poco más de emoción tendría que bastar. Hoy llegaban todos, y primero había que terminar los últimos adornos del árbol de navidad.

Al fin no estaría sola. Era el mejor regalo de navidad que podía pedir, aparte del que ya me habían dado: la noticia de que la bebé Burrito estaba prosperando. Ahora se movía mucho más, sintiéndose menos como gas y más como una pequeña criatura alienígena. Con cada movimiento, mi amor por ella crecía.

El alivio que sentí tras el segundo ultrasonido reforzó mi nueva determinación. Si Dimitri intentaba llevarse a esta bebé, desataría un infierno absoluto. Ya había demostrado que podía acceder fácilmente a todo su dinero. Llevarlo a la bancarrota sería fácil, y el respeto que cultivé como *Hedgehog* me había ganado muchos aliados a lo largo de los años que no dudarían en destruir al *Pakhan*. Y si todo lo demás fallaba, Leona y su ejército de asesinas lucharían por mí y por la bebé, sin hacer preguntas. No podía practicar mis habilidades de tiro estando embarazada porque el ruido fuerte podía dañarle los oídos a la bebé Burrito, pero había decidido que quería un arma, por

si acaso. Si llegara el caso, le dispararía a cualquiera que intentara quitarme a mi bebé.

Mi pequeña exhibición del pueblo nevado estaba casi terminada cuando escuché autos llegando al camino de entrada. Entré al vestíbulo con mis pies cubiertos con calcetines, ganándome una mirada severa de Sergey, que vigilaba la puerta principal. Me hizo ponerme zapatos y una chaqueta antes de dejarme salir al mundo cubierto de nieve donde mi familia me esperaba.

Las puertas del primer vehículo se abrieron y Romeo bajó. Con la espalda recta, en alerta máxima, escaneó la zona en busca de amenazas, pero su cara se iluminó con una sonrisa al verme bajar las escaleras.

—¡Feliz Nochebuena! —grité mientras corría hacia él, pero cambié de rumbo rápidamente cuando la puerta del copiloto se abrió, revelando a Julieta. Choqué con ella riendo y me devolvió el abrazo, con fuerza—. Me alegro tanto de que estés aquí.

—Ya veo cómo es —refunfuñó Romeo—. Te conozco de toda la vida y aun así eliges a Julieta antes que a mí.

—Así es —confirmé—. Acostúmbrate.

La segunda puerta del SUV se abrió y Sofiya asomó la cabeza.

—¡Oye, no es justo! ¡Quiero formar parte del abrazo grupal!

Julieta y yo nos reímos mientras ayudábamos a Sofiya a salir del coche y nos abrazábamos en grupo. Un nudo se me formó en la garganta mientras me aferraba con fuerza. Nunca volvería a dar esto por sentado.

Me sequé los ojos cuando nos separamos y sonreí cuando Julieta y Sofiya hicieron lo mismo.

—Me alegro mucho de que hayamos llegado —pronunció Sofiya, pero sus labios se curvaron en una sonrisa triste.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Acabo de recibir un mensaje de Mila diciendo que no pueden venir.

—Espera, ¿por qué?

—Están atrapados por la nieve. No sé dónde está su casa de seguridad, pero aparentemente no es seguro que lleguen aquí.

Le apreté el brazo.

—Lo siento mucho. Eso apesta. —Sabía cuánto echaba de menos a su hermana y tenía muchas ganas de conocerla mejor.

Mi antiguo guardaespaldas sacó el andador de Sofiya del coche y lo llevó hacia nosotras.

—¡Dante! No sabía que vendrías. Pensé que Angelo iba a venir.

Sofiya suspiró.

—Surgió algo y necesitaba quedarse en la ciudad.

Esperé a que me explicara más, pero de repente se concentró mucho en un hilo suelto de su suéter.

—Bueno, entonces… Me alegro de que estés aquí, Dante. Seguro que tú también estás aliviado. La vida debe ser superaburrida sin mí.

Resopló.

—Quizá puedas abrazar el espíritu navideño y decirme dónde está mi bota perdida.

—Oh, esa fue una buena broma. Debería hacerlo otra vez. —Antes de mudarme, me escabullí en el gimnasio de boxeo y les robé seis zapatos izquierdos a nuestros soldados. Todos habían sido encontrados excepto uno: la bota de Dante. Me había escrito varias veces intentando que le dijera dónde estaba escondida, pero para ser sincera, no tenía ni una maldita idea de dónde la había puesto.

Puso los ojos en blanco y murmuró para sí mismo mientras sacaba las maletas del maletero.

Matteo rodeó el vehículo con Clementine en brazos. En cuanto me vio, soltó un chillido fuerte y lanzó su cuerpo hacia mí con esa confianza que tienen los bebés de que siempre alguien los atrapará. Se la robé a Matteo y la apreté fuerte contra mi pecho.

—Aquí está mi dulce niña. Te he echado tanto de menos. ¿Extrañaste a tu tía favorita?

—Las cosas definitivamente han estado tranquilas sin ti —murmuró Matteo.

Me reí y me apoyé en su costado.

—*Aw.* Me extrañaste.

Él resopló, pero el abrazo apretado que me dio lo decía todo.

—Y AQUÍ ESTÁN las habitaciones de huéspedes. —Abrí los brazos con un gesto teatral. Sofiya y Julieta *elogiaron* y se quedaron *boquiabiertas* por mis elecciones de diseño en tanto los chicos revisaban si había cámaras, micrófonos y otras amenazas de seguridad. La noche anterior me había quedado despierta hasta muy tarde dando los últimos retoques, y sus cumplidos hicieron que todo valiera la pena. Dejé a todos desempacando mientras seguía las notas de la música navideña por varias habitaciones todavía a medio terminar.

No había vuelto a ver a Dimitri desde el incidente. Estaba bastante segura de que no había puesto un pie en la casa en las últimas dos semanas. Me decía a mí misma que solo me importaba porque necesitábamos mantener las apariencias de que estábamos en una relación real, pero había una parte de mí, una pequeña y estúpida, que lo echaba de menos. Me había permitido desear que los dos pudiéramos tener algo. No una relación real, pero parecía posible una relación amistosa de padres que criaban juntos a sus hijos con beneficios. Y luego simplemente lo estropeó todo por no tener sentido del humor ni la capacidad de escuchar antes de sacar conclusiones precipitadas.

Entré en la cocina y encontré a *Sveta* y Polina usando los suéteres coloridos que les había comprado, ambos con los dibujos más adorables de pequeños lobos. Estaban terminando unas tareas de última hora antes de ir a *Michigan* con Sergey a visitar a su familia. Me entristeció que no estuvieran aquí para Navidad, pero los padres de Sergey tenían ganas de celebrarla con ellos desde que vinieron el año pasado. Era tan raro en este mundo que alguien tuviera dos padres felizmente casados, pero eso ayudaba a explicar la energía alegre de Sergey.

Abracé a *Sveta*.

—¿Ya empacaste?

Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Polina me obligó a hacer la maleta anoche.

La mujer en cuestión resopló mientras envolvía la masa de galleta de azúcar.

—Sí, porque hacer la maleta cinco minutos antes de salir te funcionó tan bien el año pasado.

Sveta sonrió.

—Puede que hubiera llegado con un solo calcetín y pasta de dientes sin cepillo, pero al final todo estuvo bien.

Un golpe en las puertas francesas me hizo asomarme por la esquina para encontrar a *Vovchyk.*

Abrí la puerta y le froté las orejas.

—Hola, mi dulce niño —susurré con ternura—. Necesito que te portes lo mejor posible durante los próximos días porque tenemos un perro en casa. Se llama Noodle. Vas a portarte bien para mí, ¿verdad?

—Debería estar bien —dijo Polina—. Había perros en el complejo y él simplemente los ignoraba.

—¿El complejo? —pregunté.

—Así lo llamábamos, donde vivíamos *Dima*, Maxim y yo en Rusia.

—*Oh*, claro. —Momentos como este eran un recordatorio incómodo de cómo seguía siendo una extraña en esta casa—. Bien, es bueno saberlo. Esperemos que se lleve bien con Noodle. Si no, tendrá que quedarse afuera los próximos días, y esa no es forma de pasar la Navidad.

—No, no lo es. —Polina miró por la ventana con los ojos llorosos antes de negar con la cabeza—. Después del año pasado, he estado decidida a asegurarme de que nadie esté solo esta Navidad.

Ladeé la cabeza.

—¿Quién estuvo solo el año pasado?

—*Dima*. Los padres de Sergey nos invitaron a todos, pero él se quedó aquí solo.

Fruncí el ceño. Sofiya había invitado a su hermano a celebrar con nosotros, pero él dijo que no podía venir.

—¿Por qué?

Se ocupó limpiando las encimeras ya limpias.

—Su excusa fue que tenía que trabajar, pero en realidad es una época difícil del año para muchos de nosotros. Esos primeros años en el complejo, intenté hacer algo festivo, mas al final me rendí. Ese lugar absorbía el color de todo y de todos hasta que simplemente

estábamos… fríos. —Negó con la cabeza y puso una sonrisa forzada —. Perdona, eso es demasiado deprimente. ¿Necesitas algo antes de irnos?

La abracé con fuerza y también atraje a *Sveta* hacia mí.

—Solo necesito que tengan una Navidad divertida, feliz y cálida.

—Nos vemos en un par de días —comentó Polina, dándome un último apretón fuerte—. Este año haremos la víspera de Año Nuevo en grande.

—No puedo esperar.

Cuando salieron de la cocina, me giré hacia *Vovchyk.*

—Creo que es hora de las galletas.

Subí la música, agarré un disco envuelto de masa de galleta y empecé a estirarla. No pasó mucho tiempo antes de que mi familia se me uniera en la cocina. Sofiya y Julieta le hacían cariñitos a Vovk mientras Romeo, Matteo y nuestro guardia, Dante, fruncían el ceño desde el otro lado de la cocina. Pronto, Noodle estaba coqueteando con un gruñón *Vovchyk*, Romeo se burlaba de los intentos de decoración de Matteo, y Julieta y Sofiya creaban decoraciones dignas de panadería. Me había aliado con Clementine para empezar nuestro imperio de galletas.

—¿Vamos a ganar el concurso de decorar galletas? —inquirí, haciendo rebotar a Clem en mi regazo—. Desde luego que sí. Sí, lo haremos. —Se rio, metiendo sus manos cubiertas de glaseado en la boca.

—No es una competencia —objetó Sofiya, frunciendo el ceño mientras levantaba la vista de la galleta que estaba cubriendo para que pareciera Noodle, con su suéter de Navidad incluido.

—¿Tienes miedo de perder? —me burlé.

Señaló la fila de galletas perfectamente decoradas frente a ella, que incluía a la gata de Julieta, Queenie, usando una corona, y la cabaña navideña más adorable. Era repugnante lo talentosa que era.

Le señalé a su hija.

—¿Harás campaña contra *nosotras*? —Nuestra galleta de árbol de Navidad no tenía la parte superior, nuestro reno estaba cubierto de manchas de glaseado rojo que parecían sangre, y el que se suponía que era Vovk parecía más bien un ogro tuerto.

Sofiya negó con la cabeza, apretando los labios para contener su sonrisa.

—Ahora entiendo por qué ustedes dos hicieron equipo.

—¿Porque somos las más adorables? —Aplasté mi cara contra la mejilla pegajosa de Clem.

—Algo así —dijo secamente.

—Las tuyas están geniales, Julieta —elogié. Había optado por fondos sólidos y coloridos con palabras festivas escritas a mano encima—. ¿Quién tendrá esa? —Señalé la galleta que estaba terminando con las palabras *lista negra*.

Se encogió de hombros.

—Supongo que tendremos que ver cómo se comporta todo el mundo hoy.

Clementine se rio y dio un golpe con la mano sobre la galleta recién terminada de Julieta, salpicando glaseado por todas partes.

Resoplé y agarré un montón de papel de cocina para limpiarle las manos antes de que pintara toda la cocina.

—¿Oh, alguien está intentando entrar en la lista negra de Papá Noel? Nuestra monísima de casi un año. No puedo creer que vayamos a tener una niña tan pequeña y adulta.

—Y pronto tendrá una primita —opinó Julieta, dándole un toque en la nariz a Clem—. No puedo creer lo adorable que es tu barriga —añadió—. ¿De qué talla es la bebé esta semana?

—De un burrito.

Soltó una risa ahogada.

—¿Un burrito? Esperaba algo un poco más festivo.

—La bebé es un burrito navideño muy festivo —expresé con sabiduría—. O, supongo, una toronja, si quieres ser aburrida. —Mi mano fue hacia mi barriga. Mi hija se merecía el mundo: una familia grande y feliz llena de tradiciones navideñas. Últimamente había pasado tanto tiempo consumida por la ansiedad por su salud y nuestro futuro juntas que había olvidado todas las cosas buenas que teníamos por delante.

—El burrito navideño es perfecto. —Julieta se inclinó, con voz baja—. ¿Cómo te has sentido? ¿Las cosas aquí han estado bien?

Sofiya también se inclinó, esperando mi respuesta.

Mi sonrisa se congeló, y esperaba que no pareciera demasiado antinatural.

—Ha sido bueno. Un ajuste, por supuesto. Nunca había vivido fuera de *New York*. Aquí es más tranquilo. M-ás árboles… —Me quedé callada al darme cuenta de que seguía balbuceando—. Pero, en fin, me siento bien. Tengo mucha más energía.

—Tener energía es bueno —afirmó Sofiya con cuidado—. ¿Y cómo están tú y Dimitri?

Mantuve mi sonrisa falsa. No es que no me esperara esto. Había sido reservada acerca de Dimitri mientras les escribía en el *chat* a las chicas. Habían sido tan amables como para no presionarme mientras me adaptaba a mi nueva vida, pero obviamente, mi tiempo se había acabado.

—Estamos viendo cómo van las cosas. Últimamente pasa mucho tiempo fuera.

—¿Por qué? —preguntó Julieta.

Miré al otro lado de la cocina. Los chicos se habían unido para intentar decorar una casa de jengibre, pero Matteo definitivamente estaba pendiente de nuestra conversación.

—No estoy segura. Creo que hay algún drama de la *Bratva* que no conozco.

Sofiya frunció la nariz. Tenía mucha experiencia siendo excluida del mundo mafioso.

—¿Le has preguntado por ello?

—No. Está manteniendo las cosas bastante vagas.

Sofiya frunció los labios, no obstante, dejó el tema cuando Sergey asomó la cabeza en el umbral y se frotó las manos.

—*Oohh*, galletas. —Se acercó sigilosamente a la isla de la cocina —. Se ven espectaculares. No les importa si… —Clem chilló y bajó sus manos regordetas sobre las de Sergey, impidiendo que el guardaespaldas se robara una galleta en forma de corazón llena de glaseado verde.

—Los chicos buenos que quieren que Papá Noel les traiga regalos preguntan antes de agarrar galletas, ¿verdad? —dije con voz melodiosa.

Sergey se rio.

—Señorita Clementine, ¿me haría el gran honor de compartir sus galletas conmigo?

Clem soltó un chillido, y Sergey sonrió mientras tomaba la galleta, metiéndola entera en su boca.

—¿*Dimi* ya viene en camino? —preguntó Sofiya. Esperaba que llegara antes que los demás para que pudiéramos decidir cómo pasar los próximos días, pero se había retrasado por una reunión de trabajo.

—Maxim envió un mensaje diciendo que están a solo unos minutos —respondió Sergey—. Y nosotros estamos a punto de irnos. Todo el equipaje ya está en el auto. —Me dio un codazo en el brazo —. Desgraciadamente, después de meter todos tus regalos en el coche, ya no quedaba lugar, así que puse a *Sveta* en el techo. Si se cae, al menos caerá en un montón de nieve.

Me burlé y puse los ojos en blanco.

—Si no quieres los regalos, no tienes que llevártelos.

—Oh, no hagas eso —intervino Sofiya—. Sienna es excepcional al dar regalos.

Se me apretó el corazón. Era todo un regalo tener gente cerca que me quisiera y me conociera.

—Ni de broma pasará eso —dijo Sergey—. Estoy deseando ver qué me compraste.

Apreté los labios para no reírme. *Puede* que le haya comprado un juego nuevo de cuchillos con cuchillas de plástico. También le había comprado algunos regalos que realmente le gustarían, pero *Sveta* y Polina tenían instrucciones estrictas de asegurarse de que abriera primero los cuchillos de plástico.

—Conduce con cuidado y pásalo genial. Mándame un mensaje cuando llegues y deséales a tus padres una feliz Navidad de mi parte —le instruí, dándole un abrazo que aplastó a Clem entre nosotros. Cuando nos separamos, su camisa estaba manchada de rojo y verde por el glaseado en su cara y sus manos. Sergey simplemente se rio y se despidió del resto del grupo.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchara abrirse la puerta principal. Mi corazón empezó a acelerarse y apoyé mi cara en la

parte superior del cabello de Clementine, respirando profundamente. Olía a galletas de azúcar.

Ojalá me hubiera obligado al menos a escribirle a Dimitri para asegurarme de que estábamos en la misma sintonía en estos próximos días. Este había sido un año muy duro para muchos de nosotros, y no quería que el recuerdo que mi familia y amigos se llevaran de esta Navidad fuera lo mucho que me despreciaba mi esposo. Le envié una oración silenciosa al universo para que todo saliera bien.

47

DIMITRI

Dudé en el vestíbulo. Música navideña, el aroma de galletas horneándose y el chillido de un bebé flotaban desde la cocina… que era una habitación que actualmente albergaba a un grupo de personas que estaba seguro de que me detestaban. Esperaba que Rossi me llamara gruñendo con amenazas después de lo que le había dicho a su hermana. Francamente, esperaba que apareciera en *Chicago* para pelear conmigo, pero nada.

Flexioné mis manos destrozadas, enderecé los hombros y apagué mis emociones, buscando ese lugar frío e insensible dentro de mí hasta que dejé de ser humano.

Sin embargo, a medida que me acercaba a la cocina, mi corazón empezó a latir con fuerza.

La noche anterior, mezclados con mis pesadillas constantes, hubo sueños con *ella*. Sienna. La luz del sol iluminaba los mechones dorados de su cabello. La forma en que fruncía la nariz al reír. La tierna forma en que acariciaba las orejas de Vovk. ¿Este era mi destino? ¿Ver irresistibles destellos de mi esposa en mis sueños mientras yo permanecía en los márgenes de mi propia vida, siempre mirando desde afuera? ¿Todo a la par que cargaba con la dolorosa verdad de que era mi culpa por lo infeliz que era, por lo poco que quería verme?

Me detuve en el umbral de la cocina y observé la escena. Todos estaban allí, Rossi, Sofiya, Clementine, Romeo, Julieta y Dante.

Rossi sacó una bandeja de galletas de azúcar del horno y se las enseñó a Sofiya, que le hizo un pulgar arriba.

—Esas parecen perfectas. —Mi hermana sonrió radiante al verme —. ¡*Dimi*!

Todos voltearon, pero yo solo tenía ojos para Sienna. Se giró lentamente sobre su asiento para observarme, pero no me miró a los ojos. Toda su atención estaba puesta en la bebé en su regazo.

—Saluda a tu tío *Dimi*.

Clementine chilló y agitó sus puños regordetes.

—Hola, *Zayka.* —Me acerqué y puse mi mano en la cabeza de Clem. Su cabello rubio estaba recogido en la coleta más pequeña del mundo, justo en la parte superior de su cabeza. Se veía ridícula, aunque no tanto como la *scrunchie* del muñeco de nieve que Sienna usó para recogerse el cabello en un moño.

—Hola —dijo, mirándome por fin.

—Feliz Nochebuena —respondí.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa, pero no era difícil ver la tristeza en sus grandes ojos marrones.

Los siguientes momentos pasaron en un borrón mientras Sofiya se acercaba con su andador y me abrazaba, y los hombres me estrechaban la mano. Maxim se lanzó entusiasmado al concurso de decorar galletas mientras yo me mantenía al margen, observando todo con una confusión creciente.

Sienna no se los había contado. Esa era la única explicación. No le había contado a nadie las cosas horribles que yo había dicho, y no entendía por qué.

48

DIMITRI

El suelo de la sala estaba cubierto de regalos de Navidad abiertos y trozos de papel de regalo de colores. Noodle y Vovk yacían junto a la chimenea con sus suéteres verdes a juego. Clementine dormía en los brazos de su padre. Canciones navideñas y el aroma de galletas recién horneadas flotaban en el aire. Esta casa nunca antes había sido tan vibrante y llena de vida, y todo era gracias a la mujer que estaba entre Julieta y Sofiya en el sofá frente a mí.

La risa de Sienna llenaba la habitación y me dolió el pecho. Ella prácticamente resplandecía. Su cabello era espeso y brillante, sus mejillas estaban rosadas a la par que pasaba sus dedos por su vientre redondo. El grueso suéter de bastón de caramelo que Sofiya había tejido ocultaba un poco su barriga, pero no del todo. Había crecido mucho en las últimas dos semanas. Había memorizado los cambios diarios en el tamaño de su barriga mientras la observaba a través de las cámaras de la casa y alimentaba mi autodesprecio.

En este momento, estaba a solo unos metros, pero bien podría estar al otro lado del océano.

La extrañaba mucho, maldición.

Romeo se sentó en la silla a mi lado, balbuceando algo con Dante, pero yo lo ignoré para poder escuchar la conversación de las chicas.

—Vamos, bebé Burrito. ¿Te moverás por nosotras? —Sofiya arrulló, apoyando su mano en el vientre de Sienna.

—*¡Oohh!* —chilló Sienna, moviendo la mano de Sofiya a otro punto—. ¿Lo sentiste?

—No. —Sofiya resopló y se recostó con un puchero decepcionado.

Me quedé paralizado. ¿Sienna podía sentir que el bebé se movía? ¿Desde cuándo?

—¿Qué se siente? —preguntó Julieta.

—Como una pequeña criatura alienígena. —Había puro cariño en la voz de mi esposa.

—Al principio es una sensación muy rara —explicó Sofiya—. Pero me encantó. Hace que se sienta real. —Sofiya le sonrió a su hija dormida—. ¿Tu doctora quiere que sigas con la medicina materno-fetal?

—No, dijeron que no la necesito porque el corazón del bebé se veía perfecto en el segundo chequeo. —Sonrió mirando su vientre, perfectamente tranquila, pero la estática llenaba mis oídos.

—¡¿Qué?! —bramé, cortando el bullicio de la habitación—. ¿Qué le pasa al corazón del bebé?

El ceño de Sofiya se frunció en total confusión.

—¿Qué quieres decir? —Miró hacia atrás a Sienna—. ¿Qué quiere decir él?

Los ojos de Sienna se posaron en mi rostro por un instante fugaz, y mi corazón se detuvo ante el dolor crudo que encontré allí. Rápidamente lo disimuló con una sonrisa impecable y un pequeño gesto de la mano.

—No pasa nada —dijo con suavidad—. Dimitri no pudo acompañarme a la ecografía morfológica, y no quería preocuparlo cuando la doctora estaba tan segura de que todo estaría bien.

Sofiya no se calmó. Sus ojos se me clavaron como dagas, pero entonces Clementine empezó a llorar y su atención se dirigió a su hija. El *Don* de la Mafia se acercó a su esposa, pasando sus dedos por su cabello antes de inclinarse para besarle la frente.

Cambié de postura, la piel se me erizaba con el impulso de atraer a Sienna hacia mis brazos. No obstante, como había renunciado a

ese derecho, tuve que sacar mi teléfono y buscar *ecografía morfológica*. Mi corazón latía tan rápido que sentía que estaba a punto de desmayarme cuanto más leía. *Una ecografía completa que mide los órganos de un bebé en desarrollo… Los embarazos de alto riesgo se enviaban a medicina materno-fetal para un seguimiento avanzado.*

Mientras todos estaban distraídos, me metí al baño. Me senté en el asiento cerrado del inodoro, con mi cabeza entre las manos. La presión crecía en mi pecho hasta que mi respiración se volvió entrecortada y dificultosa, y los bordes de mi visión se oscurecieron.

No la había protegido.

Sienna debió de estar muy asustada. No solo llevaba físicamente a nuestro hijo, sino que también llevaba el peso de saber que algo podía estar mal. ¿Y dónde había estado yo?

No estuve allí, carajo. La había alejado con mi crueldad por miedo a que pudiera hacer algo que pusiera en peligro la seguridad de mi familia cuando ella era la que estaba en peligro.

Entré a la aplicación que contenía la historia clínica de Sienna con las manos temblorosas y revisé las notas de la cita por primera vez.

No se pudo obtener una exploración clara del corazón, probablemente debido a la posición del feto. Se refirió a medicina materno-fetal para ecocardiograma fetal y descartar problemas cardíacos, incluida la comunicación interventricular o CIV.

Me desplomé en el suelo. Sentía como si respirara por una pajilla, asfixiándome lentamente sobre la loseta fría del baño. Pesadillas despiertas pasaban ante mis ojos hasta que dejé de ver el baño. Me transporté al pasado, a aquella noche oscura y helada con sus suelos de concreto agrietados cubiertos de su sangre.

49

SIENNA

Vovchyk me llevó escaleras arriba después de darles a todos los abrazos y besos de buenas noches.

—¿Tuviste una buena Navidad, mi dulce niño?

Soltó un suspiro pesado y yo sonreí. A *Vovchyk* no le gustaban nuestros invitados ruidosos y caóticos. La única excepción era Clementine, de quien mi dulce lobo estaba enamorado. Por mucho que chillara fuerte o por muchos abrazos que le diera, Clem no podía hacer nada malo ante sus ojos. Sin embargo, *Vovchyk* había sido bueno con todos nuestros visitantes. Al final de la noche, incluso permitió que Noodle se acurrucara junto a él en la chimenea.

En cambio, yo ya estaba lamentando tener que despedirme de todos mañana. La casa volvería a quedar vacía y silenciosa, aunque tenía ganas de recibir el año nuevo con todos los guardias y el personal. Poco a poco, esta casa empezaba a sentirse como un hogar. Debería haber sido algo bueno, pero no pude disfrutarlo. Cuando Dimitri me obligara a mudarme, ¿volvería a ver a alguno de ellos?

Di la vuelta y me sobresalté al encontrar al hombre en cuestión sentado en el suelo junto a la puerta de mi dormitorio. Después de cenar, se había escondido en su oficina. Me había enfocado en ser la anfitriona y mantener a todos contentos, pero mi pecho había

estado apretado por la ansiedad. Se había ido enfadado de la habitación después de escuchar a Sofiya hablar del susto del corazón de nuestro bebé, y estaba segura de que estaba furioso porque no se lo había contado.

Dimitri se levantó y me preparé para su furia.

—Sé que no me quieres aquí, pero solo necesito saber si en realidad el bebé está bien. —Sus palabras eran roncas, como si apenas hubieran podido salir de su garganta.

Parpadeé.

—¿Qué?

Dio un paso adelante y extendió su mano como si quisiera tocar mi estómago antes de retirarla.

—El bebé. ¿De verdad está bien?

Las ojeras bajo sus ojos parecían… casi *atormentadas*. ¿Cuánto estaba durmiendo? ¿Seguía teniendo pesadillas?

—Sí —respondí finalmente—. El bebé está bien.

Apartó la mirada, pero la tensión en sus hombros se alivió.

—Bien. Eso es bueno. —Se pasó los dedos por el cabello—. Bueno, te dejaré en paz. —Se dio la vuelta para alejarse, pero dudó —. ¿Y tú?

Ladeé la cabeza.

—¿Yo?

—¿Estás bien?

—*Oh*. —Mi corazón dio un vuelco con una emoción desconocida —. Sí, estoy bien.

Me hizo un breve asentimiento y luego se fue.

Hundí mis dedos en el pelaje de Vovk para estabilizarme. Incluso después de todos los maravillosos regalos que había recibido hoy, no podía negar el profundo dolor en mi pecho. Porque por mucho que intentara ignorarlo, lo que realmente quería era un abrazo de mi esposo mientras me decía que todo estaría bien.

50

DIMITRI

Tenía las manos cubiertas de sangre. Goteaba de mi piel, manchando el suelo de madera con salpicaduras circulares perfectas que nunca se podrían limpiar. Gritos ahogados resonaban a mi alrededor. Giré frenéticamente, con respiraciones ahogadas cortando mis pulmones mientras intentaba averiguar de dónde venían los gritos. El sonido lo consumía todo, impregnando mi cuerpo y hundiéndose profundamente en mi alma. Uno por cada corte que había hecho en su piel perfecta.

Me incorporé, jadeando. Antes de darme cuenta de lo que hacía, ya estaba fuera de la cama y corriendo por el pasillo. Cada sombra enviaba una descarga eléctrica de miedo por mi corazón. ¿Llegaría demasiado tarde?

Abrí de golpe la puerta del dormitorio de Sienna. Un grito desde la cama y el clic de una lámpara iluminaron a mi esposa, con los ojos abiertos de par en par por el pánico.

Viva.

Viva. Viva. Viva.

Caí de rodillas, mi pecho tan apretado que me ahogaba, incapaz de tomar aire.

—¿Dimitri? —Una mano suave apretando mi hombro—. Respira. Vamos, respira profundamente por mí. —Manchas oscuras danzaban

ante mis ojos mientras mi tráquea se cerraba. Luego sus dedos se metieron en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás hasta que el escozor se extendió por mi cuero cabelludo. Contuve la respiración ahogada—. Así. Buen trabajo. Respira otra vez. —Seguía sujetando mi cabello causándome dolor, obligándome a mantener mi mirada en ella.

Poco a poco, mi respiración se volvió más regular. Aflojó el agarre.

—¿Eres real? —solté con voz ronca—. ¿O mi mente está retorcida otra vez?

—Soy real —replicó suavemente—. Estoy aquí. —Sus manos cálidas rodearon las mías heladas.

Me dejé caer hacia adelante, apoyando la cabeza en su hombro mientras la abrazaba.

—Todavía puedo sentirla.

Su mano recorría mi espalda arriba y abajo.

—¿Sentir qué?

—La sangre. Está por todo mi cuerpo. No puedo quitármela.

—*Shh,* para. No hagas eso. —Agarró mi mano y me di cuenta de que me estaba arañando la piel—. Vamos, *Caro.* —Se puso de pie y me levantó del suelo.

Me quedé atrapado en una niebla mientras ella me llevaba al baño, preparaba un baño y me desnudaba. El agua caliente me quemaba la piel, pero aceptaba las leves punzadas de dolor.

—Solo sigue respirando —murmuró Sienna. El dulce aroma a vainilla de su gel de baño llenaba el aire mientras pasaba una toallita por mi piel—. Mira, *Caro*. —Esperó hasta que mi mirada desorientada se posó en nuestros dedos entrelazados—. ¿Ves? No hay sangre. Tienes las manos limpias. —Presionó sus labios contra mi piel, y no podía creer que alguien tan pura se dignara a tocarme.

Cuando el agua se enfrió, me ayudó a salir y me secó con una toalla.

—¿Sigues aquí conmigo? —preguntó.

Asentí.

Tomó mi mano y me llevó suavemente fuera del baño, por el pasillo y de vuelta a mi dormitorio. Esponjó mis almohadas y me

tapó con la manta.

—Espero que tus sueños sean más dulces esta vez.

—Espera. —Me tocó a mí agarrar su mano—. Por favor, quédate.

Sus ojos eran cálidos, pero su respiración se entrecortó.

—No puedo. Nadie merece tener pesadillas. Quiero que te sientas seguro, pero yo también merezco sentirme segura. Y no me has dado eso.

Con un suave roce de sus dedos por mi cabello, se dio la vuelta y salió de la habitación.

51

DIMITRI

El cielo estaba gris fuera de la ventana de mi oficina, y un puñado de copos de nieve llenaba el aire. Sienna estaba afuera con Vovk a su lado y Clementine en brazos. Giraban en círculos y con cada giro, Clem echaba la cabeza hacia atrás, con la boca abierta en una risa exuberante. Se sentía como si estuviera viendo una escena en una esfera de nieve mientras estaba de pie con la cara pegada al cristal.

Sienna estaba usando el nuevo abrigo de invierno que Sofiya le había regalado de Navidad. Parecía un ángel con la chaqueta azul claro, con sus labios y mejillas rojas enmarcados por la capucha forrada de piel. Una envidia inexplicable se filtró por mis venas porque ella vestía ropa que otra persona le regaló, y no llevaba el collar que yo le había dado.

Un suave golpe en la puerta llamó mi atención. Sofiya estaba en el umbral con su andador, Noodle a su lado. Cerró la puerta tras de sí y se sentó en la silla frente a mí.

—Deberían irse pronto, antes de que la nieve empeore —sugerí.

Frunció los labios.

—No me iré hasta que me digas qué está pasando. —Su voz estaba cargada de una dureza que nunca había escuchado.

Miré de nuevo por la ventana, sin saber cómo responder.

—Escucha —continuó—. Estoy casada con el mafioso más gruñón del mundo. No tiene ninguna oportunidad contra mí y tú tampoco. Así que podemos quedarnos aquí todo el tiempo que haga falta, o podemos saltarnos todo eso y me lo puedes decir ahora.

Un orgullo se encendió en mi pecho ante su nueva confianza. No se parecía en nada a la niña asustada y acobardada que era cuando esta casa pertenecía a nuestro padre.

—¿Qué quieres que te diga?

La ira brilló en sus ojos y sus dedos tamborilearon contra el brazo de la silla.

—Quiero que me lo digas… —Se quedó en silencio y toda su indignación justa se desvaneció de su cuerpo, dejando sus ojos húmedos y sus hombros caídos.

Mierda. Podía soportar la rabia, pero *¿esto?*

—Quiero que me digas cómo estás. —Su voz se quebró y mi corazón latió con fuerza dolorosamente.

—Estoy bien.

—Claro. —Asintió despacio—. Estás bien. Seguro. —Apretó sus labios temblorosos y miró por la ventana.

—¿Qué necesitas, Sofiya? —Endurecí mi tono, esperando que eso la alejara.

Se inclinó sobre el escritorio y tomó mi mano.

—Necesito que mi hermano sea feliz. Nuestro padre está muerto y podemos ser una familia de verdad, pero es como si aún no estuvieras aquí con nosotros.

—No estoy seguro de que eso sea para mí.

—¿Qué?

—La felicidad. Lo que importa es que tú y Mila estén a salvo, y la *Bratva* esté segura.

—¿Y Sienna y el bebé?

Mis ojos se dirigieron automáticamente a la ventana donde Clementine estaba sentada en la espalda de Vovk. Sienna la sujetaba para asegurarse de que no se cayera mientras el lobo brincaba por el jardín.

Sofiya sonrió al contemplar la escena, pero su expresión se volvió seria cuando sus brillantes ojos azules se encontraron con los míos.

—Tu esposa e hijo merecen ser felices. ¿Harás que eso suceda?

Mi actitud defensiva me consumía, aguda y punzante. El impulso de responderle bruscamente casi me consumió, no obstante, cuando abrí la boca, la verdad salió a la luz.

—¿Cómo puedo amarlos y mantenerlos a salvo al mismo tiempo?

Su expresión se suavizó.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué amarlos los haría estar menos seguros? Sienna ya vive aquí, casada contigo.

—El amor siempre tiene un precio. Que Rustik haya muerto no significa que sea igual con todos mis enemigos. —¿Debería contarle sobre *él*? Si no lo capturaba pronto, tendría que decírselo a Rossi y Finnegan, pero mi orgullo decía que era *mío* para encargarme de él. Para matarlo—. Tuve que mantener mi distancia de ti y de Mila para mantenerlas a salvo. Si Rustik hubiera sabido que sentía algo de afecto por ustedes, las habría usado en mi contra. Las hubiera lastimado para controlarme. —Era como si su fantasma permaneciera en ese lugar. Observándome. Juzgándome—. Pero de todas formas te hicieron daño.

—*Dimochka, no*. Quiero decir, sí, nos hizo daño a mí y a Mila, pero comparado con lo que tú pasaste, estuvimos protegidas de mucho. —Su voz temblaba, como si estuviera llorando, pero yo era un cobarde y no podía mirarla—. Siempre supimos que desviabas su atención para salvarnos, pero él ya no está. Su muerte no borra los recuerdos que todos llevamos, pero no puede dictar tu futuro.

¿Eso era lo que estaba haciendo? ¿Dejar que el diablo de mi padre arruinara mi matrimonio desde más allá de la tumba? Siempre había jurado que nunca llegaría a ser como él, pero había amenazado a mi esposa de la misma manera que él amenazaba con alejarme de mi *mama*. El odio hacia mí mismo me consumía. Me hizo sentir enfermo.

Sofiya respiró hondo y miró alrededor de la oficina.

—No estaba segura de cómo me sentiría volviendo aquí. La anticipación empeoró mis pesadillas y Matteo estuvo a punto de cancelar el viaje. Pero estar aquí ha sido realmente bueno. La casa no se siente igual. Y no solo porque sea una zona en construcción.

—Sonrió con ironía—. La energía es mucho más brillante y pacífica. Ya no da miedo aquí.

Las emociones se atascaban en mi garganta. Ni siquiera había considerado lo que sería para ella estar de vuelta aquí. Ella había vivido y sufrido en esta casa más tiempo que yo, pero yo solo me enfoqué en mis propios recuerdos oscuros.

—Es mayormente cosa de Sienna —murmuré—. Ella se encargó de todas las decoraciones navideñas. —No admití que había estado evitando la casa durante las últimas semanas.

—Ella realmente quería que estas fiestas fueran buenas para todos —vaciló—. Sin embargo, no estoy segura de que realmente sea feliz.

—¿Qué?

—Parece triste. Solitaria. —Las palabras de Sofiya eran suaves, pero había un juicio subyacente en ellas.

—Las cosas han sido difíciles. —Tenía las manos apretadas en puños bajo el escritorio. *«Mira qué patético eres. Ni siquiera puedes ocultar tus sentimientos».* Aparté la voz. Ya no tenía que escucharlo —. Es mi culpa. Las cosas han estado tensas durante unas semanas después de que ella me jugara una broma que puso en peligro nuestra seguridad. Reaccioné mal.

La risa de Sofiya fue la última reacción que esperaba.

—Las bromas de Sienna son legendarias entre los soldados de la Mafia —explicó—. Y dudo que realmente haya hecho algo que ponga en peligro tu seguridad. Es absolutamente brillante y muy divertida. Te hará bien. Te ayudará a relajarte un poco, siempre que seas bueno con ella.

Volvió a mirar por la ventana. Rossi estaba ahí afuera ahora, intentando quitarle a su hija a Sienna, que estaba haciendo una sesión de fotos completa de Clementine y Vovk.

Dudaba que *relajarme* estuviera en mi futuro. Aunque, la expresión de Sergey hacía unas semanas cuando abrió su estuche de cuchillos y vio que todas las hojas habían sido reemplazadas por unas de plástico había sido… entretenido.

—¿Alguna idea de cómo puedo compensarla? —pregunté.

—Bueno, yo empezaría por decir realmente las palabras *lo siento*. Lo sé, lo sé, no está en el vocabulario de los hombres de la *Bratva*, pero ahora tú eres el *Pakhan*. Puedes hacer las cosas de una manera nueva. —Agarró las empuñaduras de su andador y se levantó. Solté un suspiro exasperado y rodeé el escritorio, sujetándole suavemente el codo para sostenerla.

Me dedicó una sonrisa suave.

—Ya no tienes que preocuparte por mí.

—Siempre me preocuparé por ti.

Se apoyó en mi pecho, rodeándome con los brazos. Le devolví el abrazo con los brazos rígidos. El contacto de Sofiya no me molestaba, pero aun así ponía mi cuerpo en alerta máxima mientras me preparaba para el dolor. Por alguna razón, Sienna seguía siendo la única excepción. La única que mi cuerpo consideraba segura.

Nos separamos y Sofiya me dio una palmadita en el pecho.

—*Oh,* y un consejo más. Si vas a darle joyas, por el amor de Dios, asegúrate de que sean de oro, no de plata.

52

SIENNA

—No voy a comprarle un lobo de mascota a mi hija.

Sonreí mientras Matteo cruzaba el patio hacia Clementine, *Vovchyk* y yo. Clementine soltó un chillido de felicidad y extendió los brazos hacia su padre. Matteo no perdió tiempo en cargarla y acurrucarla contra su pecho.

—¿Le dirías que no a esta ternurita? —Apreté la adorable mejilla de Clem.

—Sí —replicó, pero sonaba más como un *no*—. ¿Por qué sonríes? —preguntó con voz áspera.

—Solo por ti, siendo el señor Super Papá. Me hace feliz. *Papà* estaría orgulloso.

Esperaba una respuesta sarcástica, aunque la expresión de Matteo se volvió seria.

—¿De verdad lo crees?

Fruncí el ceño ante la incertidumbre en su voz.

—Por supuesto que sí. Eres un padre increíble.

Miró al otro lado del jardín mientras balanceaba suavemente a Clementine, una mano tierna acariciando la parte trasera de su cabeza. Su pequeña mano apretó con fuerza su suéter como si supiera que ese era el lugar más seguro donde podría estar.

—¿Qué está pasando? —pregunté suavemente.

El silencio se alargó entre nosotros, y estaba segura de que cambiaría de tema, pero entonces habló.

—En ese momento supe que te estaba fallando, pero no fue hasta que tuve a Clem que me di cuenta de cuánto.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos se fijaron en mi rostro y contuve una respiración profunda ante el dolor crudo que vi allí.

—Me dije a mí mismo que recuperar mi imperio era lo mejor que podía hacer por ti porque te mantendría a salvo. Sin embargo, pienso en lo joven que eras y en lo sola que debiste sentirte después de que murieran. La idea de que Clementine crezca sin Sofiya y sin mí… —Carraspeó, una mueca sustituyó la tristeza en su expresión—. No es que yo lo fuera a permitir nunca.

—A veces simplemente pasan cosas malas. No puedes controlarlo todo, Matteo.

—Tú tampoco, Sienna.

Ladeé la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—En aquellos primeros días, después de escapar, te despertabas gritando cada noche. Me senté junto a tu cama mientras me repetías una y otra vez que debería haberlos salvado a ellos en vez de a ti.

—¿Qué? No lo recuerdo.

—Nunca lo recordabas por la mañana y pensé que era mejor así. Cuando dejaste de despertarte en medio de la noche, me sentí aliviado. Pero ahora me pregunto si las pesadillas realmente cesaron o si simplemente dejaste de gritar.

Me mordí el labio. Aunque no recordaba mucho de aquellos primeros años, sabía que las pesadillas continuaron durante años. Mis recuerdos eran de despertarme sola, con lágrimas silenciosas corriendo por mi rostro… Aunque, quizá no siempre había sido así.

—¿Te sentaste junto a mi cama?

—Por supuesto que sí. —Su tono era de ese gruñón seco que siempre usaba para disimular cuánto le importaba.

Mi mano fue al pecho, apretando con fuerza mientras uno de los cortes sangrantes de mi corazón destrozado se cosía lentamente. No siempre había estado sola. Mi hermano ha estado conmigo.

Tragué el nudo en mi garganta.

—Estabas en una posición imposible. Te obligaron a ser hermano, padre y Don de la noche a la mañana.

Asintió despacio.

—Tienes razón. No podía ser las tres cosas. Tuve que priorizar. Pero quiero que sepas que, si pudiera hacerlo de nuevo, elegiría otra manera.

Mi labio inferior tembló y fue mi turno de apartar la mirada. Cuando Matteo me rodeó los hombros con el brazo, un sollozo sacudió mi pecho.

—Puede que sea demasiado tarde, pero espero que sepas que mi familia es lo primero para mí, ahora y siempre. *Ti voglio bene*, Sienna.

Me dejé relajar en su pecho y le devolví el abrazo. Clementine se acurrucó cerca, con los párpados cayendo mientras intentaba mantenerse despierta.

—Yo también te quiero, Matteo.

El sonido de las puertas del patio abriéndose nos separó. Intercambiamos una sonrisa incómoda antes de girar hacia quien nos había salvado de la sobredosis de cursilería.

Sofiya, Noodle y Dimitri venían hacia nosotros. Sofiya usaba su andador y Dimitri rondaba a su alrededor para asegurarse de que no se cayera. Matteo estuvo a su lado en un instante.

—Está resbaladizo, *Tesoro*. Puedo cargarte o Dimitri podría ir a buscar tu silla de ruedas.

Me reí ante el intento descarado de Matteo de deshacerse de su cuñado.

—Creo que sobreviviré a la ventisca —objetó Sofiya con sequedad mientras empujaba su andador entre los casi tres centímetros de nieve acumulada—. Quiero ser parte de esta sesión de fotos de lobo y bebé.

—*Oh*, por supuesto que deberíamos tomar unas fotos de la familia —animé—. Todos, vengan aquí. —Señalé hacia donde estaba sentado *Vovchyk* como el buen chico que era.

—¡Sí, fotos de familia! Tenemos que tomar una de Noodle y su nuevo mejor amigo.

Noodle estaba concentrado en Sofiya mientras cruzaba el patio, pero sospechaba que su cola que se movía furiosamente, tenía que ver con su cercanía a Vovk.

—Las fotos familiares te incluyen a ti, *Dimi* —indicó Sofiya por encima del hombro. Me mordí el labio para no reír porque la mano de Dimitri estaba en la manija de la puerta como si intentara escapar.

—¡*Mamama*! —exclamó Clementine, extendiendo sus manitas hacia Sofiya, quien se quedó paralizada.

—¿Acaba de decir…?

—¡*Mamama*! —repitió Clementine, esta vez con un tono atrevido distintivo.

—¡Dios mío! ¡Dijo *Mama*! ¡Gané! —Sofiya chilló—. Ven aquí, *Dochenka*. Mamá está tan orgullosa de ti.

Clem había dicho su primera palabra unas semanas antes, pero para gran decepción de sus padres, fue *Loodle*. Matteo y Sofiya habían estado peleando por el segundo puesto después de Noodle desde entonces.

—No podemos estar seguros de que haya dicho eso —protestó Matteo con el ceño fruncido—. ¿Quisiste decir *Papà*, *Piccolina*? *Papà.*

—*Oh*, creo que habló perfectamente —agregué con una sonrisa. Mi mano se posó en mi estómago. ¿Cuál sería la primera palabra de mi niña? Miré a Dimitri y lo sorprendí mirándome. Era la primera vez que lo veía desde que lo dejé anoche tras su pesadilla. Se me rompió el corazón al verlo sufrir así, pero estaba orgullosa de haberme hecho respetar. Me merecía un amor como el que Matteo le tenía a Sofiya… y Noodle tenía para *Vovchyk.*

Durante todo el tiempo que tomamos fotos, Dimitri no me quitaba la vista de encima, apartando la mirada solo cuando se le obligaba. Mantuve mi enfoque en *Vovchyk* y Clem, pero no pude evitar sentir que había algo inquietante en sus ojos. Algo parecido a la añoranza.



53

SIENNA

Entré a la cocina con los pies en calcetines.

—¡Adivinen qué!

Polina y *Sveta*, sorprendidas, levantaron la vista de los preparativos de la cena de víspera de Año Nuevo. El banquete iba a ser bastante extravagante. Todo el personal de la casa y los soldados de la *Bratva* fueron invitados a celebrar juntos el año nuevo, y Polina incluso había conseguido algunas recetas italianas de Sofiya para que me sintiera como en casa.

—¡Ten cuidado, Sienna! —regañó Polina, frunciendo el ceño mientras levantaba la vista del pan que amasaba—. Nada de deslizarse por la casa.

Le hice un saludo tipo militar, lo que hizo que pusiera los ojos en blanco.

—Y ahora, ¿qué es esto? —*Lyosha* entró a la cocina con su taza de café en la mano.

—¿Adivinen quién ha vuelto a tomar su medicina para el TDAH? —Moví el frasco como una maraca—. La doctora dijo que es seguro para la bebé que vuelva a tomarla. Es una dosis más baja de lo habitual, pero tomaré lo que pueda.

Polina sonrió.

—¿Eso significa que ya no dejarás los platos por toda la casa?

Fruncí los labios.

—Significa que puedes esperar una reducción del cincuenta por ciento en los platos abandonados.

—Increíble —dijo—. Esto merece una celebración. Toma una mandarina.

Lanzó una en mi dirección y fallé al atraparla. Cayó al suelo junto a los pies de *Lyosha* con un *chapoteo*. Sacudió la cabeza mientras la agarraba y me la entregaba. Tenía ojeras oscuras.

—¿Estás bien? —pregunté.

Me dedicó una sonrisa tensa mientras rellenaba su taza de café.

—Alguien ha estado intentando atacar nuestros servidores toda la noche y yo he estado defendiéndolos.

Sveta se quedó paralizada.

—¿Alguien está atacando?

—Nuestras redes informáticas, *Svetochka*. Estás a salvo.

Asintió y volvió a centrarse en el tazón de mezcla que tenía enfrente.

Lyosha me miró, apuntó su café hacia mí y salió de la habitación con paso firme.

Había venido aquí para ayudar con la cena, no obstante, parecía que mis habilidades eran necesarias en otro lugar. Me disculpé y me dirigí a la oficina de *Lyosha*. Medio esperaba encontrar también a Maxim, pero solo estaba el *hacker.*

—¿Alguien pidió un rescate? —inquirí.

Se giró en la silla con un quejido.

—Sigo defendiéndome de los ataques, y no consigo que paren.

Le apreté el hombro.

—Deberías tomar una siesta. Ahora muévete.

Se levantó de la silla y empezó a explicarme todo lo que había hecho hasta el momento, pero yo lo ignoré. Identifiqué el problema en segundos y pasé por los sistemas necesarios hasta que logré reforzar la seguridad del servidor y enviar a los atacantes con un virus desagradable a infectar sus propios sistemas.

Estiré mi espalda y el cuello de un lado a otro, haciendo una mueca por lo rígidos que estaban los músculos. Necesitaba hacer una reservación para un masaje.

Lyosha miró la pantalla de la computadora, boquiabierto.

—¿Acabo de presenciar brujería?

Asentí con sabiduría.

—Sí. Ahora, ve a echarte una siesta. La necesitarás si quieres llegar hasta la medianoche. Polina dijo que existe una tradición rusa de quemar un deseo para el Año Nuevo y arrojar las cenizas al *champagne* para beberlas a medianoche. Y, por supuesto, está la tradición americana de dar la bienvenida al Año Nuevo con un beso. No querrás perdértelo. —Le guiñé un ojo, le lancé un beso y salí de la habitación con paso tranquilo.

Polina les había indicado a los chicos que montaran una mesa enorme por la sala y el comedor, y cada asiento estaba ocupado por soldados de la *Bratva* y personal doméstico. Mi nueva familia. Maxim, *Lyosha* y Sergey nos hicieron reír con historias embarazosas de sus salvajes años de juventud mientras comíamos la extraña variedad de platillos: lasaña y palitos de pan junto con algunas delicias rusas que amablemente evité, incluyendo gelatina de carne y un platillo que llamaban ensalada pero que tenía capas de arenque y mayonesa.

Cada vez más, esta casa y la gente que vivía en ella se sentían como un hogar. Me recibieron con mis hábitos caóticos y mi ruso con muchos errores… Todos excepto el hombre sentado a la cabeza de la mesa con una expresión seria e imperturbable. Dimitri me observó como un halcón durante toda la cena, confirmado por la rapidez con la que miraba hacia otro lado cada vez que yo volteaba a verlo. Algo había cambiado entre nosotros durante la Navidad, aunque no sabía qué significaba. El suelo bajo nosotros seguía sintiéndose inseguro.

Al acercarse la medianoche, el alcohol fluía, la gente empezó a cantar, y me alegré de que Maxim y *Lyosha* no aparecieran por ningún lado.

Se me iluminó el teléfono y miré hacia abajo para ver que Sofiya me había escrito un mensaje.

SOFIYA

¡Hola! Vengo del futuro y puedo decirte que este va a ser el mejor año hasta ahora.

SIENNA

¿Convertirse en mamá significa que tienes que hacer chistes cursis sobre zonas horarias?

SOFIYA

Sí. Así es.

SIENNA

¡Entonces apúntame! Me alegra mucho escuchar las buenas noticias sobre el futuro

Alcé la vista y vi a Dimitri de pie a mi lado. Llevaba un traje negro, su cabello rubio perfectamente peinado y la expresión neutra. Pero cuando se cruzó con mi mirada, su confianza estoica titubeó.

Extendió su mano hacia mí. La observé, esperando a que me agarrara o se irritara, pero él solo esperó, con la mirada suave, y finalmente cedí. Me guio por el pasillo, alejándose de la multitud bulliciosa hacia el cuarto de sol. Solo estaban encendidas las suaves lámparas de mesa, y cuando cerró la puerta tras nosotros, apagó el ruido de la fiesta. Estábamos escondidos en nuestro propio mundo.

Se frotó la mano alrededor del cuello y se balanceaba de un lado a otro. Eché la cabeza hacia atrás para observarlo. Parecía tan incómodo, como si no supiera cómo organizar sus extremidades.

Señalé el asiento de la ventana. El cojín personalizado que había pedido acababa de llegar. Quería terciopelo, pero me decidí por algo más resistente para que *Vovchyk* pudiera pasar el rato conmigo en él. Ahora estaba en el bosque. Había estado nevando toda la tarde y le encantaba jugar en la nieve.

Dimitri se sentó en un extremo del asiento de la ventana y yo en el otro. Miré hacia los jardines cubiertos de nieve, echando de menos a Clem. Su cumpleaños era en solo una semana, y deseaba desesperadamente poder estar en *New York* para celebrarlo con ella.

—Te traje algo. —Sacó una pequeña caja de terciopelo de su bolsillo y me la ofreció bruscamente. No sabía qué hacer con este

Dimitri tan desorientado, pero su ansiedad estaba desarmando mis defensas. Al abrir mi regalo, me derretí aún más. Dentro había unos preciosos pendientes de delicado oro rosado que rodeaban una piedra rosa pálida.

—Son diamantes rosas —dijo con voz áspera.

Pasé mis dedos por la piedra. No debería estar impresionada, Dimitri era literalmente un importador de diamantes con acceso ilimitado a joyas bonitas, sin embargo, mi molesto corazón no dejaba de latir con fuerza porque los pendientes, a diferencia del collar de plata que me regaló en Navidad, eran perfectos. Exactamente algo que yo habría elegido para mí.

—Son bonitos —murmuré, pasando un dedo por las piedras—. Gracias.

Las líneas tensas alrededor de sus ojos se suavizaron.

—También te debo algo más.

Esperé. ¿De qué estaba hablando?

Respiró profundamente.

—Lo siento. Por todo lo que dije antes de Navidad. Me molestó la broma, pero me pasé de la raya. Aleksei dijo que se encargó de la seguridad de nuestro sistema y confirmó que no hay ninguna amenaza continua. Y, aunque la hubiera, nunca debí haberte amenazado con separarte de tu bebé.

Sentía como si una piedra se me quedara atascada en la garganta y mis ojos se llenaron de lágrimas. Quería creerle, pero había superado tantas decepciones y no quería que mis esperanzas se rompieran otra vez.

—No le contaste a tu familia lo que hice —añadió.

—No.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Era entre nosotros, no entre ellos. —Él mantuvo una mirada fija sobre mí, y yo suspiré—. Puedo cuidarme sola. Ya tienen suficiente de qué preocuparse.

Sus ojos bajaron a mi estómago, ahora un bulto redondo inevitable incluso dentro de mi suéter.

—Quizá pueda ser mi trabajo preocuparme por ti.

Sollozando, miré mis manos. Era todo lo que siempre había querido, que alguien se preocupara por mí, mas todo lo demás en la situación estaba mal. Dimitri me cuidaba por obligación y culpa. Le importaba el bebé que llevaba dentro. Quería que fuera suficiente, pero no lo era.

—Me voy esta noche. —La voz de Dimitri me devolvió a la realidad.

Ladeé la cabeza.

—¿A dónde vas?

—Rusia.

Parpadeé.

—¿Qué? ¿Rusia?

Se pasó la mano por el cabello.

—No iría si no fuera necesario. Hay… acuerdos comerciales que deben hacerse en persona.

—*Oh.*

—Maxim, Aleksei y Sergey se quedan aquí para manejar todo en la ciudad. —Sus ojos de color azul hielo se encontraron con los míos —. Y para asegurarme de que estés a salvo.

—¿Quién va contigo, entonces? ¿Para mantenerte a salvo? —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Maldito fuera mi corazón por ser tan jodidamente blando todo el tiempo.

Inhaló profundamente, y la comisura de sus labios *casi* se curvó en una sonrisa, lo que hizo que mi metida de pata *casi* valiera la pena. Se frotó la cara con la mano como si intentara ocultar lo contento que estaba de que no quisiera que se muriera.

—Me llevaré a varios hombres conmigo, y todavía tengo hombres leales en Rusia.

Fruncí los labios.

—Bien.

Mis preguntas no expresadas llenaban el espacio entre nosotros: *¿Por qué vas en realidad? ¿Cuándo volverás? ¿Qué es esta relación?*

Un pensamiento horrible cruzó mi mente. *«¿Tenía novia en Rusia?»* Bueno, suponía que ahora sería más bien su *amante*. Fruncí el ceño, sin saber con quién estaba más enojada, con Dimitri, por

engañarme en mi imaginación, o conmigo misma por siquiera importarme.

—¿Qué pasa?

Entrecerré los ojos y crucé los brazos.

—Nada.

Alzó una ceja, su mirada penetrante hizo que mis mejillas se sonrojaran. Estaba siendo ridícula.

Se levantó del asiento de la ventana, y yo también.

Dio un paso adelante y jugó con las puntas de mi cabello.

—Ya no tienes flequillo. —Otro paso adelante—. Dime qué te molestó.

Me apartó el cabello por encima del hombro, dejando que sus dedos recorrieran la piel sensible de mi clavícula. Su pulgar rozó el cuello, dejando chispas de calor a su paso. Me esperó mientras su palma me sujetaba la mandíbula apretada.

—¿Vas a ver a alguien en Rusia?

—¿Qué quieres decir, *Malyshka*?

Di un paso atrás y crucé los brazos, pero no me dejó espacio. Exhalé un resoplido frustrado.

—¿A alguien especial?

Pasó un instante, sus ojos se entrecerraron confundidos, antes de que una lenta sonrisa se dibujara en su rostro.

—¿Mi esposa está celosa?

—No —respondí bruscamente. Di otro paso atrás, pero fue un error porque mi espalda chocó con la pared.

Dimitri invadió mi cuerpo con el suyo. Su pecho vibró con una risa baja.

—No puedo decir que me moleste, esposa. —Me levantó la barbilla—. Y no hay nadie *especial* en mi vida aparte de ti.

«¿Soy realmente especial para ti?»

—¿Lo entiendes?

Asentí, aunque no lo entendía.

—No sé cuándo volveré. Espero que sea antes de tu próxima cita médica, pero si no es así, ¿me podrías contar cómo te fue? Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero…

—Sí. Lo haré.

—Gracias. —La tensión en sus hombros se alivió y sus ojos se llenaron de… afecto. ¿Adoración?

Se inclinó, presionando sus labios contra mi frente en un beso tierno. Me balanceé contra su pecho y entonces mis labios se posaron contra los suyos, suaves y titubeantes. Me acarició la cara, sus pulgares recorriendo mi mejilla como si fuera algo precioso.

—*Malyshka* —murmuró entre besos—. Tan hermosa, joder.

Debería haber sido más fuerte y resistirme, pero por un momento, volvió a ser Declan, besándome en las calles de París y haciendo que mi corazón creyera en el amor. La única diferencia era que ahora, mi barriga chocaba con él. Un recordatorio de lo que habíamos creado.

Sus manos bajaron por mi espalda hasta mis caderas, las yemas de sus dedos clavándose. Le rodeé el cuello con los brazos, gimiendo cuando me tocó el trasero y frotó su polla dura contra mí. Estaba caliente e hinchada, mi sexo ardía de necesidad, pero la parte frágil y adolorida de mi corazón me hizo apartarme.

Apoyó su frente contra la mía, y nos quedamos allí un momento, respirando con dificultad.

—Cuídate por mí —murmuró.

—Tú también.

Con un último roce en mi mejilla, se había ido.

Me senté de nuevo en el asiento de la ventana justo cuando una fuerte celebración marcó el inicio del Año Nuevo. Esperaba que Sofiya tuviera razón y que fuera bueno, porque el dolor confuso en mi pecho no auguraba nada bueno para lo que estaba por venir.

54

SIENNA

En cuanto entré a la cocina, los regalos de cumpleaños envueltos en mis brazos cayeron al suelo.

—Mierda. —Los miré fijamente, intentando averiguar cómo levitarlos sobre la encimera con el poder de mi mente.

—¡No te preocupes! ¡Todo está bien! —El tono de Sergey estaba cargado de pánico mientras corría hacia mí, con un tazón de cereal en la mano. Maldijo y rápidamente dejó el cereal sobre la encimera antes de recoger los regalos y guiarme hasta una silla—. No hay necesidad de llorar.

—¡No estoy llorando!

—Ayer sí lo hiciste —murmuró entre dientes antes de recuperar su desayuno y sentarse a mi lado.

—Bien, eso no fue culpa mía. Ella … —Señalé a *Sveta*—. Me hizo ver ese documental.

—¡No pensé que algo llamado *El Océano Misterioso* te haría llorar! —protestó.

—¡Las ballenas *gays* se encontraron tras estar separadas durante tres meses! ¡Y se cantaron una canción! —Me abaniqué la cara mientras las lágrimas se volvían a asomar en mis ojos.

—No —ladró Sergey—. No más llanto.

—¡*Ugh*, yo no lloro! Es culpa del bebé. Aunque… —Le lancé una sonrisa pícara—. Podría llorar si no me tomo mi café de la mañana. —Parpadeé, haciendo reír a Polina y a *Sveta* y haciendo refunfuñar a Sergey. Pero aun así se levantó para prepararme el café.

Observe los regalos. Estaban un poco mal envueltos, pero eso tenía más que ver con mis pobres habilidades para hacerlo que con la torpeza provocada por el embarazo.

—Estos son los regalos de cumpleaños de Clementine. Esperaba que alguien pudiera enviarlos por mí.

—Puedo hacerlo. —Ofreció *Sveta*, sonriendo—. De todas formas, tengo que ir a la oficina de correos más tarde.

—Eres la mejor, gracias. Y siéntete libre de enviarlos por el método más caro, ya que su cumpleaños es mañana y *puede* que haya procrastinado un poco. Le echaría la culpa al cerebro de embarazo, pero sería mentira.

—Pensé que habías vuelto a tomar tu medicina para el TDAH —pronunció Sergey, dándome el café.

—Sí, pero son estimulantes, no pastillas mágicas. —Tamborileé los dedos contra la encimera—. ¿Me las tomé esta mañana?

Sergey me lanzó una expresión exasperada.

—¿Me lo preguntas a mí? ¿Cómo voy a saberlo?

Me encogí de hombros.

Polina resopló.

—Dame tus medicinas y me aseguraré de que las tomes cada mañana. Además, a Clementine no le importará si los regalos llegan tarde. Pero, curiosamente, no eres la única con ganas de regalar. —Había un brillo en sus ojos cuando entró a la despensa y salió con una gran caja dorada con un lazo dorado—. Esto es para ti.

—¿Para mí? No es mi cumpleaños. —Levanté la tapa y miré dentro—¿Umm?

Dentro de la caja había una calabaza de algún tipo y dos paquetes adicionales envueltos. Primero saqué la verdura. Parecía una pequeña calabaza verde.

—¿Qué es eso? —preguntó Sergey.

—No tengo idea… ¡Espera! —Me quedé boquiabierta e hice una búsqueda rápida en mi teléfono—. ¡Sí! ¡Es una calabaza bellota! —

Salté de la silla y la puse frente a mi barriga—. Tengo veinticinco semanas, lo que significa que el bebé tiene el tamaño de una calabaza bellota.

Acuné la pequeña calabaza en mis brazos, imaginando que sostenía a mi bebita. Sollocé y tragué, pero esta vez no pude evitar que las lágrimas cayeran.

—¡Hagan algo! ¡La calabaza la está alterando! —gritó Sergey, agitando los brazos frenéticamente.

Polina, *Sveta* y yo nos miramos a los ojos y a la vez estallamos en carcajadas.

La expresión de Sergey pasó de un pánico desconcertado a un ceño fruncido. Polina se secó los ojos con otra risa, diciendo.

—Vaya, lo necesitaba.

Sonreí mientras colocaba suavemente mi pequeña calabaza bellota sobre la encimera, sacaba los dos paquetes de la caja y los desenvolvía. El primer regalo era un precioso suéter azul pálido tan suave que no pude resistirme a frotarlo contra mi mejilla, pero el segundo me dejó boquiabierta, era un mameluco azul pálido que combinaba perfectamente con el suéter. Levanté el mameluco y una tarjeta cayó sobre la encimera.

Cuida a nuestra Calabaza Bellota mientras no esté. Eso incluye cuidarte a ti misma. — Dimitri

La parte punzante y desafiante en mí se erizó al escuchar que Dimitri me dijera qué hacer… pero tampoco pude evitar derretirme porque él había dicho *nuestra Calabaza Bellota*.

Estaba eligiendo colores de pintura para la habitación de la bebita en *CozyScape* cuando apareció una alerta en el Foro. Había estado husmeando antes, revisando los anuncios para ver si algo llamaba mi atención. No pensaba aceptar ningún trabajo ahora, pero no me gustaba estar tan desconectada… y estaba aburrida. No había

muchas renovaciones que pudiera hacer en *CozyScape* y en la vida real. La casa en la vida real por fin parecía una casa habitable de verdad.

Me dirigí al Foro. Varios de mis amigos *hackers*, incluyendo a Arta, vieron que había vuelto y me enviaron mensajes dándome la bienvenida. Supuse que esta alerta era para un mensaje similar, pero me equivoqué.

ATLAS

Necesito contratarte para que encuentres a alguien por mí

Incliné la cabeza mientras mis dedos flotaban sobre el *trackpad*. Atlas era un cliente que me contrató el año pasado para averiguar qué puerto de entrada usaban los traficantes sexuales para traer chicas al país. Sabía muy poco de él, salvo que era lo suficientemente rico para contratarme y, al parecer, se preocupaba tanto por las víctimas como para gastar dinero en protegerlas.

HEDGEHOG

Depende de a quién haya que encontrar

ATLAS

¿Qué garantía tengo de que no me traicionarás?

Puse los ojos en blanco.

HEDGEHOG

Ninguna salvo mi reputación.

ATLAS

Soy un hombre poderoso. Sufrirás más que una marca en tu reputación si me traicionas

HEDGEHOG

Vaya, estoy temblando

Si incluyeras un emoji de cara enfadada, tu amenaza sería aún más aterradora😡

Me recosté en el asiento y bostecé. Años trabajando con millonarios imbéciles me habían hecho inmune a sus competencias de ego y amenazas poco inspiradas. No toleraba que los hombres me interrogaran así, pero Atlas ya había demostrado antes que no era un completo inútil, así que estaba dispuesta a aguantar… al menos unos minutos más.

ATLAS

No estás inspirando confianza para contratarte

HEDGEHOG

No estoy aquí para inspirar confianza, estoy aquí para hacer que las cosas se hagan. Tú eres quien tiene que convencerme de que debería tomar el trabajo.

ATLAS

¿Convencerte? ¿No es lo suficientemente convincente la compensación?

HEDGEHOG

Si crees que necesito tu dinero, es que no has investigado lo suficiente

Solté una risita mientras me recostaba. Esto era divertido. Los últimos meses me habían dejado sintiéndome tan impotente, pero esto era el recordatorio que necesitaba de que era fuerte, capaz e incluso *admirada* en todo el mundo por mis habilidades. Mi vida no se limitaba a esta casa.

ATLAS

¿Has oído hablar de Souleater?

Oh, ahora sí que íbamos avanzando. Era el misterioso anuncio anónimo con una recompensa de cien millones de dólares.

HEDGEHOG

Creo que he visto menciones de él en este mismo foro. ¿Tú publicaste ese trabajo?

ATLAS

Sí. Tu ayuda con el otro trabajo me hace pensar que podrías preocuparte por la seguridad de las mujeres.

HEDGEHOG

¿Souleater es una amenaza para las mujeres?

ATLAS

Más bien una amenaza para la humanidad

HEDGEHOG

¿Y tienes confirmación de que está vivo?

ATLAS

Ha habido muchos rumores

HEDGEHOG

¿Quieres que acepte un trabajo para encontrar a alguien que puede que esté muerto o no?

ATLAS

¿Demasiado desafío para ti?

Se me cayó la mandíbula y se me calentaron las mejillas. Vaya, vaya, vaya, señor Atlas. No reconocí tu juego.

HEDGEHOG

¿Crees que puedes tentarme para que acepte este trabajo?

ATLAS

Por supuesto que no. Veo que no te interesa. Mejor le preguntaré a Phisherman

Que se joda por leerme como un libro. *Phisherman* era un enemigo aún mayor para mí que *C0zyBrODeezNuts*.

HEDGEHOG

No he dicho que no me interese. Solo me sorprende tu falta de información concreta

Ya estaba entrando a las páginas *web* que usaba cuando estaba en modo espía. Sonreí mientras las páginas principales me daban la

bienvenida. Se sentía como volver a casa conmigo misma.

ATLAS

Si tuviera más información, no necesitaría contratar a nadie

HEDGEHOG

lol, supongo que es verdad. No te preocupes por eso. Si se puede encontrar, lo encontraré.

¿Por qué todas estas comparaciones de tamaño son verduras? ¿A alguien le gusta realmente la coliflor? De todas formas, aquí hace un frío tremendo. Espero que tú y el pequeño Coli estén bien abrigados.

La coliflor se equilibraba precariamente sobre mi vientre redondo mientras me sacaba una *selfie* en el espejo, mostrando mi nuevo suéter rosa que me dio Dimitri. Envié la foto al *chat* de grupo de chicas mafiosas y estaba a punto de cerrar la aplicación de mensajes, pero mis ojos se fijaron en el nombre de Dimitri. Aparte de mis regalos semanales y alguno que otro mensaje, no había sabido mucho de él.

Antes de poder convencerme de no hacerlo, le mandé la foto a Dimitri por mensaje.

Finalmente me derrumbé y le conté a Leona todo lo que había pasado entre Dimitri y yo. Ella se había ofrecido a asesinarlo no menos de tres veces, y solo podía imaginar su reacción a que le enviara a mi esposo un mensaje con una foto adorable de mi barriga de bebé. Pero en el fondo, quería que Dimitri compartiera esta experiencia conmigo. Aunque no estuviera aquí. Aunque fuera una tonta por quererlo.

Ilya me dijo que el emoji de berenjena significa pene. Le di un puñetazo en la cara.

PUSE los ojos en blanco ante la ridiculez de Dimitri mientras me dirigía a mi oficina, con la berenjena en brazos. La dejé sobre mi escritorio junto a mi computadora, y *Vovchyk* la empujó con la nariz antes de sentarse hacia atrás, sin impresionarse.

—Solo puedo decir que agradezco que la polla de Dimitri no sea de este tamaño.

Vovchyk resopló.

—No es que vayamos a tener sexo otra vez —dije rápido—. Solo digo. Por suerte para mi vagina, eso no entró dentro de mí. Excepto… Santo Dios. ¿Eso tendrá que salir de mí? —Solté un pequeño chillido y me tapé los ojos con las manos—. Bien, *nop*. Simplemente no puedo pensar en ello.

Agarré una manta y la eché sobre la berenjena.

Listo. Ahora estaba cerca de mí mientras continuaba mis investigaciones sobre *Souleater,* pero no tenía que pensar realmente en las implicaciones del trabajo de parto.

Vovchyk apoyó su hocico en mi vientre. Suspiré y rodeé su cuello con los brazos.

—Ser mujer a veces es realmente absurdo.

Cerré los ojos y respiré profundamente varias veces, preparándome para empezar a trabajar. Hasta el momento, no estaba convencida de que *Souleater* estuviera vivo. Había rumores en el bajo mundo, como dijo Atlas, pero nada concreto.

Besé a Vovk en la frente y me senté de nuevo.

Horas después, me recosté, parpadeando con los ojos secos. La brillante pantalla de la computadora proyectaba un resplandor inquietante en la habitación ahora oscura. No me di cuenta de cuánto tiempo había pasado sin que me moviera, comiera, bebiera. Nada más importaba mientras revisaba montañas y montañas de archivos, y había dado sus frutos.

La había encontrado. La prueba que habíamos estado buscando. Abrí mis mensajes en el Foro con Atlas.

ATLAS

¿Es esto lo que creo que es?

HEDGEHOG

Dos pruebas, y esta vez no son solo rumores.

Tras semanas de trabajo, descubrí los alias de *Souleater*, que me llevaron a un manifiesto de aeronave de un vuelo de Rusia a Alemania y a un registro de retiros de una cuenta bancaria de Liechtenstein.

ATLAS

¿Crees que siga en Alemania? ¿O Liechtenstein?

HEDGEHOG

Es posible, pero también es posible que ya esté en otro lugar, viajando bajo algún alias aún desconocido

ATLAS

Aun así, esto es más de lo que he encontrado en meses.

HEDGEHOG

¿Más de lo que Phisherman habría encontrado?

ATLAS

Ja, sabía que te habías enfadado por eso. Tenía que encontrar la manera de que aceptaras. Eres el mejor de todos los hackers.

HEDGEHOG

Me alegro de que lo sepas

Un golpe en la puerta hizo que me sobresaltara. Rápidamente cambié del Foro a mi juego de *CozyScape*.

—¡Adelante!

Sergey entró con un plato en las manos.

—Estás en problemas —indicó con voz melódica—. Me han dado órdenes estrictas de asegurarme de que comas regularmente.

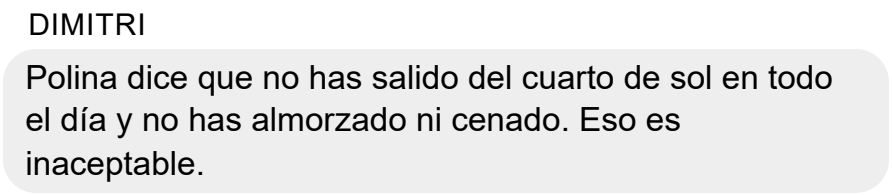
Arrugué la nariz.

—Estoy ocupada.

Resopló.

—Mira tu teléfono.

Me dio un vuelco en el estómago al ver que tenía un mensaje de Dimitri.



Puse los ojos en blanco ante su superioridad, pero acepté el plato de comida de Sergey de todos modos. No era raro que me obsesionara tanto con lo que hacía que me olvidara de mis necesidades básicas, pero tenía razón en que ya no era aceptable. Necesitaba ser mejor por la bebé Berenjena.

Oh, mira. Otra calabaza. Podemos llamar al bebé Butternut.

ACURRUQUÉ la calabaza contra mi pecho como si fuera la muñeca o el peluche más extraño del mundo mientras paseaba por el cuarto de sol. Su peso era un recordatorio de la bebita que crecía dentro de mí y del mundo que estaba trabajando para construir para ella. Uno en el que siempre estaría a salvo, siempre pertenecería a sí misma y nunca sentiría el doloroso peso del abandono. Ella era mi razón para seguir adelante, incluso cuando *Souleater* se burlaba de mí. Era un pensamiento ridículo, nacido de mi frustración y paranoia, pero sentía la verdad en lo más profundo de mis huesos. Una figura sombría seguía apareciendo en mis sueños. Nunca hablaba, solo se quedaba de pie con una capucha oscura cubriéndole la cara y un cuchillo afilado de punta carmesí en la mano.

Me detuve junto a la ventana, una mano en mi estómago y la otra alrededor de la calabaza. La verdura de regalo de esta semana venía acompañada de una enorme caja de libros infantiles y una cita con un carpintero. Habían venido a principios de semana para

instalar preciosas estanterías empotradas en la habitación de la bebé.

Julieta me ayudó a elegir estos libros. Incluyó algunos para ti con lobos o algo así.

Su nota me hizo reír mientras sacaba un montón de romances omegaverso de la caja, pero mi risa se disolvió rápidamente en sollozos.

Dimitri estaba siendo dulce y atento con sus frecuentes regalos, notas y recordatorios para comer, beber y salir al menos una vez al día. Pero llevaba casi un mes fuera y cada día se hacía más difícil. La frágil cercanía que habíamos construido antes de que partiera ahora me parecía algo que había imaginado. Ni siquiera podía estar segura de lo que sucedería después de que naciera la bebé. ¿Tendría un lugar en el cuarto de la bebé donde pasaría las horas entre las dos y las cuatro de la mañana organizando los nuevos libros?

ATLAS

¿Alguna novedad? Si alguna vez estuvo en Alemania, no creo que siga aquí.

HEDGEHOG

Sin novedades.

ATLAS

¿No te rendirás ahora? Odiaría tener que decirle al mundo que no eres la gran cosa.

Sabía que me estaba provocando, mas no tenía fuerzas para discutir. Me dolía la espalda, la garganta me ardía por la acidez, y *Vovchyk* se había ido esta mañana a correr, dejándome completamente sola. Y lo único en lo que se suponía que debía ser buena, ni siquiera podía resolverlo.

La pantalla frente a mí se volvió borrosa y seguía quedándome dormida entre clics del *mouse*, pero no podía parar. No podía rendirme.

Quizá tenía razón y yo no era *la gran cosa* después de todo.

Mi corazón latió con fuerza mientras esperaba a que Dimi respondiera a la videollamada. Cuando contestó, su pantalla era un borrón oscuro.

—*Perdona. Un segundo.* —El clic de un interruptor siguió al golpe de una puerta cerrándose, y allí estaba. Tenía ojeras y el cabello demasiado largo y despeinado, pero su sonrisa me dejó sin aliento.

—Hola —saludé, sintiéndome tímida de repente.

—*Hola,* Malyshka. Blyat*, te ves tan hermosa.*

Se me sonrojaron las mejillas y aparté la mirada. El contacto visual era demasiado íntimo en ese momento.

—El ecografista debería llegar pronto. —Me mordí el labio, atreviéndome a mirar de nuevo a mi esposo. ¿Estaba durmiendo algo?

—*¿Cómo te encuentras?* —preguntó.

—El tercer trimestre va bastante bien. —Tragué la emoción inesperada que burbujeaba en mi garganta—. ¿Cómo estás tú?

Le tocó a él romper el contacto visual. Se pasó la mano por el cabello, un gesto familiar y entrañable.

—*Estoy bien.*

Mis ojos recorrieron las paredes. Estaba de vuelta en la habitación del consultorio con la familia entrometida de nutrias.

—*Carajo.* —Suspiró y el sonido sonó cargado de agotamiento—. *No, eso es mentira. Estoy furioso por haber tenido que estar fuera tanto tiempo.*

—¿Sigues trabajando en finalizar acuerdos comerciales?

Se le tensó la mandíbula y sospeché que no estaba siendo honesto con lo que hacía. La mayor parte del dinero de la *Bratva* provenía del comercio de diamantes y Dimitri intentaba conseguir un contrato en el mercado negro con una nueva mina de diamantes frente a varios grupos rivales, así que tenía sentido que tuviera que ir a Rusia.

Pero ¿qué podría estar haciendo para mantenerlo alejado durante *cinco semanas*?

La tentación de hackear su computadora y teléfono era fuerte, pero hasta ahora había resistido. Mi hackeo ya había causado una profunda ruptura entre nosotros. No creía que más violaciones de su privacidad fueran bienvenidas ahora mismo… pero si no me decía pronto lo que hacía, no podían culparme por espiar. Tenía que haber un plazo de prescripción para espionaje, ¿no? ¿Espera, plazo de prescripción? ¿Era esa la palabra correcta? ¿Qué intentaba decir…

—¿Sienna?

Mis ojos volvieron a la pantalla de golpe y me di cuenta de que mi mano se había desplazado, así que lo único que se veía en la cámara era un primer plano de mis pechos y mi barriga redonda. Carraspeé y volví a enfocar la cámara hacia mi cara.

Dimi sonrió.

—No protestaba por la vista, solo quería comprobar que estabas bien.

—Lo estoy. —Respiré profundo—. Los días de ultrasonidos son un poco estresantes ahora.

—Lo siento. Por no haber estado contigo en las primeras y por no estar ahora. De verdad quería estar ahí. —La sinceridad emanaba de él en oleadas.

—Yo también desearía que estuvieras aquí —susurré. Mis palabras eran peligrosas, cada una un punto débil que él podía explotar, pero cada nota, regalo y mensaje que me enviaba rompía mis muros cada vez más. No es que mis muros fueran tan sólidos desde el principio. Siempre había sido demasiado abierta y confiada para una princesa de la Mafia… o una reina de la *Bratva*—. ¿Estás a salvo? —Su pantalla estaba demasiado oscura para que pudiera distinguir detalles de la habitación en la que estaba.

—No llamaría a esto un hotel de cinco estrellas, pero me mantengo seguro. ¿Qué tal la clínica? No hay nadie más aparte de ti, tus guardias y el personal, ¿verdad?

Ni siquiera me sorprendió el vestíbulo completamente vacío la primera vez que vine a la clínica. La *Bratva* no tenía su propia

ginecóloga, pero habían hecho un trato con la clínica para que, cuando yo viniera a las citas, no hubiera más pacientes presentes.

—No hay nadie aquí excepto estos chicos. —Giré la cámara del teléfono para mostrarle la familia de las nutrias.

—¿Qué carajos?

Sonreí y volví a girar la cámara.

—Esa es la familia de las nutrias. ¿Crees que podríamos meter nutrias de río en el arroyo junto a la casa?

Los labios de *Dimi* se curvaron en una sonrisa.

—Lo que quieras, nena.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Nadia.

—Hola, Sienna. Perdona que llegue un poco tarde hoy. Me derramé un refresco entero en la camiseta en el almuerzo y tuve que buscar algo para cambiarme.

—No pasa nada. No he esperado mucho.

Sus ojos se posaron en mi teléfono y alzó las cejas en señal de pregunta.

—Mi esposo está en videollamada —expliqué. Prácticamente podía escuchar su pregunta no dicha, si tenía esposo, ¿por qué había ido sola a todas mis citas? Pero enseguida ocultó su confusión.

—Me parece bien. La ecografía de hoy no será muy larga. Solo voy a revisar el tamaño y la posición del bebé, junto con la posición de la placenta.

—¿Revisarás su corazón? —La voz de *Dimi* sonó por el teléfono, y no pude evitar sonreír porque yo también quería preguntar lo mismo.

—Sí, voy a echar un vistazo al corazón del bebé. Pero no espero encontrar nada —respondió Nadia.

—Oh, un segundo. —Rápidamente silencié la llamada—. No sabe el sexo.

Me guiñó un ojo.

—No pasa nada. No voy a soltar la sopa.

Me acomodé en la cama y apunté la cámara a la televisión de la pared para que Dimi pudiera ver todo. El familiar sonido de silbido llenó la habitación, y entonces nuestro bebé apareció en la pantalla.

—Oh, el bebé se está portando muy bien —informó Nadia—. Se movió a la posición de cabeza baja.

—Leí que los bebés pueden seguir cambiando de posición hasta las treinta y seis semanas —comentó *Dimi*—. *¿Y si el bebé se pone en posición de nalgas en las próximas semanas?*

Entreabrí los labios y miré la cara de mi marido con total asombro.

—Sí, el bebé puede cambiar de posición, pero la mayoría se estabiliza a más tardar a las treinta y seis semanas. La doctora seguirá revisando la posición del bebé en futuras citas palpando la barriga.

Dimi asintió, aparentemente satisfecho con la respuesta. El resto del escaneo pasó rápido y mis ojos se quedaron fijos en *Dimi*. Nunca había visto una emoción tan abierta en su rostro. Se veía exactamente como me sentí cuando vi a nuestra niña… Como si estuviera completamente maravillado con la diminuta criatura que habíamos creado.

Nadia terminó la ecografía y me pasó pañuelos para que me limpiara el gel. Tras sus buenos deseos y su despedida, salió de la habitación.

—Eso fue increíble —pronunció cuando nos quedamos a solas—. *Gracias por dejarme formar parte de esto.*

—Por supuesto. —Se me quebró la voz y carraspeé—. Te enviaré copias de las fotos por mensaje.

Nos quedamos callados. Sin otra cosa en que centrar nuestra atención, todo lo de los últimos meses se extendía entre nosotros.

—Será mejor que me vaya —me despedí al fin.

Entreabrió los labios para decir algo, pero cambió de opinión en el último momento.

—Cuídate. Y al bebé Repollo.

Colgué con un dolor en el corazón y una sonrisa frágil en los labios.

Por fin. No es una verdura. Disfruta de esto abajo en la habitación al lado del gimnasio.

LADEÉ LA CABEZA mientras Polina me entregaba la nota y la enorme palomera vacía para palomitas de maíz.

—Solo puedo decir que espero que mi bebé no sea tan, uhh, *ancho* —dije, mirando la enorme circunferencia de la cubeta.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Le dije que se había pasado con el tamaño. —Entrelazó nuestros brazos—. Vamos, bajaremos juntas.

Vovchyk nos guio por las escaleras. No había bajado aquí desde la noche de póker. Se me alzaron las cejas al ver a Sergey con traje y de pie frente a una puerta cerrada.

—Bienvenidas, damas —saludó con un acento inglés realmente horrendo.

—Gracias por la bienvenida —agregué con un acento inglés igual de terrible—. Ahora, ¿a qué nos das la bienvenida?

Abrió la puerta con un gesto teatral. Se me cayó la mandíbula al darme cuenta de que era la habitación que quería convertir en cine. Hasta ese momento, me había olvidado por completo de mi idea, de pie en la puerta de lo que era un cine de verdad con una pantalla enorme, sillones reclinables acolchonados en una pendiente y una zona de alimentos y bebidas en la parte trasera atendida por mis nuevos amigos. Sveta servía palomitas en cubetas grandes, Vasya sacaba bebidas de la nevera, mientras Maxim, *Lyosha* y Matvey organizaban cajas de dulces del cine.

—¡Bienvenida a tu propio cine en casa! —exclamó Polina. Había un brillo en sus ojos que hizo que mi corazón latiera con fuerza—. Y nuestra película inaugural es en realidad una serie de televisión.

—Espera, no querrás decir…

Sergey me rodeó los hombros con un brazo.

—Sí, esa de *hockey gay* ruso que ya has visto un millón de veces pero que por alguna razón inexplicable quieres ver con nosotros.

Chillé y brinqué hasta que la pequeña Palomitas de Maíz de Cine me aplastó la vejiga y tuve que correr al baño.

Cuando volví, Sveta me llevó a mi asiento, que tenía una variedad de golosinas alrededor. Me permití relajarme mientras veía una historia de amor imposible desarrollarse en pantalla. Comí tentempiés y me reí con mis nuevos amigos y, por primera vez en semanas, tuve unas horas de descanso de los horrores del mundo. Unas horas para recordar que el amor seguía existiendo.

Mis opciones esta semana eran un funnel cake *o una papaya. Espero conocerte lo suficiente como para haber elegido bien.*
– Dimi

Mi corazón latía con fuerza mientras revisaba las grabaciones de las cámaras de seguridad mientras me metía trozos de pastel en la boca. El hombre de la foto de vigilancia mantuvo el rostro oculto a las cámaras, pero había usado uno de los alias de *Souleater* para reservar tres noches en un hotel.

Una sensación de náuseas se instaló en mi pecho porque el hotel estaba en París. No era el mismo en el que me había quedado, pero lo suficientemente cerca como para hacerme sentir vulnerable y expuesta, como si este monstruo estuviera ensuciando el hogar de mi mayor aventura.

Me dieron ganas de escribirle a Dimitri, pero él no sabía nada de esta parte de mi vida y no tenía idea de cómo reaccionaría. Además, estaba visitando minas de gemas en las montañas Urales. En su lugar, abrí mi *chat* con Atlas.

HEDGEHOG

Este hombre está usando uno de sus alias en La Couronne Noire. Es un hotel en París. Parece tener la altura adecuada, aunque parece un poco frágil. No es como lo describiste

ATLAS

Carajo. No sé si es él. ¿Alguna foto que muestre su rostro?

HEDGEHOG

No. Es como si supiera dónde están todas las cámaras y las estuviera evitando.

ATLAS

Voy para allá. Envíame más imágenes y actualizaciones.

Te echo de menos a ti y al bebé Piña.
- Dimi

UN SOBRE GRUESO de manila estaba bajo la piña sobre mi escritorio. Metí la piña en el hueco de mi brazo, incluso cuando la superficie espinosa llegaba a mi piel a través del suéter.

No había nada escrito en el sobre, pero supuse que era mío. Lo piqué. *Claro, porque pinchar es una forma eficaz de evaluar sobres misteriosos.* Bueno, al menos no había explotado.

Lo abrí y saqué un montón de papeles legales que parecían oficiales. Me desplomé en la silla mientras las palabras *Acuerdo de Custodia* flotaban ante mis ojos. La habitación giró y mi visión se nubló. Dios mío. ¿Me habían adormecido los regalos de Dimitri con una falsa sensación de seguridad todas estas semanas solo para darme un golpe inesperado?

Me costó varios intentos entender el primer enunciado.

El apretón en mi pecho se aflojó.

Seguí leyendo, moviendo los labios con las palabras escritas en blanco y negro, y cuando terminé la última página, mis lágrimas se habían transformado en lágrimas de felicidad. Porque en las páginas estaba escrita una garantía de que nunca podrían separarme de mi niña.

Las firmé con la mano temblorosa y envié un deseo silencioso al otro lado del mundo para que *Dimi* volviera pronto a casa. Porque podía ser que echara de menos a mi esposo.

55

SIENNA

Sí, DEMONIOS. ME RECOSTÉ EN LA SILLA MIENTRAS UNA ENERGÍA ELÉCTRICA recorría mi cuerpo.

—Tengo que decir que me estoy impresionando a mí misma.

Vovchyk levantó la cabeza perezosamente para darme lo que interpreté como una mirada de aprobación antes de tumbarse de nuevo en la cama gigante que le había pedido.

Volví a mirar la pantalla de la computadora con una enorme sonrisa. Habían pasado semanas desde que tuve un avance en el trabajo de *Souleater*, y el desafío solo aumentó mi obsesión. Con la excepción de construir el decodificador para abrir la caja fuerte de Claude en París, hacía siglos que no aceptaba un trabajo que realmente fuera un reto. Era horrible, frustrante y emocionante, pero cada fallo acercaba al camino correcto. Esta noche finalmente había traído respuestas, y todo era gracias a Arta.

Aparentemente, *Souleater* había llegado a Albania desde Rusia años atrás, cuando el Sindicato aún estaba gobernado por hombres corruptos, incluidos los maridos de Arta y Elira. Las mujeres tomaron nota cuidadosa de la propuesta de *Souleater* de formar una alianza para ampliar las operaciones de trata sexual. No perdieron tiempo en crear una estrategia para detenerlo, y parecía que el universo por fin les sonreía cuando murió poco después de su visita. Arta había

lanzado una serie de maldiciones que solo podía suponer que eran albanesas cuando le envié la prueba de que seguía vivo.

Le pregunté a Arta si quería colaborar para encontrar a *Souleater*, pero actualmente lideraba una misión para liberar una prisión secreta en una montaña. Eso no le impidió enviar cualquier información que encontraba, que fue como descubrí que *Souleater* era conocido por llevar diarios detallados. Encontrarlos se había convertido en mi nueva fijación, pero Arta también me ganó en eso cuando envió información de que *Souleater* tenía una hermana y almacenó todos sus archivos en el servidor de ella, uno al que yo acababa de infiltrarme con éxito.

Tamborileaba los dedos sobre mi escritorio mientras pasaba por los miles de archivos que había robado con mi *software* anticifrado. ¿Debería escribirle a Atlas para contarle lo que encontré? A pesar de mi emoción, el cansancio se aferraba a mí y bajé la cabeza sobre el escritorio. Esperaría a ver qué archivos había. No quería que se hiciera ilusiones si no eran nada.

Me quedé dormida, en un estado medio dormida, medio despierta, hasta que el pitido de mi computadora me sacudió. El primer lote de archivos estaba listo. Contuve la respiración mientras hacía clic en el primero. Era un escaneo de baja calidad de una nota manuscrita fechada en marzo de 1977. Había una lista de números, pero el resto estaba en ruso. Repasé rápidamente el resto; no había muchas notas de los años 70 y 80, pero cuando llegaron los de los 90, *Souleater* ya escribía informes semanales largos y detallados. Por suerte, para entonces ya había pasado a teclear sus notas.

Elegí una entrada al azar y la pasé por un traductor. La satisfacción emocionada que sentía minutos antes se evaporaba cuanto más leía.

Lo que documentaron fue aterrador más allá de lo imaginable.

La pantalla se volvió borrosa hasta que ya no pude leer las palabras entre lágrimas.

Vovchyk se mantuvo pegado a mi lado toda la noche, pero cuando los primeros rayos de sol se asomaron en el horizonte, tiró de mi sudadera y me alejó de la computadora hasta que lo seguí afuera. Me senté en medio del jardín, con los brazos alrededor de mi vientre mientras la nieve que caía constantemente cubría mi cuerpo con una manta blanca.

El mundo estaba en silencio. Los copos de nieve caían en un marzo inusualmente frío en *Chicago*, y el viento jugaba con las puntas despeinadas de mi cabello. Pero no había nada tranquilo ni suave en los pensamientos que corrían por mi mente.

Quería quemar las páginas de los diarios de *Souleater* de mi mente. Cada línea que había leído y cada imagen que había visto me perseguirían el resto de mi vida. Sin embargo, no podía apartar la mirada, por mucho que quisiera. Sus víctimas merecían más. Merecían tener a alguien de su lado luchando por ellos después de los horribles y tortuosos experimentos que había llevado a cabo.

Las cosas se habían intensificado con sus experimentos enfermizos hacía unos veinte años, cuando recurrió a una nueva víctima llamada Mitka. La tortura física y psicológica que el chico había sufrido durante dos años fue horrible, todo en un intento de *quebrarlo*, fuera lo que fuera que eso significara. Después de Mitka, siguió con Lev y luego Sasha. Su tortura estaba documentada en páginas y páginas de notas detalladas que describían minuciosamente cada cicatriz que *Souleater* infligía.

Tenía el interior en carne viva y adolorido. Nada podría mejorar esto. Nada podría deshacer jamás el dolor que esas personas soportaron.

Justo antes del amanecer, leí la última entrada de hacía cinco años. Un mes después de la entrada, las redes clandestinas de espías informaron de su muerte, que fue la primera vez que escuché el nombre de *Souleater*. No le había prestado mucha atención. Acababa de graduarme y estaba decidida a consolidar mi reputación en la comunidad de *hackers*. ¿Por qué centrarse en los muertos cuando los vivos causaban ya suficientes problemas?

Excepto que no estaba muerto.

Una rabia ardiente cortó el frío helado que envolvía mi cuerpo tembloroso. Haría todo lo posible para eliminarlo de la faz de la tierra. Y esta vez, no resucitaría.

Mis dedos congelados aferraban el teléfono. Necesitaba enviarle todo lo que había encontrado a Atlas, pero la tarea era demasiado abrumadora. Los sollozos sacudían mi cuerpo mientras el dolor que había estado guardando dentro se desbordaba de mí. No era justo. Nada en el mundo era justo. Mi falta de sueño, la crueldad horrible que pasé horas leyendo y la desesperación que sentía al saber que estaba trayendo a mi hija a un mundo tan cruel superaron mi capacidad para sobrellevarlo. Me estaba desmoronando. Me aferré a *Vovchyk,* pero no fue suficiente. Me estaba ahogando en mi soledad.

Mi dedo flotaba sobre los contactos en mi teléfono… pero en vez de enviar un mensaje a Atlas, llamé al número de Dimitri. En cuanto sonó el teléfono, una oleada de duda me invadió, tan fuerte que casi cuelgo. ¿Y si no quería hablar conmigo? ¿Qué iba a decir?

Contestó el segundo timbrazo.

—¿Sienna? ¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

Cerré los ojos con fuerza para contener una nueva oleada de lágrimas.

—Hola.

—¿Por qué lloras? ¿Pasó algo?

—No, todo está bien. —Se me cortó la respiración y me agarré el pecho como si eso pudiera aliviar el dolor agudo. Quería contarle todo a Dimitri, sobre mi hackeo, este cliente, *Souleater*, pero no pude. Mi hackeo lo hizo explotar la última vez y, aunque confesarlo todo demostraría que no puse en riesgo a la *Bratva*, ¿y si reaccionaba como Matteo? ¿Gritándome por mi necedad y los peligros que conllevaba? Así que di la única excusa que se me ocurrió, una que sabía que él entendería—. Tuve una pesadilla.

—Lo siento, Malyshka. —Su tono era tan suave, tan reconfortante como una manta cálida contra el frío nevado—. *¿Quieres contármela?*

—No. —Me sequé las lágrimas con la manga. Pronto se empapó.

—De acuerdo, cariño. ¿Sigues en la cama?

—Estoy afuera.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿No hace frío? ¿Y aún está oscuro?

Sollocé.

—El cielo se está aclarando. —Una ráfaga de viento cortante atravesó el jardín, traspasando mi ropa como un cuchillo, picándome la cara y haciendo que mis dientes castañearan.

—Tienes que volver adentro y entrar en calor. —Cuando no respondí, él hizo su voz más grave—. *Ahora. Entra.*

Mis extremidades rígidas y congeladas crujieron mientras me levantaba. Vovk hizo lo mismo, sacudiendo la nieve que le cubría el pelaje antes de seguirme adentro. La pared de aire cálido me picó la piel.

—Estoy adentro —dije entre dientes castañeteando.

—Buena chica. ¿Por qué no subes y vuelves a la cama? —Lo formuló como una pregunta, pero sonaba como una orden.

—Mi ropa está mojada por la nieve —respondí.

—Puedes cambiarte en tu habitación —respondió pacientemente.

Claro. Ahí estaba la ropa.

Dimi se quedó al teléfono conmigo mientras yo me arrastraba hacia mi habitación, me quitaba la ropa y me acurrucaba bajo las sábanas.

—Estoy en la cama —susurré.

El sol de la mañana temprana se colaba por una rendija en la cortina, pero yo seguía atrapada en la oscuridad.

—¿Ya estás entrando en calor?

—Sí.

—Si yo estuviera allí, te abrazaría para mantenerte caliente y desterrar las pesadillas.

Las lágrimas volvieron a asomarse a mis ojos.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —pregunté con dificultad.

—¿No debería ser amable? —inquirió.

—No siempre lo has sido.

—Oh, Malyshka. *Fui un imbécil. Mereces amabilidad todo el tiempo*. —Se le cortó la respiración—. *Cuando tenía pesadillas de niño, a veces mi madre me leía para ayudarme a volver a dormir. Tengo un par de libros aquí. Están en ruso, pero ¿quizá aún podría ayudarte si te leo algo?*

—¿Quieres hacer eso?

—Más que nada.

Cerré los ojos con fuerza mientras otro sollozo sacudía mi pecho.

—Está bien.

—Gracias —susurró—. *Ahora, cierra los ojos. Mantendré alejados los malos sueños.*

Mi fuego por ver acabado al *Souleater* volvería cuando despertara, pero ahora mismo me rendí a Dimitri, quedándome dormida por el sonido de su voz.

56

SIENNA

Cuando desperté unas horas después, Dimitri había terminado la llamada, pero me dejó un mensaje.

DIMI

Polina tiene el desayuno y el café listos cuando te despiertes. Tómalo con calma hoy, Malyshka.

Puede que tarde en responder durante las próximas 24 horas, pero llámame si necesitas algo.

Tengo una sorpresa para ti pronto.

Polina y Maxim se preocuparon por mí cuando salí de mi habitación, mimándome con toda mi comida favorita para desayunar y una taza extragrande de café. Cuando desaparecí en el cuarto de sol con una renovada determinación de atrapar a *Souleater*, aparecían regularmente con comidas, aperitivos y bebidas. Ambos intentaron animarme suavemente a tomar descansos y salir afuera, una petición razonable ya que pensaban que estaba jugando horas interminables de *CozyScape*, pero no podía perder la concentración ni un momento. Tenemos mucho que perder.

Horas después, cuando el sol se había puesto y todos se habían ido a la cama, me recosté en mi silla, parpadeando como si acabara

de salir a respirar desde lo profundo del océano. El estómago se me encogió con oleadas de náuseas y sudor empapó mis axilas mientras miraba la foto borrosa en blanco y negro en la pantalla de mi computadora.

Era él. *Souleater.* Vivo y en *Chicago*.

Atlas había insistido en que *Souleater* estaría en Europa, pero tras semanas y semanas sin nada, amplié mi búsqueda a Estados Unidos. Todo lo que había descubierto sobre *Souleater* me decía que era el último hombre en la tierra que estaría contento con vivir como un fantasma. Sus diarios estaban llenos de arrebatos sobre cómo el poder era su derecho de nacimiento y que haría cualquier cosa para recuperarlo. Como un ruso con conexiones conocidas en el bajo mundo, no era descabellado pensar que pudiera tener la vista puesta en la *Bratva* americana.

Nada de lo que había encontrado hasta ahora sugería alguna conexión entre *Souleater* y Rustik, el padre de Dimitri. Aun así, *Souleater* podría suponer que la *Bratva* de Dimitri era un blanco fácil, ya que no llevaba mucho tiempo siendo el *Pakhan*. Lo que pasó en Rusia para que *Souleater* fingiera su muerte y desapareciera durante cinco años podría haber sido suficiente para que intentara empezar de nuevo en Estados Unidos.

Había pasado días hackeando sistemas de vigilancia de transporte por todo el país, y finalmente valió la pena cuando recibí una señal de *Union Station. Souleater* había entrado a *Chicago* en tren. La satisfacción habitual que sentía tras resolver un rompecabezas estaba ausente. Este monstruo no tenía derecho a estar en mi ciudad, a ser una amenaza para mi nueva familia y mi hija no nacida. Necesitaba ser eliminado inmediatamente antes de tener la oportunidad de esconderse de nuevo. Ahora que estaba en mi territorio, podía seguir fácilmente sus movimientos por la ciudad.

Cada latido de mi corazón me hacía vibrar la caja torácica mientras revisaba las grabaciones de la estación de tren con manos temblorosas. Por fin, encontré imágenes de *Souleater* subiendo a un coche. Cambié a las grabaciones de CCTV de la ciudad, rastreando el coche hasta un depósito al norte de la ciudad. Había conducido solo

y no había nadie para recibirlo. No lo entendía. ¿Por qué estaría en *Chicago* sin refuerzos?

Solo tardé segundos en identificar el programa que usaba el astillero para el sistema de cámaras de seguridad. Ya había empezado el proceso de acceder cuando me di cuenta del paso que había olvidado. Abrí mi *chat* con Atlas.

HEDGEHOG

Encontré su ubicación

ATLAS

¿Hablas en serio? ¿Dónde? ¿Rusia?

HEDGEHOG

Chicago

ATLAS

Que carajos

HEDGEHOG

Ahora está en el astillero del norte. Condujo solo desde Union Station. Estoy intentando ver con quién se va a reunir

ATLAS

Estoy a 2 horas. No lo pierdas.

HEDGEHOG

2 horas?? Pensé que estabas en París

ATLAS

Me fui a Estados Unidos hoy temprano por otra razón

HEDGEHOG

Una coincidencia afortunada

ATLAS

Esperemos que así sea

Minutos después, los monitores de mi computadora mostraron cada vista de las cámaras del sistema de vigilancia del astillero. Mis ojos seguían pegados a la pantalla mientras seguía el avance de

Souleater por los pasillos sombríos de los contenedores. *¿A dónde vas?* Su deambular parecía sin propósito.

ATLAS

Actualización

HEDGEHOG

Sigue ahí, solo caminando de un lado a otro. No veo a nadie más.

Cada segundo que pasaba aumentaba mi ansiedad. *Souleater* podía irse en cualquier momento. *«Vamos, Atlas. Date prisa»*. Esto pudo haber empezado como un trabajo de un cliente para ayudarme con el aburrimiento, pero en este instante, estaba tan involucrada en la muerte de *Souleater* como Atlas.

Una de las cámaras de mi pantalla parpadeó. Luego otra. Me incliné hacia adelante, lista para hacer un diagnóstico de conectividad, cuando todas las cámaras se apagaron.

—Mierda. Mierda. Carajo.

Mi corazón latía con fuerza mientras intentaba frenéticamente volver a conectarlas, pero por mucho que intentara, las imágenes de las cámaras seguían en blanco.

HEDGEHOG

Hay interferencias en las cámaras de vigilancia del astillero. Ya no lo tengo vigilado. ¿Cuánto falta para que llegues?

ATLAS

¡Joder! Todavía estoy a 45 minutos

Se me hundió el corazón. Para cuando Atlas llegara o yo volviera a encender las cámaras, *Souleater* podría haberse desvanecido en el aire otra vez. ¿Cuánto tiempo tardaría en encontrarlo por segunda vez? ¿Y qué golpes podría intentar llevar a cabo contra la *Bratva*, *mi nueva familia*, mientras tanto?

Me mordí el labio. Estaba a solo quince minutos en coche del astillero. No era tan estúpida como para pensar que podía acabar con *Souleater* yo sola, pero el astillero era enorme…

¿Y si me escabullía sin ser vista y me conectaba directamente al sistema de seguridad? Así, cuando llegara Atlas, tendría una ubicación para darle.

Abrí lentamente el cajón de mi escritorio y envolví mis dedos alrededor del cañón frío de la nueva pistola que Maxim me había comprado. Una cacofonía de voces rebotaba en mi mente, algunas me gritaban que me quedara en casa, pero voces más fuertes me instaban a canalizar a Leona y a las mujeres albanesas y actuar para destruir a este monstruo.

Me puse de pie. Podría hacerlo. Conducir quince minutos hasta el astillero, conectarme directamente a la señal de vigilancia y mantener la vigilancia en *Souleater* hasta que Atlas llegue. Nada estaba garantizado. *Souleater* puede que ya se haya ido para cuando llegue, pero me odiaría para siempre si no lo intentara.

Tan rápido como mi cuerpo embarazado me lo permitía, me puse pantalones deportivos negros, una sudadera negra, guantes y botas de invierno. Vovk me miró fijamente con una expresión de desaprobación directa. Fruncí los labios. Si fuera lista, le diría a alguien a dónde voy. Pero si se lo contaba a *Dimi*, él le llamaría inmediatamente por teléfono a Maxim, ordenándole que me impidiera irme. Podría mandarle un mensaje a Sofiya o Julieta, pero probablemente estarían dormidas y si no volvía por la mañana, ya sería demasiado tarde para que hicieran algo para ayudarme. Cada segundo que estaba aquí, dudando, aumentaba la probabilidad de perder esta pequeña ventana de oportunidad. No podía permitir que mi hija naciera en un mundo donde *Souleater* vagara libre buscando nuevas víctimas a las que mutilar.

Decidida, corrí a la cama, organicé mis almohadas bajo las sábanas para que parecieran vagamente una persona dormida por si alguien me revisaba, guardé mi *laptop* y mi pistola en mi bolso personalizado de diseñador, y abrí suavemente la puerta de mi dormitorio. La casa estaba oscura y silenciosa cuando salí de la habitación y me dirigí al enorme garaje subterráneo, con *Vovchyk* pisándome los talones. Antes había tomado el control total del sistema de seguridad de la casa, así que tardé segundos en desactivar las alarmas. Agarré las llaves de un SUV blindado y volteé

para hacer que *Vovchyk* volviera a entrar a la casa, pero se negó a irse. Ninguna cantidad de susurros y empujones consiguió que el lobo se quedara atrás. Demasiado consciente de cada segundo que pasaba, finalmente me rendí y le abrí la puerta del coche.

Minutos después, iba a toda velocidad por el camino desértico hacia el astillero.

57

SIENNA

No fue hasta que me estaba escabullendo por el oscuro astillero que me pregunté lo que probablemente habría sido una interrogante obvia para cualquier otra persona razonable: *¿es buena idea?*

La cerradura metálica de la puerta principal ya estaba rota, así que pude colarme para llegar a la pequeña oficina independiente. Mi mano sudorosa aferraba el cañón de mi pistola y la otra se retorcía en el pelaje de Vovk. Estaba tenso, pero no me alertó nada mientras yo miraba por las ventanas de la oficina. No había luz ni movimiento, nada que sugiriera que hubiera alguien allí.

Inhalé con dificultad y saqué la herramienta para abrir las cerraduras que había conseguido de Arta. Me la había regalado en París como regalo de despedida, lo que me hizo reír en su momento, pero ahora no podría estar más agradecida por ello. No tardé mucho en entrar a la oficina. *Vovchyk* entró primero y yo lo seguí. Mi corazón latiendo con fuerza y el pánico recorriendo mis venas me ralentizaban, pero aun así, solo tardé unos minutos en volver a acceder a las cámaras de vigilancia.

Revisé cada cámara, sin saber si quería encontrar a *Souleater* o no. Obtuve mi respuesta cuando una persona grande y pixelada se movió a través de una de las cámaras… Directo hacia el edificio de oficinas.

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

Quedarse aquí como un blanco fácil no era *para nada* una buena idea. Metí mi *laptop* en la bolsa, agarré mi pistola y seguí a Vovk fuera de la oficina. Nos adentramos sigilosamente en el astillero. La alta valla de malla que rodeaba el laberinto de contenedores me daba la intensa sensación de estar atrapada con un depredador. Las respiraciones entrecortadas me quemaban la garganta y traté de mantenerme en silencio mientras los números de las filas aumentaban cada vez más. Me dolían las articulaciones y los pies, un dolor agudo me atravesaba los pulmones que luchaban, y mantenía una mano bajo mi vientre, intentando darme más soporte mientras corría. Cuando sentí que estaba a punto de desmayarme, giré una fila y apoyé la espalda contra el frío costado metálico de un contenedor.

Me agarré el pecho, intentando ralentizar la respiración. Cuando mi niña me dio una patada, apreté la mandíbula para contener un sollozo. Lo había vuelto a hacer. Como tantas veces en mi vida, había reaccionado sin pensar del todo en las implicaciones de mis actos, y ahora mi bebé estaba en peligro. Una profunda ola de vergüenza me aplastó el pecho.

Mi hija nunca estaría a salvo mientras hombres como *Souleater* caminaran por la tierra. No obstante… por primera vez en mi vida, entendí la rabia de Matteo cuando le dije que quería hackear para la *Familia*. Nunca temí realmente a la muerte ni al peligro, pero ya no estaba sola. Mi hija estaba conmigo y dependía de mi cuerpo para mantenerse con vida.

ATLAS

Estoy aquí. ¿Dónde estás?

Apreté los labios para silenciar mi gemido de alivio.

HEDGEHOG

Fila 99

El pelaje de Vovk se erizó. Sus ojos amarillos estaban fijos en el extremo lejano de nuestra fila de contenedores. Apreté más mi arma y quité el seguro, pero tenía las piernas congeladas. ¿Había alguien allí? ¿Debería quedarme o salir corriendo a otra fila?

Mi cuerpo se sobresaltó cuando Vovk dejó escapar un gruñido bajo.

—*Shh, shh.* —Le pasé la mano por la espalda, desesperada para que se callara y no delatara nuestra ubicación. Dejó de gruñir, aunque la tensión no abandonó su cuerpo… O el mío.

Mis extremidades temblaban por la adrenalina. A estas alturas, no había esperanza de ralentizar mi respiración.

¿A quién demonios estaba engañando con mis fantasías de ser tan ruda como las albanesas? No era lo bastante valiente para nada de esto. Esto no era como un videojuego. No había forma de empezar de nuevo si fallaba, ni un elixir mágico de curación para protección.

ATLAS

en la fila 27

HEDGEHOG

Está cerca

«Por favor, ven más rápido. Por favor, Atlas».

ATLAS

58

El gruñido de Vovk resonó entre el metal, esta vez aún más fuerte y feroz. Necesitaba salir corriendo, pero antes de que pudiera dar un solo paso, un disparo resonó en el aire. Grité cuando la bala rebotó en el contenedor a unos metros de mí.

Una figura sombría estaba al final de la fila. Un miedo ciego cayó sobre mí como una neblina oscura. Alcé mi arma y empecé a disparar, solo me detuve cuando el hombre dio un salto hacia atrás y desapareció detrás de otro contenedor.

Corrí, girando a la izquierda al salir de la fila. Otro disparo pasó zumbando a mi lado, y grité justo antes de chocar contra algo duro.

No. *Alguien*.

Una mano áspera me tapó la boca. El pánico me invadió mientras luchaba contra mi captor.

La persona inhaló bruscamente y siseó.

—*Sienna*.

Me quedé paralizada. Sabía a quién pertenecía esa voz.

Los ojos color azul hielo de mi esposo me miraban desde arriba.

58

DIMITRI

Ilya, Lev, Anatoly y yo corríamos por el astillero, contando cada fila mientras me acercaba a *Hedgehog*. Nunca había oído que el *hacker* saliera al campo, pero quizás esto era normal para él. Aun así, la ansiedad me recorría el pecho. Me sentía algo responsable de su seguridad desde que lo contraté.

ATLAS

en la fila 27

HEDGEHOG

Está cerca

Blyat. Me obligué a apurarme, cada paso me acercaba al monstruo que me había atormentado en mis pesadillas durante años.

Un disparo desgarró el aire y los cuatro nos detuvimos en seco, cubriéndonos tras un contenedor. Alcé la vista. Fila 93. Solo seis filas más para llegar a *Hedgehog*. Moví mi barbilla, señalando a mis hombres que siguieran avanzando, pero solo habíamos dado unos pasos cuando se escuchó una ráfaga de disparos. Esta vez, no me detuve.

Las filas eran un borrón… *96, 97, 98*… Alguien salió corriendo de la fila 99 y se estrelló contra mi pecho. Agarré a la persona con el brazo izquierdo mientras el derecho levantaba el arma para presionarla contra su cabeza, pero me quedé paralizado cuando levantó la vista.

Los cálidos ojos marrones de mi esposa se encontraron con los míos.

—*Sienna.* —El mundo giraba mientras me deshacía, desgarrado vivo y completamente incapaz de detener la hemorragia.

—¿Cómo es que estás aquí?

—¿Qué estás haciendo?

Hablamos al mismo tiempo, nuestras preguntas igualmente desconcertadas flotando en el espacio entre nosotros.

—Dios mío. ¿Eres Atlas? —preguntó Sienna, con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo es esto…? Espera. —Negó con la cabeza, respirando con dificultad mientras miraba por encima de su hombro —. Me disparó desde el otro extremo de la fila y cuando yo le disparé, salió corriendo hacia allá. —Señaló hacia la parte trasera del astillero—. No sé dónde está ahora ni si va a volver, pero hay una salida trasera.

El pánico empapó su voz y me impulsó a actuar.

—¡Protégela! —le grité a Anatoly mientras salía corriendo en la dirección que ella había indicado.

Un sonido detrás de mí me hizo girar, con mi arma levantada, pero era Ilya y… ¿Vovk? Esta noche era un sueño febril. Nada tenía sentido, mas no podía detenerme. Ilya y yo revisamos nuestro entorno mientras trotábamos por el laberinto de contenedores. Vovk dejó escapar un gruñido bajo y corrió delante de nosotros, frenando en seco y olfateando algo en el suelo. Ilya sacó una linterna. El haz de luz caía sobre brillantes puntos rojos de… sangre. Carajo, ¿Sienna le había dado?

—¿A dónde se fue, Vovk? —susurré—. Muéstranos.

El lobo salió disparado y nosotros lo seguimos, una satisfacción enfermiza creciendo en mi interior mientras el rastro de sangre se hacía más pesado hasta llegar a una sección rota de la valla de malla

metálica. Profundas marcas de neumáticos en la tierra empapada reemplazaron la sangre. Se había ido.

—*Blyat!* —Ilya frunció el ceño mirando las marcas de los neumáticos—. ¿Nunca hemos estado tan jodidamente cerca y luego se nos escapa de las manos?

Golpeé la valla con el puño, apenas sintiendo el destello de dolor. Mis fosas nasales se dilataron con la rabia y la confusión, pero mi voz sonaba como hielo cuando hablé.

—Llama a Aleksei. Ponlo al corriente. A ver si puede conseguir grabaciones del coche.

—Sí, *Pakhan.*

Corrimos de vuelta al lugar donde habíamos dejado a los demás. Mi esposa parecía tan pequeña entre Anatoly y Lev. Vestía completamente de negro, el cabello medio caído del moño de la cabeza, y sujetaba una bolsa y una pistola en los brazos.

Aparté la mirada. No era momento para preguntas. Estábamos demasiado expuestos aquí y necesitaba recuperar el control de mis emociones.

—Vámonos.

Resistí el intenso impulso de tocarla mientras retrocedíamos sobre nuestros pasos, pero me mantuve cerca por si tropezaba. Mis hombres nos flanqueaban, con sus armas listas. Eran soldados de confianza y lo habían hecho bien estas últimas semanas, pero no eran tan hábiles como Maxim y Sergey.

—*Sienna y yo no podemos regresar a la casa* —declaré en ruso —. *Él sabrá la dirección*. —Aunque *Souleater* estuviera demasiado herido para contraatacar de inmediato, ¿quién sabía qué ejército tan grande habría reunido?

—Aleksei está buscando entre las cámaras de tránsito —notificó Ilya.

—Anatoly, ve a la casa. Los hombres de Finnegan deberían llegar pronto. Asegúrate de que todos estén preparados para un posible ataque. Ilya y Lev, sigan la dirección que tomó *Souleater.* Si está herido, puede que tenga que parar en algún sitio. Y ponte en contacto con el equipo de Rossi y actualízalos sobre la situación.

De todas las lecciones que Rustik me había inculcado, la que más se había quedado grabada era no confiar nunca en nadie. Lo desafié de adulto, abriendo mi círculo íntimo a Maxim, Polina, Sergey… y algunos otros. Pero en el vuelo de regreso a *Chicago*, me enfrenté a dos opciones: confiar en mi alianza con Rossi y Finnegan y pedirles ayuda, o arriesgar la seguridad de mi esposa, mi hermana y el resto de mi familia. Estaba corriendo contrarreloj y sin los hombres de Rossi y Finnegan, no tendría tiempo ni hombres para defenderme de quien fuera que *Souleater* atacara después.

—¿Todavía deberían ir a la casa de seguridad los hombres de Rossi? —preguntó Ilya.

—Sí. Sienna y yo iremos a otra. Nos pondremos en contacto cuando lleguemos.

La SUV que habíamos conducido desde el aeropuerto esperaba justo fuera de las puertas abiertas del astillero.

—Me estacioné allá —indicó Sienna en voz baja, señalando al otro lado del estacionamiento.

—Llaves —pedí, estirando la mano. Las sacó de su bolso y se las entregué a Anatoly—. Mantente alerta.

Mis hombres se dirigieron a sus autos mientras yo volteaba a ver a Sienna. Sus brazos rodeaban fuertemente su vientre mientras temblaba de frío.

—Súbete —solté con brusquedad. Sus ojos se encendieron de ira, pero los acontecimientos de esta noche parecían haberle sacudido la rebeldía y entró sin discutir. Vovk nos siguió cuando abrí el asiento trasero.

Con un último vistazo a nuestro entorno, rodeé el coche y me senté al volante. El motor arrancó con un retumbido.

—¿Estás herida? —pregunté.

—No. —Le castañeaban los dientes y no estaba seguro si era por la adrenalina o por el aire fresco de la noche, pero apunté las rejillas hacia ella de todos modos, prendiendo a tope la calefacción mientras salía del astillero.

Un silencio tenso se extendió entre nosotros, sin dejar nada que me distrajera del sonido de esos disparos resonando en mi mente. Se hicieron cada vez más fuertes hasta que no podía respirar. Cada

una de esas balas podría haberme arrebatado a Sienna. Mi piel se volvía tanto caliente como fría, y el agarre aplastante alrededor de mi pecho hacía que cada respiración fuera una agonía.

«Está a salvo. Está ilesa. Llegaste a tiempo».

Por mucho que me lo repitiera a mí mismo, mi corazón no dejaba de latir con fuerza. ¿Y si no hubiera salido de París cuando lo hice? ¿Y si nos topábamos con el tráfico saliendo del aeropuerto de *Chicago*? ¿O no hubiera corrido lo suficientemente rápido por los pasillos del astillero? Estuve tan cerca de perderla.

Necesitaba pelear, matar, hacer *algo* para borrar mi impotencia, pero la única oponente disponible era la mujer sentada a mi lado, y ella no merecía mi violencia. Así que apreté los dientes y esperé a que el estallido de emociones en mi pecho se calmara lo suficiente para poder hablarle sin gritar, pero mi ira, miedo y confusión solo crecieron. Nada de este reencuentro era lo que había imaginado cuando ensayé mi discurso de disculpa en el vuelo.

Se me pusieron blancos los nudillos mientras me aferraba al volante para evitar agarrar su mano. Estaba desesperado por su tacto, por la seguridad de que seguía aquí y sin daño. Pero no tenía derecho a buscar consuelo. Ni siquiera merecía respirar el mismo aire que ella.

—¿A dónde vamos? —Sus palabras suaves rompieron el silencio, haciendo que me sobresaltara.

—Un refugio seguro. —Carraspeé—. A unas dos horas de distancia.

Vi de reojo el asentimiento de Sienna. Ambos nos quedamos mirando al frente, mirando por el parabrisas las carreteras sinuosas y completamente negras, nuestras palabras no dichas formando un muro casi tangible entre nosotros.

Eventualmente, la carretera de asfalto se transformó en grava. Aún faltaban unas horas para el amanecer, y la falta de contaminación lumínica en medio de la nada hacía que las estrellas brillantes nos guiaran por el largo camino de entrada hasta la casa de seguridad. Las casas de seguridad de la *Bratva* eran lo único bueno que Rustik había hecho en su vida. Había montado una red de ellas por todo el país y me obligó a memorizar sus ubicaciones

exactas de niño hasta que pudiera encontrarlas todas en el mapa con facilidad. Ese entrenamiento seguía grabado en mí cuando me detuve frente a una casa común y corriente que podría pertenecer a cualquier familia de clase media en el centro de Estados Unidos. Las casas de la *Bratva* nunca fueron descubiertas, nunca fueron violadas. Nadie vivo sabía dónde estaban aparte de Polina y de mí… y ahora Rossi y sus hombres. Esperaba con todas mis fuerzas que mi confianza en ellos no estuviera mal colocada.

Paré el auto.

—Quédate aquí mientras reviso todo.

Mis pies tocaron el suelo antes de que pudiera responder. El enorme jardín de la casa daba a una zona boscosa. Los vecinos más cercanos estaban a kilómetros de distancia. Revisé el perímetro, pistola en mano, pero todo estaba en silencio.

La alarma sonó cuando entré. La silencié antes de revisar cada habitación. Dos dormitorios, uno con baño. Una sala pequeña. Cocina anticuada con una mesa pequeña para desayunar. El aire tenía un olor a humedad y descuido, pero no había señales de robo. Nada inesperado.

Volví al coche y abrí la puerta de Sienna, haciendo un gesto silencioso para que se bajara. Se movió rígidamente y mi pánico se intensificó. ¿Estaba ocultando alguna lesión? Resistí la tentación de cargarla y llevarla adentro, seguro de que mi toque no sería bienvenido. Mas si se tropezaba, lo haría sin pensarlo.

—¿Vovchyk?

—Lo tengo. —Abrí la puerta trasera y vi a Vovk extendido en el asiento trasero. Era demasiado grande para el espacio, un enredo de extremidades y enormes patas mientras dormía profundamente.

—Me advirtió que *Souleater* estaba allí. —Sienna me apartó y rodeó el cuello de Vovk con sus brazos.

Su cola empezó a moverse mientras dormía. Sabía cómo se sentía. Todo era mejor con Sienna.

—Vamos, mi dulce chico. Estarás más cómodo adentro.

Gruñó somnoliento, pero en cuanto sus patas tocaron el suelo, su nariz estaba en alto, olfateando profundamente. Cuando sacudió el

cuerpo con un estiramiento lánguido, confirmó los resultados de mi barrido perimetral. Estábamos solos.

Los guie adentro, fui directamente a la cocina y llené un vaso con agua. Sienna se sentó en el sofá, con sus dedos entrelazados con fuerza, y Vovk se tumbó a sus pies.

Le di el agua.

—Bebe.

Dio un pequeño sorbo. Por primera vez en su vida, su rostro no delataba todo lo que pensaba, y eso, más que nada, hizo que mi tormento interior se desbordara. Paseaba delante del sofá como un animal enjaulado.

—¿En qué estabas pensando? —pregunté entre dientes.

—Pensaba que tenía un trabajo que hacer.

Una neblina roja cubrió mi visión y mi compromiso de no gritar se fue por la ventana.

—Carajo. ¡Carajo! ¿Entiendes el peligro en el que estuviste esta noche? ¡Podría haber pasado cualquier cosa!

Sus ojos brillaron con fuego.

—No te importó cuando pensaste que era *Hedgehog.*

—¡Eso es porque me importa un carajo *Hedgehog*! ¿Cuánto tiempo llevas sabiendo que soy tu cliente? —Mi pecho subía y bajaba y cerré los puños.

Se estremeció, un pequeño movimiento involuntario que cortó mi rabia. Cerré los ojos con fuerza y clavé los talones de mis palmas sobre mis cuencas. ¿Qué estaba haciendo? Quería ser *mejor* por ella. El esposo y padre que mi nueva familia se merecía.

—No hasta que te vi esta noche —murmuró tras unos momentos de silencio—. Aunque estoy segura de que no me creerás porque soy una mente maestra del mal, ¿verdad?

Tragué saliva con dificultad. Por supuesto que esperaría que dudara de ella. ¿Por qué no iba a hacerlo después de cómo la traté en *New York*?

Mi miedo y adrenalina finalmente me alcanzaron, y la fuerza se me drenó de los músculos. Me dejé caer en el sofá, con la cabeza entre las manos. Ojalá tuviera las palabras adecuadas para decir. Ojalá pudiera tomar su mano entre las mías.

—¿Cómo llegaste tan rápido al astillero? —preguntó.

Levanté la cabeza. Sienna miraba fijamente al frente, con los dedos entrelazados en su regazo.

—¿Qué?

—Solo te llevó dos horas llegar al astillero después de que le enviara un mensaje a Atlas con la ubicación de *Souleater*. ¿Cómo llegaste tan rápido?

—Recibí tu mensaje a mitad del vuelo. Ya estábamos volando de regreso a *Chicago.*

—¿Por qué?

El impulso de mentir me quemaba la punta de la lengua. La verdad era demasiado vulnerable para compartirla, pero se la debía. Joder, era lo mínimo de lo que le debía.

—Me necesitabas aquí, así que regresé.

—¿Te necesitaba? —indagó, frunciendo el ceño.

Tragué saliva con fuerza.

—Quizá me hice ilusiones. Quizá no me necesitabas, pero yo te necesitaba. Después de que llamaste… —Carraspeé, tragando el nudo duro de emociones—. Me has consolado después de tantas pesadillas, y yo no estuve ahí para ti.

—Estuviste ahí para mí —dijo suavemente—. Te quedaste al teléfono hasta que me quedé dormida.

Se me apretó el pecho ante su amabilidad que no merecía.

—No he estado ahí para ti como mereces, pero eso va a cambiar.

Jugaba nerviosamente con el dobladillo de su sudadera, y yo reuní toda mi paciencia esperando a que respondiera.

—No lo entiendo. Pensabas que *Souleater* seguía en Europa y aun así volviste… ¿por mí? —Su voz se quebró y ese sonido suave me destrozó. Le agarré la mano antes de darme cuenta de lo que hacía, y no se apartó. Entrelazó nuestros dedos y apretó.

—He sido un imbécil contigo, Sienna. No espero que me perdones, pero a partir de ahora, tú y el bebé son mi prioridad.

Un dolor punzante se retorció bajo mi esternón al ver las ojeras que sombreaban sus ojos. Le aparté un mechón desordenado de la cara.

—Necesito revisarte. Asegurarme de que no estás herida. A veces el *shock* puede enmascarar el dolor.

—No estoy en *shock*. Solo quiero irme a la cama.

—La gente que está en *shock* no cree que esté en *shock.* ¿Tengo tu permiso para revisarte?

—Supongo…

Antes de que cambiara de opinión, la levanté en mis brazos. Ella soltó un chillido de protesta, empujándome el pecho, pero yo solo apreté más mi abrazo mientras la llevaba al dormitorio principal. Vovk me siguió despacio, deslizándose en la habitación antes de que cerrara la puerta. Se tumbó en la alfombra y cerró los ojos.

Dejé suavemente a Sienna en la cama, rodeando su cuerpo con las manos mientras la miraba fijamente.

—¿Has estado lejos todo este tiempo porque buscabas a *Souleater*? —preguntó.

Asentí.

—Quizá debería haberlo deducido, aunque no sabía que eras Atlas. Lo juro.

Mis hombros se encogieron, pero me armé de valor para que no cedieran. Cuando pasó sus dedos por mi cabello, apartándolo con ternura de mi frente, una fractura se rompió en mi corazón endurecido.

—¿Qué pasa por esa cabeza tuya? —Su suave pregunta rompió algo dentro de mí.

Se me cortó la respiración y me desplomé contra ella. Mi cara se apoyó en el hueco de su cuello, mis brazos temblorosos lo bastante fuertes para que estuviéramos de lado, mirándonos el uno al otro. No paraba de pasar sus dedos por mi cabello, masajeándome suavemente el cuero cabelludo cuando yo no había hecho nada para merecer su amabilidad.

Mis labios rozaron la piel suave de su garganta.

—Podrías haber muerto esta noche. —La apreté más fuerte—. Podría haberte perdido. —El aroma de su champú de vainilla se pegaba suavemente a su cabello mientras enterraba mi cara en él—. No puedo perderte.

Se tensó debajo de mí y me aparté lo justo para captar su expresión, pero no quiso sostenerme la mirada.

—Pensé que podría ir al astillero, arreglar el acceso al sistema de vigilancia y salir de allí sin que me vieran. —Su voz estaba ronca y apretó los ojos con fuerza—. No sabía que estaría atrapada. Siento haber puesto en riesgo la seguridad de nuestro bebé.

Las lágrimas que le caían por las mejillas me destrozaban. Acuné su cara entre mis manos y presioné suavemente nuestras frentes juntas.

—Sienna, no soporto la idea de *perderte*. Por supuesto que quiero que nuestro bebé esté a salvo, pero tú eres todo para mí.

Se le cortó la respiración y se le torcieron los labios, la duda evidente en su rostro.

—El hecho de que no lo sepas, que tengas dudas sobre mis sentimientos por ti, es culpa mía —susurré—. No puedo imaginar un mundo sin ti.

Parpadeó rápido, pero sus lágrimas seguían cayendo.

—Durante gran parte de este embarazo, me he sentido como… un recipiente. No como un ser humano vivo, que respira, que tiene sueños y sentimientos.

—Oh, *Malyshka*. —Me dolía el corazón. Me incliné lentamente hacia delante y la besé. La sal permaneció en mis labios—. Lo siento. Lo siento muchísimo, maldición.

Los profundos ojos marrones de Sienna me tragaron por completo. Nunca había experimentado esto con otra alma, perfecta satisfacción en el silencio, nuestra respiración suave como único metrónomo que cuenta los momentos que pasan.

Se movió y su estómago rozó conmigo. Ahí fue cuando lo sentí. Un pequeño empujón. Se me cortó la respiración cuando ella envolvió sus dedos alrededor de mi muñeca y guio mi palma hacia su vientre. Ahí estaba de nuevo, el más mínimo aleteo contra mi mano.

—¿Eso es…? —No pude terminar el resto de la frase.

—Sí —replicó—. Nuestra Lechuga Romana.

De todas las cosas inesperadas que habían pasado esta noche, la más impactante fue la risa que estalló en mi pecho. Los ojos de

Sienna se iluminaron y su dulce sonrisa me llegó directo al corazón.

—No puedo creer que me haya perdido esto —opiné—. Todo este tiempo, no entendía cómo nuestras vidas seguían entrelazándose y pensé que debías estar manipulándome. —Le aparté un rizo de cabello detrás de la oreja—. Me enseñaron a no creer nunca en las coincidencias, pero tú me has hecho creer en el destino.

—¿Eso significa que me crees? ¿Que no sabía que eras Atlas? ¿Que no sabía quién eras en París?

—Te creo —aseguré—. He sido un puto idiota todo este tiempo porque tenía miedo. Me desconciertas de verdad, carajo.

—Quizás eso sea algo bueno —dijo bostezando. Sus ojos parpadeaban mientras luchaba por mantenerlos abiertos, y no pude resistirme a darle un beso en la mejilla.

Acaricié su vientre con mi mano.

—¿Puedo revisarte, cariño? Necesito asegurarme de que estás bien.

—Te prometo que estoy bien. Su bala no me dio.

Un gruñido bajo escapó de mi pecho y la abracé con más fuerza.

Me pasó los dedos por el cabello.

—Pero sí, está bien si quieres revisarme.

Blyat. No merecía su dulzura, su comprensión.

Me bajé de la cama y le fui quitando la ropa poco a poco, asegurándome de mantenerla lo más cubierta posible con las mantas. Tenía razón; no había heridas ocultas esperando arrebatármela. Quería rozar mis labios por su piel, besar cada parte de ella, pero no me lo había ganado. Todavía no. Así que le puse calcetines abrigadores sobre los pies y una camiseta extra del armario, deseando tener algo mejor que ofrecerle.

Cuando conseguí acomodarla bajo las mantas, sus ojos ya se habían cerrado. Me quité la ropa rápidamente y me tumbé a su lado.

—¿*Dimi*? ¿Qué va a pasar ahora?

La abracé con fuerza. Otra cosa que no merecía, no obstante, que disfruté igualmente mientras la abrazaba, hipnotizado por otro suave movimiento contra mi palma.

—Voy a mantenerte a salvo.

—Pero ¿qué pasa con *Souleater*?

Rocé mis labios contra sus párpados.

—Prometo que hablaremos más cuando despiertes. En este momento, no tienes nada de qué preocuparte.

Apoyó su cabeza en mi pecho sin protestar, una señal clara de su profundo agotamiento. Suaves soplos de su aliento rozaban mi piel mientras se quedaba dormida.

Necesitaba contactar a Maxim para que me pusiera al día de qué carajos estaba pasando… y que me explicara cómo se había escapado de casa mi esposa a mitad de la noche sin ser vista. Pero por un momento, me dejé relajar en el colchón con mi preciosa esposa acurrucada a mi lado, nuestro bebé dando volteretas en su estómago.

Algo que mi *mama* solía decir me pasó por la cabeza, el eco de un recuerdo lejano que creía haber olvidado. "Todo el universo está en mis brazos"*.* Me lo susurraba cada noche. En aquellos días, su voz me acompañaba hasta que me quedaba dormido. Eso fue antes de que llegaran las pesadillas, antes de que Rustik y *Souleater* me convirtieran en un monstruo despiadado.

Las palabras se me escaparon en ruso, y Sienna se movió.

—*¿Hmm?* —Sus dedos se curvaron contra mi pecho, sus ojos aún cerrados.

Mi mano recorrió su espalda hasta quedar enterrada en sus gruesos mechones marrones.

—Duerme, *Malyshka.* Te tengo.

59

SIENNA

Me despertÉ con el aroma del café y algo dulce colgando en el aire. Me estiré y pasé mi mano por las sábanas.

Estas no parecían ser mi…

Los recuerdos de la noche anterior volvieron de golpe y me incorporé bruscamente.

Mi corazón latía con fuerza mientras escaneaba el dormitorio desconocido. Las cortinas estaban cerradas, pero entraba suficiente luz para que pudiera ver mi entorno. Paredes *beige*, alfombra *beige*, una cómoda sencilla y un lobo con la nariz pegada a mi estómago.

La casa de seguridad. Estábamos en la casa de seguridad.

Me dejé caer de nuevo en la cama, respirando con calma hasta que mi ritmo cardíaco volvió a la normalidad. La fría nariz de *Vovchyk* me dio un golpecito en la mano, exigiendo caricias, y accedí.

—Buenos días. —Fruncí el ceño—. ¿O son tardes? —Habíamos llegado alrededor de las cinco de la mañana, así que quién sabe qué hora era ahora—. Gracias por cuidar a mi bebita. Y por protegerme en el astillero.

Vovchyk emitió un gruñido feliz cuando le di justo en el punto detrás de la oreja. Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Supongo que debería levantarme y enfrentarme a la realidad. —El dolor agudo en mi corazón casi me dejó sin aliento. Si bien odiaba despertarme sola, en este momento estaba agradecida. Necesitaba ordenar mi enredo de emociones antes de enfrentarme a Dimitri.

—Todo es un desastre, ¿verdad? —susurré a *Vovchyk*—. ¿Me juzgarías si le doy una segunda oportunidad? Porque creo que quizá quiera hacerlo, pero tengo miedo de volver a decepcionarme. Prometí que nunca estaría con un mafioso. Siempre eligen primero a la mafia.

Excepto que… eso no era cierto para Matteo ni para Romeo. Pusieron a Sofiya, Clementine y Julieta primero.

Y el día anterior, Dimitri se fue de París, sacrificó lo que pensó que era su oportunidad de venganza, para regresar conmigo.

Me había elegido a mí.

La herida en mi corazón, que llevaba ahí desde los once años, cuando perdí a mis padres y Matteo cambió sus prioridades de mí a la *Familia*, empezó a cerrarse.

Me incorporé lentamente a una posición sentada. Me quedé allí, envuelta en una manta como una capa, hasta que conseguí fuerzas para levantarme de la cama. Fuera de la ventana, un campo daba al bosque. Era un día nublado, pero unos pocos rayos de sol atravesaban la llovizna y se reflejaban en las coloridas flores silvestres. Una corriente de aire me hizo estremecer. El aire primaveral seguía fresco, así que abrí la cómoda y encontré una sudadera lo bastante grande para que me quedara alrededor de mi enorme barriga antes de seguir el aroma del café fuera del dormitorio.

Me detuve en el umbral de la cocina. Dimitri estaba junto a la estufa, de espaldas a mí. Llevaba un pantalón deportivo bajo en las caderas y nada más, dándome la oportunidad de mirarlo sin que se diera cuenta. Mis ojos recorrieron sus hombros anchos, su espalda musculosa y su trasero. Algo bajo palpitaba en mi centro y apreté mis muslos. El estrés de los últimos meses había secado mi deseo de ser sexual de cualquier manera… O quizá no había sido el estrés en absoluto. Quizá fue solo su ausencia, porque ahí estaba yo, horas

después de que me dispararan y tuviera que huir por mi vida, y ver a mi esposo sin camiseta fue suficiente para que me dieran ganas de atacarlo.

Quiero decir, no es que fuera a hacerlo.

Nop. Definitivamente no.

Dimi miró por encima del hombro cuando entré a la cocina, regalándome una sonrisa pura y sin reservas.

—Buenos días, *Malyshka.*

—*Dobroye utro* —respondí, deteniéndome a unos centímetros de él.

—Hablas ruso tan bien.

—*Spasibo*. Todos han sido geniales ayudándome a practicar.

Enrolló un mechón de cabello alrededor de su dedo.

—Eres aún más hermosa de lo que recordaba. —De repente bajó la mano y carraspeó—. El café está listo y casi termino de preparar los panqueques.

El ambiente entre nosotros estaba rígido por semanas y semanas de palabras no dichas.

—No sabía que cocinabas.

Se encogió de hombros, sin embargo, noté un rubor en sus mejillas mientras me entregaba una taza de café. Me apoyé en los gabinetes y di un sorbo. Era perfecto.

—Así que… —habló, con la mirada fija en la estufa mientras le daba la vuelta a otro panqueque—. Eres una *hacker*.

Lo observé de cerca. ¿En qué estaba pensando?

—Sí.

Carraspeó.

—Eres una de las mejores *hackers* del mundo.

Tarareé, pero una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios.

—Eso dicen.

Negó con la cabeza y se giró hacia mí, dejando ver la risa en sus ojos.

—No puedo creer que te haya contratado *dos veces*, carajo. ¿Cómo has mantenido tu identidad en secreto todo este tiempo? ¿Especialmente cuando trabajas para tu hermano?

—No trabajo para mi hermano. —La suposición hizo que esa vieja herida en mi pecho doliera—. Se niega a involucrarme en los negocios de la mafia, así que acepto trabajos *freelance*. Por eso estaba en París.

Dimi frunció el ceño.

—¿Haces trabajo *freelance* aceptando trabajos en uno de los foros más peligrosos de la *dark web* del mundo? ¿Cómo demonios puede estar bien con eso?

Incliné la cabeza hacia un lado y me quedé mirando, viendo el momento exacto en que entendió todo. Maldijo.

—No lo sabe, ¿verdad?

—*Nop*. Quiero decir, sabe que estudié *hacking*, pero no sabe lo buena que soy. A veces trabajo con su *hacker*, Franco, quien probablemente sabe sobre mí. Aunque no es muy de dramas, así que no lo contará. Leona lo sabe y *Lyosha* también.

—¿Qué? —Se quedó boquiabierto—. ¿Mi *hacker* sabe tu identidad y no me lo dijo?

Me encogí de hombros.

—Tuve que decírselo para que dejara de ponerse nervioso por toda la broma de la cuenta bancaria.

Dimi apoyó los codos en la encimera con un quejido, con la cabeza entre sus manos.

—¿Fuiste tú?

—*Oh*, cierto. —Se me calentaron las mejillas y metí la nariz en la taza—. Fui yo. Pero en realidad es culpa tuya si lo piensas. Les dijiste a todos que fingieran que no hablaban inglés, así que se me ocurrió una forma graciosa de vengarme de ti.

Se frotó la cara con la mano.

—Mi comportamiento ha sido imperdonable, *Malyshka*. No hay discusión en eso. ¿Pero cómo demonios pensaste que eso iba a ser *gracioso*?

La tensión en mi pecho se alivió. No estaba enfadado ni gritando. Su expresión exasperada era similar a la que me puso Polina cuando desayuné pastel.

—Quizás yo tenga mejor sentido del humor que tú. Además, ahora sabes que puedo quitarte todo el dinero cuando quiera. Será

mejor que te mantengas en mi lado bueno.

Gruñó algo entre dientes.

—¿Qué fue eso? —pregunté, haciéndole ojitos. Poder molestar a mi esposo calmó la ansiedad que me arañaba en el pecho.

—Los panqueques están listos. Ve a sentarte —pronunció con el ceño fruncido.

Sonreí al pasar junto a él, asegurándome de rozar mi cuerpo con el suyo camino a la pequeña mesa de la cocina.

Puso un plato de panqueques perfectamente dorados delante de mí. Ladeé la cabeza al ver que su plato contenía una mezcla de panqueques quemados o crudos y con formas irregulares.

—Nunca había hecho panqueques antes —murmuró cuando me descubrió mirando—. Come.

Una calidez me invadió al darme cuenta de que me había dado los mejores del montón y se había quedado con los de práctica para él.

Añadí mucha mantequilla y jarabe de maple antes de empezar a comer.

—Están muy buenos.

Gruñó, pero no pudo ocultar del todo su sonrisa.

Desayunamos en silencio y tomamos café, pero el silencio no se sentía tan forzado.

—¿Qué trabajo hacías en París? —preguntó.

—*Oh*. Estaba ayudando a un grupo de personas, eh, a *conseguir* un collar.

Se quedó paralizado, con el tenedor a medio camino de su boca.

—Estas bromeando, joder. ¿Robaste el collar de Claude?

—Espera, ¿conoces a *Claude*?

—¿El hombre más aburrido del mundo? Sí, porque fui yo quien *le vendió el collar.*

—Espera… —Mi mente giraba mientras las piezas del rompecabezas encajaban en su sitio. Me reí—. Oh, Dios mío. Así que *no fue* casualidad que los dos estuviéramos en París.

Dimi se recostó en su silla.

—No es gracioso —protestó, pero no pudo ocultar su sonrisa—. Eres la razón por la que debí tener una reunión en persona con

Claude la mañana después de que robaran el collar. —Su bufido exasperado solo me hizo reír más.

Le di un codazo en el costado.

—Vamos. Esto es bastante gracioso, carajo. Pero, *um*, supongo que, ¿perdón por robar el collar?

Una risa profunda vibró en su pecho, transformando por completo su rostro. Lo miré con asombro, levantando la mano para trazar su hoyuelo.

—Nunca he oído una disculpa tan fingida en mi vida. Pero Claude probablemente se lo merecía.

—Totalmente. —Le acaricié la mejilla con el pulgar. Estaba rasposa y con barba incipiente—. Se suponía que iba a volar de vuelta a *New York* justo después del trabajo, pero puede que haya mentido diciendo que aún no estaba hecho para poder quedarme en París unos días más. —Me mordí el labio—. Quería vivir una aventura.

Sus dedos recorrieron tímidamente mi brazo, como si no estuviera seguro de poder tocarme.

—¿Desearías que no lo hubiera hecho? —susurré.

—No hubieras hecho ¿qué?

—Quedarme en París.

Sus ojos se suavizaron al darse cuenta de lo que realmente le estaba preguntando. Su pulgar acarició mi labio.

—¿Cómo podría arrepentirme del mejor fin de semana de mi vida? ¿El que me dio los mayores regalos del mundo? *Nunca.*

Por un momento pensé que se inclinaría hacia delante y me besaría. Él se levantó y recogió mi plato.

—¿Has recibido alguna actualización sobre la ubicación de *Souleater*? —pregunté.

Negó con la cabeza, con la mandíbula tensa.

—Aleksei lo está buscando.

—¿Y qué pasará ahora? ¿Nos quedaremos aquí? ¿Qué pasa con todos los demás en casa? ¿Están a salvo?

Enjuagó nuestros platos.

—Nos quedaremos aquí por ahora, y todos en casa están en alerta máxima. —Dudó, con la mirada fija en la pared mientras

hablaba—. Anoche, cuando me acercaba a *Chicago*, contacté a Rossi y Finnegan para pedir refuerzos.

Se me alzaron las cejas. *Dimi* podría haber estado en una alianza con mi hermano y Ronan, pero también era una persona profundamente desconfiada. Nunca habría esperado esto de él… Y, aun así, había dejado todo eso a un lado para asegurarse de que todos los que quería estuvieran a salvo.

Me levanté de la incómoda silla de la cocina y me uní a él en el fregadero.

—Me sorprende. Los trabajos en equipo no parecen ser lo tuyo.

—Aparentemente lo son cuando importa. Cuando tengo gente a la que proteger. —Se secó las manos y cerró la distancia entre nosotros.

—¿Cómo encaja *Souleater* en todo esto? ¿Por qué me contrataste? ¿Por qué está en *Chicago*?

Exhaló lentamente.

—¿Comiste suficiente?

Asentí.

—Vamos a la sala para que estés más cómoda mientras hablamos.

Me llevó al sofá. Nos sentamos uno al lado del otro y él metió mi mano en la suya.

—¿Está bien esto? —inquirió.

—Sí. —Había estado hambrienta de contacto durante tanto tiempo que quería más, pero me contuve. Estábamos reaprendiendo a estar juntos, a confiar… O quizá lo estábamos aprendiendo por primera vez.

—Todo empezó cuando Rustik conoció a *Mama.*

Sabía por Sofiya que su madre, Alena, era la segunda esposa de Rustik. Se volvió a casar tras la muerte de la madre de *Dimi*.

—*Mama* fue… fue la mejor persona que conocí y demasiado buena para este mundo. —Un largo y tembloroso suspiro retumbó en su pecho—. Mi abuelo, Artem Ivanov, fue *Pakhan* de la *Bratva* de Moscú hace muchos años. *Mama* fue una criada en su casa, y llamó la atención de Rustik. Mi padre se obsesionó con ella y pronto quedó embarazada. Apenas tenía dieciocho años.

Entrelacé nuestros dedos, intentando enviarle mi fuerza.

—Cuando Artem se enteró, la echó de la casa. Pero la obsesión de mi padre era demasiado profunda como para dejarla ir. Dos días después, Artem murió, Rustik se convirtió en *Pakhan* y *Mama* regresó, esta vez a su dormitorio.

—¿Rustik mató a su padre?

—Siempre lo negó, dijo que el *Pakhan* murió de un infarto. Nadie le creyó.

Le di la vuelta a nuestras manos entrelazadas para poder recorrer con mis dedos libres las venas del dorso de su mano.

—Por todo lo que he escuchado sobre Rustik, cuesta creer que amara a alguien lo suficiente como para matar por esa persona.

Dimitri se tensó, con expresión inexpresiva.

—La obsesión no es amor —siseó—. Puede que al principio lo parezca, especialmente para alguien como *Mama*. Creció sin nada y pensó que por fin había encontrado la familia y la vida que tanto anhelaba. Pero para Rustik, ella era un objeto, no una persona. Algo que él poseería, controlaría y… —Su voz se quebró y se quedó en silencio.

—No tienes que seguir —musité.

Agachó la cabeza y enterró su cara en mi cabello.

—Ya no me mantendré alejado de ti. No he dejado entrar a nadie desde que era niño. Sofiya y Mila conocen partes de mi historia, pero tuve que ocultar mucho, incluso a ellas. No quiero esconderme de ti.

—Quiero verte —susurré de vuelta. Sus ojos color azul hielo estaban llenos de calidez mientras le acariciaba la cara, mi pulgar trazando una línea lenta sobre sus labios.

Como imanes, nuestros cuerpos se acercaron, nuestros labios casi rozándose. Mantuve mi mano en su mandíbula mientras él seguía con su historia.

—Mi padre abusó de *Mama* durante toda su relación. Me lo ocultó durante años. —Cerró los ojos con fuerza y me rodeó con los brazos, mi barriga redonda presionando contra las duras superficies de su estómago—. No pudo protegerme para siempre. Cuando empecé el colegio, poco a poco me di cuenta de lo diferente que era mi vida a la de los demás niños. Con el paso de los años, la violencia

de Rustik fue en aumento y ya no podía ocultar los moretones. No sabía qué hacer.

Sus ojos tenían la misma mirada distante que tenía cuando se despertaba de pesadillas, la mirada que me decía que en realidad no estaba aquí conmigo.

Apoyé mi frente en la suya y enredé mis dedos en su cabello.

—Está bien. Ya no estás ahí. Estás aquí conmigo.

—A veces siento que nunca saldré de esa habitación.

—¿Qué habitación?

Tragó saliva con dificultad.

—Cuando tenía diez años, me llevó a la oficina y me dijo que, si alguna vez quería ser *Pakhan,* tenía que endurecerme. Tenía un plan para convertirme en un *hombre de verdad*. No me dijo a dónde íbamos ni qué haríamos, pero había algo en él aún más retorcido de lo habitual esa noche, una enfermedad que podía ver en sus ojos. Me asustó muchísimo.

No quería escuchar más. No estaba segura de poder soportarlo. Aunque no sabía exactamente qué había pasado, sabía que esta parte de la historia de mi esposo no tenía un final feliz. Luché contra la parte de mí que quería decirle que parara. Estaba acostumbrada a huir de cosas dolorosas, pero *Dimi* estaba siendo valiente, así que yo también lo sería.

—¿A dónde te llevó? —pregunté.

—Un almacén.

60

DIMITRI

Mi entorno desapareció mientras me transportaban de vuelta al almacén. Se alzaba ante mí, la imagen tan visceral que casi podía sentir el viento amargo en mi piel y oír el crujido de la nieve bajo mis pies. *«¿Seré realmente libre alguna vez, o los fantasmas del pasado me arrastrarán para siempre de vuelta al infierno?»*

Sienna apretó mi mano y yo inhalé como si estuviera saliendo a la superficie tras ahogarme. Su tacto me arrastró de vuelta a mi cuerpo. Volviendo al presente.

—Nevaba tan fuerte que apenas podíamos seguir en la carretera, pero finalmente llegamos a un almacén en ruinas. —Vi a mi yo más joven tambaleándose por la nieve como si estuviera viendo una película de terror. Los guardias lo rodeaban por si decidía escapar. No es que sus piernas de diez años lo hubieran llevado lejos—. No sabía por qué Rustik me llevó allí, pero incluso entonces sabía que sería mejor morir congelado afuera en la nieve que seguirlo adentro. Mas no tuve elección. —Las lágrimas sin derramar ardían dentro de mí, pero nunca saldrían. Hacía tiempo que me habían quitado la capacidad de llorar.

Sienna se acurrucó a mi lado, abrazando mi brazo contra su pecho. Dándome la fuerza silenciosa para continuar.

—En el centro de la sala principal estaba mi *mama*, atada y amordazada. Ni siquiera tenía un abrigo. —Mierda. No quería decir la siguiente parte, no solo porque me obligaba a recordar, sino porque quería proteger a Sienna de todo eso. De la crueldad del mundo—. Resulta que *Mama* estaba haciendo planes para que los dos escapáramos. Quería salvarme de Rustik, pero él se enteró.

Sienna inhaló bruscamente y apretó con más fuerza mi brazo.

—Dijo que el castigo por traición era la muerte, y como yo era la razón por la que ella lo había traicionado, yo debía ser quien ejecutara la sentencia.

Todo mi cuerpo estaba entumecido.

—Me puso una pistola en la mano y me dijo que disparara. No pude hacerlo, pero debí haberlo hecho.

—¿Qué quieres decir? —susurró Sienna.

Miré la pared con ojos vacíos, dejando que mi mente me llevara a ese lugar frío donde nada importaba.

—Cuando me negué, me quitó el arma y sus guardias me ataron. Me obligó a mirar mientras usaba su cuchillo en su piel. Le llevó horas matarla. Después, me cortó el costado como castigo por ser débil.

No sentí nada. No era nada.

—Ese día aprendí que el amor no es suficiente. No protege. Solo trae sufrimiento.

—*Dimi*.

Unos dedos acariciaron mi cabello.

Unos labios rozaron mi mejilla.

Se movió y un destello de miedo me invadió al pensar que se estaba alejando. Necesitaba que ella me tocara. Era lo único que evitaba que me derrumbara.

No obstante, solo murmuró palabras dulces y se sentó a horcajadas sobre mi regazo. No ofrecía clichés ni rehuía de mi dolor. Simplemente se sentó conmigo, masajeándome el cuero cabelludo y el cuello con un toque firme pero suave. Cerré los ojos mientras Sienna me arrullaba en un trance donde solo existía ella.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando finalmente habló.

—La vida probablemente sería menos dolorosa si no amáramos —dijo, con los labios rozando mi mejilla—. Pero puede que no valga la pena vivir ese tipo de vida en absoluto. Tal vez valga la pena arriesgarse por amor.

Se me cortó la respiración.

—Quiero que eso sea verdad.

—Entonces deja que lo sea.

Quería acercarla más, pero su barriguita de embarazada obstinadamente nos mantenía separados. Fruncí el ceño. Inaceptable. Quería abrazarla a ella y a nuestro bebé al mismo tiempo. La acomodé para que se sentara de lado en mi regazo, dejando escapar un gruñido de aprobación cuando finalmente apoyó su cabeza en mi pecho.

—¿Así está mejor? —preguntó, con un tono divertido en su voz.

—Sí.

Tarareó, sus dedos bailando sobre mi piel brutalizada.

—¿Rustik te envió a Rusia después de eso?

Negué con la cabeza.

—No hasta que cumplí dieciséis. Me envió para que me entrenaran como su soldado. Empezó a enviarme a trabajos a los dieciocho años. Al principio eran pequeños, pero para cuando cumplí veinticuatro años, me había convertido en una parte indispensable de su ejército, y me nombró su ejecutor en Europa. Desde afuera, parecía que el *Pakhan* le daba un ascenso a su hijo, sin embargo, era su forma de mantenerme lo más alejado posible de él. Me despreciaba. Me culpó de la muerte de *Mama.*

Se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Te culpó a ti?

—Yo fui la razón por la que quiso huir. Sin mí, ella se habría quedado y él no se habría visto obligado a matarla.

La mandíbula de Sienna cayó.

—¿Te dijo eso a ti? —Cuando asentí, sus ojos ardían con fuego—. Es una lástima que ya esté muerto. Me gustaría matarlo otra vez.

—Qué gatita tan feroz. —Le besé la mejilla y la punta de la nariz —. Aunque tampoco soy inocente en todo esto. Puede que me despreciara, pero no era nada comparado con lo mucho que yo me

despreciaba por ayudarlo. Entrené soldados para su ejército y viajé por el mundo para el comercio en el mercado negro y así poner dinero en sus bolsillos.

—No tenías elección.

—Siempre tienes elección, *Malyshka*. Pero no estaba dispuesto a dejar que mis hermanas pagaran el precio de mi desobediencia.

—¿Y *Souleater*? ¿Cómo encaja él en todo esto?

Las náuseas me revolvían el estómago y mi piel se ponía caliente y fría con solo mencionar su nombre. ¿Cuánto debería contarle? ¿Cuánto tenía el valor de compartir?

—Él y Rustik tenían una alianza secreta, pero cuando *Souleater* se volvió demasiado sediento de poder, me enviaron a matarlo. Ese fue un trabajo que acepté con gusto. Lo cacé por Albania y Serbia, pero cuando lo encontré, ya estaba muerto.

Se me tensó la mandíbula al recordar cómo abrí la puerta de la pequeña casa de campo y lo encontré desplomado en el suelo. Ese cabrón ni siquiera pudo darme la satisfacción de matarlo.

—Lo enterré —solté con dureza—. Con mis propias putas manos. ¿Cómo es posible que siga vivo?

—¿Podría tener un gemelo? —preguntó Sienna.

—Me he estado preguntando lo mismo desde que empezaron los rumores de que había reaparecido. Un gemelo o un imitador. —Mis dedos jugaban con su cabello. Estuve tan cerca de enfrentarme a él anoche. Tan cerca de descubrir la verdad antes de que se me escapara de las manos—. Él es la razón por la que me fui de París. Estabas dormida y yo te tenía en mis brazos, preguntándome cómo carajos tuve tanta suerte, cuando recibí un mensaje de Maxim con los primeros rumores de que *Souleater* estaba vivo. Si pudiera retroceder el tiempo, te llevaría conmigo esa noche.

—Eso se llama secuestro.

—Sí —respondí simplemente—. Y habría valido la pena.

Sacudió su cabeza mas no pudo ocultar la sonrisa.

—Siento haberte ocultado todo esto —pronuncié. La disculpa me resultaba desconocida en la boca, pero se sentía bien. Como reescribir patrones antiguos.

Echó la cabeza hacia atrás.

—Gracias. Matteo siempre ha intentado protegerme, pero eso solo me hacía sentir más sola. Decidí que nunca quería casarme con un mafioso. Quería a alguien que me viera como su igual. Alguien que no elevara a la Mafia por encima de su esposa.

Sonreí.

—Menos mal que te casaste con un hombre de la *Bratva* en su lugar.

Ella resopló.

—Sí, ese no era exactamente el plan, "señor Declan Empresario".

—No puedo creer la suerte que tuve de conocer a Emma. Y tengo aún más suerte de estar casado contigo.

—Eso fue embarazosamente cursi.

Me encogí de hombros.

—Es cierto.

Se apoyó contra mi pecho y jugueteó con el puño de su sudadera.

—Firmé los papeles de la custodia.

Se me secó la garganta.

—Bien.

Enviarle esos papeles fue la única forma que se me ocurrió de disculparme de verdad por lo que dije y las amenazas que hice.

—¿No me vas a quitar a mi bebé? —Sus ojos marrones brillaban con lágrimas.

Sentí como si mi pecho fuera a venirse abajo.

—No. Nunca debí haber dicho eso. No lo dije en serio, ni por un segundo. La única forma en la que he sobrevivido todos estos años ha sido manteniendo el control sobre todos los que me rodean. Sin embargo, no quiero controlarte. Solo quiero el honor de estar a tu lado. —Las palabras raspaban mi garganta y las alarmas sonaban en mi mente. *«Demasiado vulnerable. Demasiado honesto. Retirada. Retirada».* ¿Pero realmente tenía el control si tenía demasiado miedo para ser honesto con mi esposa?—. Nunca separaría a nuestro bebé de su *mama. Nunca*. El papeleo te da la custodia principal, pero espero… —Carraspeé, obligándome a mirarla a los ojos—. Quiero formar parte de la vida de nuestro hijo. Si me lo permites.

—Eso es lo que quiero —susurró con la voz entrecortada—. Quiero que nuestra bebé crezca sabiendo lo mucho que la aman sus padres. Nunca quiero que cuestione que es nuestra prioridad.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y no pude evitar sujetarle la mandíbula.

—¿Dijiste *ella*?

Sienna se quedó paralizada, con la palma suspendida sobre mi piel. Fruncí el ceño y volví a presionar su mano contra mi pecho. Debería tocarme todo lo posible en todo momento.

—*Um*, es solo una forma de hablar.

Resoplé, acercándome para que nuestras narices se rozaran.

—*Ah*, ¿sí?

Ella asintió, pero sus ojos recorrieron la sala, nerviosos.

Apoyé mi sonrisa en el hueco de su cuello.

—¿Cómo carajos me ocultaste tu identidad secreta de *hacker*? Eres una pésima mentirosa.

—Probablemente porque no me estabas prestando atención. —Ella sollozó con arrogancia, pero el dolor en su rostro era evidente.

—Un error que no repetiré —murmuré—. Puedes estar segura de que te estaré vigilando *muy* de cerca a partir de ahora. —Besé una línea desde su cuello hasta la clavícula, bajando por su cuerpo hasta que le di un beso en el estómago—. ¿Vamos a tener una hija?

Esperé su respuesta, mas ella solo se mordió el labio, con la mirada fija en el techo.

Mi corazón latía con fuerza, cada latido bombeando pánico por mi torrente sanguíneo.

—¿Qué pasa?

—¿Te molestaría saber que es una niña?

Fruncí el ceño. Sienna se tensó, como preparándose para malas noticias. Mi mano se deslizó bajo su camiseta, subiendo por la piel suave de su vientre.

—¿Por qué iba a estar molesto?

Sus ojos finalmente se cruzaron con los míos.

—¿No preferirías un hijo como heredero?

Se me sonrojaron las mejillas de vergüenza por cómo había hablado de nuestro bebé antes. Como un objeto que poseía. Como

un medio para un fin.

Y cómo había hecho que Sienna sintiera lo mismo.

—No, *Malyshka*. —La emoción me ahogó y carraspeé. Mis instintos me gritaban que reaccionara en vez de abrirme. Los aparté y le dije la verdad—: Me encantaría tener una hija.

Su aliento tembloroso rozó mi cuello.

—Vamos a tener una niña.

—No puedo esperar a conocerla.

Colgué la llamada con Aleksei. Maxim lo había puesto al tanto de todo lo que había pasado, y el *hacker* se había lanzado directamente a rastrear a *Souleater*. Pero una vez más, el monstruo había desaparecido como humo. ¿Estaba escondido, atendiéndose la posible herida de bala que Sienna le había causado? ¿O estaba reuniendo a su ejército, preparándose para atacar? Todos los hombres de la *Bratva* habían sido notificados de la amenaza potencial, junto con todos nuestros aliados en *Chicago*. Los hombres de Rossi y Finnegan estaban apostados en la casa y en la casa de seguridad de Mila y Nikolai, y yo estaba comprando víveres.

Hacer algo tan jodidamente mundano se sentía mal… Pero no había nada más que hacer en este momento, y mi esposa necesitaba comer más que los básicos de la despensa.

Empujé el carrito por el pasillo del supermercado, frunciendo el ceño mientras intentaba encontrar la marca y variedad correctas de helado. Sienna se había burlado antes de salir de la casa de seguridad: *¿Alguna vez has comprado víveres?* No iba a admitir que no, de hecho, no lo había hecho. Pero en serio, ¿qué tan difícil podía ser?

La broma fue para mí porque esta tienda era como el puto laberinto del Minotauro. No podía encontrar nada sin recorrer cada pasillo al menos tres veces. El carrito mal construido que había conseguido sonaba ruidosamente a cada paso, asegurándose de que

toda la tienda fuera alertada de mi incompetencia para cuando llegara a la caja.

Nada de eso importó cuando Sienna agarró el helado de la bolsa en cuanto volví, saltando feliz mientras empezaba a comerlo directamente del cartón.

—Gracias —expresó dulcemente—. ¿Qué tal tu primera salida de compras?

Gruñí, sin intención de dignificar su pregunta con una respuesta. Entrecerré los ojos.

—Espera, ¿alguna vez has ido a comprar víveres?

—Sí, claro. He ido *decenas* de veces —dijo con una sonrisa pícara.

Resoplé.

—Mi error.

Me ofreció una cucharada de helado delante de la cara. El movimiento fue tan inesperado que tardé un minuto en darme cuenta de que *me* lo estaba ofreciendo. Envolví lentamente mis dedos alrededor de su muñeca, manteniendo el contacto visual completo mientras abría la boca y comía el helado de la cuchara. Apenas lo saboreé. ¿Cómo iba a hacerlo si no se comparaba con la dulzura de tener los ojos brillantes de mi esposa sobre mí? Sus mejillas se sonrojaron y no deseaba nada más que besarla, saborearla, hacerla gritar de placer… pero no merecía nada de eso. Solté su muñeca y seguí guardando lo que compré.

—¿Todo bien aquí? —pregunté. Cada minuto lejos de su cuerpo me hacía querer arrancarme la piel, pero era más seguro para ella quedarse aquí. Era demasiado difícil de olvidar con su adorable barriga de embarazada.

—Estuvo bien, salvo que después de configurar el servidor codificado, volví a encender mi teléfono. Recibí como un millón de llamadas y mensajes de pánico.

—¿Hablaste con tu hermano? —Empecé a abrir los muchos paquetes de carne cruda que había comprado para Vovk por insistencia de Sienna. Ella actuaba como si el lobo estuviera en su lecho de muerte tras veinte horas sin comer, incluso después de que le dijera que fácilmente podría pasar una semana sin hacerlo.

—Sí, y con Sofiya. No les impresionaron mucho mis *decisiones imprudentes*.

Tal vez estaba de acuerdo con su hermano, pero no me gustaba la tristeza en su voz.

—¿Estás bien?

Se encogió de hombros.

—Sí. Todo salió bien, así que supongo que eso es lo importante. En fin, después de colgar con ellos, llamé a Maxim y acabé hablando con él, *Lyosha*, Polina, *Sveta* y Vasya.

Arqueé una ceja. ¿De qué necesitaba hablar con mi jardinero?

—¿Vasya?

—Quería saber si hablaba en serio sobre construir un hábitat para nutrias en el jardín. —Un sonido ahogado salió de mi pecho y ella se rio—. Es broma.

—Ajá —tarareé escéptico.

Sienna y yo bailamos alrededor el uno del otro durante el resto de la velada, inseguros y tropezándonos. Le di de comer a Vovk, preparé la cena y obligué a Sienna a comer algo que no fuera helado. Intercambiamos muchas sonrisas tímidas y caricias casuales, pero no fue más allá. Esto entre nosotros era frágil, y yo tenía miedo de romperlo.

«Todo lo que haces es traer muerte y destrucción. Ella seguiría aquí si no fuera por ti».

Contarle sobre mi pasado me obligó una vez más a enfrentarme a todas las cosas horribles que había hecho. La sangre que nunca saldría de mis manos.

Después de cenar, puso un programa de renovaciones de casas y se acurrucó a mi lado en el sofá. Ella seguía comentando las elecciones de diseños, no obstante, yo solo podía concentrarme en la sensación perfecta de su cuerpo contra el mío y en las patadas constantes de mi hija contra mi mano.

Sienna bostezó por cuarta vez seguida y mi corazón se hundió.

—Hora de dormir —indiqué.

Soltó un gemido adorable, pero me dejó darle un empujoncito para que se levantara del sofá. Fuimos al dormitorio. Se quedó

frente a la puerta, jugueteando con las mangas de la sudadera que me había robado.

—Buenas noches, *Malyshka.*

—¿No quieres entrar? —Había un matiz de dolor en su voz que me hizo abrazarla contra mi pecho.

—Por supuesto que sí. Pero… Rompí tu confianza. Necesito ganarme mi lugar a tu lado.

Me miró con una expresión indescifrable.

—Quiero perdonarte, pero tengo miedo.

Su desgarradora confesión me llegó directo al pecho.

—Lo sé, nena. —Me incliné y le di un beso suave en la frente—. Dulces sueños.

Vovk la siguió dentro del dormitorio. Con un último murmullo de "buenas noches" cerró la puerta detrás de ella.

61

SIENNA

Mis párpados me pesaban muchísimo mientras entrecerraba los ojos en la habitación oscura, intentando averiguar qué me había despertado. Por una vez, la bebé no me estaba pateando las costillas ni usando mi vejiga como un trampolín, así que no sabía por qué mi cuerpo me había sacado del sueño tan bruscamente. Me di la vuelta con un bufido irritado y cerré los ojos, concentrándome en hundirme en el colchón con respiraciones lentas y profundas. Estaba al borde del sueño cuando lo escuché, el sonido del agua corriendo, viniendo del baño del pasillo.

Quizá *Dimi* se estaba duchando… Excepto que sonaba demasiado bajo para la ducha. Esperé a que se cerrara el agua, pero a medida que pasaban los minutos y el lavabo seguía corriendo, el pecho se me oprimía.

Esta vez abrí los ojos de verdad y me incorporé en la cama. Agarré la sudadera que le había robado a *Dimi* y me la puse por encima de la camiseta de tirantes antes de salir del dormitorio y bajar por el pasillo hasta el baño. Toqué suavemente la puerta.

—¿*Dimi*? ¿Estás bien?

No hubo respuesta. Me pasé la mano por la cara con un gemido silencioso. *«Por favor, no estés en el inodoro. Por favor».* Giré el picaporte y empujé la puerta.

Buenas noticias, *Dimi* no estaba sentado en el inodoro. Malas noticias, estaba encorvado sobre el lavabo, frotándose las manos rojas y en carne viva con una esponja de cocina y agua tan caliente que le salía vapor. Su pecho desnudo se agitaba con respiraciones rápidas y superficiales.

—¿*Dimi*? —Lo intenté de nuevo. Esta vez, se sobresaltó. Unos ojos abiertos y vacíos se encontraron con los míos—. Oye, está bien —murmuré—. Solo soy yo. Sienna.

No hubo ni un atisbo de reconocimiento, nada que indicara que supiera quién era yo o dónde estaba.

Me mordí el labio. La situación me superaba por completo. Incliné mi barbilla hacia sus manos.

—Se ven irritadas.

Seguían bajo el agua demasiado caliente, pero ya no las frotaba. Probé suerte dando un pequeño paso adelante. Su cuerpo se puso tenso, pero no se apartó.

—Esa agua va a despertar mi vejiga —suspiré. La necesidad de orinar estaba a punto de apoderarse de mí—. Por desgracia, ahora no podré volver a la cama sin orinar. —Di otro pequeño paso adelante—. En serio deberías instalar pisos con calefacción aquí —Otro paso—. Digo, nuestros baños en casa los necesitan primero, pero luego podrías añadirlos a todas tus casas de seguridad. —Moví lentamente la mano hacia el grifo y lo cerré.

El agua se detuvo y mis oídos zumbaban en el silencio. *Dimi* flexionó las manos, aparentemente confundido de por qué ya no estaban hirviendo.

Abrí el agua fría. En cuanto le tocó la piel, Dimitri sacudió la cabeza.

—No, tengo que limpiarla.

Cerré el último espacio entre nosotros y pasé la mano por su espalda. Inclinó su cabeza hacia adelante con un escalofrío.

—Limpiar ¿qué? —susurré.

—La sangre. —Su voz estaba ronca y rota—. Pero no puedo. No puedo estar limpio otra vez.

Se me hizo un nudo en la garganta. Pasé mi mano por su brazo hasta llegar a su mano. Entrelacé nuestros dedos y metí las manos

bajo el agua. El chorro helado fue un *shock* para mi piel, pero *Dimi* ni siquiera se inmutó.

—Mira nuestras manos. Están limpias. No hay sangre.

—No deberías tocarme.

—¿Por qué no?

Sus hombros temblaban con un sollozo silencioso.

—Porque acabé siendo igual que él.

—¿Igual a quién?

—Mi padre.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Te hice daño. Te amenacé con quitarte a tu hijo, igual que él hizo con ella. Para controlarla.

Respiraba despacio por la nariz para no llorar. Se me rompió el corazón por el hombre que tenía enfrente. El hombre imperfecto y destrozado que nunca llegó a ser un niño… que había aprendido que sobrevivir requería control y manipulación.

Le acaricié el cabello.

—¿Lo habrías hecho? ¿Arrancarme a mi hija de las manos?

Sus ojos finalmente se clavaron en los míos.

—Nunca. Yo nunca haría eso, maldición.

—Lo sé —murmuré contra el dolor en mi pecho. No supe que las palabras eran ciertas hasta que las pronuncié en voz alta—. Sé que no lo harás.

Mi mano recorrió un camino desde su cabello, bajando por su cuello y cruzando su espalda, trazando las cicatrices irregulares.

Las cicatrices…

Mi ritmo cardíaco se aceleró antes de que mi mente hiciera la conexión. Dios mío. Las náuseas me invadieron mientras mis pensamientos lentos encajaban lo que debería haber comprendido de inmediato. Ahora era tan obvio que la única excusa que podía dar era que mi cerebro no quería encajar las piezas del rompecabezas. Intentaba protegerme porque la verdad era peor de lo que podría haber imaginado.

El padre de *Dimi* lo había enviado a Rusia para vivir en el complejo. Lo habían mantenido allí durante años, rara vez le

permitían visitar su hogar porque fue *entrenado* para ser soldado.

—¿*Dimi*? ¿Cómo te hiciste esas cicatrices?

Sus músculos se tensaron bajo mis dedos.

—Hago trabajos peligrosos, Sienna.

Hablaba sin emociones y podía sentir que volvía a construir sus muros, pero mi certeza solo crecía. *Souleater* había torturado a chicos en una zona remota de Rusia. Documentando meticulosamente los resultados de su *entrenamiento* enfermizo como si estuviera jugando el papel de un puto científico de verdad.

24.5.07: Pérdida de 523 mL de sangre. El sujeto corrió durante 16 minutos antes de desmayarse.

2.6.07: El peso máximo de peso muerto se reduce en un 7% tras una pérdida de sangre de 400 mL. Reducción del 34% tras una pérdida de sangre de 500 mL. Infusión de hierro administrada. Volveré a hacer el examen en 3 días.

13.7.07: Se administraron dos cortes para evaluar la eficacia de la cauterización con pólvora contra la cauterización con aceite.

Ninguno de los nombres en los diarios coincidía con el de Dimitri, pero las lágrimas corrían por mis mejillas de todos modos, por esos chicos, y por los registros de cicatrices que reflejaban las de mi esposo. Cuando sollocé, *Dimi* volteó hacia mí con expresión de horror.

—No, *Malyshka*. No puedes llorar. —Sus ojos perdieron esa expresión vacía y me abrazó con fuerza—. Dime qué te pasa y lo arreglaré.

Le devolví el abrazo.

—La otra noche no te llamé porque tuve una pesadilla. Te llamé porque estaba muy alterada después de descubrir los viejos diarios de *Souleater.* Registros del entrenamiento al que sometió a los niños soldados. —Tenía la intención de enviárselos a Atlas al día siguiente, pero en todo el caos, se me olvidó.

Todo su cuerpo se tensó, y cuando volvió a hablar, su voz estaba áspera.

—¿Llevaba diarios?

—Sí. —Se me apretó el pecho. No quería que esto fuera sobre mí, pero la tristeza era un huracán que no podía evitar—. ¿Eso es lo

que te pasó? *¿Souleater?*

—*Shh* —murmuró, secándome las lágrimas—. Está bien, *Malyshka.* Eso es cosa del pasado.

Negué con la cabeza.

—No es cosa del pasado para ti. —Me aparté lo suficiente para poner mis manos a cada lado de su cara—. No te merecías nada de eso. Lo acabaremos, te lo prometo.

Asintió con la cabeza.

—Volvamos a dormir —dije—. Excepto que no bromeaba sobre hacer pipí.

Lo empujé fuera del baño y medio me desplomé en el sanitario, luchando por asimilar todo esto. ¿Cómo podía entender algo tan cruel? Pasé mis manos por mi barriga. No podía esperar a conocer a mi hija, pero la idea de que llegara a este mundo, separada de mi cuerpo, me aterraba. ¿Cómo podía protegerla de todo y de todos?

Dimi me esperó fuera de la puerta del baño. Le agarré la mano y lo arrastré a mi dormitorio. Esta vez, no me detuve en la puerta.

Nos acostamos juntos y, de pronto, el mundo se sintió un poco más ligero. Dormir separados era un castigo para ambos, y últimamente habíamos sufrido demasiado dolor como para añadir más.

Nos pusimos frente a frente, mis ojos enrojecidos encontrándose con los suyos azules. Me acarició el rostro, con su pulgar calloso recorriendo mi mejilla.

—¿Puedo abrazarte? —susurró.

Parpadeé para apartar las lágrimas frescas ante la ternura de su pregunta.

—Sí. Me encantaría.

Me ayudó a girarme para que me quedara a espaldas de él antes de deslizar su bíceps bajo mi cabeza. Su otro brazo rodeó mi estómago, y su muslo presionó entre mis piernas, aliviando la presión en mi espalda baja.

Lo último que escuché antes de dormirme fueron las palabras murmuradas de *Dimi*.

—Todo es mejor cuando estoy contigo.

62

DIMITRI

La frustración me retumbaba en los huesos mientras colgaba el teléfono, resistiendo a duras penas la tentación de lanzarlo por encima de la barandilla del porche de la casa. Miré la zona boscosa con ojos vacíos. Aunque estaba afuera, sentía como si las paredes del universo se estuvieran derrumbando. Solté un quejido, jalando con rabia los mechones de mi cabello.

Aleksei acaba de llamar, diciéndome una vez más que no tenía la ubicación de *Souleater,* ni siquiera una pista viable. Ahora mi *hacker*, el hombre que había negociado las incontables ventas en el mercado negro de gemas raras y que había sido fundamental para ayudarme a derrocar a mi padre, pedía la ayuda de mi esposa. Otra vez.

Mi esposa, que había dormido acurrucada contra mi pecho las dos últimas noches y estaba a solo unas semanas de dar a luz. Necesitaba estar protegida de todo esto. Eliminar a *Souleater* era mi responsabilidad, y ella ya había arriesgado demasiado. Aleksei tendría que buscar otra manera.

Excepto que… No podía quitarme de encima la sensación de que algo pasaba con Sienna. Debería sentirme aliviado de que no hubiera pedido ninguna actualización sobre *Souleater*… ¿cierto? Los últimos días juntos me habían dado la oportunidad de observar realmente a mi esposa, esta vez en persona, no solo a través del

sistema de seguridad de la casa. Obviamente no pasaba nada malo, pero Sienna era buena llevando una máscara. En aquella cena desastrosa en *New York*, supuse que su máscara era una forma de manipulación, pero Sienna era posiblemente la persona menos manipuladora que conocía. Se me curvaron un poco los labios. Era mi pequeña bromista.

Sin embargo, mi pequeña bromista ocultaba algo.

Volví a entrar. Estaba sentada en el sofá, su *laptop* apoyada sobre el vientre, una línea fruncida entre sus cejas mientras murmuraba algo en voz baja.

—¿Qué estás tramando? —Mantuve la voz suave mientras me sentaba a su lado, lo suficientemente cerca para que nuestras piernas se juntaran.

—He estado descuidando mi aldea.

La incompetente dueña de su heladería en *CozyScape*, Mary Margaret, estaba mezclando nuevos sabores de helado.

—¿Cómo va *C0zyBrODeezNuts*?

—Apenas ha jugado estos últimos días. Estoy acortando la diferencia de puntos entre nosotros.

Soltó una serie de maldiciones cuando Mary Margaret añadió medio tarro de aceitunas al *gelato* de maracuyá.

Alcé una ceja.

—*Wow*, nena. ¿Fuiste marinero en otra vida?

Eso *casi* le sacó una sonrisa.

Le sujeté la nuca, hundiendo suavemente mis dedos para masajear la tensión.

—Acabo de hablar con Aleksei.

—*Ah,* ¿sí?

—Le dije que sabía que eras *Hedgehog.* Dijo que no podía decirme quién eras porque lo amenazaste con hacer muchas cosas.

La comisura de sus labios se alzó.

—Soplón. Apenas y lo amenacé. Nadie que sea inteligente va contra *Hedgehog* voluntariamente.

Me reí y me incliné para besarle la mejilla.

—Mi peligrosa *hacker.*

Soltó un chillido frustrado cuando Mary Margaret añadió salsa de soya al nuevo helado de lava de chocolate.

Le di un codazo de costado.

—Oye, quizás eso sea bueno. —La mirada de Sienna era lo suficientemente potente como para disparar rayos láser. Levanté las manos en señal de rendición—. Perdón, perdón. Solo intento apoyarte.

—¡Ese es el problema! ¡Mary Margaret no necesita ningún apoyo! —gimió y se dejó caer de nuevo en el sofá—. Nunca venceré a *C0zyBrODeezNuts*.

—Lo harás, nena. No tengo dudas. —Le acaricié la mandíbula, inclinándome para besarla. Cuando me aparté, respiré profundamente y me armé de valor—. Aleksei también me contó otra cosa. Me dijo que te escribió ayer preguntando si podías ayudarle a encontrar a *Souleater*, y dijiste que no.

Aunque mi voz era suave, Sienna se puso tensa.

—No pensé que quisieras que siguiera hackeando.

Parpadeé. Eso no era lo que esperaba que dijera.

—Así que… si te pidiera que dejaras de hackear, ¿lo harías?

Se encogió de hombros.

De hecho, no quería que Sienna siguiera hackeando, pero ¿qué demonios? Aleksei me había contado algunas de las cosas legendarias que había hecho *Hedgehog*, incluyendo derrotar a jefes mafiosos, multimillonarios y a cualquiera implicado en la trata sexual, aunque fueran funcionarios de gobierno poderosos. La cantidad de hombres corruptos y malvados en todo el mundo que darían cualquier cosa por detener a mi esposa me aterraba. Pero en ningún maldito universo Sienna aceptaría dejar de hacer algo peligroso solo porque un hombre se lo pidiera.

—¿Qué pasa, *Malyshka*? —Pasé mi pulgar por su mandíbula—. Háblame. Por favor.

Sus ojos marrones se cruzaron con los míos.

—*Wow*, dijiste por favor.

—Sí. *Por favor*.

Su labio inferior temblaba. Apretó la mandíbula y evitó mi mirada, pero vi las lágrimas que estaba conteniendo.

—Nunca debí haber ido al astillero —admitió. Luché contra mi instinto de abrazarla y consolarla. Necesitaba sacar esto, así que esperé—. Arriesgué la seguridad de nuestra hija —susurró—. ¿Y si me hubieran hecho daño? Ella también habría resultado herida. —Las lágrimas rodaron por su mejilla. Mi pulgar las apartó mientras luchaba contra sentimientos encontrados. Odiaba que ella hubiera estado allí, no podía dejar de oír esos disparos, el miedo latiendo en mi pecho de no llegar a tiempo.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

—Solo podía pensar en las cosas que les había hecho a esos chicos. —Ella agarró mi mano, apretándola con fuerza—. Lo que te hizo a ti. Quería crear un mundo más seguro para nuestra bebé, pero no lo pensé bien. Soy demasiado impulsiva. ¿Y si soy una madre terrible?

Esta vez, no luché contra el impulso de abrazarla. La coloqué de lado en mi regazo, manteniendo un brazo firme alrededor de su espalda, el otro sujetándole el estómago mientras sus hombros temblaban por los sollozos.

—*Shh*. Respira hondo por mí. Te vas a enfermar. —Le sujeté el rostro—. No tengo ninguna duda de que vas a ser una madre increíble. Quiero decir, ya lo eres con tu hijo. —Señalé a Vovk, que dormía a sus pies. Había estado holgazaneando desde que le di sus filetes *gourmet* del supermercado.

Me dedicó una sonrisa a medias y con lágrimas.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Y si no se puede confiar en mi juicio?

—Estás siendo demasiado dura contigo misma. Ojalá no hubieras ido al astillero, porque la idea de que te hagan daño me mata, carajo. Pero entiendo por qué lo hiciste, y te mantuviste a salvo. —Le acaricié el cabello—. Los dos hemos tomado nuestra buena dosis de malas decisiones en los últimos meses, pero de ahora en adelante, podemos tomarlas juntos, ¿no?

Se mordió el labio para no sonreír.

—¿Podemos tomar malas decisiones juntos?

—¿Qué? No, quiero decir… Joder, ahora estoy confundido. Lo que sé es que eres brillante y amable y, aunque yo no tenga ni puta idea

de cómo ser padre, si Matteo Rossi puede, yo también puedo. Y mejor.

Se rio, y fue el mejor sonido del mundo.

—Los mafiosos son ridículos.

—Menos mal que lidero la *Bratva*, entonces.

Apoyó su cabeza en mi hombro.

—¿Crees que debería ayudar a Aleksei?

Recorrí su brazo arriba y abajo con mis dedos.

—No.

—Espera, ¿qué? —Frunció la nariz, confundida.

Solté un largo suspiro, acariciándole la mejilla.

—No quiero que te metas en nada de esta mierda, pero creo que quieres ayudar a Aleksei. Y sé que eres nuestra mejor oportunidad para encontrar a *Souleater*.

Sus mejillas se tiñeron de rosa.

Un movimiento en la pantalla de su *laptop* llamó mi atención. Solté una carcajada cuando vi a Mary Margaret bailando sobre las mesas de la heladería.

—No estoy seguro de que realmente esté hecha para manejar un negocio.

Sienna se quejó.

—Es inútil.

—No te rindas —animé, besándole rápidamente la mejilla. Me acerqué más a la computadora—. ¿Puedo probar algo?

Frunció el ceño.

—*Um*, ¿claro?

Revisé la configuración de personalidad de Mary Margaret, guardando mis ajustes antes de volver al juego. Sienna observó, boquiabierta, cómo Mary Margaret mezclaba tres nuevos sabores de helado: balsámico de fresa con queso de cabra, *gelato* de maracuyá mezclado con avellana de chocolate y duraznos con crema con miel picante.

—Pero ¿qué demonios? Aparentemente no soy la única que tiene una doble vida.

Mi sonrisa era muy arrogante, carajo.

—Leí en un foro de videojuegos que hay que aumentar la autonomía, creatividad y perfil de sabor de un personaje al mismo tiempo para conseguir combinaciones únicas de alimentos que sigan siendo comestibles.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Desde cuándo juegas a *CozyScape*?

—Quería saber por qué te gustaba tanto.

Me miró profundamente a los ojos, arrastrando lentamente sus dedos por mi mandíbula antes de atraerme para un beso. Gruñí y lo profundicé inmediatamente, perdiéndome en su dulzura y en el calor de su boca. Sus dedos se retorcieron en mi camisa. Le toqué el trasero, mi erección presionando contra su muslo. Quería hundirme en ella, sentirla correrse alrededor de mi polla, pero no me había ganado ese derecho.

Nos separamos, sin aliento.

—Así que… —Sus labios eran suaves como una pluma a lo largo de mi mandíbula—. Déjame ver tu pueblo.

Me reí.

—Mientras no lo critiques demasiado.

63

DIMITRI

—Hora de dejar de trabajar, *Malyshka*.

Sonreí cuando Sienna apartó la mirada de la pantalla de su computadora, mirándome con un ceño adorable y fruncido.

—Solo tengo una cosa más que investigar.

Había tenido una llamada con Aleksei a primera hora de la mañana y desde entonces había estado cazando a *Souleater.* La había visto tener ese tipo de concentración obsesiva cuando la observaba a través de las cámaras de seguridad, pero vivirlo en persona era diferente. Al menos yo estaba aquí para obligarla a comer y a tomar descansos.

Negué con la cabeza.

—Eso dijiste hace una hora.

Me miró parpadeando con una expresión de ojos grandes y sorprendidos.

—¿Eso fue hace una hora?

Acorralé su cuerpo en el sofá, mordiéndole el labio inferior.

—Sesenta y dos minutos, para ser exactos.

Soltó un chillido de protesta cuando cerré su *laptop*.

—Pero estoy tan cerca. Te juro que la respuesta está *muy cerca,* pero no la puedo conseguir. Solo dame otra hora…

La interrumpí con un beso.

—Buen intento, nena. Podrás entenderlo mejor cuando descanses. —Agarré su computadora y la puse sobre la mesa de centro—. Y en este momento, necesito abrazarte.

Gruñó, pero se derritió inmediatamente contra mi pecho cuando me senté a su lado en el sofá y la senté en mi regazo.

—Apuesto a que no le dices a Aleksei que tiene que dejar de trabajar y darte mimos.

Me reí y pasé mi dedo por su labio inferior en un puchero.

—No puedo decir que lo he hecho.

—Probablemente sea lo mejor. Hay alguien más con quien él se quiere acurrucar.

Alcé una ceja, sin embargo, no dijo más y no iba a entrometerme en la vida amorosa de mi familia.

Inhaló profundamente y agarró mi mano, presionando mi palma contra su vientre justo a tiempo para que yo sintiera una pequeña patada.

—Hoy ha estado pateando mucho. Creo que está empezando a sentirse acorralada.

—No puedo creer que vayas a dar a luz en dos semanas.

Enterró su cara en mi cuello y apretó mi camiseta.

—No me lo recuerdes.

Le di un beso en la cabeza para que no viera la ansiedad en mi rostro. Sofiya no paraba de enviarme artículos sobre el parto y cómo apoyar a tu pareja durante el mismo, mas me habían aterrado. Tantas cosas horribles podrían pasar.

—Lo harás increíble. Y yo estaré contigo.

Suspiró.

—Simplemente no voy a pensar en ello en este momento.

—De acuerdo, nena —murmuré.

Recorrí mis dedos arriba y abajo por su vientre, deseando que nuestra bebé volviera a dar patadas. Me había perdido mucho, y ahora su embarazo casi terminaba. Estaba decidido a absorber cada experiencia que me quedara.

—¿Has…? —Mi pregunta se atoró en mi garganta. Mierda. Pensé que me habían quitado la capacidad de estar ansioso, pero ahí estaba, tartamudeando frente a mi esposa.

—¿Qué? —Los dedos de Sienna pasaron por mi cabello, calmándome al instante.

—¿Has pensado en nombres? ¿Para nuestra niña?

Ella levantó la vista con una sonrisa, pero entonces su labio inferior empezó a temblar. Le sujeté la cara con ambas manos.

—¿Qué pasa?

—Es que es tan agradable oírte decir eso. *Nuestra niña*. Intenté aceptar que nunca me amarías, pero la idea de que no amaras a nuestra bebé…

Cerró los ojos con fuerza, y lo único que pude hacer fue darle suaves besos por la cara. Me dolía el corazón por el dolor que le había causado, por las decisiones que nunca podría deshacer.

—Perdón. —Soltó una risa temblorosa y se secó los ojos—. Tú solo estás siendo dulce y yo soy un desastre llorón. Para responder a tu pregunta, *quizás* he pensado en algunos nombres.

—Siempre puedes desmoronarte conmigo. —Fruncí el ceño—. Excepto que no me gusta verte llorar.

Me besó riendo.

—Normalmente no lloro tanto. Las hormonas del embarazo son una locura. Pero yo estaba pensando en un nombre ruso. Quiero que tenga todos los apodos adorables. Mi nombre no tiene todas las versiones adorables.

—Excepto la que inventaron los guardias, *Sienochka*. —Era adorable, pero la bestia posesiva que llevaba dentro se erizaba al ver que fueron mis hombres a quienes se les ocurrió. Le acaricié la mejilla con la mano—. ¿He olvidado ponerte apodos, *Malyshka*?

—Solo digo que no me importaría tener más —agregó con seriedad.

Apoyé mi sonrisa en su hombro.

—Lo tendré en cuenta. —No pude evitar que mis labios besaran una línea errante por su cuello—. ¿Qué nombres rusos te gustan?

Agarró su teléfono de la mesita, con una amplia sonrisa en su rostro.

Me reí cuando abrió su aplicación de notas.

—*Oh*, ¿*quizás* has pensado en algunos nombres?

Puso los ojos en blanco, pero eso solo hizo que mi risa se profundizara. ¿Alguna vez había sido tan feliz?

—*Sveta* y Polina me ayudaron con algunas ideas, y yo había reducido la lista a algunas de mis favoritas: Katya, Zoya y Liliya.

Se me cortó la respiración en el pecho y mis dedos se quedaron congelados en su camino sobre su vientre.

—¿Sí?

—Sí. Katya y Zoya son adorables, pero sigo volviendo a Liliya. Polina dijo que podía tener *Lilya* o *Lilochka* como apodos. El nombre significa *lirio*, y esa era la flor favorita de mi mamá. —Sus ojos se humedecieron de nuevo y tragó saliva con fuerza—. He echado mucho de menos a *Mamma* durante mi embarazo. Sigo deseando poder hacerle preguntas y pedirle consejos.

—¿Cuántos años tenías cuando murió?

—Once.

—Lo siento mucho, cariño. Tus dos padres murieron al mismo tiempo, ¿verdad?

—Sí y no. —Se mordió el labio—. Matteo y yo estábamos en casa cuando pasó. Estábamos viendo una película y escuchamos los disparos.

Maldije.

—Nunca deberías haber escuchado eso, nena.

—No es nada comparado con lo que tú…

—No. No compares. ¿Y si nuestra niña nos perdiera así? Sería horrible. —Pasé mi pulgar por la arruga preocupada entre sus cejas —. Nunca dejaré que eso pase. Nuestra niña crecerá con dos padres amorosos.

—¿Lo prometes?

—Sí. Lo prometo. —Apoyó su cabeza en mi hombro y yo jugué con los rizos de su cabello—. ¿Qué pasó después?

—Matteo y yo salimos por los túneles subterráneos bajo nuestra casa, pero si Matteo hubiera estado solo, podría haber corrido a la oficina y peleado con mi tío. Uno de ellos seguía vivo, y podría haberlos salvado. Pero él me salvó a mí.

La culpa estaba escrita en su rostro, una culpa que no era suya para cargar.

—Me alegro muchísimo de que lo haya hecho, carajo. No hay garantía de que pudiera haber salvado a alguno de tus padres, pero es casi seguro que habría muerto en el proceso. Además… —Le di un beso en la punta de la nariz—. Eres infinitamente digna de ser salvada.

—¿Tú crees?

—Sin duda alguna. Haces del mundo un lugar mejor solo por ser tú, y eso sin contar las cosas increíbles que haces y las vidas que has salvado con tu hackeo.

Se apoyó en mi caricia.

—Pareces bastante obsesionado conmigo.

—Lo estoy. —Mis labios rozaron los suyos y ella se suavizó, su lengua recorriendo la comisura de mi boca. Me obligué a apartarme, solo un poco—. He sido un tonto.

Ladeó la cabeza y continué:

—Tú y yo perdimos a nuestras madres más o menos a la misma edad, pero yo cerré mi corazón al amor mientras el tuyo permaneció abierto.

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Tuve a mi hermano y a Gianna y después, amigos y seguridad. Nunca tuviste nada de eso. —Su voz suave y el tacto ligero de sus dedos sobre la barba de mi mejilla calmaron mi corazón adolorido—. Y amas a tus hermanas, a Polina y a *Sveta*. Maxim, Aleksei, Sergey y Vovk.

Fulminé con mi mirada al animal dormido.

—El traidor.

Se rio.

—¿Traidor?

—A Vovk le agradas más de lo que jamás le agradé yo.

—Bueno, nunca le compraste una chaqueta impermeable ni un suéter. Además, estoy bastante segura de que quiere a la bebé más que a nadie.

—Nuestra niñita. Liliya.

—¿Sí?

Tragué el nudo en mi garganta.

—Liliya era el nombre de mi madre.

Los ojos de Sienna se llenaron de lágrimas, pero su suave sonrisa era lo más radiante que había visto jamás.

—Entonces es perfecto. Nuestra Liliya.

64

SIENNA

MÁS TARDE ESA NOCHE, MIENTRAS *DIMI* HACÍA SU ÚLTIMO RECORRIDO perimetral de la noche, yo me quedé mirando mi cuerpo desnudo en el espejo del baño. No podía creer lo rápido que habían pasado nueve meses. Me giré hacia un lado y pasé mis manos por mi muy redonda bebé Sandía, nuestra *Lilya*. El embarazo había traído cambios que no iba a echar de menos: hacer pipí constantemente, la acidez, la incapacidad de levantarme del sofá sin parecer una ballena varada, y las ganas de llorar si la tienda no tenía mi helado favorito. No obstante, había otras cosas que me gustaban. Lo cerca que me sentía de la pequeña Sandía, orgullo por lo que hacía mi cuerpo, y mis grandiosos senos y mi cabello brillante.

Me pasé el pulgar por los labios. Estaban hinchados por pasar toda la noche acurrucada con *Dimi* en el sofá, soñando con el futuro entre sesiones de besos lánguidos que me habían dejado con las bragas empapadas, pechos pesados y un esposo demasiado educado que mantenía todo en un estilo PG-13.

Volver a tener intimidad con mi esposo todavía me dejaba un poco ansiosa. Todavía estábamos construyendo nuestra relación y entendiéndonos mutuamente. Pero su honestidad y vulnerabilidad, junto con el cuidado y respeto que me había mostrado esta vez en la

casa de seguridad… habían reparado la frágil confianza entre nosotros.

Además, estaba teniendo un día excepcionalmente bueno con mi cabello, mi trasero se veía especialmente adorable y estaba excitada.

Escuché el clic de la puerta del dormitorio cerrándose. Era hora del espectáculo. Me esponjé el cabello por última vez y salí del baño. *Dimi* levantó la vista de donde buscaba en la cómoda y volteó a ver otra vez al ver cómo me apoyaba en la pared, desnuda.

—¿Necesitas una camiseta? —Carraspeó, ofreciéndome una.

—¿Crees que necesito una camiseta? —pregunté con una sonrisa mientras me acercaba, asegurándome de darle un movimiento extra a mis caderas. Deslicé las yemas de mis dedos por la parte superior de mi pecho, rodeando mis pezones—. ¿Quieres cubrirme, esposo?

Gruñó y se llevó un puño a la cara, con los ojos apretados.

—¿Intentas matarme, *Malyshka*?

—*Mmm*, no. —Pasé mi mano por su pecho, cada vez más abajo hasta que le sujeté la polla por encima de sus pantalones deportivos —. Definitivamente no quiero eso.

Un suspiro tembloroso escapó de él mientras daba un paso tambaleante hacia atrás. Se me hundió el corazón y al final tuve ganas de aceptar la camiseta que me ofreció.

—No me mires así —pidió, frunciendo el ceño con angustia—. No dudes nunca de cuánto te deseo, carajo. De lo mucho que quiero esto. Pero no merezco tu perdón. Ni siquiera deberías dejar que mis manos te toquen.

—*Dimi*. —Tomé sus manos entre las mías, sujetándolas fuerte incluso cuando él dejó escapar un sonido ahogado—. Esta no es una culpa que tengas que cargar.

Negó con la cabeza, pero yo solo lo apreté más.

—¿Crees que tu padre alguna vez se sintió así? ¿Lleno de dolor y remordimiento?

Un destello de dolor cruzó su rostro.

—Nunca.

—He pasado toda mi vida rodeada de hombres peligrosos, así que créeme cuando te digo que hombres como él no son valientes ni fuertes. Son niños asustados que usan la violencia para sentirse

grandes. Torturó a los vulnerables precisamente porque no podían defenderse. Tu *mama* no tenía ninguna fuente de poder en su relación. Se aprovechó de ella, explotó su vulnerabilidad.

—Y yo te hice lo mismo a ti, carajo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios.

—Bueno… lo intentaste.

—¿Qué quieres de…?

—Tienes poder en esta relación. Eres el *Pakhan*, y un hombre. Eso crea automáticamente una diferencia de poder en nuestra relación. Pero ahora que me conoces, ¿sigues pensando que soy yo la vulnerable en esta relación? ¿Que soy incapaz de defenderme?

La comprensión brilló en sus ojos y soltó una risa suave.

—Tienes dinero —añadí—. Pero yo tengo más. Les das órdenes a hombres peligrosos… ¿Pero estás tan seguro de que seguirían tus órdenes si les ordenaras hacerme daño? —Me preparé para su respuesta. Era arriesgado sugerir que sus hombres podrían desafiarlo por mí, por eso la enorme sonrisa de *Dimi* me sorprendió.

—Te aman, *Sienochka*. —Sacó sus manos de las mías, poniéndolas en mis caderas. Sus yemas de los dedos se clavaron en mi piel, tensas y posesivas—. Me derrocarían en un instante si eso significara coronarte como reina.

Fruncí los labios.

—No estoy tan segura de eso.

Negó con la cabeza.

—Sin mencionar que el puto *Hedgehog* tiene suficientes amigos en todo el mundo para acabar con regímenes. No creo que entiendas del todo cómo te ven los del Foro.

—Me da miedo perdonarte —susurré—. Sin embargo... Creo que estoy lista para intentarlo. Te deseo, *Dimi*.

—Nunca me lo perdonaré.

Negué con la cabeza.

—Tienes que hacerlo para que esta relación funcione. No podemos permitir que esto quede entre nosotros. Tal vez puedas hacer algo para ganarte el perdón. —Pasé mis dedos por su cabello, dándole un tirón firme.

Se estremeció.

—¿Cómo?

—A través de la rendición. —Deslicé la yema de mi dedo por la columna de su garganta, sintiendo que tragaba—. Ríndete ante mí, *Dimochka* —declaré, usando la forma diminuta de su nombre que había encontrado en internet—. Arrepiéntete de rodillas y gana tu perdón.

Se arrodilló antes de que yo terminara de hablar. Acarició mis caderas, apoyando su frente en mi vientre.

—*Moya tsaritsa.* —«Mi emperatriz»—. Siento muchísimo haberte causado dolor, maldición. Por no ser el hombre y esposo que necesitas y mereces, y por dejarte sola estos meses en los que lo único que quería era estar cerca de ti. Nunca más sucederá, lo prometo. Me arrastraré por el fuego para llegar hasta ti. Me quedaré de rodillas el resto de mi vida para ganarme tu perdón.

Me dolía el corazón mientras las palabras de *Dimi* unían las heridas que llevaba cargando desde hacía tanto tiempo. Los miedos de que fuera demasiado. Que no mereciera que se preocuparan por mí. Destinada a ser relegada para siempre a un lado.

—Me has consumido desde aquella primera noche en París —continuó—. No merezco tu perdón, pero daré el mundo entero por el honor de estar a tu lado.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, aunque eran de alivio y gratitud. Se acercó y las limpió.

—¿Confías en mí? —pregunté.

—Sí. —Su respuesta fue inmediata. Sin dudas, sin vacilaciones. Me hizo sentir fuerte.

Me pasó las manos por los costados.

—¿Vas a hacer lo que quieras conmigo ahora, *Malyshka*?

Asentí, pero mi valentía me abandonó un poco y dudé. ¿Y ahora qué se suponía que debía hacer? Mis experiencias sexuales, extremadamente limitadas, giraban en torno a que *Dimi* tomara el control.

Se rio, amasando mis caderas con sus manos.

—No te acobardes ahora.

Fruncí el ceño. *No* acaba de decir eso, demonios.

Apoyó su cara en mi coño y un sonido de protesta escapó de mi garganta. Le agarré el cabello, echando su cabeza hacia atrás lo suficiente para encontrarme con su mirada alrededor de mi vientre. Gimió por el escozor, con los ojos llenos de excitación.

—¿Quieres probarme? —pregunté.

—Sí. —Su voz era baja y necesitada.

Pasé la punta de mi dedo por la columna de su garganta.

—Entonces suplica por eso.

—Carajo —gimió, cerrando los ojos. Cuando se abrieron de nuevo, ardían con fuego—. Por favor. Por favor, termina con mi sufrimiento y déjame probarte.

Yo era la desesperada aquí, con las mejillas sonrojadas y los pezones adoloridos, pero había una cosa más que necesitaba de él. Volví a agarrar su cabello.

—Dime, ¿por el coño de quién estás suplicando?

Frunció el ceño, pero su confusión se disipó rápidamente cuando comprendió lo que realmente le estaba preguntando.

—*Sienna*. Mi reina. Mi todo. Solo has sido tú.

No Emma. No Declan. Solo Sienna y Dimitri, juntos en todo nuestro caos caótico.

La tensión se desvaneció de mis hombros y sonreí.

—Mi *Dimochka*.

Algo profundo y pesado se extendió en el espacio entre nosotros, lleno de emociones que ambos sentimos, aunque no estuviéramos preparados para pronunciar las palabras.

Se acercó más balanceándose, pero esta vez le hice un gesto con la cabeza. Su sonrisa de respuesta podía describirse como nada menos que impresionante. Él subió sus manos por mis piernas, tocando mi trasero y acariciando mi estómago.

—Carajo, Sienna. Eres una diosa. —Su expresión era reverente, como si yo fuera la criatura más hermosa que había visto en su vida. Una renovada confianza y excitación inundaron mi cuerpo, transformándome en la poderosa diosa que él veía.

Estaba empapada, pero no se lo pondría fácil, así que cuando puso su cara en mi coño y respiró hondo, chasqueé la lengua y lo aparté.

—Desnúdate para mí.

Se puso de pie de inmediato y fingió quitarse la camiseta lentamente con una mano, dejando al descubierto un pecho ancho y musculoso, abdominales definidos y una fina capa de vello que guiaba hacia abajo… Su boca se curvó en una sonrisa burlona ante mi mirada descarada y no perdió tiempo en quitarse los pantalones deportivos, dejando al descubierto la polla gruesa y rojiza que yo anhelaba. Pasó su mano por su miembro con firmeza, pero negué con la cabeza.

—Yo decido cuándo obtienes placer.

Maldijo, mas apretó ambas manos en puños a los lados.

Un escalofrío de poder me recorrió.

—Bien. Ahora, gira despacio para mí.

Sonrió con arrogancia, pero no discutió. Solté un gemido de satisfacción al ver sus nalgas firmes y redondas. Avancé hasta que mi vientre se pegó a su espalda baja.

—No te muevas —murmuré.

Sus músculos se estremecían con el esfuerzo de mantenerse quieto. Pasé mis manos por sus hombros, trazando cada una de sus cicatrices en mi camino por su espalda hasta que le sujeté el trasero y apreté firmemente cada nalga.

Gruñó.

—Maldición, nena.

Sonreí y di un paso atrás, apoyándome en la pared.

—Date la vuelta y vuelve a ponerte de rodillas.

Se giró, manteniendo un contacto visual intenso mientras se arrodillaba. Su polla chocó con su estómago, dejando un rastro de líquido preseminal que quería lamer.

—¡Por favor! —susurró—. Quiero hacerte sentir bien, *Malyshka*. Dame esta oportunidad para ganarme tu perdón.

Tarareé, acariciando su firme mandíbula con mis dedos.

—Puedes arrepentirte.

No perdió tiempo. En un movimiento rápido, agarró mis muslos y se colocó entre mis piernas, sus hombros obligando a mis piernas a abrirse mucho a su alrededor. Puede que él fuera el que se arrodillara, sin embargo, yo estaba completamente a su merced

mientras me lamía lentamente del culo al clítoris, arrancando un gemido de mi pecho. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba esto, sus caricias, su devoción, su cuidado. Solo deseaba poder verlo, pero mi barriga lo hacía imposible. Sin embargo, había algo en no poder ver lo que hacía que agudizaba mis sentidos.

Justo cuando ya no podía soportar más provocaciones, me metió la lengua. Mi centro estalló con chispas de placer, y arqueé la espalda con un gemido. Mi orgasmo se prolongó *justo* fuera de mi alcance mientras mi esposo bebía de mí como un hombre hambriento, con unas manos enormes acariciando mis nalgas y manteniéndome abierta para él. No había dónde esconderse, ni forma de protegerme, pero todo lo que sentía era euforia, no miedo.

—¡Más! —grité. Mis caderas se arquearon hacia adelante, desesperadas por más presión, más fricción, más *de todo*—. *Dimi*.

—*Blyat.* Eso es, nena. Frota ese dulce coño contra mi cara. Toma lo que necesites de mí.

Su lengua trabajaba mi clítoris, aumentando mi placer hasta que estaba justo al borde del precipicio. Me temblaban las piernas, el sudor me resbalaba por la espalda y dos dedos gruesos me penetraron. *Dimi* me sostuvo en tanto el orgasmo, más intenso que cualquier cosa que hubiera sentido jamás, me atravesaba el cuerpo. Estaba en caída libre, completamente consumida.

Mis piernas cedieron y *Dimi* me abrazó contra su pecho, su apretón evitando que me derrumbara. Lo rodeé con los brazos y respiré el leve aroma de mi gel de ducha de vainilla sobre su piel. Mi mente divagó y me entregué a las olas pacíficas, sintiéndome completamente contenta. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Esto se sentía como el comienzo de toda una vida de estar segura en los brazos de mi esposo.

Dimi murmuró palabras dulces en ruso y me dio besos tiernos en la cara. No había urgencia en sus movimientos, como si estuviera perfectamente satisfecho con sostenerme así para siempre.

Le rasgué la espalda con las uñas.

—Llévame a la cama, *Dimochka*.

—Sí, *Tsaritsa.* —Me guiñó un ojo y me levantó en brazos. Me acomodó sobre el colchón y se inclinó sobre mí, rodeando mi cuerpo

con sus brazos—. ¿Dónde me quieres?

Una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios y agarré su mandíbula.

—Recuéstate boca arriba.

Se me hizo agua la boca mientras su polla gruesa prácticamente rebotaba contra su estómago a la par que se acomodaba. La rodeé con los dedos, recogiendo el líquido preseminal que caía de su punta y frotándolo por su longitud.

Maldijo, con los músculos tensos y las manos agarrando las sábanas para mantenerlas a su lado.

—Por favor, *Malyshka.* Por favor, por favor. —Un escalofrío de poder me recorrió al oírlo suplicar, al saber lo mucho que luchaba por contenerse.

Mi primer orgasmo apenas había calmado mi necesidad, así que no perdí tiempo y me senté a horcajadas sobre él, frotando mi hendidura empapada contra su polla. Sus gemidos aumentaron mi excitación, y cuando su punta tocó mi clítoris, me tocó a mí gritar. Me incorporé de rodillas para meterlo dentro de mí, pero mi coordinación era muy deficiente y totalmente desequilibrada.

—Ayúdame —pedí con un puchero.

Soltó una carcajada fuerte.

—Eres tan jodidamente adorable. —Sus yemas de los dedos se clavaron en mis nalgas, manteniéndome estable mientras guiaba la cabeza de su polla hacia mi entrada. Me mantuvo allí, provocando mi coño empapado antes de dejarme caer de un solo golpe.

Ambos gritamos mientras me estiraba a su alrededor. Mi coño se sentía hinchado e incluso más sensible de lo habitual, pero el leve escozor solo aumentaba mi placer.

—Mírate. —Jadeó *Dimi*, con los ojos llenos de reverencia—. Nunca he visto nada tan hermoso.

Sus manos firmes guiaban mis caderas, moviéndome arriba y abajo sobre su polla. Mi humedad goteaba sobre él, cada embestida aumentando mi placer hasta que estaba al borde de la muerte. Jadeé con un gemido fuerte y él soltó una maldición.

—Por favor, *Tsaritsa*, ¿me puedo correr?

Gimoteé, inclinándome sobre él tanto como pude con mi barriga, y le agarré la mandíbula con fuerza.

—Eso depende. ¿Te has arrepentido lo suficiente?

Sus labios se entreabrieron con una inhalación aguda.

—No estoy seguro de que alguna vez lo haga. Pero si mi *tsaritsa* cree que merezco perdón…

—Sí.

—Entonces pasaré felizmente mi vida perteneciéndote por completo. Solo a ti.

Mi pecho se hinchó de emoción mientras mis dedos se enredaban en su cabello.

—Entonces córrete.

No perdió tiempo en agarrarme las caderas y embestirme desde abajo. Esta vez, él tenía el control total, agarrando mis nalgas mientras me acercaba al orgasmo.

—Tan hermosa.

Estaba tan cerca. Solo necesitaba…

Su pulgar se desplazó a mi clítoris. Solté un grito fuerte al caer por el precipicio del placer. Su verga se hizo aún más gruesa dentro de mí y entonces se corrió, moviendo las caderas mientras me llenaba con su semen, alargando mi placer hasta que estaba demasiado débil para sostenerme. Nos movió fácilmente para que estuviéramos de lado, mirándonos el uno al otro.

Me dio un dulce beso en los labios y las yemas callosas de sus dedos rozaron mi mandíbula, enviando chispas de excitación por mi interior. Me rodeó con sus brazos, cubriéndome con su presencia y calidez.

Algo había cambiado entre nosotros. Lo que acabábamos de compartir no se parecía en nada a nuestro torbellino de romance anónimo en París o al sexo acalorado cuando aún creíamos que nos odiábamos. Esto era diferente. Real de una forma en que nunca habíamos sido juntos. Ya no había secretos entre nosotros, solo algo que se parecía sospechosamente al amor.

65

DIMITRI

Los ojos de Sienna se cerraron lentamente. El estrés que marcaba su rostro se desvaneció, llevándose el mío con él. Me sentí deshecho, dividido y cosido de nuevo. Ella me había transformado con su perdón. Era el regalo más precioso que había recibido jamás, y haría todo lo posible el resto de mi vida para convertirme en un hombre verdaderamente digno de ella.

Sienna Ivanova. Mi esposa. Mi todo.

Le di un beso en la frente y me obligué a levantarme de la cama. Gimoteó inmediatamente, extendiendo el brazo hacia mí a ciegas como si un segundo separados fuera demasiado.

Sabía cómo se sentía. Desde el momento en que *Souleater* puso sus manos sobre mí, el contacto había sido peligroso. Una amenaza no deseada y agonizante. Sin embargo, ahora, mis propias células protestaban cada momento que no estaba tocándola.

—*Shhh,* vuelvo enseguida, *Malyshka*. —Con un beso en la mejilla, entré al baño. Me limpié rápidamente y mojé una toalla de mano con agua tibia. La tensión en mi pecho se disipó en cuanto volví a su lado. Le abrí suavemente las piernas para limpiarla, pero soltó un pequeño chillido de protesta—. Te tengo —murmuré. Mis labios rozaron su cuello y la mandíbula hasta la concha de su oreja. Jale

suavemente del lóbulo con mis dientes—. Sé una buena chica y déjame limpiarte.

Esta vez, cuando la abrí completamente frente a mí, ella simplemente me miró con los ojos aturdidos. Me tomé mi tiempo para limpiar sus muslos resbaladizos. Cada pase de la toalla era otra oportunidad para admirarla. Cuando estuvo limpia, tiré el paño en el cesto antes de inclinarme para darle un beso suave en su bonito coño.

—Gracias por dejarme cuidarte —susurré.

Parpadeó con los ojos más abiertos y el ceño fruncido.

—¿Por qué me das las gracias?

—Porque cuidarte es un honor. Porque sé lo difícil que es ser vulnerable.

Se mordió el labio.

—¿Seguro que no te cansarás de cuidarme?

—Nunca —suspiré. Sus labios eran carnosos y suaves cuando los besé—. Me creerás cuando esté aquí, dentro de meses, años y décadas, todavía obsesionado contigo.

Presionó una suave sonrisa en mi garganta.

—Está bien.

—De acuerdo.



66

DIMITRI

Labios pegados a mi pecho, arrastrándome del sueño. Apoyé mi rostro en su cabello, respirando hondo.

—¿Malyshka?

—Lo encontramos.

Mis músculos se pusieron rígidos y abrí los ojos de golpe para encontrar a mi esposa a pocos centímetros de mi cara.

—¿Acabas de decir…?

Asintió con un movimiento feliz.

—Lo encontramos. Y mejor aún, está solo.

Su cabello se había caído a medias del moño que había atado con una *scrunchie* con fotos de la cara de Vovk, lo que finalmente me convenció de que no estaba soñando porque mi cerebro nunca podría imaginar algo tan absurdo.

Me froté la cara con la mano, intentando despejar mi mente aletargada.

—¿Qué hora es? ¿Has dormido siquiera?

Sienna se incorporó de rodillas con un resoplido exasperado y cruzó los brazos.

—Disculpa, pero no he recibido *ni la mitad* de la cantidad de elogios que necesito por tal descubrimiento.

Resoplé y la jalé hacia abajo para que se tumbara sobre mi pecho.

—Lo siento, nena. Mi cerebro aún no se había despertado. —Le sujeté la cara—. Eres increíble. La mejor *hacker* del mundo. —Mis labios se encontraron con los suyos en un beso lento y sensual—. Ahora, respóndeme, ¿dormiste algo?

Sonrió y besó la punta de mi nariz.

—Sí. Tú fuiste quien se quedó dormido. Casi es mediodía.

—¿Qué? —Miré el reloj en la mesita con un sobresalto. ¿Había dormido alguna vez tan tarde en mi vida?

—Ahora sabemos qué hacer para ayudarte a dormir mejor —dijo con una sonrisa pícara y un guiño—. Pero eso no es importante en este momento. *Sabemos dónde está.* Maxim está reuniendo a todos para que podamos elaborar un plan.

Un enredo de emociones revolvía mi pecho, siendo la principal la incredulidad. Había pasado gran parte de mi vida luchando por liberarme del monstruo. ¿De verdad iba a pasar esta vez?

—¿Cómo lo encontraste? —pregunté.

—Lo descubrí en un sueño. —Sus ojos brillaban de emoción—. En el sueño, trabajaba en el hospital y *Souleater* era mi paciente. Quiero decir, nunca vi su rostro, pero ¿sabes cómo en los sueños simplemente sabes lo que se supone que son las cosas? Bueno, yo sabía que era él, y pasé todo el sueño corriendo por el hospital intentando encontrarle el tipo exacto de curita que aparentemente nunca encontré. Cuando desperté, me golpeó esta revelación: si el hombre que enterraste es el mismo que viene tras nosotros ahora, debe haber hecho algo para parecer muerto. Lo que significa que probablemente tuvo que hacer algo para convertirse en no muerto.

Sus palabras salieron tan rápido que apenas las escuché. Se apartó de mi pecho y agarró su *laptop.* Me uní a ella, rodeando su vientre con mi brazo y apoyando mi barbilla en su hombro.

—Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había pasado por alto. Registros de hospital. —Tocaba agresivamente la pantalla de su computadora mientras pasaba por una serie de hojas de cálculo demasiado rápido para que yo las rastreara. Me maravillaba su cerebro, la forma en que hacía conexiones que nadie más podía ver.

—¡Eso me llevó a un cirujano en Moscú con conexiones en la *Bratva* que le puso un marcapasos! —Me miró por encima del hombro, con las cejas alzadas en señal de expectación.

—¿Qué significa eso?—pregunté despacio, claramente me perdí algo importante.

Se giró para mirarme, agarrándome de los hombros mientras se arrodillaba entre mis piernas.

—¡Los marcapasos se pueden acceder de forma remota!

Oh. *Ooohh*.

—Así que… ¿puedes acceder a él?

Resopló, lanzándome una mirada que gritaba: *¿sabes siquiera con quién estás hablando?*

—Ya está hecho —replicó moviendo la cabeza—. Por desgracia, no hay forma de hacer explotar un marcapasos a distancia.

Se me curvaron un poco los labios.

—Sí, es curioso que no les den esa capacidad.

Ella me hizo un gesto con la mano.

—Algo que averiguar en el futuro. Pero por ahora, encontré una solución alternativa. Accedí a la conexión remota codificada y moví la configuración lo suficiente como para que el marcapasos se viera obligado a reiniciarse, lo que le envió una alerta. —Sus ojos brillaban mientras se preparaba para encajar la última pieza del rompecabezas—. ¿Adivina quién fue grabado en cámara conduciendo a una clínica de cardiología en *Chicago* esta mañana?

Maldije, pero no podía quitarme la sonrisa.

—Mi pequeña y astuta *hacker*.

—¡Esa soy yo! En fin, fue fácil rastrear su ubicación una vez que salió del consultorio. Se está alojando en un edificio abandonado no muy lejos de aquí. —Volvió a agarrar su *laptop* y abrió un mapa, acurrucándose contra mi pecho para mostrarme la pantalla—. Justo ahí.

Mi estómago se revolvió de náuseas antes de entender por qué. Poco a poco, moví los dedos hacia el *trackpad* y alejé el *zoom*. El sudor me picaba la piel, que estaba tanto caliente como fría.

—¿*Dimi*? —Los dedos de Sienna acariciaron un costado de mi rostro—. ¿Qué pasa?

Carraspeé, apartando la vista del mapa. Lejos de ese lugar.

—Es el almacén. —Mi voz era áspera como la grava.

—¿Almacén? No querrás decir…

—Sí. Donde ella murió.

Sienna inhaló bruscamente y me abrazó con fuerza.

—Es un bastardo enfermo.

Cerré los ojos y un escalofrío me recorrió la espalda. Me aferré a ella, aspirando aire por mis pulmones comprimidos.

—No tienes que ir —murmuró—. Maxim está reuniendo a todos los hombres de la *Bratva,* incluidos los soldados que enviaron Matteo y Ronan. Pueden ir en tu lugar. *Souleater* nunca recuperó las alianzas que una vez tuvo en Rusia. Me pareció raro que estuviera solo en el astillero, pero sinceramente creo que vino aquí solo. Probablemente por eso ha podido esconderse tanto tiempo. No tiene ejército. No ha estado haciendo ningún movimiento de poder.

Llené las palabras que ella dejó sin decir. *Vino aquí solo por ti.* ¿Por qué, si no, elegiría este lugar en específico para nuestro enfrentamiento? Excepto que, ¿cómo podría saber la ubicación del almacén o su importancia para mi pasado?

Me giré para encontrarme con su mirada. Era tan jodidamente hermosa.

—Tengo que ir, *Malyshka*. —Le aparté el cabello detrás de la oreja—. Tengo que ser yo quien acabe con él. Nunca descansaré hasta poder atravesarlo directamente en el pecho.

Su boca se apretó, los dientes tirando de su labio inferior, pero no discutió. Sabía cuánto lo necesitaba. Ser quien lo enviara de vuelta al infierno.

—¿Y si voy contigo? Me quedaré en el coche —añadió rápidamente cuando negué con la cabeza—. Pero así, si pasa algo con la vigilancia o lo que sea, podría ayudar.

—No. —Levanté su barbilla y me incliné para darle un beso suave —. Te quedarás aquí, a salvo, con un guardia.

Frunció la nariz y no pude evitar besarla.

—No puedo creer que lo hayas encontrado. Eres increíble. Brillante, hermosa. —Pasé mi dedo por su anillo de compromiso—. Y mía.

—Y tú eres mío.

67

SIENNA

La euforia que sentí tras encontrar a *Souleater* se había enfriado en los últimos días mientras Maxim, Sergey y *Dimi* planeaban la mejor manera de eliminarlo. Yo les sugerí que todos fueran al almacén y, *bang bang*, resolvieran el asunto. *Dimi* me miró como si me hubieran salido unas cuantas cabezas más.

Dejé la mayor parte de la estrategia a ellos, que incluía cámaras térmicas, detección de bombas y la llegada escalonada de soldados envueltos con un bonito moño pirómano. Había pasado el tiempo con *CozyScape*, pero esta noche finalmente era la noche.

La cuenta regresiva para la misión de esta noche nos pesaba como una bomba de tiempo. Por mucho que hubiera deseado que llegara, en este instante, lo enfrentaba con temor. En unas horas, Maxim vendría a quedarse con *Vovchyk* y conmigo en la casa de seguridad mientras mi esposo regresaba al lugar de su mayor trauma para enfrentarse al que lo torturó.

El programa de renovaciones que había puesto para pasar el rato hacía tiempo que se había convertido en ruido de fondo. Lo único en lo que podía concentrarme ahora era en mi esposo, que estaba a punto de derrumbarse.

Paseaba por la habitación, con la mandíbula tensa y los músculos rígidos. Sus ojos tenían esa mirada vacía que reconocía de sus

pesadillas, como si lo hubieran transportado a otro lugar. Dondequiera que estuviera, no parecía un buen lugar para estar.

Me levanté del sofá, haciendo uno de esos gruñidos involuntarios como si fuera un ser antiguo o un pingüino estreñido, y crucé la sala. Estaba a solo unos pasos cuando me vio.

Él se echó hacia atrás, levantando las manos como si estuviera defendiéndose de un ataque.

—No te acerques demasiado. —Sus ojos recorrían la sala. ¿Qué estaba buscando? ¿Lo sabía siquiera?—. No puedo… En este momento no tengo el control. No quiero lastimarte.

Era increíble lo rápido que habían cambiado las cosas entre nosotros después de solo dos semanas juntos, porque la idea de que me hiciera daño ahora me causaba risa.

—¿Hay algo que hagas normalmente cuando te sientes así? —pregunté.

Jaló su cabello, sin siquiera inmutarse por el ardor.

—Peleo en *Mayhem*.

Tarareé y di otro paso adelante.

—¿Y eso ayuda?

—Sí, pero no voy a subirme al *ring* contigo, carajo.

Me reí al imaginarme enfrentándolo con mi enorme barriga de embarazada. Ganaría al instante porque dudaba que *Dimi* siquiera pusiera un pie en el *ring* si yo estuviera allí… bueno, probablemente solo para declararme ganadora y sacarme en brazos.

—No, no estaba pensando eso. Tengo una idea de otra cosa que podría ayudar. —Ya estaba lo bastante cerca como para deslizar mis dedos por su pecho. Llevaba una camiseta negra suave que yo planeaba robar—. No terminaste la última pelea en la que estuviste. Encontraste alivio de otra manera, ¿verdad?

El calor ardió en sus ojos. ¿Estaba pensando en cómo me folló la boca después de la pelea, primero en el coche y luego en la ducha? Apreté los muslos mientras chispas de necesidad se encendían en mi centro y empapaban mis bragas.

Mantuve el contacto visual completo mientras me arrodillaba lentamente. Maldijo y alzó la vista al techo.

—¿Qué opinas? ¿Vale la pena probar esta técnica? —Le bajé la cremallera y le sujeté la erección a través de sus bóxers.

Deslizó sus dedos por mi cabello con un gemido bajo.

—Carajo. Sácamela, *Malyshka.*

Su polla pesaba en mi mano, la piel suave como terciopelo mientras envolvía mis dedos alrededor de la gruesa base de su longitud. Me incliné hacia adelante, manteniendo el contacto visual a la par que lamía la gota de líquido preseminal de su punta.

—*Blyat*. Llévame a esa boquita caliente.

Sonreí con arrogancia mientras entreabría los labios, pero solo tomé su punta. Lo provoqué con mi lengua, lamiendo y chupando lo justo para darle placer, pero no lo suficiente para llevarlo al límite.

—Vas a ser mi puta perdición, joder —gruñó—. Deja de portarte como una malcriada y toma mi polla como la buena chica que sé que puedes ser. —Sus ojos ardían con fuego, su expresión casi enfadada. Pero yo sabía que no era así.

Enroscó mi cabello alrededor de su mano y jaló, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres ser mi buena chica?

Mis dedos se clavaron en sus muslos. Me pedía permiso para follarme la boca y tomar su orgasmo como quisiera. Asentí, y sus ojos se arrugaron con calidez.

Sin advertencia, se metió profundamente en mi boca. Se me humedecieron los ojos y me atraganté por la sorpresa. Instintivamente, me aparté, mas no me lo permitió. La punta de su gruesa verga descansaba justo en la parte trasera de mi garganta, no lo bastante profunda para cortarme el aire, pero sí justo en el punto que me obligaba a concentrarme del todo para evitar arcadas.

—*Shhh*, *Malyshka*. Así. Tú puedes. Puedes darme todo.

Me incliné hacia adelante, llevándolo más abajo en mi garganta. Tragué saliva a su alrededor, desesperada por no atragantarme. Desesperada por ser su buena chica.

—Eso es. Carajo, tu boca fue hecha para mí. —Se retiró lo suficiente para que yo pudiera tomar aire antes de volver a embestir. Su agarre en mi cabello era inflexible. Apoyé mis manos en sus

muslos y me sumergí en la sensación de rendición total, donde nada importaba más que complacerlo.

Él lo necesitaba, y yo también.

Me dolía la mandíbula, mis labios estaban hinchados y mi clítoris estaba tan hinchado de necesidad que casi dolía, y, sin embargo, cuanto más fuerte empujaba en mi boca, más me quedaba a la deriva, completamente relajada.

—Mírame.

Mi vista recorrió su cuerpo, deteniéndose en las crestas de sus abdominales, en sus enormes manos que me manejaban con facilidad, hasta que me encontré con unos ojos tan ardientes que se sonrojaron mis mejillas.

—Voy a llenar esta boquita apretada de semen y tú vas a tragarte hasta la última gota, ¿verdad? Porque eres mía. —*Embestida*—. Para siempre. —*Embestida*— Nunca te dejaré ir.

Gemí, y él soltó una serie de maldiciones antes de correrse por mi garganta. Lo tragué todo, cerrando los ojos mientras él suavizaba sus caricias. Apoyé mi mejilla en su pierna, la tensión en mi cuerpo desapareciendo.

Me atrajo hacia sus brazos y me besó con hambre, sin importarle que aún tuviera su sabor en mi lengua.

—He pasado toda mi vida asustado, pero en el *ring* de pelea, nada más importaba. Ahora, el único momento en que el miedo desaparece es cuando estoy contigo.

ESTÁBAMOS ABRAZADOS EN EL PORCHE, viendo la puesta de sol. Nuestra dulce niña bailaba en mi vientre después de cenar, y *Dimi* le murmuraba en ruso.

Le acaricié el cuero cabelludo.

—¿Acabas de decir algo sobre un oso?

Me dedicó una sonrisa radiante.

—Es un viejo cuento de hadas sobre una niña que huye al bosque y encuentra un oso encantado.

Le di un beso en el hombro y siguió contando la historia, arrullándome con sus palabras suaves y la caricia de mi vientre. Ojalá pudiera congelar este momento y quedarme en él para siempre, a salvo con mi familia, bajo el cielo rosa y naranja.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? —susurré.

Rozó su mejilla contra la mía.

—Por supuesto. Tengo a mis dos chicas preciosas con quienes volver.

Unas horas después, llegó Maxim. Nos quedamos hombro con hombro junto a la puerta principal, viendo cómo *Dimi* se marchaba con Sergey e Ilya. Se reunirían con los demás en un punto de encuentro.

Maxim me dio un codazo en el hombro.

—Estará bien.

Mis labios temblaron mientras intentaba no llorar, pero le di un asentimiento a medias.

—Vamos. Entremos y comamos un montón de helado mientras me enseñas lo último de *CozyScape*. He estado descuidando mi aldea.

Las luces traseras del SUV blindado hacía tiempo que habían desaparecido. Solté un suspiro lento y me di la vuelta.

—Bien. Pongamos tu aldea bajo control.

68

DIMITRI

LLEGAR AL ALMACÉN SE SENTÍA COMO ACERCARSE A LAS PUERTAS DEL INFIERNO. Se alzaba ante nosotros, envuelto en oscuridad. Habían pasado veinticinco años desde que Rustik me trajo aquí, pero lo había visitado tan a menudo en mis pesadillas que sentía que nunca me había ido. No importaba cuántas peleas hubiera ganado o cuántas personas hubiera matado en los años siguientes, de repente me transformé en ese niño indefenso de diez años.

Sergey se estacionó y el resto de nuestro equipo señaló que estaban en posición. Mientras esperábamos a que Aleksei confirmara la ubicación de *Souleater*, mi mente se desvió hacia Sienna. Cada célula de mi cuerpo protestaba por la distancia entre mi esposa y yo. Después de esto, no tenía intención de permitir que estuviera en otra habitación diferente. Si hacía falta, empezaría a seguirla por toda la casa como si fuera Vovk.

La voz de Aleksei crepitó en el radio de mano.

—El dron de imagen térmica muestra que el almacén está vacío salvo por el rastro de calor de una persona en la sala trasera.

—A sus posiciones —ordené.

Cuatro hombres merodeaban hacia la entrada principal para detener a *Souleater* si intentaba escapar, mientras el resto de nosotros nos escabullíamos por el campo hacia la parte trasera. Esta

vez, no hubo crujido de nieve bajo mis pies, ni viento helado cortándome.

Esta noche terminaría con mi victoria.

La parte trasera del almacén solo tenía una puerta y la rodeamos, con las armas desenfundadas. Con una respiración profunda, disparé a la manija de la puerta. Se abrió sobre bisagras oxidadas. Entré primero. Había memorizado este camino a partir de los planos que Aleksei había encontrado, así que mis pasos eran seguros mientras corría por un pasillo estrecho hasta que me detuve en seco frente a su habitación.

Disparé a la manija sin dudarlo. Sergey pateó la puerta para abrirla.

69

SIENNA

Solté un gemido frustrado cuando mi vejiga me despertó por segunda vez. Me tambaleé lentamente hasta quedar sentada. *Vovchyk* levantó la cabeza y saltó de la cama, listo para acompañarme de nuevo al baño.

—La bebé piensa que mi vejiga es un trampolín.

Vovk me dio un golpecito en la mano.

—*Ugh*, Bien. Tienes razón. Cuanto antes me levante, más pronto podré volver a dormir.

Agarré mi teléfono camino al baño. No esperaba recibir mensajes de *Dimi*, me había dicho que no me pusiera nerviosa si no sabía nada de él, pero aún así se me hundió el corazón cuando la pantalla demasiado brillante de mi teléfono no me dio ninguna garantía de que mi esposo estaba a salvo. Aunque me indicó que eran poco más de las tres de la madrugada.

Oriné rápido para no quedarme dormida sentada en el sanitario. Las patas de *Vovchyk* volvieron silenciosamente a la cama, pero cuando me senté al borde del colchón, gruñó.

El hielo recorría mis venas, transportándome de vuelta a ese oscuro pasillo en el astillero. Me sudaban las manos mientras apoyaba una en la espalda de Vovk para mantener el equilibrio. No lo había visto así desde el astillero, cada músculo tenso, un gruñido

bajo y constante aun retumbando en su interior. ¿Qué probabilidades había de que Maxim se estuviera moviendo por la casa y eso fuera a lo que Vovk estaba reaccionando?

Cuando su gruñido se hizo más fuerte y aun más feroz, mi esperanza se desvaneció en la oscuridad de la noche.

Me temblaban los dedos mientras le marcaba a Maxim. Contuve la respiración, deseando que contestara, pero el teléfono ni siquiera sonó. Se me hundió el corazón por completo al darme cuenta de que no tenía señal. Ni siquiera había barras en la esquina superior de la pantalla del teléfono, solo decía SOS. Intenté llamarlo otra vez. Nada. Intenté mandar un mensaje, pero no pasó. Como último intento desesperado, llamé a *Dimi*, pero volví a encontrarme con silencio.

El temor que había sido una pequeña roca al primer gruñido de Vovk ahora era una pesada roca en mi estómago. Abrí lentamente el cajón de la mesita y saqué mi pistola. No me molesté en cerrar el cajón, no quería arriesgarme a hacer más ruido. El sudor me resbalaba por la espalda mientras me esforzaba por escuchar. ¿Había alguien en la casa?

Mi mano se aferró al picaporte de la puerta, pero dudé. ¿Era una situación de *quédate quieta*? ¿O eso solo me convertiría en un blanco fácil? Mi cerebro, normalmente lleno de pensamientos acelerados imposibles de ralentizar, estaba en blanco.

Bueno, hacer algo tenía que ser mejor que quedarme junto a la puerta con pantalones deportivos, camiseta y pantuflas esponjosas. Saldría, vería a Maxim sentado en la sala, le diría que Vovk había escuchado algo y él se encargaría.

Empujé la puerta lentamente. Vovk se puso inmediatamente delante de mí, con el pelaje de la espalda erizado mientras sus gruñidos continuaban. Apreté la pistola, obligándome a mantenerla firme a la par que avanzábamos sigilosamente por el pasillo sombrío hacia la sala. Miré por la esquina, esperando ver a Maxim en el sofá, pero la habitación estaba vacía. La lámpara de la mesa estaba encendida y había un plato con media galleta sobre la mesa de centro. El silencio pesaba en mi pecho, tan opresivo que era difícil respirar.

Mantuve mis dedos enredados en el pelaje de Vovk mientras cruzábamos la sala, casi soltando un gemido cuando lo vi.

La puerta principal estaba abierta.

Mierda. *Mierda, mierda, mierda.* Maxim nunca me dejaría.

Me agarré el pecho con mi mano libre, intentando ralentizar la respiración antes de desmayarme. Necesitaba mantenerme firme porque algo estaba terriblemente mal.

Quité el seguro del arma y me pegué a la pared mientras nos acercábamos sigilosamente a la puerta principal abierta.

70

DIMITRI

Un hombre me esperaba dentro de la habitación.

Pero él no era *Souleater.*

Sus ojos de pánico se posaron en cada uno de nuestros rostros. El único movimiento que pudo hacer ya que estaba atado y amordazado en medio de una habitación vacía. La sangre goteaba de su piel lacerada.

Le arranqué la mordaza.

—¿Quién eres?

—¿Quién? —murmuró, con su cabeza cayendo—. ¿Dónde estoy?

Maldije. No importaba quién era este hombre. *Souleater* nos había tendido una trampa perfecta, y yo caí directo en ella.

—Encárgate de esto —demandé antes de salir corriendo de la habitación. No necesitaba los planos para saber a dónde debía ir. Pasos contundentes me seguían mientras avanzaba por los pasillos hasta llegar a la puerta de la sala principal. Abrí la puerta de golpe y mis ojos fueron directamente al concreto agrietado en el centro del suelo, el último lugar donde había visto a *Mama*. Esta vez, lo único que me esperaba era un teléfono satelital negro.

Y estaba sonando.

Sergey, Ilya y Konstantin me cubrieron mientras cruzábamos juntos la sala.

Contesté y esperé.

Una risa baja me erizó el cabello de la nuca.

—Dimitri Ivanov. He esperado con ansias nuestra reunión. Solo desearía estar allí para darte la bienvenida en persona, pero había otro lugar en el que necesitaba estar esta noche.

—Dusheguby —gruñí el nombre ruso de *Souleater*, con la bilis subiéndome por la garganta al escuchar la voz que nunca pensé volver a oír—. ¿Dónde estás?

Mis pies salieron disparados debajo de mí. Mis hombres me siguieron sin cuestionarlo mientras corríamos hacia los autos.

—Creo que ya lo sabes, Mitka. *Fue bastante irresponsable abandonar tu posesión más preciada completamente sola en medio del bosque. Pensé que te había enseñado mejor que eso*. *Tus errores me decepcionan, pero tuve suerte de que conservaras las casas de seguridad de tu querido* Papa*.*

El pánico me ahogó el pecho. Esto fue culpa mía. Me había vuelto demasiado confiado.

—¿Qué quieres con ella?

En cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que la había cagado. Había revelado demasiado, confirmado cuánto significaba Sienna para mí. La risa de *Souleater* lo confirmó.

—A menudo me he preguntado cómo sería entrenar a un soldado desde la infancia. Enseñar a los chicos siempre trae una gran satisfacción, pero hay algo tentador *en la idea de controlar cada aspecto del desarrollo de un soldado.*

—¡Si le pones una mano encima, serás tú quien se rompa! —grité por teléfono.

Abrí de par en par el lado del pasajero del SUV. Sergey saltó al asiento del conductor mientras Ilya y Konstantin se subieron atrás. Apenas habíamos cerrado las puertas del coche cuando Sergey se metió en la carretera. Una rápida mirada por encima del hombro confirmó que el resto de mis hombres me seguía de cerca.

Saqué mi celular y llamé a Maxim, lanzándole el teléfono a Konstantin para que les avisara.

—De todos los chicos que entrené, tú fuiste el único que no se rompió —continuó *Souleater* con su voz irritantemente calmada—.

Dime, Mitka*. Cuando le abra el estómago a tu mujer y saque a tu hijo no nacido, ¿te romperás entonces? Podríamos descubrirlo… si llegas a tiempo.*

La llamada se cortó y rugí, el sonido angustioso estallando desde lo más profundo de mi alma. Giré la cabeza hacia Konstantin.

—No entra la llamada —dijo, con la mirada perdida—. Llamé a Maxim otra vez, luego a Sienna. No hay señal.

—Tampoco tengo señal en mi teléfono —tartamudeó Ilya.

Apreté el teléfono satelital y le marqué a Maxim con manos temblorosas.

«Contesta. Contesta».

Lo único que me recibió fue silencio.

Le arrebaté mi teléfono de las manos a Konstantin y abrí la aplicación de rastreo que había instalado en el teléfono de Sienna. El círculo en la pantalla giró, incapaz de cargar.

—Podría ser una interrupción normal del servicio —dijo Sergey.

No respondí. No hacía falta. Sergey creció en este mundo conmigo, y sabíamos que no existían las coincidencias.

71

SIENNA

Cada cambio sombrío en la oscuridad me sobresaltaba. Mi corazón latía con fuerza era un metrónomo en mis oídos, creando una especie de banda sonora retorcida para esta noche infernal. Apreté los dientes para que no castañearan mientras seguía a Vovk por un costado de la casa, confiando en sus ojos antes que en los míos.

Era luna nueva, así que ni siquiera el cielo podía ofrecerme luz.

Mi pistola temblaba en mi mano y retomé el agarre. Con cada paso, esperaba con todas mis fuerzas que Maxim saliera de las sombras y gritara: "!Es broma! ¡Te atrapé!"

Mi teléfono seguía sin señal. Una vida evitando a la policía me había enseñado a no llamar nunca al 911, pero quizás este era el momento. Sin estar segura de si estaba haciendo lo correcto, marqué, pero nada. Ni siquiera esa llamada se procesó.

Vovk me dio un golpecito en la pierna y le acaricié la cabeza. Al menos no estaba sola. Lo haríamos juntos. Juntos echamos un vistazo a la siguiente esquina. El oscuro abismo del jardín trasero y el borde del bosque se alzaban enfrente.

Me obligué a seguir adelante. Nos fuimos acercando lentamente a la terraza trasera donde *Dimi* y yo habíamos estado sentados solo unas horas antes… excepto que en este momento había una figura oscura tendida al pie de las escaleras.

Mis pies seguían pegados al suelo. ¿Era Maxim? ¿O un enemigo?

¿Pelear o huir?

Vovk me dio un golpecito en la pierna con un gemido bajo, y eso fue todo. Si quería que continuara, lo haría. Respiré temblorosamente y me metí de fondo. Lo haría porque tenía que hacerlo. Igual que las mujeres albanesas lucharon por su libertad, igual que Leona lo hizo con sus víctimas de trata. Ahora recurrí a su fuerza.

«Per favore, Mamma, proteggimi e il mia bambina». Envié mi oración al universo, esperando que la escuchara. *«Por favor, mamá, protégeme a mí y a mi bebita».*

Me acerqué a la figura oscura, esperando desesperadamente confundir un tronco caído con un cuerpo, pero a medida que me acercaba, mi deseo no se cumpliría.

—Maxim —atiné a decir con dificultad mientras caía de rodillas a su lado—. No, no, no.

Batallé con mi teléfono hasta que conseguí encender la linterna. Tenía los ojos cerrados y mi corazón se detuvo al ver la sangre que brotaba de una herida en su estómago.

Algo me agarró la muñeca y apenas contuve un grito.

—Sienna. —La voz de Maxim tembló de dolor mientras apretaba mi brazo—. Es él. *Souleater.* Escóndete. Llama a Dimitri.

—No hay señal —susurré—. Tenemos que llevarte al auto.

Abrió los ojos con dificultad. ¿Cuánto le costó solo ese movimiento?

—No. Ve a esconderte. Estaré bien.

Ignoré sus palabras arrastradas. No estaría bien.

Me quité la sudadera, mi favorita de las que le había robado a *Dimi*, y la presioné contra la herida de Maxim. Esto era tan poco higiénico, pero no podía perder más sangre. Solo tenía que aguantar hasta que llegáramos al hospital.

—¿Te dispararon? —susurré.

—Sienna, aléjate. *Escóndete*.

—Ya es demasiado tarde para eso. —Una voz masculina profunda con un fuerte acento ruso cortó la oscuridad.

Me costó todo mi valor levantar la vista hacia la figura sombría que se alzaba a tres metros de distancia. Su rostro y cuerpo estaban envueltos en oscuridad, lo que hacía imposible distinguir sus rasgos. Mi arma estaba abandonada en algún lugar de la hierba detrás de mí. No estábamos nada preparados. Se me hundió el corazón. Mi error nos costaría la vida a todos.

¿Por qué Vovk no me había advertido de la presencia de *Souleater*? No gruñó. Una rápida mirada a mi alrededor confirmó que se había ido. Se me cortó la respiración. ¿Le había pasado algo? ¿O fue él quien decidió dejarme?

—¿Quién eres? —inquirí, entrecerrando los ojos mientras mantenía presión sobre la herida de Maxim.

—No nos andemos con juegos. Sabes quién soy. Llevamos meses dándonos vueltas, señora Ivanova. Reconozco que tenía muchas ganas de conocer a la mujer que se casó con mi *Mitka*. O, *Dimi*, como lo llamas.

Mitka. Un escalofrío me recorrió la espalda. Reconocí ese nombre. Lo había leído una y otra vez en los diarios detallados de este monstruo. Darme cuenta de que *Mitka*, la víctima favorita de *Souleater*, era mi *Dimochka* me robó el aliento.

—Sí, sé quién eres. —Mi voz salió con una firmeza que me sorprendió. El miedo helado que había congelado mi cuerpo empezó a cambiar, a arder, hasta que fui consumida por un fuego de rabia. Este hombre era responsable de las cicatrices en la piel de *Dimi*, las que yo había trazado con mis dedos y cubierto con besos. Y ahora también era responsable de que la sangre caliente de Maxim se filtrara entre mis dedos, y ni siquiera tuvo el valor de mostrar la cara.

—Felicitaciones por tu pequeño —continuó—. Siempre he amado a los niños.

Las náuseas me sacudieron. Me mordí el interior de la mejilla para mantener la calma. Por dentro gritaba, pero por fuera mi rostro seguía impasible.

«Por favor, cerebro, trabaja. Inventa algo».

—Gracias —comenté—. Estamos muy emocionados. Siento no tener té ni galletas para ofrecerte en esta feliz reunión.

Souleater soltó una risa que sonó como metal rechinando contra metal.

—Entiendo por qué le gustas a *Mitka*.

—Tiene buen gusto. —Me moví de rodillas, intentando localizar el arma en el suelo sin que *Souleater* se diera cuenta—. Lástima que no esté aquí para celebrarlo. Quizá quieras volver otro día.

Un dolor punzante en mi vientre me detuvo en seco. Instintivamente, mi mano voló a mi estómago.

Souleater tarareó y dio un paso adelante. Me costó toda mi fuerza resistir el querer escapar. Maxim me necesitaba y no lo dejaría.

—*Oh*, no te preocupes. Acabo de hablar con *Mitka*. Está de camino para reunirse con nosotros.

La esperanza y el temor giraban dentro de mí. Si tuviera el poder de la telepatía, no sabía si lo usaría para gritarle que llegara más rápido o para que se mantuviera alejado. *Dimi* y sus chicos eran capaces y superaban en número al monstruo que tenía ante mí, pero *Souleater* siempre parecía estar un paso adelante de nosotros. ¿Estaban volviendo a una trampa? Sin querer, una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Esta noche, por fin responderá por sus crímenes.

—*¿Sus* crímenes? —solté de repente. Carajo. Cerré los ojos con fuerza. *«No lo provoques. Mantén la calma. Haz que siga hablando»*—. ¿Qué crímenes serían esos?

—¿Qué crímenes? —gruñó—. ¿Qué crímenes? —Empezó a pasear de un lado a otro, murmurando para sí mismo en ruso ininteligible—. Él fue quien convenció a Rustik de que yo actuaría contra él para destituirlo como *Pakhan*. ¡Después de los años de trabajo que puse en *Mitka*, me traicionó!

—Pero no moriste —señalé. Una vez más, cambié mi peso, intentando barrer mi pierna por la hierba para encontrar mi pistola, o la de Maxim, *o cualquier cosa* que pudiera salvarnos de este hombre.

—¡Como si pudiera matarme! —espetó—. Rustik era mi marioneta. Nadie sabía de la alianza que teníamos desde lados opuestos del mundo. Entrené y rompí soldados para él en el

complejo y le pasé la información que le ayudó a construir su imperio. El día que supe que le había dicho a *Mitka* que me matara, tuve una hora de aviso para crear un plan.

Intenté prestar atención a sus palabras, pero lo único que me importaba ahora era la sangre de Maxim filtrándose entre mis dedos y si Dimitri estaba bien. Pero cuanto más hablaba, más tiempo vivíamos.

—Dios me sonrió desde arriba aquel día. Recientemente había estado en Albania durante mis viajes, donde descubrí que las mujeres estaban desarrollando en secreto un veneno que podía imitar la muerte. Salí de Albania con dos frascos robados en mi bolsillo: el veneno y el antídoto.

Debió de ser cuando se reunió con los esposos de Arta y Elira.

—Esa noche, informé a mis hombres de mayor confianza de mi plan y tomé el veneno. Cuando *Mitka* irrumpió en mi apartamento, encontró mi cuerpo tendido sin latido. —La ira se encendió en su voz —. *Mi Mitka* fue quien me enterró. Cuando mis hombres me desenterraron y me dieron el antídoto, apenas llegaron a tiempo. Pero aquí estoy.

—¿Por eso estás aquí? —Aclaré mi voz, intentando mantenerla fuerte y estable—. ¿Para vengarte de Dimitri?

—Tenemos asuntos pendientes. —Se acercó a mí—. He esperado mucho tiempo para esta reunión. *Mitka* fue el único chico al que nunca quebré.

Otro paso adelante.

Estaba pegada al suelo, pegada a la hierba, incapaz de apartar la vista del depredador que tenía enfrente.

Souleater se agachó para que estuviéramos a la misma altura. Su rostro seguía en la sombra, pero mis ojos se habían acostumbrado lo suficiente a la oscuridad para encontrarse con su mirada oscura. Si esto fuera el final, no me iría acobardada.

Desenvainó lentamente un cuchillo de su cintura. La larga navaja curva brillaba bajo la luz de las estrellas.

—Iba a esperar a que llegara para empezar, pero no arruinaría las cosas por empezar antes.

Otra ola aguda de dolor recorrió mi estómago. Solté un jadeo involuntario. ¿Pero qué *carajos?* No. No podía ser lo que pensaba.

Soltó una risa baja.

—No te preocupes. He perfeccionado mis habilidades con años de práctica.

Atacó con el cuchillo. Me eché hacia atrás por instinto y la punta apenas rozó mi estómago. Caí sentada, con mi corazón latiendo con fuerza ante su risa maniática. Avanzó y supe que su siguiente corte alcanzaría su objetivo. Antes de que pudiera hacer algo, un gruñido feroz cortó la noche. Un borrón blanco saltó por el aire. Vovk chocó con *Souleater,* derribándolo al suelo. Un grito horrible llenó el aire y me sacudió para ponerme en acción. Busqué frenéticamente entre la hierba, sollozando mientras rezaba para encontrar el arma. Justo cuando mis dedos se cerraron alrededor de algo frío y duro, un disparo resonó. Vovk chilló y voló varios metros por el aire.

—¡No! —grité.

Otro dolor agudo me atravesó el estómago cuando me puse de pie, pero avancé hacia la forma sombría de Vovk.

Un movimiento a mi izquierda llamó mi atención. *Souleater* luchaba por levantarse. De su garganta brotaba un carmesí oscuro. Cambié de rumbo sin dudar, levantando el cuchillo que se le había caído a *Souleater*. Con toda la fuerza que pude reunir, forcé la navaja hacia abajo y corté limpiamente su estómago en el mismo lugar donde le había disparado a Maxim.

La sangre brotó sobre mi piel, caliente y metálica. No fue suficiente. Saqué el cuchillo y lo bajé de nuevo.

Y otra vez.

Se quedó inmóvil en el suelo, pero no me detuve. Arrastré la punta por su pecho, cortando su camisa y la chaqueta como si fueran mantequilla. No paré cuando llegué a su cintura.

—Por Maxim. Por *Dimi*. —Respiré entrecortadamente—. Por *Mitka,* Sasha, Lev y todos los chicos sin nombre que lastimaste.

No sabía cuánto tiempo tardó mi rabia violenta y sangrienta en calmarse, pero cuando lo hizo, vi a *Souleater* por primera vez.

Al menos, lo que quedaba de él.

De repente, mis extremidades empezaron a temblar y un frío intenso me invadió el cuerpo. Un gemido se me escapó de los labios, pero apreté la mandíbula. No podía desmoronarme. Todavía no.

Mi mano derecha, empapada de sangre, agarraba el cuchillo y la izquierda me sujetaba el vientre. Todo a mi alrededor se difuminaba y distorsionaba hasta que estaba tan perdida en la neblina que no sabía qué era real o no.

Souleater estaba destrozado hasta quedar irreconocible, pero había engañado a la muerte una vez antes y no permitiría que volviera a ocurrir. Con la última fuerza que me quedaba, bajé el cuchillo directamente en su frente. Atravesó el cráneo con un crujido horrible, pero no salió sangre de la herida. Esta vez realmente estaba muerto.

Le di la espalda y me arrastré hasta Vovk. Mi lobo rozó su nariz contra mi mejilla con un gemido y le rodeé suavemente el cuello con los brazos, sin importarme que su hocico estuviera cubierto de sangre de *Souleater.*

—Eres el mejor chico del mundo. Nos salvaste —sollozaba—. Ahora tengo que cuidarte.

Pasé mis manos por su cuerpo. Gritó cuando le presioné las costillas, pero no había sangre ni herida de bala. La bala de *Souleater* debió fallar, y en su lugar había pateado o golpeado a Vovk en el costado. Ese pensamiento hizo que mis lágrimas cayeran por mis mejillas, pero tenía que creer que estaría bien hasta que lo lleváramos al veterinario.

—Tenemos que ayudar a Maxim. —Me atraganté.

El dolor se apoderó de mi estómago. Grité, pero no dejé de arrastrarme hacia él. Mi rodilla cayó sobre algo con un *crujido*. Mi teléfono. Me costó tres intentos encender la linterna. Iluminé los ojos de Maxim, atragantándome con un sollozo de alivio cuando parpadeó. Estaba vivo, pero ¿cuánto tiempo se quedaría así si no podía llevarlo al hospital? Volví a presionar mis manos sobre su herida, aportando toda la presión que pude.

Vovk gimió mientras se levantaba lentamente. Cojeó hasta mi lado, y yo lo miré con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué se supone que hagamos? ¿Quizás pueda hacer algún tipo de camilla para llevarlo al coche?

No podría vivir conmigo misma si Maxim se desangraba y ni siquiera hubiera *intentado* conseguirle ayuda. Mis lágrimas cayeron sobre su camisa ensangrentada.

—No te duermas.

—*Mmm*, estoy bien despierto.

Mi corazón dio un vuelco. Apenas entendía sus palabras arrastradas, pero eso no importaba. Seguía aquí. Seguía luchando.

—¿Puedes moverte? —pregunté—. Tenemos que llegar al auto.

Una sombra de sonrisa apareció en sus labios.

—¿Estás tan ansiosa por llevarme al cementerio ya?

—No tienes derecho a bromear con eso, al igual que no tienes derecho a morirte —declaré—. No los vi a ti y a Aleksei andarse con rodeos estos últimos meses solo para que mueras antes de que le confieses tu amor por él, demonios.

Esta vez, cuando habló Maxim, lo único que salió fue un revoltijo bajo de palabras que no entendí en absoluto. El miedo me invadió mientras soltaba mi agarre sobre su estómago. Parecía que la hemorragia había disminuido. Eso era bueno, ¿verdad?

Me agarré a la barandilla del porche. En cuanto me levanté, un chorro de líquido recorrió mis piernas, empapando mis pantalones deportivos. Vovk paseaba frenéticamente de un lado a otro y soltaba aullidos cortos y angustiados.

—Bueno. ¡Que no cunda el pánico! —chillé—. Todo está bien. Voy a fingir que me hice pipí encima porque que se me rompa la fuente ahora mismo sería demasiado dramático.

Con una última mirada de pánico a Maxim, subí los escalones del porche tan rápido como pude y abrí la puerta corrediza trasera. Mis manos dejaron huellas ensangrentadas en las paredes mientras tropezaba por la casa. Agarré la colcha grande de la cama y las llaves del coche de la encimera. Bajar los escalones del porche fue una agonía. Cada parte de mi cuerpo dolía, y otro calambre horrible recorrió mi estómago.

—Bien, *Maxy*, te vamos a poner en esta manta y te meteremos en el coche. —Goteaba sudor mientras sacudía la manta y empezaba

a moverla bajo su cuerpo. Cada uno de sus gemidos de dolor era como una daga en mi corazón. ¿Estaba siquiera haciendo lo correcto? Me detuve tras unos minutos y presioné su herida mientras recuperaba el aliento.

Otro calambre punzante me sacudió el estómago. Giré a Maxim de lado para que la colcha quedara completamente debajo de él.

—¿Sigues conmigo, *Maxy*?

Sus pestañas parpadeaban sobre sus mejillas grises.

Más rápido. Tenía que moverme más rápido.

Cuando me levanté, una oleada de mareo me ennegreció la vista. Apreté la mandíbula contra el dolor creciente. Vovk me dio un golpe en el estómago.

—Puedes ayudarme a jalar la manta —pedí mientras recuperaba el equilibrio y agarraba la tela suelta de la parte superior de la colcha—. Mientras no te lastimes.

Estaba más firme en sus pies, así que le ofrecí un extremo a *Vovkchyk* y jalé. Maxim se deslizó unos centímetros hacia mí. Al menos la hierba le ayudaba a deslizarse. Respiré profundamente para calmarme. Esto iba a funcionar. Yo lo haría funcionar.

Planté los pies y jalé de la colcha de nuevo, esta vez con la ayuda de Vovk. Esta vez se deslizó más cerca de treinta centímetros. Jala, desliza. Jala, desliza. El patrón se repitió hasta que doblamos la esquina de la casa. Miré por encima del hombro. La entrada parecía estar a kilómetros. Todo se volvió borroso mientras entrecerraba los ojos entre lágrimas. Mi labio inferior temblaba, pero continué.

«Planta los pies. Jala la colcha. Apártate. Repite».

Vovk estaba tan decidido como yo, sus patas clavándose en el suelo mientras jalaba con fuerza de la colcha.

¿Dónde estaba *Dimi*? ¿Venía en camino o le había pasado algo? Lo necesitaba más que cualquier otra cosa en toda mi vida. Él haría que todo volviera a estar bien.

Me ardían los brazos y me dolía la espalda. Los calambres abdominales, porque *no* los llamaría de otra manera, llegaron más rápido ahora. Las lágrimas caían por mi cara mientras jalábamos a Maxim la última distancia hasta el camino de entrada.

Me desplomé de rodillas. Estaba quieto y en silencio, con el rostro teñido de gris. Volví a presionar su herida, me incliné para que nuestras caras quedaran cerca y solté un grito tan salvaje que me asusté a mí misma.

Los ojos de Maxim se abrieron lentamente.

—Carajo. ¿Quién iba a decir que eras tan gritona? —Apenas podía entenderle, pero no me importaba mientras siguiera hablando —. ¿Eres tan ruidosa con *Dima*?

—Bien, sí, sigue bromeando así.

—Ahora intentas conseguir… —gimió, frunciendo su ceño pálido de dolor.

—Intentando conseguir ¿qué? —pregunté. Cuando no respondió, le pregunté de nuevo, esta vez más alto.

Dejó escapar una tos débil.

—Que me maten.

—Estoy intentando salvarte, imbécil.

—*Dima* me… —Tomó una respiración agonizante y temblorosa—. Me matará por esa broma.

Mis lágrimas no paraban.

—Bueno, asegúrate de mantenerte despierto el tiempo suficiente para darle esa satisfacción.

Mantuve presión sobre su herida y miré el coche. El SUV bien podría haber sido el Everest, de lo realista que fue para mí arrastrar a Maxim dentro. Me temblaban las manos cuando saqué las llaves de mi sostén. Se me escaparon entre los dedos manchados de sangre. Cuando intenté agarrarlas, mis brazos y piernas temblaban tanto que me desplomé hasta quedar tumbada junto a Maxim. Un grito ahogado salió de mi cuerpo, absolutamente primitivo, mientras otro calambre… *contracción*… me pegó. El dolor se extendía por mi estómago y la espalda.

Sollocé mientras extendía la mano y la colocaba sobre la tela empapada de sangre sobre la herida de Maxim, haciendo todo lo posible por mantener cierta presión.

Vovk se acurrucó contra mi costado. Las estrellas danzaban sobre nosotros en un vasto cielo nocturno.

—Lo siento —atiné a decir con dificultad—. Lo siento mucho.

El dedo de Maxim se movió contra mi brazo.

—Lo hiciste bien.

—Van a venir. —Mi pecho tembló con otro sollozo—. En cualquier momento.

Pero estábamos solos, nada más que las estrellas nos acompañaban, mientras Maxim se desvanecía a mi lado.

72

DIMITRI

Los minutos pasaban, cada uno tan largo como toda una vida. Los recuerdos pasaban por mi mente como la película más aterradora del mundo. El cuerpo de mi madre, tirado boca abajo ensangrentado en el piso de concreto. Los recuerdos se distorsionaban en pesadillas despiertas. El cabello dorado de *Mama* se oscureció y se convirtió en Sienna. La sangre brotaba de sus dedos, su pecho, su estómago. Intenté alcanzarla, pero no pude. Cuando retiré las manos, estaban empapadas de rojo.

Apreté la mandíbula contra la oleada de náuseas mientras intentaba mantenerme en el presente. Sienna necesitaba que estuviera concentrado.

Intenté llamarla otra vez. Nada.

Sergey conducía por las sinuosas carreteras rurales al doble del límite de velocidad, pero no era lo suficientemente rápido.

«Por favor, que estés bien, nena. No puedo vivir en un mundo sin ti».

Redujo la velocidad justo antes de la entrada y apagó las luces. El crujido de la grava nos delataría, pero no me importaba. Si *Souleater* estaba aquí, que viniera de una puta vez, carajo. Estaba preparado para él y esta vez, no quedaría nada de su cuerpo destrozado que resucitar.

Mis ojos se tensaron mientras miraba por la ventana. La puerta principal estaba abierta y la luz del porche encendida, iluminando el césped delantero donde yacían las sombras de tres cuerpos.

Ya estaba fuera del coche antes de tomar la decisión consciente de moverme.

—¡Enciende las luces! —le grité a Sergey mientras corría por la hierba. Una de las formas sombrías se movió, un gruñido feroz cortando el aire nocturno.

Los faros se encendieron, iluminando a Vovk de pie sobre los cuerpos de Sienna y Maxim.

—No. ¡No! —Me arrodillé junto a ellos—. ¡Sienna!

—*Dimi*. —Se atragantó con un sollozo y fue el mejor puto sonido que había escuchado en mi vida porque significaba que estaba *viva* —. Estás aquí.

—Aquí estoy, nena. Aquí estoy y nunca más volveré a dejarte. ¿Qué pasó? ¿Estás herida? —Estaba cubierta de sangre, con las manos muy rojas.

—No es mi sangre. Maxim. Revisa a Maxim.

Un sonido agonizante y ahogado se me escapó al ver la sangre empapando el frente de Maxim.

El fuerte sonido de unos pasos se acercó y entonces Aleksei cayó de rodillas a mi lado.

—*Maksyusha,* no. No, no, no —lloró.

—Lo siento. Lo intenté —sollozó Sienna.

—*Prosnis, Maksyusha* —susurró Aleksei—. *Ya tebya lyublyu. Pozhaluysta*, *prosnis*. —«Despierta. Te amo. Por favor, despierta»*.*

Sergey apartó a Aleksei y le arrancó la camisa a Maxim.

—Herida de bala, pero está coagulada. —Se inclinó, con la mirada fija en el pecho de Maxim—. Todavía está respirando. Tenemos que llegar al hospital.

Sienna soltó un grito de alivio mientras Aleksei y Sergey levantaban con cuidado el cuerpo inconsciente de mi mejor amigo.

—Aleksei, lleva a Ilya contigo al hospital. Sergey, te necesito aquí —ordené, negándome a apartar la vista de Sienna—. ¿Segura que no estás herida?

—No, yo… —Sus palabras se cortaron con un jadeo y luego soltó un grito horrible que se convertiría en material para mis pesadillas. Arqueó la espalda y las manos se aferraron al suelo mientras Vovk aullaba y yo me quedé allí, incapaz de hacer nada—. Estoy en trabajo de parto —jadeó, con el rostro retorcido por el dolor—. Algo no está bien. La bebé viene demasiado rápido.

—Está bien. Te llevaremos al hospital y todo saldrá bien.

Negó con la cabeza y gritó. Los tendones de su cuello se tensaron mientras echaba la cabeza hacia atrás por el dolor.

Sergey regresó.

—Anatoly y Lev están revisando el perímetro. ¿Qué necesitas?

—Está en trabajo de parto. Ayúdame a estabilizarla mientras la recojo. —La levanté en mis brazos y ella gritó—. Está bien. Todo estará bien —repetí, aunque dudaba que mi voz frenética fuera reconfortante.

Sergey se adelantó corriendo para abrir la puerta del coche, pero Sienna me agarró los hombros, sus dedos clavándose con tanta fuerza que sangré.

—No. Necesito… —Sus palabras se interrumpieron con un grito. Cuando recuperó el aliento, dijo—: Ducha. Agua caliente. *Por favor*.

Me quedé paralizado, cruzando la mirada con Sergey. No se me ocurrían dos personas menos preparadas para manejar esta situación que nosotros.

—Cuanto antes lleguemos al hospital… —Empezó Sergey, pero Sienna ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No. No puedo.

Ella soltó otro grito y sentí la contracción recorrerle el estómago.

—Anatoly dice que la casa está despejada —informó Sergey.

Bien. De acuerdo. Quizás podría meterla en la ducha para aliviar el dolor y luego podríamos ir al hospital. Fuera una tontería o no, no podía negarle nada a mi esposa.

Me dirigí hacia la puerta principal. Vovk me siguió de cerca mientras yo llevaba a Sienna dentro y por el pasillo hasta el baño. La habitación era estrecha, la bañera demasiado pequeña, y deseaba que estuviéramos de vuelta en casa… con señal telefónica, médicos y gente que realmente sabía lo que hacía. La ducha se calentó

mientras le quitaba la ropa con la mayor delicadeza posible, cada uno de sus gritos era como una daga en mi corazón. La coloqué en la bañera y la metí entre mis piernas para que su espalda quedara contra mi pecho y el chorro cayera en su barriga.

Sus gritos se apagaron y el aire se llenó de sus respiraciones entrecortadas.

—Lo siento mucho, *Malyshka*. —Le besé la parte superior de su cabeza, enviando una oración silenciosa al universo. *«Por favor, no dejes que muera. Llévame a mí en su lugar».* Una impotencia como nada que hubiera sentido desde que tenía diez años en ese almacén, viendo cómo la luz se desvanecía en los ojos de *Mama*, me pegó de golpe. Las lágrimas corrían por mi rostro igual que aquel día hace veinticinco años… la última vez que lloré.

—Siento muchísimo no haberte protegido.

Su cabeza se apoyó en mi pecho.

—Ya estás aquí.

—Nunca volveré a dejarte.

Su capacidad para responder fue interrumpida por otro grito de agonía cuando su vientre se estremeció y sus músculos se contrajeron. Vovk soltó un aullido junto a la bañera. Le grité para que se callara, pero me eché hacia atrás cuando lo vi por primera vez a la luz. Su cara y pecho estaban cubiertos de sangre. ¿La de Maxim? Mi visión se nubló cuando miré hacia abajo y vi las manos de Sienna cubiertas de sangre. No. Las manos de mi esposa nunca deberían estar manchadas así.

Mi culpa.

Mi maldita culpa por no protegerla, carajo.

Mi corazón latía con fuerza mientras agarraba un paño y frotaba suavemente. El agua corría roja mientras soltaba otro grito insoportable.

—¡Mi espalda! —gritó—. Me duele.

Bien. Esto sí podía hacerlo. Clavé mis pulgares en su espalda baja y se le cortó la respiración.

—Te tengo, nena. Estoy aquí. Joder, te quitaría el dolor si pudiera. Te lo quitaría todo, carajo.

Sergey tocó en el marco de la puerta, con la mirada fija en el techo.

—¿Pakhan?

Quería dispararle por irrumpir mientras Sienna estaba así de vulnerable.

—¡Cierra los putos ojos! —bramé—. ¿Qué pasa?

—Encontramos el cuerpo de Souleater —dijo en ruso—. *Está en el jardín trasero*.

Mi corazón dejó de latir, carajo, y, sin querer, apreté más el abrazo alrededor de Sienna. Se quejó y empujó mis brazos. Aflojé al instante.

—¿Muerto? ¿Cómo? ¿Estás seguro?

—Joder, parecía que lo habían destrozado.

Giré la cabeza hacia el lobo que apoyaba la cabeza en el borde de la bañera.

—¿Te refieres a *Souleater*? —preguntó Sienna débilmente.

—Sí, nena.

—Está muerto. Vovk y yo nos encargamos de él. —Su cabello se pegaba a un costado de su cara mientras su espalda se arqueaba de dolor—. Me aseguré de que esta vez estuviera realmente muerto.

Se me quedó la boca abierta mientras todo mi mundo cambiaba porque la mujer en mis manos, mi hermosa, increíble y deslumbrante esposa, había librado al mundo del monstruo que me había perseguido en mis pesadillas todos estos años.

73

SIENNA

Estaba perdida en una neblina de pánico y miedo.

—Tengo miedo.

—Nena, voy a ser sincero contigo… estoy muerto de miedo y no tengo idea de lo que hago.

Incluso en mi mente ensombrecida por el dolor, eso me hizo detenerme. Entrecerré los ojos entre lágrimas para ver la calidez en los ojos azules de *Dimi*.

—Lo que sí sé es que eres la persona más fuerte del mundo entero y que no estás sola. Yo estaré aquí contigo. Solo recupera el aliento y luego conduciremos al hospital a conocer a nuestra hija.

El dolor me partía hasta que pensé que iba a morir. La sola idea de que me trasladaran a cualquier lugar en este momento era insoportable. Mi visión se nubló con una nueva oleada de lágrimas.

—No me dejes.

—Nunca. Nunca me iré, carajo.

Otra oleada interminable de contracciones se apoderó de mí, superponiéndose hasta que el dolor se volvió interminable, ineludible. No podía respirar, no podía soportar esto, pero los brazos de *Dimi* sosteniéndome, sus pulgares clavándose en mi espalda, sus susurros animándome, me mantenían anclada.

Un lamento más allá de cualquier sonido que hubiera emitido antes estalló de mi pecho y sentí un impulso profundo y primitivo de pujar, algo que mi cuerpo nunca había hecho, pero sabía exactamente cómo hacerlo.

Dimi soltó una serie de maldiciones y preguntas, pero todo se desvaneció en el fondo. En este momento, éramos yo y este bebé. Contuve la respiración y apreté hacia abajo. Un incendio ardiente fue seguido por una oleada involuntaria, y mi niña salió disparada de mí. Me quedé mirando con incredulidad, incapaz de entender lo que acababa de pasar. Pero después, *Dimi* estaba allí, sus manos rodeándome para levantar a nuestra bebé de la bañera y ponerla en mi pecho. Le frotó la espalda hasta que ella soltó un llanto. Ese sonido, ese hermoso y milagroso sonido, fue como un *shock* en mi corazón, devolviéndome la vida. Mi cuerpo se descongeló y la abracé, con el pecho agitado por los sollozos.

Dimi soltó un montón de palabras en ruso demasiado rápido para que yo las entendiera, salvo su *ya tebya lyublyu* repetido.

«Te amo. Te amo. Te amo».

—¿Jefe? ¿Sienna? ¿Está todo bien? —La voz tensa de Sergey llegó por la puerta.

—Tenemos una hija —sollocé.

—Carajo. ¡Felicidades!

—¡No digas palabrotas frente a mi hija, carajo! —gritó *Dimi*, lo que solo me hizo reír.

Estaba delirando de dolor, *shock* y alivio. Solo podía concentrarme en la sensación de mi hija acurrucada contra mi pecho, sus llantos suavizándose mientras le pasaba la mano por la espalda.

—Toma. —*Dimi* se inclinó hacia adelante para cerrar el grifo antes de envolver su cuerpecito que se retorcía con una toalla. Me rodeó y me desplomé de nuevo contra su pecho—. Te tengo —murmuró—. Las tengo a las dos.

Apoyé mi rostro en la cabeza de mi bebé y respiré profundamente. Ella estaba aquí. Estaba a salvo. Las dos lo habíamos logrado.

Un gemido salió de mi pecho mientras otro dolor bajo apretaba mi útero. Me recosté contra el pecho de *Dimi*, escuchando el impulso de mi cuerpo de volver a pujar.

—¿Qué está pasando? ¿Pasa algo malo? —Las manos frenéticas de *Dimi* me envolvieron suavemente las piernas, sosteniéndome mientras daba a luz a la placenta. Una pequeña cantidad de sangre manchó mis muslos internos, poniendo rojas las manos de *Dimi*.

Mantuve una mano alrededor de nuestra niña y entrelacé nuestros dedos con la otra.

—¿Ves esto? —pregunté—. No toda la sangre es mala. No todo el dolor es en vano. Creamos algo hermoso.

Un suspiro tembloroso sacudió su pecho, y sus labios se posaron en mi mejilla.

—*Tú* creaste algo hermoso.

—Y tú la guiaste a este mundo. —Besé las cicatrices del dorso de su mano—. Tus manos fueron hechas para sostener a tus dos chicas.

El calor de su cuerpo se hundió en mi piel.

—Nuestra familia estará a salvo gracias a ti —murmuró. La nariz de Vovk rozó su brazo y soltó una risa baja—. Y gracias a *Vovchyk*. Gracias por proteger a Sienna y a tu nueva hermanita. Nuestra Liliya.

74

DIMITRI

Mi mundo entero estaba en mis brazos mientras cargaba a Sienna y *Lilya* al SUV blindado. Sergey tomó brevemente a la bebé para que pudiera sentar a Sienna.

—*Pakhan*. ¿Qué quiere que hagamos con el cuerpo?

Ilya y Konstantin se acercaron llevando a *Souleater*. Lo habían envuelto en una gran colcha, así que por suerte estaba oculto de Sienna. No quería que se alterara al ver el cuerpo. Tomé suavemente a *Lilya* de las manos de Sergey y se la di a Sienna. Sus ojos se deslizaron por encima de mi hombro hacia el cuerpo envuelto en flores. Tomó mi cara entre sus manos.

—Echa un vistazo antes de irnos.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? Él puede esperar. Tenemos que llevarte al hospital ya.

—Podemos esperar un momento. —Me atrajo hacia ella y rozó sus labios con los míos en un beso ligero como una pluma—. Necesitas cerrar este capítulo, *Dimochka*. Ve a ver.

Dudé, pero su mandíbula tenía esa terquedad que me decía que discutir era inútil.

—De acuerdo, *Malyshka*. Un minuto. —Cerré la puerta con cuidado antes de cruzar el jardín delantero hacia donde Konstantin e Ilya habían dejado el cadáver de manera brusca.

—¡Destápenlo! —ordené, sin querer manchar mis manos limpias con su sangre.

Apartaron la colcha, revelando la mirada vacía de *Souleater*. Su piel pálida y cerosa estaba cubierta de sangre seca que evidentemente había brotado de su cuello destrozado. Fue una herida que solo pudo haber sido causada por mi lobo.

Vovk trotó desde el SUV y se sentó a mi lado.

Me arrodillé, abrumado por gratitud mientras rodeaba su cuello con mis brazos.

—*Spasibo, Vovchyk*. —«Gracias por salvarlos».

Su pecho vibraba con un ronroneo bajo y me devolvió a cuando lo encontré medio enterrado en la nieve. Era una criaturita pequeña, medio muerto de hambre, pero aun así soltó un gruñido feroz cuando lo agarré. Se había enterrado en mi corazón congelado y se había convertido en familia.

—*Pakhan*, hay más.

Le di a *Vovchyk* un último rascón en las orejas y me puse de pie.

—¿Qué quieres decir?

Konstantin e Ilya se miraron.

—Solo puedo decir que no estoy seguro de volver a mirar a su esposa de la misma manera otra vez —expresó Ilya. Antes de que pudiera preguntar por qué, apartaron el resto de la manta.

Alce las cejas. El pecho desnudo de Souleater estaba cortado con cortes profundos… Esos que solo podían ser causados por un cuchillo. Miré hacia atrás, al vehículo, sin poder ver nada a través de los vidrios polarizados, pero estaba claro que Sienna había hecho esto. Por mí, por nuestra familia.

Mis ojos captaron cada detalle, los bordes irregulares de cada corte, el patrón en su costilla que reflejaba exactamente la cicatriz que yo tenía allí. Cortes paralelos le cortaban el estómago y más abajo…

Maldije.

Konstantin se frotó la nuca.

—Sí, esa fue nuestra reacción también.

Los pantalones de Souleater estaban lo suficientemente bajados como para dejar ver su pene… o lo que quedaba de él. Lo habían

cortado justo por la mitad y le faltaba una de sus bolas.

Una sonrisa lenta se dibujó en mi rostro. Todos estos años, pensé que estaba corrompido por él, como si llevara su marca en mi alma. Pero al final, solo era un hombre, no un dios. Las únicas marcas que me dejó eran las de mi piel. Las mismas que Sienna había tocado, besado y memorizado.

Solté un suspiro tembloroso. Los dos monstruos más grandes de mi vida, Rustik y *Souleater,* habían sido vencidos por dos mujeres que nunca se habían rendido conmigo. Después de años soñando con la venganza, resultó que no era mía para dar. Era de ellas.

Escupí su cuerpo.

—*Gori v adu, Dusheguby.* —«Arde en el infierno, *Souleater*». Miré a Ilya y Konstantin—. Llévenlo a la granja de cerdos. No se vayan hasta que se hayan comido cada parte de su cuerpo.

Le di la espalda al monstruo, sacudí mis hombros y me dirigí hacia mi nueva vida.

Cuando abrí la puerta del coche, Sienna estaba alimentando a *Lilya* con su pecho. Inhalé profundamente, casi olvidando parpadear. Casi me lo pierdo. Casi dejo que mi pasado me lo arrebatara.

Mi esposa me sostuvo la mirada con ojos marrones, llenos de calidez. Se me desbordó el corazón. Me arrodillé en la entrada y apoyé mi frente en su muslo.

—Gracias, Sienna. Mi esposa, mi reina, mi *tsaritsa*.

75

SIENNA

Lilya me miró con sus largas pestañas oscuras que revoloteaban sobre sus grandes ojos azules. No podía dejar de pasar las yemas de mis dedos por sus mejillas apretujables.

—Es perfecta —elogió *Dimi* por enésima vez. Era cierto. Nuestra hija era el ser más perfecto que jamás había existido.

Las últimas horas habían sido un caos absoluto. *Dimi*, Sergey y el resto de los chicos habían conseguido meternos a *Lilya* y a mí sanas y salvas en el coche y llevarnos al hospital. En cuanto cruzamos las puertas, *Dimi* envió a Sergey a comprobar cómo estaba Maxim, y así fue como supimos que acababa de salir de la operación. Los médicos pensaban que se recuperaría por completo.

Rompí en llanto y le supliqué a *Dimi* que me llevara a verlo, pero se negó. Maxim seguía inconsciente y *Lilya* y yo necesitábamos que nos revisaran, pero *Lyosha* prometió enviarnos mensajes de texto con actualizaciones regulares. No le sería difícil hacerlo, ya que se negaba a separarse de Maxim.

El personal médico nos llevó a *Lilya* y a mí a una habitación y nos revisaron. Nos limpiaron, le dieron un certificado de buena salud y me acomodaron con dos puntadas y una bolsa de hielo. Habían usado palabras como *parto precipitado* y *expulsión del feto* para describir la velocidad del parto.

Mientras todos se movían a nuestro alrededor, alternaba entre sentirme entumecida y sentirme invadida por el miedo al recordar la intensidad del dolor, lo aterradoramente sola que había estado tumbada allí en la hierba. *Dimi* percibió el momento exacto en que los recuerdos me golpearon, quizás por la forma en que se me cortó la respiración o por cómo mis músculos se congelaron, y me rodeó con su calor. Unos brazos firmes me rodearon. Palabras tranquilizantes murmuraban en mi oído. Labios rozando mi cuello y hombro. Me sacó del borde del pánico, recordándome que ya no estaba sola.

La habitación finalmente quedó en silencio cuando los médicos y enfermeras se fueron, dejándome con mi pequeña y preciosa familia. Nuestra habitación privada tenía una cama de hospital extragrande que le permitía a *Dimi* tumbarse a mi lado. No podía dejar de besarme la frente, las mejillas y los labios, y su enorme mano nunca dejó de acunar el perfecto cuerpo pequeño de *Lilya*.

—No puedo creer lo rubia que es —murmuré, pasando las yemas de mis dedos por sus dorados y pálidos mechones increíblemente suaves.

—Probablemente se oscurecerá cuando sea mayor, como su *mama* —dijo *Dimi*.

Sonreí, luchando contra el impulso de cerrar los ojos. No quería perderme ni un segundo de esto.

—Polina y *Sveta* me deben un pastel —refunfuñé.

—Puedes comer todo el pastel que quieras —aseguró *Dimi*—. Pero ¿por qué te deben uno?

—Teníamos una apuesta. Yo dije que *Maksik* y *Lyosha* se confesarían su amor antes de que *Lilya* naciera. *Sveta* pensaba que sería en Navidad y Polina dijo que sería este verano, pero yo tenía razón.

Dimi puso los ojos en blanco y musitó algo que sonaba sospechosamente a *malditos idiotas* por lo bajo, como si no hubiera amenazado la vida de todos los médicos del hospital si Maxim no se recuperaba. Ridículos hombres de la *Bratva* y sus sentimientos. La revelación de que dos de sus mejores hombres estaban enamorados

había sido un *shock* total para, bueno, nadie más que para él, lo que probablemente era la fuente de su irritación.

—Dios mío, mira. —Levanté mi teléfono, mostrándole la foto que *Lyosha* había enviado de Maxim. Tenía los ojos vidriosos, el rostro congelado en una expresión tonta, pero estaba despierto y haciendo un gesto con el pulgar arriba. Parpadeé para apartar las lágrimas, tan agradecida de que todos hubiéramos salido con vida.

Empecé a dejar el teléfono cuando me di cuenta de que en realidad tenía algo que hacer.

—Necesitas dormir, *Solnyshko.*

Sonreí ante el nuevo término cariñoso.

—¿Intentas ponerme tantos apodos como puedas?

—Sí —replicó simplemente—. Puedes tener tantos como quieras.

—Qué ridículo —expresé, pero no había nada mordaz en ello. Mis párpados se volvieron pesados. Acaricié con la yema de mi dedo la mano de *Lilya*, mi corazón derritiéndose cuando cerró su puñito alrededor de mi dedo.

Dimi carraspeó.

—Esposa, ¿me acabas de enviar una factura por el trabajo?

Presioné mi sonrisa en la cabeza de *Lilya*.

—¿*Hmm*? Oh, sí, lo hice.

—Pero… Soy tu esposo.

Le di unas palmaditas en el pecho.

—Por eso ni siquiera te cobré más por matar a *Souleater*. Solo la tarifa por encontrarlo.

Se quedó boquiabierto.

—¿Esto significa que ya no vas a usar mi tarjeta de crédito? ¿Ahora que tienes tu propio dinero?

—¿*Ahora* que tengo dinero? Tengo mucho más dinero que tú.

—Entonces, ¿por qué has acumulado cientos de miles de dólares en cargos a *mi* tarjeta?

—Porque soy tu esposa —pronuncié, apenas conteniendo el *duh* implícito.

Su pecho temblaba de risa.

—De acuerdo, esposa. Gasta todo mi dinero que quieras.

Me acurruqué contra él.

—Bien. Tenía planeado hacerlo.

Dimi acunó mi cuerpo contra su pecho fuerte y me besó la mejilla antes de mover suavemente a *Lilya* de mi pecho y ponerla sobre el suyo. Habría protestado, pero ver a mi pequeña niña acurrucada sobre el pecho desnudo de mi marido era lo que más me gustaba.

—Duerme —dijo.

Mis ojos ardían de agotamiento, pero no podía dejar de mirarla.

—Pero la echaré de menos mientras duermo.

No se rio de lo ridícula que estaba siendo mientras me acariciaba la cara.

—Ustedes dos pueden encontrarse en el mundo de los sueños. Y yo estaré aquí vigilando todo el tiempo.

Sus palabras calmaron algo muy profundo en mí.

Pasé mis dedos por su mandíbula. Era áspera y con barba de varios días.

—Te amo. —Las palabras sonaron correctas en mis labios. Amar a *Dimi* ya no me daba miedo.

Sus ojos se encendieron y me besó con hambre.

—Te amo, *Malyshka*. Por el resto de nuestras vidas y más allá, soy tuyo.

Había tanto que ambos necesitábamos procesar de los últimos días. Cuando el *shock* pasara y el polvo se asentara, tendríamos que afrontarlo. Pero en este momento, envueltos en nuestra pequeña burbuja segura, estaba más feliz de lo que había sido en mi vida.

Dimi me acarició mi cabello mientras por fin cerraba los ojos. Con cada respiración profunda que daba, más tensión se escapaba de mi cuerpo.

—¿Malyshka? —La voz suave de *Dimi* flotó en mi estado medio dormido y borroso.

—¿Mmm?

—Puede que no lo recuerdes porque fue una situación muy estresante y estoy bastante seguro de que hablaba ruso, pero te dije *te amo* cuando estábamos en la bañera.

Fruncí el ceño.

—¿Eh?

Me besó la frente.

—Solo quiero que quede claro que yo lo dije primero.
Mi risa me acompañó hasta mis sueños.

EPÍLOGO

SIENNA

2 Meses Después

—¿Cuánto tiempo te queda en este reto, *Malyshka*?

Sirve helado. Haz el waffle. Apila los objetos. Pon encima la salsa de caramelo salado.

Mary Margaret entregó el pedido al siguiente cliente, pero su falta de charla trivial hizo que perdiéramos puntos en atención al cliente. Fruncí el ceño y aumenté el nivel de amabilidad de Mary Margaret. Este era mi problema: valoraba la eficiencia, pero la gente de este pueblo era muy parlanchina y la satisfacción del cliente era una métrica clave en este reto.

Una mano recorrió mi espalda.

Mierda. Acaba de aparecer una alerta de que el alcalde Felix iba a visitar la heladería. Era el personaje más esquivo de *CozyScape*, rara vez visto, pero con el que todos soñaban con encontrarse. Si aprobaba mi tienda, me daban un multiplicador de bonificación de 20x *para el resto del reto*.

Los labios de *Dimi* rozaron mi mejilla.

—*Lilya* se despertó temprano y tiene hambre.

Eso llamó mi atención. Mis dedos pararon de hacer clic, pero mi esposo continuó rápidamente.

—No, no pares. Solo quería ver cuánto tiempo te quedaba en este reto. La traeré aquí para que coma y tú puedes seguir jugando.

—¿Seguro?

—Sí, *Kotyonok*. Ahora vuelvo.

No, no, no. Mary Margaret eligió el sabor de helado equivocado y ahora estaba teniendo una crisis nerviosa en la sala de suministros. Esto fue consecuencia de hacerla más amigable, también aumentó su puntuación de sensibilidad. ¿Por qué no podía tener empleados robots súper amables y cordiales que no rompieran en llanto por un solo error descuidado?

El suave grito de *Lilya* me sacó por completo del juego, y me giré en mi silla. Estaba acurrucada contra el pecho de *Dimi* y *Vovchyk* le dio un golpecito con su hocico en su pequeño pie. En el momento en que nació *Lilya*, *Vovchyk* dejó de seguirme. Su corazón pertenecía completamente a nuestra pequeña. Habría sentido celos, pero era imposible no obsesionarme con *Lilya*, así que él tenía un pase libre. Además, que él la vigilara de cerca cuando dormía hacía que pudiera alejarme de su lado más de treinta segundos sin entrar en pánico.

—Hola, *Cucciola.* ¿Mi niña se despertó temprano? —Le extendí los brazos, pero entonces sonó una campana en el juego, señalando la llegada del alcalde. *Mierda*. Antes de que pudiera entrar en pánico, *Dimi* dio un paso adelante y besó la parte de arriba de mi cabeza.

—Yo me encargo, *Malyshka*. Reclama tu victoria.

—*Ugh*, te amo. Te daré una mamada de celebración si gano. —Volví al juego y me aseguré de que Mary Margaret se recompusiera antes de tomar la orden del alcalde.

La pantalla desapareció por un breve segundo mientras *Dimi* me quitaba el *crop top*. Sus dedos fueron suaves sobre mi piel mientras desabrochaba el cierre frontal de mi sostén de lactancia. Me empujó para que me pusiera de pie y cuando me senté de nuevo, estaba en su regazo. Movió mi almohada de lactancia a su sitio y entonces *Lilya* estaba allí, agarrándose como una campeona. Sonreí y la

sostuve firme con la mano izquierda, aunque no hacía falta. *Dimi* nunca la dejaría caer.

Le acaricié su perfecta mejilla mientras seguía jugando. Mary Margaret sirvió el *waffle* de helado más hermoso que el mundo había visto; el alcalde Felix asintió con aprobación y la tienda estalló en una ovación.

Mi puntaje apareció en pantalla y me quedé paralizada.

—*Oh*, Dios mío, creo que eso…

La tabla de clasificación de *CozyScape* bailaba en la pantalla con mi nombre, *Principessa_di_Cozy*, en el primer lugar.

—¡Nena, lo lograste! ¡Lo lograste, joder! —susurró un grito mi esposo. Me le uní, ambos celebrando en silencio para no asustar a *Lilya*.

—No puedo creer que esto sea real. —Agarré el teléfono y saqué una foto para enviarla al *chat* de grupo de chicas de la mafia.

—Espero que *C0zyBrODeezNuts* esté llorando. Este es mi mayor logro.

Dimi resopló y le lanzó a *Lilya* una mirada intensa.

—Lo que tú digas, nena. —Besó el punto detrás de mi oreja y me estremecí—. Además, eres la mejor *hacker* del mundo. ¿No podrías averiguar muy fácilmente quién es ese tipo *C0zyBrO*?

Mi corazón se aceleró al escuchar que mi esposo me llamó *la mejor*.

—Así es. Soy la mejor. La mejor *hacker*, la mejor jugadora de *CozyScape*. Pero descubrir su identidad arruinaría la diversión. Me encanta tener un némesis secreto.

Su pecho temblaba de risa.

—Carajo. Te amo.

Eché mi cabeza hacia atrás con una sonrisa.

—*Ya tebya lyublyu.*

EPÍLOGO

C0ZYBRODEEZNUTS

JODER.

Me recliné en mi silla mientras el tablero de *CozyScape* aparecía frente a mi cara. *Principessa_di_Cozy* lo había logrado. Su victoria en la heladería le había dado suficientes puntos para adelantarme. Por primera vez en un año, no era mi nombre el que estaba en el lugar número uno.

Me troné los nudillos. No pasaba nada. Podría volver a estar en la cima. Me enteré de que había una misión de aventura que daba más de cien puntos extra. Solo tenía que encontrar la entrada oculta.

Estaba a punto de volver a sumergirme en el juego cuando tocaron la puerta. Gruñí cuando Leona irrumpió usando su traje de combate completamente negro y una sonrisa burlona. Tenía los brazos cruzados, su cadera apoyada en el marco de la puerta de mi oficina.

—Ronan, tenemos que irnos.

Me recosté de nuevo en la silla.

—No entiendo por qué tengo que asistir.

—Sienna te invitó, así que, si no estás, se pondrá triste. Y si se pone triste, Dimitri te matará. Así que básicamente tu vida depende de ello.

—¿Mi vida depende de asistir al bautizo de un bebé?

—Sí. Además, soy la madrina de *Lilya*. Este es un gran momento para mí. —Se echó su cabello rojizo por encima del hombro.

Le regalé una sonrisa irónica.

—¿No tienes que ser, eh, *religiosa* para ser madrina? ¿O al menos ser maternal?

—¿De qué hablas? Soy un miembro devoto de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Resoplé.

—¿Desde cuándo?

Me lanzó una mirada exasperada.

—Desde que Sienna me escribió hace treinta minutos para decirme que soy rusa ortodoxa. Además, soy maternal, carajo. La más maternal. Solamente con *Lilya* y Clementine.

—La última vez que estuviste con Clementine, le estabas enseñando a dar un puñetazo —señalé con sequedad.

—Sí, estaba siendo maternal *ayudándola* con sus habilidades para pelear. —Chasqueó los dedos—. Deja de perder el tiempo y levanta tu trasero. Tenemos que irnos.

Sabía que no debía discutir con Leona. Con una última mirada de anhelo a mi aldea de *CozyScape*, me levanté de la silla para asistir a lo que estaba seguro de que sería el bautizo más desquiciado del mundo.

Fin.

¿Aún no están listos para despedirse? ¿Quiere saber qué hacen Sienna y Dimitri cuando regresan a París? ¡Disfruta de la escena extra aquí!

AGRADECIMIENTOS

Los últimos doce meses de mi carrera han sido un torbellino. Me han traído tantas oportunidades increíbles como autora, que *nunca* pensé que tendría. Ha sido un regalo y también ha añadido mucho caos, estrés y agobio a mi vida. Después de un año duro, no puedo expresar lo alegre que fue terminar la historia de Sienna y Dimitri. Igual que este último año de mi vida, estos dos me pusieron a prueba. Aportaban toda su energía caótica y me sorprendían en cada oportunidad, pero verlos sanar y vivir su final feliz hizo que todo valiera la pena. Ahora, mientras me preparo para enviarlos al mundo, siento una gran tristeza al despedirme. Sienna, *Dimi*, *Lilya*, *Vovchyk* y todos los miembros de su familia elegida son muy especiales para mí, y los voy a extrañar. La buena noticia es que, por supuesto, esto no es una despedida oficial. ¡Veremos a los Ivanov en futuros libros!

Mi primer agradecimiento es para ustedes, mis lectores. Han esperado con tanta paciencia esta próxima entrega de *Imperio de Realeza,* y no saben cuánto significa eso para mí. ¡Gracias por todo su apoyo y cariño!

A Rachel, por animarme, por ser una editora increíble y por ayudarme a cruzar la meta cuando no estaba segura de que llegara a pasar. No podría hacer esto sin ti, ¡y no querría hacerlo!

A Eliana, por ser una amiga tan buena, compañera de escritura y la creadora élite de memes. Tus comentarios divertidísimos en Google Docs me mantienen motivada. ¡Estoy deseando verte en Australia!

¡A Patrice, mi increíble agente, por ser una defensora tan grande de mí y de mis libros, y a todo el equipo de Podium por llevar *Imperio de Realeza* a las librerías norteamericanas!

Gracias a Jane (Incendio Sketches) por crear un arte tan hermoso para esta serie. Me encanta trabajar contigo y estoy constantemente asombrada por tu talento. ¡Un agradecimiento especial por contarme sobre la historia infantil del hermano *Vovchyk*!

A mis lectores beta y consultores de sensibilidad, Sandra, Ellona, Aimee, James, Jazmine, Rileigh y Morgan. Sigo impresionada por lo mucho que les gustó el borrador caótico y sin terminar que envié, y por los comentarios tan constructivos que me dieron. Un agradecimiento especial a Sandra y Ellona por ayudarme con todas mis preguntas sobre ruso.

Sienna y Dimitri son ambos neurodivergentes: Sienna por su TDAH y *Dimi* por su TEPT complejo. La neurodivergencia no es un término clínico ni médico. Más bien, es un marco que explica sobre las personas cuyos cerebros funcionan de forma diferente a los neurotípicos. Quiero dar un agradecimiento especial a mi amigo Alex, cuyo viaje con el TDAH durante los primeros días del COVID me llevó a formarme para diagnosticar el TDAH (en mi vida anterior como terapeuta). No solo pude apoyar mejor a mis clientes, sino que también me impulsó en mi camino para comprender mejor mi propia neurodivergencia.

Ser neurodivergente puede ser un reto en un mundo que a menudo exige que nos mostremos de una manera concreta. Si conectas con Sienna o Dimitri, espero que puedas dejar de lado cualquier vergüenza o prejuicio que te hayan impuesto. Esas cargas nunca fueron tuyas para llevar.

OTRAS OBRAS DE EMILIA ROSSI

EN ESPAÑOL

Su Tesoro

Su Julieta

Su Emperatriz

Su Ángel - 2027

EMILIA EMERSON

Why Choose Omegaverse Romances under my other pen name, in English.

COZYVERSE

A Pack for Autumn

A Pack for Spring

LUNA & SOL OMEGAVERSE

Forbidden: Part One

Forbidden: Part Two

Cherished

SOBRE LA AUTORA

Emilia Rossi es la autora *bestseller* de *Imperio de Realeza*, una serie de romance oscuro sobre mafia y hombres celosos y posesivos y las increíbles mujeres que los tienen comiendo de su mano. Cree que todo el mundo merece verse reflejado en los libros de romance y por lo mismo deliberadamente incluye una representación significativa de la discapacidad y la enfermedad mental en sus obras.

Aventurera de corazón, Rossi creció en un hogar multicultural sueco-iraní, lo que le inculcó un amor profundo por viajar y por experimentar otras culturas. En su tiempo libre, disfruta creando cerámica, leyendo y pasando días tranquilos escribiendo con su perro, Charlie, a su lado.

Rossi también escribe bajo el nombre de Emilia Emerson y sus obras bajo este seudónimo incluyen *A Pack for Autumn*, *A Pack for Spring*, *Forbidden* y *Cherished*. Para saber más, visita la página web www.emiliaemerson.com y síguela en Instagram @authoremiliarossi.